



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

Modesta Mignon

Una entrada en la vida

TOMO II



Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

**Modesta Mignon & Una entrada en la
vida**

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - II

ePub r1.2

Titivillus 05.08.15

Título original: *Modeste Mignon & Un début dans la vie*
Honoré de Balzac, 1844
Traducción: Jaime Escarpizo & Juan Godó Costa
Edición: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS:

Modesta Mignon

Traducción: Jaime Escarpizo

Una entrada en la vida

Traducción: Juan Godo Costa



MODESTA MIGNON



A UNA POLACA

Hija de una tierra esclava, ángel por el amor, demonio por la fantasía, niña por la ley, vieja por la experiencia, hombre por la inteligencia, mujer por el corazón, gigante por la esperanza, madre por el dolor y poeta por los sueños; a ti, en quien todavía está la Belleza, dedico esta obra, en la que tu amor y tu fantasía, tu fe, tu experiencia, tu dolor, tu esperanza y tus sueños son como las cadenas que sostienen una trama menos brillante que la poesía que encierra tu alma y cuya expresión, cuando anima tu fisonomía, es para quien la admira lo que para un sabio son los caracteres de una lengua perdida.

De Balzac.

A primeros del mes de octubre de 1829, M. Simon-Babylas Latournelle, notario, subía del Havre a Ingouville, cogido del brazo de su hijo y acompañado por su mujer, cerca de la cual iba, como paje, el primer pasante del estudio, un pequeño jorobado llamado Butscha. Cuando los cuatro personajes, de los que dos al menos hacían todas las tardes aquel mismo camino, llegaron al recodo donde la carretera vuelve sobre sí misma, como esas que los italianos llaman *comisas*, comprobó el notario desde un terraplén si alguien podía oírlos, delante o detrás, y por un exceso de precaución usó un tono moderado de voz.

—Exuperio —dijo a su hijo—, vas a tratar de cumplir con inteligencia la pequeña maniobra que voy a indicarte, sin buscar su sentido, y si lo adivinases, te ordeno que lo arrojes en esa laguna Estigia que todo notario y todo hombre destinado a la magistratura deben llevar en sí mismos para los secretos de los demás. Una vez que hayas presentado tus respetos, tus cumplidos y tus homenajes a la señora y la señorita Mignon, al señor y a la señora Dumay y al señor de Gobenheim, si es que está en el *chalet*, y restablecido que sea el silencio, el señor Dumay te llevará a un rincón; durante el tiempo que te hable, mirarás con curiosidad (te autorizo para ello) a la señorita Mignon. Mi digno amigo te rogará que salgas y vayas a pasear para regresar al cabo de una hora, a eso de las nueve, con aire apresurado; trata entonces de imitar la respiración de un hombre sin resuello y dile al oído, muy bajo pero de forma que la señorita Mignon lo oiga: «¡Ahora llega el joven!».

Exuperio debía partir al siguiente día para París y comenzar la carrera de Derecho. Esa próxima partida había decidido a Latournelle a proponer a su hijo a su amigo Dumay como cómplice en la importante conspiración que deja entrever la anterior orden.

—¿Es que se sospecha que la señorita Mignon tenga algún amorío? —preguntó Butscha con tímida voz a su patrona.

—¡Chitón, Butscha! —respondió la señora Latournelle, volviendo a tomar del brazo a su marido.

La señora Latournelle, hija del escribano del Tribunal de instancia, se encontraba suficientemente autorizada por su nacimiento para decirse descendiente de una familia parlamentaria. Tal pretensión indica por qué esta mujer, algo excesivamente encorsetada, trataba de adoptar la majestad propia del Tribunal cuyos juicios eran garrapateados por su padre. Tomaba tabaco, se mantenía tiesa como una estaca, se daba aires de mujer importante y era pintiparada como una momia a la que el galvanismo hubiese dado vida por un instante. Procuraba prestar tonalidades aristocráticas a su voz agria, lo que conseguía tan bien como encubrir su falta de instrucción. Su utilidad social resultaba incontestable con sólo ver los gorros adornados de flores que llevaba, los rodetes de su peinado sobre las sienes y los vestidos que escogía. ¿Qué harían los comerciantes con esos artículos si no existiesen señoras Latournelle? Todas las ridiculeces de tan digna mujer, esencialmente piadosa y caritativa, hubiesen podido pasar casi inadvertidas; pero la naturaleza, que a veces

se divierte en lanzar estas chuscas creaciones, la había dotado de una talla de tambor mayor a fin de poner en evidencia sus salidas de ingenio provinciano. Jamás había salido del Havre, todo lo compraba en el Havre, en él se hacía vestir; presumía de normanda hasta la punta de los dedos, veneraba a su padre y adoraba a su marido. El pequeño Latournelle tuvo la valentía de casarse con aquella muchacha llegada a la edad matrimonial de treinta y tres años y se las arregló para tener un hijo de ella. Como en cualquier otra parte hubiese obtenido los sesenta mil francos de dote que dio el escribano, se atribuyó su poco común intrepidez al deseo de evitar la invasión del Minotauro, de la que difícilmente le hubiesen preservado sus cualidades personales si hubiese cometido la imprudencia de introducir el fuego en su casa desposando a una mujer joven y linda. El notario había reconocido de muy buen grado las grandes cualidades de la señorita Inés (porque se llamaba Inés) y hecho observar cuán rápidamente pasa para un marido la belleza de la mujer. En cuanto al joven insignificante a quien el escribano puso su nombre normando en la pila bautismal, se hallaba tan sorprendida todavía la señora Latournelle de haber sido su madre a los treinta y cinco años y siete meses, que volvería a tener pechos y leche para él si los necesitase, hipérbole que por sí sola bastará para pintarnos su locura maternal.

—¡Qué hermoso es mi hijo! —le decía a su amiguita Modesta, señalándoselo sin la menor segunda intención cuando iban a misa y Exuperio marchaba delante.

—Se parece a vos —respondía Modesta Mignon, como podría haber dicho: «¡Qué mal tiempo hace!».

Se comprenderá la necesidad de la semejanza de este personaje, muy accesorio, diciendo que la señora Latournelle era desde hacía unos tres años la carabina de la joven, a la que el notario y el señor Dumay querían tender una de esas trampas conocidas por *ratoneras* en la *Psicología del matrimonio*.

En cuanto al señor Latournelle, figuraos a un buen hombrecillo, tan astuto como pueda permitirlo la más estricta probidad y al que cualquier forastero tomaría por el bribón más redomado al ver aquella extraña fisonomía a la que el Havre se había ya habituado. Una vista de las llamadas delicadas obligaba al digno notario a llevar unas antiparras verdes para preservar sus ojos, siempre enrojecidos. Cada arco superciliar, cubierto de un pelo bastante raro, sobrepasaba aproximadamente una línea la parda concha de la montura, doblándose en algunos puntos sobre el aro. Si no habéis observado ya en la cara de alguien el efecto que producen esas dos circunferencias superpuestas y separadas por un pequeño espacio, no podréis imaginar lo que os inquietaría una cara semejante, sobre todo cuando tal cara, pálida y hundida, terminase en punta como la de Mefistófeles, que los pintores han tomado de la fisonomía de los gatos, y que es la semejanza que ofrecía la de Babyllas Latournelle. Por encima de los horrorosos espejuelos verdes se levantaba un cráneo muy pelado, tanto más artificioso cuanto que la peluca, dotada al parecer de movimiento, cometía la indiscreción de dejar escapar por todos lados algunos pelos blancos y cortaba

siempre la frente en forma desigual. Viendo a este estimable normando, vestido de negro como un coleóptero, colocado sobre dos piernas como sobre dos alfileres, se preguntaba uno, sin hallarla, la razón de tales contrasentidos fisionómicos.

Juan Butscha, un pobre hijo natural abandonado, de quien el escribano Labrosse y su hija se habían hecho cargo, y que había llegado a primer pasante a fuerza de trabajo, vivía como pupilo en casa de su patrono, que le daba novecientos francos de sueldo. Sin la menor apariencia de juventud, casi enano, había hecho un ídolo de Modesta, por la que habría dado la vida. Este pobre ser, cuyos ojos, semejantes a dos bocas de cañón, se veían oprimidos por unos gruesos párpados, marcado de viruela, abrumado por una crespada cabellera, embarazado por sus enormes manos, vivía bajo miradas conmiseras desde la edad de siete años: ¿acaso no basta con esto para que os lo expliquéis todo? Silencioso, recogido, de ejemplar conducta, religioso, viajaba por la inmensa extensión de ese país que en el mapa de la Ternura se llama Amor-sin-Esperanza, por las áridas y sublimes estepas del Deseo. Modesta había dado a este grotesco primer pasante el sobrenombre de «el enano misterioso». Este mote hizo que Butscha leyese la novela de Walter Scott y le dijese a Modesta:

—¿Queréis una rosa de vuestro enano misterioso para el día del peligro?

Modesta volvió a encerrar instantáneamente el alma de su adorador en su choza de barro por medio de una de esas terribles miradas que lanzan las jóvenes a los hombres que les desagradan. Butscha se llamaba a sí mismo el *oscuro pasante*, sin saber que esta expresión se remonta a los orígenes de los «panonceaux»; pero, lo mismo que su patrona, jamás había salido del Havre.

Tal vez resulte necesario, para aquellos que no conocen el Havre, decir una palabra sobre el lugar a donde se dirigía la familia Latournelle, pues evidentemente el primer pasante está enfeudado en ella. Ingouville es al Havre lo que Montmartre a París: una elevada colina a cuyo pie se extiende la ciudad, con la diferencia de que el mar y el Sena rodean casi por completo la ciudad y la colina, de que el Havre se encuentra circunscrito por estrechas fortificaciones y, por último, de que la desembocadura del río, el puerto y las dársenas, presentan un espectáculo muy diferente al de las cincuenta mil casas de París. A los pies de Montmartre muestra sus fijas olas azuladas un mar de pizarras; en Ingouville se ven como techos móviles agitados por los vientos. La eminencia que contornea al río desde Ruán hasta el mar, dejando un margen más o menos estrecho entre ella y el océano, pero que contiene indudables tesoros de pintoresquismo con sus pueblos, sus gargantas, sus vallecillos, sus praderías, adquirió un valor inmenso en Ingouville a partir de 1816, época en que comenzó la prosperidad del Havre. Este municipio se convirtió en el Auteuil, el Ville-d'Avrai, el Montmorency de los comerciantes, que se construyeron elegantes villas escalonadas por todo aquel amplio anfiteatro para poder respirar el aire del mar, perfumado por las flores de sus suntuosos jardines. Allí se reponen todos esos arriesgados especuladores de las fatigas de sus escritorios y de la atmósfera de sus casas, apretadas las unas contra las otras, sin espacio, frecuentemente sin patio, según

lo impone el crecimiento y la población del Havre, así como el cerco inflexible de sus murallas y el ensanchamiento de sus dársenas. En efecto: ¡cuánta tristeza en el centro del Havre y cuánta alegría en Ingouville! La ley del desarrollo social ha hecho brotar como un hongo el barrio de Graville, hoy mayor que el Havre y que se extiende como una serpiente a lo largo de la costa. En su cima, Ingouville no tiene más que una calle; y, como siempre ocurre en tal posición, las casas que miran al Sena forzosamente tienen una inmensa ventaja sobre las del otro lado del camino, a las que ocultan esa vista, pero que se alzan como espectadores sobre la punta de los pies para ver por encima de los tejados.

En 1829, una de las últimas casas de la parte del mar y que sin duda queda en medio del Ingouville de hoy, se llamaba, y tal vez se llame todavía, *El chalet*. Fue primitivamente una vivienda de portero, con su jardincillo delante. El propietario de la quinta a que pertenecía, casa con parque, jardines, pajarera, invernadero y praderíos, tuvo el capricho de poner aquella casita en armonía con las suntuosidades de su vivienda y la hizo reconstruir sobre el modelo de un «cottage». Separó este «cottage» de los cuadros de césped, de los arriates de su quinta, por medio de un muro bajo, a lo largo del cual, y para ocultarlo, plantó un seto. Detrás del «cottage», llamado, pese a todos sus esfuerzos, el *chalet* se extienden los huertos. Ese *chalet*, sin vacas ni lechería, sólo está separado del camino por una empalizada cuyas estacas no pueden verse bajo un seto exuberante. Del otro lado del camino, la casa de enfrente, gravada con una servidumbre, ofrece una empalizada y un seto semejantes, que conservan al *chalet* la vista del Havre. Esta casita constituía la desesperación del señor Vilquin, propietario de la quinta. He aquí por qué. El propietario de aquella mansión, cuyos detalles proclamaban a gritos: ¡*Aquí relucen los millones!*, había extendido tanto el parque hacia el campo para, según decía, «no tener a sus jardineros en los bolsillos». Una vez terminado, el *Chalet* sólo podía ser habitado por un amigo. El señor Mignon, el precedente propietario, quería mucho a su cajero, y esta historia demostrará que Dumay le correspondía bien. «Por pura formalidad», Dumay hizo firmar a su patrón un arriendo por doce años, con trescientos francos de renta, lo que el señor Mignon hizo de muy buen grado, diciéndole:

—Cuidado, mi querido Dumay, te obligas a vivir doce años en mi casa.

Por acontecimientos que precisan ser relatados, las propiedades del señor Mignon, en otro tiempo el negociante más rico del Havre, fueron vendidas a Vilquin, uno de sus rivales en la plaza. En su alegría por apoderarse de la célebre «villa Mignon», el comprador olvidó pedir la anulación de aquel arriendo. Para no estropear la venta, Dumay habría firmado entonces todo cuanto Vilquin hubiese exigido; pero una vez consumada, se agarró a su arrendamiento como a una venganza. Permaneció en el bolsillo de Vilquin, en el corazón de la familia Vilquin, observando a Vilquin, atormentando a Vilquin, siendo, en una palabra, el tábano de los Vilquin. Todas las mañanas, al asomarse a su ventana, Vilquin sufría un momento de violenta contrariedad al ver aquella joya de la construcción, aquel *chalet* que costó sesenta mil

francos y que centellea como un rubí al sol. ¡Comparación casi exacta! El arquitecto construyó este «cottage» con ladrillos del rojo más hermoso, separados por líneas blancas. Las ventanas estaban pintadas de verde vivo y las maderas de un castaño que tiraba a amarillo. El tejado se adelantaba varios pies. Una linda galería recortada presidía el primer piso y un mirador proyectaba su jaula de cristal en medio de la fachada. La planta baja se componía de un hermoso salón y un comedor, separados por el rellano de una escalera de madera cuyo diseño y ornamentos eran de una elegante simplicidad. La cocina estaba adosada al comedor y el salón se prolongaba por un gabinete, que entonces servía de dormitorio al señor y la señora Dumay. En el primer piso había dispuesto el arquitecto dos habitaciones, cada una con su tocador, a las que servía de salón el mirador; por último, encima se encontraban, bajo la armadura del tejado, que se asemejaba a dos naipes puestos el uno contra el otro, dos habitaciones para la servidumbre, iluminadas por ojos de buey y abuhardilladas, pero bastante espaciosas. Vilquin tuvo la mezquindad de levantar un muro en la parte de los huertos. Tras esta venganza, las pocas centiáreas que el contrato dejaba al *Chalet* parecían un jardín de París. Las dependencias, construidas y pintadas en forma que hiciesen juego con el *Chalet*, estaban adosadas al muro de la propiedad vecina. El gabinete en que entonces dormían los señores Dumay, estaba entarimado y techado como la cámara de un paquebote. Estas locuras del armador explican la rabia de Vilquin. El pobre comprador quería acomodar en el «cottage» a su hija y a su yerno. Conocido por Dumay este propósito, podrá explicaros más adelante su tenacidad bretona. Se entraba en el *chalet* por una pequeña verja de hierro, cuyas lanzas levantaban algunas pulgadas por encima de la empalizada y el seto. El jardincillo, de una longitud igual a la del fastuoso cuadro de césped, se hallaba entonces lleno de flores: rosas, dalias, los más hermosos y raros productos de la flora de invernadero, pues —otro motivo de dolor «vilquinario»— el pequeño y elegante invernadero, el invernadero de fantasía, el llamado invernadero de *Madame*, pertenece al *Chalet*, y separaba la «villa Vilquin», o, si lo preferís, la unía al «cottage». Dumay se resarcía de la sujeción de su caja con los cuidados del invernadero, cuyos productos exóticos constituían uno de los placeres de Modesta. El billar de la «villa Vilquin» comunicaba antiguamente, a través de un inmenso palomar en forma de torre, con ese invernadero; pero desde la construcción del muro que le había privado de la vista de los huertos, Dumay tapió la puerta de comunicación.

—¡Pared por pared! —dijo.

—¡Dumay y vos, los dos rezongáis! —dijeron los comerciantes a Vilquin para hacerlo rabiar.

Y cada día se saludaba en la Bolsa con un nuevo chiste al envidiado especulador.

En 1827, Vilquin ofreció a Dumay seis mil francos de gages y diez mil francos de indemnización por rescindir el arrendamiento; el cajero rehusó, aunque sólo tenía mil escudos en casa de Gobenheim, antiguo comisionista de su patrono. Dumay, podéis creerlo, era un bretón trasplantado por la suerte a Normandía. ¡Juzgad del rencor

incubado por los arrendatarios del *Chalet* contra el normando Vilquin, un hombre poseedor de tres millones! ¡Qué crimen de leso millón es el de demostrar a los ricos la impotencia del oro! Vilquin, cuya desesperación lo convertía en la comidilla del Havre, acabó por ofrecer una hermosa vivienda en plena propiedad a Dumay, que rehusó de nuevo. El Havre comenzaba a inquietarse por tal obstinación, cuyo fundamento se hallaba, para muchos, en esta frase: «¡Dumay es bretón!». El cajero pensaba por su parte que la señora y, sobre todo, la señorita Mignon hubiesen estado muy mal acomodadas en cualquier otra parte. Sus dos ídolos habitaban un templo digno de ellas, y cuando menos disfrutaban de aquella suntuosa choza en que hasta un rey destronado hubiese podido conservar la majestad a su alrededor, especie de decoro que falta con frecuencia a los caídos. Posiblemente no sentiréis haber conocido por adelantado la vivienda y la habitual compañía de Modesta, pues, a su edad, los seres y las cosas influyen sobre el futuro tanto como el carácter, si no es que el carácter recibe de ellos un sello indeleble.

Por la forma en que los Latournelle entraron en el *Chalet*, cualquier extraño habría comprendido que acudían allí todas las tardes.

—¡Caramba, señor mío! —dijo el notario al ver en el salón a un joven banquero del Havre, Gobenheim, pariente de Gobenheim-Keller, el jefe de la gran casa de París.

Este joven de rostro lívido, uno de esos rubios de ojos negros cuya mirada inmóvil tiene un no sé qué de fascinante, tan sobrio en su palabra como en su vida, vestido de negro, flaco como un tísico, aunque de constitución vigorosa, frecuentaba a la familia de su antiguo patrón y la casa de su cajero, más por cálculo que por afecto. Allí se jugaba al *whist* a diez céntimos la ficha, no se exigía un atuendo cuidadoso, no se aceptaban más que vasos de agua azucarada y nadie estaba obligado a ninguna atención a cambio. Esta apariencia de devoción a los Mignon hacía creer que Gobenheim tenía corazón y le dispensaba de concurrir al *gran mundo* del Havre, haciendo gastos inútiles y descabalandando su economía doméstica. Este catecúmeno del vellocino de oro se acostaba todas las noches a las diez y media y se levantaba a las cinco de la mañana. Finalmente, seguro de la discreción de Latournelle y de Butscha, Gobenheim podía analizar ante ellos los negocios espinosos, someterlos a gratuitas consultas con el notario y reducir a su valor exacto los chismes de la plaza. Este «aprendiz de tragadineros» (frase de Butscha) pertenecía a esa clase de substancias que la química llama absorbentes. Desde la catástrofe de la casa Mignon, en la que los Keller lo habían puesto a pensión para que aprendiese el alto comercio marítimo, nadie le había pedido en el *Châtelet* que hiciese nada, ni un simple encargo; su respuesta se conocía de antemano. Este joven miraba a Mignon como habría mirado a una litografía de dos sueldos.

—Es uno de los pistones de esa inmensa máquina llamada comercio —decía de él el pobre Butscha, cuyo ingenio se traducía en pequeñas frases, tímidamente lanzadas.

Los cuatro Latournelle saludaron con la más respetuosa deferencia a una vieja

dama vestida de terciopelo negro, que no se levantó del sillón en que se hallaba sentada, pues sus dos ojos aparecían cubiertos por esa nube blanca que producen las cataratas. La señora Mignon queda descrita con una sola frase: atraía inmediatamente la mirada por ese semblante augusto de las madres de familia cuya vida sin reproche desafía los golpes del destino, pero a las que éste toma por blanco de sus flechas y que forman la numerosa tribu de las Niobes. Su peluca rubia muy rizada y muy arreglada, cuadraba bien a su blanca figura, fría como esas mujeres de burgomaestre pintadas por Mirevelt. Lo cuidadoso de su tocado, las botinas de terciopelo, el cuello de encaje, el chal bien colocado, todo demostraba la solicitud de Modesta por su madre.

Cuando en el salón se produjo el momento de silencio anunciado por el notario, Modesta, sentada cerca de su madre y que bordaba una pañoleta, se convirtió por un instante en el blanco de todas las miradas. Esa curiosidad oculta bajo las vulgares preguntas que se dirigen las visitas, incluso aquellas que se ven todos los días, hubiese descubierto a un indiferente la conjura doméstica tramada contra la joven; pero Gobenheim, más que indiferente, no notó nada: encendió las velas de la mesa de juego. La actitud de Dumay hizo terrible aquella situación para Butscha, para los Latournelle y sobre todo para la señora Dumay, que sabía a su marido muy capaz de disparar sobre el amante de Modesta como sobre un perro rabioso. Después de comer, el cajero había salido de paseo en compañía de dos magníficos perros de los Pirineos, sospechosos de traición, a los que había dejado en casa de un antiguo colono del señor Mignon; luego, momentos antes de la entrada de los Latournelle, había tomado de la cabecera de su cama dos pistolas, que colocó sobre la chimenea, ocultándose de Modesta. La joven no prestó la menor atención a todos estos preparativos, muy singulares cuando menos.

Aunque pequeño, rechoncho, picado de viruelas, de hablar bajo y como si se escuchase a sí mismo, tenía este bretón, antiguo teniente de la guardia, tan fuertemente grabadas en su rostro la resolución y la sangre fría, que en sus veinte años de milicia nadie se había burlado de él. Sus pequeños ojos, de un azul tranquilo, parecían dos trazos de acero. Sus ademanes, el aire de su rostro, su habla, su continente, todo concordaba con su breve nombre de Dumay. Su fuerza, muy conocida por otra parte, le permitía no temer ninguna agresión. Capaz de matar a un hombre de un puñetazo, había realizado este alto hecho en Bautzen, en ocasión de encontrarse desarmado frente a frente con un sajón, rezagado de su compañía. En aquellos momentos su firme y dulce fisonomía alcanzaba lo sublime dentro de lo trágico: sus labios, pálidos como su tez, denotaban una conmoción dominada por la energía bretona; un sudor ligero, pero que pudieron ver todos y lo supusieron frío, humedecía su frente. El notario sabía que de todo esto podía resultar un drama judicial. En efecto, para el cajero se jugaba con respecto a Modesta Mignon una partida en la que estaban comprometidos su honor y su fe, sentimientos de una importancia superior a la de los lazos sociales, resultado de uno de esos pactos cuyo

único juez, en caso de desgracia, se encuentra en el cielo. La mayor parte de los dramas nacen de la idea que nosotros mismos nos formamos de las cosas. Los acontecimientos que nos parecen dramáticos no son sino cuestiones que nuestra alma convierte en tragedia o en comedia según el talante de nuestro carácter.

La señora Latournelle y la señora Dumay, encargadas de observar a Modesta, mostraron un no sé qué de ficticio en su actitud, de tembloroso en la voz, del que la inculpada no se dio cuenta en absoluto, tan absorta parecía en su bordado. Aplicaba cada hilo con una perfección capaz de causar envidia a las bordadoras. Su rostro reflejaba el placer que le causaba el remate del pétalo en que terminaba una flor. El enano, sentado entre su patrona y Gobenheim, contenía sus lágrimas, preguntándose cómo podría llegar hasta Modesta y deslizar a su oído dos palabras de aviso. Colocándose delante de la señora Mignon, la señora Latournelle, con su diabólica inteligencia de beata, había aislado a Modesta. La señora Mignon, silenciosa en su ceguera, más pálida de lo habitual en ella, mostraba claramente que conocía la prueba a que Modesta iba a verse sometida. Tal vez en el fondo censurase aquella estratagema, a pesar de juzgarla necesaria. De ahí su silencio. Lloraba por dentro.

Exuperio, el gatillo de la trampa, ignoraba por completo la intriga en que el azar le asignaba un papel.

Gobenheim, por efecto de su carácter, mantenía una indiferencia igual a la que mostraba Modesta. Para un espectador que estuviese en el secreto, habría resultado sublime aquel contraste entre la completa ignorancia de unos y la palpitante atención de los otros. Hoy más que nunca usan los novelistas de esos efectos y están en su derecho, pues de siempre se ha permitido la naturaleza de ser más fuerte que ellos. Aquí, como veréis, la naturaleza, la naturaleza social, que es una naturaleza dentro de la naturaleza, se daba el gusto de hacer la historia más interesante que la novela, lo mismo que los pintores dibujan fantasías prohibidas a los pintores y realizan maravillas disponiendo o perfilando las piedras en forma capaz de sorprender a escultores y arquitectos. Eran las ocho. En aquella estación el crepúsculo arroja a esa hora sus últimos resplandores. Aquella noche el cielo no presentaba una nube, un aire tibio acariciaba la tierra, las flores embalsamaban el ambiente, se oía crujir la arena bajo los pies de los paseantes que regresaban. El mar lucía como un espejo. En fin, corría tan poco viento que las velas encendidas en la mesa de juego mostraban sus llamas tranquilas, a pesar de estar entreabiertas las ventanas. Ese salón, esa velada, esa vivienda, ¡qué marco para el retrato de nuestra joven, observada por todos aquellos personajes con la brutal atención de un pintor en presencia de la *Margherita Doni*, una de las glorias del palacio Pitti! ¿Acaso merecía Modesta, flor encerrada como la de Cátulo, todas aquellas precauciones?... Conocéis la jaula, he aquí el pájaro.

De veinte años entonces, esbelta, tan fina como esas sirenas inventadas por los dibujantes ingleses para sus *libros de bellezas*, ofrecía Modesta, como en otro tiempo su madre, una coqueta expresión de esa gracia poco comprendida en Francia, donde

la llamamos *sensiblería*, pero que, entre las alemanas, es la poesía del corazón que sale a la superficie y se manifiesta en melindres entre las necias, en divinas maneras entre las jóvenes espirituales. Notable por su cabellera de color oro pálido, pertenecía a ese género de mujeres llamadas, en memoria de Eva sin duda, las rubias celestes, y cuya aterciopelada epidermis parece papel de seda aplicado sobre la carne, tirita en invierno o se abre al sol de la mirada, haciendo de la mano rival de la vista. Bajo esos cabellos, ligeros como marabú y rizados a la inglesa, la frente, que diríais trazada a compás, tan puro era su modelado, permanecía discreta, tranquila hasta la placidez, aunque luminosa de pensamiento; ¿pero cuándo y dónde podría verse algo más unido, de una nitidez más transparente? Como las perlas, parecía tener su oriente. Los ojos, de un azul que tiraba a gris, límpidos como los de un niño, mostraban entonces malicia o inocencia, en armonía con el arco de las cejas, apenas indicado por unas raíces plantadas como esas hechas a pincel, de las figuras chinas. Ese candor espiritual se realzaba alrededor de los ojos y en las sienes por unos tonos nacarados, con hilillos azules, privilegio de las teces delicadas. El rostro, del mismo óvalo que con tanta frecuencia usó Rafael para sus madonas, se señalaba por el color sobrio y virginal de las mejillas, tan dulce como la rosa de Bengala y sobre la que las largas pestañas de un diáfano párpado arrojaban sombras entremezcladas de luminosidad. El cuello, inclinado en aquel momento, casi frágil, de un blanco de leche, recordaba esas líneas fugitivas, tan caras a Leonardo de Vinci. Algunas pecas, semejantes a los lunares del siglo XVIII, demostraban que Modesta era una criatura terrenal y no una de esas creaciones soñadas en Italia por la Escuela angélica. Aunque finos y carnosos a un tiempo, los labios, ligeramente burlones, expresaban voluptuosidad. Su talle flexible, sin ser frágil, no asustaba a la Maternidad como el de esas jóvenes que deben todos sus éxitos a la mórbida presión de un corsé. El fustán, el acero y los cordones depuraban, sin torturarlas, las líneas serpentinadas de aquella elegancia, comparable a la de un álamo joven balanceado por el viento. Un traje gris de *mohair*, adornado con pasamanerías color cereza, de talle largo, marcaba castamente el busto y cubría los hombros, un poco delgados aún, con un camisolín que no dejaba ver sino las primeras redondeces en que el cuello se une a la espalda. Ante el aspecto de esta fisonomía vaporosa e inteligente a la vez, en la que la finura de una nariz griega de ventanas rosadas arrojaba un no sé qué de positivo; en la que la poesía que presidía la frente casi mística era, en parte, desmentida por la voluptuosa expresión de la boca; en la que el candor disputaba a la burla más refinada los campos profundos y variados de las pupilas, cualquier observador habría pensado que aquella joven de oído atento y fino, de nariz abierta a los perfumes de la flor azul del ideal, debía ser teatro de un combate entre las poesías que despiertan cada amanecer y las diarias labores, entre la fantasía y la realidad. Modesta era la joven curiosa y púdica, concedora de su destino y llena de castidad, la virgen de España más que la de Rafael.

Alzó la cabeza y al oír que Dumay le decía a Exuperio: «¡Venid aquí, joven!», después de verles cuchichear en un rincón del salón, pensó que se trataba de alguna

misión que le encomendaban en París. Miró como asombrada de su silencio a los amigos que la rodeaban y exclamó con el tono más natural:

—¿Qué, no jugáis? —Señalando la mesa verde, a la que la pomposa señora Latournelle llamaba *el altar*.

—¡Juguemos! —dijo Dumay, que acababa de despedir al joven Exuperio.

—Ponte allí, Butscha —dijo la señora Latournelle, separando al primer pasante del grupo que formaban la señora Mignon y su hija por todo el ancho de la mesa.

—¡Y tú ven aquí! —dijo Dumay a su mujer, ordenándole que se colocase junto a él.

La señora Dumay, pequeña americana de treinta y seis años, se enjugó furtivamente una lágrima; adoraba a Modesta y preveía una catástrofe.

—Estáis poco alegres esta noche —dijo Modesta.

—Estamos jugando —respondió Gobenheim, que barajaba las cartas.

Por interesante que esta situación pueda parecer, lo será mucho más si explicamos la posición de Dumay respecto a Modesta. Si la concisión de este relato lo hace excesivamente seco, debe perdonarse esta sequedad en razón al deseo de acabar pronto con la presente escena y a la necesidad de contar el argumento que preside todos los dramas.

Dumay (Ana-Francisco-Bernardo), nacido en Vannes, partió como soldado, en 1799, para el ejército de Italia. Su padre, presidente del tribunal revolucionario, se había distinguido por una tal energía, que para el hijo no resultó sostenible la permanencia en el país cuando aquél, abogado bastante mediocre, pereció en el cadalso después del 9 de Termidor. Tras de haber visto morir de pena a su madre, llamada también Ana, vendió cuanto poseía y a la edad de veintidós años corrió a Italia, en un momento en que nuestras armas sucumbían. En el departamento del Var encontró a un joven que, por idénticos motivos iba también en busca de la gloria, considerando menos peligroso el campo de batalla que la Provenza. Carlos Mignon, último vástago de la familia a que París debe la calle y el palacio construido por el cardenal Mignon, tuvo como padre a un aprovechado que quiso salvar de las garras de la Revolución sus posesiones de la Bastia, un hermoso feudo del Gomatat. Como todos los medrosos de aquellos tiempos, convertido en ciudadano Mignon encontró más saludable cortar cabezas que dejarse cortar la suya. El falso terrorista desapareció el 9 de Termidor y se le inscribió en la lista de los emigrados. El condado de Bastia fue vendido y el castillo, deshonorado, vio sus torres arrasadas. Finalmente, el ciudadano Mignon, descubierto en Orange, fue asesinado con su mujer y sus hijos, con excepción de Carlos Mignon, a quien había enviado en busca de asilo a los Altos Alpes. Sorprendido por tan terribles noticias, aguardó Carlos tiempos menos tormentosos en un valle del monte Genève. Vivió allí hasta 1799 con algunos luses que a su marcha le había puesto su padre en la mano. Por último, a los veintitrés años, sin más fortuna que su hermosa presencia, esa belleza meridional que, cuando es perfecta, llega a lo sublime y cuyo prototipo es Antinoo, el ilustre favorito de

Adriano, resolvió Carlos arriesgar en el tapete rojo de la guerra su audacia provenzal que, como tantos otros, tomó por vocación. Camino del depósito del ejército en Niza, encontró al bretón. Convertidos en camaradas, tanto por la similitud de sus destinos como por el contraste de sus caracteres, ambos soldados bebieron en el mismo vaso o en el mismo arroyo, se partieron el mismo trozo de galleta y ascendieron a sargentos cuando la paz siguió a la batalla de Marengo. Al recomenzar la guerra, Carlos Mignon consiguió pasar a la caballería y perdió de vista a su camarada. En 1812, el último de los Mignon de la Bastia era oficial de la Legión de honor y mayor de un regimiento de caballería, en espera de ser rehabilitado como conde de la Bastia y ascendido a coronel por el emperador. Hecho prisionero por los rusos, lo enviaron como a tantos otros, a Siberia. Realizó el viaje con un pobre teniente, en el que reconoció a Anne Dumay, sin condecoraciones, valiente, pero desgraciado, como un millón de infantes con charreteras de lana: el lienzo humano sobre el cual pintó Napoleón el cuadro del Imperio. En Siberia, el teniente coronel, para matar el tiempo, enseñó cálculo y caligrafía al bretón, cuya educación había parecido inútil al padre Scévola. Carlos encontró en su primer compañero de camino uno de esos raros corazones en que se pueden depositar todas las penas y contarles todas las felicidades. El provenzal había terminado por encontrar esa suerte que busca todo guapo mozo. En 1804, en Francfort del Main, se enamoró de él Bettina Walleurod, hija única de un banquero a la cual desposó con tanto más entusiasmo cuanto que era rica, una de las bellezas de la ciudad y él un simple teniente, sin más fortuna que el porvenir, tan problemático de los militares de aquellos tiempos. El viejo Walleurod, barón del Imperio germánico (la Banca siempre es baronesa), encantado de saber que el guapo teniente era el único representante de los Mignon de la Bastie, aprobó la pasión de la rubia Bettina, a la que un pintor (en Francfort había entonces uno) había hecho posar para una alegoría de Alemania. Walleurod, llamando ya a sus nietos por adelantado condes de la Bastia-Walleurod, situó en valores franceses la suma necesaria para que su hija tuviera treinta mil francos de renta. Esta dote produjo una pequeña fisura en su caja, debido al poco aumento del capital. Siguiendo una política muy en uso entre los deudores, el Imperio pagaba pocas veces los semestres. Por eso aquella inversión pareció asustar un tanto a Carlos, que no tenía tanta fe como su suegro en el águila imperial. El mecánico teme mucho a la máquina que el viajero admira, y los oficiales eran en cierto modo los maquinistas de la locomotora napoleónica, si es que no eran el carbón. El barón de Walleurod-Tustall-Bartenstild prometió entonces acudir en socorro del matrimonio. Carlos amó a Bettina Walleurod tanto como ella lo amaba a él, y esto es decir mucho; pero cuando un provenzal se exalta, todo resulta natural en él en materia de sentimientos.

¿Y cómo no adorar a una rubia salida de un cuadro de Alberto Durero, con un carácter angélico y una considerable fortuna en Francfort? Así es que Carlos tuvo cuatro hijos, de los que sólo conservaba dos hijas en el momento en que desahogaba sus penas en el corazón del bretón. Sin conocerlas, quiso Dumay a las dos pequeñas,

como consecuencia de esa simpatía, tan bien comprendida por Carlos, que hace de cada soldado padre de cualquier niño. La primogénita, llamada Bettina-Carolina, había nacido en 1805; la otra, María-Modesta, en 1808. El desgraciado teniente coronel, sin noticias de aquellos seres queridos, regresó a pie en 1814, en compañía del teniente, a través de Rusia y Prusia. Los dos amigos, para los que no existía la diferencia de charreteras, alcanzaron Francfort en el momento en que Napoleón desembarcaba en Cannes. Carlos encontró a su mujer en Francfort, pero de luto: había tenido el dolor de perder a su padre, de quien era adorada y que siempre quiso verla sonriente, incluso desde su lecho de muerte. El viejo Walleurod no sobrevivió a los desastres del Imperio. A los setenta y dos años había especulado en algodones, creyendo en el genio de Napoleón, sin saber que el genio suele estar con mucha mayor frecuencia por encima que por debajo de los acontecimientos. El último Walleurod, de los verdaderos Walleurod-Tustall-Bartenstild, había comprado casi tantas balas de algodón como hombres perdió el emperador durante la sublime campaña de Francia.

—*Yo moguig en el alcoton* —dijo a su hija aquel padre, de la madera de los Goriot, esforzándose en aplacar un dolor que le aterraba— *y moguig sin tepeg nata a natie.*

Pues aquel francés de Alemania murió esforzándose por hablar la lengua tan querida por su hija.

Dichoso de poder salvar a su mujer y a sus dos hijas en aquel doble y gran naufragio, Carlos Mignon regresó a París, donde el emperador lo nombró teniente coronel de los coraceros de la guardia y lo hizo oficial de la Legión de honor. El sueño del coronel, que ya se veía general y conde con el primer triunfo de Napoleón, se extinguió entre las olas de sangre de Waterloo. El coronel, herido de poca gravedad, se retiró sobre el Loire y abandonó Tours antes del licenciamiento.

En la primavera de 1816 realizó Carlos sus treinta mil francos de renta, que le proporcionaron unos cuatrocientos mil de capital, y resolvió marchar a América en busca de fortuna, abandonando un país sobre el que ya pesaba la persecución contra los soldados de Napoleón. Bajó de París al Havre, acompañado por Dumay, a quien por una casualidad bastante frecuente en la guerra, había salvado la vida al subirlo a la grupa de su caballo en el desorden que siguió a la jornada de Waterloo. Dumay compartía las opiniones y el desánimo del coronel. Carlos, seguido por el bretón como por un perro fiel (el pobre soldado idolatraba a las dos niñas), pensó que la obediencia, el hábito de las consignas, la probidad, la devoción del teniente, harían de éste un servidor tan leal como eficaz; así es que le propuso ponerse a sus órdenes como paisano. Dumay se consideró afortunadísimo al verse adoptado por una familia con la que pensaba vivir como el muérdago sobre la encina. Mientras aguardaba ocasión para embarcarse, escogía entre los navíos y meditaba sobre las oportunidades que se ofrecían a su destino, oyó hablar el coronel de las brillantes perspectivas que la paz reservaba al Havre. Al escuchar la disertación de dos burgueses, entrevió un

medio de fortuna y se convirtió a la vez en armador, banquero y propietario: por doscientos mil francos compró terrenos y casas y mandó a Nueva York un barco cargado de sederías francesas, adquiridas en Lyon a bajo precio. Dumay, agente suyo, partió con el navío. Mientras el coronel se instalaba con su familia en la casa más hermosa de la calle Real y aprendía los principios de la Banca, desplegando en ella toda la actividad y prodigiosa inteligencia de los provenzales, Dumay ganó dos fortunas, pues regresó con un cargamento de algodón comprado a vil precio. Aquella doble operación valió un enorme capital a la casa Mignon. Adquirió entonces el coronel la villa de Ingouville y recompensó a Dumay dándole una modesta casa en la calle Real. El pobre bretón, con sus algodones, se había traído de Nueva York una linda mujercita, a la que antes que nada había atraído su cualidad de francés.

Miss Grummer poseía unos cuatro mil dólares, veinte mil francos que Dumay colocó en casa de su coronel. Convertido en *alter ego* del armador, aprendió Dumay en poco tiempo la teneduría de libros, esa ciencia que, según su propia frase, distingue a los sargentos mayores del comercio. Aquel sencillo soldado, abandonado durante veinte años por la fortuna, se consideró el hombre más dichoso del mundo al verse propietario de una casa a la que la munificencia de su jefe dotó de un lindo mobiliario, además de mil doscientos francos de intereses que obtuvo de sus fondos y tres mil seiscientos francos de sueldo. Jamás en sus sueños había esperado el teniente Dumay una situación semejante; pero todavía estaba más satisfecho al saberse el eje de la más rica casa comercial del Havre. La señora Dumay tuvo la pena de ver morir todos sus hijos al nacer y las dificultades de su último parto le quitaron la esperanza de tener más; de suerte que se dedicó a las señoritas Mignon con tanto amor como Dumay, que las hubiese preferido a sus propios hijos. La señora Dumay, hija de unos agricultores habituados a una vida de ahorro, se contentó con dos mil cuatrocientos francos para ella y su marido; así que cada año colocaba Dumay dos mil y algunos cientos más en la casa Mignon. Al examinar el balance anual, el patrono engrosaba la cuenta del cajero con una gratificación adecuada a sus servicios. En 1824 el crédito del cajero se elevaba a cincuenta y ocho mil francos. Fue entonces cuando Carlos Mignon, conde de Bastia, título del que nunca se hablaba, colmó la dicha de su cajero al alojarlo en aquel *chalet* donde ahora vivían tan oscuramente Modesta y su madre.

El deplorable estado en que se encontraba la señora Mignon, a la que su marido había dejado todavía hermosa, tuvo su origen en la catástrofe a que era debida la ausencia de Carlos. La pena había empleado tres años en destruir a la dulce alemana, pero es que se trataba de una de esas penas semejantes a un gusano alojado en una fruta sana. El balance de ese dolor es fácil de ir haciendo. Dos niños muertos a corta edad tuvieron un doble *aquí yace* en aquella alma que no sabía olvidar nada. El cautiverio de Carlos en Siberia fue para aquella mujer amante como una muerte prolongada. La catástrofe de la rica casa Walleurod y la muerte del pobre banquero sobre sus talegos vacíos, constituyeron para Bettina, atormentada ya por las dudas sobre la suerte de su marido, como un golpe supremo. La excesiva alegría de recobrar

a su marido estuvo a punto de matar a aquella flor alemana. Luego, la segunda caída del Imperio y el proyecto de expatriación, fueron nuevos accesos de una misma fiebre. Al fin, diez años de prosperidad continua, las atenciones de su casa —la primera del Havre—, las comidas, los bailes, las fiestas del afortunado negociante, las suntuosidades de la villa Mignon, la inmensa consideración, la respetuosa estima de que gozaba Carlos, la entera dedicación de este hombre, que correspondía con un amor único a un único amor, todo había reconciliado a aquella pobre mujer con la vida. En el momento en que ya no dudaba, en que entreveía un hermoso atardecer para la tormentosa jornada de su vida, una catástrofe ignorada, enterrada en el corazón de aquella doble familia y de la que hablaremos en seguida, había sido como la culminación de la desgracia. En enero de 1826, en medio de una fiesta, cuando el Havre entero designaba a Carlos Mignon como diputado, tres cartas llegadas de Nueva York, de París y de Londres fueron como otros tantos martillazos en el palacio de cristal de la Prosperidad. En diez minutos, la ruina había extendido sus alas de buitre sobre aquella dicha inaudita, como la extendió el frío sobre el *Gran Ejército* en 1812. Una sola noche, que pasó haciendo cuentas con Dumay, bastó para que Carlos Mignon tomara su partido. Todos los valores, sin exceptuar los muebles, bastaban para pagarlo todo.

—El Havre no me verá a pie —dijo el coronel al teniente—. Dumay, tomo tus sesenta mil francos al seis por ciento...

—Al tres, mi coronel...

—A nada entonces —contestó perentoriamente Carlos Mignon—. Te reservaré tu parte en mis nuevos negocios. *Le Modeste*, que ya no me pertenece, parte mañana; el capitán me lleva. A ti te encargo de mi mujer y de mi hija. No escribiré nada: si no hay noticias, buenas noticias.

Dumay, siempre teniente, no había hecho la menor objeción a los proyectos de su coronel.

—Pienso —le había dicho a Latournelle, con cierto aire de entendido— que mi coronel ha formado ya su plan.

Al día siguiente, muy de mañana, había acompañado a su patrón al navío *Le Modeste*, que partía para Constantinopla. Allí, en la popa del buque, el bretón había dicho al provenzal:

—¿Cuáles son vuestras últimas órdenes, mi coronel?

—¡Que ningún hombre se acerque al *chalet*! —había exclamado el padre, conteniendo a duras penas una lágrima—. Dumay, guárdame a mi última hija como la guardaría un perro de presa. ¡La muerte para cualquiera que intente corromper a mi segunda hija! No le temas a nada, ni siquiera al cadalso; yo me reuniría en él contigo.

—Mi coronel, desarrollad en paz vuestros negocios. Os comprendo. ¡Volveréis a encontrar a la señorita Modesta tal como me la confiáis o estaré muerto! Ya me conocéis y conocéis a vuestros dos perros de los Pirineos. Nadie llegará hasta vuestra hija. Perdonad que os diga tantas palabras.

Ambos militares se arrojaron en brazos uno del otro, como dos hombres que habían compartido las mismas fatigas en plena Siberia. Aquel mismo día, el *Correo del Havre* había publicado este terrible, simple, enérgico y honrado comunicado:

La casa Carlos Mignon suspende pagos. Pero los liquidadores que suscriben toman a su cargo el pago de todas las deudas. Desde este momento se pueden descontar a los terceros tenedores los efectos a plazo. La venta de bienes raíces cubrirá íntegramente el importe de las deudas pendientes.

Se publica este aviso en defensa del honor de la casa y para evitar toda agitación en la plaza del Havre.

El señor Carlos Mignon ha partido esta mañana en *Le Modeste* para el Asia Menor, dejando plenos poderes con el fin de realizar todos los valores, incluso los inmobiliarios.

DUMAY, liquidador de las cuentas de banca; *LATOURNELLE*, notario, liquidador de los bienes urbanos y rústicos; *GOBENHEIM*, liquidador de los bienes comerciales.

Latournelle debía su fortuna a la bondad del señor Mignon, que en 1817 le había prestado cien mil francos para la compra del más hermoso estudio del Havre. Este pobre hombre, sin medios pecuniarios, primer pasante desde hacía seis años, rayaba entonces en los cuarenta años y se veía pasante por el resto de sus días. Fue el único en todo el Havre cuya adhesión pudo compararse a la de Dumay, puesto que Gobenheim se aprovechó de la liquidación para continuar las relaciones y los negocios del señor Mignon, lo cual le permitió levantar su pequeña casa de banca. En tanto que en la Bolsa, en el puerto, en todas las casas se formulaban unánimes lamentos y se llenaban todas las bocas con el panegírico de un hombre irreprochable, honorable y benefactor. Latournelle y Dumay, silenciosos y activos como hormigas, vendían, realizaban, pagaban y liquidaban. Vilquin se hizo el generoso al comprar la villa, la casa de la ciudad y una granja; también Latournelle se aprovechó de este primer impulso, arrancando a Vilquin un buen precio. Se quiso visitar a la señora y señorita Mignon; pero ellas habían obedecido a Carlos, refugiándose en el *chalet* la misma mañana de su partida, que se les ocultó en el primer momento. Para no dejarse conmovir por su dolor, el valeroso banquero había abrazado a su mujer y a su hija mientras dormían. Se depositaron trescientas tarjetas en la puerta de la casa Mignon; quince días después, el olvido más profundo, profetizado por Carlos, reveló a las dos mujeres la sabiduría y grandeza de la resolución adoptada. Dumay hizo representar a su patrono en Nueva York, Londres y en París. Siguió la liquidación de las tres casas de banca a las que se había debido la ruina, realizó quinientos mil francos entre 1826 y 1828, un octavo de la fortuna de Carlos; y, siguiendo órdenes escritas durante la noche de la partida, a comienzos de 1828 los envió por conducto de la casa

Mongenod a Nueva York, a la cuenta del señor Mignon.

Todo fue cumplido militarmente, excepto la deducción de treinta mil francos para las necesidades personales de la señora y la señorita Mignon, que Carlos había ordenado hacer y que Dumay no hizo. El bretón vendió su casa de la ciudad en veinte mil francos y se los dio a la señora Dumay, pensando que cuanto más capital tuviese su coronel, más pronto regresaría.

—A veces se parece por falta de treinta mil francos —había dicho a Latournelle, que le tomó por su valor aquella casa, en la que los habitantes del Chalet encontraban siempre un apartamento.

Éste fue el resultado, para la célebre casa Mignon del Havre, de la crisis que en 1825 y 1826 trastornó las principales casas comerciales y causó, aunque pocos se acuerden ya de este vendaval, la ruina de muchos banqueros de París, uno de los cuales presidía el Tribunal de Comercio. Se comprende, por tanto, que esta inmensa caída, después de un reinado burgués de diez años, pudiera ser el golpe de muerte para Bettina Walleurod, que se vio nuevamente separada de su marido, sin saber nada de un destino aparentemente tan peligroso y aventurado como el destierro en Siberia; pero el mal que la arrastraba a la tumba era a estas pesadumbres visibles lo que a las pesadumbres ordinarias de una familia es el hijo fatal que la arruina y la devora. La piedra infernal arrojada al corazón de aquella madre era una de las piedras sepulcrales del pequeño cementerio de Ingouville, sobre la cual se lee:

BETTINA-CAROLINA MIGNON
MUERTA A LOS VEINTIDÓS AÑOS
¡ROGAD POR ELLA!
1827

Para una joven, esta inscripción es lo que para otros muchos muertos un epitafio: el índice de materias de un libro desconocido. He aquí ese libro en su terrible compendio, que puede explicar el juramento cambiado en los adioses del coronel y el teniente.

Un joven de encantadora presencia, llamado Jorge d'Estourny, vino al Havre con el vulgar pretexto de ver el mar y quien vio allí fue a Carolina Mignon. Un pretendido elegante de París nunca va desprovisto de recomendaciones; así es que, por mediación de un amigo de los Mignon, se le invitó a una fiesta en Ingouville. Tan prendado de Carolina como de su patrimonio, el parisino entrevió un desenlace afortunado. En tres meses acumuló todos los medios de seducción y raptó a Carolina. Cuando hay hijas, un padre de familia no debe dejar introducir en su casa a un joven sin conocerlo, ni llevar libros o periódicos sin haberlos leído. La inocencia de las jóvenes es como la leche, a la que corta una tronada, un perfume venenoso, un tiempo cálido, nada en fin: un sencillo soplo. Al leer la carta de despedida de su hija primogénita, Carlos Mignon hizo partir inmediatamente hacia París a la señora

Dumay. La familia alegó la necesidad de un viaje, ordenado súbitamente por el médico de la familia, que se prestó a ser cómplice de aquella excusa necesaria; pero sin poder impedir que el Havre hablase de aquella ausencia.

—¡Cómo, una joven tan fuerte, con una tez de española y una cabellera de azabache!... ¡Tísica ella!...

—Pues sí; dicen que cometió una imprudencia...

—¡Ah, ah! —exclamó un Vilquin.

—Regresó sudorosa de una partida a caballo y bebió agua helada; al menos, eso es lo que dice el doctor Troussenard.

Cuando regresó la señora Dumay se había consumado la desgracia de la casa Mignon y nadie prestó atención a la ausencia de Carolina ni al retorno de la mujer del cajero.

A comienzos de 1827 publicaron los periódicos el proceso de Jorge d'Estourny, condenado por la policía correccional a causa de fraudes comprobados en el juego. El joven fullero emigró sin ocuparse de la señorita Mignon, a quien la liquidación hecha en el Havre quitaba los últimos restos de valor. En poco tiempo conoció Carolina su infame abandono y la ruina de la casa paterna. Caída en un horrible y mortal estado, se extinguió en pocos días. Al menos su muerte protegió su reputación. Todos creyeron en la enfermedad alegada por el señor Mignon cuando la huida de su hija y en la orden médica que, según se dijo, envió a Niza a la señorita Carolina. ¡La madre había esperado hasta el último momento conservar a su hija! Bettina fue su preferida, como Modesta lo era de Carlos. Había algo de patético en esas dos elecciones. Bettina fue el vivo retrato de su padre, como Modesta era el de su madre. Cada uno de los esposos continuaba su amor en su hija. Carolina, hija de La Provenza, tuvo de su padre la hermosa cabellera, negra como el ala de un cuervo, que tanto se admira entre las mujeres del Mediodía, el ojo pardo, rasgado como una almendra y brillante como una estrella, la tez olivácea, la piel dorada como un fruto aterciopelado, el pie arqueado y ese talle español que hace crujir las basquiñas. Por eso el padre y la madre estaban tan orgullosos de la encantadora oposición que presentaban las dos hermanas.

—Un diablo y un ángel —decían sin malicia, por más que fuese una profecía.

Después de haber llorado durante un mes en su habitación, donde quiso permanecer sin ver a nadie, la pobre alemana salió de ella con los ojos enfermos. Antes de perder la vista había ido, contra el consejo de todos sus amigos, a contemplar la tumba de Carolina y esta última imagen permaneció coloreada en sus tinieblas, como el espectro rojo del último objeto que se ha visto brilla todavía después de cerrar los ojos en un día radiante. Tras esta horrible y doble desgracia. Modesta, convertida en hija única sin que su padre lo supiese, hizo a Dumay no más devoto, pero sí más temeroso que en el pasado. La señora Dumay, loca por Modesta, como todas las mujeres sin hijos, la abrumó con su maternidad de ocasión, sin desconocer no obstante las órdenes de su marido, que desconfiaba de las amistades femeninas. La consigna era terminante.

—Si alguna vez un hombre, de cualquier edad o clase que sea —había dicho Dumay— habla con Modesta, la codicia, le pone ojos tiernos, es hombre muerto: le vuelo los sesos y me voy a poner a disposición del fiscal del rey. Mi muerte tal vez la salve. Si no me quieres ver cortar el cuello, súpleme bien cerca de ella cuando estoy en la ciudad.

Desde hacía tres años, Dumay revisaba sus armas todas las noches. Parecía haber hecho partícipes de su juramento a los dos perros de los Pirineos, dos animales de una inteligencia superior. Uno dormía en el interior y el otro permanecía continuamente encerrado en una caseta y no ladraba jamás: ¡pero el momento en que esos dos perros hubiesen movido sus mandíbulas sobre un merodeador habría sido terrible!

Ahora se puede comprender la vida que madre e hija llevaban en el *chalet*. El señor y la señora Latournelle, frecuentemente acompañados por Gobenheim, acudían casi todas las tardes a hacer compañía a sus amigos y jugaban al *whist*. La conversación giraba sobre los asuntos del Havre, sobre los pequeños acontecimientos de la vida de provincia. Entre nueve y diez de la noche se marchaban. Modesta iba a acostar a su madre y juntas rezaban sus oraciones, se repetían sus esperanzas y hablaban del querido viajero. Después de haber abrazado a su madre, la joven volvía a su cuarto a las diez. Al día siguiente, Modesta levantaba a su madre con los mismos cuidados, las mismas plegarias y las mismas conversaciones. Para gloria de Modesta, desde el día en que la terrible enfermedad vino a privar a su madre de un sentido, se convirtió en su doncella y desplegó la misma solicitud en todo instante, sin cansarse, sin encontrar monotonía en ello. Fue sublime de afecto a toda hora, de una dulzura rara entre las jóvenes y bien apreciada por los testigos de aquella ternura. De modo que para la familia Latournelle, para el señor y la señora Dumay, Modesta era en lo moral la perla que conocéis. Entre el desayuno y la comida, las señoras Mignon y Dumay, los días de sol daban un paseo hasta la playa, acompañadas por Modesta, pues se precisaba de la ayuda de dos brazos para la desgraciada ciega. Un mes antes de la escena en la que esta explicación constituye como un paréntesis, la señora Mignon había tenido consejo con sus únicos amigos, la señora Latournelle, el notario y Dumay, mientras la señora Dumay entretenía a Modesta con un largo paseo.

—Escuchad, amigos míos —había dicho la ciega—; mi hija ama. Yo lo siento, lo veo... Se ha consumado en ella una extraña revolución y no me explico cómo vosotros no os habéis dado cuenta...

—¡Por todos los diablos! —había exclamado el teniente.

—No me interrumpáis, Dumay. Desde hace dos meses Modesta se cuida como si tuviese que asistir a una recepción. Se ha vuelto muy difícil para su calzado, quiere hacer valer su pie, le gruñe a la señora Gobet, la zapatera. Hace lo mismo con sus costureras. Algunos días mi pobre pequeña permanece taciturna, atenta, como si esperase a alguien; su voz tiene entonaciones breves, como si, al interrogarla, se la contrariase en su espera, en sus cálculos secretos; después, si ese alguien a quien espera ha venido...

—¡Por todos los diablos!...

—¡Sentaos, Dumay! —había dicho la ciega—. ¡Pues bien, Modesta está alegre! ¡Oh! ¡No está alegre para vosotros, no captáis esos matices demasiado delicados para ojos ocupados por el espectáculo de la naturaleza!; esa alegría se traiciona por las inflexiones de su voz, por los acentos que yo capto e interpreto. En lugar de permanecer sentada, soñadora, Modesta despliega una actividad loca, de movimientos desordenados... ¡En una palabra, es dichosa! Hay acciones de gracias hasta en las ideas que expresa. ¡Ay, amigos míos! Yo me conozco en la dicha tan bien como en la desgracia... Por el beso que me da mi pobre Modesta, adivino lo que ocurre en ella: si ha recibido lo que espera o si está inquieta. Hay muchos matices en los besos, incluso en los de una hija inocente, pues Modesta es la inocencia misma, pero es como una inocencia instruida. Si estoy ciega, mi ternura es clarividente, y os exhorto a que vigiléis a mi hija.

Dumay, que estaba feroz; el notario, como hombre que quiere hallar la solución del enigma; la señora Latournelle, como dueña burlada, y la señora Dumay, que compartía los temores de su marido, se convirtieron entonces en espías de Modesta, a la que no dejaron ni un instante. Dumay se pasó las noches bajo las ventanas, envuelto en su capa como un español celoso; pero, pese a su sagacidad de militar, no pudo obtener ningún indicio acusador. A menos que amara a los ruiseñores del parque Vilquin o a algún príncipe duende, Modesta no había podido ver a nadie, no había podido dar ni recibir ningún recado. La señora Dumay, que ya no se acostó nunca hasta ver dormida a Modesta, oteó por los caminos del alto del *chalet* con igual atención que su marido. Bajo las miradas de aquellos cuatro Argos, la irreprochable niña, cuyos menores movimientos fueron estudiados, analizados, quedó tan absuelta de toda conversación criminal, que los amigos tacharon a la señora Mignon de loca, de cavilosa.

La señora Latournelle, que personalmente llevaba a Modesta a la iglesia y la volvía a traer, fue la encargada de decir a la señora Mignon que se engañaba en cuanto a su hija.

Modesta —le hizo observar— es una muchacha muy exaltada; se apasiona por las poesías de uno o por la prosa de otro. Vos no habéis podido juzgar la impresión que le produjo esa sinfonía de verdugo (frase de Butscha, que prestaba ingenio a fondo perdido a su benefactora) llamada *El último día de un condenado*; pero me parece loca en su admiración por ese señor Hugo. Yo no sé dónde esas gentes (Víctor Hugo, Lamartine o Byron son *esas gentes* para las señoras Latournelle) quieren tomar sus ideas. La pequeña me ha hablado de *Childe Harold*, no he querido tener que contradecirla y he cometido la simpleza de ponerme a leer *eso* para poder razonar con ella. No sé si hay que atribuir este efecto a la traducción, pero el corazón me daba vuelcos, los ojos me pestañeaban, no he podido continuar. ¡Hay allí comparaciones atroces: rocas que se desvanecen, o «las lavas de la guerra»!... En fin, como se trata de un inglés que viaja, había que esperar algunas extravagancias, pero éstas pasan de

la raya. Cuando os creéis en España os ponen en las nubes, encima de los Alpes; hacen hablar a los torrentes y a las estrellas; ¡y, sobre todo, hay demasiadas vírgenes! ... ¡Es desesperante! En fin, desde las campañas de Napoleón, tenemos ya demasiados boletines inflamados, demasiados bronces sonoros, que ruedan de página en página. Modesta me ha dicho que todo ese *pathos* procede del traductor y que es preciso leerlo en inglés. Pero no voy a aprender el inglés por lord Byron, cuando no lo he hecho por Exuperio. ¡Prefiero con mucho las novelas de Ducray-Duminil a esas novelas inglesas! Soy demasiado normanda para enamorarme de cuanto viene del extranjero, sobre todo de Inglaterra...

A pesar de su duelo eterno, la señora Mignon no había podido evitar una sonrisa al imaginarse a la señora Latournelle leyendo el *Childe Harold*. La severa notaria recibió aquella sonrisa como una aprobación de sus doctrinas.

—Así es que, mi querida señora Mignon, vos tomáis por amoríos las fantasías de Modesta y los efectos de sus lecturas. A esa edad se ama una a sí misma. Se compone para verse compuesta. Yo le ponía a mi pobre hermanita un sombrero de hombre y jugábamos a caballeros. Vos habéis tenido en Francia una juventud feliz; pero seamos justos: Modesta no tiene aquí ninguna distracción. A pesar de la complacencia con que son acogidos sus menores deseos, se sabe guardada, y la vida que lleva ofrecería poco aliciente a cualquier joven que no hubiese encontrado como ella una diversión en los libros. Vamos, que no ama a nadie más que a vos... Tened por muy afortunado eso de que se apasione por los corsarios de lord Byron, por los héroes de novela de Walter Scott, por vuestros alemanes, los condes de Egmont, Werther, Schiller y otros Err...

—¿Y bien, señora? —dijo respetuosamente Dumay, asustado del silencio de la señora Mignon.

—Modesta no es sólo apasionada; ama a alguien —respondió obstinadamente la madre.

—Señora, se trata de mi vida, y debéis encontrar bien que no por mí, sino por mi pobre mujer, por mi coronel y por nosotros, investigue quién de los dos, la madre o el perro de presa, es el que se equivoca.

—¡Sois vos, Dumay! ¡Ah, si yo pudiese ver a mi hija!... —había dicho la pobre ciega.

—¿Pero a quién puede amar? —había respondido la señora Latournelle—. En cuanto a nosotros, respondo de mi Exuperio.

—Tampoco será a Gobenheim, al que, desde la marcha del coronel, apenas vemos nueve horas por semana. ¡Por otra parte, ese escudo de cien sueldos hecho hombre no piensa en Modesta! Su tío Gobenheim-Keller le ha dicho: «Hazte lo bastante rico para casarte con una Keller». Con tal programa, no hay que temer que sepa a qué sexo pertenece Modesta. Eso es todo lo que en cuanto a hombres vemos por aquí. No cuento a Butscha, el pobre jorobadito; yo lo quiero, es vuestro Dumay, señora —dijo a la notaria—. Butscha sabe muy bien que una sola mirada a Modesta le valdría un

buen pie de paliza a la moda de Vannes... Ningún alma tiene comunicación con nosotros. La señora Latournelle, que desde vuestra... vuestra desgracia, viene a buscar a Modesta para llevarla a la iglesia y la vuelve a traer, la ha observado bien todos estos días durante la misa y no ha visto nada sospechoso a su alrededor. En fin, como es preciso decíroslo todo, desde hace un mes he rastreado personalmente los senderos que rodean la casa y no he encontrado por la mañana la menor huella de pasos.

—Los rastrillos no son caros ni difíciles de manejar —contestó la hija de Alemania.

—¿Y los perros?... —preguntó Dumay.

—Los enamorados saben encontrarles filtros —respondió la señora Mignon.

—¡Si tuvieseis razón, eso sería para levantarse la tapa de los sesos, pues estaría perdido!... —exclamó Dumay.

—¿Y por qué, Dumay?

—¡Ay, señora! No sostendría la mirada del coronel si no volviese a encontrar a su hija, sobre todo ahora que es única, tan pura, tan virtuosa como lo era cuando me dijo él a bordo del barco: «¡Que no te detenga el temor al cadalso, Dumay, cuando se trate del honor de Modesta!».

—¡En eso os reconozco bien a los dos! —dijo, muy enternecida, la señora Mignon.

—Me jugaría la salvación eterna a que Modesta es pura como lo era en su cuna —aseguró la señora Dumay.

—¡Oh! Yo lo sabré averiguar —replicó Dumay— si la señora condesa me autoriza a probar un medio, pues los veteranos se conocen por las estratagemas.

—Os permito todo lo que pueda darnos luz sin perjudicar a nuestra última niña.

—¿Y cómo harás, Anne —preguntó la señora Dumay— para saber el secreto de una joven, si está tan bien guardado?

—¡Obedecedme todos bien! —exclamó el teniente—. Necesito de todo el mundo.

Este rápido resumen, que sabiamente desarrollado habría proporcionado todo un cuadro de costumbres (¡cuántas familias podrán reconocer en él los sucesos de su propia vida!), basta para hacer comprender la importancia de los pequeños detalles que hemos dado sobre las personas y las cosas en esta velada en la que el viejo militar se había comprometido a luchar con una joven y a hacer salir del fondo de aquel corazón un amor descubierto por una madre ciega.

Pasó una hora en una calma espantosa, interrumpida por las frases jeroglíficas de los jugadores de *whist*: «¡Espada! ¡Triunfo! ¡Corte! ¿Tenemos los honores? ¡Dos de *tri* (sic)! ¡a ocho! ¿Quién da?». Frases en que hoy se cifran las grandes emociones de la aristocracia europea. Modesta trabajaba sin asombrarse del silencio que guardaba su madre. El pañuelo de la señora Mignon resbaló de encima de su falda hasta el suelo. Butscha se precipitó para recogerlo; se encontró cerca de Modesta y le dijo al oído, al incorporarse:

—¡Poneos en guardia!

Modesta fijó sobre el enano unos ojos asombrados, cuyos rayos, como despuntados, lo llenaron de inefable alegría.

—¡No ama a nadie! —se dijo el pobre jorobado, que se frotó las manos hasta arrancarse la piel.

En aquel momento se precipitó Exuperio en el jardín, luego en la casa, irrumpió, finalmente, en el salón como un huracán y dijo al oído de Dumay:

—¡Aquí está el joven!

Dumay se levantó, saltó sobre sus pistolas y salió.

—¡Ay, Dios mío!... ¿Y si lo mata? —exclamó la señora Dumay, que se deshizo en lágrimas.

—¿Pero qué es lo que pasa? —preguntó Modesta mirando a sus amigos con aire cándido y sin ningún temor.

—¡Pues se trata de un joven que ronda alrededor del *chalet*!... —exclamó la señora Latournelle.

—Bueno —prosiguió Modesta— ¿y por qué lo ha de matar Dumay?

—¡*Sancta simplicitas*!... —dijo Butscha, que contempló a su patrón tan orgullosamente como Alejandro mira a Babilonia en el cuadro de Lebrun.

—¿Adónde vas, Modesta? —preguntó la madre a su hija, que se marchaba.

—A prepararlo todo para acostaros, mamá —respondió Modesta con voz tan pura como el sonido de una armónica.

—¡No habéis disparado muchos tiros! —dijo el enano a Dumay cuando éste volvió a entrar.

—¡Modesta es tan honesta como la virgen de nuestro altar! —exclamó la señora Latournelle.

—¡Ah, Dios mío! Estas emociones me destrozan —dijo el cajero— y sin embargo soy bien fuerte.

—Que pierda veinticinco sueldos si comprendo un ápice de cuanto habéis hecho esta noche —dijo Gobenheim—; me producís la impresión de que estáis locos.

—Sin embargo, se trata de un tesoro —dijo Butscha, que se alzó sobre la punta de los pies para alcanzar la oreja de Gobenheim.

—Desgraciadamente, Dumay, tengo casi la certeza de cuanto os he dicho —repitió la madre.

—Señora —dijo Dumay con voz tranquila— ahora es a vos a quien toca probarnos que estamos equivocados.

Viendo que sólo se trataba del honor de Modesta, Gobenheim tomó su sombrero, saludó y se fue, llevándose diez sueldos y mirando cualquier nuevo *rubber* como imposible.

—Exuperio y tú, Butscha, dejadnos —dijo la señora Latournelle—. Id al Havre, todavía llegaréis a tiempo de ver una comedia; yo os pago el espectáculo.

Cuando la señora Mignon quedó sola con sus cuatro amigos, la señora

Latournelle, tras de haber mirado a Dumay, que, como buen bretón, comprendía la testarudez de la madre, y a su marido, que jugaba con las cartas, se creyó autorizada a tomar la palabra.

—Veamos, señora Mignon ¿qué hecho decisivo ha herido vuestro entendimiento?

—¡Ay, mi buena amiga! Si fueseis música, habríais comprendido como yo el lenguaje de Modesta cuando habla de amor.

El piano de las señoritas Mignon se encontraba entre los pocos muebles del uso de las mujeres que se habían llevado de la casa de la ciudad al *chalet*. En algunas ocasiones Modesta había matado sus aburrimientos estudiando sin maestro. Nacida música, tocaba para distraer a su madre. Cantaba con naturalidad y repetía los aires alemanes que su madre la enseñaba. De esas lecciones, de esos esfuerzos, había resultado el fenómeno, bastante ordinario entre las naturalezas impulsadas por la vocación, de que Modesta, sin saberlo, componía —como puede componerse sin conocer la armonía— cantilenas puramente melódicas. La melodía es a la música lo que la imagen en el sentimiento a la poesía: una flor que puede abrirse espontáneamente. Por eso los pueblos han tenido melodías nacionales antes de que se inventase la armonía. La botánica ha venido después de las flores. Así, Modesta, sin haber aprendido del oficio de pintor más que lo que había visto hacer a su hermana cuando lavaba acuarelas, sabía permanecer hechizada y abatida ante un cuadro de Rafael, del Ticiano, de Rubens, de Murillo, de Rembrandt, de Alberto Durero y de Holbein, es decir, ante el ideal de cada país. Lo cierto era que, sobre todo desde hacía un mes, Modesta se dedicaba a los cantos de ruseñor, a tentativas cuyo sentido, cuya poesía, habían despertado la atención de su madre, bastante sorprendida al ver a Modesta afanada en la composición, en ensayar aires sobre palabras desconocidas.

—Si vuestras suposiciones no tienen otra base —dijo Latournelle a la señora Mignon— lamento vuestra susceptibilidad.

—Cuando las jóvenes de Bretaña cantan —dijo Dumay, otra vez sombrío—, el amante anda muy cerca de ellas.

—¡Yo os haré sorprender a Modesta improvisando y veréis!...

—¡Pobre niña! —dijo la señora Dumay—; pero si supiese nuestras inquietudes, se desesperaría y nos diría la verdad, sobre todo al saber lo que representa para Dumay.

—Mañana, amigos míos, interrogaré a mi hija —dijo la señora Mignon— y tal vez consiga yo más con la ternura que vosotros con la astucia...

¿Se representaba allí la comedia de *La hija mal guardada*, como siempre y en todas partes, sin que aquellos honrados Bartolos, aquellos celosos espías, aquellos perros de los Pirineos, todos tan vigilantes, hubiesen podido olfatear, adivinar, descubrir al amante, la intriga, el humo del fuego?... Esto no era resultado de un desafío entre los guardianes y un prisionero, entre el despotismo del calabozo y la libertad del detenido, sino la eterna repetición de la primera escena representada al levantarse el telón de la Creación: Eva en el paraíso. ¿Quién, entre la madre y el perro

guardián, tenía ahora razón? ¡Ninguna de las personas que rodeaban a Modesta podía comprender aquel corazón de muchacha, pues el alma y el rostro estaban en armonía, creedlo bien! Modesta había transportado su vida a un mundo tan negado en nuestros días como lo fue el de Cristóbal Colón en el siglo XVI. Afortunadamente se callaba, pues de otra forma hubiese parecido loca. Expliquemos ante todo la influencia del pasado sobre Modesta.

Dos acontecimientos habían formado para siempre el alma, lo mismo que habían desarrollado la inteligencia de esta joven. Advertidos por la catástrofe ocurrida a Bettina, los señores Mignon, ante ese desastre, resolvieron casar a Modesta. Habían escogido al hijo de un rico banquero, un hamburgués establecido en el Havre desde 1815, muy obligado a ellos, por lo demás. Este joven, llamado Francisco Althor, el *dandy* del Havre, dotado de esa hermosura vulgar de que tanto se pagan los burgueses, lo que los ingleses llaman un *mastok* (colores subidos, carnes abundantes, textura cuadrada), abandonó tan por completo a su novia después del desastre, que no volvió a ver a Modesta, a la señora Mignon ni a los Dumay. Habiéndose arriesgado Latournelle a interrogar al papá Jacobo Althor, el alemán se había encogido de hombros y respondió: «¡No sé lo que queréis decir!». El traslado de esta contestación a Modesta para proporcionarle experiencia, fue una lección tanto mejor comprendida cuanto que Latournelle y Dumay hicieron comentarios bastante extensos sobre aquella innoble traición. Las dos hijas de Carlos Mignon, niñas mimadas, practicaban la equitación, tenían caballos, servidores, gozaban de una peligrosa libertad. Al tratarse de un novio oficial, Modesta había permitido a Francisco que le besara la mano o la tomase por el talle para ayudarla a montar a caballo; en fin, todas esas menudas muestras de ternura que va acumulando cualquier cortejador; le había bordado un bolsillo, creyendo en esa clase de lazos, tan fuertes para las almas hermosas y simples hilos de araña para los Gobenheim, los Vilquin y los Althor. Durante la primavera que siguió al establecimiento de la señora y la señorita Mignon en el *chalet*, Francisco Althor fue a comer a casa de los Vilquin. Como viese a Modesta por encima del muro del «parterre», volvió la cabeza. Seis semanas después se casó con la señorita Vilquin, la primogénita. Modesta, joven, hermosa y de alta cuna, pudo aprender así que durante tres meses no había sido más que la señorita *Millón*. La conocida pobreza de Modesta fue, por lo tanto, un centinela que protegió los accesos del *chalet* tan bien como la prudencia de los Dumay o la vigilancia del matrimonio Latournelle. No se hablaba de Modesta sino para insultarla con palabras como éstas: «Pobre niña, ¿qué será de ella? Se quedará para vestir imágenes. ¡Qué mala suerte! Haber visto el mundo a sus pies, haber tenido la oportunidad de casarse con un Althor y encontrarse ahora sin nadie que cuide de ella. ¡Haber conocido la vida más lujosa y haber caído en la miseria!...». Y no se crea que tales insultos fuesen secretos y Modesta sólo los pudiese suponer; más de una vez los oyó en boca de los jóvenes del Havre que, en sus paseos hasta Ingouville y sabedores de que la señora y señorita Mignon se alojaban en el *chalet*, hablaban de

ellas al pasar ante la hermosa vivienda. Algunos de los amigos de los Vilquin se habían admirado de que las dos mujeres hubiesen querido vivir entre los restos de su antiguo esplendor. Con frecuencia podía escuchar Modesta, tras las persianas cerradas, insolencias de este género: «¡No sé como pueden vivir ahí! —decían paseando alrededor del “parterre”, tal vez para ayudar a los Vilquin a deshacerse de los arrendatarios—. ¿De qué viven? ¿Qué pueden hacer ahí?... ¡La vieja se ha quedado ciega! ¿Se conserva guapa la señorita Mignon? ¡Ah, ya no tiene caballos! ¡Era tan vivaracha!...». Al escuchar estas groseras necedades, hijas de la envidia que, babosa e impaciente, se arroja hasta sobre el pasado, la mayoría de las jóvenes se habrían sentido enrojecer; pero Modesta sonreía, como se sonríe en el teatro al escuchar a los actores. Su orgullo no descendía hasta el nivel que aquellas palabras, salidas de tan bajo, podían alcanzar.

El otro acontecimiento fue mucho más grave que toda esa bajeza mercantil. Bettina-Carolina había muerto en los brazos de Modesta, que cuidó a su hermana con la abnegación de la adolescencia y con la curiosidad de un alma virgen. En el silencio de las noches, ambas hermanas cambiaron muchas confidencias. ¡De qué dramático interés aparecía revestida Bettina ante los ojos de su inocente hermana! Bettina conocía la pasión únicamente a través de la desgracia, moría por haber amado. Entre dos muchachas jóvenes, todo hombre, por miserable que sea, sigue siendo un amante. La pasión es lo que hay de verdaderamente absoluto entre las cosas humanas y nunca se resigna a no tener razón. Jorge d'Estourny, jugador, libertino, culpable, aparecía siempre en el recuerdo de aquellas dos jóvenes como el *dandy* parisién de las fiestas del Havre, deseado por todas las mujeres (Bettina creyó habérselo quitado a la coqueta señora Vilquin): en una palabra, como el feliz amante de Bettina. En una muchacha, la adoración es más fuerte que todas las reprobaciones sociales. A los ojos de Bettina, la justicia se había equivocado. ¿Cómo pudo condenar a un joven por quien ella se había visto amada durante seis meses, amada apasionadamente en el misterioso retiro en que Jorge la ocultó en París para poder conservar él toda su libertad? Así es que Bettina, moribunda, había inoculado el amor a su hermana. Las dos jóvenes habían hablado con frecuencia de ese gran drama de la pasión, que la imaginación agranda todavía, y la muerte se había llevado a su tumba la pureza de Modesta, dejándola, si no instruida, devorada por la curiosidad al menos. Con todo, el remordimiento había clavado con demasiada frecuencia sus agudos dientes en el corazón de Bettina para que escatimase advertencias a su hermana. En medio de sus confesiones, nunca había dejado de predicar a Modesta, de recomendarle, una absoluta obediencia a la familia. La víspera de su muerte había suplicado a su hermana que recordase aquel lecho mojado en lágrimas y que no imitase una conducta que tantos sufrimientos apenas podían expiar. Bettina se acusó de haber atraído el rayo sobre su familia; murió con la desesperación de no haber recibido el perdón de su padre. A pesar de los consuelos de la religión, enternecida al tener tanto de que arrepentirse, Bettina no se durmió para siempre sin exclamar en el momento

supremo: «¡Padre mío, padre mío!», en un tono desgarrador.

—No des tu corazón sin tu mano —había dicho Carolina a Modesta una hora antes de su muerte—, y sobre todo, no aceptes ningún homenaje sin la aprobación de nuestra madre o de papá...

Estas palabras, tan conmovedoras en su verdad textual, dichas en plena agonía, produjeron tanto más efecto en la inteligencia de Modesta cuanto que Bettina le exigió el más solemne juramento. La pobre joven, clarividente como un profeta, sacó de debajo de su almohada un anillo en el que, por medio de su fiel sirvienta Francisco Cochet, había hecho grabar en el Havre la inscripción: *¡Piensa en Bettina! 1827*. Pocos momentos antes de exhalar el último suspiro, puso esta sortija en el dedo de su hermana, rogándole que la llevase en él hasta su matrimonio. De modo que aquello fue entre ambas jóvenes una extraña mezcla de punzantes remordimientos e ingenuas descripciones de la rápida temporada a que tan pronto habían seguido los mortales fríos del abandono, pero en la que los llantos, las penas y los recuerdos estuvieron siempre dominados por el temor del mal.

Y sin embargo, ese drama de la joven seducida, que regresó para morir de una horrible enfermedad bajo el techo de una elegante miseria, el desastre paterno, la bajeza del yerno de los Vilquin, la ceguera que el dolor produjo a su madre, no eran más que las apariencias ofrecidas por Modesta, con las que podían contentarse los Dumay o los Latournelle, pues ninguna devoción reemplaza jamás a la *madre*. Aquella vida monótona en el coquetón *chalet*, entre las flores cultivadas por Dumay, aquellas costumbres, de movimientos regulares como los de un reloj, aquella sensatez provinciana, aquellas partidas de cartas durante las cuales se hacía calceta, aquel silencio sólo interrumpido por los mugidos del mar en los equinoccios, aquella tranquilidad monástica, ocultaba la vida más tormentosa: la vida de las ideas, la vida del mundo espiritual. A veces asombran las faltas cometidas por las jóvenes; pero es que no hay entonces cerca de ellas una madre ciega para tantear con su bastón un corazón virgen, socavado por los subterráneos de la fantasía. Los Dumay dormían cuando Modesta abría su ventana, imaginando que podía pasar un hombre, el hombre de sus sueños, el esperado caballero que la tomaría a la grupa, resistiendo el fuego de Dumay. Abatida tras la muerte de su hermana, Modesta se había entregado a continuas lecturas, casi hasta entontecer. Educada para hablar dos lenguas, dominaba el alemán tan bien como el francés; luego, ella y su hermana habían aprendido inglés de la señora Dumay. Modesta, poco vigilada en esto por gentes sin instrucción, dio como alimento a su alma las modernas obras maestras de las tres literaturas: inglesa, alemana y francesa. Lord Byron, Goethe, Schiller, Walter Scott, Hugo. Lamartine, Crabbe, Moore, las grandes obras de los siglos XVII y XVIII, la historia y el teatro, la novela desde Rabelais hasta *Manon Lescaut*, desde los *Ensayos* de Montaigne hasta Diderot, desde los *Fabliaux* hasta la *Nueva Eloísa* el pensamiento de los tres países pobló de imágenes confusas a aquella cabeza sublime de fría ingenuidad, de virginidad contenida, en la que se despertó brillantemente, amada, sincera y fuerte

una admiración absoluta por el genio. Para Modesta, un nuevo libro era un gran acontecimiento: feliz ante una obra maestra con que asombrar a la señora Latournelle, como hemos visto; contristada cuando la obra no le sobrecogía el corazón. Un íntimo lirismo hervía en aquel alma llena de las hermosas ilusiones de la juventud. Pero de toda esta vida resplandeciente no llegaba ningún reflejo a la superficie, y escapaba así al teniente Dumay, a su mujer y a los Latournelle; sólo el oído de una madre ciega percibió su crepitar. El profundo desdén que concibió entonces Modesta por todos los hombres ordinarios imprimió bien pronto en su rostro un no sé qué de altivo, de salvaje, que atemperó su candidez germánica y se avino, por otra parte, con un detalle de su fisionomía. Las raíces de sus cabellos, plantados en punta por encima de su frente, parecían continuar el ligero surco labrado por el pensamiento entre las cejas y producían así una expresión bravía, tal vez algo excesiva. La voz de esta encantadora criatura, a quien antes de su marcha llamaba Carlos *su pequeña babucha de Salomón*, a causa de su ingenio, había ganado la más preciosa flexibilidad en el estudio de tres idiomas. Esta ventaja resultaba aún realzada por un timbre a la vez suave y fresco, que impresionaba tanto al corazón como al oído. Si la madre no podía ver escrita en su frente la esperanza de un alto destino, estudió las transiciones de la pubertad del alma en los acentos de aquella voz amorosa. Al período ansioso de sus lecturas, sucedió en Modesta el juego de esa extraña facultad, concedida a las imaginaciones vivas, de hacerse actor de una vida dispuesta como en un sueño; de representarse las cosas deseadas con una impresión tan fuerte que casi toca la realidad; en una palabra, de disfrutar con el pensamiento, de devorar hasta los años, de casarse, de verse viejo, de asistir a su propio entierro como Carlos V, de representar en sí mismo la comedia de la vida y, si es preciso, la de la muerte. En cuanto a Modesta, representaba la comedia del amor. Si no fuese por su vigorosa naturaleza, por su juventud, Modesta se hubiese retirado a un claustro. Esta saciedad arrojó a la joven, todavía imbuida de gracia católica, en el amor al bien, en el infinito del cielo. Concibió la caridad como una ocupación de la vida; pero cayó en tristezas taciturnas al no encontrar alimento para la fantasía oculta en su corazón como un insecto venenoso en el cáliz de una flor. ¡Y cosía tranquilamente ropitas para los hijos de las mujeres pobres! ¡Y escuchaba con aire distraído las reprimendas del señor Latuornelle a Dumay por haberle *cortado una treceava carta*, o por haber arrojado su último triunfo! La fe colocó a Modesta en una senda singular. Imaginó que, llegando a ser irreprochable, católicamente hablando, llegaría a un estado tal de santidad que Dios la escucharía y cumpliría sus deseos.

—Según Jesucristo, la fe puede mover montañas; el Salvador llevó a su apóstol sobre el lago Tiberiades; pero yo no le pido a Dios más que un marido —se dijo—. Es mucho más fácil que llevarme a pasear por encima del mar.

Ayunó durante toda una cuaresma y permaneció sin cometer el menor pecado; después se dijo que al salir de la iglesia, en tal día, encontraría a un hermoso joven digno de ella, que podría agradar a su madre y la seguiría enamorado como un loco.

El día que había señalado a Dios para que le enviase un ángel, fue obstinadamente seguida por un pobre bastante repugnante; llovía a cántaros y no había un solo joven por la calle. Fue a pasearse por el puerto para ver desembarcar ingleses, pero todos llevaban inglesas casi tan bonitas como Modesta, que no avistó el menor Childe Harold extraviado. En esos momentos la acometía el llanto cuando, como Mario, se sentaba sobre las ruinas de sus fantasías. Un día en que había *citado* a Dios por tercera vez, creyó que el elegido de sus sueños había acudido a la iglesia y obligó a la señora Latournelle a mirar en cada pilar, creyendo que se ocultaba por delicadeza. Desde aquella fecha dejó de mezclar a Dios en estas cosas. Mantenía con frecuencia conversaciones con aquel amante imaginario, inventando preguntas y respuestas, y le atribuía mucho ingenio.

Por consiguiente, la excesiva ambición de su corazón, oculta en esas novelas, fue la causa de aquella sensatez tan admirada por las buenas gentes que guardaban a Modesta. Habrían podido llevarle muchos Franciscos Althor y muchos Vilquin hijo, pues no se habría rebajado hasta tales amantes. Quería pura y simplemente un hombre de genio, el talento le parecía poca cosa, como no es nada un abogado para la joven que persigue un embajador. Por eso no deseaba la riqueza más que para arrojarla a los pies de su ídolo.

—¿Cómo es —se preguntaba— que no corre hacia cada hombre de genio una mujer amante, rica, hermosa, y se convierte en su amante, como con Lara, el paje misterioso?

Como veis, había comprendido muy bien *le pianto* que el poeta inglés ha cantado para el personaje de Guinara.

De modo que durante algún tiempo aún vivió Modesta para la comprensión, no sólo de las obras, sino mucho más del carácter de sus autores favoritos. Goldsmith, el autor de *Oberman*, Carlos Nodier, Maturin, los más pobres, los más sufridos, eran sus dioses. Adivinaba sus dolores, se iniciaba en esas miserias entremezcladas de contemplaciones celestes, vertía en ellas los tesoros de su corazón; se veía autora del bienestar material de esos artistas, mártires de sus facultades. Modesta quiso ser la compañera de un poeta, de un artista, en fin, de un hombre superior al común de los hombres; pero quiso elegirlo y no darle su corazón, su vida, la inmensa ternura desprendida de las melancolías de la pasión, sino después de haberlo sometido a un profundo estudio. Comenzó esta bonita novela para divertirse con ella. La más honda tranquilidad reinó en su alma. Su fisonomía se coloreó dulcemente. Se convirtió en la hermosa y sublime imagen de Alemania que habéis visto, en la gloria del *chalet*, en el orgullo de la señora Latournelle y de los Dumay. Modesta tuvo entonces una doble existencia. Cumplía humildemente y con amor todas las minucias de la vida vulgar del *chalet*, sirviéndose de ello como de un freno para encerrar el poema de su vida ideal, a semejanza de los cartujos, que regularizan la vida material y se ocupan de ella para dejar que el alma se desenvuelva en la oración. Todas las grandes inteligencias se sujetan a cualquier trabajo mecánico a fin de hacerse dueñas de su pensamiento.

Spinoza pulía cristales de anteojos. Bayle contaba las tejas de los techos, Montesquieu hacía de jardinero. Dominado así el cuerpo, el alma despliega sus alas con toda seguridad. Por tanto, la señora Mignon, que leía en el alma de su hija, tenía razón. Modesta amaba, amaba con ese amor platónico tan peregrino, tan poco comprendido, la primera ilusión de las jóvenes, el más delicado de todos los sentimientos, la golosina del corazón. Bebía a grandes tragos en la copa de lo desconocido, de lo imposible, del sueño. Admiraba el pájaro azul del paraíso de las muchachas, que canta en la lejanía y sobre el que jamás puede ponerse la mano, que se deja entrever y que no alcanza el plomo de ninguna escopeta, cuyas pedrerías centellean, deslumbran los ojos y no vuelve a verse desde que aparece la realidad, esa horrible arpía acompañada de testigos y del señor alcalde. ¡Tener todas las poesías del amor sin tener al amante! ¡Qué dulce libertinaje! ¡Qué hermosa y completa quimera, toda alas!

He aquí el fútil y sencillo azar que decidió toda la vida de esta joven.

Modesta vio en el escaparate de una librería el retrato litografiado de uno de sus favoritos, de Canalis. Ya sabéis cuán mentirosos son esos bocetos, fruto de horribles especulaciones, que se apoderan de la persona de las gentes célebres, como si su rostro fuese una propiedad pública. Así es que Canalis, dibujado en una actitud bastante byroniana, ofrecía a la admiración pública sus cabellos al viento, su cuello desnudo, la frente desmesurada que todo bardo debe tener. La frente de Víctor Hugo hará afeitar tantos cráneos como la gloria de Napoleón ha hecho matar mariscales en ciernes. Aquel rostro, sublime por necesidades mercantiles, deslumbró a Modesta, y el día en que compró ese retrato acababa de aparecer uno de los más hermosos libros de d'Arthés. Modesta tenía que perder a alguno, y hay que confesar que vaciló largo tiempo entre el ilustre poeta y el ilustre prosista. ¿Pero eran libres aquellos dos hombres? Modesta comenzó por asegurarse la cooperación de Francisca Cochet, la joven que acompañó a París a la pobre Bettina-Carolina y regresó con ella, a la que la señora Mignon y la señora Dumay tomaban a jornal con preferencia a cualquier otra y que vivía en el Havre. Llamó a su habitación a aquella criatura, bastante desgraciada; le juró no dar jamás el menor disgusto a sus padres, no salirse nunca de los límites impuestos a una joven; en cuanto a ella, a Francisca, más adelante, al regreso de su padre, le aseguraría una existencia tranquila, a condición de guardar un inviolable secreto sobre el servicio reclamado. ¿Cuál era éste? Poca cosa, algo inocente. Todo lo que exigía de su cómplice consistía en echar unas cartas al correo y en retirar de éste las que serían dirigidas a Francisca Cochet. Concluido el pacto, Modesta escribió una breve y cortés carta a Dauriat, el editor de las poesías de Canalis, en la que le preguntaba, en interés del gran poeta, si éste estaba casado; luego le rogaba que dirigiese la respuesta a la señorita Francisca, a la lista de Correos del Havre. Dauriat, incapaz de tomar en serio aquella epístola, respondió con una carta redactada en su despacho entre cinco o seis periodistas y en la que cada uno puso su epigrama:

Señorita:

Canalis (barón de), Constancio-Cirilo-Melchor, miembro de la Academia francesa, nacido en 1800, en Canalis (Corrèze), de cinco pies y cuatro pulgadas de estatura, en muy buen estado, vacunado, de raza pura, cumplido el servicio militar, goza de una salud perfecta, posee una pequeña finca patrimonial en la Corrèze y desea casarse pero con una mujer muy rica.

Ostenta medio partido de dragantes, una concha de plata, rematado con una corona de barón. La divisa: ORO Y HIERRO no ha resultado nunca muy aurífera.

El primer Canalis, que partió para Tierra Santa durante la primera Cruzada, aparece citado en las Crónicas de Auvernia por ir armado tan sólo de un hacha a causa de su extrema pobreza, que desde entonces ha pesado siempre sobre su linaje. De ahí sin duda el escudo. El hacha no dio más que una concha. Por lo demás, este barón es hoy célebre por haber derrotado gran copia de infieles y murió en Jerusalén, sin oro ni hierro, desnudo como un gusano, en el camino de Ascalón, pues aún no existían las ambulancias.

El castillo de Canalis, que produce algunas castañas, consiste en dos torres desmanteladas, unidas por un lienzo de muralla, notable por una hiedra maravillosa, y paga veintidós francos de contribución.

El suscrito editor hace observar que compra a diez mil francos cada volumen de poesías del señor de Canalis, el cual no regala sus conchas.

El cantor de la Corrèze vive en la calle de Paradis-Poissonnière, número 29, lo que para un poeta de la escuela angélica es un barrio apropiado. Los versos atraen a los gorriones. *Franquear.*

Se dice que algunas nobles damas del barrio de Saint-Germain toman con frecuencia el camino del paraíso y protegen al dios. El rey Carlos X considera a este gran poeta hasta el punto de creerlo capaz de llegar a ser administrador; recientemente lo ha nombrado oficial de la Legión de Honor y, lo que es más valioso, relator del Consejo de Estado, agregado al ministerio de Asuntos Exteriores. Estas funciones no le impiden en absoluto al grande hombre recibir una pensión de tres mil francos de los fondos destinados al estímulo de las artes y las letras. Este triunfo monetario produce en las librerías una octava plaga, a la que escapó Egipto: *¡los versos!*

La última edición de las obras de Canalis, publicada con viñetas de Bixiou, José Bridau, Schinner, Sommervieux, etc., e impresa por Didot, consta de cinco volúmenes y se vende al precio de nueve francos, portes incluidos.

Esta carta cayó como un guijarro sobre un tulipán. Un poeta relator del Consejo de Estado, incluido en la nómina de un ministerio y que cobraba una pensión que perseguía la roseta roja y era adulado por las mujeres del barrio de Saint-Germain, ¿se parecía al poeta zaparrastroso que varaba por los muelles, triste, soñador, sucumbía al peso de su trabajo y subía a su buhardilla, cargada de poesía?... Sin

embargo, Modesta adivinó la burla del librero envidioso que pensaba: «¡Yo he hecho a Canalis! ¡Yo he hecho a Nathau!». Además, releyó las poesías de Canalis, versos excesivamente artificiosos, llenos de gazmoñería y que requieren una palabra de análisis, aunque no fuese más que para explicar su excesiva admiración. Canalis se distingue de Lamartine, el jefe de la escuela angélica, por una zalamería de enfermera, por una dulzura traicionera, por una corrección deliciosa. Los grandes márgenes que Dauriat había dejado en la última edición estaban llenos de opiniones escritas a lápiz por Modesta, que simpatizaba con aquella alma soñadora y tierna. Canalis no posee el don de la vida ni imprime existencia a sus creaciones; pero sabe calmar los sufrimientos vagos, como los que asaltan a Modesta. Habla a las jóvenes su lenguaje, adormece el dolor de las heridas más sangrantes, aquietan los lamentos y hasta los sollozos. Su talento no consiste en hacer hermosos discursos para los enfermos ni en darles el remedio de las emociones fuertes; se contenta con decirles en una voz armoniosa, que resulta convincente: «¡Yo soy tan desgraciado como vosotros, os comprendo bien; venid a mí, lloremos juntos al borde de este arroyo, bajo los sauces!». ¡Y acuden! ¡Y escuchan su poesía hueca y sonora como los cantos con que las niñeras duermen a los niños! Canalis, como Nodier en esto, os embriaga con su ingenuidad, natural en el prosista y rebuscada en Canalis, por su finura, por su sonrisa, por sus flores deshojadas, por su filosofía infantil. Remeda bastante bien el lenguaje de los primeros días para llevaros a la pradera de las ilusiones. Somos despiadados con las águilas, les exigimos las cualidades del diamante, una perfección incorruptible; pero en Canalis nos contentamos con el pequeño son del huérfano, se lo perdonamos todo. Parece buen niño, humano sobre todo, y Modesta, recuperando sus impresiones, tuvo confianza en esta alma, en esta fisonomía, tan encantadora como la de Bernardino de Saint-Pierre. No escuchó al librero. Así es que, a comienzos del mes de Agosto, escribió la siguiente carta de este Dorat de sacristía, que todavía pasa por una de las estrellas de la moderna pléyade.

I AL SEÑOR DE CANALIS

Muchas veces había querido escribiros, señor. ¿Por qué? Vos lo adivináis: para deciros cuanto amo vuestro talento. Sí, siento la necesidad de expresaros la admiración de una joven provinciana, sola en su rincón y toda cuya dicha consiste en leer vuestras poesías. De Renato he ido a vos. La melancolía conduce a la ilusión. ¡Cuántas otras mujeres no os habrán enviado el homenaje de sus secretos pensamientos!... ¿Cuál es mi oportunidad de resultar distinguida entre esa multitud? ¿Qué es lo que este papel, lleno de mi alma, tendrá sobre todas las cartas perfumadas que os importunan? Yo me presento con más enfados que cualquier otra: quiero permanecer desconocida y pido una entera confianza, como si me conocieseis desde hace mucho tiempo.

Contestadme, sed bueno conmigo. No me comprometo a daros a conocer un día; sin embargo, tampoco digo que no rotundamente. ¿Qué puedo añadir a esta carta?... Ved en ella, señor, un gran esfuerzo, y permitidme tenderos la mano, ¡oh!, una mano muy amiga, la de

Vuestra servidora,
O. D'Este — M.

Si me hacéis la gracia de responderme, os ruego que dirijáis vuestra carta a la señorita F. Cochet, lista de Correos, en el Havre.

¡Ahora, todas las jóvenes, románticas o no, pueden imaginar con qué impaciencia vivió Modesta durante algunos días! El aire se llenó de lenguas de fuego. ¡No sentía su cuerpo, planeaba sobre la naturaleza! La tierra cedía bajo sus pies. Admirando la institución del correo, siguió la pequeña hoja de papel por el espacio, se sintió dichosa, como se es dichoso a los veinte años con el primer ejercicio de la propia voluntad. Estaba ocupada, poseída, como en la Edad Media. Se imaginó el piso, el gabinete del poeta, le vio romper el cierre de su carta y hacía suposiciones a millares. Después de haber bosquejado la poesía, es preciso dar aquí un perfil del poeta. Canalis es un hombrecillo seco, dotado de una cara apergaminada, y de una cabeza un poco menuda, como la de todos los hombres que tienen más vanidad que orgullo. Ama el lujo, el brillo, la grandeza. La fortuna es una necesidad para él más que para cualquier otro. Ufano de su nobleza tanto como de su talento, ha matado a sus antepasados por sus excesivas ambiciones en el presente. Canalis no tiene bastante fe para ser Don Quijote, pero tiene demasiada elevación para no descubrir siempre el lado hermoso de los problemas. Esta poesía, que hace sus erupciones miliares a propósito de todo, perjudica mucho a este poeta, que no está falto de genio, pero al que su talento impide desplegarlo; está dominado por su reputación, propende a parecer más grande que ella. Así que, como ocurre con frecuencia, el hombre está en completo desacuerdo con los productos de su pensamiento. Esos párrafos mimosos, ingenuos, llenos de ternura, esos versos plácidos, puros como el cristal de los lagos, esa acariciadora poesía femenina, tiene por autor a un pequeño ambicioso, estrechado en su frac, con apariencia de diplomático, que sueña con una influencia política, aristócrata hasta apestar, amanerado, presuntuoso, que tiene sed de fortuna con el fin de poseer la renta necesaria a su ambición, mimado ya por el éxito bajo su doble forma: la corona de laurel y la corona de mirto. Un destino de ocho mil francos, tres mil francos de pensión, los dos mil francos de la Academia y los mil escudos de la renta patrimonial, recortados por las necesidades agronómicas de las tierras de Canalis, en total quince mil francos fijos, más los diez mil francos que un año con otro le da la poesía: entre todo veinticinco mil libras. Para el héroe de Modesta, esta suma constituía entonces una suma tanto más precaria cuanto que gastaba cinco o seis mil francos por encima de sus ingresos; pero la caja particular del rey y los fondos

secretos del ministerio, habían enjugado hasta entonces estos déficits. Escribió la letra de un himno para la consagración, que le había valido un servicio de plata. Rehusó toda otra remuneración, diciendo que los Canalis debían este homenaje al rey de Francia. El rey-caballero sonrió y encargó en la casa Odiot una costosa edición de los versos de *Zaira*.

*Ah! versificateur, te serais tu flatté
D'effacer Charles-Dix en générosité?*

(¡Ah, versificador! ¿Te habrías lisonjeado de oscurecer a Carlos X en generosidad?).

Según la pintoresca expresión de los periodistas, por aquel entonces Canalis había vaciado ya su saco: se sentía incapaz de inventar una nueva forma de poesía; su lira no posee siete cuerdas, no tiene más que una, y, a fuerza de haberla pulsado, el público no le dejaba más alternativa que la de servirse de ella para ahorcarse, o callarse. De Marsay, que no estimaba a Canalis, se permitió una chanza cuya punta envenenada había alcanzado al poeta en lo más vivo de su amor propio.

—Canalis —dijo una vez— me hace el efecto del hombre señalado por el gran Federico como el más valeroso después de la batalla: aquel *trompeta que no había cesado de soplar el mismo aire en su pequeño turlututu*.

Canalis quiso convertirse en hombre político y para comenzar sacó partido del viaje que había hecho a Madrid, durante la embajada del duque de Chaulieu, en calidad de agregado... a la duquesa de Chaulieu, según la frase que corría entonces por los salones. ¿Cuántas veces no ha decidido una frase la vida de un hombre? El ex presidente de la República Cisalpina, el abogado más grande del Piamonte, Colla, a los cuarenta años oyó decir a un amigo que no sabía nada de botánica; ¡se picó, se convirtió en un nuevo Jussieu, cultivó flores, las estudió y publicó en latín la *Flora del Piamonte*, una obra de diez años!

—¡Después de todo, Canning y Chateaubriand son hombres políticos —se dijo el poeta acabado— y De Marsay encontrará su maestro en mí!

Canalis habría querido realizar una gran obra política; pero temía comprometerse con la prosa francesa, cuyas exigencias son crueles para aquellos que adquieren el hábito de valerse de cuatro alejandrinos para expresar una idea. De todos los poetas de este tiempo, sólo tres, Hugo, Teófilo Gautier y De Vigny, han podido reunir la doble gloria del poeta y del prosista, que reunieron también Racine y Voltaire, Molière y Rabelais, una de las más raras distinciones de la literatura francesa y que debe señalar a un poeta entre todos. Por tanto, el poeta del barrio de Saint-Germain obraba muy cuerdamente al tratar de encerrar su carro bajo el techo protector de la Administración. Al convertirse en relator del Consejo de Estado, sintió la necesidad

de tener un secretario, un amigo que pudiese reemplazarle en muchas ocasiones, cocinar sus asuntos editoriales, cuidar de su gloria en los periódicos y, en caso de necesidad, ayudarle en política; en una palabra, ser su alma condenada. Muchos hombres célebres en las ciencias, en las artes o en las letras, tienen en París uno o dos pelotilleros, un capitán de guardias o un chambelán que viven a los rayos de su sol, especies de ayudas de campo encargados de las misiones delicadas, que se dejan comprometer en caso de necesidad, trabajan en el pedestal de su ídolo, ni servidores del todo ni del todo iguales, osados en la publicidad, los primeros en la brecha, que cubren las retiradas, se ocupan de los asuntos y adictos en tanto duran sus ilusiones o hasta el momento en que se colman sus deseos.

Atraído por la gloria de Canalis, por el porvenir que se prometía a su supuesta inteligencia política y aconsejado por la señora d'Espard, que le hizo en esto el juego a la duquesa de Chaulieu, un joven consejero del poeta fue mimado por éste como un especulador mima a su primer prestamista. Las primicias de esta camaradería tuvieron bastante semejanza con la amistad. Este joven había hecho ya un aprendizaje del mismo género cerca de uno de los ministros caídos en 1827; pero el ministro había tenido cuidado de colocarlo en el Tribunal de Cuentas. Ernesto de la Brière, joven entonces de veintisiete años, condecorado con la Legión de Honor, sin otra fortuna que los emolumentos de su plaza, dominaba el mangoneo de los asuntos y sabía mucho después de haber permanecido durante cuatro años en el gabinete del principal ministerio. Dulce, amable, con un corazón casi púdico y lleno de buenos sentimientos, le repugnaba aparecer en el primer plano. Amaba a su país, quería ser útil, pero el brillo le deslumbraba. Para su gusto era mejor el puesto de secretario de Napoleón que el de primer ministro. Convertido en amigo de Canalis, Ernesto trabajó mucho para él; pero en dieciocho meses conoció la sequedad de aquella naturaleza, tan poética únicamente para la expresión literaria. La exactitud del proverbio popular *el hábito no hace al monje* resulta aplicable sobre todo a la literatura. Es extraordinariamente raro encontrar consonancia entre el talento y el carácter. Las facultades no son el resumen del hombre. Esta separación, cuyos fenómenos sorprenden, proviene de un misterio inexplicado y tal vez inexplorable. El cerebro, sus productos de todo género —pues en las artes la mano sigue al cerebro— constituye un mundo aparte, que florece bajo el cráneo con perfecta independencia de los sentimientos, de todo eso que se llama virtudes del ciudadano, del padre de familia o del hombre particular. Esto no es absoluto, sin embargo. Nada en el hombre es absoluto. Es cierto que el libertino disipará su talento en las orgías o que el bebedor lo gastará en sus libaciones, sin que el hombre virtuoso pueda adquirir talento por una honesta higiene; pero está casi probado que Virgilio, el pintor del amor, no amó nunca a Dido, y que Rousseau, el ciudadano modelo, tenía orgullo para abastecer a toda la aristocracia. Sin embargo, Miguel Ángel y Rafael ofrecieron el feliz acuerdo entre el genio y la forma del carácter. Por consiguiente, entre los hombres el talento viene a ser poco más o menos en cuanto a la moral lo que la

belleza en las mujeres: una promesa. Admiramos doblemente al hombre en quien el corazón y el carácter igualen en perfección al talento. Al encontrar en el poeta a un egoísta ambicioso —la peor especie de egoístas, pues los hay agradables— experimentó Ernesto un no sé qué de pudor en dejarlo. Las almas honradas no rompen con facilidad sus lazos, aquellos que han anudado voluntariamente. Así es que el secretario vivía en buena inteligencia con el poeta cuando la carta de Modesta se hallaba en camino, pero como se mantiene la buena inteligencia es sacrificándose siempre. La Brière tenía en cuenta a Canalis la franqueza con que se le había abierto. Por otra parte, en este hombre, que será tenido como grande durante su vida, que será celebrado como lo fue Marmontel, los defectos son como el reverso de brillantes cualidades. Así, sin su vanidad, sin su presunción, tal vez no hubiese estado dotado de aquella dicción sonora, instrumento necesario en la vida política actual. Su sequedad le condujo a la rectitud, a la lealtad. Su ostentación está como forrada de generosidad. Los resultados aprovechan a la sociedad, los motivos interesan a Dios. Pero cuando llegó la carta de Modesta, Ernesto no se engañaba ya con respecto a Canalis. Ambos amigos acababan de almorzar y charlaban en el gabinete del poeta, que ocupaba en aquel entonces una vivienda situada en el fondo de un patio y que daba sobre un jardín, en la planta baja.

—¡Oh! —exclamó Canalis—. Bien le decía yo el otro día a la duquesa de Chaulieu que debía publicar algún nuevo poema; la admiración baja, pues hace tiempo que no recibía cartas anónimas...

—¿Una desconocida? —preguntó la Brière.

—¡Una desconocida! ¿Una d'Este, y del Havre? Evidentemente es un nombre supuesto.

Y Canalis pasó la carta a la Brière. Aquel poema, aquella oculta exaltación, el corazón de Modesta en una palabra, fue tendido indiferentemente con un gesto de fatuo.

—¡Es hermoso! —exclamó el secretario—. Atraer así hacia uno los sentimientos más púdicos, forzar a una pobre mujer a salir de hábitos que la educación, la naturaleza, el mundo, le señalan, a romper las normas... ¡Qué privilegio adquiere el genio! Una carta como ésta, escrita por una joven, una verdadera hija de familia, sin segunda intención, con entusiasmo...

—¿Y bien? —dijo Canalis.

—¡Pues bien, se puede haber sufrido tanto como el Tasso, se debe ser recompensado! —exclamó la Brière.

—Querido, eso se dice a la primera o a la segunda carta. ¡Pero cuando se está ya en la treinta! ¡Cuando se ha descubierto que la joven entusiasta es de lo más corrida! ¡Cuando al final de un brillante camino recorrido por la exaltación del poeta se ha visto a cualquier vieja inglesa sentada en un mojón que os tiende la mano!... ¡Cuando el ángel del correo se convierte en una pobre muchacha, medianamente linda, en busca de marido!... ¡Oh!, entonces se calma la efervescencia.

—Comienzo a creer —dijo sonriendo la Brière— que la gloria tiene algo venenoso, como ciertas flores brillantes.

—Y luego, amigo mío —prosiguió Canalis— todas esas mujeres, incluso cuando son sinceras, tienen un ideal y vos raramente respondéis a él. No se dicen que el poeta es un hombre bastante vanidoso, como yo he sido tachado de serlo; nunca se imaginan lo que es un hombre maltratado por una especie de agitación febril que lo hace desagradable, cambiante; lo quieren siempre grande, siempre hermoso; nunca piensan que el talento es una enfermedad; que Nathau vive con Florida, que d'Arthez es demasiado sordo, que José Bridau es demasiado flaco, que el dios puede tener romadizo. Un Luciano de Rubempré, poeta y guapo mozo, es un ave fénix. ¿Y para qué ir, por consiguiente, en busca de malos cumplidos y recibir las duchas frías que vierte el mirar alelado de una mujer desilusionada...?

—Entonces —dijo la Brière— el verdadero poeta debe permanecer oculto como Dios en el centro de sus mundos, no ser visible más que por sus creaciones...

—En tal caso la gloria resultaría demasiado cara —dijo Canalis—. La vida tiene su parte buena. ¡Mira! —dijo tomando una taza de té—. Cuando una mujer noble y hermosa ama a un poeta, no se oculta en las bóvedas ni en los palcos del teatro, como una duquesa enamorada de un actor; se siente lo bastante fuerte, lo bastante guardada por su belleza, por su fortuna y por su nombre para decir como en todos los poemas épicos: *Soy la ninfa Calipso, amante de Telémaco*. La farsa es el recurso de los espíritus mezquinos. Desde hace tiempo no contesto en absoluto a los enamorados...

—¡Oh, cómo amaría yo a una mujer que hubiese venido a mí! —exclamó la Brière conteniendo una lágrima—. Se te puede contestar, querido Canalis, que jamás puede ser una pobre chica la que se alza hasta un hombre célebre. ¡Tiene demasiada desconfianza, demasiada vanidad, demasiado temor; es siempre una estrella, una...!

—Una princesa que desciende hasta él, ¿no es cierto? —exclamó Canalis soltando una carcajada—. Querido, eso se ve *una vez cada cien años*.

—Pero cuando una criatura llega así, su excusa debe de estar en la certidumbre de eclipsar en ternura, en belleza, a la amante más adorada, y entonces un poco de curiosidad...

—¡Ah! —respondió Canalis—. Vas a permitirme, demasiado joven Ernesto, que me atenga a la hermosa duquesa que hace mi dicha.

—Tienes razón, demasiada razón —contestó Ernesto.

Sin embargo, el joven secretario leyó y releyó la carta de Modesta, tratando de adivinar el alma oculta.

—No obstante no hay aquí el menor énfasis, no te trata de genio, se dirige a tu corazón —le dijo a Canalis—. A mí me tentarían ese perfume de modestia y ese contrato que propone.

—Fírmalo, contesta, ve tú mismo hasta el fin de la aventura; te arriendo pocas ganancias —exclamó Canalis sonriendo—. Mira, ya me darás noticias de ello dentro de tres meses, si es que dura tres meses...

Cuatro días después tenía Modesta la siguiente carta, escrita en hermoso papel, con doble envoltura y bajo un sello con las armas de los Canalis:

II A LA SEÑORITA O. D'ESTE-M.

Señorita:

La admiración por las obras hermosas, suponiendo que lo sean las mías, encierra algo de santo y cándido que protege contra cualquier burla y justifica ante cualquier tribunal el paso que habéis dado al escribirme. Ante todo, debo daros las gracias por el placer que siempre causan semejantes testimonios, incluso cuando no son merecidos; aunque el versificador y el poeta se creen íntimamente dignos de ellos, el amor propio es una substancia poco refractaria al elogio. La mejor prueba de amistad que puedo dar a una desconocida, en correspondencia a esa opinión que curaría las mordeduras de la crítica, ¿no es la de compartir con ella la cosecha de mi experiencia, a riesgo de desvanecer sus vivientes ilusiones?

Señorita, la más hermosa palma de una joven es la flor de una vida santa, pura, irreprochable. ¿Estáis sola en el mundo? Todo está dicho. Pero si tenéis una familia, un padre o una madre, pensad en todos los disgustos que pueden seguir a una carta como la vuestra, dirigida a un poeta al que no conocéis personalmente. No todos los escritores son ángeles, tienen sus defectos. Los hay ligeros, atolondrados, fatuos, ambiciosos, libertinos, y por imponente que sea la inocencia, por caballeresco que sea el poeta francés de París, podríais encontrar más de un trovador degenerado, dispuesto a cultivar vuestro afecto para burlarlo. Vuestra carta sería interpretada en tal caso de muy distinto modo de lo que lo hago yo. Se querría ver en ella un pensamiento que vos no habéis puesto y que, en vuestra inocencia, no suponéis en absoluto. Tantos autores, tantos caracteres. Me siento extraordinariamente halagado porque me hayáis juzgado digno de comprenderos; pero si hubiereis dado con un talento hipócrita, con un burlón cuyos libros fuesen melancólicos y su vida un continuo carnaval, habríais podido encontrar como desenlace de vuestra sublime imprudencia a un habitual de entre bastidores, a un héroe de cafetín. Vos no percibís, bajo los cenadores de clemátides en que meditáis sobre las poesías, el olor del tabaco que despoetiza los manuscritos, lo mismo que al ir al baile, adornada con las resplandecientes obras del joyero, no pensáis en los brazos nervudos, en los obreros de chaqueta, en los innobles talleres de donde salen, tan radiantes, esas flores del trabajo. ¡Vamos más lejos!... ¿En qué puede interesar la vida soñadora y solitaria que vos lleváis sin duda a orillas del mar, a un poeta cuya misión es adivinarlo todo, puesto que todo ha de escribirlo? ¡Las jóvenes que creamos son tan perfectas que ninguna hija de Eva puede luchar con ellas! ¿Qué realidad valió nunca lo que el sueño? Ahora, ¿qué ganaríais vos, joven, educada para ser una prudente madre de familia, al

iniciaros en las terribles agitaciones de la vida de los poetas en esta horrible capital que no se puede definir sino con estas palabras: un infierno al que se ama? Si el deseo de animar vuestra monótona existencia de muchacha curiosa es lo que os ha puesto la pluma en la mano, ¿no lime esto la apariencia de una depravación? ¿Qué sentido he de dar a vuestra carta? ¿Perteneceis a una casta condenada y buscáis un amigo lejos de vos? ¿Estáis afligida por la fealdad y os sentís un alma hermosa sin confidente? ¡Ay! Triste conclusión: tenéis demasiado o no tenéis bastante. O quedamos aquí o, si continuáis, decidme algo más que en la carta que me habéis escrito. Pero, señorita, si sois joven, si tenéis una familia, si sentís en el corazón un nardo celeste que se difunde, como hizo Magdalena a los pies de Jesús, dejaos apreciar por un hombre digno de vos y convertíos en eso que debe de ser toda joven buena: una esposa excelente, una virtuosa madre de familia. Un poeta es la más triste conquista que puede hacer una muchacha. Tiene demasiadas vanidades, demasiados ángulos hirientes que deben chocar con las legítimas vanidades de una mujer y matar una ternura sin experiencia de la vida. La mujer de un poeta debe amarlo largo tiempo antes de casarse con él, debe hacerse a la caridad de los ángeles, a su indulgencia, a las virtudes de la maternidad. Esas cualidades, señorita, sólo se encuentran en germen en las jóvenes.

Oír toda la verdad, ¿no os la debo en correspondencia a vuestro embriagador halago? Si es glorioso casarse con un hombre renombrado, se ve pronto que un hombre superior es tan sólo un hombre semejante a los demás. Se cumplen tanto menos las esperanzas cuanto que se esperaban prodigios de él. Ocurre entonces con un poeta célebre como con la mujer cuya belleza, ensalzada con exceso, hace decir a quien la ve: “¡La creía mejor!”; no responde al retrato trazado por el hada a que debo vuestro billete: la Imaginación. En fin, las cualidades del espíritu no se desenvuelven ni florecen sino en una esfera invisible, la mujer del poeta no percibe de ellos más que los inconvenientes, ve fabricar las joyas en lugar de adornarse con ellas. Si os ha fascinado el brillo de una posición excepcional, sabed que los placeres son devorados pronto por ella. ¡Causa irritación encontrar tantas asperezas en una situación que, a distancia, parecía llana, hace tanto frío en las brillantes cumbres! Luego, como las mujeres jamás ponen el pie en el mundo de las dificultades, pronto dejan de apreciar en absoluto aquello que admiraban cuando, a primera vista, creen haber adivinado su manejo.

Termino con una consideración en la que os equivocaríais si vieseis un ruego disfrazado, pues se trata del consejo de un amigo. El intercambio de las almas no puede producirse sino entre personas dispuestas a no ocultarse nada. ¿Os mostraréis a un desconocido tal como sois? Me detengo ante las consecuencias de esta idea.

Encontrad aquí, señorita, los homenajes que debemos a todas las mujeres, incluso a las desconocidas y enmascaradas.

¡Haber tenido aquella carta entre su carne y su corsé, bajo su ballena ardiente, durante todo un día!... ¡Haber reservado su lectura para la hora en que todo duerme, la media noche, después de haber esperado ese silencio solemne entre las ansiedades de una imaginación de fuego!... ¡Haber bendecido al poeta, haber leído mil cartas por adelantado, haberlo supuesto todo excepto aquella gota de agua fría que al caer sobre las vaporosas formas de la fantasía las disolvía como el ácido prúsico disuelve la vida!... Había motivo para esconderse, aunque estuviese sola —y así lo hizo Modesta — con el rostro entre las sábanas, apagar la vela y llorar...

Esto ocurría a primeros de julio. Modesta se levantó, anduvo por su habitación y fue a abrir la ventana. Necesitaba aire. Subió hasta ella el perfume de las flores, con ese frescor particular de los aromas durante la noche. El mar, iluminado por la luna, brillaba como un espejo. Cantó un ruiseñor en un árbol del parque Vilquin.

—¡Ah! He ahí al poeta —se dijo Modesta, cuya cólera se extinguió.

En su alma se sucedieron las más amargas reflexiones. Se sintió picada en lo vivo, quiso releer la carta, volvió a encender la vela, meditó sobre aquella prosa estudiada y acabó por oír la voz asmática del mundo real.

—Tiene razón y yo estoy equivocada —se dijo—. Pero ¿cómo sospechar que bajo la vestidura estrellada de un poeta se va a encontrar un viejo de Molière?...

Cuando se sorprende a una mujer o a una joven en flagrante delito, concibe un profundo aborrecimiento contra el testigo, el autor o el objeto de su falta. Así, la verdadera, la natural, la salvaje Modesta experimentó en su corazón el tremendo deseo de aventajar a aquel espíritu de rectitud y precipitarlo en alguna contracción, de devolverle aquel mazazo. Aquella niña tan pura, de la que sólo la cabeza había sido corrompida, tanto por sus lecturas, como por la larga agonía de su hermana y por las peligrosas meditaciones, fue sorprendida por un rayo de sol sobre su rostro. Había estado navegando tres horas por los inmensos mares de la Duda. Noches semejantes no se olvidan nunca. Modesta fue derecha a su mesita de China, regalo de su padre, y escribió una carta dictada por ese infernal deseo de venganza que bulle en el corazón de las jóvenes.

III AL SEÑOR DE CANALIS

Señor:

Ciertamente sois un gran poeta, pero también sois algo más: sois un hombre honrado. Después de haber tenido tan leal franqueza con una joven que bordeaba un abismo, espero que tendréis la suficiente para contestar sin la menor hipocresía, sin rodeos, a la siguiente pregunta:

¿Habríais escrito la carta que obtuve como respuesta a la mía, habrían sido las mismas vuestras ideas y vuestro lenguaje, si alguien os hubiese dicho al oído: “La señorita d’Este-M. tiene seis millones y no quiere un necio por marido”?

Admitid como cierta, por un momento, esta suposición. Sed conmigo como con vos mismo, no temáis, poseo más juicio que el propio de mis veinte años, nada que suponga franqueza podrá perjudicaros ante mi espíritu. Cuando haya leído vuestra confidencia, si es que os dignáis hacérmela, recibiréis una contestación a vuestra primera carta.

Después de haber admirado vuestro talento, con tanta frecuencia sublime, permitidme que rinda homenaje a vuestra delicadeza y a vuestra probidad, que me obligan a llamarme siempre:

Vuestra humilde servidora,
O. D'ESTE-M.

Cuando Ernesto de la Brière tuvo en su mano esta carta, fue a pasear por los bulevares, agitada su alma como una frágil embarcación por una tempestad cuyo viento recorre en un momento todos los puntos cardinales. Para un joven —como tantos otros, para un verdadero parisién, todo hubiese quedado resumido en esta frase: «¡Es una pérdida...!»». Mas para un joven cuya alma era noble y hermosa, aquella especie de juramento diferido, aquel llamamiento a la verdad tuvo la virtud de despertar a los tres jueces agazapados en el fondo de toda conciencia. Y el Honor, la Verdad y la Justicia se pusieron en pie gritando con energía:

—¡Ah, querido Ernesto —decía la Verdad—, ciertamente no le habrías dado una lección a una rica heredera! ¡Ah, muchacho! Habrías partido al galope hacia el Havre, para saber si la joven era hermosa, y te habrías sentido muy desgraciado por la preferencia concedida al genio. ¡Si hubieses podido echar la zancadilla a tu amigo y conseguido que te aceptase en su lugar, la señorita d'Este sería sublime!

—¡Cómo! —decía la Justicia—. ¡Os quejáis, vosotros, personas de ingenio o de talento, pero sin dinero, de ver a las muchachas ricas casadas con sujetos de los que no haríais ni vuestros porteros; despotricáis contra el positivismo del siglo, que se apresura a unir el dinero con el dinero, y nunca con un hermoso joven de talento y sin fortuna, a cualquier linda muchacha noble y rica!; ¡y he aquí a una que se revuelve contra el espíritu del siglo el poeta le responde con un bastonazo en el corazón!...

—¡Rica o pobre, joven o vieja, guapa o fea, esta muchacha tiene razón, hace rodar al poeta por el cenagal del interés personal! —exclamaba el Honor—. ¡Merece una respuesta sincera, noble y franca, y ante todo la expresión de tu pensamiento! ¡Examínate, sondea tu corazón y púrgalo de sus bajezas! ¿Qué dirían Alceste y Molière?

Y la Brière, que había partido del bulevar Poissonière, marchaba tan lentamente, sumido en sus reflexiones, que una hora después apenas alcanzaba el bulevar de los Capuchinos. Tomó los muelles para dirigirse al Tribunal de Cuentas, situado entonces cerca de la Santa Capilla. En vez de comprobar cuentas, permaneció bajo el peso de sus perplejidades.

—No tiene seis millones, eso es evidente —se decía—; pero ése no es el

problema...

Seis días después recibió Modesta la siguiente carta:

IV A LA SEÑORITA D'ESTE-M

Señorita:

Vos no sois una d'Este. Ése es un nombre falso para ocultar el vuestro. ¿Se le deben a quien miente sobre sí mismo las revelaciones que solicitáis? Oíd; respondo a vuestra pregunta con otra: ¿Perteneceís a una familia ilustre? ¿A una familia noble? ¿A una familia burguesa? Ciertamente, la moral no cambia, es una; pero sus obligaciones varían según las esferas. Lo mismo que el sol ilumina diversamente los lugares, produciendo en ellos diferencias que nos admiran, aquella acomoda el deber social a las posiciones. El pecadillo del soldado es un crimen en el general, y recíprocamente. No son las mismas las observaciones para un segador, para un obrero que gana quince sueldos al día, para la hija de un pequeño detallista, para la joven burguesa, para el hijo de una rica casa de comercio, para la joven heredera de una noble familia, para una hija de la casa de Este. Un rey no debe agacharse para recoger una pieza de oro y un trabajador debe volver sobre sus pasos para buscar diez sueldos perdidos, aunque uno y otro deban obedecer a leyes de la economía. Una de Este, dueña de seis millones, puede ponerse un sombrero de anchas alas y adornarlo con plumas, blandir su fusta, apretar los ijares de un caballo berberisco y, con su traje de amazona bordado en oro y seguida de sus lacayos, ir a ver a un poeta para decirle: “¡Amo la poesía y quiero expiar los agravios que Leonor infirió al Tasso!”; mientras que la hija de un comerciante se cubriría de ridículo si la imitase. ¿A qué clase social perteneceís? Responded sinceramente y yo contestaré igual a la pregunta que me habéis formulado.

Como no tengo el honor de conoceros, pero ya estoy ligado a vos por una especie de comunicación poética, no querría ofreceros unos homenajes vulgares. Tal vez sea ya una burla triunfante esta de causar embarazo a un hombre que publica libros.

El refrendario no carecía de toda la sutileza que puede permitirse un hombre de honor. A vuelta de correo recibió esta respuesta:

V AL SEÑOR DE CANALIS

Cada vez sois más razonable, mi querido poeta. Mi padre es conde. Nuestro principal personaje es un cardenal de los tiempos en que los cardenales eran casi

iguales a los reyes. Hoy, nuestra casa, muy venida a menos, termina en mí, pero tengo todos los cuarteles que se requieran para entrar en cualquier corte o en cualquier capítulo. En una palabra, valemos tanto como los Canalis. Perdonad que no os envíe nuestras armas. Tratad de responder tan sinceramente como yo lo hago. Espero vuestra respuesta para saber si podré seguir llamándome, como ahora,

Vuestra servidora,

O. D'ESTE-M.

¡Cómo abusa de sus ventajas esta personita! —exclamó de la Brière—. Pero ¿es franca?

No en vano había sido, durante cuatro años, secretario de un ministerio y vivido en París, observando todas las intrigas, hasta el alma más pura está siempre más o menos mareada por la embriagadora atmósfera de esta imperial ciudad. Dichoso de no ser Canalis, el joven refrendario reservó una plaza en la posta del Havre, después de haber escrito una carta donde anunciaba una respuesta para determinado día, excusándose con la importancia de la confesión solicitada y con las ocupaciones de su ministro. Tuvo cuidado de procurarse del director general de Correos unas líneas para el director del Havre, donde le recomendaba que le atendiese y guardase discreción. Así pudo Ernesto ver a Francisca Cochet cuando acudió a la estafeta y la siguió con disimulo. Conducido por ella, llegó a los altos de Ingouville y vio a Modesta Mignon en la ventana del *chalet*.

—¿Y bien, Francisca? —preguntó la joven.

A lo que respondió la obrera.

—Sí, señorita, tengo una.

Absorto por la belleza de aquella rubia celestial, volvió Ernesto sobre sus pasos y preguntó a un transeúnte el nombre del propietario de aquella magnífica mansión.

—¿Ésa? —respondió el transeúnte, señalando a la propiedad.

—Sí, amigo mío.

—¡Oh! Es el señor Vilquin, el armador más rico del Havre, un hombre que no sabe ni lo que tiene.

—No conozco ningún cardenal Vilquin en toda la historia de la Iglesia —se decía el refrendario mientras bajaba hacia el Havre para regresar a París.

Naturalmente, interrogó al director del Correo sobre la familia Vilquin: se enteró de que ésta poseía una inmensa fortuna y que el señor Vilquin tenía un hijo y dos hijas, una de ellas casada con el señor Althor, hijo. La discreción impidió a la Brière que pareciese que se interesaba por los Vilquin; el director lo miraba con aire malicioso.

—¿No está nadie con ellos en este momento, alguna otra familia?

—En este momento está allí la familia d'Hérouville. Se habla del matrimonio del joven duque con la menor de las señoritas Vilquin.

—Existió un famoso cardenal d’Hérouville en tiempo de los Valois —se dijo la Brière— y, bajo Enrique IV, el terrible mariscal al que se hizo duque.

Partió Ernesto, después de haber visto a Modesta lo bastante como para soñar con ella, para pensar que, rica o pobre, si tenía un alma hermosa, la haría de buen grado señora de la Brière, y resolvió continuar la correspondencia.

¡De modo, pobres mujeres de Francia, que debéis procurar permanecer desconocidas, no hilvanar el menor romance en medio de una civilización que anota en las plazas públicas la hora de salida y llegada de los coches de punto, que cuenta las cartas, que las timbra dos veces, en el momento preciso en que se depositan en los buzones y cuando se reparten, que numera las casas, que consigna los pisos en el padrón de contribuyentes, después de haber comprobado todos sus huecos; que muy pronto va a tener representado su territorio, hasta sus últimas parcelas y con sus más menudos lineamientos, sobre las extensas hojas del catastro, obra de gigantes ordenada por un gigante! ¡De modo, jóvenes imprudentes, que debéis sustraeros, no al ojo de la policía, sino a ese chismorreó continuo que, en la más pequeña aldea, escruta las acciones más indiferentes, cuenta los platos de postre en casa del prefecto y examina las rajadas de melón a la puerta del pequeño rentista, que procura oír el oro en el momento en que la mano de la Economía lo aporta al Tesoro y quien, todas las noches, en el rincón de la ciudad, del departamento! Por un vulgar *quid pro quo* había escapado Modesta del fuego, a la estimación de las cifras de las fortunas del cantón, eludido el más inocente de los espionajes, del que Ernesto ya se arrepentía. Pero ¿qué parisién querría *hacer el primo* con una provinciana? La repulsiva máxima de *no hacer nunca el primo* es el disolvente de todos los sentimientos nobles del hombre.

Fácilmente se comprenderá a qué lucha de sentimientos quedó sometido por carta escrita el signo del joven, en quien cada latigazo que recibía en la conciencia dejaba su rastro.

He aquí lo que leyó Modesta junto a su ventana a los pocos días de todo esto, en un hermoso día de verano.

VI A LA SEÑORITA D’ESTE-M

Señorita:

Sin ninguna hipocresía, si hubiese estado seguro de que poseáis una inmensa fortuna, habría procedido de otro modo. ¿Por qué? He buscado la razón de ello y hela aquí: Existe en nosotros un sentimiento innato, aunque desmedidamente desarrollado por la sociedad, que nos impulsa a procurar la posesión de la felicidad. La mayoría de los hombres confunde la felicidad con sus medios y, a sus ojos, la fortuna es el más grande elemento de dicha. Por consiguiente, habría tratado de agradaros, arrastrado por ese sentimiento social que en toda época ha hecho una religión de la riqueza. Al menos así lo creo. No se debe esperar de un

hombre todavía joven esa cordura que suple la sensación con el buen sentido; y, ante una presa, el instinto bestial, oculto en el corazón del hombre, lo pone en marcha. En vez de una lección habríais recibido de mí cumplidos, halagos. ¿Habría alcanzado yo mi propia estimación? Dudo de ello. Señorita, en tales casos el éxito proporciona la absolución; pero la felicidad... eso es otra cosa. ¿Habría desconfiado de mi mujer si la hubiese conseguido así?... Muy ciertamente... Vuestro marido, por grande que lo hicieseis, habría terminado por reprocharos que lo hubieseis envilecido; vos misma, tarde o temprano, llegaríais a despreciarlo. El hombre ordinario corta el nudo gordiano que constituye el matrimonio por dinero con la tiranía. El hombre inteligente perdona. El poeta se lamenta. Tal es, señorita, la respuesta de mi probidad.

Ahora escuchadme bien. Habéis obtenido el triunfo de hacerme reflexionar profundamente sobre vos, a quien no conocía lo bastante, y sobre mí, que me conocía poco. Habéis tenido el talento de remover muchos de los malos pensamientos que encenagan el fondo de todos los corazones; pero de ello ha surgido en mí algo generoso y os saludo con mis más gentiles bendiciones, como en el mar se saluda al faro que nos indica los escollos en que habríamos podido perecer. He aquí mi confesión, pues ni al precio de todos los tesoros de la tierra querría perder vuestra estimación ni la mía.

He querido saber quién sois. Vengo del Havre, donde he visto a Francisca Cochet, la he seguido a Ingouville y os he visto en vuestra magnífica quinta; pero no sé si sois la señorita Vilquin disfrazada de señorita d'Hérouville o la señorita d'Hérouville disfrazada de señorita Vilquin. Aunque de buena lid, este espionaje me ha hecho enrojecer y me he detenido en mis investigaciones. Habíais despertado mi curiosidad, ¿no podría saber si erais una mujer insignificante? ¿No es esto un derecho de los poetas? Ahora que os he abierto mi corazón, que os he dejado leer en él, podéis creer en la sinceridad de lo que voy a añadir. Por rápida que haya sido la mirada que he echado sobre vos, ha bastado para modificar mi juicio. Antes que mujer, sois, a la vez, un poeta y una poesía. Sí, tenéis algo más precioso que la belleza, sois el hermoso ideal del arte, la fantasía... Vuestro comportamiento conmigo, vituperable en las jóvenes consagradas a un destino ordinario, cambia para aquella que estuviese dotada del carácter que os supongo. Entre el gran número de seres lanzados por el azar de la vida social sobre la tierra para formar en ella una generación, hay excepciones. ¡Si vuestra carta es el término de largos sueños poéticos sobre la suerte que la ley reserva a las mujeres; si, arrastrada por la vocación de un espíritu superior e instruido, habéis querido conocer la vida íntima de un hombre al que concedéis el azar del genio, a fin de crearos una amistad que se aparte del común de las relaciones, con un alma semejante a la vuestra, escapando con ello a todas las condiciones de vuestro sexo, ciertamente sois una excepción! La ley que sirve para medir las acciones de la masa resulta entonces muy estrecha para determinar vuestra resolución. Pero en

tal caso recupera toda su fuerza la frase de mi primera carta: habéis hecho demasiado o no habéis hecho bastante. Recibid de todos modos mis gracias por el favor que me habéis otorgado obligándome a sondear mi corazón, pues habéis rectificado en mí ese error tan común en Francia de que el matrimonio es un medio de fortuna. Entre las turbaciones de mi conciencia me ha hablado una voz santa. Me he jurado solemnemente a mí mismo labrar mi fortuna por mí solo, para no ser movido por motivos codiciosos en la elección de una compañera. Finalmente, he vituperado, he reprimido la curiosidad malsana que habíais excitado en mí. Vos no tenéis seis millones. No hay en el Havre incógnito posible para una joven que poseyese semejante fortuna y seríais traicionada por esa jauría de familias de la alta nobleza que veo en París a caza de herederas y que ha arrojado a su gran escudero entre vuestros Vilquin. De modo que los sentimientos que os expreso han sido concebidos abstracción hecha de toda novela o de la verdad, como una regla absoluta. Probadme ahora que poseéis uno de esos espíritus en los que se pasa de la desobediencia a la ley común, daréis en tal caso razón en vuestra alma a esta mi segunda carta como a la primera. Destinada a la vida burguesa, obedeced a la ley de hierro que sostiene a la sociedad. Mujer superior, os admiro; pero si queréis obedecer al instinto que debéis reprimir, os compadezco: así lo quiere el estado social. La admirable moral de la epopeya doméstica titulada *Clarisa Harlowe* es que el amor legítimo y honesto de la víctima la conduce a su pérdida, porque se concibe, se desarrolla y se prosigue a pesar de la familia. La familia, por necia y cruel que sea, tiene razón contra Lovelace. La familia es la sociedad. Creedme, para una joven como para una mujer, la gloria estará siempre en encerrar sus ardientes caprichos en la esfera de las más cerradas conveniencias. Si yo tuviese una hija que debiera ser Mme. Staël, le desearía la muerte a los quince años. ¿Imagináis a vuestra hija expuesta en los tablados de la gloria y pavoneándose para recibir los homenajes de la multitud, sin experimentar mil vivos pesares? Cualquiera que sea la altura a que una mujer se haya elevado por la poesía secreta de sus sueños, debe sacrificar sus superioridades en el altar de la familia. Sus ímpetus, su genio, sus aspiraciones hacia el bien, hacia lo sublime, todo el poema de la joven pertenece al hombre que acepte, a los hijos que tenga. Adivino en vos un secreto deseo de agrandar el círculo estrecho de la vida a que está condenada toda mujer y de introducir la pasión, el amor en el matrimonio. ¡Ah, ése es un hermoso sueño! ¡No es imposible, es difícil; pero ha sido realizado, para desesperación de las almas — permitidme esta palabra que se ha hecho ridícula— desaparejadas!

Si buscáis una especie de amistad platónica, labrará la desesperación de vuestro futuro. Si vuestra carta fue un juego, no lo continuéis. Así es que esta pequeña novela ha terminado, ¿no es así? No habrá sido sin producir algunos frutos: mi probidad se ha reforzado y por vuestra parte habréis adquirido una certidumbre sobre la vida social. Mirad a la vida real y poned en las virtudes de

vuestro sexo el entusiasmo pasajero que ha hecho nacer la literatura. Adiós, señorita. Hacedme el honor de concederme vuestra estimación. Después de haberos visto, o haber visto a aquella que creo sois vos, encuentro muy natural vuestra carta: una flor tan hermosa tenía que volverse hacia el sol de la poesía. Por consiguiente, amad la poesía como debéis amar las flores, la música, las suntuosidades del mar, las bellezas de la naturaleza, como un adorno del alma; pero medita en todo cuanto he tenido el honor de deciros sobre los poetas. Guardaos de desposaros con un necio, buscad con cuidado el compañero que Dios os ha creado. Creedme, existen muchas gentes de genio capaces de apreciaros, de haceros dichosa. Si yo fuese rico y vos pobre, pondría un día mi fortuna y mi corazón a vuestros pies, pues os creo un alma llena de riquezas, de lealtad; en una palabra, os confiaría mi vida y mi honor con entera seguridad. Una vez más, adiós, rubia hija de la rubia Eva.

La lectura de esta carta, devorada como un sorbo de agua en el desierto, quitó la montaña que pesaba sobre el corazón de Modesta; luego comprendió las faltas que había cometido en la concepción de su plan y las reparó inmediatamente, haciendo para Francisca unos sobres en los que escribió su dirección de Ingouville y le encargó que no fuese más al *chalet*. Desde entonces, Francisca, una vez en su casa, metía cada carta recibida de París en uno de esos sobres y la echaba secretamente al correo en el Havre. Modesta se propuso recibir por sí misma, en lo sucesivo, al cartero, procurando estar en el umbral del *chalet* a la hora que pasaba. En cuanto a los sentimientos que excitó en Modesta aquella respuesta, en la que latía el corazón del pobre y noble la Brière bajo el brillante fantasma de Canalis, fueron tan múltiples como las olas que de una en una vienen a morir en la ribera, mientras, con los ojos fijos en el Océano, se entregaba a la dicha de haber adivinado que entre los hombres escogidos, podía el corazón hallarse en ocasiones en armonía con el talento y de haber sido bien servida por la voz mágica del presentimiento. Un poderoso interés iba a animar su vida. ¡Se había roto la muralla de aquella linda habitación, la reja de su jaula! Su pensamiento volaba con las alas tendidas.

—¡Ay, padre mío —dijo para sí mirando al horizonte—, haznos bien ricos!

Por lo demás, la respuesta que leyó Ernesto cinco días después nos dirá más que cualquier género de glosa.

VII AL SEÑOR DE CANALIS

Amigo mío, dejadme daros este nombre; me habéis fascinado y no os querría de otro modo a como sois en esta carta, la primera, y que espero no será la última. ¿Qué otro que un poeta habría podido nunca excusar tan graciosamente a una joven y comprenderla?

Quiero hablaros con la sinceridad que ha dictado en vos las primeras líneas de vuestra carta. Ante todo, os diré que, afortunadamente, no me conocéis en absoluto. Puedo aseguraros que no soy esa horrible señorita Vilquin ni la muy noble y muy seca señorita d'Hérouville, que fluctúa entre los treinta y los cincuenta años, sin decidirse por una cifra aceptable. El cardenal d'Hérouville floreció en la historia de la Iglesia antes que el cardenal en quien tenemos nuestro único personaje ilustre, puesto que yo no tengo por celebridades a los tenientes generales ni a los abates autores de pequeños libros y versos demasiado grandes. Además, no vivo en la espléndida villa de los Vilquin; a Dios gracias no hay en mis venas ni la diezmillonésima parte de una gota de esa sangre enfriada en los escritorios. Participo a la vez de Alemania y del Mediodía de Francia, llevo en el pensamiento la imaginación tudesca y en la sangre la vivacidad provenzal. Soy tan noble por mi padre como por mi madre. Por mi madre tengo todas las hojas del almanaque de Gotha. En fin, tengo bien tomadas mis precauciones y no está en el poder de hombre alguno, ni siquiera en el de la autoridad, desenmascarar mi incógnito. Permaneceré velada, desconocida. En cuanto a mi persona y *los míos*, como dicen los normandos, tranquilizaos: soy cuando menos tan hermosa como la personita (dichosa sin saberlo) sobre la cual se detuvieron vuestras miradas y no creo ser pobre aunque en mis paseos no me acompañen diez hijos de pares de Francia. He visto representar ya ante mí el innoble vodevil de la heredera adorada por sus millones. En fin, no tratéis, ni siquiera por apuesta, de llegar hasta mí. ¡Ay!, aunque libre estoy guardada, en primer lugar por mí misma, y en segundo por gentes valerosas que no vacilarían en absoluto en clavaros un cuchillo en el corazón si quisieseis penetrar en mi retiro. No digo esto en modo alguno para excitar vuestro valor o vuestra curiosidad, creo no tener necesidad de ninguno de esos sentimientos para interesaros, para sujetaros.

Contesto ahora a la segunda edición, considerablemente aumentada, de vuestro primer sermón.

¿Queréis una confesión? Me he dicho al veros tan desconfiado y que me tomáis por una Corma, cuyas improvisaciones me aburren tanto, que os habían conducido ya demasiadas décimas Musas, reteniendoos por la curiosidad en sus falsos vallecillos y que os habrían propuesto gustar los frutos de sus Parnasos de pensionistas... ¡Oh! Tened la plena seguridad, amigo mío; si amo la poesía, no tengo en absoluto *pequeños versos* en cartera y mis medias son y permanecerán de una blancura completa. No os veréis aburrido en modo alguno por ligerezas en uno o dos volúmenes. En fin, si alguna vez os dijese: “¡Acudid!”, no encontraréis en absoluto —ahora ya lo sabéis— a una vieja solterona, pobre y fea... ¡Oh, amigo mío, si supieseis cuánto lamento que hayáis venido al Havre! Habéis modificado así lo que llamáis mi novela. No, sólo Dios con sus manos poderosas puede pesar el tesoro que yo reservaba a un hombre lo bastante grande, lo bastante confiado, lo bastante perspicaz para partir de su casa, bajo la fe de mis

cartas, después de haber penetrado paso a paso en las extensiones de mi corazón y llegar a nuestro primer encuentro con la simplicidad de un niño. Yo soñaba esta inocencia en un hombre de genio. Vos habéis maltratado un poco ese tesoro. Os perdono; vivís en París; y, como decís, en el poeta hay un hombre. ¿Me tomáis por esto por una jovencita que cultiva el jardín encantado de las ilusiones? No os divirtáis en tirar piedras contra las vidrieras rotas de un castillo arruinado desde hace mucho tiempo. ¿Cómo vos, hombre de ingenio, no adivinasteis que la lección de vuestra primera pedante carta se la había dicho a sí misma la señorita d'Este? No, querido poeta, mi primera carta no fue el guijarro del niño que va errando a lo largo de los caminos, que se complace en asustar a un propietario leyendo la cuota de sus contribuciones al abrigo de sus espaldas; más bien el sedal lanzado con prudencia por un pescador desde lo alto de una roca, a orillas del mar, en espera de una pesca milagrosa.

Todo lo que de hermoso decís sobre la familia merece mi aprobación. El hombre que llegue a agradarme y de quien me crea digna, obtendrá mi corazón y mi vida con el consentimiento de mis padres; no quiero obligarlos ni sorprenderlos; tengo la certeza de reinar sobre ellos y por su parte carecen de prejuicios. En fin, me siento fuerte contra las ilusiones de mi fantasía. He construido con mis manos una fortaleza y la he dejado fortificar por la devoción de aquellos que velan por mí como por un tesoro, mas no porque carezca de fuerzas para defenderme en campo abierto, pues sabed que el azar me ha revestido de una armadura bien templada, sobre la que está grabada la palabra *Desprecio*. Siento el más profundo horror por todo aquello en que advierto el cálculo, por lo que no es enteramente noble, puro, desinteresado. Le rindo culto a lo hermoso, a lo ideal, sin ser romántica, pero después de haberlo sido, por mí sola, en mis sueños. Por eso he reconocido la verdad de las cosas, justas hasta la vulgaridad, que me habéis escrito sobre la vida social.

Por el momento no somos ni podemos ser más que dos amigos. ¿Por qué buscar un amigo en un desconocido?, diréis. Vuestra persona me es desconocida, pero vuestro espíritu, vuestro corazón me son conocidos, me agradan, y siento en mi alma sentimientos infinitos que ansían a un hombre de genio por único confidente. No quiero que el poema de mi corazón sea inútil; brillará para vos como hubiese brillado únicamente para Dios. ¡Qué cosa más preciosa que un buen camarada a quien se le puede decir todo! ¿Rehusaréis las flores inéditas de la joven sincera que volarán hacia vos como los lindos mosquitos hacia los rayos del sol? ¡Estoy segura de que jamás habéis encontrado esta buena fortuna del espíritu: las confianzas de una muchacha! Escuchad su cháchara, aceptad las músicas que todavía no ha cantado sino para sí. Más adelante, si nuestras almas son muy hermanas, si nuestros caracteres se avienen en este ensayo, un día cualquiera un viejo criado de cabellos blancos, situado al borde de un camino, os aguardará para conducirnos a un chalet, a una villa, a un castillo o a un palacio.

Todavía no sé de qué género será el pabellón amarillo y pardo del himeneo (los colores de Austria, tan poderosa por el matrimonio) ni si tal desenlace resultará posible. ¡Pero confesad que es poético y que la señorita d'Este es de buen conformar! ¿No os deja vuestra libertad? ¿Acude en plan celoso a echar una ojeada en los salones de París? ¿Os impone las obligaciones de una *empresa*, las cadenas con que en otro tiempo se sujetaban voluntariamente el brazo los paladines? Os pide una alianza puramente moral y misteriosa. Vamos, venid a mi corazón cuando os sintáis desgraciado, herido, fatigado. Decídmelo entonces todo enteramente, no me ocultéis nada, yo encontraré elixires para todos vuestros dolores. Tengo veinte años, amigo mío, pero mi corazón tiene cincuenta y, por desgracia, he sentido en otra yo misma los horrores y las delicias de la pasión. Sé todo cuanto de bajezas e infamias puede encerrar el corazón humano y, sin embargo, soy la más honesta de todas las jóvenes. No, no tengo ilusiones; pero tengo algo mejor: tengo creencias y una religión. Ya veis, comienzo *el juego* de nuestras confianzas.

Sea quien sea el marido que tenga, si lo he escogido yo, podrá dormir tranquilo, podrá irse a las remotas Indias y al volver me encontrará acabando el tapiz comenzado a su partida, sin que ninguna mirada haya calado en mis ojos, sin que ninguna voz humana haya deshonrado el aire en mis oídos; y en cada punto reconocerá un verso del poema de que habrá sido héroe. Incluso si me hubiese equivocado en alguna hermosa y mentida apariencia, ese hombre poseerá todas las flores de mis pensamientos, todas las coqueterías de mi ternura, los mudos sacrificios de una resignación altiva y nunca suplicante. Sí, me he prometido no seguir a mi marido cuando él no quiera: seré la divinidad de su hogar. He ahí mi religión humana. Pero ¿por qué no probar y escoger al hombre que será como la vida es al cuerpo? ¿Ha estado nunca el hombre sujeto por la vida? ¿Qué es una mujer que contraría a aquél a quien ama? Es la enfermedad en lugar de la vida. Por vida entiendo yo esa dichosa salud que hace un placer de cada hora.

Volvamos a vuestra carta, que siempre me será preciosa. Sí; chanzas aparte, contiene lo que yo deseaba: una expresión de sentimientos prosaicos tan necesarios a la familia como el aire al pulmón y sin los cuales no hay felicidad posible. Obrar como hombre honrado, pensar como poeta, amar como aman las mujeres; he ahí lo que yo deseaba en mi amigo y lo que ahora ya no es sin duda, una quimera.

Adiós, amigo mío. Soy pobre por el momento. Es una de las razones que me hacen desear mi máscara, mi incógnito, mi inexpugnable fortaleza. He leído vuestros últimos versos en la *Revista*, ¡y con qué delicia después de ser iniciada en las austeras y secretas grandezas de vuestra alma!

¿Os sentiríais muy desgraciado al saber que una joven ruega fervientemente a Dios por vos, que hace de vos su único pensamiento y que no tenéis más rivales

que un padre y una madre? ¿Hay razones para rechazar unas páginas llenas de vos, escritas para vos y que no serán leídas sino por vos? Obrad a la recíproca. Soy todavía tan poco mujer que vuestras confidencias, con tal de que sean plenas y verdaderas, bastarán para la dicha de

Vuestra O. D'ESTE-M.

—¡Dios mío! ¿Conque estoy ya enamorado? —exclamó el joven refrendario, que se dio cuenta de haberse quedado con la carta en la mano durante una hora después de haberla leído—. ¿Qué partido tomar? ¡Ella cree escribir a nuestro gran poeta! ¿Debo continuar este engaño? ¿Es una mujer de cuarenta años o una joven de veinte?

Ernesto se sintió fascinado por el abismo de lo desconocido. Lo desconocido es el infinito oscuro y nada resulta más atrayente. Se destacan en esa extensión sombríos fulgores que la jalonan por instantes la colorean de fantasías «a la Martynn». En una vida tan ocupada como la de Canalis, una aventura de este género se vería arrastrada como un anciano entre las rocas de un torrente; pero en la de un refrendario que se prepara para volver a los negocios del *sistema* cuyo representante es su protector y que, como distracción, elevaba a Canalis al biberón para la *Tribuna*, esta linda joven, que su imaginación se empeñaba en seguir viendo como la joven rubia, debía alojarse en su corazón y causar en él los mil estragos de los romances que consiguen penetrar en una existencia burguesa como un lobo en un corral. Por consiguiente, Ernesto se preocupó mucho por la desconocida del Havre y le escribió la carta que vamos a ver, carta estudiada, carta presuntuosa, pero en la que empezaba a revelar la pasión a través del despecho.

VIII A LA SEÑORITA O. D'ESTE-M

Señorita, ¿es muy leal por vuestra parte venir a instalaros en el corazón de un pobre poeta con la reserva mental de abandonarlo si no se acomoda a vuestros deseos, legándole eternos pesares, mostrándole por unos instantes una imagen de la perfección, aunque no sea más que fingida o, cuando menos el comienzo de una dicha? Fui muy imprevisor al solicitar esa carta donde comenzáis a desplegar la elegante pasamanería de vuestras ideas. Un hombre puede apasionarse muy bien por una desconocida que sabe aliar tanto atrevimiento con tanta originalidad, tanta fantasía con tanto sentimiento. ¿Quién no desearía conoceros después de haber leído esa primera confidencia? Necesito esfuerzos verdaderamente grandes para conservar la razón cuando pienso en vos, pues habéis reunido todo lo que puede perturbar un corazón y una cabeza de hombre. Por eso he aprovechado el resto de sangre fría que conservo en este momento para haceros humildes amonestaciones. ¿De modo que creéis, señorita, que unas cartas, más o menos verdaderas en relación con la vida tal como es, o más o menos hipócritas, pues las

cartas que escribimos serían la expresión del momento en que se nos escapasen; creéis, digo, que por hermosas que sean, reemplazarían nunca la imagen que nos formaríamos de nosotros mismos a través del testimonio de la vida vulgar? El hombre es doble. Existe la vida invisible, la del corazón, a la que pueden bastar las cartas, y la vida mecánica, a la que, ¡ay!, se atribuye más importancia de la que a vuestra edad se cree. Esas dos existencias deben concordar con el ideal que acariciáis el cual, dicho sea de paso, es muy raro. El homenaje puro, espontáneo, desinteresado de un alma solitaria, a la vez instruida y casta, es una de esas flores celestes cuyos colores y cuyo perfume consuelan de todos los pesares, de todas las heridas, de todas las traiciones que en París lleva consigo la vida literaria, y os doy las gracias por un arranque como el vuestro; pero, tras este poético intercambio de mis dolores contra las perlas de vuestra limosna, ¿qué podéis esperar? Yo no tengo el genio ni la magnífica posición de lord Byron; no tengo, sobre todo, la aureola de su condenación postiza y de su falsa desgracia social; pero ¿qué hubieseis esperado de él en una circunstancia semejante? ¿Su amistad, no es eso? ¡Pues bien, él, que no debía tener más que orgullo, estaba devorado por vanidades hirientes y enfermizas que descorazonaban a la amistad! Yo, mil veces más pequeño que él, ¿no puedo tener disonancias de carácter que hagan desagradable la vida y conviertan la amistad en la más pesada carga?... ¿Qué recibiríais a cambio de vuestros sueños? Los fastidios de una vida que no sería enteramente la vuestra... Semejante convenio es insensato. He aquí por qué: vuestro proyectado poema no es más que un plagio. Una joven hija de Alemania, que no era, como vos, medio alemana, sino alemana entera, adoró a Goethe en la embriaguez de los veinte años; hizo de él su amigo, su religión, su dios, a pesar de saberlo casado. La señora Goethe, una buena alemana, como mujer de poeta, se prestó a ese culto con una complacencia muy socarrona y que no curó a Bettina. ¿Qué ocurrió? Aquella extática acabó por casarse con cualquier buen alemanote. Entre nosotros, confesemos que una joven que se hubiese convertido en la servidora del genio, que se hubiese igualado a él por la comprensión, que le hubiese adorado piadosamente hasta la muerte, como hace una de esas divinas figuras trazadas por los pintores en las contraventanas de sus capillas místicas, y que, cuando Alemania pierda a Goethe, se retire a cualquier soledad para no ver a nadie, como hizo la amiga de lord Bolingbroke, confesemos que esa joven se habría incrustado en la gloria del poeta como María Magdalena lo está para siempre en el cruento triunfo de nuestro Salvador. Si esto es lo sublime, ¿qué decís vos del reverso?

Al no ser lord Byron ni Goethe, dos colosos de la poesía y del egoísmo, sino tan sólo el autor de unas cuantas poesías estimadas, no me atrevería a reclamar los honores de un culto. Tengo muy poco de mártir. Poseo a la vez corazón y ambición, pues aún está mi fortuna por hacer y todavía soy joven. Vedme tal cual soy. La bondad del rey y la protección de sus ministros me proporcionan una

existencia decorosa. Hago la vida de un hombre de posición corriente. Acudo a las recepciones de París, exactamente igual que el primer bobalicón recién llegado, pero en un coche cuyas ruedas no llevan sobre un suelo muy firme, según requieren los tiempos presentes, con unas letras inscritas en el libro de la Deuda pública. Si no soy rico, tampoco tengo el relieve que la buhardilla, el trabajo incomprendido y la gloria en la miseria le prestan a ciertos hombres que valen más que yo, como d'Arthez, por ejemplo. ¿Qué prosaico desenlace le vais a buscar a las encantadoras fantasías de vuestro joven entusiasmo? Quedémonos aquí. Si he tenido la dicha de parecerles una rareza terrestre, vos habéis sido para mí algo luminoso y elevado, como esas estrellas que se inflaman y desaparecen. Que nada empañe este episodio de nuestra vida. De continuar así, podría amaros, concebir una de esas locas pasiones que hacen romper los obstáculos, que encienden en el corazón fuegos cuya violencia resulta perturbadora en la medida de su duración; y suponed que tuviese éxito con vos; terminaríamos de la forma más vulgar: un matrimonio, un hogar, hijos... ¡Oh! ¿Son posibles Belisa y Enriqueta Chrysale en una pieza? Por tanto, adiós.

IX AL SEÑOR DE CANALIS

Amigo mío, vuestra carta me ha producido tanto pesar como alegría. Tal vez muy pronto encontremos un gran placer al leernos. Comprendedme bien. Hablamos a Dios, le pedimos una multitud de cosas y permanece mudo. Por mi parte, quiero hallar en vos las respuestas que Dios no da. ¿No puede reproducirse la amistad entre la señorita Gournay y Montaigne? ¿No conocéis el hogar de Simonde de Sismondi en Ginebra, el más conmovedor interior de que me han hablado; algo así como el marqués y la marquesa de Pescara, dichosos hasta en su vejez? ¡Dios mío! ¿Será imposible que existan, como en una sinfonía, dos arpas que se respondan a distancia, vibren y produzcan una deliciosa melodía? En la creación sólo el hombre es a la vez arpa, músico y oyente. ¿Me veis perturbadora a la manera de las mujeres ordinarias? ¿No sé, acaso, que vais por el mundo, que veis en él a las más hermosas y espirituales mujeres de París? ¿No puedo suponer que una de esas sirenas se digna enlazaros entre sus frías escamas y ha dictado la respuesta cuyas prosaicas consideraciones me entristecen? Amigo mío, hay algo más hermoso que esas flores de la coquetería parisina, existe una flor que crece en lo alto de esos picos alpestres llamados hombres de genio, orgullo de la Humanidad, que fecundan al verter sobre ella las nubes henchidas del agua que su mente forma de los cielos: esa flor quiero cultivarla y hacer que se abra, pues sus salvajes y dulces perfumes no nos defraudarán nunca; son eternos. Hacedme el honor de no suponer en mí nada vulgar. Si hubiese sido Bettina, pues sé a quién aludís, jamás habría sido la señora d'Aruim; y si hubiese sido una de las mujeres

de lord Byron, estaría hoy en un convento. Me habéis herido en mi punto más sensible. No me conocéis, pero ya me conoceréis. Siento en mí algo sublime, de lo que puedo hablar sin vanidad. Dios ha puesto en mi alma la raíz de esa planta híbrida, nacida en la cumbre de los Alpes, de que os acabo de hablar y que no quiero poner en una maceta en mi ventana para verla morir allí. ¡No, ese magnífico y único cáliz de aromas embriagadores, no se verá arrastrado por las vulgaridades de la vida; es vuestro, vuestro sin que ninguna mirada lo marchite, vuestro para siempre! Sí, querido, para vos todos mis pensamientos, incluso los más secretos, los más locos; para vos un corazón de joven sin reservas, un afecto infinito. Si vuestra persona no me conviene, no me casaré en modo alguno. Puedo vivir la vida del corazón, de vuestro espíritu, de vuestros sentimientos; me agradan y siempre seré lo que soy, vuestra amiga. Hay en vos algo hermoso en lo moral y esto me basta. Ésa será mi vida. No despreciéis a una joven y hermosa servidora que no retrocede con horror ante la idea de ser un día la vieja ama de llaves del poeta, un poco su madre, su criada, su razón, su riqueza. Esta joven adicta, tan preciosa en vuestras existencias, es la Amistad pura y desinteresada a la que se le debe todo, que en ocasiones escucha moviendo la cabeza y vigila cosiendo a la luz de la lámpara para estar allí, cuando regresa el poeta, sea empapado por la lluvia, sea gruñendo. He ahí mi destino, si no ha de ser el de una esposa feliz y ligada para siempre: sonrío lo mismo a lo uno como a lo otro. ¿Creéis que resultará Francia muy perjudicada porque la señorita d'Este no le dé tres hijos, porque no sea una señora Vilquin cualquiera? En cuanto a mí, nunca seré una vieja solterona. Me haré madre por obra de la bondad, y por mi secreta cooperación a la existencia de un gran hombre a quien aportaré mis pensamientos y mis esfuerzos en este mundo. Siento el más profundo horror por la vulgaridad. Si soy libre, si soy rica, me sé joven y hermosa y no seré nunca de ningún necio porque sea hijo de un par de Francia, ni de ningún comerciante que puede arruinarse en un día, ni de ningún hombre guapo que haría de mujer en el hogar, ni de ningún hombre que me hiciese avergonzar veinte veces al día por pertenecerle. Estad bien tranquilo al respecto. Sé que el amor tiene sus ilusiones y cada ilusión su despertar. Ahí se encuentra el motivo de la separación de tantos amantes que se creían unidos para toda la vida. La verdadera prueba es el sufrimiento y la dicha. Cuando, tras de haber pasado esta doble prueba de la vida, han desplegado en ella dos seres sus defectos y sus cualidades, cuando han observado en ella sus caracteres, pueden ir de la mano hasta la tumba; pero, mi querido Argante, ¿quién os dice que nuestro pequeño drama, apenas esbozado, no tiene porvenir?... En todo caso, ¿no habremos gozado del placer de nuestra correspondencia?...

Espero vuestras órdenes, monseñor, y soy de todo corazón
Vuestra servidora,

O. D'ESTE-M.

X
A LA SEÑORITA O. D'ESTE-M

¡Mirad, sois un demonio, os amo! ¿Es eso lo que deseáis, muchacha singular? ¿Deseáis tal vez únicamente distraer vuestra ociosidad de provinciana con el espectáculo de las necedades que puede cometer un poeta? Ésa sería una malísima acción. Justamente vuestras dos cartas acusan malicia bastante para inspirar esa duda a un parisién. Pero yo no soy dueño de mí, mi vida y mi porvenir, dependen de la respuesta que me deis. Decidme si os conmoverá la certeza de un afecto sin límites, concedido con ignorancia de las convenciones sociales; si me admitís, en fin, como vuestro pretendiente... Habrá muchas incertidumbres y angustias para mí en la espera por saber si mi persona será de vuestro agrado. Si me respondéis favorablemente, cambio mi vida y digo adiós a esos aburrimientos que tenemos la locura de llamar la felicidad. La felicidad, mi querida y hermosa desconocida, es esa que soñáis: una completa fusión de sentimientos, una perfecta concordancia de dos almas, una viva impronta del hermoso ideal (ese que Dios nos concede tener en este mundo) sobre las acciones vulgares de la vida a cuyo curso debemos obedecer; en suma, la constancia del corazón, más estimable que eso que llamamos fidelidad. Cosa extraña, no procede de mí, sino de vos, el hecho de que vacile en largas meditaciones por las que, tal vez como vos, me complazco en abrazar el curso quimérico de una existencia soñada. Sí, querida, siento en mí la fuerza de amar así, de marchar hacia la tumba con dulce lentitud y aire siempre gozoso, dándole el brazo a una mujer amada, sin turbar nunca la serenidad del alma. Sí, tengo el valor de entrever nuestra doble vejez, de vernos con los cabellos blancos, como el venerable historiador de Italia, animados aún por el mismo afecto, pero transformados por el espíritu de cada época. Mirad, ya no puedo seguir siendo tan sólo vuestro amigo. Aunque, como decís, revivan en mí Crisalo, Oronte y Argante, no soy todavía lo bastante viejo para beber en la copa sostenida por la encantadora mano de una mujer velada sin experimentar un feroz deseo de rasgar el dominó, el antifaz, y ver el rostro. No me escribáis más o dadme esperanzas. Que os pueda entrever o abandono la partida. ¿Es preciso deciros adiós? Permitidme firmar

Vuestro amigo.

XI
AL SEÑOR DE CANALIS

¡Qué adulación! ¡Con qué rapidez el grave Anselmo se ha convertido en el hermoso Leandro! ¿A qué debo atribuir un cambio semejante? ¿Es a ese negro que he puesto sobre el blanco, a esas ideas que son a las flores de mi alma lo que una rosa dibujada al carbón a las rosas del parterre? ¿O al recuerdo de la joven a

quien tomasteis por mí y que es a mi persona lo que la doncella es a su ama? ¿Hemos cambiado los papeles? ¿Soy yo la Razón? ¿Sois vos la Fantasía? Basta de bromas. Vuestra carta me ha hecho conocer embriagadores placeres del alma, los primeros que no deberé a los sentimientos de la familia. Como ha dicho un poeta, ¿qué son los lazos de la sangre, que tanto poder tienen sobre las almas ordinarias, en comparación con los que el cielo forja en las simpatías misteriosas? Dejadme daros las gracias... No, esas cosas no se agradecen. Bendito seáis por la felicidad que me habéis causado; dichoso seáis por la alegría que habéis difundido en mi alma. Me habéis aclarado algunas aparentes injusticias de la vida social.

Algunas veces, amigo mío, me he levantado por la mañana en un estado de inconcebible dulzura. Una especie de tierna y divina paz me daba idea del cielo. Mi primer pensamiento era como una bendición. Yo llamaba a esas mañanas “mis amaneceres de Alemania”, en oposición con mis puestas de sol del Mediodía, llenas de acciones heroicas, de batallas, de fiestas romanas y poemas ardientes. Pues bien, después de haber leído esa carta, en la que manifestáis una febril impaciencia, he sentido en el corazón la frescura de uno de esos celestes sueños en los que amaba al aire, la naturaleza, y me sentía destinada a morir por un ser amado. Uno de vuestros poemas, *El canto de una joven*, describe esos momentos deliciosos en que la oración es una necesidad, es mi fragmento favorito. ¿Queréis que resuma todos mis halagos en uno solo? ¡Os considero digno de ser mío!

Se trata de mi vida y —lo cual me causa a veces terribles remordimientos respecto a los sentimientos que dejo volar a bandadas hacia vos—, se trata de las de un padre y una madre adorados, a los que debe agrandar mi elección y que deben encontrar un hijo verdadero en mi amigo.

¿Hasta qué punto vuestro espíritu soberbio, al que Dios presta las alas de sus ángeles, sin darle siempre su perfección, puede plegarse a la familia, a las pequeñas miserias? ¡Qué tema meditado ya por mí! ¡Oh! Si antes de ir a vos me he dicho en mi corazón “vamos”, no tengo por ello menos agitado el corazón, palpitante en la carrera, y no me he ocultado las arideces del camino ni las dificultades de la montaña que tendría que escalar. Todo lo he abarcado en profundas meditaciones. ¿No sé, acaso, que los hombres eminentes, como vos lo sois, han conocido el amor que han inspirado, lo mismo que el que han sentido, que han tenido más de un romance y que vos, sobre todo, acariciando esas quimeras de raza que las mujeres compran a precios disparatados, sois más aficionados a los desenlaces que a los primeros capítulos? Y, sin embargo, me he gritado: “¡Vamos!”. Porque he estudiado más de lo que creéis la geografía de esas grandes cumbres de la Humanidad acusadas por vos de frialdad. ¿No me habéis dicho de Byron y de Goethe que eran dos colosos de egoísmo y de poesía? ¡Ay, amigo mío! Habéis participado del error en que caen las gentes superficiales; aunque tal vez se debiese a vuestra generosidad, falsa modestia o deseo de

libraros de mí. Se le disculpa al vulgo, pero no a vos, que tome los efectos del trabajo por un desarrollo de la personalidad. Ni lord Byron, ni Goethe, ni Walter Scott, ni Cuvier, ni el inventor, se pertenecen; son esclavos de su idea. Y esa potencia misteriosa es más celosa que una mujer, los absorbe, los hace vivir y los mata en su provecho. Las manifestaciones visibles de esa existencia oculta se parecen al egoísmo por el resultado; pero ¿cómo decir que es egoísta el hombre que se ha ofrendado al placer, a la instrucción o a la grandeza de su época? ¡Yo encontré ya al desengaño sentado a la puerta de mis dieciséis años! ¿Qué sería de mí si aprendiese a los veinte que la gloria es mentira, si viera que quien en sus obras había expresado tantos sentimientos ocultos en mi corazón no comprende ese corazón cuando se descubre sólo para él? ¡Oh, amigo mío! ¿Sabéis lo que me habría ocurrido? Vais a penetrar en la trastienda de mi alma. Le habría dicho a mi padre: “¡Traedme el yerno que sea de vuestro gusto, abdicó de toda voluntad, casadme por vuestra cuenta!”. Y ese hombre, hubiese sido notario, banquero, avaro, necio, provinciano, aburrido como un día de lluvia, vulgar como un elector de provincias. Lo mismo si hubiera sido fabricante o un bravo militar sin ingenio, habría tenido en mí la más resignada y atenta servidora. Pero ¡horrible suicidio de todos los instantes! ¡Jamás se habría desplegado mi alma a la luz vivificadora de un sol amado! Ningún murmullo habría revelado a mi padre, a mi madre ni a mis hijos el suicidio de la criatura que, en estos momentos, rompe los barrotes de su prisión, despide relámpagos por sus ojos, vuela hacia vos con las alas desplegadas, se coloca como una Polimnia en un ángulo de vuestro gabinete y respira su aire, mirándolo todo con ojo dulcemente curioso.

Si os hubiese sido dado seguirme hasta el magnífico retiro en que nos veo dichosos, si conocieseis mis proyectos se os escaparía una frase terrible en la que figuraría la palabra locura, y tal vez sería yo cruelmente castigada por haber enviado tanta poesía a un poeta. Sí, quiero ser una fuente inagotable, como un hermoso país, durante los veinte años que la naturaleza nos concede para brillar. Quiero alejar la saciedad por medio de la coquetería y la inquietud. Seré valerosa para mi amigo como lo son las mujeres para el mundo. Quiero variar la felicidad, llevar ingenio a la ternura, excitante la fidelidad. Ambiciosa, quiero matar a las rivales en el pasado, disipar los disgustos exteriores con la dulzura de la esposa, con su altiva abnegación y tener durante toda la vida esos cuidados hacia el nido que los pájaros sólo tienen durante unos días. Esa inmensa dote le pertenecía, le debía ser ofrecida a un gran hombre antes que caer en el fango de las transacciones vulgares. ¿Consideráis ahora como una falta mi primera carta? El viento de una misteriosa voluntad me ha arrojado hacia vos, como el viento de una tempestad arrastra a un rosal hasta el corazón de un sauce majestuoso. Y en la carta que tengo sobre mi corazón habéis exclamado: “¡Dios lo quiere!”, como vuestro antepasado al partir para la cruzada.

No creo que digáis: “¡Es bien charlatana!”. A mi alrededor todos dicen: “¡La

señorita es bien taciturna!

O. D'ESTE-M.

Estas cartas le parecieron muy originales a las personas a cuya benevolencia las debe la *Comedia humana*; mas podría no ser compartida esta admiración por un duelo en el que dos ingenios cruzaban la pluma mientras el más severo incógnito ponía una máscara en sus rostros. De cada cien espectadores, ochenta se fatigarían tal vez en este asalto. El respeto que en todo país de gobierno constitucional se debe a la mayoría, apenas fue ésta presentada, nos llevó a suprimir otras once cartas intercambiadas entre Ernesto y Modesta durante el mes de septiembre; si una mayoría halagadora las reclama, esperemos que nos proporcionará los medios de incluirlas.

Solicitados por un espíritu tan agresivo como adorable parecía el corazón, los sentimientos verdaderamente heroicos del pobre secretario particular se dieron a sí mismos rienda suelta en tales cartas, que la imaginación de cada cual hará, tal vez, más hermosas de lo que fueron en realidad, adivinando en ellas el concierto de dos almas libres. De modo que Ernesto no vivía más que para aquellos pedazos de papel, como un avaro no vive más que para los de la Banca; mientras en Modesta un amor profundo sucedía al placer de agitar la vida gloriosa de un ser que, a pesar de la distancia, era el principio. El corazón de Ernesto completaba la gloria de Canalis. Con frecuencia, ¡ay!, son necesarios dos hombres para hacer un amante perfecto, como en literatura se compone un tipo imitando las singularidades de varios caracteres similares. ¡Cuántas veces no ha dicho una mujer en un salón, en el curso de una conversación íntima: «Éste sería mi ideal para el alma, pero me gusta ser amada por aquél, que sólo es el sueño de los sentidos!».

La última carta escrita por Modesta, que va a continuación, permite divisar la *isla de los Faisanes* a que conducían a los dos amantes los meandros de esta correspondencia.

XII AL SEÑOR DE CANALIS

Venid el domingo al Havre; entrad en la iglesia, dad una o dos vueltas por ella después de la misa de una y salid sin hablar con nadie; pero llevad una rosa blanca en el ojal. Después regresad a París, donde encontraréis una respuesta. Ésta no será lo que creéis pues, como ya os he dicho, el porvenir no está todavía en mis manos... ¡Pero sería una verdadera loca si os diera el sí sin haberos visto! Cuando os haya contemplado os podré decir que no sin heriros; estoy segura de permanecer desconocida.

Esta carta había salido la víspera del día en que tuvo lugar la inútil lucha entre Dumay y Modesta. Por consiguiente, la feliz Modesta aguardaba con una impaciencia

enfermiza el domingo en que los ojos darían o quitarían razón al alma, al corazón, uno de los momentos más solemnes en la vida de una mujer y al que tres meses de comercio de alma a alma hacían tan novelesco como lo pueda desear la joven más exaltada. Todo el mundo, excepto la madre, había tomado el aturdimiento de aquella espera por la calma de la inocencia. Por poderosas que sean las leyes de la familia y las ligaduras religiosas, hay Julias d'Etanges y Clarisas, almas rebosantes como copas demasiado llenas que se desbordan bajo una presión divina. ¿No era sublime Modesta al desplegar una salvaje energía para comprimir su exuberante juventud, al permanecer velada? Digámoslo, el recuerdo de su hermana era más poderoso que todas las trabas sociales; había armado de hierro su voluntad para no faltar a su padre ni a su familia. ¡Pero qué movimientos tumultuosos! ¿Cómo no los iba a adivinar una madre?

Al día siguiente, hacia el mediodía, Modesta y la señora Dumay llevaron a la señora Mignon a tomar el sol en un banco en medio de las flores. La ciega volvió su rostro pálido y marchito hacia la parte del océano, aspiró el olor del mar y tomó la mano de Modesta, que permanecía junto a ella. En el momento de interrogar a su hija, luchaba la madre entre el perdón y la reprimenda, pues había adivinado el amor y Modesta, como al falso Canalis, le parecía una excepción.

—¡Con tal de que tu padre regrese a tiempo! ¡Si aún tarda, sólo te encontrará a ti de cuanto ama! Por eso prométeme de nuevo, Modesta, no abandonarlo nunca —dijo con mimosidad maternal.

Modesta se llevó a los labios las manos de su madre y las besó dulcemente, al mismo tiempo que respondía:

—¿Necesito volver a decirlo?

—¡Ay, hija mía! ¡Es que yo misma dejé a mi padre para seguir a mi marido!... ¡Y, sin embargo, mi padre estaba solo, no tenía otra hija que yo!... ¿Será por eso por lo que Dios me castiga en vida? Lo que te pido es que te cases a gusto de tu padre, que le reserves un puesto en tu corazón, que no lo sacrifiques a tu felicidad, que lo conserves entre la familia. Antes de perder la vista le he dictado mi última voluntad, él la cumplirá; le recomiendo que conserve su fortuna entera y no porque haya tenido ningún pensamiento de desconfianza hacia ti. Pero ¿se está nunca seguro de un yerno? Yo misma, hija mía, ¿he sido razonable? Un guiño de ojos decidió mi vida. La hermosura, esa bandera tan engañosa, fue lo verdadero para mí. Si hubiese de ocurrir contigo lo mismo, júrame, pobre niña, que si, como a tu madre, te arrastrasen las apariencias, dejarás a tu padre el cuidado de indagar las costumbres, el corazón y la vida anterior de aquél a quien hubieses elegido, si por azar eligieses a algún hombre.

—Nunca me casaré sino con el consentimiento de mi padre —respondió Modesta.

La madre guardó el más profundo silencio y su fisonomía, casi muerta, indicaba que meditaba a la manera de los ciegos, estudiando en sí misma el acento que su hija había puesto.

—Es que, como ves, hija mía —dijo al fin, tras un largo silencio—, si la falta de

Carolina me hace morir a fuego lento, tu padre no sobreviviría a la tuya; lo conozco, se levantaría la tapa de los sesos, ya no habría en la tierra vida ni felicidad para él...

Modesta se alejó unos pasos de su madre y regresó un momento después.

—¿Por qué me has dejado? —preguntó la señora Mignon.

—Me has hecho llorar, mamá —contestó Modesta.

—Pues bien, abrázame, mi pequeño ángel. ¿No amas a nadie aquí?... ¿No tienes ningún pretendiente? —preguntó, reteniéndola sobre sus rodillas, corazón contra corazón.

—No, mamá querida —respondió la pequeña jesuita.

—¿Puedes jurármelo?

—¡Oh, por supuesto! —exclamó Modesta.

La señora Mignon no dijo nada más; pero todavía dudaba.

—En fin, si escogieses un marido, ¿lo sabría tu padre? —continuó.

—Se lo he prometido tanto a mi hermana como a ti. ¿Qué falta quieres que cometa leyendo a todas horas en mi dedo: *Piensa en Bettina?*... ¡Pobre hermana!

En el mismo momento en que, después de pronunciar Modesta las palabras «¡pobre hermana!», se producía una tregua de silencio entre la hija y la madre, cuyos ojos apagados dejaron correr unas lágrimas que no pudo secar Modesta al arrodillarse ante la señora Mignon y decirle: «¡Perdón, perdón, mamá!», el excelente Dumay trepaba con paso acelerado por la cuesta de Ingouville, hecho anormal en la vida del cajero.

Tres cartas habían traído la ruina y una devolvía la fortuna. Aquella misma mañana recibió Dumay, de un capitán llegado de los mares de China, la primera noticia de su patrón, de su único amigo.

AL SEÑOR DUMAY, EX CAJERO DE LA CASA MIGNON.

Querido Dumay: salvo los azares de la navegación, seguiré de muy cerca al navío por cuyo conducto te escribo; no he querido dejar mi buque, al que ya estoy acostumbrado. Una vez te dije: “¡No hay noticias, buenas noticias!”. Pero a las primeras palabras de esta carta te sentirás feliz, pues esas palabras son las siguientes: “¡Tengo siete millones por lo menos!”. Llevo una buena parte de ellos en añil de la India, un tercio en valores seguros sobre Londres y París y otro tercio en hermoso oro. Tu envío de dinero me permitió alcanzar la cifra que me había fijado: quería dos millones para cada una de mis hijas y el desahogo para mí. Hice el comercio del opio al por mayor con casas de Cantón; todas ellas diez veces más ricas que yo. No pongáis nunca en tela de juicio en Europa lo ricos que son los mercaderes chinos. Iba del Asia Menor, donde me procuraba el opio a bajo precio, a Cantón, donde lo entregaba a las compañías que comercian con él. Mi última expedición tuvo lugar a través de las islas de Malasia, donde pude cambiar el producto del opio por mi añil, que es de primera calidad. De modo que tal vez

tenga quinientos o seiscientos mil francos más, pues cuento el añil por lo que me costó. Me encontré siempre bien, sin la menor enfermedad. ¡He ahí lo que es trabajar para los hijos! Desde el segundo año pude disponer del *Mignon*, hermoso bergantín de setecientas toneladas, construido con madera de teca, forrado y remachado de cobre y cuyos compartimentos fueron hechos para mí. También constituye un valor. La vida del marino, la actividad que requiere este comercio, mis trabajos para llegar a ser una especie de capitán de carrera, me han mantenido en un excelente estado de salud. ¡Hablarle de todo esto no es hablarle de mis dos hijas y de mi querida esposa! Imagino que al conocer mi ruina, el miserable que me privó de mi Bettina la habrá abandonado y que la oveja descarriada habrá regresado a la quinta. ¡Hará falta aumentar un poco su dote! Mis tres mujeres y mi Dumay, los cuatro, habéis estado presentes en mi pensamiento durante estos tres años. Eres rico, Dumay. Tu parte, independientemente de mi fortuna, se eleva a quinientos sesenta mil francos, que te envío en un libramiento que sólo te será pagado a ti por la casa Mangenod, avisada ya desde Nueva York. Unos meses más y, según espero, podré volver a veros a todos. Si te escribo ahora sólo a ti, mi querido Dumay, es porque deseo guardar el secreto acerca de mi fortuna y porque quiero encomendarte el cuidado de preparar a mis ángeles para la alegría de mi regreso. Estoy harto ya de comercio y quiero dejar el Havre. La elección de mis yernos me interesa mucho. Tengo la intención de comprar de nuevo las tierras y el castillo de la Bastie, fundar un mayorazgo de cien francos de renta cuando menos y solicitar del rey la gracia de que nombre sucesor a uno de mis yernos de mi apellido y de mi título. Ahora bien, tú sabes, mi pobre Dumay, la desgracia que hemos debido a ese brillo fatal que despiden la opulencia: perdí el honor de una de mis hijas. Yo mismo llevé a Java al más desdichado de los padres: un pobre comerciante holandés, con nueve millones de fortuna, a quien dos miserables robaron sus dos hijas, y hemos llorado juntos como dos niños. Por consiguiente, no quiero que se conozca mi fortuna. Por eso no desembarcaré en el Havre, sino en Marsella. Mi segundo es un provenzal, un antiguo servidor de mi familia a quien he facilitado los medios de hacer una pequeña fortuna. Castagnould llevará instrucciones mías para rescatar la Bastie y yo negociaré el añil a través de la casa Mongenod. Situaré mis fondos en el Banco de Francia, y regresaré para reunirme con vosotros, aparentando poseer tan sólo una fortuna de aproximadamente un millón en mercancías. Se creará que mis hijas son poseedoras de doscientos mil francos. Elegir a aquel de mis yernos que resulte digno de heredar mi nombre, mis armas y mis títulos y de vivir con nosotros será mi gran tarea; pero los quiero a ambos como tú y como yo, hombres probados, firmes, leales y honrados en absoluto. Yo no he dudado de ti, mi viejo, ni un solo instante. He pensado que mi buena y excelente mujer, la tuya y tú mismo, habéis trazado un valladar infranqueable alrededor de mi hija y que podré depositar un beso lleno de esperanza sobre la frente pura del ángel que me queda. Bettina-

Carolina, si habéis sabido encubrir su falta, tendrá fortuna. Después de haber hecho la guerra y el comercio, vamos a dedicarnos a la agricultura y tú serás nuestro intendente. ¿Te conviene? De modo que, mi viejo amigo, hete dueño de tu conducta ante mi familia, de comunicarles o de callar mis éxitos. Me confío a tu prudencia; diles lo que juzgues conveniente. En cuatro años pueden haber sobrevenido muchos cambios en los caracteres. Te dejo ser el juez, ¡tanto recelo de la ternura de mi mujer para con sus hijas! Adiós, mi viejo Dumay. Dile a mis hijas y a mi mujer que no he dejado de abrazarlas con el corazón ni un solo día, de noche y de día. El segundo libramiento, de cuarenta mil francos e igualmente personal, es para mis hijas y mi mujer, mientras yo llego.

Tu patrón y amigo:

Carlos MIGNON.

—Tu padre vuelve —dijo la señora Mignon a su hija.

—¿En qué notas eso, mamá? —preguntó Modesta.

—Solamente el afán de traernos esa noticia puede hacer correr a Dumay.

Modesta, sumida en sus reflexiones, no había visto ni oído a Dumay.

—¡Victoria! —exclamó el teniente desde la puerta—. Señora, el coronel no ha estado nunca enfermo y regresa... Regresa en el *Mignon*, un barco de su propiedad, que puede valer, con el cargamento de que me habla, unos ochocientos o novecientos mil francos; pero os encomienda la más profunda discreción, pues tiene el corazón lacerado desde hace mucho por el accidente de nuestra querida muertecita.

—Ha ocupado el lugar de una tumba —dijo la señora Mignon.

—Y atribuye esa desgracia, lo que me parece probable, a la codicia que las grandes fortunas despiertan entre los jóvenes... Mi pobre coronel cree que va a volver a encontrar entre nosotros a la oveja descarriada... Seamos felices entre nosotros, no digamos nada a nadie, ni siquiera a Latournelle, si es posible. Señorita —dijo al oído de Modesta—, escribid a vuestro señor padre una carta comunicándole la pérdida sufrida por la familia y las terribles consecuencias que tuvo ese suceso, a fin de prepararlo para el terrible espectáculo que contemplará; yo me encargo de que reciba esa carta antes de llegar al Havre, pues le resulta forzoso pasar por París; escribidle largamente, tenéis todo el tiempo para vos, yo le llevaré la carta el lunes, el lunes sin falta iré a París...

Modesta tuvo miedo de que se encontrasen Canalis y Dumay y quiso subir a su habitación para escribir y aplazar la cita.

—Señorita —prosiguió Dumay en el tono más humilde, cerrando el paso a Modesta—, decidme que vuestro padre vuelve a encontrar a su hija sin otro sentimiento que el que a su partida tenía para él y por vuestra señora madre.

—¡He jurado a mi hermana y a mi madre, me he jurado a mí misma, ser el consuelo, la felicidad y la gloria de mi padre, y así será! —replicó Modesta echando una altiva y desdeñosa mirada sobre Dumay—. No turbéis con suposiciones

injuriosas la alegría que siento al saber que muy pronto estará mi padre entre nosotros. Nadie puede impedir que lata el corazón de una joven, pues no pretenderéis que sea yo una momia. Mi persona pertenece a mi familia, pero mi corazón es mío. Si amo, lo sabrán mi padre y mi madre. ¿Estáis contento, señor?

—¡Gracias, señorita —respondió Dumay—, me habéis devuelto la vida; pero habríais podido llamarme siempre *Dumay*, aunque fuese para darme una bofetada!

—Júrame —dijo la madre— que no has cambiado palabra ni mirada alguna con ningún joven.

—Puedo jurarlo, madre mía —dijo Modesta sonriendo y mirando Dumay, que la miraba y sonreía como una joven que comete una picardía.

—¡Vamos, que sería muy falsa! —exclamó Dumay cuando Modesta entró en la casa.

—Mi hija Modesta puede tener defectos —explicó la madre—, pero es incapaz de mentir.

—¡Pues bien! Estemos tranquilos —prosiguió el teniente— y pensemos que la desgracia ha saldado su cuenta con nosotros.

—Dios lo quiera —respondió la señora Mignon—. Vos lo veréis, Dumay; yo sólo podré oírlo... ¡Ya hay bastante melancolía en mi dicha!...

En aquellos momentos, Modesta, aunque feliz por el regreso de su padre, se hallaba afligida como *Perrete* al ver rotos sus huevos. Había esperado una fortuna mayor que la anunciada por Dumay. Convertida en ambiciosa por su poeta, deseaba al menos la mitad de los seis millones de que había hablado en su segunda carta. Entregada a su doble alegría y contrariada por el pequeño disgusto que le causaba su relativa pobreza, se sentó al piano, habitual confidente de muchas jóvenes, que le comunican sus cóleras o sus deseos y los expresan en los matices de su ejecución. Dumay conversaba con su mujer, paseando por debajo de las ventanas, le confiaba el secreto de su fortuna y la interrogaba sobre sus deseos y sus intenciones. Como su marido, la señora Dumay no tenía otra familia que la familia Mignon. Los dos esposos decidieron vivir en Provenza y legar su fortuna a aquél de los hijos de Modesta que tuviese más necesidad de ella.

—¡Oíd a Modesta! —les dijo la señora Mignon—. Sólo una joven enamorada puede componer semejantes melodías sin saber música...

Pueden arder las casas, zozobrar las fortunas, volver los padres de viaje, venirse abajo los imperios o asolar el cólera morbo una ciudad: el amor de una joven prosigue su vuelo, como la naturaleza su marcha, como ese terrible ácido que la química ha descubierto y que podría atravesar el globo si nada lo absorbiese en su centro.

He aquí la romanza que su situación había inspirado a Modesta sobre unas estancias que es preciso citar, aunque aparezcan impresas en el segundo volumen de la edición de que hablaba Dauriat; pues para adaptar su música a ellas, la joven artista había roto las cesuras por medio de algunas modificaciones que podrían asombrar a

los admiradores de la corrección, con frecuencia demasiado erudita, de este poeta:

CHANT D'UNE JEUNE FILLE

Mon coeur, lève-toi! Déjà l'alouette
Secoue en chantant son aile au soleil;
Ne dors plus, mon coeur, car la violette
Elève à Dieu l'encens de son réveil.

Chaque fleur vivante et bien reposée
Ouvrant tour à tour les yeux pour ce voir,
A dans son calice un peu de rosée,
Perle d'un jour qui lui sert de miroir.

Ont sent dans l'air pour que l'ange des roses
A passé la nuit à bénir les fleurs;
On voit que pour lui toutes sont écloses.
Il vient d'en raviver leurs couleurs.

Ainsi, lève-toi, puisque l'alouette
Secoue en chantant son aile au soleil;
Rien ne dort plus, mon coeur! la violette
Elève à Dieu l'encens de son réveil.

(¡Levántate, corazón mío! Ya la alondra — Sacude cantando su ala al sol; — No duermas más, corazón mío, pues la violeta — Eleva a Dios el incienso de su despertar. — Cada flor viviente y bien reposada — Abriendo alternativamente los ojos para verse — Tiene en su cáliz un poco de rocío — Perla de un día que le sirve de espejo — Se siente en el aire puro que el ángel de las rosas — Ha pasado la noche bendiciendo a las flores — Se ve que para él todas están abiertas — Acaba de reavivarles sus colores — Sacude cantando sus alas al sol; — ¡Nada duerme ya, corazón mío! la violeta — Eleva a Dios el incienso de su despertar).

Y he aquí, puesto que los progresos de la tipografía lo permiten, la música de Modesta, a la que una expresión deliciosa comunicaba ese encanto admirado en los grandes cantantes y que ninguna tipografía, ora fuese jeroglífica o fonética, podría expresar jamás.

—Es bonito —dijo la señora Dumay—. Modesta es música, he ahí todo.

—Tiene el diablo en el cuerpo —exclamó el cajero, a quien la sospecha de la madre se le metió en el corazón y le provocó escalofríos.

—Está enamorada —repitió la señora Mignon.

Al conseguir hacerle compartir su certeza sobre el amor oculto de Modesta con el testimonio irrecusable de su melodía, la señora Mignon enturbió la alegría que el regreso y el éxito de su patrón causaban al cajero. El pobre bretón bajó al Havre para reanudar allí su trabajo en la casa Gobenheim; luego, antes de regresar para comer, pasó por casa de los Latournelle para exponer allí sus temores y pedirles de nuevo ayuda y socorro.

—Sí, querido amigo —dijo Dumay en el umbral, al despedirse del notario—, soy de la misma opinión que la señora: ¡Modesta ama, estoy seguro, y el diablo sabe el resto! Héteme, pues, deshonorado.

—No os aflijáis, Dumay —respondió el pequeño notario—; entre todos seremos tan fuertes como esa personita y en un momento dado, toda enamorada comete alguna imprudencia que la traiciona; pero ya hablaremos de ello esta tarde.

De modo que todas las personas afectas a la familia Mignon fueron presa de las mismas inquietudes que les punzaban la víspera del experimento que el viejo soldado creyó iba a ser decisivo. La inutilidad de tantos esfuerzos picó tanto la conciencia de Dumay, que no quiso ir a París a recoger su fortuna sin haber descifrado antes la clave de aquel enigma. Aquellos corazones, para quienes los sentimientos eran más preciosos que los intereses, consideraban en aquel momento que, sin la perfecta inocencia de su hija, el coronel podía morir de pena al encontrar a Bettina muerta y a su mujer ciega. La desesperación del pobre Dumay causó una impresión tal a los Latournelle, que se olvidaron de la marcha de Exuperio, a quien aquella mañana habían enviado a París. Durante la comida, mientras estuvieron solos los tres, el señor, la señora Latournelle y Butscha le dieron mil vueltas a los términos del problema en sus distintos aspectos, haciendo todas las suposiciones posibles.

—Si Modesta amase a alguien del Havre, habría temblado ayer —dijo la señora Latournelle—; por consiguiente su amante es de otra parte.

—Esta mañana ha jurado a su madre y a Dumay —dijo el notario— que no había cambiado mirada ni palabra alguna con alma viviente...

—Amará entonces a su manera —dijo Butscha.

—¿Cómo amas tú entonces, mi pobre muchacho? —preguntó la señora Latournelle.

—Señora —replicó el jorobadito—, yo amo a solas, a distancia, poco más o menos como de aquí a las estrellas...

—¿Y cómo haces, grandísima bestia? —dijo sonriendo la señora Latournelle.

—¡Ah, señora! —respondió Butscha—. Lo que creéis una joroba es el estuche de mis alas.

—¡He ahí, pues, la explicación de tu sello! —exclamó el notario.

El sello del pasante era una estrella bajo la cual se leían estas palabras: *Fulgens, sequar* (*Brillante, te seguiré*); la divisa de la casa de Chastillonest.

—Una hermosa criatura puede sentir tanta desconfianza como la más fea —dijo

Butscha como si hablara consigo mismo—. ¡Modesta es lo bastante espiritual para haberse estremecido de no ser amada más que por su belleza!

Los jorobados son creaciones maravillosas, enteramente debidas a la sociedad, puesto que en la naturaleza los seres débiles o mal logrados deben perecer. La curvatura o torsión de la columna vertebral produce en estos hombres, en apariencia desgraciados, algo así como una mirada en la que los fluidos nerviosos se acumulan en mayores cantidades que en los demás, en el centro mismo donde se elaboran, donde obran, donde laten como una luz para vivificar el interior. Resultan de ello unas fuerzas que en algunas ocasiones recoge el magnetismo, pero que las más de las veces se pierden a través de los espacios del mundo espiritual. Buscad un jorobado que no se halle dotado de alguna facultad superior, sea una jovialidad espiritual, sea una maldad refinada, sea una bondad sublime. Lo mismo que instrumentos que la mano del Arte no despertará nunca, esos seres, privilegiados sin saberlo, viven recogidos en sí mismos como Butscha, cuando no han utilizado sus fuerzas, tan magníficamente concentradas, en la lucha que han sostenido para permanecer vivos frente a todos los obstáculos. Así se explican esas supersticiones, esas tradiciones populares de las que nacieron los gnomos, los espantosos enanos, las hadas disformes, toda esa caterva de botellas, como dijo Rabelais, que contienen elixires y extraños bálsamos. Por tanto, Butscha casi adivinó el pensamiento de Modesta. Y en su curiosidad de amante sin esperanza, de servidor presto siempre a morir, como aquellos soldados que solos y abandonados gritaban en las nieves de Rusia: «¡Viva el Emperador!», se propuso sorprender para sí solo el secreto de Modesta. Siguió con aire profundamente solícito a sus patronos cuando fueron al Chalet, pues se trataba de ocultar a todos aquellos oídos atentos la trampa en que cogería a la joven. La cual debía ser cualquier mirada cambiada, cualquier estremecimiento sorprendido, como cuando el cirujano pone el dedo sobre un dolor oculto. Aquella tarde no acudió Gobenheim. Butscha fue el compañero de juego del señor Dumay frente al señor y la señora Latournelle. Durante los momentos en que, a eso de las nueve, se ausentó Modesta a fin de preparar el lecho de su madre, la señora Mignon y sus amigos pudieron hablar con el corazón abierto; pero el pobre pasante, abatido por la convicción de que le había ganado también a él, pareció extraño a aquellos debates, como la víspera lo había sido Gobenheim.

—¡Y bien! ¿Qué es lo que te ocurre, Butscha? —exclamó asombrada la señora Latournelle—. Se diría que has perdido a todos tus parientes.

Brotó una lágrima de los ojos del niño abandonado por un marinero sueco, cuya madre había muerto de pena en el hospital.

—No tengo más que a vos en el mundo —respondió con voz conmovida— y vuestra compasión es demasiado religiosa para que jamás la pierda, pues nunca desmereceré de vuestras bondades.

Esta respuesta hizo vibrar una cuerda igualmente sensible en todos los testigos de aquella escena: la delicadeza.

—Todos os queremos, señor Butscha —dijo la señora Mignon con voz emocionada.

—¡Tengo seiscientos mil francos míos! —dijo el bravo Dumay—. Serás notario en el Havre y sucesor de Latournelle.

La americana había estrechado la mano del pobre jorobado.

—¡Tenéis seiscientos mil francos...! —exclamó Latournelle, que levantó la nariz sobre Dumay desde que hubo dejado caer aquellas palabras—. ¡Y dejáis aquí a estas señoras...! ¡Y Modesta no tiene un bonito caballo! ¡Y no ha seguido teniendo maestros de música, de pintura, de...!

—¡Eh! ¡Que no los tiene sino desde hace unas horas!... —exclamó la americana.

—¡Chitón! —dijo la señora Mignon.

Durante todas aquellas exclamaciones la augusta patrona de Butscha se había detenido y lo miraba.

—Hijo mío —dijo—, te veo rodeado de más cariño del que pensaba en el sentido particular de esta locución proverbial; pero debes darme las gracias por esta falta, pues ha servido para hacerte conocer cuantos amigos te han valido tus exquisitas cualidades.

—¿Entonces es que habéis tenido noticias del señor Mignon? —dijo el notario.

—Vuelve —dijo la señora Mignon—; pero guardemos este secreto entre nosotros... Cuando mi marido sepa que Butscha nos ha hecho compañía, nos ha demostrado la amistad más viva y desinteresada, en los momentos en que todo el mundo nos volvía la espalda, no dejará que lo comanditéis vos solo, Dumay. De modo, amigo mío —dijo procurando dirigir su rostro hacia Butscha—, que podéis tratar desde ahora con Latournelle...

—Pero tiene veinticinco años y medio —dijo Latournelle—. Y para mí, muchacho, facilitarte la adquisición de mi estudio es pagar una deuda.

Butscha, que besó la mano de la señora Mignon, regándola con sus lágrimas, mostró un rostro húmedo cuando Modesta abrió la puerta del salón.

—¡Vamos! ¿Quién es el que ha disgustado a mi enano misterioso?

—¡Eh, señorita Modesta! ¿Acaso lloramos nunca de pena los niños mimados por la desgracia? Me acaban de demostrar tanto afecto todos los que me complacería mirar como mis padres, que me ha llegado al alma. Seré notario, podré llegar a ser rico. ¡Ah, ah! El pobre Butscha será tal vez un día el rico Butscha. ¡No sabéis cuánta audacia hay en este aborto! —exclamó.

El jorobado se dio un violento puñetazo en la caverna del pecho y se colocó ante la chimenea, después de haber echado sobre Modesta una mirada que se deslizó como un destello entre sus gruesos y semicerrados párpados; pues en este incidente imprevisto vio la posibilidad de interrogar el corazón de su soberana. Por un momento creyó Dumay que el pasante había osado dirigirse a Modesta y rápidamente cambió con sus amigos una mirada que éstos comprendieron bien y que hizo que se contemplase al pequeño jorobado con una especie de terror mezclado con curiosidad.

—También yo tengo mis sueños —prosiguió Butscha, sin apartar los ojos de Modesta.

La joven bajó los ojos con un movimiento que fue ya para el pasante toda una revelación.

—Vos amáis las novelas: dejadme, en la alegría que experimento, que os confíe mi secreto y me diréis si es posible el desenlace que yo he previsto para mi vida. Además ¿para qué la fortuna? ¡Para mí, más que para cualquier otro, el oro es la felicidad, pues para mí la felicidad será enriquecer a un ser amado! Señorita, vos, que sabéis tanto, decidme si puede uno hacerse amar independientemente de la figura hermosa o fea, y tan sólo por el alma.

Modesta levantó los ojos hacia Butscha. Fue una interrogación terrible, pues en aquel momento Modesta participó de las sospechas de Dumay.

—Una vez rico, buscaré alguna muchacha hermosa, pobre y abandonada como yo, que haya sufrido mucho, que sea desgraciada; le escribiré, la consolaré, seré su genio bueno; ella leerá en mi corazón, en mi alma, tendrá mis dos riquezas a la vez, mi oro, delicadamente ofrecido, y mi pensamiento, dotado de todos los esplendores que el azar de mi nacimiento le ha negado a mi grotesca persona. Permaneceré oculto como una causa que buscan los sabios. Dios tal vez no es hermoso... Naturalmente, esa niña se volverá ansiosa y querrá verme; pero le diré que soy un monstruo de fealdad, me describiré feo...

En aquel momento, Modesta miró fijamente a Butscha; si le hubiese dicho: «¿Qué sabéis de mis amores?», no hubiese sido más explícita.

—¡Si tengo la fortuna de ser amado por las poesías de mi corazón...! Si algún día sólo le parezco un poco contrahecho a esa mujer, reconoced que sería el más feliz de todos los hombres, que un hombre de genio amado por una criatura celeste como vos.

El rubor que coloreó el rostro de Modesta descubrió al jorobado casi todo el secreto de la joven.

—¡Pues bien! Enriquecer al que se ama y agradarle moralmente, abstracción hecha de la persona, ¿es el medio de ser amado? He ahí el sueño del pobre jorobado, el sueño de ayer, puesto que hoy vuestra adorable madre acaba de darme la llave de mi futuro tesoro con la promesa de facilitarme los medios de comprar un estudio. Pero antes de convertirse en un Gobenheim, es necesario saber si es útil esa horrible transformación. ¿Qué pensáis vos, señorita?...

Se hallaba Modesta tan sorprendida que no se dio cuenta de que Butscha la interpelaba.

La trampa del enamorado estuvo mejor armada que la del soldado, pues la pobre joven, estupefacta, se quedó sin voz.

—¡Pobre Butscha! —dijo a su marido la señora Latournelle en voz baja—. ¿Daré en loco?

—Queréis realizar el cuento de *La Bella y la Bestia* —respondió al fin Modesta— y olvidáis que la Bestia se transforma en el príncipe Encantador.

—¿Creéis? —dijo el enano—. Yo he imaginado siempre que ese cambio indicaba el fenómeno del alma haciéndose visible, desplegando la forma bajo su luz radiante. ¡Si no soy amado, permaneceré oculto, he ahí todo! Vos y los vuestros, señora —dijo a su patrona— en lugar de tener un enano a vuestro servicio, tendréis una vida y una fortuna.

Butscha recuperó su puesto y le dijo a los tres jugadores, afectando la mayor calma.

—¿A quién le toca dar?

Mas para sí mismo se decía dolorosamente:

—¿Quiere ser amada por sí misma, mantiene correspondencia con algún falso gran hombre? ¿Dónde está ella?

—Querida mamá, acaban de dar las diez menos cuarto —dijo Modesta a su madre.

La señora Mignon se despidió de sus amigos y se fue a acostar.

Aquellos que quieran amar en secreto pueden tener por espías perros de los Pirineos, madres, Dumays, Latournelles que no están aún en peligro; pero ¿un enamorado?... Es diamante contra diamante, fuego contra fuego, inteligencia contra inteligencia, una ecuación perfecta cuyos términos se penetran mutuamente. El domingo por la mañana Butscha se adelantó a su patrona, que siempre iba a buscar a Modesta para ir a misa, y se puso a vigilar ante el *chalet*, en espera del cartero.

—¿Tenéis hoy carta para la señorita Modesta? —dijo al humilde funcionario cuando lo vio venir.

—No señor, no...

—¡Desde hace un tiempo somos una famosa comodidad para el gobierno! —exclamó el pasante.

—¡Ah, diablo, sí! —respondió el cartero.

Modesta vio y oyó este pequeño coloquio desde su habitación, en la que se colocaba todos los días a aquella hora tras la persiana, para acechar al cartero.

Bajó y salió al pequeño jardín, donde llamó con voz alterada:

—¿Señor Butscha?...

—Aquí estoy, señorita —dijo el jorobado llegando hasta la puertecilla que Modesta abrió por sí misma.

—¿Podrías decirme si entre vuestros títulos al cariño de una mujer contáis el vergonzoso espionaje a que os entregáis? —le preguntó la joven, tratando de aterrar a su esclavo con sus miradas y una actitud de reina.

—¡Sí, señorita! —respondió valientemente—. ¡Ah! —prosiguió en voz baja—. ¡No creía que los gusanos pudiesen prestar un servicio a las estrellas!... Pero así es. ¿Queráis que vuestra madre, que el señor Dumay, que la señora Latournelle os hubiesen descubierto en vez de un ser casi proscrito de la vida, que se entrega a vos como una de esas flores que cortáis para serviros un momento de ellas? Todos saben que amáis; pero yo sólo sé cómo. Tomadme como tomaríais un perro guardián, os

obedeceré, os guardaré, no os ladraré ni os juzgaré en absoluto. Sólo os pido que me dejéis seros útil en algo. ¡Vuestro padre os puso un Dumay en vuestro hogar; tened vos un Butscha! Vos me daréis las noticias. ¡Un pobre Butscha que no quiere nada ni siquiera un hueso!

—Pues bien, voy a ponerlos a prueba —dijo Modesta, que quería deshacerse de un guardián tan espiritual—. Id inmediatamente de hotel en hotel, en Granville, en el Havre, a averiguar si ha venido de Inglaterra un tal señor Arthur...

—Escuchad, señorita —dijo Butscha, interrumpiendo respetuosamente a Modesta—, iré buenamente a pasearme por la orilla del mar y será suficiente, puesto que no me queréis hoy en la iglesia: he ahí todo.

Modesta miró al enano con muestras de un asombro estúpido.

—¡Escuchad, señorita! Aunque os hayáis cubierto las mejillas con un pañuelo y algo de huata, no tenéis ningún flemón... y si lleváis un velo doble en el sombrero es para ver sin ser vista.

—¿De dónde sacáis tanta penetración? —exclamó Modesta, enrojeciendo.

—¡Eh, señorita! No lleváis corsé. Un flemón no os obligaría a disimular el talle poniéndoos varias enaguas, a ocultar vuestras manos bajo unos guantes viejos y vuestros lindos pies en unas horribles botinas, a vestiros mal, a...

—¡Basta! —dijo Modesta—. Ahora, ¿cómo podría estar yo segura de haber sido obedecida?

—Mi patrón tiene que ir a Saint-Adresse, lo cual le contraría mucho; pero como es realmente bueno, no ha querido privarme de mi domingo: pues bien, le propondré ir yo...

—Id y tendré confianza en vos...

—¿Estáis segura de no necesitarme en el Havre?

—No. Escuchad, enano misterioso, mirad —le dijo señalándole el cielo sin nubes—. ¿Veis el rastro de ese pájaro que pasaba ahora mismo? Pues bien, mis acciones, tan puras como el aire, no lo dejan mayor. Tranquilizad a Dumay, tranquilizad a los Latournelle, tranquilizad a mi madre. Y sabed que esta mano —dijo mostrándole una linda y pequeña, de graciosos dedos y carne casi traslúcida—, no será besada por eso que llaman un amante antes del regreso de mi padre.

—¿Y por qué no me queréis hoy en la iglesia?

—¿Me interrogáis después de cuanto os he hecho el honor de decir y pedirós?...

Butscha saludó sin responder palabra y corrió a casa de su patrón, lleno de alborozo por haber entrado al servicio de su amante anónima.

Una hora después, el señor y la señora Latournelle fueron a buscar a Modesta, que se quejaba de un horrible dolor de muelas.

—No he tenido valor para vestirme —dijo.

—Pues bien, quedaos —dijo la buena notaria.

—¡Oh, no! Quiero orar por el feliz regreso de mi padre —respondió Modesta— y he pensado que, arropándome así, la salida me beneficiaría en vez de perjudicarme.

Y la señorita Mignon echó a caminar sola, junto a Latournelle. Rehusó dar el brazo a su rodrigón por miedo a que le preguntase la causa del temblor interno que la agitaba ante la idea de ver muy pronto a su gran poeta. ¿No iba a decidir su porvenir una sola mirada, la primera?

¿Hay alguna hora más deliciosa en la vida de un hombre que la de la primera cita? ¿Renacen alguna vez las sensaciones ocultas en el corazón, que en aquel momento alegran el alma? ¿Vuelven a encontrarse esos placeres indefinibles que, como hizo Ernesto de la Brière, se saborean en la búsqueda de las mejores navajas de afeitar, de las camisas más hermosas, de los cuellos más irreprochables, de los trajes más cuidados? Se desconfía de las cosas asociadas a esa hora suprema. Se hacen entonces para uno mismo poesías secretas que valen por las de la mujer. ¡Y el día que uno y otra se descubren, todo se ha esfumado! ¿No ocurre con esas cosas como con las flores de ciertas plantas silvestres, a la vez acres y suaves, perdidas en la profundidad de los bosques, y que son la alegría del sol, sin duda, o, como dice Canalis en el *Canto de una joven*, la alegría de la misma planta, a la que el ángel de las flores permitió verse a sí misma? Esto nos lleva a recordar que, como ocurre con muchos pobres seres para quienes la vida empieza con el trabajo y la búsqueda de la fortuna, el modesto la Brière no había sido amado nunca. Tal vez haya llegado el momento de trazar completamente su retrato, aunque sólo sea para justificar la última carta que debía escribir a Modesta.

Nacido de una buena familia de Tolosa, emparentada de lejos con la del ministro que lo había tomado bajo su protección, Ernesto poseía ese aire especial que revela una educación comenzada en la cuna y que el hábito de los negocios ha hecho grave sin afectación, pues la pedantería es el escollo de toda gravedad prematura. De talla mediana, le prestaba atractivo un rostro fino y dulce, de tono cálido, aunque no demasiado enrojecido, y que realizaban entonces unos pequeños mostachos y una perilla a lo Mazarino. Sin este testimonio viril, tal vez se hubiese parecido demasiado a una muchacha disfrazada; tan graciosos eran el óvalo de la cara y la línea de los labios, tan predispuestos estaríamos a atribuir a una mujer sus dientes, de esmalte transparente y una regularidad que parecía artificial. Unid a esas cualidades femeninas un habla tan dulce como la fisonomía, dulce como dos ojos azules con párpados a la turca, y comprenderéis muy bien que el ministro hubiese apellidado a su joven secretario «la señorita de la Brière». La frente, despejada y serena, bien encuadrada por abundante cabellera negra, parecía soñadora, y no desmentía la expresión del rostro, profundamente melancólica. La prominencia de los globos de los ojos, aunque de corte muy elegante, le ensombrecía la mirada y reforzaba todavía más aquella melancolía a través de la tristeza física, por decirlo así, que producen los párpados cuando son demasiado caídos sobre las niñas. Esa desconfianza íntima que traducimos por la palabra modestia, anima entonces los rasgos y la persona. El trabajo había marcado ya su surco entre las cejas, un tanto excesivamente pobladas y juntas, propias de los celosos.

Aunque la Brière fuese entonces delgado, pertenecía a ese género de temperamentos que, formados tardíamente, adquieren a los treinta años una robustez inesperada.

Para las personas a quienes sea familiar la historia de Francia este joven hubiera representado bastante bien la real e inconcebible figura de Luis XIII: melancólica modestia sin causa conocida, pálido bajo la corona, aficionado a las fatigas de la caza y enemigo del trabajo, tímido con su amante hasta el punto de respetarla, indiferente hasta dejar cortar la cabeza de su mejor amigo, y cuyos remordimientos por haber vengado a su padre en la persona de su madre sólo pueden explicar, o un Hamlet católico, o alguna enfermedad incurable. Pero el gusano roedor que empalidecía a Luis XIII y relajaba su fuerza era, en Ernesto, por aquel entonces simple falta de confianza en sí mismo, la timidez del hombre a quien ninguna mujer ha dicho: «¡Cuánto te quiero!» y, sobre todo, la abnegación inútil. Después de haber oído el toque de difuntos de una Monarquía con la caída de un ministerio, el pobre muchacho había encontrado en Canalis una roca oculta bajo elegantes espumas y buscaba, por tanto, una dominación a la que amar; y esa inquietud del perrillo que busca un amo le daba el aspecto del rey que encontró el suyo. Las nubes, los sentimientos, el tinte de sufrimiento que se difundía por su fisonomía, hacía al refrendario mucho más hermoso de lo que él mismo creía, bastante contrariado al oírse clasificar por las mujeres entre el género de los guapos tenebrosos; género pasado de moda en unos tiempos en que cada cual quería guardar para sí solo las trompetas de la fama. Ésta fue la razón de que, desconfiando de sus propios méritos, Ernesto hubiera procurado compensar su falta con un vestido de moda. Se puso para aquella entrevista, en la que todo dependía de la primera mirada, un pantalón negro y unas botas cuidadosamente lustradas, un chaleco color azufre que dejaba ver una camisa de notable finura, con botonadura de ópalos, una corbata negra y un redingote azul, adornado con la roseta de la Legión de Honor y que parecía pegado a la espalda y al talle por un procedimiento nuevo. Con unos bonitos guantes de cabritilla color bronce florentino, sostenía en la mano izquierda un bastoncillo y un sombrero con gesto bastante *luiscatorciano*, mostrando así, como el lugar exigía, su cabellera, peinada con arte y en la que producía la luz refulgentes lustrosidades. Apostado junto al atrio desde el principio de la misa, examinó la iglesia, mirando a todos los cristianos, y más particularmente a las cristianas, que mojaban sus dedos en el agua bendita.

Una voz interior le gritó a Modesta: «¡Hélo ahí!», cuando llegó a la iglesia. Aquel redingote y aquella apariencia esencialmente parisinos, aquella rosa, los guantes, el bastón, el perfume de los cabellos, nada era del Havre. Por eso, cuando se volvió la Brière para examinar a la corpulenta y orgullosa notaria, al pequeño notario y al *paquete* (expresión consagrada entre mujeres) bajo cuya apariencia se había ocultado Modesta, la pobre niña, aunque muy preparada, recibió un violento golpe en el corazón al ver a aquella poética figura, iluminada de lleno por la luz que entraba por la puerta. No podía equivocarse: una rosa blanca ocultaba casi la roseta roja de la

Legión de Honor. ¿Reconocía Ernesto a su desconocida en aquel adefesio cubierto con un viejo sombrero provisto de doble velo?... Tanto temió Modesta a la doble vista del amor, que adoptó un paso de vieja.

—Esposa mía —dijo el pequeño Latournelle, ocupando su puesto—, este señor no es del Havre.

—¡Vienen tantos forasteros! —respondió la notaria.

—Pero los forasteros —dijo el notario—, no vienen a ver nuestra iglesia, que no tiene más de dos siglos de antigüedad.

Ernesto permaneció junto a la puerta durante toda la misa, sin ver mujer alguna que colmase sus esperanzas. Por su parte, Modesta no pudo dominar su temblor hasta el final del oficio. Experimentó goces que sólo ella podía describir. Por último, oyó sobre las baldosas los pasos de un hombre de mundo: la misa había terminado. Ernesto daba la vuelta por la iglesia, en la que ya no quedaban más que los *dilettanti* de la devoción, que fueron objeto de un sabio y perspicaz análisis. Ernesto observó el temblor, excesivo para una feligresa, que producía un paso en las manos de una persona velada; y como era la única que ocultaba su rostro, concibió sospechas que el atavío de Modesta, examinado con la atención de un amante curioso, vino a confirmar. Salió cuando la señora Latournelle abandonó la iglesia, la siguió a prudente distancia y la vio entrar con Modesta en la calle Real, donde, según su costumbre, la señorita Mignon aguardaba la hora de vísperas. Después de haber examinado bien la casa adornada con el emblema notarial, preguntó Ernesto el nombre del notario a un transeúnte, que le nombró casi con orgullo al señor Latournelle, el primer notario del Havre... Cuando se adentró en la calle Real, para ver de echar un vistazo en el interior de la casa, vio Modesta a su enamorado y se fingió tan enferma que no fue a vísperas y la señora Latournelle le hizo compañía. De modo que el pobre Ernesto realizó en balde su vigilancia. No se atrevió a rondar por Ingouville, hizo punto de honor de la obediencia y regresó a París tras de haber escrito una carta mientras aguardaba la partida del coche, la misma que al día siguiente recibiría Francisca Cochet con matasellos del Havre.

El señor y la señora Latournelle comían todos los domingos en el *chalet*, al que devolvían a Modesta después de vísperas. De modo que en cuanto la joven enferma se encontró mejor, subieron a Ingouville, acompañados de Butscha. La feliz Modesta se hizo entonces un tocado encantador. Cuando bajó para comer, olvidó su disfraz de la mañana y su supuesto flemón, y tarareó:

Rien ne dort, mon coeur! la violette!
Elève à Dieu l'encens de son réveil.

(Nada duerme, corazón mío. La violeta eleva a Dios el incienso de su despertar).

Butscha experimentó un ligero estremecimiento ante el aspecto de Modesta; tan cambiada parecía, pues llevaba como pegadas a su espalda las alas del amor, tenía el aire de una sílfide, mostraba en sus mejillas los divinos colores del placer.

—Por cierto, ¿de quién es la letra para la que compusiste una música tan bonita? —preguntó a su hija la señora Mignon.

—De Canalis, mamá —respondió, tornándose al momento del más hermoso carmesí desde el cuello a la frente.

—¡Canalis! —exclamó el enano, a quien la entonación de Modesta y su rubor revelaron lo único que ignoraba de su secreto—. ¿El gran poeta haciendo romanzas?

—Se trata de unas simples estancias a las cuales me atreví a aplicar unas reminiscencias de aires alemanes.

—¡No, no —prosiguió la señora Mignon—, la música es tuya, hija mía!

Modesta, sintiéndose cada vez más colorada, salió, arrastrando a Butscha al jardincillo.

—Podéis prestarme un gran servicio —le dijo en voz baja—. Dumay se hace el discreto con mi madre y conmigo sobre la fortuna que trae mi padre y querría saber cuál es en realidad. ¿No le envió Dumay a papá hace tiempo quinientos mil francos y pico? Mi padre no es hombre que se ausente durante cuatro años para doblar tan sólo su capital. Además, vuelve en un barco propio y la parte que le reserva a Dumay se eleva a cerca de seiscientos mil francos.

—No vale la pena interrogar a Dumay —dijo Butscha—. Como sabéis, en el momento de su partida vuestro señor padre había perdido cuatro millones, y sin duda los ha recuperado; pero como ha debido de dar a Dumay el diez por ciento de sus beneficios, por la fortuna que el digno bretón confiesa tener, suponemos mi patrón y yo que la del coronel asciende a seis o siete millones...

—¡Oh, padre mío! —dijo Modesta cruzando los brazos sobre el pecho y alzando los ojos al cielo—. ¡Me habrás dado la vida dos veces!...

—¡Ah, señorita! —dijo Butscha—. ¡Amáis a un poeta! ¡Más o menos, esa clase de hombres siempre son unos Narcisos! ¿Sabrá éste quereros bien? Un artesano de frases, ocupado en ajustar palabras, resulta muy aburrido. Señorita, un poeta no es la poesía más de lo que un grano a la flor.

—¡Butscha, no he visto nunca un hombre tan guapo!

—Señorita, la hermosura es un velo que con frecuencia sirve para ocultar muchas imperfecciones...

—Es el corazón más angélico del cielo...

—¡Dios quiera que tengáis razón —dijo el enano juntando las manos— y que seáis dichosa! Ese hombre, lo mismo que vos, tendrá un servidor en Juan Butscha. En tal caso no seré notario, me voy a dedicar al estudio, a las ciencias...

—¿Y para qué?

—¡Eh, señorita! Para educar a vuestros hijos, si os dignáis permitirme que sea su

preceptor... ¡Ah, si quisierais agradecer un consejo...! Mirad, dejadme hacer a mí; yo sabré indagar la vida y las costumbres de ese hombre, descubrir si es bueno, si es colérico, si es dulce, si tiene el decoro que merecéis, si es capaz de amar absolutamente, anteponiéndoos a todo, incluso a su talento...

—¿Y para qué hacer eso, si yo lo amo? —dijo ella ingenuamente.

—¡Vaya! Eso es cierto —exclamó el jorobado.

En aquel mismo momento, la señora Mignon le decía a sus amigos:

—¡Mi hija ha visto esta mañana al que ama!

—¿Sería acaso aquel del chaleco color azufre que tanto te intrigó, Latournelle? —exclamó la notaria—. Llevaba ese joven una lindísima rosa blanca en el ojal...

—¡Ah! —dijo la madre—. La señal de reconocimiento.

—¡Llevaba la roseta de oficial de la Legión de Honor! —prosiguió la notaria—. ¡Es un hombre encantador! ¡Pero no nos equivoquemos! Modesta no se alzó el velo, estaba arreglada como una mendiga...

—Y se decía enferma... —interrumpió el notario—, pero acaba de quitarse el pañuelo y está como un roble...

—¡Es incomprendible! —exclamó Dumay.

—¡Ay! Ahora está todo claro como el día —dijo el notario.

—Hija mía —le dijo la señora Mignon a Modesta, que entró seguida de Butscha—. ¿No viste esta mañana en la iglesia a un jovencito muy bien arreglado, que llevaba una rosa blanca en el ojal, condecorado...?

—Yo lo vi —dijo vivamente Butscha, viendo la trampa en que Modesta podía caer ante las miradas de cada uno de los presentes—; es Grindot, el famoso arquitecto con quien está en tratos la ciudad para la restauración de la iglesia: ha venido de París, lo encontré esta mañana examinando el exterior, cuando partí para Sainte-Adresse.

—¡Ah, es arquitecto! Me llamó mucho la atención —dijo Modesta, a quien el enano había dado así tiempo para reponerse.

Dumay miró a Butscha de través. Modesta, sobre aviso, adoptó una actitud impenetrable. La desconfianza de Dumay subió a su más alto grado y se propuso ir al día siguiente a la Alcaldía para saber si el esperado arquitecto había aparecido efectivamente por el Havre. Por su parte, Butscha, muy inquieto por el porvenir de Modesta, tomó el partido de ir a París a espiar a Canalis.

Llegó Gobenheim para jugar la partida de *whist* y con su presencia reprimió los sentimientos en fermentación. Modesta aguardaba con una especie de impaciencia la hora de acostarse su madre; quería escribir, pues no lo hacía nunca sino por la noche, y he aquí la carta que le dictó su amor cuando creyó dormido a todo el mundo:

XIII AL SEÑOR DE CANALIS

¡Ah, mi amigo bienamado! ¿Qué atroces mentiras se exponen en los escaparates de los comerciantes de grabados? ¡Y yo que cifraba mi felicidad en esa horrible litografía! Me siento avergonzada de amar a un hombre tan hermoso. No, no puedo imaginar que las parisinas sean lo bastante estúpidas como para no haber visto todas que vos sois su sueño cumplido. ¡Vos solitario! ¡Vos sin amor! ... No creo una palabra de cuanto me habéis escrito sobre vuestra vida oscura y laboriosa, sobre vuestra devoción a un ídolo hasta hoy buscado en vano. Vos habéis amado mucho, señor; vuestra frente pálida y suave como la flor de la magnolia lo dice bastante y seré desgraciada. ¿Qué soy yo ahora?... ¡Ah, para qué haberme llamado a la vida! ¡Por un momento sentí que me dejaba mi pesada envoltura! ¡Mi alma ha roto el cristal que la mantenía cautiva, ha circulado por mis venas! ¡En fin, para mí ha terminado de pronto el frío silencio de las cosas! Todo en la naturaleza me ha hablado. La vieja iglesia me ha parecido luminosa; sus bóvedas, brillantes de oro y azul como las de una catedral italiana, han centelleado sobre mi cabeza. ¡Los sonos melodiosos que los ángeles cantan a los mártires y les hacen olvidar los sufrimientos, han acompañado al órgano! Los horribles adoquines del Havre me han parecido un camino de flores. He reconocido en el mar un viejo amigo, cuyo idioma, lleno de simpatías hacia mí, no me había sido bastante conocido. ¡He visto claramente que las rosas de mi jardín y de mi invernadero me adoran desde hace mucho tiempo y en voz baja me incitaban a amar: todas me han sonreído a mi regreso de la iglesia y he oído vuestro nombre de Melchor murmurado por las campanas de las flores, lo he leído escrito en las nubes! Sí, estoy viva gracias a ti, poeta mucho más hermoso que ese frío y circunspecto lord Byron, cuyo rostro es aún más apagado que el clima inglés. ¡Desposada por una sola de tus miradas de Oriente, que ha traspasado mi velo negro, me has agolpado toda la sangre en el corazón, me has hecho ardiente de la cabeza a los pies! ¡Ah, no sentimos así la vida cuando nuestra madre nos la da! Cualquier golpe que recibieses me alcanzaría a mí en el acto, y mi existencia sólo se explica por tu pensamiento. Yo sé para qué sirve la divina armonía de la música; fue inventada por los ángeles para expresar el amor. ¡Tener genio y ser hermoso, Melchor mío, es demasiado! El hombre debería optar al nacer. ¿Qué mujer os cedería sin morir? ¡Ah, los celos han entrado en mi corazón, con un amor en el que no creía! ¿Podía imaginar yo un incendio semejante? ¡Qué inconcebible y nueva fantasía! Ahora te querría feo. ¡Qué locuras he hecho al regresar! Todas las dalias amarillas me han recordado vuestro lindo chaleco y todas las rosas blancas han sido mis amigas y las he saludado con una mirada que os pertenecía, como toda yo. ¡El color de los guantes que moldeaban las manos del gentilhomme, todo, hasta el ruido de los pasos sobre las baldosas, todo se representa en mi recuerdo con tanta fidelidad que dentro de sesenta años volveré a ver los menores detalles de este día, lo mismo, que el color

particular del aire, el reflejo del sol en un pilar, escucharé la oración que vos habéis interrumpido, respiraré el incienso del altar y creeré sentir sobre nuestras cabezas las manos del cura que nos ha bendecido a los dos cuando tú pasabas, dando su última bendición! ¡El buen padre Marcelino nos ha casado ya! El placer sobrehumano de sentir este mundo nuevo de emociones inesperadas sólo puede ser igualado por la alegría que experimento al explicáoslas, al enviar toda mi felicidad a aquel que la vierte en mi alma con la liberalidad de un sol. ¡Así que basta de velos, mi bienamado! Venid pronto. Yo me desenmascaro con gusto.

Habréis oído hablar, sin duda, de la casa Mignon, del Havre. Pues bien, por efecto de una irreparable desgracia soy yo su única heredera. ¡No nos despreciéis, descendiente de un paladín de la Auvernia! Las armas de los Mignon de la Bastie no desmerecen de las de los Canalis. Nosotros llevamos *gules sobre una banda de sable cargada con cuatro roeles de oro y en cada cuartel una cruz de oro patriarcal, con un sombrero de cardenal por cimera y sus borlas por soporte*. Querido, seré fiel a nuestra divisa: *¡Una fides, unus Dominus!* Una fe y un solo dueño.

Tal vez, amigo mío, encontréis algo de sarcasmo en mi nombre, después de cuanto acabo de decir y de lo que aquí os confieso. Me llamo Modesta. De modo que jamás os engañé al firmar O. d'Este-M. No os he engañado en lo más mínimo al hablaros de mi fortuna; creo que alcanza a la que os ha hecho a vos tan virtuoso. Y sé también que para vos la riqueza es una consideración sin importancia, por eso os hablo de ella sin darle demasiada importancia. Sin embargo, dejadme que os diga cuán dichosa soy al poder dar a nuestra felicidad la libertad de acción y de movimientos que procura la fortuna, al poderos decir: “¡Vamos!”, cuando sintáis el capricho de visitar un país, sin ninguna preocupación monetaria; al poder brindaros el derecho de decir al rey: “¡Tengo la fortuna que deseáis para vuestros pares...!”. En este aspecto, Modesta Mignon será vuestra servidora para cualquier cosa y su oro tendrá el más noble de los destinos... ¡En cuanto a mí, me habéis visto una vez a la ventana, en traje de casa...! Sí, aquella rubia hija de la rubia Eva era vuestra desconocida; pero ¡cuán poco se parece la Modesta de hoy a la de aquel día! La una estaba en una mortaja y la otra —¿os lo he repetido bastante?—, ha recibido de vos la vida de la vida. ¡El amor puro y legítimo, el amor que mi padre, de regreso al fin de un largo viaje y rico, autorizará, me ha sacado con su mano, a un tiempo infantil y poderosa, del fondo de la tumba en que dormía! Me habéis despertado como el sol despierta a las flores. ¡La mirada de vuestra amada no es ya la mirada de aquella pequeña Modesta tan amada! ¡Oh, no! Es confusa, entrevé la dicha y se vela bajo castos párpados. Hoy tengo miedo de no merecer mi suerte. El rey se ha mostrado en su gloria, mi señor no tiene más que una súbdita que le pide perdón por sus grandes libertades, como el jugador tramposo después de haber estafado al caballero de Grammont. En fin, querido poeta, que seré tu Mignon^[1]; pero una Mignon más

feliz que la de Goethe, pues tú me dejarás en mi patria, ¿no es cierto?, y en tu corazón. En el momento en que escribo este voto de prometida, un ruiseñor del parque de Vilquin acaba de responderme por ti. ¡Oh, dime en seguida que el ruiseñor, hilando esa nota tan pura, tan limpia, y tan llena, que me ha henchido el corazón de alegría y de amor como un anuncio, no ha mentido!...

Mi padre pasará por París, al venir de Marsella, y la casa Mongenod, de la que ha sido corresponsal, sabrá su dirección. Id a verle, mi amado Melchor, decidle que me amáis, pero no tratéis de decirle cuanto os amo yo, dejad que eso sea siempre un secreto entre nosotros y Dios. Voy a decírselo todo a mi madre, adorado mío. ¡La hija de los Walleurod Tustall-Bartenstild me dará la razón con sus caricias, se sentirá muy dichosa al conocer nuestro poema, tan secreto, tan novelesco, tan humano y divino al mismo tiempo! Tenéis ya la confesión de la hija, alcanzad el consentimiento del conde de la Bastie, padre de vuestra

MODESTA.

P. S. — Sobre todo, no vengáis al Havre sin haber obtenido el beneplácito de mi padre; si me amáis, sabréis conseguirlo a su paso por París.

—¿Qué hacéis a estas horas, señorita Modesta? —preguntó Dumay.

—Escribo a mi padre —respondió ella al viejo soldado—. ¿No habéis dicho que partís mañana?

Dumay no supo qué contestar, se fue a acostar y Modesta se puso a escribir una larga carta para su padre.

Al día siguiente, Francisca Cochet, toda asustada al ver el matasellos del Havre, fue al *chalet* a entregar a su joven ama la siguiente carta, para llevarse luego la que Modesta había escrito:

A LA SEÑORITA O. D'ESTE-M.

El corazón me ha dicho que erais vos la mujer tan cuidadosamente velada y disfrazada que se hallaba entre el señor y la señora Latournelle, los cuales no tienen más que un hijo varón. ¡Amada mía, si os encontraseis en una condición modesta, sin brillo ni ilustración e incluso sin fortuna, no sabéis cuánta sería mi alegría! Ahora que debéis conocerme, ¿por qué no me vais a decir la verdad? Yo no soy poeta más que por el amor, por el corazón, por vos. ¡Cuánta fuerza de voluntad me es necesaria para permanecer aquí, en este hotel de *Normandía*, en vez de subir a Ingouville, que veo desde mis ventanas! ¿Me amaréis como yo os amo? Ir del Havre a París con esta incertidumbre, ¿no equivale a ser castigado por amar, igual que si hubiese cometido un crimen? He obedecido ciegamente. ¡Que tenga pronto una carta, pues si habéis sido misteriosa, yo os he devuelto misterio por misterio y debo arrojar al fin la máscara del incógnito, deciros el poeta que

soy y abdicar la gloria que me han prestado!

Esta carta inquietó vivamente a Modesta. No pudo recuperar la suya, que Francisca había echado ya al correo cuando, releyéndolas, buscaba la significación de las últimas líneas; pero subió a su habitación y escribió una respuesta en la que pedía explicaciones.

Durante estos pequeños acontecimientos, ocurrían en el Havre otros igualmente pequeños que debían hacer olvidar a Modesta esa inquietud. Dumay, que había bajado muy temprano a la ciudad, se enteró en seguida de que ningún arquitecto había llegado la antevíspera. Furioso por la mentira de Butscha, que revelaba una complicidad cuya razón no se le alcanzaba, corrió de la Alcaldía a casa de los Latournelle.

—¿Dónde está vuestro señor Butscha? —preguntó a su amigo, el notario, al no encontrar al pasante en el estudio.

—Querido, Butscha está camino de París, en el vapor. Se encontró esta mañana muy temprano en el puerto a un marinero que le dijo que su padre, aquel famoso marinero sueco, es rico. Parece que el padre de Butscha fue a la India, sirvió a un príncipe, uno de esos maharajás, y está en París.

—¡Cuentos! ¡Infamias! ¡Farsas! ¡Ya encontraré yo a ese condenado jorobado, pues voy a París sólo para ello! —exclamó Dumay—. Butscha nos engaña; sabe algo de Modesta y no nos ha dicho nada de ello. ¡Si es cómplice de eso...! Jamás será notario, se lo devolveré a su madre, al fango, lo...

—Vamos, amigo mío, no ahorquemos a nadie sin juzgarlo —replicó Latournelle, asustado ante la exasperación de Dumay.

Después de explicarle el fundamento de sus sospechas, rogó Dumay a la señora Latournelle que durante su ausencia hiciese compañía a Modesta en el *chalet*.

—Encontrasteis al coronel en París —dijo el notario—. En el movimiento de los puertos que trae el *Diario del Comercio*, aparece una noticia fechada en Marsella... Tomad —dijo presentándole la hoja—. «*Bettina-Mignon*, capitán Mignon, entrado el 6 de octubre». Y hoy estamos a 17; en estos momentos el Havre conoce la llegada del patrón...

Dumay pidió a Gobenheim que prescindiese de él en lo sucesivo; subió inmediatamente al *chalet* y llegó en el momento en que Modesta acababa de cerrar las cartas para su padre y Canalis. Excepto la dirección, ambas cartas eran exactamente iguales en cuanto a sobre y tamaño. Modesta creyó que había puesto la de su padre sobre la de Melchor y había hecho todo lo contrario. Este error, tan frecuente en los pequeños sucesos de la vida, ocasionó el descubrimiento de su secreto por su madre y por Dumay. El teniente estaba hablando en el salón con la señora Mignon, muy acaloradamente y le confiaba sus nuevos temores, nacidos de la doblez de Modesta y de la complicidad de Butscha.

—¡Vamos, señora! —exclamaba—. ¡Es una serpiente que hemos calentado en

nuestro seno; no hay sitio para el alma en esos hominicosos...!

Modesta metió en el bolsillo de su delantal la carta dirigida a su padre creyendo meter la destinada a su amante y bajó con la de Canalis en la mano al oír que Dumay hablaba de su inmediata partida hacia París.

—¿Qué es lo que tenéis contra nuestro pobre enano misterioso y por qué chilláis tanto? —dijo Modesta, al aparecer en la puerta del salón.

—¡Señorita, Butscha ha marchado esta mañana a París y vos sabéis sin duda para qué! Será para intrigar con ese supuesto arquitecto del chaleco amarillo-azufre, que por desgracia para el embustero jorobado, todavía no ha llegado.

Modesta quedó sorprendida. Comprendió que el enano había marchado para realizar una encuesta sobre las costumbres de Canalis; empalideció y tomó asiento.

—¡Yo me reuniré con él, lo encontraré! —dijo Dumay—. ¿Sin duda es ésa la carta para vuestro padre? —añadió tendiendo la mano—. Lo veré en la casa Mongenod, a no ser que nos crucemos en el camino mi coronel y yo...

Modesta entregó la carta. El pequeño Dumay, que leía sin gafas, miró maquinalmente la dirección.

—¡«Señor barón de Canalis, calle de Paradis-Poissonnière n.º 29»! —exclamó Dumay—. ¿Qué quiere decir esto?

—¡Ay, hija mía, ése es el hombre a quien amas! —exclamó la señora Mignon—. Las estancias para las que compusiste tu música son tuyas...

—¡Y es su retrato el que tenéis arriba, en un marco! —dijo Dumay.

—¡Devolvedme esa carta, señor Dumay...! —dijo Modesta, que se enderezó como una leona que defiende sus cachorros.

—Aquí está, señorita —respondió el teniente.

Modesta guardó la carta en su corsé y tendió a Dumay la destinada a su padre.

—Sé de lo que sois capaz, Dumay —dijo—; pero si dais un solo paso hacia el señor Canalis, me marcho de casa y no vuelvo jamás de ella.

—¡Vais a matar a vuestra madre, señorita! —respondió Dumay, que salió y llamó a su mujer.

La pobre madre se había desmayado, tocada en el corazón por la fatal frase de Modesta.

—Adiós, mujercita mía —dijo el bretón abrazando a la pequeña americana—. Salva a la madre mientras yo corro a salvar a la hija.

Dejó a Modesta y a la señora Dumay junto a la señora Mignon, realizó en unos instantes sus preparativos de viaje y bajó al Havre. Una hora después viajaba en posta con esa rapidez que sólo la pasión o las especulaciones imprimen a los hombres.

Vuelta muy pronto a la vida por los cuidados de Modesta, la señora Mignon subió a su cuarto apoyada en el brazo de su hija, a la que dijo por todo reproche cuando quedaron solas:

—¿Qué has hecho, desgraciada niña? ¿Por qué ocultarte de mí? ¿Soy acaso tan severa?

—¡Ay, iba a decírtelo todo! —respondió la joven llorando.

Se lo contó, en efecto, a su madre, le leyó las cartas y las respuestas, deshojó pétalo por pétalo sobre el corazón de la alemana la rosa de su poema, en lo cual empleó la mitad del día. Cuando hubo acabado sus confidencias, cuando advirtió casi una sonrisa en los labios de la demasiado indulgente ciega, se arrojó sobre ella llorando.

—¡Oh, madre mía! —dijo en medio de sus sollozos—. ¡Vos, cuyo corazón, todo oro y poesía, es como un vaso modelado por Dios para encerrar el amor puro, único y celeste que llena toda una vida!... Vos, a quien yo quiero imitar al no amar en el mundo más que mi marido, vos debéis comprender cuán amargas son las lágrimas que vierto en estos momentos y que riegan vuestras manos... Esa mariposa de alas polícromas, esta hermosa y doble alma educada con cuidados maternos por vuestra hija, mi amor, mi santo amor, este misterio querido, viviente, cae en unas manos vulgares que quieren desgarrar sus alas y sus velos bajo el triste pretexto de iluminarme, de saber si el genio es correcto como un banquero, si mi Melchor es capaz de amontonar rentas, si tiene alguna pasión de la que deshacerse, si aparece culpable a ojos de los burgueses de cualquier episodio de juventud que sea a nuestro amor lo que una nube al sol... ¿Qué quieren hacer...? ¡Mira, toca mi mano, tengo fiebre...! Provocarán mi muerte...

Presas de un escalofrío mortal, Modesta se vio obligada a acostarse y produjo la más viva inquietud a su madre, a la señora Latournelle y a la señora Dumay, que la guardaron durante el viaje del teniente a París, adonde traslada el drama por un momento la lógica de los acontecimientos.

Las personas verdaderamente modestas, como lo era Ernesto de la Brière, y, sobre todo, las que, conociendo su valer, no son amadas ni apreciadas, comprenderán los goces infinitos en que se embriagó el refrendario al leer la carta de Modesta. Después de haberlo encontrado espiritual y grande por el alma, su joven, sencilla y sagaz amante lo encontraba hermoso. Este halago es el halago supremo. ¿Por qué? La belleza es, sin duda, la firma del maestro en la obra en que ha puesto su alma, es la divinidad que se manifiesta. Por eso exclamó el pobre refrendario, en un raptó de autor aplaudido:

—¡Al fin soy amado!

Cuando una mujer, ya se trate de una cortesana o una muchacha honesta, ha dejado escapar la frase: «¡Eres hermoso!», aunque sea mentira, cuando un hombre abre su obtuso cráneo al sutil veneno de estas palabras, queda ligado por lazos eternos a la encantadora embustera, a la mujer que dice la verdad o está simplemente engañada. Ella se convierte en su mundo y él siente sed de ese testimonio, del cual ya no puede prescindir, aunque sea un príncipe. Ernesto se paseó orgullosamente por su habitación, se puso ante el espejo de medio lado, de perfil, de frente y trató de criticarse; pero una voz diabólicamente persuasiva le decía: «¡Modesta tiene razón!». Volvió a coger la carta, la releyó, vio a su celeste rubia, le habló. Luego, en medio de

su éxtasis, le asaltó este atroz pensamiento: «¡Ella me cree Canalis y es millonaria!».

—¡Sin la aureola de la gloria, yo sería feo! —exclamó—. ¡En qué espantosa situación estoy metido!

La Brière se parecía demasiado al hombre de sus cartas, tenía el corazón demasiado noble y puro para vacilar ante la voz de la conciencia. Resolvió ir inmediatamente a confesárselo todo al padre de Modesta y poner a Canalis al corriente del desenlace de su broma parisina. Para el delicado joven, la enormidad de su fortuna fue una razón determinante. Sobre todo no quería provocar la sospecha de que había utilizado los encantos de aquella correspondencia, tan sincera por su parte, para estafar una dote. Acudieron las lágrimas a sus ojos mientras se encaminaba desde su casa de la calle de Chautereine a la del banquero Mongenod, cuya fortuna, alianzas y relaciones eran, en parte, obra del ministro, su propio protector.

En el momento en que la Brière consultaba con el jefe de la casa Mongenod y adquiriría todos los informes que precisaba su extraña posición, se desarrollaba en casa de Canalis la escena que podía hacer prever la brusca partida del antiguo teniente.

Como verdadero soldado de la escuela imperial. Dumay, cuya sangre bretona había hervido durante el viaje, se representaba a un poeta como un bribón sin principios, un farsante hacedor de coplas, alojado en una buhardilla, vestido de paño negro clareado en todas sus costuras, cuyas botas raras veces tienen suelas, que desconoce la ropa blanca, que se limpia las narices con los dedos y que tiene aspecto de haber caído de la luna cuando no garrapatea a la manera de Butscha. Pero en el momento en que la ebullición de estas ideas se tumbaba más violentamente en su cerebro y en su corazón, recibió una ducha de agua fría al entrar en el bonito palacete que habitaba el poeta, al ver en su patio a un criado que limpiaba un coche, cuando en un magnífico comedor vio a otro criado vestido como un banquero, a quien lo había remitido el lacayo y que le contestó, mirándole de arriba abajo, que el señor barón no estaba visible.

—El señor barón de Canalis tiene hoy sesión en el Consejo de Estado —aclaró para terminar.

—¿Es seguro que estoy en casa del señor Canalis, autor de poesías? —dijo Dumay.

—El señor barón de Canalis —respondió el camarero— es desde luego ese gran poeta de quien habláis; pero también es relator del Consejo de Estado y agregado al Ministerio de Negocios Extranjeros.

Dumay, que iba dispuesto a abofetear a un pelafustán, según su despectiva expresión, se encontraba con un alto funcionario del Estado. El salón en que aguarda, notable por su magnificencia, ofrecía a sus meditaciones la aguja de cruz que brillaba sobre el traje negro de Canalis, abandonado por el criado sobre una silla. Pronto se vio atraída su mirada por el brillo y la estructura de una copa de plata sobredorada, en la que las palabras «Regalo de *Madame*» lo dejaron helado. Enfrente, sobre una peana, vio luego un vaso de porcelana de Sèvres sobre el cual se veía grabado:

«Regalo de la señora Delfina». Estas mudos avisos hicieron recuperar a Dumay su buen sentido, en tanto que el ayuda de cámara preguntaba a su amo si quería recibir a un desconocido, llegado expresamente del Havre para verlo, un tal Dumay.

—¿Cómo es? —dijo Canalis.

—Un hombre de buen porte y condecorado.

A una señal de asentimiento salió el ayuda de cámara y exclamó:

—¡El señor Dumay!

Cuando se oyó anunciar, cuando se vio ante Canalis, en un gabinete tan rico como elegante, con los pies sobre una alfombra tan hermosa como la mejor de la casa Mignon, y recibió la mirada escrutadora del poeta, que jugueteaba con las borlas de su suntuosa bata.

—¿A qué debo el honor de su visita, señor?

—Señor... —dijo Dumay, que permaneció en pie.

—Si tuvieseis para mucho tiempo —prosiguió Canalis, interrumpiéndole— os rogaría que os sentaseis.

Y Canalis se dejó caer en su sillón a lo Voltaire, cruzó las piernas, levantó la de encima hasta llegar a mecerla a la altura del ojo y miró fijamente a Dumay que, según su expresión soldadesca, se situó completamente *fastidiado*.

—Os escucho, señor —dijo Canalis—. Mis minutos son preciosos, el ministro me aguarda...

—Señor —prosiguió Dumay—, seré breve. Habéis seducido, no sé cómo, a una joven señorita del Havre, hermosa y rica, y vengo a preguntaros cuáles son vuestras intenciones...

Canalis, que desde hacía tres meses se ocupaba de asuntos graves, quería ser nombrado comendador de la Legión de Honor y ministro en una corte de Alemania, había olvidado por completo la carta del Havre.

—¿Yo? —exclamó.

—Vos —repitió Dumay.

—Señor —replicó Canalis sonriendo—, entiendo lo que queréis decirme como si me hablaseis en hebreo... ¿Yo, seducir a una joven...? ¿Yo, que...? —En los labios de Canalis se dibujó una orgullosa sonrisa—. Vamos, señor, no soy tan niño como para entretenerme en robar una frutecilla silvestre cuando tengo hermosos y buenos vergeles donde maduran los mejores melocotones del mundo. Todo París sabe dónde está situado mi cariño. ¡Que haya en el Havre alguna joven, presa de admiración por los versos que escribo y de la que no soy digno, no me asombraría! Nada más corriente. ¡Mirad esto! Es un hermoso cofre de ébano, incrustado de nácar y guarnecido de hierro, trabajado como un encaje. Este cofre fue del papa León X; me lo regaló la duquesa de Chaulieu, que lo había recibido del rey de España y lo he destinado a guardar las cartas que recibo, desde todos los puntos de Europa, de mujeres o jovencitas desconocidas... Siento el más profundo respeto por esos ramilletes de flores, cortados del alma y enviados en un momento de exaltación

verdaderamente respetable. ¡Para mí, el arranque de un corazón es una cosa noble y sublime! En cambio, los burlones enrollan esas cartas para encender sus cigarros o se los dan a sus mujeres para que se hagan papillotes; pero yo, que soy soltero, señor mío, tengo demasiada delicadeza para no conservar unas ofrendas tan sencillas, tan desinteresadas, en una especie de tabernáculo. En suma, que las recojo con cierta veneración y, a la hora de mi muerte, las haré quemar ante mi vista. ¡Tanto peor para quienes me encuentran ridículo!

Esta parrafada, dicha con el talento de un gran actor, petrificó al pequeño cajero, cuyos ojos se agrandaron y cuyo asombro divirtió mucho al gran poeta.

—Por vos —dijo aquel pavo real que, siguió haciendo la rueda—, en atención a una posición que aprecio, os propongo que abráis este tesoro y tratéis de buscar a vuestra joven; pero llevo mi cuenta, retengo los nombres y estáis en un error si...

—¿Es eso entonces, en lo que en este remolino de París se convierte una pobre niña...? —exclamó Dumay—. ¿Amor de sus padres, alegría de sus amigos, esperanza de todos y por todos mimada, orgullo de una casa, en el que seis personas adictas ponen sus corazones y sus fortunas como muralla contra cualquier desgracia?

Dumay prosiguió, tras una pausa.

—Mirad, señor, vos sois un gran poeta y yo tan sólo un pobre soldado... Durante quince años he servido a mi patria en los últimos puestos, he recibido más de una vez en el rostro el soplo de una bala de cañón, he atravesado la Siberia, donde permanecí prisionero, los rusos me arrojaron sobre un *kitbit* como un trasto, lo he sufrido todo, he visto, en fin, morir montones de camaradas... ¡Pues bien, acabáis de provocar más frío en mis huesos del que jamás he sentido!

Creyendo haber impresionado al poeta, Dumay lo había halagado, lo cual era casi imposible, pues aquel ambicioso no se acordaba ya del primer pomo embalsamado que el Elogio le había roto sobre su cabeza.

—¡Ay, mi bravo amigo! —dijo solemnemente, poniendo su mano sobre la espalda de Dumay, al mismo tiempo que encontraba chusco hacer temblar a un soldado del Emperador—. Esa joven lo es todo para vos... Pero ¿qué es para la sociedad...? Nada. Si en este momento el más ilustre mandarín de la China se muere y sume en el dolor al Imperio ¿os causará mucha pena? Los ingleses matan en la India millares de personas que valen tanto como nosotros, y en este mismo minuto en que os estoy hablando se quema, tal vez allí, la mujer más maravillosa. ¿Habéis dejado vos por eso de desayunar una taza de café...? ¡En este mismo momento se pueden contar en París muchas madres de familia que están en el hospital y que traen un hijo al mundo sin tener pañales para recibirlo...! Y he aquí un té delicioso en una taza de cinco lises y que yo escribo versos que hacen exclamar a los parisienses: ¡*Encantador!* ¡*Encantador!* ¡*Divino!* ¡*Delicioso!* *Esto llega al alma.* ¡La naturaleza social, igual que la naturaleza misma, es una gran olvidadiza! ¡Dentro de diez años os asombraréis de este paso! ¡Os halláis en una ciudad donde se muere, donde se contrae matrimonio, donde se idolatra en una entrevista, donde la muchacha se asfixia, donde

el hombre de genio y su fardo de temas henchidos de beneficios humanitarios naufragan, unos junto a otros, frecuentemente bajo el mismo techo, pero ignorándose mutuamente! Y venís a pedirme que me desmaye de dolor por esta vulgar cuestión: «¿Está o no está una joven del Havre...?». ¡Oh...! Pero vos sois...

—¡Y vos os llamáis poeta! —exclamó Dumay—. Entonces, ¿es que no sentís nada de lo que escribís?

—¡Si experimentásemos las miserias o las alegrías que cantamos, en unos meses quedaríamos gastados como unas botas viejas...! —dijo el poeta sonriendo—. Mirad, no debíais haber venido del Havre, a casa de Canalis a contar nada. ¡Soldado —Canalis adquirió la talla y el gesto de un héroe de Homero—, aprended esto de un poeta: «Todo gran sentimiento es en cada hombre un poema tan individual, que ni siquiera su mejor amigo debe interesarse por ello. Es un tesoro que sólo os pertenece a vos, es...»!

—Perdonad que os interrumpa —dijo Dumay, que contemplaba a Canalis con horror—. ¿Habéis ido al Havre?

—Pasé allí una noche y un día, en la primavera de 1824, cuando me dirigía a Londres.

—Sois un hombre de honor —prosiguió Dumay—. ¿Podéis darme vuestra palabra de que no conocéis a la señorita Modesta Mignon?

—Ésta es la primera vez que ese nombre suena en mis oídos —respondió Canalis.

—¡Ah, señor! —exclamó Dumay—. ¿En qué tenebrosa intriga he metido yo los pies? ¿Puedo contar con vos para que me ayudéis en mis pesquisas? ¡Porque estoy seguro de que se ha abusado de vuestro nombre! ¿Habéis debido recibir ayer una carta del Havre...?

—¡No he recibido nada! Señor, tened la seguridad de que haré cuanto esté en mi mano para resultaros útil.

Dumay se retiró con el corazón lleno de ansiedad, convencido de que el repulsivo Butscha se había cubierto con la piel del gran poeta para seducir a Modesta; mientras que, por el contrario, Butscha, tan espiritual y fino como un príncipe que se venga, más hábil que un espía, escarbaba en aquellos momentos en la vida y las acciones de Canalis, y escapaba por su pequeñez a todas las miradas, como un insecto que excava su galería en el tronco de un árbol.

Apenas hubo salido el bretón, entró la Brière en el gabinete de su amigo. Naturalmente, Canalis habló del hombre del Havre...

¡Ah, modesta Mignon! —dijo Ernesto—. Vengo precisamente a hablaros de esta aventura.

—¡Vaya! —exclamó Canalis—. ¿Será entonces que he triunfado por procurador?

—Sí, y he aquí el nudo del drama. ¡Amigo mío, soy amado por la joven más encantadora del mundo, lo bastante hermosa como para brillar entre las más hermosas de París, con tanto corazón y tan literata como una Clarisa Harlowe; me ha visto, le gusto y me cree el gran Canalis...! Pero esto no es todo. Modesta Mignon es de alta

cuna y Mongenod acaba de decirme que el padre, conde de la Bastie, debe de poseer alrededor de seis millones... Este padre ha llegado hace tres días y acabo de pedirle una entrevista para las dos de la tarde a través de Mongenod que, con su agudeza, le ha dicho que se trata de la felicidad de su hija... Comprenderás que antes de ir al padre, debía confesártelo todo.

—¡En el número de las flores que se abren al sol de la gloria —dijo enfáticamente Canalis—, aparece una magnífica que, lo mismo que el naranjo, produce sus frutos de oro entre los mil perfumes del ingenio y la belleza reunidos! ¡Un elegante arbusto, una ternura cierta, una felicidad completa y se me escapa...! —Canalis miró a la alfombra, para no dejar leer en sus ojos—. ¿Cómo —prosiguió tras una pausa durante la cual recuperó su sangre fría—, cómo adivinar a través de los aromas embriagadores de esos lindos papeles labrados, de esas frases que se suben a la cabeza, el corazón verdadero, la muchacha, la mujer joven en quien el amor adopta el ropaje de la lisonja, y la que nos ama por nosotros mismos, la que nos trae la felicidad...? Habría que ser un ángel o un demonio y yo no soy más que un ambicioso relator del Consejo de Estado... ¡Ay, amigo mío, la gloria hace de nosotros un blanco al que apuntan mil flechas! Alguno de los nuestros ha debido su rico matrimonio a un pasaje hidráulico de su poesía y yo, más cariñoso, más grato a las mujeres que él, habré fallado el mío... Pero ¿amas a esa pobre joven? —inquirió mirando a la Brière.

—¡Oh! —exclamó la Brière.

—¡Pues bien —dijo el poeta tomando el brazo de su amigo y apoyándose en él—, sed dichosos, Ernesto! ¡Por una feliz casualidad no habré resultado ingrato contigo! Ya estás ricamente recompensado por tu devoción, pues me prestaré generosamente a tu felicidad.

Canalis se daba a todos los demonios; pero no podía conducirse de otra forma y sacaba partido de su desgracia para erigirse un pedestal. Asomó una lágrima a los ojos del joven refrendario, que se arrojó en los brazos de Canalis.

—¡Ah, Canalis, no te conocía bien...!

—¡Qué quieres...! ¡Para dar la vuelta al mundo se precisa tiempo! —respondió el poeta con su enfática ironía.

—¿Sueñas con esa inmensa fortuna? —dijo la Brière.

—¡Bah, amigo mío! ¿No queda, acaso, en buenas manos? —exclamó Canalis, acompañando su efusión con un ademán encantador.

—Melchor —dijo la Brière— estará entre nosotros en la vida y en la muerte...

Estrechó las manos del poeta y lo dejó bruscamente, pues se le hacía tarde para ver al señor Mignon.

En aquellos momentos el conde de la Bastie estaba abrumado por todos los dolores que lo habían aguardado como presa. Se había enterado por la carta de su hija de la muerte de Bettina-Carolina y de la ceguera de su mujer; y Dumay acababa de referirle el terrible embrollo de los amores de Modesta.

—Déjame solo —le dijo a su fiel amigo.

Cuando el teniente hubo cerrado la puerta, el desgraciado padre se arrojó sobre un diván, donde permaneció con la cabeza entre las manos, llorando esas lágrimas extrañas y escasas que ruedan entre los párpados de las personas de cincuenta y seis años, sin salir de entre ellos, los mojan, se secan rápidamente y renacen, como uno de los últimos rocíos del otoño humano.

—¡Tener dos hijas queridas, una mujer adorada, es como tener varios corazones para ofrecérselos a los puñales! —exclamó dando un salto de tigre y paseándose por la habitación—. Ser padre es como entregarse a la desgracia atado de pies y manos. ¡Si encuentro a ese d'Estourny, lo mataré!

—¡Tened hijas para eso...! Una entrega su mano a un estafador, y la otra, mi Modesta, ¿a quién?; a un cobarde que la engaña bajo el armazón de oropel de un poeta. ¡Si aún fuese Canalis...! No habría gran mal en ello. ¡Pero ese Scapin de los enamorados...! ¡Lo estrangularé con mis manos! —se decía con involuntario gesto de atroz energía—. ¡Y después...! —se preguntó—. ¿Y si mi hija muere de pena?

Miró maquinalmente a través de las ventanas del Hotel de los Príncipes y fue a sentarse en el diván, en el que permaneció inmóvil. Las fatigas de seis viajes a las Indias, los sobresaltos de la especulación, los peligros corridos y conjurados, las penas, habían blanqueado los cabellos de Carlos Mignon. Su hermoso rostro militar, de tan puro contorno, se había bronceado al sol de Malasia, de China y del Asia Menor, había adquirido un aspecto imponente, que el dolor hacía sublime en aquellos momentos.

—¡Y Mongenod me dijo que tuviese confianza en el joven que va a venir a hablarme de mi hija.

En aquel momento Ernesto de la Brière fue anunciado por uno de los criados que el conde de la Bastie había escogido durante aquellos cuatro años de entre sus subordinados.

—¿Venís de parte de mi amigo Mongenod, señor? —dijo.

—Sí —respondió Ernesto, que contempló con timidez aquel rostro, tan sombrío como el de Otelo—. Me llamo Ernesto de la Brière, señor, emparentado con la familia del último primer ministro, y secretario particular suyo durante su ministerio. A su caída, Su Excelencia me colocó en el Tribuna! de Cuentas, en el que soy refrendario de primera y donde puedo llegar a relator de cuentas...

—¿Y en qué puede afectar todo eso a la señorita de la Bastie? —preguntó Carlos Mignon.

—Señor, yo la amo y tengo la inesperada dicha de ser amado por ella... Escuchadme, señor —dijo Ernesto deteniendo un gesto terrible del irritado padre—: he de haceros la más extraña confesión, la más vergonzosa para un hombre de honor. El más horrible castigo de mi conducta, tal vez natural, no es el de tener que revelárosla... Temo todavía más a la hija que al padre.

Ernesto refirió ingenuamente y con la nobleza que da la sinceridad, la tramoya de

este pequeño drama doméstico, sin omitir las veintitantas cartas cambiadas, que mostró, ni la entrevista con Canalis. Cuando el padre hubo terminado la lectura de aquellas cartas, el pobre amante, pálido y suplicante, tembló bajo las miradas de fuego que le lanzó el provenzal.

—Señor —dijo Carlos— en todo esto no hay más que un error, pero resulta capital. Mi hija no tiene seis millones; posee, a lo sumo, doscientos mil francos de dote y unas esperanzas muy dudosas.

—¡Ah, señor! —exclamó Ernesto levantándose, arrojándose sobre Carlos Mignon y estrechándolo entre sus brazos—. ¡Me quitáis un peso que me ahogaba! ¡Es posible que nada se oponga ya a mi felicidad...! Tengo protectores, seré relator de cuentas. Aunque no tuviese más que diez mil francos, aunque hubiese que reconocerle una dote, la señorita Modesta sería mi esposa; y hacerla dichosa, como habéis hecho vos a la vuestra, ser un verdadero hijo para vos... Sí, señor, yo he perdido ya a mi padre, aquí tenéis el fondo de mi corazón.

Carlos Mignon retrocedió tres pasos, clavó en la Brière una mirada que penetró en los ojos del joven como un puñal en su vaina y permaneció silencioso al encontrar el candor más completo, la más pura verdad en aquel rostro abierto, en aquellos ojos fascinados.

—¿Se habrá cansado el maleficio —se dijo a media voz— y encontraré en este joven la perla de los yernos?

Se paseó muy agitado por la habitación.

—Señor —dijo por fin Carlos Mignon—, debéis el más cumplido acatamiento a la sentencia que habéis venido a buscar aquí, pues en otro caso estaríais representando una comedia.

—¡Oh!, señor...

—Escuchadme —dijo el padre clavando a la Brière en su sitio con una mirada—. No seré severo, duro ni injusto. Sufriréis los inconvenientes y las ventajas de la falsa posición en que os habéis metido. Mi hija cree amar a uno de los grandes poetas de este tiempo y su gloria es la que, sobre todo, la ha seducido. Pues bien, ¿no debo yo, como padre, ponerla en situación de que escoja entre la Celebridad, que la deslumbró como un faro, y la pobre Realidad, que el azar arroja sobre ella por una de esas bromas que tan frecuentemente se permite? ¿No es necesario que pueda optar entre Canalis y vos? Cuento con vuestro honor para que calléis lo que acabo de deciros acerca del estado de mis negocios. Vuestro amigo, el barón de Canalis, y vos vendréis a pasar en el Havre la última quincena de este mes de octubre. Mi casa estará abierta para ambos y mi hija dispondrá de tiempo para observaros. Pensad que vos mismo habéis de llevar a vuestro rival y dejarle creer cuanto de fabuloso se diga sobre los millones del conde de la Bastie. Mañana estaré en el Havre y os espero allí tres días después de mi llegada. Adiós, señor.

El pobre la Brière regresó muy despacio a casa de Canalis. En aquellos momentos, a solas consigo mismo, el poeta podía abandonarse al torrente de

pensamientos que hace brotar ese segundo movimiento tan ensalzado por el príncipe de Talleyrand. El primer movimiento es la voz de la naturaleza, el segundo la de la Sociedad.

—¡Una joven poseedora de seis millones! ¡Y mis ojos no han visto brillar ese oro a través de las tinieblas! Con fortuna tan considerable yo sería par de Francia, conde, embajador. ¡He contestado a burguesas, a necias, a intrigantes que querían un autógrafo, y he abandonado esas intrigas de baile de máscaras precisamente el día en que Dios me enviaba un alma selecta, un ángel con alas de oro...! ¡Bah; voy a componer un poema sublime y renacerá esa oportunidad! ¡Cuán afortunado ha sido ese tontaina de la Brière, al pavonearse con mis plumas...! ¡Qué plagio! ¡Yo seré el modelo y él la estatua! ¡Hemos representado la fábula de Beltrán y el Ratón! ¡Seis millones y un ángel, un Mignon de la Bastie! ¡Un ángel aristocrático que ama a la poesía y al poeta! ¡Y yo mostrando mis músculos de hombre fuerte, haciendo ejercicios de Alcides para asombrar con la fuerza moral a ese campeón de la fuerza física, a ese bravo soldado lleno de corazón, al amigo de esa joven a quien dirá que soy un alma de bronce! ¡Yo jugando a Napoleón cuando debía presentarme como un serafín...! En fin, tendré un amigo tal vez, aunque lo habré pagado caro; ¡pero es tan hermosa la amistad! Seis millones, he ahí el precio de un amigo; a ese precio no se pueden tener muchos...

La Brière entró en el gabinete de su amigo al terminar esta última exclamación. Estaba triste.

—¿Y bien, qué pasa? —le dijo Canalis.

—El padre exige que la hija sea puesta en condiciones de poder escoger entre los dos Canalis...

—¡Pobre muchacho! —exclamó el poeta riendo—. Es muy espiritual ese padre...

—He dado mi palabra de honor de llevarte al Havre —dijo compungidamente la Brière.

—Mi querido niño —respondió Canalis— tratándose de tu honor puedes contar conmigo... Voy a solicitar un permiso de un mes...

—¡Ah, Modesta es muy hermosa —exclamó la Brière desesperado— y tú me aplastarás fácilmente! Me causaba tanto asombro ver a la felicidad ocupándose de mí, que me decía: «¡Se equivoca!».

—¡Bah, ya veremos! —dijo Canalis con cruel alegría.

Por la tarde, después de comer, Carlos Mignon y su cajero volaron de París al Havre, a razón de tres francos de guías. El padre había apaciguado por completo a su perro guardián sobre los amores de Modesta, relevándole de su consigna y tranquilizándolo con respecto a Butscha.

—Todo va a pedir de boca, mi viejo Dumay —dijo Carlos, que había pedido a Mongenod informes de Canalis y de la Brière—. ¡Vamos a tener dos personajes para un papel! —exclamó alegremente.

Sin embargo encomendó a su viejo camarada una absoluta discreción acerca de la

comedia que debía representarse en el Chalet, la más dulce de las venganzas o, si queréis, de las lecciones que un padre puede dar a su hija. De París al Havre mantuvieron los dos amigos una larga conversación que puso al coronel al corriente de las más pequeñas incidencias ocurridas a su familia durante aquellos cuatro años, y Carlos hizo saber a Dumay que Desplein, el gran cirujano, iría a fines de mes a examinar las cataratas de la condesa para dictaminar si era posible devolverle la vista.

Momentos antes de la hora a que se desayunaba en el *chalet*, los chasquidos del látigo de un postillón que esperaba una espléndida propina anunciaron el regreso de los dos soldados al seno de sus familias. Sólo la alegría de un padre que regresaba tras de tan larga ausencia podía producir semejante estrépito: por eso se hallaban todas las mujeres a la puerta. ¡Hay tantos padres y tantos hijos en la embriaguez de semejante fiesta, que afortunadamente, la literatura no ha tenido nunca necesidad de describirla, pues las palabras más hermosas y la poesía están por debajo de tales emociones! Tal vez las impresiones dulces son poco literarias. Ni una palabra que pudiese turbar la alegría de la familia Mignon se pronunció durante aquel día. Hubo una tregua entre el padre, la madre y la hija sobre el misterioso amor que hacía palidecer a Modesta, levantada de la cama por primera vez. El coronel, con la admirable delicadeza que distingue a los verdaderos soldados, se mantuvo durante todo el tiempo al lado de su mujer, cuya mano no soltó de la suya, y miraba a Modesta sin cansarse de admirar aquella belleza fina, elegante, poética. ¿No es acaso en las pequeñas cosas donde se reconoce a las personas de corazón? Modesta, que temía turbar la alegría melancólica de sus padres, iba a cada momento a besar la frente del viajero; y, besándolo mucho, parecía querer besarlo por dos.

—¡Oh, querida pequeña, te comprendo! —dijo el coronel estrechando la mano de Modesta en un momento en que lo llenaba de caricias.

—¡Chist! —le respondió Modesta al oído, señalándole a su madre.

El silencio, un tanto socarrón, de Dumay causó cierta inquietud a Modesta acerca de los resultados de su viaje a París, y miraba de vez en cuando al teniente a hurtadillas, sin poder penetrar más allá de aquella dura epidermis. Como padre prudente, el coronel quería estudiar el carácter de su única hija y, sobre todo, consultar con su mujer, antes de mantener una conferencia de la cual dependía la felicidad de toda la familia.

—Niña querida —le dijo por la noche—, mañana levántate temprano, pues si hace buen tiempo iremos a pasear juntos hasta la orilla del mar... Tenemos que hablar de vuestros poemas, señorita de la Bastie.

Estas palabras, acompañadas de una sonrisa paternal, que se reprodujo como un eco en los labios de Dumay, fue cuanto Modesta pudo saber; pero fue bastante, para calmar sus inquietudes y para despertar de tal modo su curiosidad que no se durmió hasta muy tarde, tantas fueron las suposiciones que hizo. Así que por la mañana estuvo muy temprano vestida y dispuesta ante el coronel.

—Lo sabéis todo, mi buen padre —dijo tan pronto como se halló camino del mar.

—Lo sé todo y muchas cosas que tú no sabes —replicó él.

Tras estas palabras, padre e hija caminaron unos pasos en silencio.

—Explícame, niña mía: ¿cómo una muchacha tan adorada por su madre ha podido dar un paso tan grave como el de escribir a un desconocido sin consultarla?

—¡Ah, papá! Porque mamá no lo habría permitido.

—¿Crees, hija mía, que eso es razonable? Ya que por desgracia te aconsejas de ti sola, ¿cómo es que tu razón y tu alma, ya que no el pudor, no te dijeron que obrar así era como arrojarte en brazos de un hombre? ¿Es que mi hija, mi única hija, carece de orgullo y delicadeza? ¡Oh!, Modesta, has hecho pasar a tu padre dos horas de infierno en París; pues, a la postre, has seguido moralmente la misma conducta que Bettina, sin tener la excusa de la seducción; has sido coqueta en frío, y esta coquetería es el amor cerebral, el vicio más horrible de las francesas.

—¿Yo sin orgullo...? —decía Modesta llorando—. ¡Pero *él* no me ha visto aún...!

—*Él* sabe tu nombre.

—¡Yo no se lo dije hasta que los ojos le hubieron dado razón a tres meses de correspondencia, durante los cuales hablaron nuestras almas!

—Sí, mi querido ángel descarriado, pusiste una cierta razón en una especie de locura que comprometía tu felicidad y la de tu familia...

—¡Ah, papá! Después de todo, la felicidad es la absolución de esta temeridad —dijo ella en un arranque de humor.

—Entonces, ¿se trata de temeridad solamente? —exclamó el padre.

—Una temeridad que también se permitió mi madre —replicó ella con viveza.

—¡Niña insolente! Tu madre, después de haberme visto en un baile, le dijo por la noche a su padre, que la adoraba, que creía poder ser dichosa conmigo... Sé franca, Modesta: ¿hay alguna semejanza entre un amor sentido instantáneamente, es cierto, pero bajo los ojos de un padre, y la loca acción de escribir a un desconocido?

—¿Un desconocido...? Di, papá, uno de nuestros más grandes poetas, cuyo carácter y cuya vida están expuestos a la publicidad, a la maledicencia, a la calumnia: un hombre revestido de gloria y para quien, querido padre, he sido yo como un personaje dramático y literario, una hija de Shakespeare, hasta el momento en que he querido saber si el hombre era tan apuesto como hermosa era su alma...

—¡Dios mío! Mi pobre niña, tú haces poesía acerca del matrimonio; pero si en todos los tiempos se ha encerrado a las hijas en el interior de la familia, si Dios y la ley social las ponen bajo el severo yugo del consentimiento paterno, es precisamente para evitarles todas las desgracias de esas poesías que os encantan, que os deslumbran y que en esos momentos no podéis apreciar en su justo valor. La poesía es uno de los atractivos de la vida, pero no es toda la vida.

—Papá, ése es un proceso pendiente aún ante el tribunal de los hechos, pues en él hay una constante lucha entre nuestros corazones y la familia.

—¡Ay de la niña que busque la felicidad en esa resistencia...! —dijo gravemente

el coronel—. En 1813 vi a uno de mis camaradas, el marqués d'Aiglemont, casarse con su prima contra el consejo de su padre, y ese matrimonio pagó cara la terquedad que una muchacha tomaba por amor... En ese punto la familia es soberana.

—Mi prometido me ha dicho todo eso —respondió ella—. Se ha hecho el Orgon durante algún tiempo y ha tenido el valor de denigrar ante mí a los poetas.

—He leído vuestras cartas —dijo Carlos Mignon dejando escapar una sonrisa maliciosa que inquietó a Modesta—; y a propósito de eso he de decirte que la última de las tuyas apenas se le permitiría a una joven seducida, a una Julia d'Etanges. ¡Dios mío, cuánto daño nos hacen las novelas...!

—Si no se escribiesen, querido padre, las viviríamos; es mejor leerlas... Hay menos aventuras en este tiempo que en los de Luis XIV y Luis XV, en que se publicaban menos novelas... Por lo demás, si habéis leído las cartas, habréis visto que os he buscado para yerno al hijo más respetuoso, al alma más angélica, a la probidad más severa, y que nos amamos al menos tanto como os amabais vos y mi madre... Pues bien, os concedo que las cosas no se han desarrollado con arreglo a la etiqueta; si lo queréis, he cometido una falta...

—He leído vuestras cartas —prosiguió el padre, interrumpiendo a su hija— de modo que sé la forma en que te ha justificado él a tus propios ojos por un paso que podría permitirse a una mujer que conociese la vida y a la que arrebatare una pasión, pero que en una muchacha de veinte años es una falta monstruosa...

—Una falta para los burgueses, para los exactos Gobenheim, que miden a escuadra la vida... No nos salgamos del mundo artístico y poético, papá... Nosotras, las jóvenes, nos encontramos entre dos sistemas: o dar a entender a un hombre por medio de monerías que lo queremos, o ir a él francamente... ¿No es mucho mejor, mucho más noble este último partido? A las jóvenes francesas nos entregan nuestras familias como si fuésemos mercancías, a tres meses, algunas veces *salvo buen fin*, como la señorita Vilquin; pero en Inglaterra, en Suiza, en Alemania, se casan poco más o menos por el sistema que yo he seguido... ¿Qué me respondéis? ¿No tengo yo algo de alemana?

—¡Niña! —exclamó el coronel mirando a su hija—. ¡La superioridad de Francia radica en su buen sentido, en la lógica con que su hermosa lengua condena en ese punto la fantasía; ésa es la razón del mundo! Inglaterra y Alemania son muy novelescas en este aspecto de sus costumbres; y sin embargo, las grandes familias siguen en él nuestras leyes. ¡Nunca queréis comprender que vuestros padres, que conocen la vida, tienen a su cargo vuestras almas y vuestra dicha, y deben evitaros los escollos del mundo...! ¡Dios mío! —añadió—. ¿Es falta suya? ¿Es nuestra? ¿Se debe tener a los hijos bajo un yugo de hierro? ¿Debemos ser castigados por esa ternura que nos lleva a buscar su felicidad, que nos los mete desgraciadamente en nuestro propio corazón...?

Modesta observó a su padre con el rabillo del ojo al oír esta especie de invocación, dicha con voz casi sofocada por un sollozo.

—¿Acaso es una falta que una joven, cuyo corazón es libre, escoja por marido no tan sólo a un muchacho apuesto, sino a un hombre de genio, noble y de brillante posición...? ¿Un gentilhomme tan dulce como yo?

—¿Lo amas? —preguntó el padre.

—Mirad, padre mío —respondió ella reclinando la cabeza en el pecho del coronel—, si no queréis verme morir...

—¡Basta! —dijo el viejo soldado—. ¡Por lo que veo, tu pasión es incommovible!

—Incommovible.

—¿Nada puede hacerte cambiar?

—¡Nada en el mundo!

—¿No temes ningún acontecimiento, ninguna traición? —prosiguió el viejo soldado—. ¿Lo amas *a pesar de todo*, por su encanto personal, y lo seguirías amando si resultase un d'Estourmy?

—¡Oh, padre mío...! No conocéis a vuestra hija. ¿Podría yo amar a un cobarde, a un hombre sin palabra, sin honor, a un pedazo de carne de horca?

—¿Y si hubieses sido engañada...?

—¿Por ese muchacho cándido y encantador, casi melancólico...? Habláis en broma o no lo habéis visto.

—En fin, afortunadamente tu amor no es tan absoluto como decías. Te voy a mostrar circunstancias que modificarán tu poema... Y bien ¿comprendes que los padres somos buenos para algo...?

—Le queréis dar una lección a vuestra hija, papá. Esto se convierte en *La Moral en acción*.

—¡Pobre extraviada! —prosiguió severamente el padre—. La lección no viene de mí, yo no intervengo en ella como no sea para dulcificar el golpe...

—Basta, padre, no juguéis más con mi vida... —dijo Modesta palideciendo.

—Vamos, hija mía, reúne todo tu valor. Eres tú la que ha jugado con la vida y la vida juega contigo.

Modesta miró a su padre con aire estúpido.

—Escucha: si el joven a quien amas, al que has visto hace cuatro días en la iglesia del Havre, fuese un miserable...

—¡Eso no es posible! Aquella cabeza morena y pálida, aquel noble rostro lleno de poesía...

—¡Es una mentira! —dijo el coronel interrumpiendo a su hija—. Ese hombre tiene tanto de señor de Canalis como yo de aquel pescador que está izando la vela para darse a la mar...

—¿Sabéis lo que matáis en mí...? —dijo Modesta.

—Tranquilízate, niña mía; si el azar puso el castigo en tu misma falta, el mal no es irreparable. El muchacho a quien viste, con el que cambiaste tu corazón por correspondencia, es un muchacho leal, que ha venido a confiarme su embarazo; te ama y yo no lo rechazaría como yerno.

—Si ése no es Canalis, ¿quién es, entonces? —dijo Modesta con voz profundamente alterada.

—¡El secretario...! Se llama Ernesto de la Brière. No es gentilhombre; pero es uno de esos hombres vulgares, con virtudes positivas, de sólida moralidad, que agradan a los padres. ¿Y qué importa eso, por otra parte? ¡Tú lo has visto, nada puede cambiar tu corazón; eres tan hermosa como él guapo mozo...!

El conde de la Bastie vio cortada su palabra por un suspiro de Modesta. La pobre joven, pálida, con los ojos fijos en el mar, rígida como una muerta se sintió alcanzada como por un pistoletazo con esta palabra: *es uno de esos hombres vulgares con virtudes positivas, de sólida moralidad, que agradan a los padres.*

—¡Engañada...! —dijo al fin.

—Como tu pobre hermana, pero menos gravemente.

—¡Regresemos, padre! —dijo ella levantándose del peñasco en que ambos estaban sentados—. Mira, papá, te juro ante Dios que seguiré tu voluntad, cualquiera que sea, en el *negocio de mi matrimonio.*

—¿Así es que ya no amas a nadie? —preguntó burlonamente el padre.

—Yo amaba a un hombre sincero, sin engaño en la frente, probo como lo sois vos, incapaz de disfrazarse como un actor, de ponerse en las mejillas el afeite de la gloria de otro...

—¿No decías que nada podía hacerte cambiar?

—¡Oh, no os burléis de mí...! —dijo juntando las manos y mirando a su padre con cruel ansiedad—. No sabéis cuánto martirizáis mi corazón y mis más caras creencias con vuestras chanzas...

—¡Dios me libre de ello! Te digo la verdad estricta.

—¡Sois muy bueno, padre! —dijo ella tras una pausa y con cierta solemnidad.

—¡Y él tiene tus cartas! —prosiguió Carlos Mignon—. ¡Ah! ¡Si esas locas caricias de tu alma hubiesen caído en manos de esos poetas que, según Dumay, hacen con ellas cerillas para sus cigarros!

—¡Oh! Vais demasiado lejos...

—Canalis se lo dijo.

—¿Vio a Canalis?

—Sí —respondió el coronel.

Caminaron ambos en silencio.

—¡He ahí, entonces —prosiguió Modesta después de algunos pasos—, por qué ese señor me hablaba tan mal de la poesía y de los poetas! Porque ese secretarillo hablaba de... Pero —dijo interrumpiéndose—, sus virtudes, sus epístolas... El que roba una gloria y un nombre bien puede...

—¡Saltar las cerraduras, robar el Tesoro, asesinar en las carreteras...! —exclamó sonriendo Carlos Mignon—. ¡Ahí instáis las jóvenes, con vuestros sentimientos absolutos y vuestra ignorancia de la vida! Un hombre capaz de engañar a una mujer baja necesariamente del cadalso o debe subir a él...

Esta burla detuvo la efervescencia de Modesta y de nuevo reinó el silencio.

—Niña mía —prosiguió el coronel—, en la sociedad, como en la naturaleza, los hombres han de procurar apoderarse de vuestros corazones, y vosotras debéis defenderos. Tú has invertido los papeles. ¿Está bien eso? Todo resulta falso en una falsa posición. Por consiguiente, a ti te corresponde el primer esfuerzo. No, un hombre no es un monstruo cuando trata de agradar a una mujer, y nuestro derecho nos permite a nosotros la agresión con todas sus consecuencias, excepto el crimen y la cobardía. ¡Pero una muchacha...! Desmiente en tal caso cuanto hizo Dios florecer en ella de santo, de hermoso, de grande, cualquiera que sean la gracia, la poesía y las precauciones que ponga en su falta.

—¡Buscar al amo y encontrar al criado...! ¡Haber vuelto a representar *Los juegos del amor y de la suerte* tan sólo por mi parte! —dijo ella con amargura—. ¡Oh! No me repondré nunca de esto...

—¡Loca...! El señor Ernesto de la Brière resulta a mis ojos un personaje cuando menos igual al señor barón de Canalis; ha sido secretario particular de un primer ministro, es consejero refrendario en el Tribunal de Cuentas; tiene corazón te adora; pero *no compone versos*... No, convengo en ello, no es poeta; pero puede tener el corazón lleno de poesía. En fin, mi pobre niña —añadió al observar un gesto de desagrado de Modesta—, tú los verás a ambos, al falso y al verdadero Canalis...

—¡Oh, papá...!

—¿No has jurado obedecerme en todo el *negocio* de tu matrimonio? Pues bien, podrás escoger entre ellos al que más te guste para marido. ¡Comenzaste por un poema y terminarás por poesía bucólica al tratar de sorprender el verdadero carácter de esos dos señores en algunas aventuras campestres, de caza o de pesca!

Modesta bajó la cabeza y regresó al *chalet* con su padre, escuchándole y respondiéndole con monosílabos. Se sentía humillada, caída hasta lo más profundo del barro desde la cumbre en que creyó poder volar hasta el nido de águila. Después de conocer las místicas alturas de su amor, se veía ahora Modesta en un camino uniforme, llano, bordeado de zanjas y sembrados, en una palabra: en el empedrado camino de la Vulgaridad. ¿Qué muchacha dotada de un alma ardiente no se habría roto en semejante caída? ¿Ante qué pies había sembrado entonces ella sus palabras?

La Modesta que regresó al *chalet* se parecía tanto a la que había salido dos horas antes como la actriz se parece en la calle a la heroína que representó en escena. Cayó en un embotamiento penoso. El sol le parecía oscuro, la naturaleza enlutada, las flores nada le decían. Como todas las jóvenes de carácter extremado, bebió algunos tragos de más en la copa del desencanto. ¡Se debatía contra la realidad, sin querer tender todavía el cuello al yugo de la familia y de la sociedad, rechazándolo como pesado, duro, gravoso! Ni siquiera escuchó los consuelos de sus padres y experimentaba una voluptuosidad salvaje e inexplicable al entregarse a los sufrimientos de su alma.

—¡De modo que el pobre Butscha tiene razón! —se dijo una noche.

Esta frase indica el camino recorrido por ella en poco tiempo por las áridas llanuras de la Realidad, llevada por una melancólica tristeza. La tristeza engendrada por el hundimiento de todas nuestras esperanzas es una enfermedad y con frecuencia produce la muerte. No ha de ser una de las menores tareas de la actual fisiología la de averiguar por qué caminos, por qué medios llega *un pensamiento* a producir igual desorganización que un veneno: cómo la desesperación quita el apetito, destruye el píloro y cambia las condiciones de la vida más fuerte. Tal ocurrió en Modesta. En tres días ofreció el espectáculo de una mórbida melancolía, no contaba nada y no había forma de hacerla sonreír: asustó a sus parientes y amigos. Carlos Mignon, inquieto al no ver llegar a los dos amigos, pensó ir a buscarlos. Pero al cuarto día, el señor Latournelle tuvo noticias. He aquí cómo.

Canalis, excesivamente engolosinado por tan rico matrimonio, no quiso descuidar nada para aventajar a la Brière, sin que éste pudiese reprocharle violación alguna de las leyes de la amistad. El poeta pensó que nada hace desmerecer más a un amante ante los ojos de una joven que mostrárselo en una situación subalterna, y de la manera más natural propuso a la Brière que se alojasen juntos y alquilaran en Ingouville por un mes una casita de campo, en la cual se alojarían ambos con el pretexto de un quebranto de salud. Cuando la Brière, que en el primer momento encontró muy natural esta propuesta, hubo aceptado, Canalis se propuso llevar gratuitamente a su amigo y realizó por sí solo los preparativos del viaje; envió al Havre a su ayuda de cámara y le encargó que se dirigiese al señor Latournelle para alquilar la casa de campo de Ingouville, convencido de que el notario se iría de la lengua ante la familia Mignon. Como podéis suponer, Ernesto y Canalis habían hablado acerca de todas las circunstancias de aquella aventura y el prolijo la Brière había dado mil informes a su rival. El ayuda de cámara, al corriente de las intenciones de su amo, las sirvió a maravilla; pregonó la llegada al Havre del gran poeta, a quien los médicos ordenaban unos baños de mar para reparar sus fuerzas agotadas en el doble esfuerzo de la política y la literatura. El gran personaje quería una casa que tuviese un cierto número de habitaciones, pues llevaba a su secretario, un cocinero, dos criados y el cochero, sin contar al señor Germán Bonnet, su ayuda de cámara. La carretela elegida por el poeta y alquilada por un mes, era muy bonita y podía servir para algunos paseos; además Germán procuró alquilar en las proximidades del Havre dos caballos, pues el señor barón y su secretario gustaban del ejercicio de la equitación. Al visitar las casas de campo, Germán hacía mucho hincapié en el secretario ante el pequeño Latournelle, y rechazó dos de las casas que le fueron ofrecidas so pretexto de que el señor de la Brière no estaría alojado en ellas convenientemente.

—¡El señor barón —decía— ha hecho de su secretario su mejor amigo y yo recibiría una fuerte reprimenda si el señor de la Brière no fuese tratado como el propio señor barón! Después de todo, el señor de la Brière es refrendario del Tribunal de Cuentas.

Germán siempre se mostró vestido de paño negro, con guantes adecuados, botas relucientes y arreglado como un señor. ¡Juzgad el efecto que produciría y el concepto que se formó del gran poeta con semejantes alardes! El criado de un hombre de ingenio acaba por tener ingenio como si el de su amo se le hubiera extendido. Germán no *recargó* su papel, y se mostró sencillo y bonachón, según le había recomendado Canalis. El pobre la Brière no sospechaba el daño que Germán le hacía y el desprestigio a que había dado lugar su consentimiento, pues pronto llegaron a Modesta desde esferas subalternas algunos ecos del rumor público. De modo que Canalis iba a llevar a su amigo en su séquito, en su coche, y el carácter de Ernesto no le permitía conocer lo falso de esta posición con tiempo suficiente para poner remedio. El retraso de que renegaba Carlos Mignon nacía del tiempo empleado en grabar las armas de Canalis en los paneles de la carretela o de los encargos al sastre, pues Canalis abarcaba ese mundo inmenso de detalles que, incluso los más mínimos, tanto influyen en una muchacha.

—Estad tranquilo —le dijo Latournelle a Carlos Mignon el quinto día—, pues el ayuda de cámara del señor de Canalis ha rematado su tarea esta mañana. Ha alquilado en Sanvic, por setecientos francos, el pabellón de la señora Amaury, completamente amueblado, y le ha escrito a su amo que ya puede venir, pues lo encontrará todo dispuesto a su llegada. De modo que esos señores estarán aquí el domingo. Por mi parte he recibido esta carta de Butscha... Mirad, no es larga: «Mi querido patrón: No puedo regresar antes del domingo. De aquí a entonces he de recibir informes de extraordinaria importancia y que conciernen a la felicidad de una persona por la que os interesáis».

El anuncio de la llegada de los dos personajes no disminuyó la tristeza de Modesta: la dominaban todavía el sentimiento de su caída, su confusión, y no era tan coqueta como su padre creía. La coquetería del alma es una encantadora coquetería, que está plenamente permitida y puede llamarse delicadeza del amor; sin embargo, al reñir a su hija Carlos Mignon no había distinguido entre el deseo de gustar y el amor cerebral, entre la sed de amar y el cálculo. Como verdadero coronel del Imperio, había visto en aquella correspondencia, rápidamente leída, a una joven que se arrojaba en brazos de un poeta; pero en las cartas suprimidas en aras de la brevedad cualquier conocedor hubiese admirado la reserva púdica y graciosa con que Modesta había sustituido el tono impulsivo e imprudente de las primeras misivas, en una transición bastante natural en la mujer. Pero el padre había tenido cruelmente razón en un punto; la última carta, en la que Modesta, cogida por un triple amor, hablaba como si ya estuviese concertado el matrimonio, era causa de su vergüenza; por eso encontraba a su padre muy duro, muy cruel al hacerla recibir a un hombre indigno de ella, hacia el cual su alma había volado casi desnuda. Había discutido con Dumay sobre la entrevista con el poeta; habilidosamente le había hecho contar los menores detalles y no encontraba al poeta tan bárbaro como decía el teniente. Sonreía ante la hermosa cajita papal que contenía las cartas de las *mil y tres* mujeres de aquel don

Juan literario. Estuvo muchas veces tentada de decirle a su padre: «¡No soy la única en escribirle, y las flores de las mujeres añaden sus pétalos a la corona de laurel del poeta!».

El carácter de Modesta sufrió una gran transformación durante aquella semana. Semejante catástrofe, y lo fue muy grande en una naturaleza tan poética, despertó la perspicacia y la malicia latentes en una joven, en quien sus pretendientes iban a encontrar un terrible adversario. En efecto, cuando en una persona joven se enfría el corazón, la cabeza se vuelve más despierta y observa las cosas con una cierta rapidez de juicio, con un tono de burla que Shakespeare ha pintado admirablemente en la Beatriz de *Mucho ruido para nada*. Modesta fue presa de una profunda aversión hacia los hombres, al ver que los más distinguidos burlaban sus esperanzas; en amor, lo que la mujer toma por aversión consiste sencillamente en ver lo justo; pero, en materia de sentimientos, sobre todo cuando es joven, nunca está en lo cierto. Cuando no admira, desprecia. Así es que, después de haber sufrido extraordinarios dolores de alma, Modesta acabó fatalmente por revestirse de aquella armadura sobre la cual decía haber grabado la palabra DESPRECIO. Desde aquel momento podía asistir, como una persona indiferente, a lo que consideraba como «el vodevil de los pretendientes», a pesar de que le tocase representar en la farsa el papel de dama joven. Sobre todo, se propuso humillar constantemente a Ernesto de la Brière.

—Modesta está salvada —dijo la señora Mignon a su marido sonriendo—. Quiere vengarse del falso Canalis fingiendo amar al verdadero.

En efecto, ése fue el plan de Modesta. Era tan vulgar que su madre, a la que confió sus penas, le aconsejó que distinguiese al señor de la Brière con la más abrumadora bondad.

—He ahí dos muchachos —dijo la señora Latournelle el sábado por la tarde— que no sospechan el número de espías que van a tener sobre los talones, pues seremos ocho a escudriñarlos.

—¿Has dicho dos, mi buena amiga? —exclamó el pequeño Latournelle—. Serán tres. Como todavía no ha venido Gobenheim, puedo hablar.

Modesta había levantado la cabeza y todo el mundo, imitándola, miraba al pequeño notario.

—Hay un tercer enamorado, que se pone en la fila...

—¡Ah, bah!... —dijo Carlos Mignon.

—Pero se trata nada menos —prosiguió pomposamente el notario— de Su Señoría el señor duque d'Hérouville, marqués de Saint-Sever, duque de Nivron, conde de Bayeux, vizconde d'Essigny, gran escudero de Francia, par del Reino, caballero de las órdenes de la Espuela y del Toisón de Oro, grande de España, hijo del último gobernador de Normandía. Ha visto a la señorita Modesta durante su estancia en casa de los Vilquin y se lamentaba entonces, según ha dicho su notario, que ayer llegó de Bayeux, de que no fuese lo bastante rica para él, pues su padre, al regresar a Francia, no ha encontrado más que su castillo d'Hérouville, con una hermana dentro. El joven duque tiene treinta y tres años. Estoy encargado seriamente de dar los primeros pasos cerca de vos, señor conde —añadió el notario volviéndose respetuosamente hacia el coronel.

—Preguntadle a Modesta si quiere tener un pájaro más en su pajarera —respondió el padre—, pues por mi parte nada tengo que objetar a que monseñor, el gran escudero, le rinda sus homenajes.

A pesar del cuidado que Carlos Mignon ponía en no ver a nadie, en permanecer en el *chalet* y en no salir nunca sin Modesta, Gobenheim, a quien le hubiera sido muy difícil dejar de recibir en el *chalet*, había hablado de la fortuna de Dumay, pues este segundo padre de Modesta, al despedirse de Gobenheim, le había asegurado:

—Seré el intendente de mi coronel, y toda mi fortuna, excepto la parte que le reserve a mi mujer, será para los hijos de mi pequeña Modesta...

De modo que cada cual se había repetido en el Havre esta pregunta tan simple, que ya se había hecho Latournelle:

—¿No es, acaso, preciso que el señor Carlos Mignon posea una fortuna colosal para que la parte de Dumay se eleve a seiscientos mil francos y, a pesar de ello, se convierta en su intendente?

—El señor Mignon ha regresado en un barco propio, cargado de añil —decían en la Bolsa—. Sin contar el buque, ese cargamento vale por sí solo más de lo que dice tener como capital.

El coronel no quería despedir a sus criados, con tanto cuidado escogidos durante sus viajes, y se vio obligado a alquilar una casa por seis meses en la parte baja de Ingouville, pues tenía un ayuda de cámara, un cocinero y un cochero, todos negros, una mulata y dos mulatos, con la fidelidad de todos los cuales podía contar en absoluto. El cochero buscaba caballos de silla para la señorita y para su amo, así como caballos para la carretela en que el coronel y el teniente habían regresado. Este coche, comprado en París, era de última moda y llevaba las armas de la Bastie bajo una corona condal. Todas estas cosas, insignificantes para un hombre que desde hacía cuatro años vivía entre el lujo desenfrenado de la India de los mercaderes *hongs* y de los ingleses de Canton, se comentaron entre los comerciantes del Havre, y entre las gentes de Gravelle e Ingouville. En cinco días se extendió un rumor clamoroso que produjo en toda Normandía un efecto parecido al de un reguero de pólvora cuando le pegan fuego.

—El señor Mignon ha traído muchos millones de la China —decían en Ruán— y parece que ha vuelto convertido en conde de su viaje.

—Es que ya era conde de la Bastie antes de la Revolución —respondía un interlocutor.

—¡De modo que se hace tratar de *señor conde* un liberal que durante veinticinco años se llamó simplemente Carlos Mignon!... ¿A dónde vamos a parar?

A pesar del silencio de sus padres y de sus amigos, Modesta pasó por ser la más rica heredera de Normandía y todos los ojos descubrieron entonces sus méritos. La tía y la hermana del señor duque d'Hérouville confirmaron públicamente, en Bayeux, el derecho del señor Carlos Mignon al título y a las armas de conde, debidas al cardenal Mignon y que, por gratitud a dicho personaje, llevaban el capelo como cimera y las

borlas como soporte. Desde la casa de los Vilquin había entrevisto a la señorita de la Bastie y se despertó inmediatamente su solicitud hacia el jefe de la empobrecida casa.

—Si la señorita de la Bastie es tan rica como hermosa —dijo la tía del joven duque—, será el mejor partido de la provincia. ¡Y ésta, al menos, es noble!

La última frase iba dirigida contra los Vilquin, con quienes no habían podido entenderse después de haber sufrido la humillación de ir a su casa.

Tales fueron los acontecimientos que van a introducir un nuevo personaje en esta escena doméstica; pero el retrato y la biografía del sujeto llegado tan tardíamente, no nos detendrán demasiado, dada su exigüidad. El señor duque no ocupará aquí más puesto que en la Historia. Su señoría el señor duque d'Hérouville, fruto del otoño matrimonial del último gobernador de Normandía, nació durante la emigración, en 1796, en Viena. Después de regresar con el rey en 1814, el viejo mariscal, padre del duque actual, murió en 1819 sin haber podido casar a su hijo, aunque fuese duque de Nivron; ni dejarle más herencia que el inmenso castillo de Hérouville, el parque, algunas dependencias y una granja muy penosamente rescatada: en total, quince mil francos de renta. Luis XVIII le concedió el cargo de caballero mayor y Carlos X los doce mil francos de pensión otorgados a los pares de Francia sin fortuna. Mas ¿qué significaban los emolumentos de caballero mayor y veintisiete mil francos de renta para aquella familia? Es cierto que en París disponía el joven duque de los coches de Su Majestad y del palacio de la Gran Caballeriza, en la calle de Santo Tomás de Louvre; pero sus emolumentos apenas le alcanzaban para pasar el invierno y los veintisiete mil francos se le iban en su veraneo en Normandía. Si tan gran señor permanecía todavía soltero, no era tanto por su culpa como por la de su tía, que desconocía las fábulas de La Fontaine. La señorita d'Hérouville tenía excesivas pretensiones, en total desacuerdo con el espíritu del siglo, pues los grandes señores sin dinero difícilmente podían encontrar ricas herederas entre la alta nobleza francesa, bastante atareada en enriquecer a sus hijos, arruinados por el reparto igualitario de los patrimonios. Para casar ventajosamente al joven duque d'Hérouville habría sido preciso cortejar a las grandes casas de Banca y, en vez de hacerlo así, la altiva hija de los d'Hérouville las hirió a todas con frases sangrientas. Durante los primeros años de la Restauración, de 1817 a 1825, a pesar de estar buscando millones, la señorita d'Hérouville rechazó a la señorita Mongenod, hija del banquero, a la que no hizo ascos el señor De Fontaine. En suma, después de tantas ocasiones perdidas por su culpa, encontraba ahora que la fortuna de los Nucingen había sido amasada demasiado ignominiosamente para prestarse a las ambiciones de la señora de Nucingen, que quería hacer una duquesa de su hija. El rey, en su deseo de devolver su esplendor a los d'Hérouville, tenía casi arreglado este matrimonio y calificó públicamente de loca a la señorita d'Hérouville. La tía puso en ridículo a su sobrino y el duque daba motivo a este ridículo. Una estirpe de hombres fuertes y valientes como la casa de los altivos d'Hérouville, que dieron un famoso mariscal a la realeza, cardenales a la Iglesia, capitanes a los Valois, paladines a Luis XIV, terminaba en un

ser frágil, todavía más pequeño que Butscha. Esto constituye un enigma que todos podemos plantearnos en más de un salón de París, al oír anunciar algunos grandes nombres de Francia para ver luego entrar un hombre pequeño, endeble, insignificante, que parece tener sólo un soplo de vida, viejos prematuros, o cualquier engendro extraño en el que a duras penas busca el observador algún rasgo que le permita entrever las señales de una pasada grandeza. Rubio, pálido y menudo, el caballero mayor, joven de ojos azules, no carecía de cierta dignidad de pensamiento; pero su pequeña talla y las faltas de su tía, que lo habían llevado a cortejar en vano a los Vilquin, le infundían excesiva timidez. Ya anteriormente la familia d'Hérouville había estado a punto de extinguirse como consecuencia de un aborto. (Ved *El niño maldito*, ESTUDIOS FILOSÓFICOS). El gran mariscal, pues así se llamaba en la familia al antepasado que Luis XIII había hecho duque, se casó a los ochenta y dos años y, naturalmente, la familia continuó. Sin embargo, al joven duque le gustaban las mujeres; pero las colocaba demasiado alto, las respetaba demasiado, las adoraba, y sólo se encontraba a gusto sino con aquéllas a quienes no se respeta. Este carácter le había conducido a llevar en parte una doble vida. Se tomaba el desquite con las mujeres fáciles de las adoraciones a que se entregaba en los salones, o, si queréis, en los *boudoirs* del barrio de Saint-Germain. Sus costumbres y su pequeña talla, su rostro doliente y sus ojos en éxtasis, se habían unido al ridículo caído sobre su persona, muy injustamente por lo demás, pues estaba lleno de delicadeza y de ingenio. Pero un ingenio sin brillantez, que sólo manifestaba cuando se sentía a gusto. Por eso Fanny Beaupré, que pasaba por ser su mejor amiga a precio de oro, decía de él:

—¡Es un buen vino, pero tan bien tapado, que al abrir la botella se rompen todos los sacacorchos!

La hermosa duquesa de Maufrigneuse, a la que el caballero mayor sólo podía adorar, lo anonadó con una frase que, desgraciadamente, tuvo el éxito de todas las maledicencias afortunadas:

—Me produce el efecto de una joya finamente trabajada, que se le enseña a todos pero de la que nadie hace uso y se guarda entre algodones.

Sólo nos queda por decir que hasta el nombre de caballero mayor le hizo reír, por el contraste, al buen Carlos X, a pesar de que d'Hérouville era un buen jinete. Los hombres se parecen a los libros, en que a veces se les aprecia demasiado tarde. Modesta había entrevistado al duque d'Hérouville durante la infructuosa estancia de este último en casa de los Vilquin; y al mirarlo pasar, todas estas reflexiones se le vinieron al pensamiento casi involuntariamente. Pero en las circunstancias en que se encontraba comprendió toda la importancia del galanteo del duque d'Hérouville para no quedar a merced de cualquier Canalis.

—No sé por qué no habría de ser admitido el duque d'Hérouville —le dijo a Latournelle—. A pesar de nuestra indignancia —prosiguió, mirando maliciosamente a su padre— paso al estado de heredera. Así que acabaré por publicar un programa...

¿No habéis observado cuánto han cambiado en una semana las miradas de Gobenheim? Está desolado por no poder cargar las partidas de *whist* en la cuenta de una adoración muda por mi persona.

—¡Chist!, corazón, ahí está —dijo la señora Latournelle.

—Althor padre se muestra desesperado —dijo Gobenheim al señor Mignon al entrar.

—¿Por qué?... —preguntó el conde de la Bastie.

—Dicen que Vilquin va a quebrar y a vos os suponen poseedor de muchos millones...

—Nadie sabe cuáles son mis compromisos en la India —replicó muy secamente Carlos Mignon— y yo no me cuido de mostrar al público el secreto de mis negocios. Dumay —dijo al oído a su amigo—, si Vilquin está en mala situación podríamos recuperar mi finca devolviéndole al contado el precio que dio por ella.

Tales fueron las combinaciones del azar en medio de las cuales llegaron Canalis y la Brière, el domingo por la mañana, al pabellón de la señora Amaury. Se supo asimismo, que el duque d'Hérouville, su hermana y su tía, con pretexto de su estado de salud, debían llegar el martes a una casa alquilada en Graville. Esta concurrencia motivó que se dijese en la Bolsa que, gracias a la señorita Mignon, los alquileres iban a experimentar un alza en Ingouville.

—Si esto continúa, se va a convertir esto en un hospital —dijo la menor de las señoritas Vilquin, desesperada por no ser duquesa.

La eterna comedia de *La heredera* que iba a representarse en el *chalet*, podría llamarse sin duda *El programa de una joven*, dadas las disposiciones en que se hallaba Modesta, porque tras de la pérdida de sus ilusiones, estaba completamente decidida a no conceder su mano más que al hombre cuyas cualidades la satisficiesen plenamente.

Al siguiente día de su llegada, por la tarde, los dos rivales, todavía íntimos amigos, se preparaban para hacer su entrada en el *chalet*. Habían dedicado todo el domingo y la mañana del lunes a deshacer los equipajes, a tomar posesión del pabellón de la señora Amaury y a los arreglos que requiere una estancia de un mes. Por otra parte, el poeta, a quien su condición de aprendiz de ministro le autorizaba a permitirse muchas pillerías, lo calculaba todo; de modo que se propuso sacar provecho del ruido que su llegada al Havre debía producir y muchos de cuyos ecos resonarían en el *chalet*. Como hombre fatigado, Canalis no salió. La Brière fue dos veces a pasearse por delante del *chalet*, pues amaba con cierta desesperación, experimentaba un profundo terror a haber desagradado y su porvenir le parecía cubierto por espesos nubarrones. Los dos amigos bajaron el lunes a comer, vestidos ambos para la primera visita, la más importante de todas. La Brière lo había hecho como el famoso domingo en la Iglesia, pero se consideraba el satélite de un astro y se abandonaba a los azares de su situación. Canalis, en cambio, no había descuidado su traje negro, sus condecoraciones ni su elegancia de salón, perfeccionada por sus

relaciones con la duquesa de Chaulieu, su protectora, y con la mejor sociedad del barrio de Saint-Germain. Canalis había cuidado todas las minucias del dandismo, en tanto que el pobre la Brière iba a mostrarse con el descuido del hombre sin esperanza.

Al servir a la mesa a sus dos amos, Germán no pudo dejar de sonreír ante el contraste. Al entrar el segundo servicio lo hizo con un aire bastante diplomático, o, por decirlo mejor, inquieto.

—¿Sabe el señor barón —le murmuró a Canalis a media voz— que el señor caballerizo mayor llega a Graville para cuidarse de la misma enfermedad que padecen el señor de la Brière y el señor barón?

—¿El pequeño duque d’Hérouville? —exclamó Canalis.

—Sí, señor.

—¿Vendrá por la señorita de la Bastie? —preguntó la Brière enrojeciendo.

—¡Por la señorita Mignon! —respondió Germán.

—¡Estamos listos! —exclamó Canalis mirando a la Brière.

—¡Ah! —replicó Ernesto vivamente—. Éste es el primer *nos* que pronunciáis desde nuestra partida. ¡Hasta este momento decías siempre *yo*!

—Ya me conoces —respondió Melchor soltando una carcajada—. Pero no nos hallamos en situación de luchar contra un cargo de la Corona, contra un título de duque y de par, ni contra las marismas que, según mis noticias, acaba de reconocer el Consejo de Estado a la casa d’Hérouville.

—Su Señoría —dijo la Brière con una malicia llena de seriedad— te ofrece una ficha de consolación en la persona de su hermana.

En aquel momento se anunció al señor conde de la Bastie; ambos jóvenes se levantaron al oírlo y la Brière fue vivamente a su encuentro para presentarle a Canalis.

—Tenía que devolveros la visita que me hicisteis en París —dijo Carlos Mignon al joven refrendario— y sabía que viniendo aquí experimentarí el doble placer de ver a uno de nuestros actuales grandes poetas.

—¿Grande?... Señor —replicó el poeta sonriendo— no puede haber ya nada grande en un siglo al que sirve de prefacio el reinado de Napoleón. ¡En primer lugar somos una tribu de supuestos grandes poetas!... Luego, los talentos secundarios representan tan bien el genio que han hecho imposible toda gran tarea.

—¿Es ésa la razón que os arroja a la política? —preguntó el conde de la Bastie.

—Lo mismo ocurre en esa esfera —dijo el poeta—. Ya no habrá grandes hombres de Estado, habrá tan sólo hombres que acertarán más o menos en los acontecimientos. Mirad, señor, bajo el régimen que nos ha dejado la Carta, que toma la cuota de las contribuciones por una cota de mallas, no hay otra cosa sólida que eso que vos habéis ido a buscar a China: la fortuna.

Satisfecho de sí mismo y contento de la impresión que producía en el futuro suegro, Melchor se volvió hacia Germán:

—Serviréis el café en el salón —le dijo, al mismo tiempo que invitaba al

comerciante a abandonar el comedor.

—Os agradezco, señor conde —dijo entonces la Brière— que me salvéis así del embarazo en que me encontraba para presentaros a mi amigo. Si tenéis mucho ánimo, todavía tenéis más ingenio...

—¡Bah! El ingenio que tienen todos los provenzales —dijo Carlos Mignon.

—¡Ah! ¿Sois de Provenza? —exclamó Canalis.

—Excusad a mi amigo —dijo la Brière—, no ha estudiado como yo la historia de los De la Bastie.

Al oír esta observación de *amigo*, Canalis le lanzó una profunda mirada a Ernesto.

—Si vuestra salud os lo permite —le dijo el provenzal al gran poeta—, reclamo el honor de recibirlos esta tarde bajo mi techo y será éste un día para señalar, como dijo el clásico, *albo notanda lapillo*. Aunque nos sintamos bastante cortados al recibir a tan gran poeta en una casa tan pequeña, calmaréis la impaciencia de mi hija, cuya admiración hacia vos llega hasta el extremo de ponerle música a vuestros versos.

—Tenéis algo mejor que la gloria —dijo Canalis—, tenéis allí la belleza, si hemos de creer a Ernesto.

—¡Oh! Una buena hija, a la que encontraréis muy provinciana —dijo Carlos.

—Una provinciana a la que, según se dice, pretende el duque d'Hérouville —exclamó secamente Canalis.

—¡Oh! —continuó el señor Mignon con la pérfida bonachonería del meridional—. Yo dejo a mi hija en libertad. Los duques, los príncipes, los simples particulares, todo me es indiferente, incluso un hombre de genio. No quiero contraer ningún compromiso, y el hombre que escoja mi Modesta será mi yerno, o más bien mi hijo —dijo mirando a la Brière—. ¡Qué queréis! La señora de la Bastie es alemana, no admite nuestra etiqueta, y yo me dejo llevar por mis dos mujeres. Siempre me ha gustado más ir en el coche que en el pescante. Podemos reír al hablar de estas cosas serias pues no hemos visto todavía al duque d'Hérouville, y creo tan poco en los matrimonios concertados por procurador como en los que se dicen impuestos por los padres.

—Ésa es una declaración tan desesperante como alentadora para dos hombres que pretenden buscar la piedra filosofal de la felicidad en el matrimonio —dijo Canalis.

—¿No creéis útil, necesario y político estipular la perfecta libertad de los padres, de la hija y de los pretendientes? —preguntó Carlos Mignon.

Ante una mirada de la Brière, Canalis guardó silencio y la conversación se hizo trivial; luego, tras unas cuantas vueltas por el jardín, se retiró el padre, en espera de la visita de los dos amigos.

—Es nuestra despedida —exclamó Canalis—. Lo has comprendido como yo. Por otra parte, yo, en su lugar, no vacilaría entre el caballerizo mayor y nosotros dos, por encantadores que podamos ser.

—Yo no lo creo así —respondió la Brière—. Opino que ese bravo soldado ha venido para satisfacer su impaciencia por verte y declararnos su neutralidad, al

tiempo que nos abre su casa. Modesta, prendada de tu gloria y engañada por mi persona, se encuentra sencillamente entre la Poesía y lo Positivo. Yo tengo la desgracia de ser lo Positivo.

—Germán —dijo Canalis al ayuda de cámara, que había ido a servir el café—, manda enganchar. Saldremos dentro de media hora, pues daremos un paseo antes de ir al *chalet*.

Ambos jóvenes tenían la misma impaciencia por ver a Modesta, pero la Brière temía mucho aquella entrevista y Canalis marchaba a ella con una confianza llena de fatuidad. El arranque de Ernesto ante el padre y la lisonja con que acababa de halagar el orgullo nobiliario del negociante al hacerle notar la torpeza de Canalis, determinaron al poeta a representar un nuevo papel. Aunque sin dejar de desplegar sus seducciones, resolvió Melchor adoptar una actitud de indiferencia, fingir, desdeñar a Modesta y picar así el amor propio de la joven. Alumno de la hermosa duquesa de Chaulieu, se mostraba en esto digno de su reputación de hombre conecedor de las mujeres, a las que no conocía, como les ocurre a todos aquellos que son afortunadas víctimas de una pasión exclusiva. Mientras que el pobre Ernesto, confinado en su rincón de la carretela, abismado en los terrores del amor verdadero y presintiendo la cólera, el desprecio, el desdén, guardaba un profundo silencio, Canalis se preparaba no menos silenciosamente, como un actor presto a representar un papel importante en cualquier obra nueva. Ciertamente, ni el uno ni el otro parecían hombres felices. Por otra parte, para Canalis se trataba de graves intereses. Para él, la sola veleidad del matrimonio llevaba consigo la ruptura de la amistad formal que, desde haría pronto diez años, lo ligaba a la duquesa de Chaulieu. Aunque hubiese justificado su viaje con el vulgar pretexto de sus fatigas, en el que las mujeres no creen nunca, incluso cuando es cierto, su conciencia le atormentaba un poco; pero la palabra le pareció tan jesuítica a la Brière que alzó los hombros cuando el poeta le hizo partícipe de sus escrúpulos.

—Tu conciencia, amigo mío, me parece en verdad el temor de perder los placeres de la vanidad, ventajas muy reales y una costumbre al perder el afecto de la señora de Chaulieu; porque si tienes éxito cerca de Modesta, renunciarás sin pena a los insípidos retoños de una pasión muy esquilada desde hace ocho años. Si dijese que tiembles ante la idea de disgustar a tu protectora si se entera del motivo de tu estancia aquí, te creería fácilmente. Renunciar a la duquesa y no tener éxito en el *chalet* es jugar demasiado fuerte. Tomas el efecto de esta alternativa por remordimientos.

—No entiendes nada de sentimientos —dijo Canalis, impacientado como un hombre a quien se dice la verdad cuando pide un cumplido.

—Es lo que respondería un bígamo a doce jurados —replicó riendo la Brière.

Este epigrama produjo una impresión todavía más desagradable en Canalis; encontró a la Brière demasiado espiritual y demasiado libre para secretario.

La llegada de una espléndida carretela, conducida por un cochero con la librea de Canalis, produjo tanto mayor sensación en el *chalet* cuanto que estaban esperando a

los dos pretendientes y se encontraban ya allí todos los personajes de esta historia, menos el duque y Butscha.

—¿Cuál es el poeta? —preguntó la señora Latournelle a Dumay desde el alféizar de la ventana, ante el que fue a apostarse al oír el ruido del coche.

—Aquel que anda como un tambor mayor —respondió el cajero.

—¡Ah! —dijo la notaria examinando a Melchor, que se contoneaba como un hombre a quien se mira.

Aunque demasiado severa, la apreciación de Dumay, hombre simple si alguna vez lo hubo, no carecía de justicia. Por culpa de la gran dama que lo halagaba con exceso y lo maleaba como todas las mujeres más viejas, que sus adoradores los halagarán y malearán siempre, Canalis era entonces moralmente una especie de Narciso. Por eso poseía Melchor un talento para la lectura muy admirado, al que elogios demasiado complacientes habían llevado a un punto de exageración en el que ni el poeta ni el actor se detenían y que hizo decir de él (como siempre, por De Marsay), que no declamaba, sino que bramaba sus versos, pues de tal modo alargaba los sonidos al escucharse a sí mismo. En el *argot* de entre bastidores, Canalis *tomaba tiempos* un poco largos. Se permitía ojeadas interrogativas a su público, actitudes de satisfacción y esos recursos de juego que los actores llaman *columpios*, expresión pintoresca como todo lo que crea el pueblo artista. Por lo demás, Canalis tuvo imitadores y fue jefe de escuela en este género. Aquel énfasis de melopea había afectado ligeramente su conversación, a la que daba un tono declamatorio, como hemos visto en su entrevista con Dumay. Una vez que su espíritu se hubo vuelto algo así como *ultracoquetón*, se resintieron también de ello los ademanes. Por eso Canalis había terminado por amanerar su modo de andar, por inventar actitudes rebuscadas, por mirarse de reojo en los espejos y por hacer concordar sus discursos con la actitud que adoptaba. Se preocupaba tanto por el efecto que iba a producir que más de una vez el bromista Blondet, había apostado, a que lo desconcertaría mirando fijamente la ensortijada melena del poeta, sus botas o los faldones de su levita. Al cabo de diez años, aquellas gracias, que comenzaron por presentar como pasaporte una juventud floreciente, se habían vuelto tanto más envejecidas cuanto que Canalis parecía acabado.

¡Ay!, ni los hombres ni las mujeres tienen jamás un amigo que les advierta el momento en que el perfume de su modestia se enrancia, en que la caricia de su mirada es como una tradición de teatro, en que la expresión de su rostro se convierte en melindre y en que los artificios de su espíritu dejan entrever sus caparazones endurecidos. Nada puede igualar al genio que sabe renovarse como las serpientes; y en materia de gracia, como en todo, nada hay como el corazón que no envejece. Las personas de corazón son sencillas. Ahora bien, como sabéis, Canalis tenía seco el corazón. Abusaba de la belleza de su mirada, al darle intempestivamente la fijeza que la meditación presta a los ojos. En fin, los elogios eran para él como un negocio en el que pretendía ganar demasiado. Su forma de elogiar, encantadora para las personas

superficiales, podía parecer insultante a las delicadas por su trivialidad, por el aplomo de un halago en el que se adivinaba un partido ya tomado. Por último, Melchor mentía como un cortesano. Le había dicho sin pudor al duque de Chaulieu, que produjo muy poco efecto en la tribuna cuando se vio obligado a subir a ella como ministro de Asuntos Extranjeros:

—¡Vuestra Excelencia ha estado sublime!

¡Cuántos hombres como Canalis se hubiesen corregido de sus afectaciones por el fracaso administrado a pequeñas dosis!... Esos defectos, bastante leves en los dorados salones del barrio de Saint-Germain, donde cada uno aporta con puntualidad su prorrata de ridículos, y en el que esa especie de jactancia, de afectación, de tensión si queréis, tiene por marco un lujo excesivo y tocados suntuosos, que tal vez constituyen su excusa, debían resaltar mucho en el marco de una provincia, donde los ridículos pertenecen a un género opuesto. Canalis, a la vez estirado y amanerado, no podía, por otra parte, metamorfosearse ya en modo alguno pues había tenido tiempo de enfriarse en el molde en que lo había encerrado la duquesa; y además, era muy parisién, o si queréis, muy francés. El parisién se asombra de que no sea todo en todas partes como en París, y el francés como en Francia. El buen gusto consiste en amoldarse a las maneras de los extraños, sin perder por ello demasiado el carácter propio, como hacía Alcibiades, eterno modelo para los *gentlemen*.

Así es que Canalis, aconsejado por una mujer que lo quería por sí misma más que por él, quería hacer la ley, ser en todas partes quien era. Creía —error que comparten muchos de los grandes hombres de París— que llevaba siempre consigo su público particular.

Mientras el poeta realizaba una estudiada entrada en el salón, la Brière se deslizó en él como un perro que teme ser recibido a puntapiés.

—¡Ah, he aquí a mi soldado! —dijo Canalis al descubrir a Dumay, después de haber dirigido un cumplido a la señora Mignon y saludado a las demás mujeres—. ¿Vuestras inquietudes se han calmado, no es así? —prosiguió tendiéndole la mano con énfasis—; mas por el aspecto de la señorita se comprende toda su magnitud. Yo hablaba de criaturas terrestres y no de ángeles.

Cada cual, con su actitud, pedía la solución de aquel enigma.

—¡Ah! Consideraré como un triunfo —prosiguió el poeta al comprender que todos deseaban una explicación— el de haber alterado a uno de esos hombres de hierro que Napoleón supo encontrar para hacer de ellos la base sobre la cual se trató de fundar un imperio demasiado colosal para resultar duradero. ¡A cosas tales sólo el tiempo puede servir de cimiento! ¿Pero es ése un triunfo del que deba yo enorgullecerme? No tengo en él ninguna parte. Fue el triunfo de la idea sobre los hechos. Vuestras batallas, mi querido señor Dumay, vuestras cargas heroicas, señor conde, la guerra, en suma, fue la forma que adoptó el pensamiento de Napoleón. De todas esas cosas ¿qué queda? ¡La hierba que las cubre no sabe nada de ellas, las mieses no dirán el lugar en que ocurrieron; y sin el historiador, sin nuestros escritos,

el porvenir podría ignorar este tiempo heroico! ¡De modo que vuestros quince años de lucha no son más que ideas y eso es lo que salvará al Imperio, los poetas que harán un poema sin él! ¡Un país que sabe ganar tales batallas debe saber contarlas!

Canalis se detuvo para recoger, por medio de una mirada lanzada hacia todos los rostros, el tributo de asombro que le debían los provincianos.

—Señor, no debéis dudar de la pena que siento al no poder veros —dijo la señora Mignon—, dada la forma en que me resarcís por el placer que me proporcionáis al escucharos.

Decidida a encontrar sublime a Canalis, Modesta, ataviada como el día en que comienza esta historia, permanecía arrobada y había soltado el bordado, que sólo retenía entre los dedos por la hebra de algodón.

—Modesta, he aquí al señor de la Brière. Señor Ernesto, he aquí mi hija —dijo Carlos, al ver al secretario un tanto modestamente situado.

La joven saludó fríamente a Ernesto, lanzándole una mirada que debía probar a todo el mundo que lo veía por primera vez.

—Perdón, señor —le dijo sin enrojecer—; la viva admiración que profeso hacia el más grande de nuestros poetas resulta a ojos de mis amigos una excusa suficiente por no haber reparado más que en él.

Aquella voz fresca, acentuada como la otra, tan célebre, de la señorita Mars, encantó al pobre refrendario, deslumbrado ya por la belleza de Modesta, y en su sorpresa replicó con una frase sublime, si hubiese sido cierta:

—Pero es mi amigo —dijo.

—Es más que un amigo —exclamó Canalis tomando a Ernesto por el hombro y apoyándose en él como Alejandro sobre Efestión—: nos queremos como hermanos...

La señora Latournelle cortó en seco la palabra al gran poeta para mostrar a Ernesto el pequeño notario y decirle:

—¿El señor no es el desconocido que vimos en la iglesia?

—¿Y por qué no? —replicó Carlos Mignon, al ver enrojecer a Ernesto.

Modesta se mantuvo fría y volvió a tomar su bordado.

—La señora puede tener razón, pues he venido dos veces al Havre —respondió la Brière, que se sentó al lado de Dumay.

Canalis, maravillado por la belleza de Modesta, se desvaneció ante la admiración que ésta le manifestaba y quedó convencido de haber alcanzado el éxito más completo en sus propósitos.

—Consideraría desprovisto de corazón a un hombre de genio si no tuviese junto a sí alguna amistad devota —dijo Modesta para reanimar la conversación interrumpida por la torpeza de la señora Latournelle.

—Señora, la devoción de Ernesto podría hacerme creer que valgo un poco —dijo Canalis—; pues este querido Pilades está lleno de talento y ha sido algo así como la mitad del ministro más grande que hemos tenido desde la paz. Aunque ocupa una posición magnífica, ha consentido en ser mi preceptor en política; me instruye en los

asuntos y me nutre con su experiencia, cuando podría aspirar él mismo a los más altos destinos. ¡Oh! Vale más que yo...

A un gesto que hizo Modesta, dijo Melchor con gracia:

—La poesía que yo expreso la lleva él en el corazón; y si hablo así ante él es porque posee la modestia de una religiosa.

—Basta, basta —dijo la Brière, que no sabía qué postura tomar—. Querido, pareces una madre que quiere casar a su hija.

—¿Y cómo podéis pensar, señor —dijo Carlos Mignon—, en convertirnos en un hombre político?

—Para un poeta, eso es abdicar —dijo Modesta—; la política es el recurso de los hombres positivos...

—¡Ah, señorita! Hoy, la tribuna es el mayor teatro del mundo, ha reemplazado al palenque de la caballería; será el punto de cita de todas las inteligencias, como el ejército lo era no hace mucho el de todos los valores.

Canalis montó su caballo de batalla y habló durante diez minutos sobre la vida política: La poesía era el prefacio del hombre de Estado. Hoy el orador se convertía en un generalizador sublime, en el pastor de las ideas. Ahora las luchas orales habían reemplazado a las del campo de batalla. Tal sesión de la Cámara valía por la jornada de Austerlitz y los oradores se mostraban en ella a la altura de los generales, pues perdían en ella tanta vida, tanto valor y tanta fuerza, y se gastaban en ella tanto como aquéllos al hacer la guerra.

Esta improvisación, compuesta de modernos lugares comunes, pero revestida de expresiones sonoras, de palabras nuevas y destinadas a probar que el barón de Canalis debía ser un día una de las glorias de la tribuna, produjo una profunda impresión en el notario, en Gobenheim, en la señora Latournelle y en la señora Mignon. Modesta estaba como en un espectáculo, entusiasmada con el actor, absolutamente igual que Ernesto ante ella; pues si el refrendario conocía todas aquellas frases de memoria escuchaba por los ojos de la joven, arrebatándose en ellos hasta volverse locos. Para este verdadero enamorado, Modesta acababa de eclipsar a las diferentes Modestas que él había forjado al leer sus cartas o al contestarlas.

La visita, cuya duración había determinado previamente Canalis, que no quiso dejar a sus admiradores tiempo para empalagarse, terminó por una invitación para comer el lunes siguiente.

—No estaremos ya en el *chalet* —dijo el conde de la Bastie—, pues volverá a ser la vivienda de Dumay. Yo retorno a mi antigua casa en virtud de un contrato de retroventa por término de seis meses, que he firmado hace un momento con el señor Vilquin en el despacho de mi amigo Latournelle...

—Por mi parte deseo que Vilquin no pueda devolveros el dinero que acabáis de prestarle... —dijo Dumay.

—Allí estaréis en una morada más en armonía con vuestra fortuna... —dijo Canalis.

—Con la fortuna que se me supone —respondió vivamente Carlos Mignon.

—Sería una desgracia —dijo Canalis volviéndose hacia Modesta y haciéndole un saludo encantador— que esta *madona* no tuviese un marco digno de sus divinas perfecciones.

Eso fue todo lo que Canalis le dijo a Modesta, pues había afectado no mirarla y comportarse como un hombre a quien está prohibida toda idea de matrimonio.

—¡Ah! mi querida señora Mignon, tiene mucho ingenio —dijo la notaria en el momento en que ambos parisinos hacían crujir con sus pisadas la arena del jardín.

—¿Es rico? He ahí la cuestión —respondió Gobenheim.

Modesta estaba a la ventana, sin perder uno sólo de los movimientos del gran poeta y sin tener una sola mirada para Ernesto de la Brière. Cuando volvió a entrar el señor Mignon, cuando Modesta, tras de haber recibido el último saludo de los dos amigos desde el recodo de la carretera, se reintegró a su sitio, se produjo una de esas vivas discusiones que los provincianos promueven sobre los parisinos tras de una primera entrevista. Gobenheim repetía su pregunta: «¿Es rico?», entre el concierto de elogios que hicieron la señora Latournelle, Modesta y su madre.

—¿Rico? —respondió Modesta—. ¡Bah! ¿Qué importa? ¿No veis que el señor de Canalis es uno de esos hombres destinados a ocupar los más altos puestos del Estado? Tiene más que fortuna, tiene los medios de alcanzar la fortuna.

—Será ministro o embajador —dijo el señor Mignon.

—Con todo, sería mejor para los contribuyentes tener que pagar los gastos de su entierro —dijo el pequeño Latournelle.

—¿Por qué? —preguntó Carlos Mignon.

—Me parece un hombre capaz de tragarse todas las fortunas cuya capacidad de alcanzar le ha concedido tan liberalmente la señorita Modesta.

—¿Cómo no iba a ser Modesta liberal con un poeta que la trata de *madona*? —dijo el pequeño Dumay, fiel a la repulsión que le había inspirado Canalis.

Gobenheim preparaba la mesa de *whist*, con tanta mayor insistencia cuanto que desde el regreso del señor Mignon, Latournelle y Dumay se habían dejado arrastrar a jugar a diez sueldos la ficha.

—Y bien, ángel mío —le dijo el padre a su hija junto a una ventana— confiesa que papá piensa en todo. Si das esta misma noche tus órdenes a tu antigua costurera de París y a los demás proveedores, en ocho días podrás mostrarte en todo el esplendor de una heredera, lo mismo que yo tendré tiempo para instalarnos en nuestra casa; tienes un lindo poney; ve pues, pensando en hacerte un traje de amazona, puesto que el caballero mayor merece esa atención...

—Tanto más cuanto que tenemos el mundo entero para pasear —dijo Modesta, en cuyas mejillas reaparecían los colores de la salud.

—El secretario no ha dicho gran cosa —dijo la señora Mignon.

—Es medio tonto —añadió la señora Latournelle—. En cambio, el poeta ha tenido atenciones para todos. Ha sabido agradecer a Latournelle sus trabajos en el

alquiler del pabellón, y me dijo que parecía haber consultado la opinión de una mujer. Y el otro estaba allí, sombrío como un español con los ojos fijos y aspecto de querer tragarse a Modesta. Si me hubiese mirado me habría dado miedo.

—Tiene un bonito timbre de voz —observó la señora Mignon.

—Tal vez ha venido por cuenta del poeta a pedir informes sobre la casa Mignon —dijo Modesta haciéndole un guiño a su padre— pues estoy segura de que es el que vimos en la iglesia.

La señora Dumay y los señores Latournelle aceptaron esta manera de explicar el viaje de Ernesto.

—¿Sabes, Ernesto —exclamó Canalis al llegar a veinte pasos del *chalet*— que no conozco en la sociedad de París ninguna personilla en estado de merecer que se pueda comparar con esta adorable muchacha?

—¡Ay! Todo está ya dicho —contestó la Brière con profunda amargura—. Ella te ama o, si lo prefieres así, te amará. Tu gloria ha hecho la mitad del camino. En resumen, todo está a tu disposición. Volverás allí solo. Modesta siente hacia mí el más profundo desprecio, y con motivo, por lo que no veo razón para condenarme al suplicio de ir a admirar, a desear, a adorar lo que nunca podré tener.

Tras unas palabras de condolencia en las que se advertía la satisfacción de haber efectuado una nueva edición de la frase de César, Canalis dejó traslucir su deseo de terminar con la duquesa de Chaulieu. Al no poder soportar aquella conversación, la Brière tomó como pretexto la belleza de una noche asaz insegura para apearse en el camino y corrió como un insensato hacia la costa, en la que permaneció hasta las diez y media, presa de una especie de demencia, caminando más veces con paso precipitado, entregándose otras a monólogos, o permaneciendo parado, de pie o sentado, sin darse cuenta del recelo que despertaba en los dos aduaneros de servicio. Después de haber amado la espiritual instrucción del candor agresivo de Modesta, acababa de unir la adoración de la belleza, es decir, el amor sin razón, el amor inexplicable, a todas las demás razones que le habían llevado, diez días antes, a la iglesia del Havre.

Regresó al *chalet*, donde los perros de los Pirineos ladraron en tal forma tras de él, que no pudo darse el gusto de contemplar las ventanas de Modesta. En amor todas esas cosas no cuentan más de lo que cuentan para un pintor los trabajos cubiertos por la última mano; pero son todo el amor, como las dificultades enterradas son el arte entero; de ellas sale el gran pintor o el amante verdadero a quienes la mujer o el público, más pronto o más tarde, acaban por adorar.

—¡Pues bien! —exclamó—. ¡Me quedaré, sufriré, la veré, amaré para mí solo, egoístamente! Modesta será mi sol, mi vida, respiraré en su aliento, me alegraré con sus alegrías, adelgazaré con sus penas, aunque se convirtiera en la mujer de ese egoísta de Canalis...

—¡Eso es lo que se llama amar, señor! —dijo una voz que salía de un matorral del borde del camino—. ¿Así es que todo el mundo ama a la señorita de la Bastie?...

Y apareció súbitamente Butscha, que miró a la Brière. Éste se tragó su cólera, al mismo tiempo que medía de arriba abajo al enano a la claridad de la luna, y dio algunos pasos sin responder.

—¡Dos soldados que sirven en la misma compañía, podrían ser mejores camaradas que todo eso! —dijo Butscha—. Si detestáis a Canalis, yo no siento más simpatía por él.

—Es mi amigo —replicó Ernesto.

—¡Ah! Sois el secretario —contestó el enano.

—Sabed, señor —respondió la Brière— que no soy secretario de nadie; tengo el honor de ser consejero en uno de los tribunales supremos del reino.

—Por lo que veo, tengo el honor de saludar al señor de la Brière —dijo Butscha—. Por mi parte, disfruto el privilegio de ser el primer pasante de *maître* Latournelle, consejero supremo del Havre, y ciertamente gozo de una posición más hermosa que vos. Sí, yo he tenido la dicha de ver a la señorita Modesta de la Bastie casi todas las tardes desde hace cuatro años, y cuento con vivir cerca de ella como un criado del rey vive en las Tullerías. Si me ofreciesen el trono de Rusia, respondería: «¡Amo demasiado el sol!». ¿No basta eso para deciros, señor, que me intereso por ella más que por mí mismo, por su bien, por su honor? ¿Creéis que la altiva duquesa de Chaulieu verá con buenos ojos la dicha de la señora de Canalis cuando su doncella, enamorada del señor Germán e inquieta ya por la estancia en el Havre de ese encantador ayuda de cámara, se queje, mientras peina a su ama, de...?

—¿Cómo sabéis todas esas cosas? —dijo la Brière interrumpiendo a Butscha.

—En primer lugar, soy pasante de notario; y por otro lado ¿no habéis visto mi joroba? Está llena de tretas, señor. Me he hecho pasar por primo de la señorita Filoxena Jacmin, natural de Honfleur, donde nació mi madre, que era también una Jacmin... Hay once ramas de los Jacmin en Honfleur. Así es que mi prima, atraída por el señuelo de una herencia improbable, me ha contado muchas cosas...

—¡La duquesa es vengativa! —dijo la Brière.

—Como una reina, me dijo Filoxena; aún no ha perdonado al señor duque que no sea más que su marido —contestó Butscha—. Odia tanto como ama. Estoy al corriente de su carácter, de su tocado, de sus gustos, de sus devociones y de sus flaquezas, pues Filoxena me la ha desnudado en alma y cuerpo. He ido a la Ópera para ver a la señora Chaulieu, y no he lamentado mis diez francos (no hablo del espectáculo). Si mi supuesta prima no me hubiese dicho que su ama cuenta cincuenta primaveras, habría creído ser muy generoso al concederle treinta: ¡esa duquesa no conoce el invierno!

—Sí —interrumpió la Brière— es un camafeo conservado por su piedra... Canalis se vería en un buen apuro si la duquesa descubriera sus proyectos, y espero, señor, que cesaréis en ese espionaje indigno de un hombre honrado...

—¡Señor —atajó Butscha orgullosamente— para mí, Modesta es el Estado! ¡Yo no espío, proveo! La duquesa vendrá, si es necesario, o continuará con su

tranquilidad si lo estimo conveniente...

—¿Vos?

—¡Yo!

—¿Y por qué medios?... —dijo la Brière.

—¡Ah, helos aquí! —dijo el pequeño jorobado, que cogió una brizna de hierba—. ¡Tened, mirad!... Este césped pretende que el hombre construye sus palacios para alojarlo en él y un buen día hace caer los mármoles mejor ensamblados, lo mismo que el pueblo, metido en el edificio del Feudalismo, lo derribó. La fuerza del débil que puede deslizarse por todas partes es mucho mayor que la del fuerte que descansa sobre sus cañones. Somos tres los suizos que hemos jurado hacer la felicidad de Modesta y que por ella venderíamos nuestro honor. Adiós, señor. Si amáis a la señorita de la Bastie, olvidad esta conversación y dadme un apretón de manos, pues parecéis tener corazón... Estaba impaciente por ver el *chalet*, he llegado allí cuando *ella* soplabla su vela, os he visto acosado por los perros, os he oído bramar; por eso me permití deciros que servimos en el mismo regimiento: ¡el de la Real Devoción!

—¡Pues bien! —respondió la Brière estrechando la mano del jorobado—. ¡Tened la bondad de decirme si Modesta tuvo algún otro amor antes de iniciar su correspondencia con Canalis!

—¡Oh! —exclamó Butscha—. ¡Esa duda es ya una ofensa!... Y aún ahora ¿sabéis si ama? Se ha apasionado por el espíritu, por el genio, por el alma de ese mercader de estancias, de ese vendedor de oropel literario; pero lo estudiará, lo estudiaremos nosotros y yo sabré hacer salir su carácter verdadero por debajo de su caparazón de hombre de hermosas maneras. Entonces veremos ascuar la menuda cabeza de su ambición, de su vanidad —dijo Butscha, que se frotó las manos—. Bueno, a menos que la señorita se vuelva tan loca por él como para morir.

—¡Oh, ha quedado deslumbrada ante él como ante una maravilla! —exclamó la Brière, dejando escapar el secreto de sus celos.

—¡Si es un muchacho esforzado, leal y si la ama, si es digno de ella —prosiguió Butscha—, si renuncia a la duquesa, es a ésta a la que yo enredaré!... Mirad, querido señor, seguid ese camino y en diez minutos estaréis en vuestra casa.

Butscha volvió sobre sus pasos y llamó al pobre Ernesto que, como verdadero enamorado, se habría quedado toda la noche para hablar de Modesta.

—Señor —le dijo Butscha— no he tenido todavía el honor de ver a nuestro gran poeta y siento curiosidad por observar a ese magnífico fenómeno en el ejercicio de sus funciones; hacedme el favor de ir pasado mañana a pasar la velada en el *chalet* y permaneced allí mucho tiempo, pues en una hora un hombre no se descubre. Yo seré el primero en saber si ama, si puede amar o si amará a la señorita Modesta.

—Sois muy joven para...

—Para ser profesor —prosiguió Butscha, que cortó la palabra a la Brière—. ¡Bah, señor! Los engendros nacemos todos centenarios. ¡Además, mirad! Un enfermo, cuando lo está mucho tiempo, se hace más fuerte que su médico, se entiende con su

enfermedad, lo que no siempre alcanzan los doctores concienzudos. Pues bien, del mismo modo un hombre que quiere tiernamente a una mujer y al que ésta debe despreciar so pretexto de fealdad o gibosidad, termina por conocerse tan bien en materia de amor, que se convierte en un seductor, como el enfermo acaba por recobrar la salud. Sólo la tontería es incurable... Desde la edad de seis años (y tengo veinticinco) me quedé sin padre ni madre; tengo a la caridad pública por madre y al fiscal del rey por padre. Tranquilizaos —dijo a un gesto de Ernesto—, soy más alegre que mi posición... ¡Pues bien, desde que hace seis años la mirada insolente de la buena señora Latournelle me dijo que hacía mal en querer amar, amo y estudio a las mujeres! He comenzado por las feas, pues siempre resulta preciso coger el toro por los cuernos. Así es que tomé como primer objeto a mi patrona que, ciertamente, es un ángel para mí; pero ¡qué queréis! La he pasado por mi alambique y he terminado por descubrir, agazapado en el fondo de su corazón, este pensamiento: *¡No estoy tan mal como creen!* Y, a pesar de su piedad, habría podido, explotando esa idea, llevarla al borde del abismo... ¡para dejarla allí!

—¿Y habéis estudiado a Modesta?

—¡Creía haber dicho —replicó el jorobado— que mi vida es de ella como Francia es del rey! ¿Comprendéis ahora mi espionaje en París? ¡Nadie más que yo sabe todo lo que hay de nobleza, de altiva lealtad, de gracia imprevista, de infatigable bondad, de verdadera religión, de alegría, de instrucción, de fineza, de afabilidad en el alma, en el corazón, en el espíritu de esa adorable criatura!

Butscha sacó su pañuelo para enjugar dos lágrimas, y la Brière le estrechó la mano largo tiempo.

—¡Yo viviré entre su resplandor! Esto comienza en ella y esto termina en mí, he ahí como estamos unidos, poco más o menos como la naturaleza lo está a Dios, por la luz y el verbo. Adiós, señor; en mi vida había charlado tanto; pero al veros ante sus ventanas, he comprendido que la amáis a mi manera.

Sin esperar respuesta, dejó Butscha al pobre amante, a quien esta conversación había llevado un bálsamo desconocido al corazón. Ernesto resolvió convertirse en amigo de Butscha, sin sospechar que la locuacidad del pasante había tenido como fin principal procurarse contactos cerca de Canalis. ¡En qué flujos y reflujos de pensamientos, de resoluciones, de planes de conducta se vio mecido Ernesto antes de adormilarse!... Mientras tanto, su amigo Canalis dormía el sueño de los triunfadores, el más dulce de los sueños después del de los justos.

Al desayunar, ambos amigos convinieron en ir al siguiente día a pasar juntos la velada al *chalet* e iniciarse en las dulzuras de un *whist* provinciano; mas, para ocupar la jornada, hicieron ensillar los caballos y se aventuraron por el país, que les era ciertamente tan desconocido como la China; pues lo que resulta más extranjero para los franceses en Francia es la propia Francia.

Después de comer supieron los dos amigos por Germán la llegada del caballero mayor, que fue presentado durante aquella velada en el *chalet* por el señor

Latournelle. La señorita d'Hérouville encontró la forma de herir, como principio, a este digno varón al rogarle por medio de un lacayo que fuese a su casa, en vez de enviar simplemente a su sobrino a casa del notario, el cual habría hablado durante el resto de sus días de la visita del caballero mayor.

Por eso el pequeño notario hizo observar a Su Señoría, cuando ésta le propuso llevarlo en coche a Ingouville, que tenía que llevar allí a la señora Latournelle. Comprendiendo por el aire reservado del notario que había alguna falta que reparar, el duque le dijo graciosamente:

—Si lo permitís, tendré el honor de ir a recoger a la señora Latournelle.

Pese a un sobresaltado movimiento de la despótica señorita d'Hérouville, el duque salió con el pequeño notario. Ebria de alegría al ver a su puerta una magnífica carretela cuyo estribo fue bajado por gentes que llevaban librea real, la notaria no supo ya donde tomar sus guantes, su sombrilla, su ridículo y su aire más digno al saber que el caballero mayor venía a buscarla. Una vez en el coche, al mismo tiempo que se deshacía en cortesías ante el pequeño duque, exclamó en un transporte de bondad:

—Pero ¿y Butscha?

—Recojamos a Butscha —dijo el duque sonriendo.

Cuando las gentes del puerto, atraídas por el brillo de aquel carruaje, vieron a los tres hombrecillos en compañía de aquella mujer tan alta y seca, se miraron unos a otros entre risas.

—¡Soldándolos uno encima del otro tal vez se sacaría un macho para esa percha! —dijo un marino bordelés.

—¿Tenéis aún alguna otra cosa que llevar, señora? —preguntó afablemente el duque en el momento en que el lacayo esperaba órdenes.

—No, monseñor —replicó la notaria, que enrojeció y miró a su marido como preguntando—: «¿Pues qué es lo que he hecho de malo?».

—Su Señoría —dijo Butscha— me hace mucho honor al tomarme por una cosa. ¡Un pobre pasante como yo no es más que un *quidam*!

Aunque esto fue dicho riendo, el duque enrojeció y no contestó nada. Los grandes hacen siempre mal en chancearse de sus inferiores. La chanza es un juego y el juego supone igualdad. Por eso para obviar los inconvenientes de esa igualdad pasajera, es por lo que, al terminar la partida, los jugadores tienen el derecho de no conocerse.

La visita del caballero mayor al Havre tuvo como motivo ostensible un negocio colosal; la revalorización del inmenso espacio dejado por el mar entre la desembocadura de dos ríos y cuya propiedad acababa de ser adjudicada a la casa d'Hérouville por el Consejo de Estado. Se trataba nada menos que de cegar los ojos de dos puentes, desecar un kilómetro de fango en una anchura de trescientos o cuatrocientos arapendes y cruzarlo con canales y caminos. Cuando el duque d'Hérouville hubo explicado las disposiciones del terreno, hizo observar Carlos Mignon que resultaba preciso aguardar a que la naturaleza hubiese consolidado aquel

suelo todavía movedizo con sus productos espontáneos.

—Señor duque, sólo el tiempo, que providencialmente ha enriquecido a vuestra casa, puede acabar su obra —dijo para concluir—. Sería prudente dejar transcurrir una cincuentena de años antes de poner manos a la obra.

—Que no sea vuestra última palabra, señor conde —dijo el duque—. Id a Hérouville y ved las cosas por vos mismo.

Carlos Mignon respondió que todo capitalista debería examinar aquel asunto con la cabeza reposada y con ello dio al duque d'Hérouville un pretexto para ir al *chalet*. La visión de Modesta produjo viva impresión al duque, el cual solicitó el favor de recibirla, diciendo que su tía y su hermana habían oído hablar de ella y se considerarían muy dichosas al conocerla. Al oír estas palabras, propuso Carlos Mignon presentar él mismo a su hija e invitó a comer a las dos señoritas el día de su reintegración a la villa, lo que aceptó el duque. La visión del cordón azul, el título y, sobre todo, las miradas estáticas del gentilhomme impresionaron a Modesta; pero se mantuvo comedida de palabras, de continente y de nobleza. El duque se retiró como a regañadientes, con una invitación para acudir todas las tardes al *chalet*, fundada en la imposibilidad reconocida a todo cortesano de Carlos X de pasar una velada sin su partida de *whist*. Así es que al siguiente día por la tarde Modesta iba a ver reunidos a sus tres galanes. Indudablemente, por más que digan las jóvenes y por más que entre en la lógica del corazón sacrificarlo todo a la preferencia, resulta extraordinariamente halagador esto de contemplar a su alrededor varias pretensiones rivales, hombres notables o célebres o de gran nombre, que se esfuerzan por brillar y agradar. Aunque le mortificara un poco, Modesta se vio obligada a confesar más tarde que los sentimientos expresados en sus cartas habían cedido ante el placer de enfrentar a tres espíritus tan diferentes, a tres hombres de los que cada cual por separado habría honrado a la familia más exigente. Sin embargo, esta voluptuosidad del amor propio quedó en ella dominada por la misantrópica malicia que había engendrado la terrible herida, que ya le parecía tan sólo un desengaño. Por eso, cuando su padre le dijo sonriendo:

—Y bien, Modesta, ¿quieres convertirte en duquesa?

—La desgracia me ha vuelto filosófica —respondió, haciendo una burlona reverencia.

—¿No seréis más que baronesa?... —preguntó Butscha.

—O vizcondesa —replicó el padre.

—¿Cómo es eso? —dijo vivamente Modesta.

—Porque si aceptases al señor de la Brière, tendría influencia bastante para obtener del rey la sucesión en mis títulos y armas...

—¡Oh! Como se trate de disfrazarse, ése nunca pondrá dificultades —respondió Modesta amargamente.

Butscha no comprendió este epigrama, cuyo sentido sólo podían adivinar el señor y la señora Mignon y Dumay.

—Tratándose de matrimonio, todos los hombres se desfiguran —respondió la señora Latournelle— y las mujeres les damos ejemplo en ello. Desde que estoy en el mundo oigo decir: «Fulano, o fulana, ha hecho un buen matrimonio». ¿Significa eso entonces que otros lo hayan hecho malo?

—El matrimonio —dijo Butscha— se parece a un pleito: siempre hay una parte descontenta. Y si uno engaña a otro, indudablemente la mitad de los casados representan la comedia a expensas de la otra mitad.

—¿Y qué conclusión sacáis, *sire* Butscha? —dijo Modesta.

—Mantener la más severa atención ante las maniobras del enemigo —respondió el pasante.

—¿Qué es lo que te dije, querida? —dijo Carlos Mignon, aludiendo a la escena con su hija a orillas del mar.

—Los hombres representan tantos papeles para casarse como las madres hacen representar a sus hijas para desembarazarse de ellos —dijo Latournelle.

—Entonces vos admitís la estratagema —dijo Modesta.

—De una y otra parte —exclamó Gobenheim—; así la partida está igualada.

La conversación se desarrollaba a intervalos durante la partida, entre las apreciaciones que cada cual se permitía sobre el señor d'Hérouville, al que encontraron muy bien el pequeño notario, el pequeño Dumay y el pequeño Butscha.

—Por lo que veo —dijo la señora Mignon con una sonrisa—, la señora Latournelle y mi pobre marido son aquí las monstruosidades.

—Afortunadamente para él, el coronel no es de gran talla —respondió Butscha mientras su patrón daba las cartas—, pues un hombre alto y espiritual es siempre una excepción.

Sin esta discusión sobre la legalidad de las artimañas matrimoniales, tal vez se tacharía de prolijo el relato de aquella velada, con tanta impaciencia esperada por Butscha; pero la riqueza, por la que tantas bajezas se cometen, tal vez preste a las minucias de la vida privada el inmenso interés que desarrollará siempre el sentimiento social tan francamente definido por Ernesto en su contestación a Modesta.

A la mañana siguiente llegó Desplein, que no permaneció más que el tiempo necesario para mandar a buscar al Havre los caballos de posta y engancharlos; es decir, aproximadamente una hora. Después de haber examinado a la señora Mignon, dictaminó que la enferma recobraría la vista y fijó como momento oportuno para la operación el de un mes fecha. Naturalmente, tan importante consulta tuvo lugar ante los habitantes del *chalet*, que esperaban ansiosos el fallo del príncipe de la ciencia. El ilustre miembro de la Academia de Ciencias hizo una docena de breves preguntas a la ciega y le examinó los ojos a la luz de una ventana. Asombrada por el valor que tenía el tiempo para aquel hombre tan célebre, vio Modesta el coche de viaje lleno de los libros que el sabio se proponía leer durante su regreso a París, de donde había partido la víspera por la tarde, empleando así la noche en dormir y viajar. La rapidez y la

lucidez de sus juicios sobre cada respuesta de la señora Mignon, su tono breve, sus ademanes, todo le dio por vez primera a Modesta una idea exacta sobre los hombres de genio. Entrevió enormes diferencias entre Canalis, hombre secundario, y Desplein, hombre más que superior. Quedó tanto más encantada del gran práctico cuanto que él pareció asombrado de la belleza de Modesta; él, por cuyas manos tantas mujeres pasaban y a las que desde hacía mucho tiempo examinaba, en cierto modo, con lupa y escalpelo.

—Ciertamente, sería una gran desgracia —dijo con el tono de galantería que sabía adoptar y que tanto contrastaba con su supuesta brusquedad— que una madre quedase impedida para siempre de ver a una hija tan encantadora.

Modesta quiso servir por sí misma el frugal desayuno que aceptó el gran cirujano. Junto con su padre y Dumay acompañó al sabio, al que tantos enfermos aguardaban, hasta el coche estacionado frente a la pequeña puerta; y allí, con los ojos brillantes por la esperanza, le dijo aún a Desplein:

—¿Así es que mi querida mamá me verá?

—Sí, mi linda señorita, os lo prometo —respondió él sonriendo—, y no sería capaz de engañaros, pues yo también tengo una hija...

Los caballos se llevaron a Desplein apenas pronunciadas estas palabras, que estuvieron llenas de una gracia inesperada.

Nada agrada más que lo imprevisto en las personas de talento.

Aquella visita fue el acontecimiento del día y dejó en Modesta un rastro luminoso. La joven entusiasta admiró ingenuamente a aquel hombre cuya vida pertenecía a los demás y en quien el hábito de ocuparse de los dolores físicos había destruido toda manifestación egoísta. Por la tarde, cuando Gobenheim, los Latournelle, Butscha, Canalis, Ernesto y el duque d'Hérouville estuvieron reunidos, todos felicitaron a la familia Mignon por la buena noticia que les había dado Desplein. Naturalmente, la conversación, en la que dominó aquella Modesta que sus cartas nos han revelado, recayó entonces sobre el hombre cuyo genio, por desgracia para su gloria, sólo podía apreciar el mundo de los sabios y de la Facultad. Gobenheim dejó escapar la siguiente frase, que es como la redoma encantada del genio, tal como lo entienden los economistas y banqueros:

—¡Gana una locura de dinero!

—Dicen que es muy desinteresado —respondió Canalis.

Las alabanzas que de Desplein hizo Modesta incomodaron al poeta. La Vanidad procede como la Mujer. Ambas creen perder algo con el elogio y el amor otorgados a otro. Voltaire sentía celos del ingenio de un libertino al que París admiraba un par de días, lo mismo que una duquesa se ofende por una mirada dirigida a su doncella. La avaricia de esos dos sentimientos es tal, que consideran como un robo la limosna que se le da a un pobre.

—Señor, ¿creéis que se debe juzgar al genio con la medida ordinaria? —preguntó Modesta sonriendo.

—Ante todo, sería preciso —respondió Canalis— definir al hombre de genio, y una de sus condiciones es la inventiva: invención de una forma, de un sistema o de una fuerza. Así, Napoleón fue inventor, aparte de sus otras condiciones de genio. Inventó un método de hacer la guerra. Walter Scott es inventor, Godofredo Saint-Hilaire y Cuvier son inventores. Tales hombres son genios de primera línea. Renuevan, aumentan o modifican la ciencia o el arte. Pero Desplein es un hombre cuyo inmenso talento consiste en aplicar bien las leyes ya descubiertas; en observar, por un don natural, las circunstancias de cada temperamento y la hora señalada por la naturaleza para efectuar una operación.

—Yo creo, amigo mío, que asignas una parte demasiado hermosa a las ideas —dijo la Brière con una voz dulce y melodiosa, que ofrecía un súbito contraste con el tono perentorio del poeta, cuyos flexibles órganos vocales habían dejado el tono de la zalamería por el magistral de la tribuna—. El genio se debe estimar sobre todo en relación con su utilidad. Parmentier, Jacquard y Papin, a los que algún día se levantarán estatuas, son también hombres de genio. Han cambiado o cambiarán en cierto sentido la faz de los Estados. Bajo este aspecto, Desplein aparecerá siempre ante los ojos de los pensadores entre una generación entera cuyas lágrimas, cuyos sufrimientos habrán terminado gracias a su mano poderosa.

Bastó que esta opinión partiese de Ernesto para que Modesta quisiese combatirla.

—Según eso, señor —dijo—, cualquiera que hallase el medio de regar el trigo sin estropear la paja, por medio de una máquina que realizase el trabajo de diez segadores, ¿sería un hombre de genio?

—¡Oh! Claro, hija mía —dijo la señora Mignon—; sería bendecido por el pobre, cuyo pan le costaría menos caro entonces, y a quien bendicen los pobres lo bendice Dios.

—Eso es anteponer lo útil al arte —dijo Modesta moviendo la cabeza.

—Sin lo útil —dijo Carlos Mignon—, ¿dónde habría sitio para el arte? ¿En qué se apoyaría, de qué viviría, dónde se cobijaría y quién pagaría al poeta?

—¡Oh, querido padre! ¡Esa opinión es muy prosaica, digna de un tendero!... Concibo que la defiendan Gobenheim y el señor refrendario —dijo señalando a la Brière—, que parecen tan interesados en la solución de ese problema social. Pero vos, cuya vida ha sido la más inútil poesía de este siglo, puesto que vuestra sangre se extiende por Europa, y vuestros enormes sacrificios, exigidos por un coloso, no han evitado a Francia la pérdida de los diez departamentos adquiridos por la República, ¿cómo caéis en ese razonamiento, tan excesivamente *peluca*, como dicen los románticos?... Bien se conoce que regresáis de China.

La irreverencia de las palabras de Modesta se vio agravada por un tonillo desdeñoso que les dio intencionadamente y que asombró por igual a la señora Latournelle, a la señora Mignon y a Dumay. La señora Latournelle no veía claro en aquello a pesar de que abría desmesuradamente los ojos: Butscha, cuya atención era comparable a la de un espía, miró en forma significativa al señor Mignon y vio

enrojecer su rostro, lleno de una viva y súbita indignación.

—Un poco más, señorita, y le faltáis al respeto a vuestro padre —dijo sonriendo el coronel, iluminado por la mirada de Butscha—. He ahí lo que resulta de echar a perder a los hijos.

—¡Yo soy hija única!... —respondió ella con insolencia.

—¡Única! —repitió el notario recalcando la palabra.

—Señor —respondió secamente Modesta a Latournelle—, mi padre se siente muy feliz con que yo me convierta en su preceptora; él me ha dado la vida, yo le doy el saber, así me deberá algo.

—Hay maneras, y sobre todo ocasiones —dijo la señora Mignon.

—Pero la señorita tiene razón —intervino Canalis levantándose y apoyándose en la chimenea en una de las más hermosas actitudes de su colección de ademanes—. ¡Dios, en su infinita previsión, le ha dado vestidos al hombre, pero no le ha dado directamente el arte! Dijo al hombre: «¡Para vivir, te inclinarás sobre la tierra; para pensar, te elevarás hacia mí!». Tenemos tanta necesidad de la vida del alma como de la del cuerpo. De ahí dos utilidades. Así, a buen seguro que no se calza nadie con un libro. Desde un punto de vista utilitario, una canción épica no vale lo que la sopa económica de un establecimiento de beneficencia. La idea más hermosa difícilmente reemplazaría la vela de un navío. Con el sistema de Ernesto se suprimirían las flores de lujo, la belleza de la mujer, la música, la pintura y la poesía; a buen seguro que la sociedad no se trastornaría, pero yo pregunto: ¿quién aceptaría una vida así? Todo lo útil es repulsivo y feo. La cocina es indispensable en una casa, pero os guardáis muy bien de permanecer en ella y vivís en un salón que adornáis, como éste, con cosas perfectamente superfluas. ¿Para qué sirven estas deliciosas pinturas, estas maderas labradas? ¡Sólo es hermoso lo que nos parece inútil! Hemos llamado al siglo XVI «el Renacimiento» con una admirable justeza de expresión. ¡Ese siglo fue la aurora de un mundo nuevo, los hombres hablarán todavía de él cuando no se acuerden ya para nada de otros siglos anteriores, cuyo único mérito será el de haber existido, como esos millones de seres que no cuentan en una generación!

—Pura bazofia, tal vez; pero prefiero mi bazofia —respondió festivamente el duque d'Hérouville durante el silencio que siguió a aquella prosa pomposamente recitada.

—Pero ¿es que existe el arte que, según vos, se encontraría en la esfera donde el genio está llamado a realizar sus evoluciones? —dijo Butscha, atacando a Canalis—. ¿No es una magnífica mentira en la que el hombre tiene la manía de creer? ¿Qué necesidad tengo de poseer un paisaje de Normandía en mi habitación, cuando puedo ir a verlo mejor logrado por Dios? En nuestros sueños forjamos poemas más hermosos que la *Ilíada*. Por una pequeña suma puedo encontrar en Valognes, en Carantau, lo mismo que en Provenza, en Arlés, Venus tan hermosas como las del Ticiano. La *Gaceta de los Tribunales* publica novelas muy distintas de las de Walter Scott, con terribles desenlaces de verdadera sangre y no de tinta. La felicidad y la

virtud están por encima del arte y del genio.

—¡Bravo, Butscha! —exclamó la señora Latournelle.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Canalis a la Brière, dejando por un momento de recoger en los ojos y en la actitud de Modesta los encantadores testimonios de una admiración sencilla.

El desprecio que había soportado la Brière y, sobre todo, el irrespetuoso discurso de la hija al padre, contristaron de tal modo al pobre muchacho que no respondió a Canalis; sus ojos, dolorosamente clavados en Modesta, denotaban una profunda meditación. La argumentación del pasante fue reproducida con ingenio por el duque d'Hérouville, que terminó por afirmar que los éxtasis de Santa Teresa eran muy superiores a las creaciones de lord Byron.

—¡Oh, señor duque —hizo notar Modesta—, ésa es una poesía muy personal, en tanto que el genio de Byron o de Molière aprovechan al mundo!...

—Entonces te enfrentas con el señor barón —interrumpió vivamente Carlos Mignon—. Ahora quieres que el genio sea útil, exactamente igual que el algodón; ¡tal vez encuentres a la lógica tan *peluca*, tan vieja como al pobre bonachón de tu padre!

Butscha, la Brière y la señora Latournelle cambiaron unas miradas casi burlonas, que provocaron en Modesta una irritación tanto más viva cuanto que se sintió cortada por un momento.

—Tranquilizaos, señorita —dijo Canalis sonriendo—, no estamos vencidos ni nos han pillado en contradicción. Toda obra de arte, trátese de literatura, de música, de pintura, de escultura o de arquitectura, implica una utilidad social positiva, lo mismo que los demás productos comerciales. Se sobreentiende que el arte es el comercio por excelencia. De forma que se puede decir que las obras de genio tienen una base extraordinariamente costosa y necesariamente aprovechable para el obrero.

Sentada esta tesis, habló Canalis durante algunos instantes con gran lujo de imágenes y alardes de complacida fraseología; pero, como les ocurre muchas veces a los grandes habladores, al llegar a la conclusión se encontró en el punto de partida de la conversación y compartió la opinión de la Brière sin darse cuenta de ello.

—Veo con gusto, mi querido barón —dijo finalmente el pequeño duque d'Hérouville—, que seréis un gran ministro constitucional.

—¡Oh! —aseguró Canalis con gesto de grande hombre—. ¿Qué es lo que probamos en todas nuestras discusiones? La eterna verdad de este axioma: «¡Todo es verdad y todo es falso!». Para las verdades morales, como para las criaturas, hay términos medios en los que cambian de aspecto hasta el punto de no reconocerse.

—La sociedad vive de cosas juzgadas —contestó el duque d'Hérouville.

—¡Qué ligereza! —dijo la señora Latournelle muy bajo a su marido.

—¡Es un poeta! —respondió Gobenheim, que oyó la frase.

Canalis, que se consideraba diez leguas por encima de su auditorio y que tal vez tenía razón en su última frase filosófica, tomó por ignorancia la especie de frialdad que se pintaba en todos los rostros; pero se sintió comprendido por Modesta y quedó

contento, sin adivinar cuán hiriente resulta el monólogo para los provincianos, cuya principal ocupación consiste en demostrar a los parisinos la existencia, el ingenio y la sabiduría de la provincia.

—¿Hace mucho tiempo que no habéis visto a la duquesa de Chaulieu? —preguntó el duque a Canalis para cambiar de conversación.

—La he dejado hace seis días —respondió Canalis.

—¿Se encuentra bien? —continuó el duque.

—Perfectamente bien.

—Tened la bondad de darle recuerdos míos cuando le escribáis.

—Dicen que es encantadora —dijo Modesta dirigiéndose al duque.

—El señor barón —contestó el caballero mayor— puede contestar con más conocimiento que yo.

—Más que encantadora —dijo Canalis, recogiendo el pérfido desafío del señor d'Hérouville—; pero yo soy testigo parcial, porque es amiga mía desde hace diez años; le debo cuanto pueda tener de bueno, me ha librado de los peligros del mundo. En fin, el propio señor duque de Chaulieu me ha hecho iniciar el camino que hoy sigo. Sin la protección de esa familia, el rey y las princesas habrían podido olvidar con frecuencia a un pobre poeta como yo; por eso mi afecto estará siempre lleno de reconocimiento.

Esto fue dicho con lágrimas en la voz.

—¡Cuánto debemos amar a aquella que os ha dictado tantas canciones sublimes y que os inspira tan hermosos sentimientos! —dijo Modesta enternecida—. ¿Puede concebirse un poeta sin su Musa?

—No tendría corazón, haría versos secos como los de Voltaire —respondió Canalis.

—¿No me hicisteis el honor de decirme en París —preguntó el barón a Canalis— que no experimentabais los sentimientos que expresáis?

—La estocada es directa, mi bravo soldado —respondió el poeta sonriendo—; pero sabed que nos está permitido tener a la vez mucho corazón en la vida intelectual y en la vida real. Se pueden expresar hermosos sentimientos sin experimentarlos y experimentarlos sin poderlos expresar. Mi amigo la Brière, aquí presente, ama hasta perder el sentido —dijo con generosidad, mirando a Modesta—; yo, que ciertamente amo tanto como él, creo, a menos de hacerme ilusiones, que podría dar a mi amor una forma literaria en armonía con su potencia; pero no respondo, señorita —dijo volviéndose hacia Modesta con una gracia un tanto rebuscada—, de no amanecer mañana sin ingenio...

De modo que el poeta triunfaba de todos los obstáculos, quemaba en honor de su amor los palos que le arrojaban entre las piernas, y Modesta estaba embobada ante aquel ingenio parisiense, que no conocía y que abrillantaba las declamaciones del charlista.

—¡Qué farsante! —dijo Butscha al oído del pequeño Latournelle tras de haber

oído la más magnífica tirada sobre la religión católica y sobre la felicidad de tener por esposa a una mujer piadosa, dada como respuesta a una frase de la señora Mignon.

Modesta tenía como una venda en los ojos; el encanto del relato y la atención que prestaba a Canalis le impidieron ver lo que Butscha hacía notar cuidadosamente: la declamación, la falta de sencillez, el énfasis que sustituía al sentimiento y todas las incoherencias que dictaron al pasante su frase, un tanto cruel. Allí donde el señor Mignon, Dumay, Butscha y Latournelle se asombraban de la inconsecuencia de Canalis, sin tener la cuenta de la inconsecuencia de toda conversación, siempre tan caprichosa, en Francia, Modesta admiraba la agilidad del poeta y se decía, arrastrándolo consigo por los tortuosos caminos de su fantasía: «¡Me ama!». Butscha, como todos los espectadores de lo que resulta preciso llamar una *representación*, quedó sorprendido ante el principal defecto de los egoístas, que Canalis dejó ver un poco más de la cuenta, como toda persona habituada a perorar en los salones. Sea que comprendiese por adelantado lo que el interlocutor quería decir, sea que no escuchase en absoluto, sea que tuviese la facultad de escuchar pensando en otra cosa, Melchor presentaba esa cara distraída que corta la palabra tanto como hiere la vanidad. El no escuchar, no sólo constituye una falta de cortesía, sino una muestra de desprecio. Ahora bien, Canalis llevaba un poco lejos esta costumbre, pues frecuentemente olvidaba responder a un parlamento que requería una respuesta y pasaba, sin cortés transición, al asunto que a él le preocupaba.

Sin piedad para los diez mártires que creaba, pidió Modesta a Canalis que leyese uno de sus versos; quería una muestra de su tan alabado talento para la lectura.

Tomó Canalis el volumen que Modesta le tendía y refundió, tal es la palabra propia, aquella de sus poesías que pasaba por ser la más hermosa, una imitación de los *Amores de los ángeles*, de Moore, titulada VITALIS, que las señoras Latournelle y Dumay, Gobenheim y el cajero acogieron con algunos bostezos.

—Si jugáis bien al *whist*, señor —dijo Gobenheim presentándole cinco cartas puestas en abanico—, no habré visto nunca un hombre tan completo como vos...

Esta salida hizo reír a todos, pues fue trasunto fiel de lo que cada cual pensaba.

—Lo juego bastante bien, como para vivir en provincias el resto de mis días —respondió Canalis—. Hay aquí, sin duda, más literatura y más conversación de la que precisan los jugadores de *whist* —añadió con impertinencia, arrojando el libro sobre la consola.

Este detalle indica los peligros que el héroe de salón corre al salir, como Canalis, de su esfera; se parece entonces al actor admirado por cierto público, cuyo talento se pierde al abandonar su marco y abordar un género superior.

Se emparejó al barón con el duque y Gobenheim fue el del poeta, con gran desesperación del pobre Ernesto, que seguía en el rostro de la caprichosa joven los progresos de la fascinación ejercida por Canalis. La Brière ignoraba el don de seducción que poseía Melchor y que la naturaleza ha rehusado a los seres sinceros, por lo general bastante tímidos.

—¡Trabaja por los millones —se decía dolorosamente el compañero de Latournelle. Modesta fue a colocarse cerca de la Brière— y fingirá tan bien la pasión, que Modesta creerá en ella!

Y en vez de mostrarse más amable y más espiritual que su rival, la Brière imitó al duque d'Hérouville y se mantuvo sombrío, inquieto, atento; pero allí donde el cortesano estudiaba las extravagancias de la joven heredera, Ernesto, presa de los dolores de unos celos negros y concentrados, no había obtenido ni una sola mirada de su ídolo. Salió con Butscha por unos momentos.

—¡Esto se ha acabado —dijo—, está loca por él, yo le soy más que desagradable y, por otra parte, tiene razón! Canalis es encantador, en su silencio hay espíritu, pasión en sus ojos, poesía en sus ampulósidades...

—¿Es un hombre honrado? —preguntó Butscha.

—¡Oh, sí! —respondió la Brière—. Es leal, caballeresco y capaz de perder, sometido a la influencia de una Modesta, los pequeños defectos que debe a la señora de Chaulieu...

—Sois un bravo muchacho —dijo el pequeño jorobado—. ¿Pero es capaz de amar y creéis que amaré?

—No sé... —respondió la Brière—. ¿Habló ella de mí? —preguntó tras un momento de silencio.

—Sí —dijo Butscha, que repitió a la Brière las palabras que había dicho Modesta sobre los disfraces.

El refrendario fue a arrojarse sobre un banco y se ocultó allí la cabeza entre las manos: no podía contener las lágrimas y no quería dejárselas ver a Butscha; pero el enano era hombre capaz de adivinarlas.

—¿Qué os pasa, señor? —preguntó Butscha.

—¡Ella tiene razón!... —dijo la Brière levantándose bruscamente—. Soy un miserable.

Contó el engaño a que le había invitado Canalis, pero haciendo observar a Butscha que había querido desengañar a Modesta antes de que se descubriese, y se deshizo en apostrofes bastante infantiles sobre la desgracia de su destino. Butscha reconoció simpáticamente el amor en su vigorosa y rápida ingenuidad, en su sinceridad y en sus profundas ansiedades.

—Pero ¿por qué no os manifestáis ante la señorita Modesta —le dijo al refrendario— y dejáis a vuestro rival realizar sus ejercicios?

—¡Ah! ¿Es que vos no habéis sentido apretarse alguna vez vuestra garganta cuando tratábais de hablar? —le contestó la Brière—. ¿Es que no sentís nada en la raíz de los cabellos, nada en la superficie de la piel cuando os mira, aunque sólo sea con ojos distraídos?...

—En cambio vos habéis tenido suficiente criterio para caer en una tristeza melancólica cuando, en cierto modo, le dijo a su digno padre: «¡Sois un imbécil!».

—Señor, la amo demasiado para no haber sentido penetrar en mis entrañas la hoja

de un puñal al oír darle así un mentís a las perfecciones que le encuentro.

—Pues Canalis la ha justificado —respondió Butscha.

—Si tuviese más amor propio que corazón, no sería sensible —dijo la Brière.

En aquel momento Modesta, seguida por Canalis, que había perdido en el juego, salió con su padre y la señora Dumay a respirar el aire de una noche estrellada. Mientras su hija se paseaba con el poeta, Carlos Mignon se separó de ella para acercarse a la Brière.

—Señor, vuestro amigo debiera haberse hecho abogado —le dijo sonriendo y mirando atentamente al joven.

—No os apresuréis a juzgar a un poeta con la severidad que podríais usar con un hombre ordinario como yo, señor —respondió la Brière—. El poeta tiene su misión. Por su naturaleza está destinado a ver la poesía en todos los asuntos, lo mismo que la expresa en todas sus cosas; por eso, donde vos lo creéis en oposición consigo mismo, es fiel a su vocación.

Carlos Mignon estrechó la mano a la Brière, diciéndole:

—Sin embargo, esa facilidad podría servirle para justificarse a sí mismo en acciones diametralmente opuestas, sobre todo en política.

—¡Ah! Señorita —respondía en aquellos momentos Canalis con voz zalamera a una maliciosa observación de Modesta—, no creáis que la multiplicidad de sensaciones quita la menor fuerza a los sentimientos. Los poetas, más que los demás hombres, deben amar con constancia y fe. Ante todo, no sintáis celos por eso que se llama una Musa. ¡Feliz la mujer de un hombre ocupado! Si oyeseis las lamentaciones de las mujeres que padecen el peso de la ociosidad de los maridos sin ocupaciones o a los que la riqueza deja mucho tiempo libre, sabríais que la mayor felicidad de una parisiense es la libertad, la realeza en su casa. Por eso nosotros dejamos hacer el fantasma a una mujer en nuestra casa, pues nos resulta imposible descender a la tiranía ejercida por los espíritus mezquinos. Tenemos algo mejor en que ocuparnos... Si alguna vez me casase —lo que, os lo juro, es una catástrofe muy lejana para mí—, querría que mi mujer tuviese la libertad moral que conserva una amante y que tal vez sea la fuente de donde toma todas sus seducciones.

Canalis desplegó toda su imaginación y todas sus gracias para hablar del amor, del matrimonio, de la adoración de la mujer, discutiendo con Modesta hasta que el señor Mignon encontró en un momento de silencio la ocasión de tomar a su hija por el brazo y llevarla ante Ernesto, a quien el digno soldado había aconsejado intentar una explicación.

—Señorita —dijo Ernesto con voz alterada—, me resulta imposible permanecer bajo el peso de vuestro desprecio. No me defiendo, no trato de justificarme, únicamente quiero haceros observar que antes de leer vuestra halagadora carta dirigida a la persona y no al poeta, la última, en fin, quise disipar el error en que estabais y así os lo hice saber por unas palabras escritas desde el Havre. Todos los sentimientos que tuve la dicha de expresaros son sinceros. Lució para mí una

esperanza cuando, en París, vuestro señor padre se dijo pobre; pero ahora, si todo está perdido, si no tengo más que eternas pesadumbres, ¿para qué permanecer aquí, donde todo constituye un suplicio para mí?... Dejad por tanto que me lleve una sonrisa vuestra, que quedará grabada en mi corazón.

—Señor —respondió Modesta, que pareció fría y distraída—, no soy aquí la dueña; pero, ciertamente, me desesperaría retener a aquellos que no encontrasen placer ni dicha.

Y dejó al refrendario, tomando el brazo de la señora Dumay para volver a entrar. Unos instantes después todos los personajes de esta escena doméstica, reunidos de nuevo en el salón, quedaron bastante sorprendidos al ver a Modesta sentada junto al duque d'Hérouville, charlando con él como la más avispada parisiense; se interesaba por su juego, le daba los consejos que solicitaba de ella y encontró ocasión de decirle cosas halagadoras, realzando el azar de la nobleza hasta la misma altura que los azares del talento y de la belleza. Canalis sabía, o creía saber, la razón de este cambio. Había querido picar a Modesta llamando catástrofe al matrimonio y mostrándose hostil al mismo; pero, como todos los que juegan con fuego, fue él quien se quemó. La altivez de Modesta, su desdén, alarmaron al poeta, que se reunió con ella y dio el espectáculo de unos celos tanto más visibles cuanto que eran fingidos. Modesta implacable como los ángeles, saboreó el placer que le causaba el ejercicio de su poder y, naturalmente, abusó de él. El duque d'Hérouville jamás había conocido semejante fiesta: una mujer que le sonreía. A las once de la noche, muy a deshora para el Chalet, salieron los tres pretendientes. El duque encontraba a Modesta encantadora, Canalis excesivamente coqueta y Ernesto iba entristecido por su dureza.

Durante ocho días la heredera fue con sus tres pretendientes lo que había sido en esa velada, de suerte que el poeta pareció sacar ventaja sobre sus rivales, a pesar de los prontos y de los caprichos que, de vez en cuando, daban esperanzas al duque d'Hérouville. Las irreverencias de Modesta ante su padre, las excesivas libertades que con él se tomaba; sus impacencias con su madre ciega, a quien prestaba como a regañadientes los pequeños servicios que poco tiempo antes constituían el triunfo de su piedad filial, parecían ser efecto de un carácter caprichoso y una jovialidad tolerados desde la infancia. Cuando Modesta iba demasiado lejos, se reprendía a sí misma y atribuía sus ligerezas, sus salidas de tono, a su espíritu de independencia.

Confesaba al duque y a Canalis su poco gusto por la obediencia y lo miraba como un obstáculo real para su futuro matrimonial, examinando así la moral de sus pretendientes a la manera de aquellos que horadan la tierra para obtener de ella el oro, el carbón, la toba o el agua.

—Nunca encontraré un marido —decía en la víspera del día en que debía tener lugar la instalación de la familia en la villa— que soporte mis caprichos con la bondad de mi padre, jamás desmentida, o con la indulgencia de mi adorable madre.

—Ellos se saben amados, señorita —dijo la Brière.

—Estad segura, señorita, de que vuestro marido conocerá todo el valor de su

tesoro —añadió el duque.

—Tenéis más ingenio y resolución de los que se necesitan para disciplinar a un marido —aseguró Canalis riendo.

Modesta sonrió como debió sonreír Enrique IV después de haber revelado a un embajador extranjero, en tres respuestas a una pregunta insidiosa, el carácter de sus tres principales ministros.

El día de la comida, Modesta, arrastrada por la preferencia que concedía a Canalis, se paseó largo tiempo sola con él por el terreno enarenado que se extendía entre la casa y el *parterre*, adornado de flores. Por los gestos del poeta y por el aire de la joven heredera, era fácil ver que escuchaba favorablemente a Canalis; por eso las dos señoritas d'Hérrouville fueron a interrumpir aquella escandalosa confidencia y con la maña propia de las mujeres en estas ocasiones, llevaron la conversación hacia la corte, hacia el brillo de un cargo de la corona, y explicaron la diferencia que existe entre los cargos de la Casa Real y los de la Corona; trataron de embriagar a Modesta al dirigirse a su orgullo y mostrarle uno de los más altos destinos a que podía aspirar entonces una mujer.

—Tener por hijo a un duque —exclamó la vieja señorita— es una ventaja positiva. Ese título es una fortuna, libre de todo menoscabo, que se transmite a los hijos.

—¿Y a qué azar —dijo Canalis, bastante descontento de haber visto interrumpida su conversación— debemos atribuir el poco éxito que el señor caballero mayor ha tenido hasta ahora en el negocio para el cual ese título puede servir mejor las pretensiones de un hombre?

Las dos señoritas echaron a Canalis una mirada tan cargada de veneno como el que vierte la mordedura de una víbora, pero quedaron tan descontentas de la mirada burlona de Modesta que se encontraron sin una palabra de respuesta.

—El señor caballero mayor —dijo Modesta a Canalis— no os ha reprochado nunca la humildad que os inspira vuestra gloria: ¿por qué mirar mal su modestia?

—Por otra parte —dijo la vieja señorita—, no hemos encontrado todavía una mujer digna del título de mi sobrino. Hemos visto algunas que no tenían más que la fortuna digna de esta posición; otras, que, sin la fortuna, tenían el espíritu; y confieso que hemos hecho bien en esperar a que Dios nos ofreciese la ocasión de conocer una persona en quien se reúnan la nobleza, el espíritu y la fortuna propias de una duquesa d'Hérrouville.

—Querida Modesta, hay mil barones de Canalis en el reino —dijo Elena d'Hérrouville a su nueva amiga, llevándola a unos pasos de allí—, como hay cien poetas en París que valen tanto como él; ¡y es tan poco grande hombre, que yo, pobre muchacha destinada a tomar el velo por falta de una dote, no querría nada de él! Por otra parte, no sabéis lo que es un joven explotado desde hace diez años por la duquesa de Chaulieu. Verdaderamente, sólo una vieja de cerca de sesenta años puede someterse a las pequeñas indisposiciones con que, según se dice, se encuentra

afligido el gran poeta, y de las que la menor fue en Luis XIV un defecto insoportable; pero la duquesa no sufre tanto con ellas, es cierto, como sufriría una esposa, pues no lo tiene siempre en su casa, como se tiene a un marido...

Y poniendo en práctica una de esas maniobras que las mujeres tanto usan entre sí, Elena d'Hérouville repitió muy confidencialmente las calumnias que las celosas rivales de la señora de Chaulieu propalaban sobre el poeta. Este pequeño detalle, bastante común en las conversaciones entre jóvenes, demuestra con qué encarnizamiento se disputaba ya la fortuna del conde de la Bastie.

En diez días las opiniones del Chalet habían variado mucho sobre los tres personajes que pretendían la mano de Modesta. Este cambio, totalmente desfavorable a Canalis, se basaba en consideraciones de una naturaleza capaz de hacer reflexionar profundamente a los titulares de una gloria cualquiera. No puede negarse, a la vista de la pasión con que se persigue un autógrafo, que la curiosidad pública está vivamente excitada por la celebridad. El ingenio prodigado sin medida produce sobre el alma el efecto que una cristalería en los ojos; esto basta para decir que el fogoso, el brillante Canalis fatigó pronto a unas gentes que, según su propia frase, estimaban lo sólido. Al tener que presentarse muy pronto como un hombre ordinario, el poeta encontró numerosos escollos en un terreno en el que la Brière conquistó los sufragios de todos los que en el primer momento lo habían encontrado desagradable. Experimentaron la necesidad de vengarse de la fama de Canalis al preferir a su amigo. Las mejores personas están hechas así. El simple y buen refrendario no ofendía ningún amor propio; al volver a él, cada cual le descubrió un gran corazón, una gran modestia, una discreción de caja fuerte y unos excelentes modales. El duque d'Hérouville puso a Ernesto, como valor político, muy por encima de Canalis. El poeta, desigual, ambicioso y voluble como el Tasso, amaba el lujo, la grandeza, contraía deudas; en tanto que el joven consejero, de un carácter igual, vivía con prudencia, útil sin estrépito, esperaba las recompensas sin mendigarlas y hacía economías. Por otro lado, Canalis había dado la razón a los burgueses que lo observaban. Desde hacía dos o tres días se dejaba llevar por movimientos de impaciencia, por abatimientos, por esas melancolías sin razón aparente, por esos cambios de humor, fruto del temperamento nervioso de los poetas. Estas originalidades (la frase de provincias), engendradas por la inquietud que le causaban todas las ofensas, agrandadas de día en día, hacia la duquesa de Chaulieu, a la que debía escribir, sin poder resolverse a ello, fueron cuidadosamente notadas por la dulce americana, por la digna señora Latournelle, y se convirtieron en tema de más de una conversación entre ellas y la señora Mignon. Canalis sintió los efectos de esas conversaciones sin explicárselos. La atención no fue ya la misma, los rostros no le presentaron ya el aire embelesado de los primeros días; en tanto que Ernesto comenzaba a hacerse escuchar. Por eso, desde hacía diez días, el poeta trataba de seducir a Modesta, y aprovechaba todos los instantes en que podía encontrarse a solas con ella para envolverla en las redes de un lenguaje apasionado. Los colores de

Modesta habían indicado a las dos solteras con qué placer escuchaba la heredera deliciosos conceptos deliciosamente dichos; e, inquietas ante tal progreso, acababan de recurrir a la *ultima ratio* de las mujeres en casos semejantes, a esas calumnias que raramente yerran el objetivo al dirigirse a las repugnancias físicas más violentas. Así es que al sentarse a la mesa el poeta vio nubes en la frente de su ídolo, leyó en ellas las perfidias de la señorita d'Hérouville y juzgó necesario ofrecerse él mismo como marido en cuanto pudiese hablar con Modesta. Al escuchar unos dichos agrídulces, aunque correctos, que se cambiaron entre Canalis y las dos nobles solteras, Gobenheim dio con el codo a su vecino Butscha, para señalarle al poeta y al caballerizo mayor.

—Se destruirán mutuamente —le dijo al oído.

—Canalis tiene genio bastante para destruirse solo —respondió el enano.

Durante la comida, que fue de excesiva magnificencia y admirablemente bien servida, el duque sacó una gran ventaja a Canalis. Modesta, que había recibido la víspera sus trajes de montar, habló de dar paseos por los alrededores. El giro que tomó la conversación la llevó a manifestar su deseo de presenciar una cacería a caballo, diversión que le era desconocida. Inmediatamente se ofreció el duque para proporcionar a la señorita Mignon el espectáculo de una cacería en un bosque de la Corona, a unas leguas del Havre. Gracias a sus relaciones con el príncipe de Cadignan, montero mayor, encontró el medio de desplegar ante Modesta un fausto regío, de seducirla al mostrarle el mundo fascinante de la Corte y hacerle sentir el deseo de introducirse en él por medio de un matrimonio. Las miradas que se cambiaron entre el duque y las dos señoritas d'Hérouville y que Canalis sorprendió, decían bastante: «¡Ya es nuestra la heredera!». De modo que el poeta, reducido a sus esplendores personales, se apresuró a buscar un compromiso de amor. Casi asustada por haber ido tan lejos de sus intenciones con los d'Hérouville, Modesta, paseándose por el parque después de la comida, hizo alarde de adelantarse un poco en compañía de Melchor. Llevada de su curiosidad de joven, bastante legítima, dejó traslucir las calumnias vertidas por Elena; y al oír una exclamación de Canalis, le exigió un secreto que él prometió.

—Esas calumnias —dijo el poeta— son de buena lid en el gran mundo; vuestra probidad se asombra de ellas y yo en cambio me río, e incluso me siento dichoso. Deben considerar esas señoritas muy en peligro los intereses de Su Señoría para haber recurrido a ellas.

Y aprovechando en el acto la ventaja que siempre da una comunicación de esa clase, empleó Canalis en su justificación una tan inspirada gracia, una pasión tan espiritualmente expresada al agradecer a Modesta una confianza en la que se apresuraba a encontrar un poco de amor, que ésta se vio tan comprometida con el poeta como con el caballerizo mayor. Comprendiendo Canalis la necesidad de ser atrevido, se declaró abiertamente. Hizo a Modesta juramentos en los que su poesía resplandeció como la luna. Ingeniosamente invocada, en los que brilló la descripción

de la encantadora rubia, tan admirablemente vestida para aquella fiesta de familia. Esta exaltación de encargo, a la que sirvieron de cómplices la tarde, el follaje, el cielo, la tierra y la naturaleza toda, llevaron al ávido amante más allá de toda razón; pues habló de su desinterés y supo remozar con las gracias de su estilo el famoso tema *¡Mil quinientos francos y mi Sofía!*, de Diderot, o *¡Una choza y tu corazón!* de todos los galanes que conocen bien la fortuna de un futuro suegro.

—Señor —dijo Modesta después de haber saboreado la melodía de aquel concierto, admirablemente ejecutado *sobre un tema conocido*—, la libertad que mis padres me conceden me ha permitido escucharos; pero es a ellos a quienes habréis de dirigirlos.

—Pues bien —exclamó Canalis—, decidme que si obtengo su consentimiento no querréis nada mejor que obedecerles.

—Sé por adelantado —respondió ella— que mi padre tiene caprichos que pueden contrariar el legítimo orgullo de una casa tan antigua como la vuestra, pues desea ver llevar a sus nietos su título y su nombre.

—¡Ay! Querida Modesta, ¿qué sacrificios no se harían por confiar la vida a un ángel guardián como vos?

—Me permitiréis que no decida en un instante la suerte de toda mi vida —dijo ella reuniéndose con la señorita d'Hérouville.

En aquel momento las dos señoritas halagaban las vanidades del pequeño Latournelle a fin de ponerlo de su parte. La señorita d'Hérouville, a quien, para distinguirla de su sobrina, reservaremos exclusivamente el nombre patrimonial, daba a entender al notario que el puesto de presidente del Tribunal del Havre, del que Carlos X dispondría en su favor, constituía un retiro debido a su talento de legista y a su probidad. Butscha, que se paseaba con la Brière y estaba asustado por los progresos del audaz Melchor, tuvo ocasión de hablar durante unos minutos con Modesta al pie de la escalinata, en el momento en que todos entraban de nuevo en la casa para entregarse a las porfías del inevitable *whist*.

—Señorita, supongo que aún no le habréis dicho: «¿Melchor?...» —le preguntó en voz baja.

—¡Poco ha faltado, mi enano misterioso! —respondió ella con una sonrisa como para hacer condenar a un ángel.

—¡Gran Dios! —exclamó el pasante dejando caer las manos.

—Pues qué, ¿vale acaso más ese rencoroso y sombrío refrendario por quien os interesáis? —prosiguió Modesta adoptando para con Ernesto uno de esos aires altaneros cuyo secreto pertenece a las jóvenes, como si la virginidad les prestase alas para volar tan alto—. ¿Es vuestro pequeño señor de la Brière el único que me aceptaría sin dote? —dijo tras una pausa.

—Preguntad a vuestro señor padre —replicó Butscha, que dio unos pasos para llevar a Modesta a cierta distancia de las ventanas—. Escuchadme, señorita. Sabéis que quien os habla está presto a sacrificaros, no sólo su vida, sino también su honor, y

ello en todo tiempo, en todo momento: de modo que podéis creer en mí, podéis confiarme lo que tal vez no le diríais ni a vuestro propio padre. Pues bien, ¿el sublime Canalis ha usado un lenguaje tan desinteresado que os ha autorizado para arrojar esa ofensa a la cara del pobre Ernesto?

—Sí.

—¿Y creéis en él?

—Eso, mi taimado leguleyo —respondió ella, dándole uno de los diez o doce sobrenombres que le había buscado—, es casi tanto como poner en duda la fuerza de mi amor propio.

—Os reís, querida señorita; de modo que no hay nada serio y en ese caso espero que os burléis de él.

—¿Qué pensaríais de mí, señor Butscha, si yo me considerase con derecho a ridiculizar a cualquiera de los que me hacen el honor de quererme por mujer? Sabed, *maître* Juan, que, incluso cuando parece despreciar el más despreciable de los homenajes, una muchacha se siente siempre halagada de obtenerlos...

—Entonces, ¿os halago yo?... —exclamó el pasante, mostrando un rostro tan iluminado como una ciudad para una fiesta.

—¿Vos?... ¡Vos me testimoniáis la más preciosa de las amistades, un sentimiento desinteresado como el de una madre por su hija! No os comparéis con nadie, pues mi mismo padre tiene la obligación de consagrarse a mí.

Hizo una pausa.

—No puedo decir que os amo en el sentido que los hombres dan a esa palabra, pero el sentimiento que os dedico es eterno y jamás conocerá vicisitudes.

—Pues bien —dijo Butscha, que fingió recoger una piedra para poder besar la punta de los zapatos de Modesta y dejar en ellos una lágrima—, permitidme entonces que os vigile como un dragón vigila un tesoro. El poeta ha desplegado demasiado pronto ante vos el encaje de sus preciosas frases, el oropel de sus promesas. Ha cantado su amor con la más hermosa cuerda de su lira, ¿no es así?... Si en el momento en que ese noble amante tenga la certidumbre de lo escaso de vuestra fortuna, lo veis cambiar de conducta, cortado, frío, ¿haréis todavía de él vuestro marido, le daréis, pese a todo, vuestro cariño?...

—¿Sería un segundo Francisco Althor?... —preguntó ella con un gesto en el que se pintaba un amargo disgusto.

—Permitidme el gusto de producir ese cambio de decoración —dijo Butscha—. No sólo quiero que ello sea repentino, sino que confío en devolveros a vuestro poeta nuevamente enamorado, de hacerle derramar alternativamente el frío o el calor sobre vuestro corazón con tanta gracia como la que pone en sostener el pro y la contra en una misma velada, muchas veces sin darse cuenta de ello.

—Si tenéis razón, ¿de quién puedo fiarme?...

—De quien os ama de veras.

—¿Del pequeño duque?

Butscha miró a Modesta. Ambos dieron unos pasos en silencio. La joven se mantuvo impenetrable, sin pestañear.

—Señorita, ¿me permitís que sea el traductor de los pensamientos que yacen ocultos en el fondo de vuestro corazón, como los musgos marinos bajo las aguas, y que vos misma no queréis confesaros?

—¡Vaya! —dijo Modesta—. ¿Va a ser también un espejo mi actual consejero-íntimo-privado?...

—No, pero sí un eco —respondió él con un gesto lleno de sublime modestia—. El duque os ama, pero os ama demasiado. Si yo, el pobre enano, he comprendido bien, a vos os repugnaría ser adorada como el Santísimo Sacramento en su tabernáculo. Pero como sois eminentemente femenina, del mismo modo que no queréis ver a un hombre continuamente a vuestros pies, un hombre de quien estaríais eternamente segura, tampoco deseáis a un egoísta como Canalis, que se amaría a sí mismo y no a vos... ¿Por qué? Yo no sé nada de eso. Intentaré convertirme en mujer, y en mujer vieja, para saber la razón de ese programa que he leído en vuestros ojos y que tal vez sea el de todas las solteras. Sin embargo, sentís una profunda necesidad de adoración en vuestra grande alma. Cuando un hombre hinca ante vos sus rodillas, vos no podéis sentaros en ellas. «Así no se llega lejos», decía Voltaire. Por consiguiente, el duquesito hace demasiadas genuflexiones en lo moral y Canalis demasiado pocas, por no decir que ninguna en absoluto. Por eso descubro la malicia oculta bajo vuestras sonrisas cuando os dirigís al caballero mayor, cuando os habla, cuando le respondéis. Jamás podréis ser desgraciada con el duque, todos os darán su aprobación si lo escogéis como marido, pero no lo amaréis en absoluto.

—¡Sois un brujo! —dijo Modesta.

—Tampoco encontraréis nunca esa dulce igualdad de sentimientos, esa continua participación de la vida y esa certidumbre de agrandar que hace aceptar el matrimonio, al desposaros con un Canalis, con un hombre que no piensa más que en él, en quien el yo es la única nota, cuya atención todavía no se ha dignado fijarse en vuestro padre o en el caballero mayor... ¡Un ambicioso de segundo orden a quien vuestra dignidad, vuestra obediencia, importan poco, que hará de vos una cosa necesaria en su casa y que os insulta ya con su indiferencia respecto al honor! Si vos os permitieseis abofetear a vuestra madre, Canalis cerraría los ojos para poderse negar a sí mismo ese crimen, tanta sed tiene de vuestra fortuna. Así es, señorita, que yo no pensaba ni en el gran poeta, que no es más que un comediante, ni en Su Señoría, que sólo será para vos un buen matrimonio, pero no un marido...

—Butscha, mi corazón es como un libro en blanco donde vos mismo grabáis lo que leéis en él —respondió Modesta—. Os sentís arrastrado por vuestro odio provinciano contra todo lo que os obliga a mirar por encima de vuestra cabeza. No le perdonáis al poeta que sea un hombre público, que posea una hermosa palabra, que se le ofrezca un inmenso porvenir, y calumniáis sus intenciones...

—¿Ése, señorita?... Ése os volvería la espalda al día siguiente de vuestra ruina

con la misma bajeza de un Vilquin.

—¡Oh! Hacedle representar ese paso de comedia y...

—En todos los tonos, dentro de tres días, el miércoles, acordaos de ello. Hasta entonces, señorita, divertíos al escuchar todos los aires de esa cantinela a fin de que resalten mejor las innobles disonancias de la contrapartida.

Modesta entró alegremente en el salón, en el que únicamente la Brière, sentado junto a una ventana desde la que sin duda había contemplado a su ídolo, se levantó como si algún ujier hubiese anunciado: «La reina». Fue un movimiento respetuoso, lleno de esa viva elocuencia propia de los gestos, que excede a la del más hermoso discurso. El amor hablado no vale lo que el amor probado, y todas las jóvenes de veinte años tienen cincuenta para practicar este axioma. En eso consiste el gran argumento de los seductores. En lugar de mirar de frente a Modesta, como lo hizo Canalis, que la saludó con un homenaje público, el galán desdeñado la siguió con una larga mirada de sus ojos bajos, humilde a la manera de Butscha, casi temeroso. La joven heredera advirtió esta actitud al ir a colocarse junto a Canalis, en cuyo juego pareció interesarse. Durante la conversación, dedujo la Brière, por unas palabras que Modesta le dirigió a su padre, que el miércoles reanudaría el ejercicio de la equitación; le hacía observar que necesitaba una fusta en armonía con la suntuosidad de sus vestidos de amazona. El refrendario dirigió al enano una mirada que brilló como un incendio, y unos instantes después pisaban ambos la terraza.

—Son las nueve —le dijo Ernesto a Butscha—; parto a rienda suelta hacia París, donde puedo estar mañana a las diez. Querido Butscha, de vos sin duda aceptará un recuerdo, pues os demuestra amistad; dejadme ofrecerle, como si fuerais vos, una fusta, y sabed que como premio de esta generosa complacencia, tendréis en mí no un amigo, sino un servidor incondicional.

—¡Id, sois bien afortunado —dijo el pasante—, vos tenéis dinero, vos...!

—Prevenid de mi parte a Canalis que no iré a dormir a casa y rogadle que invente un pretexto cualquiera para justificar una ausencia de dos días.

Una hora después partió Ernesto en silla de posta y llegó en doce horas a París, donde su primer cuidado fue el de reservar una plaza en el coche correo del Havre para el día siguiente. Después fue a visitar a los tres joyeros más célebres de París y comparó los puños de fusta en busca de lo que el arte pudiese ofrecer de más hermoso. Encontró una cacería del ciervo esculpida en oro y rematada por un rubí, de un precio exorbitante para el sueldo de un refrendario, hecho por Stidmann para un ruso que luego no pudo pagar el encargo; todos sus ahorros se le fueron en ello, pues se trataba nada menos que de siete mil francos. Ernesto facilitó al joyero el modelo de las armas de los de la Bastie y le dio veinte horas para grabarlas en lugar de las que había. Esta cacería, una obra maestra de delicadeza, fue aplicada a una fusta de caucho y colocada en un estuche de tafilete rojo forrado de terciopelo, sobre el cual se grabaron dos M. M. entrelazadas. El miércoles por la mañana la Brière estaba ya de regreso por la posta, a tiempo de desayunar con Canalis. El poeta había ocultado la

ausencia de su secretario, diciéndolo ocupado por un trabajo remitido desde París. Butscha, que se encontraba en la casa de postas para tender la mano al refrendario a la llegada del coche de postas, corrió a llevar la magnífica obra de arte a Francisca Cochet para que la colocase sobre el tocador de Modesta.

—Sin duda acompañaréis en su paseo a la señorita Modesta —dijo el pasante, que volvió a casa de Canalis para anunciar a la Brière con una mirada que la fusta había llegado felizmente a su destino.

—Yo me voy a acostar —respondió Ernesto.

—¡Vaya! —exclamó Canalis mirando a su amigo—. No te entiendo.

Como era la hora de almorzar el poeta invitó, naturalmente, al pasante para que se sentara a la mesa. Butscha se había hecho el remolón con intención de dejarse invitar, en caso de necesidad, por la Brière, al advertir en la fisonomía de Germán el éxito de una malicia de jorobado, con la cual había iniciado el cumplimiento de la promesa hecha a Modesta.

—El señor hace bien en retener al pasante del señor Latournelle —dijo Germán al oído de Canalis.

Canalis siguió a Germán al salón, como consecuencia de un guiño del criado a su amo.

—Esta mañana, señor, fui a presenciar una partida de pesca a la que me invitó anteayer un patrón de barca con el que he hecho amistad.

Germán no confesó haber tenido el mal gusto de ponerse a jugar al billar en un café del Havre, donde Butscha lo había rodeado de amigos suyos para maniobrar a su voluntad sobre él.

—¿Y bien? —dijo Canalis—. ¡Rápido, al grano!

—Señor barón, he oído una discusión sobre el señor Mignon, en la que he podido intervenir tranquilamente pues nadie sabía a quien sirvo. ¡Ah, señor barón! El rumor del puerto es que caéis en una trampa. La fortuna de la señorita de la Bastie es, como su nombre, muy modesta. El barco en que ha regresado el padre no es suyo, sino de unos mercaderes de la China, con los que tendrá que contar. A este respecto se dicen cosas poco halagadoras para el honor del coronel. Como he oído decir que vos y el señor duque os disputáis a la señorita de la Bastie, me he tomado la libertad de preveniros; pues, de los dos, es preferible que sea Su Señoría quien *trague el anzuelo*... Al regreso me he dado una vuelta por el puerto, ante la sala de espectáculos, que es por donde se pasean los comerciantes, entre los cuales me he mezclado osadamente. Esas buenas gentes, al ver a un hombre bien vestido, se pusieron a hablar del Havre; una vez metido el hilo en la aguja, los he llevado al tema del coronel Mignon y se han mostrado tan de acuerdo con los pescadores que faltaría a mis deberes si me callase. He aquí por qué he dejado al señor vestirse solo...

—¿Qué hacer? —exclamó Canalis al verse comprometido en forma tal que no podía volverse fácilmente atrás de sus promesas a Modesta.

—El señor conoce mi adhesión —dijo Germán al poeta, que estaba como

anonadado— y no se asombrará si me permito darle un consejo. Si podéis embriagar a ese pasante, seguro que dirá todo lo que sepa sobre el caso; y si no se le va la lengua con la segunda botella, se le irá con la tercera. Por otra parte, sería raro que el señor, a quien sin duda veremos un día de embajador, según Filoxena le oyó decir a la señora duquesa, no triunfase de un pasante del Havre.

En aquel momento Butscha, promotor desconocido de aquella partida de pesca, invitaba al refrendario a callar el motivo de su viaje a París y a no contrariar su maniobra en la mesa. El pasante había sacado partido de una reacción desfavorable a Carlos Mignon que se había producido en el Havre, he aquí por qué. El señor conde de la Bastie venía esquivando el trato de los amigos de otro tiempo, que durante su ausencia habían olvidado a su mujer y a sus hijas. Al saber que se daba una gran comida en la villa Mignon, todos esperaban figurar entre los convidados y se mostraban seguros de recibir la invitación; pero cuando se supo que los únicos invitados eran Gobenheim, los Latournelle, el duque y los dos parisienses, se produjo un público clamor sobre el orgullo del comerciante: su empeño en no ver a nadie, en no bajar al Havre, fue entonces resaltado y atribuido a un orgullo del que se vengó todo el Havre al poner en tela de juicio su repentina fortuna. Charlando, pronto se supo que los fondos necesarios para la compra a retro a Vilquin los había facilitado Dumay. Esta circunstancia permitió a los más encarnizados suponer calumniosamente que Carlos había confiado a la absoluta adhesión de Dumay unos fondos sobre los cuales preveía discusiones con sus supuestos asociados de Cantón. Las medias palabras de Carlos, cuya intención fue siempre la de ocultar su fortuna, las manifestaciones de sus allegados, a los que se sonsacó habilidosamente, prestaban cierta verosimilitud a estas groseras fábulas, en las que todos creyeron a impulsos de ese espíritu de difamación que anima siempre a unos comerciantes contra otros: Del mismo modo que el patriotismo de campanario había exaltado la inmensa fortuna de uno de los fundadores del Havre, la disminuían ahora los celos provincianos. El pasante, a quien los pescadores debían más de un servicio, les pidió un secreto y una calumnia. Fue bien servido. El patrón de la barca le dijo a Germán que uno de sus primos, marinero, había llegado de Marsella, licenciado como consecuencia de la venta del bergantín en que había regresado el coronel. El bergantín se vendía por cuenta de un tal Gastaugnold y la carga, según el primo, valía, todo lo más, trescientos o cuatrocientos mil francos.

—Germán —dijo Canalis en el momento en que salía el ayuda de cámara—, nos servirás vino de Champaña y de Burdeos. Un miembro de la curia del Havre debe llevar un buen recuerdo de la hospitalidad de un poeta... Y como, por otra parte, tiene tanto ingenio como *Fígaro* —añadió Canalis, apoyando la mano en la espalda del enano—, es preciso que ese ingenio brote y hierva con el vino de Champaña; ¡tampoco nos privaremos nosotros de él, Ernesto!... ¡Está bien, a fe mía! Hace ya dos años que no me he embriagado —prosiguió mirando a la Brière.

—¿Con vino?... Eso se concibe —respondió el pasante—. ¡Os embriagáis todos

los días de vos mismo! Os bebéis a vos mismo y os alabo por ello. Sois hermoso, sois poeta, sois ilustre, tenéis una conversación digna de vuestro genio, agradáis a todas las mujeres, incluso a mi patrona. Amado por la más hermosa sultana madre que he visto (aunque no haya visto nunca más que a ésa), podríais, si así lo quisierais, casaros con la señorita de la Bastie... Mirad, sólo con hacer el inventario de vuestro presente, sin contar vuestro porvenir (¡un hermoso título, la dignidad de par, una embajada!...) estoy ya como una cuba, como esas personas que embotellan el vino de los demás.

—¡Todas esas magnificencias sociales no son nada sin la riqueza que las valoriza! ... Estamos aquí entre hombres y los sentimientos hermosos son encantadores... en verso.

—Y en determinadas circunstancias —dijo el pasante, haciendo un gesto significativo.

—Pero vos, señor fabricante de contratos —dijo el poeta sonriendo ante la interrupción—, sabéis tan bien como yo que *chaumière rime avec misère* (que choza rima con miseria).

Ante la mesa, Butscha desempeñó bien el papel del Rigaudin de *La casa en rifa*, de un modo capaz de horrorizar a Ernesto, que no conocía las bromas de taller. El pasante contó la crónica escandalosa del Havre, las historias de las fortunas, las de las alcobas y las de esos crímenes cometidos Código en mano, a lo cual se llama en Normandía *salirse del asunto como se puede*. No perdonó a nadie. Su verborrea crecía con el torrente de vino que pasaba por su gznate como el agua de un chubasco por un canalón.

—¿Sabes, la Brière, que este bravo muchacho haría un famoso secretario de embajada? —dijo Canalis escanciando más vino a Butscha.

—¡Como para suplantar a su patrón! —continuó el enano, echando sobre Canalis una mirada cuya insolencia quedó ahogada en el burbujeo del gas carbónico—. Soy demasiado desagradecido y demasiado intrigante para subirme a vuestras espaldas. ¡Un poeta con un engendro auestas!... Eso se ve a veces, e incluso con bastante frecuencia... en los libros. Vamos, que me miráis como a un traga espadas. Mi querido gran genio, sois un hombre superior y sabéis bien que el reconocimiento es una palabra imbécil, que figura en el diccionario pero que no existe en el corazón humano. El reconocimiento sólo tiene valor sino en cierto monte que no es el Parnaso ni el Pindó. ¿Creéis que le debo mucho a mi patrona por haberme educado? Pues la ciudad entera le ha saldado esa cuenta en estimación, en palabras, en admiración, la más querida de las monedas. No admito el bien donde se constituyen rentas de amor propio. Los hombres realizan entre sí un comercio de servicios, la palabra reconocimiento significa un «debe», eso es todo. En cuanto a la intriga, es mi divinidad... ¡Cómo! —dijo a un gesto de Canalis—. ¿No adoráis vos la facultad que permite al hombre flexible triunfar sobre el hombre de genio, que reclama una constante observación de los vicios, de las debilidades de nuestros superiores y del

conocimiento de la hora propicia en todo asunto? ¡Preguntad a la Diplomacia si el más hermoso de todos los éxitos no es el triunfo de la astucia sobre la fuerza! ¡Si yo fuese vuestro secretario, señor barón, pronto seríais primer ministro, porque tendría en ello el mayor interés!... ¿Queréis una prueba de mis pequeños talentos en el género? Pues oíd: vos amáis hasta la adoración a la señorita Modesta, y tenéis razón. La niña cuenta con mi estimación, es una verdadera parisiense. ¡De vez en cuando nace una parisiense en provincias!... Nuestra Modesta es una mujer como para lanzar a un hombre... Tiene esto —prosiguió, haciendo un molinete en el aire—. Pero encontraréis un temible competidor, el duque: ¿qué me dais por hacerle marchar del Havre antes de tres días?...

—Acabemos esta botella —dijo el poeta llenando la copa de Butscha.

—¡Vais a emborracharme! —dijo el pasante bebiendo ávidamente una nueva copa de vino de Champaña—. ¿Tenéis una cama en la que pueda dormir una hora? Mi patrón es sobrio como buen camello que es y la señora Latournelle también. ¡Uno y otro tendrían la dureza de reñirme, y con razón, pues tengo unos trabajillos que realizar!...

Después, hilvanando sin transición sus ideas anteriores, exclamó:

—¡Y qué memoria!... Iguala a mi reconocimiento.

—Butscha, hace un momento te decías desagradecido; te contradices —exclamó el poeta.

—Por completo —siguió el pasante—. ¡Olvidar es casi siempre acordarse! ¡Vamos, mirad! Estoy cortado como para hacer un famoso secretario...

—¿De qué modo te arreglarías para despedir al duque? —dijo Canalis, encantado al ver que la conversación iba por sí sola a sus fines.

—¡Eso... no os concierne! —dijo el pasante soltando un gran hipido.

Butscha echó la cabeza hacia la espalda y giró los ojos de Germán a la Brière y de la Brière a Canalis, a la manera de las personas que, al sentir llegar la embriaguez, quieren saber la estima en que se les tiene; pues, en el naufragio de la embriaguez, se puede observar que el amor propio es el único sentimiento que sobrenada.

—¡Decid entonces, gran poeta, que sois un mal comediante! Me tomáis por uno de vuestros lectores, vos que mandáis a vuestro amigo a rienda suelta a París para buscar informes sobre la casa Mignon... Yo miento, tú mientes, nosotros mentimos... ¡Bueno! Hacedme el honor de creer que soy lo bastante calculador como para darme siempre cuenta de mi estado. En mi calidad de primer pasante de *maître* Latournelle, mi corazón es un pedazo de cartón con un candado... Mi boca no descubre ningún papel relativo a los clientes. Lo sé todo y no sé nada. Además, mi pasión es bien conocida. Amo a Modesta, es mi discípula, debe hacer un buen matrimonio. Y yo le ajustaré las cuentas al duque, si fuese necesario. Pero vos os casaréis...

—¡Germán, el café, los licores!... —dijo Canalis.

—¿Licores?... —repitió Butscha, alzando la mano como una falsa virgen que quiere resistir una pequeña seducción—. ¡Ah, mis pobres actas!... Hay precisamente

entre ellas un contrato de matrimonio. Mirad, mi segundo pasante es un bestia para unas capitulaciones matrimoniales y es capaz de 1... 1... largar un disparate en los parafernales de la futura esposa; se cree un hombre guapo porque mide cinco pies y seis pulgadas... ¡Un imbécil!

—Tomad, aquí tenéis crema de té, un licor de las Islas —dijo Canalis—. Vos, a quien Modesta consulta...

—Me consulta.

—Pues bien, ¿creéis que me ama? —preguntó el poeta.

—¡*Chi*, más de lo que ama al duque! —respondió el enano saliendo de una especie de torpeza que fingía a maravilla—. Os ama a causa de vuestro desinterés. Me ha dicho que por vos era capaz de los mayores sacrificios, de escatimar en su tocador, de no gastar más de mil escudos al año, de emplear su vida en demostraros que, al casaros con ella, habéis hecho un excelente negocio, y es intrépidamente (un hipido) honesta e instruida. ¡Esa joven no ignora nada!

—Eso y trescientos mil francos —dijo Canalis.

—¡Oh! Tal vez tenga eso que decís —prosiguió con entusiasmo el pasante—. Papá Mignon... ¡Ya veis, es gentil como padre! (Por eso lo he estimado yo...). Para establecer bien a su hija se despojará de todo... Ese coronel está acostumbrado por vuestra Restauración (un hipido) a permanecer a medio sueldo, será muy feliz viviendo con Dumay, *estafando* al Havre, y seguro que le dará sus trescientos mil francos a la pequeña... Pero no olvidemos a Dumay, que destina su fortuna a Modesta. Como sabéis, Dumay es bretón, su origen es un valor en el contrato, no cambia, y su fortuna iguala a la del patrón. Sin embargo, como a mí me escuchan, al menos tanto como a vos, aunque yo no hablo tanto ni tan bien, les he dicho: «Os comprometéis demasiado por vuestra casa; si Vilquin os la deja, he ahí doscientos mil francos que no producirán nada... De modo que quedarían cien mil francos para *vegetar...*, eso es bastante, a mi juicio...». En estos momentos, el coronel y Dumay están deliberando. ¡Creedme! Modesta es rica. Las gentes del puerto dicen tonterías por la ciudad, tienen envidia... ¿Pero quién es la que tiene una dote igual en el departamento? —dijo Butscha, que levantó los dedos para contar—. ¡De dos a trescientos mil francos contantes y sonantes —dijo inclinando el pulgar de la mano izquierda hasta tocar con el índice de la derecha— uno! ¡La nuda propiedad de la villa Mignon —prosiguió volviendo el índice izquierdo—, dos! ¡*Tertio*, la fortuna de Dumay! —añadió doblando el dedo del medio—. De modo que la madrecita Modesta será una joven con seiscientos mil francos cuando los dos militares se hayan ido a pedir el santo y seña al Padre eterno.

Esta ingenua y brutal confianza, alternada con copitas, despejaba tanto a Canalis como parecía enturbiar a Butscha. Para el pasante, joven provinciano, resultaba evidentemente colosal aquella fortuna. Dejó caer la cabeza sobre la palma de su mano derecha; y, majestuosamente acodado en la mesa, parpadeó repetidamente, mientras hablaba consigo mismo:

—Dentro de veinte años, a juzgar por el tren que lleva el Código al triturar las fortunas con el Título *De las sucesiones*, una heredera de seiscientos mil francos será tan rara como el desinterés de un usurero. Me diréis que Modesta se comerá doce mil francos al año, el interés de su dote; pero es muy gentil... muy gentil... muy gentil. Es (ya veis, un poeta necesita imágenes...), es un armiño travieso como un mono.

—¿Qué es entonces lo que tú me decías? —exclamó dulcemente Canalis mirando a la Brière—. ¿Que tenía seis millones?...

—Amigo mío —dijo Ernesto—, permite que te haga observar que he debido callarme, pues estoy ligado por un juramento, y tal vez sea demasiado decir que...

—¿Un juramento? ¿Con quién?

—Con el señor Mignon.

—¡Cómo! Ernesto, tú que sabes cuán necesaria me es la fortuna...

Butscha roncaba.

—... Tú que conoces mi posición y todo lo que, de casarme, perdería en la calle de Grenelle, ¿me dejarías hundir fríamente?... —dijo Canalis palideciendo—. Pero éste es un asunto entre amigos y nuestra amistad, querido, supone un pacto anterior al que te ha pedido ese astuto provenzal...

—Melchor —dijo Ernesto—, amo demasiado a Modesta para...

—¡Imbécil! Te la dejo —exclamó el poeta—. Así que rompe tu juramento...

—¿Me juras, bajo palabra de honor, olvidar lo que voy a decirte, conducirte conmigo como si esta confidencia no te hubiese sido hecha nunca, suceda lo que suceda?

—¡Lo juro por la memoria de mi madre!

—Pues bien, en París, el señor Mignon me dijo que estaba muy lejos de poseer la fortuna colosal de que me habían hablado los Mongenod. La intención del coronel se reduce a dar a su hija doscientos mil francos. Ahora bien, ¿desconfiaba el padre? ¿Era sincero? Yo no sé contestar a esta pregunta. Si Modesta, sin dote, se dignase escogerme, sería mi mujer.

—¡Un marisabidilla! ¡Con una erudición que espanta, que lo ha leído todo, que lo sabe todo... en teoría! —exclamó Canalis a un gesto de la Brière—. ¡Una niña mimada, educada en el lujo durante sus primeros años y privada de él desde hace cinco!... ¡Ah!, mi pobre amigo, piensa bien en ello...

—¡*Ode* (oda) y *Code* (Código)! —dijo Butscha despertándose—. Vos trabajáis con la *Ode*, yo con el *Code*, de modo que sólo hay una *c* de diferencia entre nuestros trabajos. *Code* viene de *coda*, piedra de afilar. Me habéis obsequiado, os aprecio..., no os dejéis atrapar por el *Code*... Mirad, un buen consejo vale tanto como vuestro vino y la crema de té. El padre Mignon es también una crema, la crema de las gentes honradas... Pues bien, montad a caballo y acompañad a su hija, podéis abordarlo francamente, habladle de la dote. Os responderá claramente y veréis el fondo del saco, tan ciertamente como que yo estoy borracho y vos sois un grande hombre. Pero, por cierto, ¿marchamos juntos del Havre? Seré vuestro secretario, puesto que ese

pequeño, que me cree borracho y se ríe de mí, os deja... ¡Vamos, decidios! ¡Dejadle casar con la joven!

Canalis se levantó para ir a vestirse.

—¡Ni una palabra...! Corre hacia su suicidio —le dijo a la Brière muy reposadamente Butscha, frío como un Gobenheim y que hizo a Canalis un gesto familiar a los pilluelos de París—. ¡Adiós, mi amo! —prosiguió el pasante a grito pelado—; ¿me permitís ir a *provocar* en el kiosco de la señora Amaury?

—Estáis en vuestra casa —respondió el poeta.

El pasante, blanco de las risas de los tres criados de Canalis, alcanzó el kiosco, caminando sobre los arriates y las macetas de flores con la gracia testaruda de los insectos que describen sus interminables zigzags cuando tratan de salir por una ventana cerrada. Cuando se hubo encaramado hasta el kiosco y los criados entraron de nuevo en la casa, se sentó en un banco de madera pintada y se sumió en las alegrías de su triunfo. Acababa de burlar a un hombre superior; acababa, no sólo de arrancarle la máscara, sino de verle deshacer los cordones; y reía como un autor de su obra, es decir, con el sentimiento del valor inmenso de esa *vis comica*.

—¡Los hombres son peonzas, y sólo se necesita encontrar un bramante que se enrolle a su torso! No me desmayaría aunque alguien me dijese: «¡La señorita Modesta se acaba de caer del caballo y se ha roto una pierna!».

Unos instantes después, Modesta, vestida con una deliciosa amazona de casimir verde botella, tocada con un sombrerito de velo verde, guantes de ante, botas de terciopelo en los pies —sobre los que rozaba la guarnición de puntilla de sus pantalones— y montada en un poney ricamente enjaezado, mostraba a su padre y al duque d'Hérouville el lindo presente que acababa de recibir; era dichosa al adivinar en él una de las atenciones que más halagan a las mujeres.

—¿Es vuestro, señor duque? —le dijo tendiéndole el resplandeciente extremo de la fusta—. Pusieron encima una carta donde se leía: «Adivina si puedes». Luego, puntos suspensivos. Francisca y la señora Dumay atribuyen esta encantadora sorpresa a Butscha; pero mi querido Butscha no es lo suficientemente rico para pagar tan hermosos rubíes. Por otra parte, mi padre, a quien le dije el domingo por la noche, notadlo bien, que no tenía fusta, me ha enviado a buscar ésta a Ruán.

Modesta señalaba en la mano de su padre una fusta, cuyo puño era un plantel de turquesa, una novedad entonces de moda y que después se hizo bastante vulgar.

—Señorita, habría dado con gusto diez años de mi vida por tener el derecho de ofreceros tan magnífica joya —respondió cortésmente el duque.

—¡Ah! He aquí entonces al atrevido —exclamó Modesta al ver llegar a Canalis a caballo—. No hay nadie como un poeta para saber encontrar cosas tan hermosas... Señor —le dijo a Melchor—, mi padre os reñirá, pues dais la razón a los que reprochan vuestras disipaciones.

—¡Ah! —exclamó inocentemente Canalis—. ¡He aquí entonces la razón de que la Brière fuese a París a rienda suelta!

—¿Vuestro secretario se ha tomado semejantes libertades? —dijo Modesta palideciendo y arrojando la fusta a Francisca Cochet con una vivacidad en la que debía leerse un profundo desprecio—. Dadme esa fusta, padre.

—¡Pobre muchacho, que yace en su lecho molido por la fatiga! —exclamó Melchor siguiendo a la joven, que se había lanzado al galope—. Sois dura, señorita. Él me dijo: «No tengo más que esta oportunidad para conseguir que me recuerde...».

—¿Y estimaríais a una mujer capaz de guardar recuerdos de todas las parroquias? —dijo Modesta.

Modesta, sorprendida al no recibir respuesta de Canalis, atribuyó esta desatención al ruido de los caballos.

—¡Cómo os complacéis en atormentar a los que os aman! —le dijo el duque—. Esa nobleza, esa altivez, desmienten tan bien vuestros arranques que comienzo a suponer que os calumniáis a vos misma al premeditar vuestras maldades.

—¡Ah! Vos no hacéis más que fijaros en las cosas, señor duque —dijo ella riendo—. ¡Tenéis la perspicacia de un marido!

Recorrieron casi un kilómetro en silencio. Modesta se asombró de no recibir la llama de las miradas de Canalis, que parecía demasiado prendado de las bellezas del paisaje para que esa admiración fuese natural. La víspera, al mostrar Modesta al poeta el admirable efecto de una puesta de sol en el mar, le había tenido que insistir, en vista de que lo encontraba ajeno como un sordo:

—Entonces, ¿es que no habéis mirado?

—No he mirado más que vuestra mano —fue la respuesta de él.

—¿El señor de la Brière sabe montar a caballo? —le preguntó Modesta a Canalis para mortificarle.

—No muy bien, pero se defiende —respondió el poeta, que se había vuelto tan frío como Gobenheim antes del regreso del coronel.

En un camino transversal que recomendó el señor Mignon para ir, a través de un lindo vallecillo, hasta una colina desde la cual se dominaba el curso del Sena, Canalis dejó pasar delante a Modesta y al duque, acortando el paso de su caballo de manera que pudiese cabalgar junto al coronel.

—Señor coronel, vos sois un leal militar, de modo que veréis en mi franqueza un título para merecer vuestra estimación. Cuando las proposiciones de matrimonio, con todas sus salvajes discusiones, o demasiado civilizadas si queréis, pasan por boca de terceros, todo el mundo pierde en ello. Somos dos gentileshombres tan discretos el uno como el otro, y vos, lo mismo que yo, habéis franqueado la edad de los asombros; de modo que debemos hablar como camaradas. Yo os voy a dar el ejemplo. Tengo veintinueve años, carezco de fortuna territorial y soy ambicioso. La señorita Modesta me agrada extraordinariamente, debéis de haberos dado cuenta de ello. Ahora bien, a pesar de los defectos que vuestra querida niña simula por gusto...

—Sin contar con los que tiene realmente —dijo el coronel sonriendo.

—La convertiría en mi esposa de muy buen grado y creo poder hacerla dichosa.

Pero la fortuna patrimonial tiene la mayor importancia para mi porvenir, hoy comprometido. ¡Todas las jóvenes casaderas deben ser amadas *pese a todo!* Sin embargo, vos no sois hombre como para casar a vuestra querida Modesta sin dote, y mi situación no me permite hacer lo que se llama un matrimonio por amor, ni siquiera tomar una mujer que no aporte una fortuna cuando menos igual a la mía. Tengo mi sueldo, mis sinecuras, la Academia y mi producción literaria, es decir, unos treinta mil francos al año, fortuna enorme para un soltero. Si entre mi mujer y yo reuniésemos sesenta mil francos de renta al año, quedaría, poco más o menos, en el mismo pie de vida en que estoy. ¿Le dais un millón a la señorita Modesta?

—¡Ah, señor! Andamos muy lejos de la cuenta —dijo jesuíticamente el coronel.

—Entonces suponed que en lugar de hablar hemos silbado —replicó vivamente Canalis—. Debéis estar satisfecho de mi conducta, señor conde: se me contará como uno más de los desgraciados que habrá hecho esa encantadora personilla. Dadme vuestra palabra de guardar silencio ante todo el mundo, incluso ante la señorita Modesta; pues —añadió como consuelo—, podría sobrevenir tal cambio en mi posición que me permitiese pedíroslo sin dote.

—Os lo juro —dijo el coronel—. Ya sabéis, señor, la alegría con que la gente, tanto en provincias como en París, habla de fortunas que se hacen y deshacen. Exageran tanto la desgracia como la prosperidad, pues nunca somos tan desdichados ni tan felices como se dice. La venta de las mercancías y de mi barco, el arreglo de mis cuentas en China, nada de eso está terminado. No conoceré el volumen de mi fortuna hasta dentro de diez meses. Sin embargo, en París le garanticé al señor de la Brière doscientos mil francos de dote en dinero contante. Quiero establecer un mayorazgo en fincas y asegurar el porvenir de mis nietos al obtener para ellos la sucesión en mis armas y de mis títulos.

Desde el comienzo mismo de esta contestación Canalis no escuchaba ya en absoluto.

Al encontrar un trozo de camino lo bastante ancho, los cuatro jinetes empezaron a caminar en un solo frente y ganaron aquella meseta desde la cual podía dominar la vista la rica cuenca del Sena hasta Ruán, en tanto que por la parte opuesta se alcanzaba a ver el mar.

—Creo que Butscha tenía razón, Dios es un gran paisajista —exclamó Canalis al contemplar aquel panorama, único entre los que hacen tan justamente celebrada la ribera del Sena.

—Es durante las partidas de caza, sobre todo, mi querido barón —respondió el duque—, al estar la naturaleza animada por una voz, por un tumulto en medio del silencio, cuando los paisajes, rápidamente entrevistados, nos parecen verdaderamente sublimes en sus cambiantes efectos.

—El sol es una paleta inagotable —dijo Modesta mirando al poeta con una especie de estupefacción.

A una observación de Modesta sobre el ensimismamiento en que se sumía

Canalis, éste respondió que se entregaba a sus pensamientos, excusa que los escritores pueden dar más fácilmente que el resto de los hombres.

—¿Somos realmente dichosos al llevar nuestra mirada al ámbito del mundo, al complicarla con mil necesidades artificiales y con nuestras vanidades sobreexcitadas? —dijo Modesta al ver el aspecto de aquella apacible y rica campiña que, parecía invitar a una filosófica tranquilidad de existencia.

—Señorita, esa bucólica se ha escrito siempre en tablas de oro —dijo el poeta.

—Y concebida, tal vez, en las buhardillas —replicó el coronel.

Después de haber lanzado una penetrante mirada a Canalis, que éste no sostuvo, Modesta oyó como un ruido de campanas en sus oídos; todo se volvió oscuro ante ella, y exclamó con acento glacial:

—¡Ah! ¡Pero hoy estamos a miércoles!

—No es por halagar el capricho de la señorita, sin duda muy pasajero —dijo solemnemente el duque d’Hérouville, a quien esta escena, trágica para Modesta, había dado tiempo para pensar—; pero declaro que estoy tan profundamente hastiado del mundo, de la Corte y de París, que con una duquesa d’Hérouville dotada de las gracias y el espíritu de la señorita, tomaría la resolución de vivir como un filósofo en mi castillo, hacer el bien a mi alrededor, desecar mis marismas, educar a mis hijos...

—Eso os será tenido en cuenta, señor duque —dijo Modesta, posando la mirada durante largo rato sobre el noble gentilhomme—. Vos me lisonjeáis —prosiguió— y en vez de juzgarme frívola, suponéis bastantes recursos en mi interior como para poder vivir en la soledad. Tal vez sea esa mi suerte —añadió mirando a Canalis con expresión de piedad.

—Es la de todas las fortunas mediocres —respondió el poeta—. París exige un lujo babilónico. Hay momentos en los que me pregunto cómo lo he podido mantener hasta ahora.

—El rey puede contestar por nosotros —dijo el duque con candor—, pues vivimos de las bondades de Su Majestad. Si desde la caída del señor Grande, como llamaban a Cinq-Mars, no hubiésemos contado siempre en nuestra casa con su ayuda, tendríamos que ceder Hérouville a los usureros. ¡Ah!, creedme, señorita, para mí resultaría muy humillante mezclar las cuestiones financieras con mi matrimonio...

La simplicidad de esta confesión, salida de lo más hondo del corazón, y en la que la queja era sincera, conmovió a Modesta.

—Hoy no hay nadie en Francia lo bastante rico, señor duque —dijo el poeta— como para cometer la locura de desposar a una mujer por sus méritos personales, por sus gracias, por su carácter o por su belleza...

El coronel miró a Canalis de una forma singular, después de haber examinado a Modesta, cuyo rostro no denotaba ningún asombro.

—Para las personas de honor —dijo entonces el coronel—, constituye un hermoso empleo de la riqueza el de aplicarla a reparar los ultrajes del tiempo en las viejas casas históricas.

—¡Sí, papá! —respondió gravemente la joven.

El coronel invitó al duque y a Canalis a comer en su casa sin ceremonia y con los trajes de montar, dándoles con ello un ejemplo de sencillez. Cuando, a su regreso, fue Modesta a cambiarse de vestido, miró con curiosidad la joya traída desde París y que tan cruelmente había desdeñado.

—¡Qué bien trabajan hoy! —le dijo a Francisca Cochet, que se había convertido en su doncella.

—Y ese pobre muchacho, señorita, que tiene fiebre...

—¿Quién te lo ha dicho?

—El señor Butscha. Ha venido a rogarme que os hiciese observar que, como sin duda os habréis dado cuenta, ha cumplido su palabra en el día fijado.

Modesta bajó al salón con un tocado de una sencillez auténticamente regia.

—Querido padre —dijo en voz alta, tomando al coronel del brazo—, id a pedir noticias sobre el estado del señor de la Brière y llevadle su regalo, os lo ruego. Podéis alegar que tanto mi escasa fortuna como mis gustos me impiden llevar bagatelas que sólo convienen sino las reinas o a las cortesanas. Por otra parte, no puedo aceptar nada como no sea de un prometido. Rogad a ese bravo chico que guarde la fusta hasta que sepáis si sois lo bastante rico para rescatársela.

—¿De modo que mi hijita está llena de buen sentido? —dijo el coronel besando a Modesta en la frente.

Canalis aprovechó una conversación entablada entre el duque d'Hérouville y la señora Mignon para salir a la terraza, donde se le reunió Modesta, atraída por la curiosidad, en tanto que él la creyó llevada por el deseo de convertirse en la señora de Canalis. Asustado por el impudor con que acababa de llevar a cabo eso que los militares llaman «un cuarto de conversación» y que, según la jurisprudencia de los ambiciosos, cualquier hombre que se hallara en su situación hubiese efectuado con igual brusquedad, buscó algunas disculpas plausibles al ver acercarse a la infortunada Modesta.

—Querida Modesta —le dijo adoptando un tono zalamero—, en los términos en que nos encontramos, sólo conseguiría disgustaros si os dijese hasta qué punto vuestras respuestas al duque d'Hérouville resultan penosas para un hombre que ama, y sobre todo para un poeta cuya alma es femenina, nerviosa, y se resiente de los mil celos de un verdadero amor. Sería yo muy pobre diplomático si no hubiera comprendido que vuestras primeras coqueterías, vuestras calculadas inconsecuencias han tenido como único fin el estudio de nuestros caracteres...

Modesta alzó la cabeza en un movimiento inteligente, rápido y coquetón, cuyo modelo tal vez sólo exista entre los animales, en quienes el instinto produce milagros de gracia.

—... Por eso, al volver a mí mismo, no hay para mí el menor engaño. Me maravillaba de vuestra malicia, en armonía con vuestro carácter y vuestra fisonomía. Tranquilizaos, jamás he dudado de que toda esa belleza artificiosa era la envoltura de

un candor adorable. No, vuestro ingenio, vuestra educación, no han perjudicado para nada a esa inocencia preciosa que le pedimos a una esposa. Desde luego, sois la mujer digna de un poeta, de un diplomático, de un pensador, de un hombre destinado a conocer situaciones afortunadas en la vida, y os admiro tanto como afecto siento por vos. ¡Por ello os suplico, si no habéis representado ayer una comedia cuando aceptasteis la fe de un hombre cuya vanidad se va a trocar en orgullo al verse elegido por vos, cuyos defectos se convertirán en cualidades a vuestro divino contacto, que no hiráis en él un sentimiento que ha llevado hasta la mayor exageración...! En mi alma los celos son un disolvente y vos me habéis revelado toda su potencia, que es horrible, pues todo se destruye en ella. ¡Oh, no se trata de los celos de Otelo — prosiguió a un gesto que hizo Modesta—, son despreciables...! ¡Se trata de mí mismo! Estoy mal acostumbrado en ese punto. Vos conocéis el cariño único a que soy deudor de la sola dicha de que he gozado, bien incompleta por lo demás. (Movimiento de cabeza). Todos los pueblos pintan el amor como un niño, sin duda porque no se le puede concebir sin la plenitud de la vida... Pues bien, ese sentimiento tenía ya su término marcado por la naturaleza. Había nacido muerto. La maternidad más ingeniosa ha adivinado, ha calmado ese punto doloroso de mi corazón, pues una mujer que se siente, que se ve morir en los goces del amor, tiene miramientos angélicos; pues bien, la duquesa no me ha provocado nunca el menor sufrimiento de ese género. En diez años no ha tenido ni una palabra ni una mirada desviadas de su objeto. Yo atribuyo a las palabras, a los pensamientos, a las miradas, más valor del que les conceden las personas corrientes. Sí, para mí una mirada es un tesoro inmenso y la menor duda es un veneno mortal que obra instantáneamente: dejo de amar. A mi entender, y contrariamente al del común de las gentes, a quienes gusta temblar, tener esperanzas, aguardar, el amor debe descansar sobre una seguridad completa, infantil, infinita... Para mí ese delicioso Purgatorio que las mujeres gustan de hacernos pasar aquí abajo con su coquetería, es una dicha atroz a la que me resisto; para mí, el amor es el cielo o el infierno. El infierno no le quiero, y me siento con fuerzas para soportar el eterno azul del Paraíso. Me entrego sin reservas, no habría secretos, dudas ni engaños en mi vida futura y exijo la reciprocidad. ¡Tal vez os ofenda el dudar de vos...! Pensad que en todo esto no hablo más que de mí...

—Mucho; pero nunca demasiado —dijo Modesta, herida por los alfilerazos de aquel discurso, al que la duquesa de Chaulieu servía de maza—; tengo la costumbre de admiraros, mi querido poeta.

—Pues bien, ¿me prometéis esa fidelidad canina que os ofrezco? ¿No es esto hermoso? ¿No es lo que queréis?

—¿Por qué no buscáis en matrimonio, mi querido poeta, a una mujer muda, ciega y un poco tonta? Yo no pido nada mejor que agradar en todo a mi marido; pero vos amenazáis a una joven con arrebatarle la felicidad particular que le preparáis, con arrebataréla al menor gesto, a la menor palabra, a la menor mirada. Le cortáis al pájaro las alas y lo queréis ver revolotear. Ya sabía yo que se acusaba a los poetas de

inconsecuencia... ¡Oh, se equivocaban! —dijo al observar el gesto de negación que hizo Canalis—, porque el supuesto defecto nace tan sólo de que el vulgo no se da cuenta de la vivacidad de movimientos de su espíritu. ¡Pero yo no creo que un hombre de genio pueda inventar la vida! Pedís lo imposible para daros el gusto de cogermé en falta, como esos encantadores que, en los cuentos de niños, imponen trabajos a unas jóvenes perseguidas que luego son socorridas por las hadas buenas...

—Aquí el hada sería un amor sincero —dijo Canalis en tono seco, al ver desenmascarada su excusa de rompimiento por aquel espíritu fino y delicado que Butscha dirigía tan bien.

—En este momento os parecís, querido poeta, a esos padres que se preocupan por la dote de la novia antes de manifestar la de su hijo. Os hacéis el escrupuloso conmigo sin saber si tenéis derecho a ello. El amor no se establece en modo alguno a través de unos pactos secamente discutidos. El pobre duque d'Hérouville se deja llevar con el mismo abandono que el tío Tobías en Sterne, con la pequeña diferencia de que yo no soy la viuda Wadman, aunque en este momento me haya quedado viuda de mis ilusiones sobre la poesía. ¡Sí, nosotras, las jóvenes, nada queremos ver de lo que altera nuestro mundo fantástico...! ¡Me lo había dicho todo a mí misma por adelantado! Cometéis una mala acción, indigna de vos, y ya no reconozco al Melchor de ayer.

—Porque Melchor ha descubierto en vos una ambición con la que todavía contáis...

Modesta midió a Canalis con una mirada imperial.

—... Pero yo seré algún día embajador y par de Francia, como él.

—Me tomáis por una burguesa —dijo subiendo la escalinata.

Pero se volvió vivamente y añadió, perdido el aplomo, tan sofocada estaba:

—Eso es menos impertinente que tomarme por una imbécil. El cambio de vuestra conducta tiene su origen en las simplezas que cuenta el Havre, y que Francisca, mi doncella, acaba de repetirme.

—¡Ah, Modesta! ¿Podéis creerlo? —dijo Canalis adoptando una actitud dramática—. ¿De modo que me supondrías capaz de casarme con vos sólo por vuestra fortuna?

—Si os hago esta injuria después de vuestros edificantes discursos a orillas del Sena, en vuestra mano está sacarme de mi error, y entonces seré todo lo que queráis que sea —dijo ella fulminándolo con su desdén.

«Si piensas atraparme en esa trampa, pequeña —se dijo el poeta al seguirla—, me consideras mucho más niño de lo que soy. ¡Pues no iban a ser precisos pocos miramientos con una pobre chicuela cuya estimación me importa tanto como la del rey de Borneo! Atribuyéndome un sentimiento innoble, explica mi nueva actitud. ¡Es astuta...! ¡La Brière cargará con ella, como imbécil que es; y dentro de cinco años me reiré a su costa con ella!».

La frialdad que estableció este altercado entre Canalis y Modesta fue visible a

ojos de todos aquella misma tarde.

Canalis se retiró temprano, so pretexto de la indisposición de la Brière, y dejó el campo libre al caballero mayor. Hacia las once, Butscha, sonriente, le dijo por lo bajo a Modesta:

—¿Tenía yo razón?

—¡Ay, sí! —dijo ella.

—¿Pero habéis dejado entreabierta la puerta para que pueda volver, según lo convenido?

—Me dominó la cólera —respondió Modesta—. Tanta bajeza me hizo subir la sangre a la cabeza y le he soltado el toro.

—¡Pues bien, tanto mejor! Cuando ambos estéis malquistados hasta el punto de hablaros sólo por cortesía, me comprometo a volverlo de nuevo enamorado e insistente como para engañaros a vos misma.

—Pero Butscha, es un gran poeta, un gentilhombre, un hombre de talento.

—Sin embargo, los ocho millones de vuestro padre pueden más que todo eso.

—¿Ocho millones...? —dijo Modesta.

—Mi patrón, que vende su estudio, va a partir para Provenza a fin de dirigir las adquisiciones que propone Castagnold, el segundo de vuestro padre. La cifra de los contratos que hay que hacer para reconstituir el dominio de la Bastie asciende a cuatro millones, y vuestro padre ha consentido en todas las compras. Vos tenéis dos millones de dote, y el coronel cuenta con uno para vuestro establecimiento en París, un palacio y el mobiliario. ¡Calculad!

—¿Entonces puedo ser duquesa d'Hérouville? —dijo Modesta mirando a Butscha.

—Sin ese comediante de Canalis, habríais guardado su fusta, como si viniese de mí —dijo el pasante abogando por la causa de la Brière.

—Señor Butscha, ¿por casualidad me queréis casar a vuestro gusto? —dijo Modesta riendo.

—Ese digno muchacho ama tanto como yo; vos lo habéis amado durante ocho días y es un hombre de corazón —respondió el pasante.

—¿Y puede luchar con un empleo de la Corona? No hay más que seis: gran limosnero, canciller, gran chambelán, mayordomo, condestable, gran almirante; y ya no se nombran condestables.

—Señorita, en seis meses el pueblo, que se compone de una infinidad de perversos Butschas, puede aventar todas esas grandezas. Y, por otra parte, ¿qué significa hoy en día la nobleza? En toda Francia no llegan a mil los verdaderos gentilhombres. Los d'Hérouville proceden de un alguacil de Roberto de Normandia. ¡Buenos disgustos tendríais con ese par de viejas solteronas de cara estirada! Si tanto empeño tenéis en poseer el título de duquesa, tenéis ya un condado y el Papa tendrá, sin duda, tanta benevolencia con vos como con los comerciantes y os venderá cualquier ducado en *nía* o en *agno*. ¡De modo que no os juguéis vuestra felicidad por

un empleo de la Corona!

Durante la noche las reflexiones de Canalis fueron sumamente positivas. No vio nada peor en el mundo que la situación de un hombre casado y sin fortuna. Temblando todavía ante el peligro que le había hecho correr su vanidad, puesta en juego ante Modesta, el deseo de triunfar sobre el duque d'Hérouville y su fe en los millones del señor Mignon, se preguntó lo que pensaría la duquesa de Chaulieu sobre su estancia en el Havre, agravada por un silencio epistolar de catorce días, cuando en París se escribían el uno al otro cuatro o cinco cartas por semana.

—¡Y la pobre mujer, que se esfuerza por conseguirme el cordón de comendador de la Legión de Honor y el puesto de Ministro cerca del gran duque de Baden...! — exclamó.

Inmediatamente, con esa rapidez en la decisión que en los poetas, y en los especuladores es consecuencia de una viva intuición del porvenir, se puso a la mesa y redactó la siguiente carta:

A LA SEÑORA DUQUESA DE CHAULIEU

Mi querida Leonor: Sin duda estarás asombrada de no haber recibido aún noticias mías; pero mi estancia aquí no tiene únicamente por motivo mi salud; se trataba, en cierto modo, de cumplir una obligación con nuestro pequeño la Brière. Este pobre chico quedó muy prendado de una tal Modesta de la Bastie, una jovencita pálida, insignificante y pesada que, entre paréntesis, tiene el vicio de amar la poesía y se dice poetisa para justificar los caprichos, los desplantes y los cambios de un carácter bastante malo. Ya conoces a Ernesto, es tan fácil de atrapar que no quise dejar que viniera solo. La señorita de la Bastie ha coqueteado singularmente con tu Melchor y estaba muy dispuesta a convertirse en tu rival, aunque tiene los brazos flacos, los hombros angulosos, como todas las jóvenes, un cabello más insulso que el de la señora Rochefide y unos ojillos grises muy sospechosos.

Las gentes con las que paso el tiempo y forman el acompañamiento de la heredera, son insoportablemente burguesas. Compadéceme, pues paso mis veladas entre pasantes de notario, notarias, cajeros, un usurero provinciano; y, ciertamente, hay mucha distancia entre todo esto y las veladas de la calle de Granelle. La supuesta fortuna del padre, que regresa de la China, nos ha valido la presencia del eterno pretendiente, el caballero mayor, tanto más hambriento de millones cuanto que, según se dice, necesita seis o siete para valorizar los pantanos d'Hérouville. Todavía no sabe el rey cuán fatal le resulta al pequeño duque el regalo que le ha hecho. Su Gracia, que no sospecha todavía la escasez de la fortuna de su posible suegro, sólo tiene celos de mí. La Brière va haciendo su camino cerca de su ídolo al amparo de su amigo, que le sirve de pantalla. Pese a los éxtasis de Ernesto, yo, el poeta, pienso en lo sólido; y los informes que acabo

de adquirir sobre la fortuna de nuestra heredera ensombrecen el porvenir de mi secretario, cuya novia posee unos dientes con filo inquietante para cualquier especie de fortuna. Si mi ángel quiere redimir algunos de nuestros pecados, tratará de averiguar la verdad sobre este asunto, llamando a Mongenod, su banquero, e interrogándolo con la destreza que la caracteriza. El señor Carlos Mignon, ex coronel de la Guardia Imperial, ha sido durante siete años corresponsal de la casa Mongenod. Se habla de doscientos mil francos de dote, todo lo más, y antes de hacer la petición de la señorita para Ernesto desearía poseer datos positivos.

¡Oh, querida, cuán largo se me hace el ver de nuevo la calle de Grenelle! Cuando quince días de ausencia no matan el amor, le devuelven el ardor de los primeros días y tú sabes, tal vez mejor que yo, las razones que hacen eterno mi amor. ¡Mis huesos te amarán todavía en la tumba! Si me viese forzado a permanecer aquí diez días más, iré unas cuantas horas a París.

¿Me ha conseguido el duque algo con que ahorcarme? ¿Y tú, vida mía, tendrás necesidad de tomar el año que viene las aguas de Baden? Los arrullos de nuestro hermoso secreto, equiparables a los acentos del amor sincero, igual a sí mismo en todos sus instantes desde hará pronto diez años, me han proporcionado mucho desprecio hacia el matrimonio, aunque no había visto nunca estas cosas tan de cerca. ¡Ah, querida!, lo que se llama *una falta* liga a dos seres mucho mejor que *la ley*, ¿no te parece?

Este tema sirvió de texto a dos páginas de recuerdos y aspiraciones, tal vez excesivamente íntimas para que nos esté permitido publicarlas.

La víspera del día en que Canalis echó esta epístola al correo, Butscha, que contestó con el nombre de Juan Jacmin a una carta de su supuesta prima Filoxena, obtuvo para esta contestación una ventaja de doce horas sobre la carta del poeta. En el colmo de la inquietud desde hacía ya quince días, y herida por el silencio de Melchor, la duquesa, que había dictado la carta de Filoxena a su «primo», acababa de adquirir informes exactos sobre la fortuna del coronel Mignon, después de haber leído la respuesta del pasante, tal vez demasiado «decisiva» para un amor propio quincuagenario. Al verse traicionada, abandonada por un puñado de millones, Leonor se sentía presa de un paroxismo de rabia, de odio y de fría maldad.

—¡En diez minutos se expía la felicidad de diez años! —exclamaba la duquesa.

—Señora, una carta del Havre.

Leonor leyó la prosa de Canalis, sin darse cuenta de la presencia de Filoxera, cuyo asombro creció al ver la serenidad del rostro de la duquesa a medida que avanzaba en la lectura de su carta.

—¡Pobre muchacho! —pensó—. ¡No ha tenido el menor mal pensamiento! Me ama como el primer día, me lo dice todo. ¡Filoxena! —exclamó al descubrir a su primera doncella en pie, con aire de ordenar su tocador.

—¿Señora duquesa?

—Mi espejo, niña.

Leonor se miró, vio las arrugas trazadas sobre su frente y que sólo desaparecían a distancia, y suspiró, pues con este suspiro creía decir adiós al amor. Concibió entonces un pensamiento viril, muy por encima de las pequeñeces de la mujer, uno de esos pensamientos que trastornan por unos momentos y cuya embriaguez puede explicar la clemencia de la Semíramis del Norte cuando casó a su joven y hermosa rival con Momonoff.

—Puesto que no ha pecado, quiero hacerle poseer los millones y la joven —pensó—, si es que la señoritinga Mignon resulta tan fea como él dice.

Tres golpes, dados con elegancia, anunciaron al duque, a quien su mujer abrió por sí misma.

—¡Caramba, veo que os encontráis mejor, querida! —exclamó el recién llegado con esa alegría ficticia que tan bien representan los cortesanos y de cuya expresión se contagian los simples.

—Querido Enrique —respondió ella—, es verdaderamente inconcebible que aún no hayáis obtenido el nombramiento de Melchor, vos, que os habéis sacrificado por el rey en vuestro ministerio durante un año, sabiendo que apenas duraría ese tiempo.

El duque miró a Filoxera, y la doncella indicó con un gesto imperceptible la carta del Havre colocada sobre el tocador.

—Os aburriréis mucho en Alemania y volveréis de allí enemistada con Melchor —dijo inocentemente el duque.

—¿Por qué?

—¿Es que no estaréis siempre juntos...? —respondió el antiguo embajador con cómica llaneza.

—¡Oh, no! —dijo ella—. Voy a casarlo.

—Si hemos de creer a d'Hérouville, nuestro querido Canalis no aguarda a vuestros buenos oficios —prosiguió el duque sonriendo—. Ayer me ha leído Grandlieu ciertos pasajes de una carta que le ha escrito el caballero mayor y que, sin duda, estaba redactada por su tía pensando en vos, pues la señorita d'Hérouville, siempre al acecho de una dote, sabe que Grandlieu y yo jugamos al *whist* casi todas las noches. El bueno d'Hérouville le pide al príncipe de Cadignan que organice una cacería real a Normandía, y que procure llevar al rey para trastornarle la cabeza de la doncella cuando se vea objeto de semejante cabalgata. En efecto, dos palabras de Carlos X lo arreglarían todo. D'Hérouville dice que esa joven es de una incomparable belleza...

—¡Enrique, vamos al Havre! —exclamó la duquesa, interrumpiendo a su marido.

—¿Y con qué pretexto? —dijo gravemente aquel hombre, que fue uno de los confidentes de Luis XVIII.

—Yo no he visto nunca una cacería.

—Eso estaría bien si fuese el rey, pero le parece molesto cazar tan lejos y no irá,

acabo de hablar con él acerca de ello.

—Podría ir *Madame*...

—Eso está mejor —dijo el duque—, y la duquesa de Maufrigneuse puede ayudaros a sacarla de Rosny. El rey permitiría entonces que usasen sus trenes de caza. No vayáis al Havre, querida, pues eso sería ponerlos en evidencia —dijo paternalmente el duque—. Mirad, hay un medio mucho mejor, a mi juicio. Al otro lado del bosque de Bretonne tiene Gaspar su castillo de Rosembray; ¿por qué no pedirle que invite a toda esa gente?

—¿Quién se lo va a pedir? —dijo Leonor.

—Su mujer, la duquesa, suele comulgar en compañía de la señorita d'Hérouville. Inspirada por esa vieja solterona, podría hacerle la petición a Gaspar.

—Sois un hombre adorable —dijo Leonor—. Voy a escribir dos palabras a la vieja solterona y a Diana, porque es preciso que nos hagamos trajes de caza. Pienso que ese sombrerito rejuvenece enormemente. ¿Habéis ganado ayer en casa del embajador de Inglaterra...?

—Sí —contestó el duque—, me he desquitado.

—Sobre todo, Enrique, suspended todo lo relativo a los dos nombramientos de Melchor...

Después de haber escrito dos líneas a la hermosa Diana de Maufrigneuse y unas palabras de advertencia a la señorita d'Hérouville, Leonor restalló esta respuesta como un latigazo contra las mentiras de Canalis:

AL SEÑOR BARON DE CANALIS

Mi querido poeta: La señorita de la Bastie es muy hermosa, Mongenod me ha demostrado que su padre tiene ocho millones y yo os quería casar con ella; de modo que os tomo muy a mal vuestra falta de confianza. Si con vuestra ida al Havre teníais la intención de casar a la Brière, no comprendo por qué no me lo dijisteis antes de partir. ¿Y por qué permanecer quince días sin escribir a una amiga que se inquieta tan fácilmente como yo? Vuestra carta ha llegado un poco tarde, pues yo había visto ya a nuestro banquero. Sois un niño, Melchor, y usáis de argucias con nosotros. Eso no está bien. El mismo duque está irritado por vuestros procedimientos, os encuentra poco gentilhombre, lo cual pone en duda el honor de vuestra señora madre.

Ahora quiero ver las cosas por mí misma. Creo que tendré el honor de acompañar a *Madame* a la cacería que ofrece el duque d'Hérouville en honor de la señorita de la Bastie; me las arreglaré para que os inviten a quedaros en Rosembray, pues seguramente el punto de reunión de la cacería será la casa del duque de Verneuil.

Estad seguro, mi querido poeta, de que no por todo esto soy menos, para toda la vida,

—Toma, Ernesto —dijo Canalis arrojando a la nariz de la Brière, a través de la mesa, esta carta, que recibió durante el desayuno—, he ahí el número dos mil de los dulces billetes que recibo de esa mujer y no hay un *tu!* La ilustre Leonor nunca se comprometió más de lo que ahí lo está... ¡Vamos, cástate! ¡El peor matrimonio es mejor que el más dulce de estos dogales...! ¡Ah! Soy el mayor Nicodemo que jamás cayó de la luna. ¡Modesta es millonaria y la he perdido para siempre, pues, desde los polos en que estamos no se vuelve nunca a los trópicos donde nos hallábamos hace tres días! De modo que deseo tanto más tu triunfo, cuanto que le dije a la duquesa que había venido aquí en interés tuyo; no tengo más remedio que trabajar para ti.

—¡Ay, Melchor, se precisaría en Modesta un carácter tan grande, tan formado y tan noble para resistir al espectáculo de la Corte y de los esplendores tan hábilmente desplegados en su honor por el duque, que no creo en la existencia de semejante perfección! Sin embargo, si aún es la Modesta de sus cartas, cabría la esperanza...

—¡Joven Bonifacio, eres dichoso al mirar al mundo y a tu amante con semejantes antiparras verdes! —exclamó Canalis antes de salir a pasear por el jardín.

Cogido entre dos mentiras, el poeta no sabía por cuál resolverse.

—¡Jugáis de acuerdo con las reglas y perdéis! —exclamó, sentado en el kiosco—. Es seguro que todos los hombres sensatos hubiesen obrado como yo lo hice hace cuatro días y habrían procurado escapar de la trampa en que me veía yo cogido; pues en tales casos, no se entretiene uno en desenredar la madeja. ¡Se rompe...! Ahora debo conservarme frío, tranquilo, digno, ofendido.

La partida de caza iba a servir como punto de cita de todas las pasiones puestas en juego por la fortuna del coronel y la belleza de Modesta; de modo que se observó algo así como una tregua durante los días necesarios para los preparativos de aquella solemnidad forestal; el salón de la familia Mignon ofreció entonces el tranquilo aspecto que presenta una familia muy unida. Canalis, atrincherado en su papel de hombre herido por Modesta, quiso mostrarse cortés; abandonó sus humos, no dio muestra alguna de su talento oratorio, y logró ser lo que son todas las personas de talento cuando renuncian a sus afectaciones, encantador. Hablaba de finanzas con Gobenheim, de guerra con el coronel, de Alemania con la señora Mignon y del hogar con la señora Latournelle, tratando de ganarlos para la Brière. El duque d'Hérouville le dejó con frecuencia el campo libre a los dos amigos, pues se vio obligado a ir a Rosebray para consultar con el duque de Verneuil y vigilar la ejecución de las órdenes del montero mayor, príncipe de Cadignan. Sin embargo, no faltó el elemento cómico. Modesta se vio entre las atenuaciones que imponía Canalis a la galantería del caballero mayor y las exageraciones de las dos señoritas d'Hérouville, que acudieron todas las tardes. Canalis hacía observar a Modesta que, en lugar de ser la heroína de la fiesta, apenas sería advertida en ella. *Madame* iría acompañada por la

duquesa de Maufrigneuse, nuera del montero mayor, por la duquesa de Chaulieu y por algunas de las damas de la corte, entre las cuales una jovencita como ella no produciría ninguna sensación. Se invitaría sin duda a los oficiales de guarnición en Ruán, etc. Elena no cesaba de repetir a la que ya consideraba como su cuñada, que sería presentada a *Madame*; con toda seguridad el duque de Verneuil los invitaría a ella y a su padre a permanecer en Rosembray; si el coronel quería obtener algún favor del rey, la dignidad de par, por ejemplo, aquella ocasión sería única, pues no desesperaban de conseguir la asistencia del rey el tercer día; quedaría sorprendida por la acogida encantadora que le ofrecerían las más bellas mujeres de la corte, las duquesas de Chaulieu, de Maufrigneuse, de Lenoncourt-Chaulieu, etc. Las prevenciones de Modesta contra el barrio de Saint Germain se disiparían, etc., etc.

Los dichos del partido d'Hérouville quedaron confirmados por el hecho de una invitación, concebida en términos muy halagadores, del duque de Verneuil y el montero mayor de Francia para el señor conde de la Bastie y su hija a fin de que asistiesen a una gran cacería en Rosembray, los días 7, 8, 9 y 10 del próximo mes de noviembre.

La Brière, lleno de funestos presentimientos, gozaba de la presencia de Modesta con ese sentimiento de concentrada avidez cuyos ásperos placeres sólo son conocidos por los enamorados que se han de reparar a plazo fijo y fatalmente. Aquellos relámpagos de felicidad para sí solo, entremezclados de melancólicas meditaciones sobre un solo tema —«¡está perdida para mí!»—, convirtieron al pobre joven en un espectáculo tanto más enternecedor cuanto que su fisonomía y su persona se hallaban en perfecta armonía con aquel profundo sentimiento.

Por último, el duque d'Hérouville fue a concertar el viaje de Modesta que, después de atravesar el Sena, debía utilizar la carretela del duque, en compañía de las señoritas d'Hérouville. El duque estuvo admirable de cortesía; invitó a Canalis y a la Brière, haciéndoles observar, lo mismo que al señor Mignon, que había tenido mucho cuidado en poner a su disposición los caballos de caza necesarios. El coronel rogó a los tres galanes de su hija que aceptasen una invitación para almorzar el día de la marcha. Quiso entonces Canalis poner en práctica un proyecto madurado durante aquellos últimos días para reconquistar secretamente a Modesta y burlar a la duquesa, al caballero mayor y a la Brière. Un aprendiz de diplomático no podía permanecer inmobilizado en la situación en que él se veía. Por su parte, la Brière había resuelto decir su eterno adiós a Modesta. De modo que cada pretendiente proyectaba deslizar su última frase, como hacen los litigantes ante el juez antes de la sentencia, presintiendo próximo ya el fin de una lucha que duraba desde hacía tres semanas. La víspera, después de la comida, el coronel tomó a su hija del brazo y le hizo notar la necesidad de decidirse.

—Nuestra posición ante la familia d'Hérouville sería intolerable en Rosembray —le dijo—. ¿Quieres convertirte en duquesa? —preguntó a Modesta.

—No, padre mío —respondió ella.

—¿Amas entonces a Canalis...?

—¡Rotundamente no, padre mío, mil veces no! —dijo ella con impaciencia de niña.

El coronel miró a Modesta con una especie de alegría.

—¡Ah! Yo no te he influenciado —exclamó aquel buen padre—; ahora puedo confesarte que, desde París, había escogido a mi yerno cuando, haciéndole creer que no tenía fortuna, me saltó al cuello y me dijo que le quitaba un peso de cien libras de encima del corazón.

—¿De quién me habláis? —preguntó Modesta enrojeciendo.

—*Del hombre de virtudes positivas, de una moralidad segura* —dijo burlonamente, repitiendo la frase que, al día siguiente de su llegada, había disipado los sueños de Modesta.

—¡Eh, no pienso en él, papá! Dejadme libre para rechazar al duque por mí misma; lo conozco, sé cómo halagarlo...

—¿De modo que tu elección no está hecha?

—Todavía no. Me quedan todavía algunas sílabas por adivinar en la charada de mi porvenir; pero después de haber visto la Corte a través de un agujero, os diré mi secreto en Rosembray.

—¿Iréis a la cacería, no es así? —gritó el coronel al ver de lejos a la Brière, que se acercaba por la misma alameda en que estaba paseando con Modesta.

—No, coronel —respondió Ernesto—. Vengo a despedirme de vos y de la señorita, regreso a París...

—No sois curioso —dijo Modesta interrumpiendo y mirando al tímido Ernesto.

—Para hacerme quedar bastaría un deseo que no me atrevo a esperar —replicó él.

—Si no es más que eso, me daréis gusto a mí —dijo el coronel saliendo al encuentro de Canalis y dejando a su hija y al pobre Ernesto juntos por un instante.

—Señorita —dijo alzando los ojos hasta ella con el atrevimiento de un hombre sin esperanza—, tengo un ruego que haceros.

—¿A mí?

—¡Desearía llevar vuestro perdón! Mi vida jamás será feliz, tengo el remordimiento de haber perdido mi dicha, sin duda por mi falta; pero al menos...

—Antes de dejarnos para siempre —dijo Modesta con voz conmovida, interrumpiendo «a lo Canalis»— sólo quiero saber de vos una sola cosa; y si una vez adoptasteis un disfraz, no pienso por ello que tengáis ahora la bajeza de engañarme...

La palabra bajeza hizo palidecer a Ernesto, que exclamó:

—¡No tenéis piedad!

—¿Seréis franco?

—Tenéis derecho a hacerme una pregunta tan degradante —dijo con voz debilitada por una violenta palpitación.

—Pues bien, ¿habéis leído mis cartas al señor de Canalis?

—No, señorita; y si se las di a leer al coronel fue para demostrarle mi sumisión al

mostrarle cómo había podido nacer mi afecto y cuán sinceras habían sido mis tentativas al tratar de curaros de vuestras fantasías.

—¿Cómo os vino la idea de tan innoble mascarada? —dijo ella con cierta impaciencia.

La Brière contó con la mayor sinceridad la escena a que había dado lugar la primera carta de Modesta, la especie de desafío que había resultado de ella como consecuencia de la buena opinión de Ernesto sobre una joven atraída por la gloria como las plantas buscan su parte de sol.

—Basta —respondió Modesta con emoción contenida—. Si no poseéis mi corazón, señor, al menos, tenéis toda mi estima.

Esta simple frase produjo el más profundo aturdimiento en la Brière. Sintiéndose vacilar, se apoyó en un arbolillo, como un hombre privado de conocimiento. Modesta, que ya se iba, volvió la cabeza y regresó precipitadamente.

—¿Qué tenéis? —dijo sujetándolo por la mano e impidiendo que cayera.

Modesta sintió una mano helada y vio un rostro blanco como un lirio; toda la sangre estaba en el corazón.

—Perdón, señorita... Me creía tan despreciado...

—Pero yo no os he dicho que os amase —interrumpió ella con altanería desdeñosa.

Y dejó de nuevo a la Brière que, a pesar de la dureza de aquellas palabras, creyó marchar por los aires. La tierra se ablandaba bajo sus pies, los árboles le parecían cargados de flores, el cielo tenía un color rosa y el aire le pareció azulino, como en los templos de Himeneo al acabar los cuentos de hadas de desenlace feliz. En tales situaciones, las mujeres son como Jano y ven lo que pasa detrás de ellas sin necesidad de volverse. Modesta advirtió en el aspecto de aquel enamorado los síntomas irrecusables de un amor a lo Butscha, lo cual constituye ciertamente el *nec plus ultra* de los deseos de una mujer. Por eso el alto precio atribuido a su estima por la Brière produjo en Modesta una emoción de dulzura infinita.

—Señorita —dijo Canalis, dejando al coronel y acercándose a Modesta—, a pesar del poco caso que hacéis de mis sentimientos, interesa a mi honor borrar una mancha que he sufrido largo tiempo. Cinco días después de mi llegada, la duquesa de Chaulieu me escribió esta carta.

Dio a leer a Modesta las primeras líneas de la misiva en que la duquesa decía haber visto a Mongenod y anunciaba su deseo de casar a Melchor con Modesta; después se las entregó, tras de haber cortado las restantes.

—No puedo dejaros ver el resto —dijo metiendo el papel en el bolsillo—, pero confío a vuestra delicadeza esas pocas líneas a fin de que podáis comprobar la letra. La joven que me ha supuesto innobles sentimientos es muy capaz de creer en cualquier colusión, en cualquier estratagema. Esto puede contribuir a demostraros que la querrela existente entre nosotros no ha tenido en mí por base un vil interés. ¡Ah, Modesta —dijo con lágrimas en la voz—, vuestro poeta, el poeta de la señora

Chaulieu, no tiene menos poesía en el corazón que en el pensamiento! Veréis a la duquesa, suspended vuestro juicio hasta ese momento.

Y dejó a Modesta aturdida.

—¡Vaya, ahora resulta que los dos son unos ángeles —se dijo— inasequibles...! Sólo el duque pertenece a la humanidad.

—Señorita Modesta, me inquieta esa cacería —dijo Butscha, que apareció con un paquete bajo el brazo—. Soñé que vuestro caballo se había desbocado y he ido a Ruán a buscaros un freno español, del que me han dicho que jamás podía cogerlo un caballo con los dientes; os suplico que os sirváis de él; se lo he enseñado al coronel, el cual me lo ha agradecido más de lo que vale.

—¡Pobre Butscha querido! —exclamó Modesta, conmovida hasta llorar ante aquel cuidado maternal.

Butscha se fue brincando como un hombre al que se acaba de notificar la muerte de un viejo tío del cual es heredero.

—Querido padre —dijo Modesta volviendo a entrar en el salón—, me gustaría mucho poseer aquella hermosa fusta... ¿Y oí le propusieseis al señor de la Brière cambiarla contra vuestro cuadro de Van Ostade?

Modesta miró socarronamente a Ernesto mientras el coronel le hacía aquella proposición ante su cuadro, único objeto que conservaba como recuerdo de sus campañas, pues lo había comprado a un burgués de Ratisbona. Y se dijo a sí misma, al ver la precipitación con que la Brière abandonó el salón:

—¡Estará en la cacería!

Cosa extraña, los tres amantes de Modesta se dirigieron a Rosembray, todos con el corazón lleno de esperanza y embelesados por sus adorables perfecciones.

Rosembray, posesión comprada recientemente por el duque de Verneuil con la suma que le tocó de los mil millones votados para legitimar la venta de los bienes nacionales, es notable por un castillo de magnificencia comparable a la de Mesnière y Balleroy. Se llega al imponente y noble edificio a través de una inmensa alameda formada por cuatro hileras de olmos seculares, y se atraviesa luego un inmenso patio de honor en declive, como el de Versalles, con magníficas rejas, dos pabellones para conserjes y adornado con grandes naranjos en sus macetones. Al fondo del patio aparece el castillo entre dos cuerpos principales, que forman ángulo, dos hileras de diecinueve grandes ventanales con arcos esculpidos y pequeños cristales, separados entre sí por una pequeña columnata entrelazada y estriada. Una cornisa rodeada de balaustres oculta un tejado a la italiana, del cual salen chimeneas de piedra de sillería, disimuladas con trofeos de guerra, pues Rosembray fue construido en tiempo de Luis XIV por un general terrateniente llamado Cottin. La fachada que da al parque se distingue de la que recae sobre el patio por un antecuerpo de cinco ventanas con columnas, encima del cual se ve un magnífico frontispicio. La familia de Marigny, a la cual aportó los bienes de Cottin la señorita Cottin, única heredera de su padre, hizo esculpir allí por Goysevox un sol naciente. Debajo, desenrollan dos ángeles una cinta

en la cual se lee esta divisa, con la que se substituyó a la antigua en honor del gran rey: *Sol nobis benignus*. El gran rey había hecho duque al marqués de Marigny, uno de sus más insignificantes favoritos.

Desde la escalinata, de grandes peldaños semicirculares y flanqueada de balaustres, se tiende la vista sobre un gran estanque, largo y ancho como el gran canal de Versalles y que comienza al pie de un césped digno de los parterres más británicos, bordeado de unas macetas en las que brillaban entonces las flores de otoño. A cada lado, dos jardines a la francesa lucen sus cuadros de verdor, sus paseos, sus hermosas páginas, escritas en el más majestuoso estilo de Le Nôtre. Esos dos jardines aparecen encuadrados en toda su longitud por un bosque de, aproximadamente, treinta arapendes, en el que, bajo Luis XV, se diseñaron unos parques a la inglesa. Desde lo alto de la terraza se detiene la vista, al fondo, en un bosque perteneciente a Rosembray, contiguo a otros dos; uno del Estado y el otro de la Corona. Sería difícil encontrar un paisaje más hermoso.

La llegada de Modesta produjo cierta sensación en la avenida, donde se vio un coche con la librea de Francia, acompañado por el caballero mayor, el coronel, Canalis y la Brière, todos a caballo, precedidos de un montero de gran librea y seguidos por diez criados, entre los cuales se destacaban el mulato, el negro y el elegante *briska* del coronel para las dos doncellas y los equipajes. El coche, de cuatro caballos, era guiado por postillones vestidos con el cuidado especialísimo que había ordenado el caballero mayor, a quien con frecuencia servían mejor que al mismo rey. Al entrar y ver aquel pequeño Versalles, Modesta, deslumbrada por la magnificencia de todos aquellos grandes señores, pensó de repente en su entrevista con las célebres duquesas y tuvo miedo de parecer falsa, provinciana o advenediza; perdió repentinamente la cabeza y se arrepintió de haber deseado aquella partida de caza.

Cuando se hubo detenido la carroza, se encontró Modesta, afortunadamente, ante un viejo de rubia peluca, rizada en pequeños bucles, cuyo rostro tranquilo, lleno y liso ofrecía una sonrisa paternal y la expresión de una jovialidad monástica, que resultaba casi digna gracias a una mirada medio velada. La duquesa, mujer de gran devoción, hija única de un primer presidente riquísimo, muerto en 1800, seca y derecha, madre de cuatro hijos, se hubiese parecido a la señora Latournelle si la imaginación hubiera conseguido embellecer a la notaria con todas las gracias de un porte verdaderamente abacial.

—Buenos días, querida Hortensia —dijo la señorita d'Hérouville, que abrazó a la duquesa con toda la simpatía que unía a aquellos caracteres altaneros—; dejadme presentaros, lo mismo que a nuestro querido duque, este pequeño ángel, la señorita de la Bastie.

—Nos han hablado tanto de vos, señorita —dijo la duquesa— que sentíamos gran impaciencia por veros aquí...

—Lamentaremos el tiempo perdido —añadió el duque de Verneuil, inclinando la

cabeza con galante admiración.

—El señor conde de la Bastie —dijo el caballero mayor tomando al coronel por el brazo y presentándolo al duque y a la duquesa con cierto matiz de respeto en su gesto y su palabra.

El coronel saludó a la condesa y el duque le tendió la mano.

—Sed bienvenido, señor conde —dijo el señor de Verneuil—. Poseéis muchos tesoros —añadió mirando a Modesta.

La duquesa tomó a Modesta por el brazo y la condujo a un inmenso salón en el que ya se encontraban agrupadas ante la chimenea una decena de mujeres. Los hombres, conducidos por el duque, se pasearon por la terraza, con excepción de Canalis, que se dirigió respetuosamente a la soberbia Leonor. La duquesa, sentada ante un telar de tapicería, le daba a la señorita de Verneuil consejos para matizar.

Si Modesta se hubiese pinchado el dedo con una aguja al poner la mano sobre una pelota, no habría sentido tan vivamente herida como sintió por la mirada glacial, altanera, despreciativa que le lanzó la duquesa de Chaulieu. En el primer momento no vio más que a aquella mujer, mejor dicho, la adivinó. Para saber hasta qué punto llega la crueldad de esos seres encantadores que nuestras pasiones tanto engrandecen, es preciso ver a las mujeres entre ellas. Modesta habría desarmado a cualquier otra que a Leonor con su estúpida y voluntaria admiración; pues, sin su conocimiento de la verdadera edad, hubiese creído estar ante una mujer de treinta y seis años. Pero aún le estaban reservados otros muchos asombros.

El poeta tropezaba en aquel momento con una cólera de gran dama. Una cólera que es la más atroz de las esfinges; el rostro permanece radiante, pero todo el resto es feroz. Ni los propios reyes saben cómo hacer capitular la exquisita cortesía, llena de frialdad, que una amante oculta en esos instantes bajo una armadura de acero. La deliciosa cabeza de mujer sonrío y, al mismo tiempo, el acero muerde: la mano es de acero, el brazo, el cuerpo, todo es de acero. Canalis se esforzaba por sujetarse a aquel acero, pero sus dedos resbalaban en él como sus palabras sobre el corazón. Y la cabeza graciosa, el porte igualmente gracioso de la princesa, enmascaraban a las miradas el acero de su cólera, congelada a veinticinco grados bajo cero. El aspecto de la sublime hermosura de Modesta, embellecida por el viaje, la vista de aquella joven tan bien vestida como Diana de Maufrigneuse, habían inflamado toda la pólvora amasada por la reflexión en la cabeza de Leonor.

Las mujeres habían acudido a una ventana para ver bajar del coche a la maravilla del día, acompañada por sus tres galanes.

—No debemos descubrir que somos tan curiosas —había dicho la señora de Chaulieu, herida en lo más profundo del corazón por estas palabras de Diana: «¡Es divina! ¿De dónde sale eso?».

Y habían volado al salón, donde cada cual recobró su porte y la duquesa de Chaulieu sintió que mil víboras pedían a la vez su alimento desde sus entrañas.

La señorita d'Hérouville le dijo a la duquesa de Verneuil en voz baja y con acento

intencionado:

—Leonor recibe muy mal a su gran Melchor.

—La duquesa de Maufrigneuse cree que las cosas están frías entre ellos —respondió Laura de Verneuil con simplicidad.

¿No es admirable esta frase, que con tanta frecuencia se dice en sociedad? Se advierte en ella el cierzo del polo.

—¿Y por qué? —preguntó Modesta a aquella encantadora joven, salida hacía dos meses del Sagrado Corazón.

—El grande hombre —respondió la devota duquesa, que hizo una seña a su hija para que callase— la ha tenido sin una sola noticia durante quince días desde su marcha para el Havre, después de haberle dicho que iba allí para atender a su salud.

Modesta hizo un movimiento que sorprendió a Laura, a Elena y a la señorita d'Hérouville.

—Y durante todo ese tiempo —siguió la devota duquesa—, ella se esforzaba por conseguir que lo nombrasen comendador y ministro en Baden.

—¡Oh! Eso no está nada bien en Canalis, que se lo debe todo a ella —dijo la señorita d'Hérouville.

—¿Por qué no fue la señora de Chaulieu al Havre? —preguntó inocentemente Modesta a Elena.

—Pequeña —dijo la duquesa de Verneuil—, podéis estar segura de que se dejaría asesinar sin proferir una palabra. ¡Miradla! ¡Es una reina! Con la cabeza en el tajo, aún sonreiría, como hizo María Estuardo; y por cierto que nuestra hermosa Leonor lleva sangre suya en las venas.

—¿No le escribió ninguna carta?

—Me ha dicho Diana —respondió la duquesa, animada a estas confidencias por un codazo de la señorita d'Hérouville— que le dio una respuesta muy sangrienta a la primera carta que le escribió Canalis hace diez días.

Esta explicación hizo enrojecer de vergüenza a Modesta por Canalis; deseó, no aplastarlo bajo sus pies, sino vengarse de él con una de esas burlas todavía más crueles que una puñalada. Miró orgullosamente a la duquesa de Chaulieu. Fue una mirada dorada con ocho millones.

—¡Señor Melchor!... —dijo.

Todas las mujeres levantaron la nariz y clavaron los ojos alternativamente en la duquesa, que conversaba en voz baja junto al bastidor con Canalis, y en aquella joven lo bastante mal educada como para perturbar a dos amantes que dirimen sus querellas, lo cual no se hace en ninguna parte. Diana de Maufrigneuse movió la cabeza como diciendo: «¡La niña está en su derecho!».

Las doce mujeres terminaron por sonreír entre sí, pues todas envidiaban a una mujer de cincuenta y seis años lo bastante hermosa todavía como para poder entrar en el tesoro común y robar en él algo fresco. Melchor miró a Modesta con una impaciencia febril, como el amo mira a su criado, en tanto que la duquesa bajó la

cabeza con movimiento propio de leona importunada en medio de su festín; pero sus ojos, clavados en el cañamazo, echaron llamas casi rojas sobre el poeta, al que estrujó el corazón a golpes de epigrama, pues cada palabra se traducía en una triple injuria.

—¡Señor Melchor! —repitió Modesta con voz de quien tenía derecho a hacerse oír.

—¿Qué, señorita?... —preguntó el poeta.

Obligado a levantarse, permaneció en pie a mitad del camino entre el telar, que se encontraba junto a una ventana, y la chimenea, cerca de la cual se había sentado Modesta, en el canapé de la duquesa de Verneuil. ¡Qué punzantes reflexiones no se hizo aquel gran ambicioso al recibir una mirada muy fija de Leonor! Si obedecía a Modesta, todo terminaba sin acomodo posible entre el poeta y su protectora. Si no escuchaba a la joven, confesaba Canalis su servidumbre, anulaba el provecho de sus veinticinco días de bajezas, faltaba a las más simples leyes de la Urbanidad pueril y honrada. Cuanto mayor era la necedad, tanto más imperiosamente la exigía la duquesa. Puestas la hermosura y la fortuna de Modesta frente a la influencia y los derechos de Leonor, fue tan terrible contemplar aquella vacilación entre el hombre y su honor como asistir al peligro de un matador en la arena. Nadie siente palpitaciones como aquéllas, que podían ocasionar un aneurisma a Canalis, como no sea ante un tapete verde, al ver decidirse en cinco minutos su ruina o su fortuna.

—La señorita d'Hérrouville me hizo dejar tan rápidamente el coche, que olvidé allí mi pañuelo... —dijo Modesta a Canalis.

Canalis se encogió significativamente de hombros.

—Y —continuó Modesta a pesar de este gesto de impaciencia—, anudé en él la llave de una cartera que contiene un importante fragmento de carta; tened la bondad de pedirlo, Melchor...

Entre un ángel y un tigre igualmente irritados, ya no vaciló Canalis, que se había quedado lívido: el tigre le pareció menos peligroso. Iba a decidirse cuando asomó la Brière a la puerta del Salón y le pareció algo así como el arcángel San Miguel que caía del cielo.

—Mira, Ernesto, la señorita de la Bastie te necesita —dijo vivamente el poeta, recuperando con presteza su silla junto al telar.

Por su parte, Ernesto corrió hacia Modesta sin saludar a nadie, no la vio más que a ella; recibió la comisión con visible felicidad y se precipitó fuera del salón con la secreta aprobación de todas las mujeres.

—¡Qué telar para un poeta! —le dijo Modesta a Elena, señalando la tapicería en que trabajaba rabiosamente la duquesa.

—Si le hablas, si la miras una sola vez, todo ha terminado para siempre —le decía a Melchor en voz baja aquella Leonor a la que el *mezzo termino* de Ernesto no había satisfecho—. Y piensa bien en ello, cuando no esté aquí, habrá ojos que te observen por mí.

Dicho esto, la duquesa, mujer de talla mediana, pero algo gruesa, como lo son

todas las mujeres de más de cincuenta años que aún se conservan hermosas, se levantó y marchó hacia el grupo donde se encontraba Diana de Maufrigneuse, adelantando los menudos y nerviosos pies como una corza. Bajo su redondez se revelaba la exquisita delicadeza de que están dotadas esa suerte de mujeres y que les da el vigor de su sistema nervioso, que domina y vivifica el desarrollo de sus carnes. No se podía explicar de otra forma su ligero paso, que fue de una nobleza incomparable. Sólo las mujeres cuyos cuarteles de nobleza comienzan en Noé, saben ser majestuosos como Leonor, a pesar de su robustez, digna de una granjera. Un filósofo hubiese compadecido, tal vez, a Filoxena al admirar la feliz distribución del corpiño y los cuidados minuciosos de un tocado de mañana llevado con una elegancia de reina y una soltura de joven. Peinada audazmente con cabellos abundantes, sin tinte, trenzados sobre la cabeza en forma de torre, Leonor mostraba orgullosamente su cuello de nieve, su pecho y sus hombros de un modelado delicioso, sus brazos desnudos y deslumbradores, rematados por unas manos célebres. Modesta, como todas las antagonistas de la duquesa, reconoció en ella una de esas mujeres de las que se dice: «¡Es la maestra de todas nosotras!». Y, en efecto, se reconocía en Leonor a una de las pocas grandes damas que aún quedan en Francia. Querer explicar lo que había de augusto en el porte de su cabeza, de fino y delicado en esta u otra sinuosidad del cuello, de armonioso en los movimientos, de digno en el continente, de noble en el acuerdo perfecto de los detalles, en el conjunto de esos artificios que parecen naturales que hacen una mujer santa y grande, sería como querer analizar lo sublime. Se goza de esta poesía como de la de Paganini, sin explicarse los medios, pues la causa es siempre el alma que se hace visible. La duquesa inclinó la cabeza para saludar a Elena y a su tía; después le dijo a Diana con voz alegre, pura, sin traza de emoción:

—¿No es tiempo ya de vestirnos, duquesa?

E hizo una salida majestuosa, acompañada de su suegra y de la señorita d'Hérouville, que le daban el brazo. En el momento de marcharse habló en voz baja con la vieja solterona, que la estrechó contra su corazón diciéndole: «¡Sois encantadora!», lo cual significaba: «¡Soy toda vuestra por el servicio que acabáis de prestarnos!». La señorita d'Hérouville regresó para representar su papel de espía, y su primera mirada le demostró a Canalis que las últimas palabras de la duquesa no habían sido vana amenaza. El aprendiz de diplomático se encontró con muy poca ciencia para tan terrible lucha, pero su ingenio le sirvió al menos para colocarse en una situación franca, ya que no podía ser digna. Cuando reapareció Ernesto con el pañuelo de Modesta, lo tomó por el brazo y lo sacó fuera.

—Mi querido amigo —le dijo—, soy el hombre, no sólo más desgraciado, sino más ridículo del mundo; de modo que recurro a ti para salir del avispero en que me veo metido. Modesta es un demonio; ha visto mi embarazo, se ríe de él y acaba de hablarme de dos líneas de una carta de la señora de Chaulieu que cometí la necedad de confiarle; si las enseñase, jamás me podría reconciliar con Leonor. De modo que

pídele inmediatamente ese papel a Modesta y dile de mi parte que no conservo sobre ella ninguna mira, ninguna pretensión. Cuento con su probidad de joven y su delicadeza, para que se conduzca conmigo como si jamás nos hubiésemos visto, le ruego que no me dirija la palabra, le suplicó que me conceda sus rigores, sin que ose reclamar de su picardía una cierta cólera celosa que serviría a maravilla a mis intereses... Ve, te espero aquí.

Al volver a entrar en el salón, vio Ernesto de la Brière a un joven oficial de la compañía de guardias d'Havre, el vizconde de Sérisy, que acababa de llegar de Rosny para anunciar que *Madame* se veía obligada a asistir a la apertura de la legislatura. Sabida es la importancia que tuvo esta solemnidad constitucional, en la que Carlos X pronunció su discurso rodeado de toda su familia, y asistido desde la tribuna por la Delfina y *Madame*. La elección del embajador encargado de expresar su sentimiento era una atención para Diana, pues se la suponía adorada por aquel entonces por este joven encantador, hijo de un ministro de Estado, gentilhomme ordinario de la Cámara, llamado a muy altos destinos en su calidad de hijo único y heredero de una inmensa fortuna. La duquesa de Maufrigneuse toleraba las atenciones del vizconde con el único objeto de poner en evidencia la edad de la señora de Sérisy que, según la crónica murmurada tras el abanico, le había robado el corazón del guapo Luciano de Rubempré.

—Espero que me concederéis el honor de quedaros en Rosembray —dijo la severa duquesa al joven oficial.

A pesar de abrir los oídos a las murmuraciones, la devota señora cerraba los ojos a las ligerezas de sus invitados, cuidadosamente emparejados por el duque; pues nadie sabe lo que son capaces de tolerar esas excelentes mujeres so pretexto de llevar al redil con su indulgencia, a las ovejas descarriadas.

—No contamos con nuestro gobierno constitucional, señora duquesa —dijo el caballero mayor—, y por ello pierde Rosembray un gran honor...

—¡Pero en cambio estaremos más a nuestras anchas! —dijo un seco vejestorio, de unos setenta y cinco años, vestido de paño azul y que conservaba en la cabeza su gorra de caza con permiso de las señoras.

Este personaje, que se parecía mucho al duque de Borbón, era nada menos que el príncipe de Cadignan, montero mayor, uno de los últimos grandes señores franceses.

En el momento en que la Brière trataba de pasar por detrás del canapé para pedir a Modesta un momento de atención, entró un hombre de treinta y ocho años, pequeño, grueso y vulgar.

—Mi hijo, el príncipe de Loudon —dijo la duquesa de Verneuil a Modesta, que no pudo reprimir un movimiento de asombro en su joven fisonomía al ver al titular de un nombre que había hecho tan célebre el general de la caballería vendeana, tanto por su intrepidez como por su suplicio.

El duque actual de Verneuil era el tercero de los hijos llevados por su padre a la emigración y el único superviviente de cuatro hermanos.

—¡Gaspar! —dijo la duquesa llamando a su hijo junto a sí.

El joven príncipe acudió a la orden de su madre, que prosiguió, indicándole a Modesta:

—La señorita de la Bastie, amigo mío.

El presunto heredero, cuyo matrimonio se había concertado con la única hija de Desplein, saludó a la joven, sin que pareciese tan maravillado de su belleza como le había ocurrido a su padre. Pudo entonces comparar la juventud de hoy con los hombres de otros tiempos, pues el viejo príncipe de Cadignan le había dirigido ya tres o cuatro frases encantadoras, demostrándole así que rendía tanto homenaje a la mujer como a la Realeza. El duque de Réthoré, primogénito de la señora de Chaulieu, notable por su dominio de ese tono que une la impertinencia a la grosería, había saludado a Modesta, como el príncipe de Loudon, casi con altanería. La razón de este contraste entre los hijos y los padres procede, tal vez, de que los herederos no se consideran tan gran cosa como sus mayores y se desentienden de las cargas del poder al no hallar en éste más que la sombra. Los padres conservan aún la cortesía propia de su desvanecida grandeza, como esas cumbres que dora todavía el sol cuando todo son ya tinieblas a su alrededor.

Ernesto pudo al fin deslizar dos palabras a Modesta, que se levantó.

—Querida —dijo la duquesa, creyendo que Modesta iba a vestirse, por lo cual tiró del cordón de una campanilla— ahora os conducirán a vuestras habitaciones.

Ernesto acompañó a Modesta hasta la gran escalinata, le presentó la demanda del infortunado Canalis y trató de conmoverla pintándole las angustias de Melchor.

—¡Mirad, ama! Es un cautivo que creía poder romper su cadena.

—¿Amor en ese feroz calculador?... —replicó Modesta.

—Señorita, estáis en el comienzo de la vida, no conocéis sus desfiladeros. Debemos perdonar todas sus inconsecuencias a un hombre que acepta el dominio de una mujer mucho mayor que él, pues no tiene la culpa. ¡Pensad en los sacrificios que ha hecho Canalis ante esa divinidad! Ha arrojado ya demasiadas semillas para desdeñar la cosecha, y la duquesa representa para él diez años de cuidados y felicidad. Vos le habíais hecho olvidarlo todo a un poeta que, por desgracia, tiene más vanidad que orgullo; no ha sabido lo que perdía hasta que ha vuelto a ver a la señora de Chaulieu. Si conocieseis a Canalis le ayudaríais. ¡Es un niño que trastorna su vida para siempre!... ¡Lo llamáis calculador; pero calcula muy mal, como todos los poetas que son, por otra parte, gente sensitiva, llena de puerilidad, deslumbrado, como los niños, por lo que brilla, y que corre tras de ello!... Ha amado los caballos y los cuadros; ha querido la gloria: vende sus telas para comprar armaduras o muebles del Renacimiento y de Luis XV y ahora quiere el poder. ¿Convenís en que sus juguetes no san grandes cosas?

—Basta —dijo Modesta—. Venid —dijo al ver a su padre, a quien llamó con un signo de la cabeza para pedirle el brazo—, voy a devolveros las dos líneas; pero con una condición. Quiero que le hagáis presente todo mi agradecimiento por el placer

que he tenido al ver representar para mí sola una de las más hermosas piezas del teatro alemán. Ahora sé que la obra maestra de Goethe no es el *Fausto* ni el *Conde de Egmont*...

Y como Ernesto mirase con aire embobado a la maliciosa joven:

—... ¡Es *Torcuato Tasso*! —prosiguió—. Decidle al señor de Canalis que la vuelva a leer —añadió sonriendo—. Quiero que le repitáis esto palabra por palabra a vuestro amigo, pues no es un epigrama, sino la justificación de su conducta, con la única diferencia de que espero que él se hará más razonable gracias a la locura de Leonor.

La primera doncella de la duquesa guió a Modesta y a su padre hasta sus habitaciones, donde Francisca Cochet lo había puesto ya todo en orden y cuya elegancia y refinamiento asombraron al coronel, al que Francisca hizo saber que existían en el castillo treinta apartamentos del mismo gusto.

—He aquí como concibo yo una finca —dijo Modesta.

—El conde de la Bastie te hará construir un castillo igual —respondió el coronel.

—Tened, señor —dijo Modesta entregando el papelito a Ernesto—, id a tranquilizar a nuestro amigo.

Esta frase «nuestro amigo» sorprendió al refrendario. Miró a Modesta para saber si había algo serio en la comunidad de sentimientos que parecía aceptar y la joven, comprendiendo aquella interrogación, le dijo:

—¡Ea, vamos! Id, vuestro amigo espera.

La Brière enrojó excesivamente y salió en un estado de duda, de ansiedad, de turbación mucho más cruel que la desesperación misma. Para los verdaderos amantes, las proximidades de la felicidad son comparables a lo que la poesía católica ha denominado tan bien entrada del paraíso para expresar un lugar tenebroso, difícil, estrecho y en el que resuenan los últimos gritos de una suprema angustia.

Una hora después, la ilustre compañía se hallaba reunida en el gran salón, los unos jugando al *whist*, los otros conversando, las mujeres ocupadas en pequeñas labores, y todos aguardando el anuncio de la comida. El montero mayor hizo hablar al señor Mignon sobre China, sobre sus campañas, sobre los Portenduère, los l'Estorade y los Maucombe, familias provenzales; le reprochó que no pidiese la vuelta al servicio, asegurándole que nada era más fácil que emplearlo con su grado y en la guardia.

—Un hombre de vuestro nacimiento y vuestra fortuna no abraza las opiniones de la actual oposición —dijo el príncipe sonriendo.

No sólo agradó a Modesta aquella escogida sociedad, sino que debía adquirir en ella, durante su estancia, una perfección de maneras que sin esa revelación le habría faltado toda la vida. Mostrar un reloj a un mecánico en ciernes será como revelarle la mecánica por entero; desarrolla inmediatamente los gérmenes que duermen en él. De igual forma supo Modesta apropiarse cuanto distinguía a las duquesas de Maufrigneuse y de Chaulieu. Todo fue enseñanza para ella allí donde las burguesas

no hubiesen conseguido más que hacer el ridículo con la imitación de aquellos ademanes. Una joven bien nacida, instruida y perfecta como Modesta, se puso naturalmente al unísono y descubrió las diferencias que separan el mundo aristocrático del mundo burgués, la provincia del barrio de Saint-Germain, captó esos matices casi inaprensibles, reconoció en fin, la gracia propia de una gran dama sin desesperar de llegar a adquirirla. Encontró a su padre y a la Brière infinitamente mejores que Canalis en el seno de aquel Olimpo. Al abdicar de su verdadero e incontestable poder, el del espíritu, el gran poeta no era más que un relator del Consejo de Estado que pretendía un puesto de ministro, que perseguía el collar de comendador, obligando a agradar a todas aquellas constelaciones. Ernesto de la Brière, sin ambición, permanecía el mismo; en tanto que Melchor, convertido en un rapazuelo, para servirse de una expresión vulgar, adulaba al príncipe de Loudon, al duque de Réthoré, al vizconde de Sérisy, al duque de Maufrigneuse, como un hombre que no podía hablar francamente, a diferencia del coronel Mignon, conde de la Bastie, orgulloso de sus servicios y de la estima del emperador Napoleón. Advirtió Modesta la continua preocupación del hombre de ingenio por buscar una agudeza que hiciese reír, una frase buena para asombrar, un cumplido capaz de halagar a aquellas altas potencias entre las que Melchor quería mantenerse. En una palabra, allí se desplumó el pavo real.

A media velada, fue a sentarse Modesta junto al caballerizo mayor en un rincón del salón; lo había conducido hasta allí para terminar una pugna que no podía seguir alentando sin desestimarse a sí misma.

—Señor duque, si me conocéis —le dijo—, sabréis cuán conmovida estoy por vuestras atenciones. Precisamente a causa de la profunda estimación que he concebido por vuestro carácter, por la amistad que inspira un alma como la vuestra, no querría ocasionar la menor ofensa a vuestro amor propio. Antes de vuestra llegada al Havre, yo amaba sinceramente, profundamente y para siempre a una persona digna de ser amada y para la que mi afecto es todavía un secreto; pero sabed, y en esto soy más sincera de lo que suelen ser las jóvenes, que si no hubiese tenido este compromiso voluntario, vos habríais sido escogido por mí, tantas son las hermosas y nobles cualidades que en vos he hallado. Algunas palabras que se han escapado a vuestra hermana y a vuestra tía me obligan a hablaros así. Si lo juzgáis necesario, mañana, antes de partir para la cacería, mi madre me habrá llamado so pretexto de una indisposición grave. Sin vuestro consentimiento no quiero asistir a una fiesta preparada por vuestras atenciones y en la que mi secreto, si se me escapase, os entristecería al lastimar vuestras legítimas pretensiones. ¿Por qué ha venido aquí, me diréis? Podía no haber aceptado. Sed lo bastante generoso para no ver un crimen en una curiosidad necesaria. Esto no es lo más delicado que tengo que deciros. En mi padre y en mí tenéis unos amigos mucho más sinceros de lo que creéis; y como la fortuna fue el primer móvil de vuestros pensamientos cuando vinisteis hacia mí, sin que quiera servirme de esto como de un calmante para la pena que galantemente

debéis testimoniarme, sabed que mi padre se ocupa del negocio d'Hérouville: su amigo Dumay lo encuentra hacadero y ya ha dado algunos pasos para formar una compañía, a la que Gobenheim, Dumay y mi padre ofrecen ciento cincuenta mil francos y se encargan de reunir el resto por la confianza que inspirarán a los capitalistas al tomar tan serio interés en el negocio. Si no tengo el honor de ser la duquesa d'Hérouville, tengo casi la certidumbre de proporcionaros los medios de escoger un día, con toda libertad, entre la alta esfera donde debéis hallarla. ¡Oh! dejadme terminar —dijo a un gesto del duque...

—Por la emoción de tu hermano —decía la señorita d'Hérouville a su sobrina— es fácil juzgar que tienes una hermana.

—... Señor duque, esto lo decidí el día de nuestro primer paseo a caballo, al oíros deplorar vuestra situación. He ahí lo que quería revelaros. Aquel día quedó fijada mi suerte. Si no habéis conquistado una mujer, habréis encontrado en Ingouville unos amigos, si todavía os dignáis aceptarnos con ese título...

Este pequeño discurso, largamente meditado por Modesta, fue dicho con un encanto tan espiritual, que acudieron las lágrimas a los ojos del caballero mayor, el cual cogió la mano de Modesta y la besó.

—Quedaos aquí durante la cacería —respondió el duque d'Hérouville—, mi escaso mérito me ha acostumbrado ya a estas negativas; pero, aunque acepte vuestra amistad y la del coronel, dejadme comprobar, merced al juicio de los más competentes hombres de ciencia, de que la desecación de los pantanos de Hérouville no hace correr riesgo alguno y puede dar beneficios a la compañía de que me habláis, antes de aceptar la abnegación de vuestros amigos. Sois una noble joven y, aunque sea doloroso no ser más que vuestro amigo, me honraré con ese título y os lo probaré siempre, en todo tiempo y en todo lugar.

—En todo caso, señor duque, guardaremos el secreto; no se sabrá mi elección, si es que no me equivoco, hasta después de la completa curación de mi madre, pues quiero que mi futuro marido y yo seamos bendecidos por sus primeras miradas.

—Señoras —dijo el príncipe de Cadignan en el momento de terminar la velada—, recuerdo que muchas de vosotras teníais intención de cazar mañana con nosotros; por lo tanto, creo mi deber de advertiros que, si tenéis empeño en hacer de Dianas, os habréis de levantar con la diana, es decir, con el día. En el curso de mi vida he visto algunas mujeres que con frecuencia desplegaban mayor valor que los hombres; pero durante unos instantes solamente. Y necesitaréis una cierta dosis de testarudez para permanecer a caballo durante toda una jornada, salvo el alto que hagamos para almorzar, como buenos cazadores y cazadoras, de prisa y corriendo... ¿Os mantenéis todas firmes en el propósito de mostraros como consumadas Amazonas?...

—Príncipe, yo estoy obligada a ella —respondió finamente Modesta.

—Yo respondo de mí —dijo la duquesa de Chaulieu.

—Yo conozco a mi hija Diana, es digna de su nombre —replicó el príncipe—. De modo que ya estáis todas metidas en el juego. Sin embargo, en honor de la señora y la

señorita de Verneuil y de todas las personas que quedaremos aquí, haré de modo que acorrale a los ciervos al extremo del estanque.

—Tranquilizaos, señoras, el «almuerzo de prisa y corriendo» tendrá lugar bajo una magnífica tienda —dijo el príncipe de Loudon cuando el montero mayor hubo abandonado el salón.

Al día siguiente, al llegar el alba, todo presagiaba una hermosa jornada. El cielo, velado por un ligero vapor grisáceo, dejaba ver en los espacios claros un azul puro, y debía quedar completamente limpio hacia el mediodía gracias a una brisa que barría ya las pequeñas nubes algodonosas. Al abandonar el castillo, el montero mayor, el príncipe de Loudon y el duque de Réthoré —que no tenían ninguna dama que proteger— para dirigirse los primeros al punto de reunión, vieron las chimeneas del castillo, aquellas moles blancas que se dibujaban sobre ese follaje pardo rojizo que aún conservan los árboles en Normandía a fines de los otoños bonancibles, y asomaban a través del velo de vapores.

—Esas damas tienen suerte —dijo el príncipe al duque de Réthoré.

—¡Oh! Pese a sus fanfarronadas de ayer, creo que nos dejaran cazar solos —respondió el montero mayor.

—Sí, si no tuviesen todas un aliciente especialísimo —replicó el duque.

En aquel momento aquellos resueltos cazadores —pues el príncipe de Loudon y el duque de Réthoré pertenecían a la raza de Nemrod y pasaban por ser los primeros tiradores del barrio de Saint-Germain— oyeron el ruido de un altercado y se dirigieron al galope hacia la glorieta señalada como lugar de reunión, en una de las entradas del bosque de Rosembray, notable por su pirámide de musgo. Veamos, cuál era el motivo de la discusión. El príncipe de Loudon, tocado de anglomanía, había puesto a las órdenes del montero mayor un equipo de caza enteramente británico. Por tanto, en uno de los lados de la glorieta fue a colocarse un joven inglés de pequeña talla, rubio, pálido, con aire insolente y flemático, que apenas hablaba el francés y cuya vestimenta ofrecía esa propiedad que distingue a todos los ingleses, incluso a los de las clases más bajas. John Barry llevaba un entallado redingote de paño escarlata y botones de plata con las armas de los Verneuil, calzones de piel blanca, botas en forma de campana, cuello y capa de terciopelo negro. Tenía en la mano un pequeño látigo de caza y se veía a su izquierda, sujeto por un cordón de seda, un cuerno de cobre. Este primer montero estaba acompañado por dos grandes perros corredores de caza, verdaderos fox-hound, de pelo blanco manchado de castaño claro, largos de patas, de hocico fino, cabeza menuda y pequeñas orejas. Este montero, uno de los más célebres en el condado de donde el príncipe lo había hecho venir a grandes expensas, mandaba un equipo de quince caballos y sesenta perros de raza inglesa, que le costaba un dineral al duque de Verneuil, poco aficionado a la caza, pero que toleraba a su hijo este gusto, fundamentalmente regio. Los subordinados, hombres y caballos, se mantenían a una cierta distancia, en perfecto silencio.

Ahora bien, al llegar al punto de cita, John vio que se le habían adelantado tres

monteros al frente de dos jaurías reales, llegados en coche, los tres mejores monteros del príncipe de Cadignan y que formaban un perfecto contraste por sus caracteres y trajes franceses con el representante de la insolente Albión. Estos favoritos del príncipe, cubiertos todos ellos con sombreros galoneados, de tres puntas, muy achatados y muy anchos, bajo los cuales gesticulaban unos rostros curtidos, atezados, arrugados y como iluminados por unos ojos brillantes, eran notablemente secos, magros, nerviosos, propios de gentes devoradas por la pasión de la caza. Provistos los tres de esas grandes trompas a la Dampierre, guarnecidas de cordones de sarga verde que sólo dejan ver el cobre de la bocina, contenían a sus perros con la mirada y la voz. Estos dignos animales —que formaban una asamblea de súbditos mucho más fieles que los del rey— iban todos manchados de blanco, de castaño o de negro cada cual con su fisonomía propia como los soldados de Napoleón. Al menor ruido se llenaban sus pupilas de un fuego que las hacía parecer diamantes; el uno, venido del Poitou, corto de riñones, ancho de espaldas, de patas juntas y largas orejas; el otro, venido de Inglaterra, blanco, tirando a galgo, con poco vientre, pequeñas orejas y hábil para la carrera; los jóvenes, impacientes y prestos a alborotar, mientras que los viejos, marcados con cicatrices, tendidos, tranquilos, con la cabeza sobre las dos patas delanteras, escuchaban la tierra como los salvajes.

Al ver llegar a los ingleses, los perros y las gentes del rey se miraron entre sí, como preguntándose sin pronunciar una palabra:

—¿De modo que no cazaremos solos?... ¿Estará comprometido al servicio de Su Majestad?

Después de comenzar sus chanzas, se calentó la disputa entre el señor Jacquin La Roulieu, viejo jefe de los monteros franceses, y John Barry, el joven insular.

Los dos príncipes adivinaron desde lejos el motivo de aquel altercado e, interponiendo su caballo, el montero mayor lo hizo terminar todo con su voz imperativa:

—¿Quién ha hecho el bosque?

—Yo, monseñor —dijo el inglés.

—Bien —dijo el príncipe de Cadignan escuchando el informe de John Barry.

Hombres y perros, todos se mostraron respetuosos con el montero mayor, como si todos conociesen igualmente su dignidad suprema. El príncipe ordenó la jornada: pues una cacería es como una batalla, y el montero mayor de Carlos X fue un Napoleón de los bosques. Gracias al orden admirable introducido en la montería por este montero mayor, podía ocuparse exclusivamente de la estrategia y de la alta ciencia. Supo asignar al equipo del príncipe de Loudon su puesto en el ordenamiento de la jornada, reservándole, como cuerpo de caballería, la misión de empujar a los ciervos hacia el estanque en el caso de que, según su pensamiento, las jaurías reales lograran sacarlos del bosque de la Corona que bordea el horizonte, frente al castillo. El montero mayor supo sacar partido del amor propio de sus viejos servidores al confiarles la tarea más ruda, y del amor propio del inglés, al que empleaba así en su

especialidad, al darle ocasión de mostrar el poder de las patas de sus perros y caballos. Ambos sistemas debían enfrentarse y hacer maravillas, en competencia el uno con el otro.

—¿Monseñor nos ordena esperar todavía? —dijo respetuosamente La Roulie.

—¡Bien te entiendo, viejo! —replicó el príncipe—. Es tarde; pero...

—Ya están aquí las señoras, pues Júpiter advierte olores *fetiches* —dijo el segundo montero, al advertir la forma de olfatear de su perro favorito.

—¿*Fetiches*? —repitió el príncipe de Loudon sonriendo.

—Tal vez quiera decir fétidos —intervino el duque de Réthoré.

—Seguro que es eso, pues todo lo que no es el olor de la perrera, infecta, al decir del señor Lavarme —replicó vivamente el montero mayor.

En efecto, los tres señores divisaron a lo lejos un escuadrón de dieciséis caballos, a la cabeza del cual brillaban los velos verdes de cuatro damas. Modesta, acompañada por su padre, por el caballero mayor y por el pequeño la Brière, iba delante, junto a la duquesa de Maufrigneuse, a quien daba escolta el vizconde de Sérisy. Después venía la duquesa de Chaulieu acompañada por Canalis, al que sonreía sin rastro ya de rencor. Al llegar a la glorieta, donde aquellos cazadores vestidos de rojo y provistos de sus trompas de caza, rodeados de perros y monteros, formaban un espectáculo digno de los pinceles de Van der Meulen, la duquesa de Chaulieu, que se mantenía admirablemente a caballo a pesar de su gordura, se acercó a Modesta por considerar que no le cuadraba bien a su dignidad mostrarse enojada con aquella joven, a quien la víspera no había dicho una sola palabra.

Cuando el montero mayor hubo terminado sus cumplidos con una puntualidad fabulosa, Leonor se dignó fijarse en el magnífico puño de fusta que brillaba en la pequeña mano de Modesta, y le pidió graciosamente que le permitiese contemplarlo.

—Es lo más hermoso que conozco en este género —dijo mostrando aquella obra maestra a Diana de Maufrigneuse—; por lo demás, está en armonía con su dueña —continuó devolviéndosela a Modesta.

—Reconoced, señora duquesa —respondió la señorita de la Bastie, dirigiendo a la Brière una tierna y maliciosa mirada en la que el enamorado pudo leer una declaración— que, en manos de un futuro, es un singular presente...

—Pero yo lo tomaría como un reconocimiento de mis derechos, en recuerdo de Luis XIV —dijo la señora de Maufrigneuse.

A la Brière se le llenaron los ojos de lágrimas, y soltando la brida de su caballo, estuvo a punto de caer; una segunda mirada de Modesta le devolvió sus fuerzas al ordenarle que no traicionase su felicidad.

Emprendieron la marcha.

El duque d'Hérouville dijo en voz baja al joven refrendario:

—Espero, señor, que haréis dichosa a vuestra mujer, y si yo puedo seros útil en algo, disponed de mí, pues me gustaría contribuir a la dicha de dos seres tan encantadores.

Aquella jornada, en la que quedaron resueltos importantes negocios del corazón y de la fortuna, no le ofreció al montero mayor, más que un solo problema; el de saber si el ciervo atravesaría o no atravesaría el estanque para ir a morir en lo alto del parterre, delante del castillo; porque los cazadores de su reciedumbre son como esos jugadores de ajedrez que predicen el mate en determinada casilla. El afortunado viejo consiguió satisfacer todos sus deseos, realizó una magnífica cacería y las damas le dispensaron de su presencia el siguiente día, que estuvo metido en lluvia.

Los invitados del duque de Verneuil permanecieron cinco días más en Rosembray. El último, la *Gaceta de Francia* publicaba el nombramiento del señor barón de Canalis para el grado de comendador de la Legión de Honor y para el puesto de ministro de Carlsruhe.

Cuando, en los primeros días del mes de diciembre, la señora condesa de la Bastie, operada por Desplein, pudo ver al fin a Ernesto de la Brière, estrechó la mano de Modesta y le dijo al oído:

—Yo lo habría escogido también...

A fines de febrero, quedaron firmados por el bueno y excelente Latournelle, mandatario del señor Mignon en Provenza, todos los contratos relativos a las adquisiciones. Por los mismos días, la familia de la Bastie obtuvo del rey el insigne honor de que estampara su firma en el contrato de matrimonio y autorizase la transmisión del título y las armas de la Bastie a Ernesto de la Brière. El dominio de la Bastie, reconstituido con más de cien mil francos de renta, fue erigido en mayorazgo por cartas patentes que la Corte Real registró a fines de abril. Los testigos de la Brière fueron Canalis y el ministro a quien durante cinco años había servido como secretario particular. Los de la desposada fueron el duque d'Hérouville y Desplein, a quien los Mignon guardaron largo reconocimiento, después de haberle dado magníficos testimonios de él.

Más adelante, en el curso de esta larga historia de nuestras costumbres, tal vez volvamos a ver al señor y a la señora de la Bastie: notarán entonces los entendidos cuán dulce y fácil de llevar es el matrimonio con una mujer instruida y espiritual; pues Modesta, que supo evitar, según lo había prometido, las ridiculeces de la pedantería, constituye aún el orgullo y la felicidad, tanto de su marido como de toda su familia y de cuantos componen la sociedad.



UNA ENTRADA EN LA VIDA



A LAURA

Que la brillante y humilde alma que me ha procurado el tema de esta escena,
reciba el honor de ella.

SU HERMANO

Los ferrocarriles, en un futuro no muy lejano, están destinados a hacer desaparecer ciertas industrias, modificar algunas otras y sobre todo aquellas que se refieren a las diferentes clases de transporte que se utilizan en los alrededores de París. De este modo las personas y las cosas que constituyen los elementos de la presente Escena, le conferirán el mérito de un trabajo arqueológico. ¿Acaso nuestros descendientes no se complacerán en conocer el material social de una época a la que llamarán los viejos tiempos? Así, los pintorescos *coucous*^[2] que tenían su parada en la plaza de la Concordia, abarrotando el Cours-la-Reine, los *coucous* tan florecientes durante un siglo, tan numerosos aún en 1830, ya no existen; y en el campo, apenas se encuentra uno en la carretera en 1842.

En 1820, los lugares célebres por su belleza, que se denominan *Alrededores de París*, aún no poseían un servicio de mensajerías regular para todos. No obstante, los Touchard, padre e hijo, habían conquistado el monopolio del transporte para las ciudades más populosas, en un radio de quince leguas; y su empresa constituía un magnífico establecimiento situado en la calle del Faubourg-Saint-Denis. A pesar de su antigüedad, de sus esfuerzos, de su capital y de todas las ventajas de una poderosa centralización, las mensajerías Touchard encontraban en los *coucous* del Faubourg-Saint-Denis terribles competidores para los puntos situados a siete u ocho leguas a la redonda. La pasión del parisiense por el campo es tan grande, que unas empresas locales luchaban también con ventaja contra las Pequeñas Mensajerías, nombre dado a la empresa de los Touchard por oposición a la de las Grandes Mensajerías de la calle de Montmartre. En esa época, el éxito de los Touchard estimuló a los especuladores. Para las localidades menores de los alrededores de París había entonces empresas de coches hermosos, rápidos y cómodos, que salían de París y regresaban a horas fijas y que, en todos los puntos, produjeron una encarnizada competencia. Vencido para el viaje de cuatro a seis leguas, el *coucou* quedó destinado a las distancias cortas y vivió aún algunos años. En fin, sucumbió cuando los ómnibus hubieron demostrado la posibilidad de dar cabida a dieciocho personas en un coche tirado por dos caballos. Actualmente, el *coucou*, si por casualidad una de aquellas aves de vuelo tan pesado se encontrara aún en algún almacén, constituiría, por su estructura y por sus disposiciones, el objeto de investigaciones científicas, comparables a las que Cuvier realizó con los animales hallados en las canteras de yeso de Montmartre.

Las pequeñas empresas, amenazadas por los especuladores que lucharon desde 1822 contra los Touchard, padre e hijo, tenían generalmente un punto de apoyo en las simpatías de los habitantes del lugar donde prestaban sus servicios. Así, el empresario, a la vez conductor y propietario del coche, era un posadero de la región cuyos seres, cosas e intereses le eran familiares. Efectuaba los recados con inteligencia, no pedía mucho por sus pequeños servicios y por ello mismo ganaba más que las Mensajerías Touchard. Sabía eludir la necesidad de un pase de tránsito. En caso necesario, infringía las ordenanzas sobre los viajeros que había de tomar. En

fin, contaba con las simpatías de la gente del pueblo. Así, cuando se establecía un competidor, si el viejo ordinario de la región se repartía con él los días de la semana, algunas personas aplazaban su viaje para poder hacerlo en compañía del antiguo cochero, aunque su material y sus caballos estuvieran en un estado poco tranquilizador.

Una de las líneas que los Touchard padre e hijo trataron de monopolizar, que les fue más disputada y que aún hoy se les disputa a los Toulouse, sus sucesores, es la de París a Beaumont-sur-Oise, línea asombrosamente fértil, ya que tres empresas la explotaban a porfía en 1822. Las Pequeñas Mensajerías bajaron en vano sus precios, multiplicaron en vano las horas de salida, construyeron en vano excelentes coches: la competencia subsistió; tan productiva es una línea sobre la cual se hallan situadas ciudades pequeñas como Saint-Denis y Saint-Brice, aldeas como Pierrefitte, Groslay, Écouen, Pongelles, Moisselles, Baillet, Monsoult, Maffliers, Franconville, Presles, Nointel, Nerville, etcétera. Las Mensajerías Touchard acabaron por extender el viaje de París a Chambly. La competencia fue hasta Chambly. Actualmente los Toulouse van hasta Beauvais.

En esta ruta, la de Inglaterra, hay un camino que parte de un lugar llamado *La Cave*, por su topografía, y que conduce a uno de los valles más deliciosos de la cuenca del Oise, a la pequeña ciudad de l'Isle-Adam, doblemente célebre como cuna de la extinguida casa de l'Isle-Adam y como antigua residencia de los Borbón-Conti. L'Isle-Adam es una encantadora ciudad respaldada por dos aldeas, la de Nogent y la de Parmain, notables las dos por unas magníficas canteras que han suministrado el material para los más bellos edificios del París moderno y algunos del extranjero, ya que la base y los adornos de las columnas del Teatro de Bruselas son de piedra de Nogent. Aunque notable por admirables lugares, por castillos célebres, construidos por príncipes, monjes o famosos arquitectos, como Cassan, Stors, Le Val, Nointel, Persan, etc., en 1822 escapaba esa región a la competencia, y se encontraba servida por dos cocheros, puestos de acuerdo para explotarla. Esta excepción se basaba en razones fáciles de comprender. Desde La Cave, punto de arranque, en la carretera de Inglaterra, del camino empedrado merced a la munificencia de los príncipes de Conti, hasta l'Isle-Adam, la distancia es de dos leguas; ninguna empresa podía efectuar un rodeo tan considerable, tanto más cuanto que en aquellos tiempos l'Isle-Adam formaba un callejón sin salida. La carretera que llegaba hasta allí, allí terminaba. Algunos años más tarde, un camino unió el valle de Montmorency con el valle de l'Isle-Adam. De Saint-Denis pasa por Saint-Leu-Taverny, Méru, l'Isle-Adam, y llega hasta Beaumont, a lo largo del Oise. Pero en 1822, la única carretera que conducía a l'Isle-Adam era la de los príncipes de Conti. Pierrotin y su colega reinaban, por consiguiente, de París a l'Isle-Adam, amados por la región entera. El *coche de Pierrotin* y el de su compañero hacían el servicio de Stors, Le Val, Parmain, Champagne, Mours, Prérailles, Nogent, Nerville y Maffliers. Pierrotin era tan conocido que los habitantes de Monsoult, de Moisselles, de Baillet y de Saint-Brice,

aunque situados en la carretera principal, se servían de su coche, en el que había más probabilidades de encontrar asiento que en las diligencias de Beaumont, siempre llenas. Pierrotin vivía en buena inteligencia con su rival. Cuando Pierrotin partía de l'Isle-Adam, su compañero regresaba de París, y viceversa. Resulta inútil hablar de competencia. Pierrotin gozaba de las simpatías de la región. Por otra parte, de los dos mensajeros él es el único que aparece en esta verídica historia. Básteos, pues, saber que los dos cocheros vivían en buena inteligencia, se hacían una guerra leal y se disputaban los habitantes por procedimientos honrados. Disfrutaban en París, por razones de economía, del mismo patio, del mismo hotel, de la misma cuadra, del mismo cobertizo, del mismo empleado. Este detalle dice bien a las claras que Pierrotin y su adversario eran, según la expresión popular, hombres de *buena pasta*. Ese hotel, situado precisamente en la esquina de la calle de Enghien, todavía existe, y se llama *El León de Plata*.

El propietario de este establecimiento destinado, desde tiempo inmemorial, a albergar recaderas, explotaba también una empresa de coches para Dammartin tan sólidamente establecida, que los Touchard, sus vecinos, cuyas Pequeñas Mensajerías se hallan enfrente, no pensaban hacer circular ningún coche por esta línea.

Aunque las salidas para l'Isle-Adam debieran tener efecto a una hora fija, Pierrotin y su recadero ejercían a este respecto una tolerancia que, si bien les conciliaba el afecto de la gente de la comarca, les valía fuertes amonestaciones de parte de los extranjeros, acostumbrados a la regularidad de los grandes establecimientos públicos; pero los dos conductores de este coche, mitad diligencia, mitad *coucou*, encontraban siempre defensores entre sus clientes. Por la tarde, la salida de las cuatro se alargaba hasta las cuatro y media, y de la mañana, aunque indicada para las ocho, nunca tenía efecto antes de las nueve. Por otra parte, este sistema era excesivamente elástico. En verano, época de oro para los mensajeros, la ley de las salidas, rigurosa para con los desconocidos, sólo era flexible para la gente de la comarca. Este método ofrecía a Pierrotin la posibilidad de embolsarse el precio de dos plazas en vez de una, cuando un habitante de la región llegaba puntual a pedir un asiento que pertenecía a un *ave de paso* que, por desgracia, se había retrasado. Esta elasticidad no hallaría ciertamente gracia a los ojos de los puristas en moral; pero Pierrotin y su colega la justificaban por la *dureza de los tiempos*, por sus pérdidas durante el invierno, por la necesidad de tener pronto mejores coches, y finalmente por el exacto cumplimiento de la ley escrita en unos boletines cuyos ejemplares demasiado raros sólo se daban a los viajeros de paso lo suficientemente obstinados en exigirlos.

Pierrotin, hombre de cuarenta años, era ya padre de familia. Salido de la caballería en la época del licenciamiento de 1815, este buen mozo había sucedido a su padre, el cual conducía de l'Isle-Adam a París un *coucou* de marcha algo caprichosa. Después de haberse casado con la hija de un modesto mesonero, amplió el servicio de l'Isle-Adam, lo regularizó, hízose notar por su inteligencia y por una

exactitud militar. Ágil, decidido, Pierrotin (este nombre debía ser un apodo) imprimía, por la movilidad de su fisonomía, a su rostro coloradote y acostumbrado a la intemperie, una expresión asocarronada e inteligente. Por otra parte, no carecía de aquella facilidad en el hablar que se adquiere de puro ver gente y diferentes países. Su voz, por la costumbre de dirigirse a caballos y de gritar en señal de advertencia, había adquirido cierta rudeza; pero empleaba tono amable con la gente. Su traje, como el de los recaderos de segunda categoría, consistía en unas buenas botas claveteadas, hechas en l'Isle-Adam, un pantalón de gruesa pana de color verde botella, una chaquetilla de tela parecida, pero por encima de la cual, durante el ejercicio de sus funciones, llevaba una blusa azul, adornada en el cuello, en los hombros y en las muñecas con bordados multicolores. Cubríase la cabeza con una gorra de visera. El estado militar había dejado en las costumbres de Pierrotin un gran respeto por las superioridades sociales, y el hábito de la obediencia a las personas de las clases elevadas; pero si bien gustaba de familiarizarse con los burgueses, respetaba siempre a las mujeres, fuera cual fuese la clase social a la que pertenecieran. No obstante, de puro *brouetter le monde*, para emplear una de sus expresiones, había acabado por considerar a sus viajeros como paquetes ambulantes y que a partir de entonces exigían menos cuidados que los otros, objeto esencial de la mensajería.

Atento al movimiento general que, desde la paz, revolucionaba su negocio, Pierrotin no quería quedar al margen del progreso. Así, después del verano, hablaba mucho de cierto coche grande, encargado a los Farry, Breilmann y Compañía, los mejores constructores de diligencias, y obligado por la creciente afluencia de viajeros. El material de Pierrotin consistía entonces en dos coches. Uno de ellos, que prestaba sus servicios en invierno y el único que enseñaba a los agentes del Fisco, procedía de su padre y se parecía a un *coucou*. Los flancos redondeados de este coche permitían colocar en él seis viajeros en dos banquetas de dureza metálica, aunque recubiertas de pana amarilla. Estas dos banquetas estaban separadas por una barra de madera que se quitaba y se ponía a voluntad en dos ranuras practicadas en cada pared interior, a la altura de la espalda. Esta barra, pérfidamente envuelta en pana, y a la que Pierrotin daba el nombre de respaldo, hacía desesperar a los viajeros por la dificultad de quitarla y volverla a poner. Si este respaldo era difícil de manejar, resultaba aún más molesto a los omoplatos cuando estaba colocado; pero cuando se dejaba atravesado en el coche, hacía la entrada y la salida igualmente peligrosa, sobre todo para las mujeres. Aunque cada banqueta de este cabriolé, de costado curvado como el de una mujer embarazada, sólo debiera contener tres viajeros, a menudo se veían ocho apretujados como arenques en una caja. Pierrotin pretendía que los viajeros iban mejor de esta forma, porque entonces formaban una masa compacta, firme; mientras que tres viajeros entrechocaban continuamente entre sí y se exponían a aplastar sus sombreros contra el techo de su cabriolé, a causa de las sacudidas de la marcha. En la parte delantera de este coche había una banqueta de madera, el asiento de Pierrotin, y

en la que podían sentarse tres viajeros, que, colocados allí, toman el nombre, como es sabido, de *conejos*. En ciertos viajes, Pierrotin colocaba allí cuatro conejos, y entonces se sentaba a un lado, sobre una especie de caja, para dar un punto de apoyo a los pies de sus conejos, la cual siempre estaba llena de paja o de paquetes que no corrían ningún peligro. La carrocería de este *coucou*, pintada de amarillo, estaba embellecida en su parte superior por una banda azul en la que se leían en letras de un blanco plateado a los lados: *l'Isle-Adam-París*, y detrás: *Servicio de l'Isle-Adam*. Nuestros descendientes estarían en un error si creyeran que este coche sólo podía llevar trece personas, Pierrotin incluido; en las grandes ocasiones admitía a veces otras tres en un compartimiento cuadrado recubierto por una lona donde se amontonaban las maletas, las cajas y los paquetes; pero el prudente Pierrotin únicamente dejaba subir allí a sus clientes y sólo a trescientos o a cuatrocientos pasos de la Barrera. Los habitantes del *gallinero*, nombre dado por los conductores a esta parte del coche, habían de apearse antes de llegar a cada aldea de la carretera en la que se encontraba un puesto de gendarmes. La sobrecarga prohibida por las ordenanzas *concerniente a la seguridad de los viajeros* era entonces demasiado flagrante para que el gendarme, esencialmente amigo de Pierrotin, pudiera dispensarse de levantar proceso verbal de esta contravención. Así, el cabriolé de Pierrotin llevaba, ciertos sábados por la tarde o lunes por la mañana, quince viajeros; pero entonces, para arrastrarlo, daba a su viejo caballo, llamado «Coloradote», un compañero en la persona de un caballo del tamaño de un poney. Este caballito era una yegua llamada «Cervatilla», que comía poco, era incansable y valía su peso en oro.

—¡Mi mujer no la cambiaría por ese gran haragán de «Coloradote»! —exclamaba Pierrotin cuando un viajero le gastaba bromas sobre aquel *extracto de caballo*.

La diferencia entre el otro coche y éste consistía en que el segundo estaba montado sobre cuatro ruedas. Este coche, de construcción extraña, llamado el *coche de cuatro ruedas*, admitía diecisiete viajeros y no debía contener más de catorce. Hacía un ruido tan considerable, que en l'Isle-Adam solían decir: ¡Ahí viene Pierrotin!, cuando salía del bosque que se extiende por la colina del valle. Estaba dividido en dos lóbulos, el primero de los cuales, llamado *el interior*, contenía seis viajeros en dos banquetas, y el segundo, especie de cabriolé, visto por delante, era designado con el nombre de cupé. Este cupé se cerraba con una puerta de cristales incómoda y extraña, cuya descripción ocuparía demasiado espacio para que nos sea posible hablar de ella. El coche de cuatro ruedas tenía en su parte superior una imperial con capota, bajo la cual Pierrotin alojaba a seis viajeros y que se cerraba mediante cortinas de cuero. Pierrotin se acomodaba en un asiento casi invisible, practicado debajo de la puerta de cristales del cupé. El recadero de l'Isle-Adam sólo pagaba las contribuciones a las que están sujetos los coches públicos para su *coucou*, presentado como si contuviese seis viajeros, y sacaba un permiso cada vez que hacía circular su coche de cuatro ruedas. Esto puede parecer hoy extraordinario, pero en sus comienzos, el impuesto sobre los coches permitió a los recaderos aquellos pequeños

engaños que les daban la satisfacción de *hacer la cola* a los empleados, según una frase de su vocabulario. Insensiblemente, el hambriento Fisco volvióse severo, obligó a los coches a no circular sin llevar el doble timbre que ahora anuncia que han sido medidos y que sus contribuciones han sido pagadas. Todo tiene su tiempo de inocencia, incluso el Fisco; pero a fines del año 1822, ese tiempo duraba todavía. A menudo, en verano, el coche de cuatro ruedas y el cabriolé iban juntos por la carretera, llevando treinta y dos viajeros, y Pierrotin sólo pagaba contribución por seis de ellos. En esos días afortunados, el convoy, que había partido a las cuatro y media del barrio de San Dionisio llegaba a las diez de la noche a l'Isle-Adam. Así, orgulloso de su servicio, que precisaba un alquiler de caballos extraordinario, decía Pierrotin: «¡Hemos hecho un buen viaje!». Para poder recorrer de este modo nueve leguas en cinco horas, suprimía entonces las estaciones que los cocheros hacen, en esta carretera, en Saint-Brice, en Moisselles y en La Cave.

El hotel del León de Plata ocupa un terreno de una gran profundidad. Si su fachada sólo tiene tres o cuatro ventanas en el barrio de San Dionisio, tenía entonces, en su largo patio en el extremo del cual se encuentran las cuadras, toda una casa adosada al muro de una propiedad intermedia. La entrada formaba una especie de pasillo bajo el suelo del cual podían estacionarse dos o tres coches. En 1822, la oficina de todas las mensajerías alojadas en el León de Plata era regentada por la mujer del posadero, que tenía tantas libras como servicios; tomaba el dinero, inscribía los nombres y ponía con semblante bonachón los paquetes en la inmensa cocina de su posada. Los viajeros miraban con simpatía esta llaneza patriarcal. Si llegaban demasiado pronto, se sentaban bajo la campana de la vasta chimenea o permanecían bajo el porche, o se iban al café de Échiquier, que forma esquina en la calle del mismo nombre y paralela a la de Enghien, de la cual está separada sólo por algunas casas.

En los primeros días de otoño de aquel año, un sábado por la mañana, Pierrotin se encontraba, con las manos en el bolsillo, bajo la puerta cochera del León de Plata, desde donde se veía la cocina del hotel y el largo patio en cuyo extremo se dibujaban en negro las cuadras. La diligencia de Dammartin acababa de salir y se lanzaba pesadamente en pos de las diligencias Touchard. Eran más de las ocho de la mañana. Bajo el enorme porche, encima del cual se lee un largo letrero: *Hotel del León de Plata*, los mozos de cuadra y los recaderos miraban los coches.

—¿Hay que enganchar? —preguntóle a Pierrotin su mozo de cuadra cuando ya no hubo nada más que ver.

—Son ya las ocho y cuarto y no veo viajeros —respondió Pierrotin—. ¿Dónde se meten? Pero, es igual, engancha. Tampoco hay paquetes. ¡Vaya sábado! ¡Siempre ocurre lo mismo cuando uno necesita dinero! ¡Qué oficio de perro! ¡Qué perro oficio!

—Y si los tuvierais, ¿dónde los ibais a meter, ya que sólo tenéis el cabriolé? —dijo el recadero-mozo de cuadra tratando de calmar a Pierrotin.

—¿Y mi nuevo coche? —dijo Pierrotin.

—¿Es que existe? —preguntó el auvernés, que al sonreír mostró unos dientes blancos y grandes como almendras.

—¡Mañana, domingo, correrá, y necesitaremos dieciocho viajeros!

—¡Caramba! ¡Un buen coche, cómo calentará la carretera! —dijo el auvernés.

—Un coche como el que va por Beaumont, pintado de rojo y oro, ¡como para hacer reventar de envidia a los Touchard! Necesitaré tres caballos. Vamos, engancha —dijo Pierrotin, que miraba hacia la puerta de San Dionisio, mientras llenaba la pipa—. Allá abajo veo una señora con un niño y paquetes bajo el brazo; buscan el León de Plata, porque han hecho oídos sordos a los *coucous*. Me parece que esa señora es una parroquiana.

—Muchas veces habéis llegado lleno, después de haber salido vacío —le dijo el mozo.

—Pero nada de paquetes —respondió Pierrotin.

Y Pierrotin se sentó en uno de los dos enormes guardacantones que protegían el pie de los muros contra el choque de los ejes; pero se sentó con un aire inquieto que no le era habitual. Esta conversación, insignificante en apariencia, había removido crueles preocupaciones ocultas en el fondo del corazón de Pierrotin. ¿Y qué podía turbar el corazón de Pierrotin si no era un hermoso coche? Brillar en la carretera, luchar contra los Touchard, ampliar su servicio, transportar viajeros que le felicitarían por las comodidades debidas al progreso de la carrocería, en lugar de oír perpetuos reproches, tal era la loable ambición de Pierrotin. Ahora bien, el recadero de l'Isle-Adam, llevado de su deseo de eclipsar a su compañero, de que un día pudiera quizá dejarle a él solo el servicio de l'Isle-Adam, había rebasado sus fuerzas. Encargó su coche a Farry, Breilmann y Compañía, los carroceros que acababan de sustituir los cuellos de cisne y otras viejas invenciones francesas por los resortes cuadrados de los ingleses; pero estos fabricantes, duros y desconfiados, no querían entregar la diligencia más que a cambio de escudos. Con pocas ganas de construir un coche difícil de colocar si no llegaban a venderlo, aquellos prudentes negociantes no se decidieron hasta que Pierrotin hubo entregado dos mil francos. Para satisfacer la justa exigencia de los carroceros, el ambicioso mensajero había agotado todos sus recursos y todo su crédito. Su mujer, su suegro y sus amigos le habían dado dinero. Él había ido a ver aquella soberbia diligencia en casa de los pintores, y al coche no le faltaba más que empezar a circular; pero hacerla circular al día siguiente implicaba efectuar el pago. Ahora bien, ¡a Pierrotin le faltaban mil francos! Al tener deudas con el hotelero no se había atrevido a pedirle esta suma. A falta de mil francos, exponíase a perder los dos mil dados por adelantado, sin contar quinientos francos, precio del nuevo «Coloradote», y trescientos francos de arneses nuevos para los cuales había obtenido tres meses de crédito. E impulsado por la rabia de la desesperación y por la locura del amor propio, acababa de afirmar que su nuevo coche circularía al día siguiente, domingo. Al dar mil quinientos francos sobre dos mil quinientos, esperaba que los carroceros, conmovidos, le entregarían el coche; pero después de tres minutos

de reflexión, dijo en voz alta:

—¿Y si me dirigiese al señor Moreau, administrador de Presles, que es tan buena persona? Quizás aceptaría mi letra a seis meses.

En este momento, un criado sin librea, cargado con una maleta de cuero, y que había venido del establecimiento de Touchard, donde no había encontrado sitio para la salida de Chambly a la una de la tarde, dijo al recadero:

—¿Sois vos, Pierrotin?

—El mismo —dijo el interpelado.

—Si podéis esperar un cuarto de hora os llevaréis a mi señor; si no, yo me llevaré la maleta y él podrá ir en cabriolé.

—Esperaré dos, tres cuartos de hora y lo que haga falta, muchacho —dijo Pierrotin, lanzando una mirada a la linda maleta de cuero con cerradura de cobre y escudo de armas.

—Bien, aquí tenéis —dijo el criado bajando de su hombro la maleta, que Pierrotin levantó, sopesó, miró.

—Toma —dijo el recadero a su ayudante—, envuélvela en heno suave y colócala en el cofre de detrás. No lleva nombre encima —añadió.

—Lleva el escudo del señor —repuso el criado.

—Venid a tomar una copa conmigo —dijo entonces Pierrotin, dirigiéndose hacia el café de Échiquier, adonde llevó al criado.

—¡Camarero, dos ajenjos! —gritó al entrar—. ¿Quién es, pues, vuestro amo, y adónde va? Yo nunca os había visto.

—Hay buenas razones para ello —repuso el criado—. Mi amo no va ni una vez al año a vuestro pueblo, y cuando va, viaja siempre en coche particular. Le gusta más el valle de Orge, donde se halla el parque más bello de los alrededores de París, un verdadero Versalles, una finca de familia, de la que lleva el nombre. ¿No conocéis al señor Moreau?

—El intendente de Presles —dijo Pierrotin.

—Bien, pues el señor conde va a pasar dos días a Presles.

—¡Ah! Voy a llevar al conde de Sérisy —exclamó el recadero.

—Sí, muchacho, nada más y nada menos. Pero, ¡cuidado!, hay una consigna. Si en el coche lleváis a gente de la comarca no nombréis al señor conde, porque quiere viajar de incógnito y me ha recomendado que os lo diga anunciándoos una espléndida propina.

—¡Ah! ¿Este viaje a escondidas tendría quizás algo que ver con el negocio que el tío Léger, colono de los Moulineaux, acaba de hacer?

—Lo ignoro —repuso el criado—, pero ayer fui a dar la orden a la cuadra para que tuvieran a punto el coche a las siete de la mañana para ir a Presles; pero a las siete. Su Señoría ha dicho que no. Agustín, el ayuda de cámara, atribuye este cambio a la visita de una dama que, según él, parece haber venido de la comarca.

—¿Es que alguien ha dicho algo malo del señor Moreau? El hombre más bueno,

más honrado, ¡el rey de los hombres! Habría podido ganar mucho más dinero del que tiene si hubiera querido, ¿sabéis?

—Entonces se equivocó —repuso el criado sentenciosamente.

—Supongo que el señor de Sérisy va a vivir a Presles, puesto que han amueblado y arreglado el castillo —apuntó Pierrotin después de una pausa—. ¿Es verdad que ya se han gastado en ello doscientos mil francos?

—Si tuviésemos, vos o yo, lo que se ha gastado de más, seríamos burgueses. Si va allá la señora condesa, entonces los Moreau ya no estarán tan tranquilos —dijo el criado con aire misterioso.

—¡Buena persona el señor Moreau! —repuso Pierrotin, que seguía pensando en pedir sus mil francos al administrador—. Un hombre que hace trabajar, que no regatea demasiado las obras y que saca de la tierra todo su valor, ¡y esto para su amo! Buena persona. Viene a menudo a París, siempre toma mi coche y me da una buena propina, y os da un montón de recados para París. Se trata de tres o cuatro paquetes diarios, tanto para el señor como para la señora; en fin, cincuenta francos al mes, sólo en recados. Aunque la señora es un poco rara, quiere mucho a sus hijos, y soy yo quien va a buscarlos al colegio y a conducirlos a él. Cada vez me da cien sueldos. ¡Oh! Cuando llevó a alguien de su casa o que va a su casa, llegó con el coche hasta la misma verja del castillo.

—Dicen que el señor Moreau no tenía siquiera mil escudos cuando el señor conde le puso de mayordomo en Presles —dijo el criado.

—Pero desde el año 1806, en diecisiete años, ese hombre habrá hecho algo —repuso Pierrotin.

—Es verdad —dijo el criado inclinando la cabeza—. Después de todo, los amos son muy ridículos, y espero que el señor Moreau no habrá sido tonto.

—Yo he ido a menudo a llevar cestas —dijo Pierrotin— a vuestro hotel, en la calle de la Chaussée-d'Antin, y nunca he tenido la ocasión de ver ni al señor ni a la señora.

—El señor conde es una buena persona —dijo confidencialmente el criado—, pero si reclama vuestra discreción para asegurar su incógnito, es que las cosas no van bien; por lo menos, esto es lo que pensamos en el hotel; ya que, ¿por qué despedir el coche Daumont y preferir viajar en un *coucou*? ¿Acaso un par de Francia no tiene medios para tomar un cabriolé de alquiler?

—Un cabriolé es capaz de pedirle cuarenta francos para ir y volver; porque habéis de saber que esa carretera, si no la conocéis, está hecha para las ardillas. ¡Oh!, siempre subir y bajar —dijo Pierrotin—; par de Francia o burgués, todo el mundo mira por su dinero. Si este viaje tuviera algo que ver con el señor Moreau... ¡Dios mío, sentiría muchísimo que le sucediese algo desagradable! ¿No podría haber un medio de prevenirlo?, porque es un hombre realmente bueno, un hombre cabal, el rey de los hombres, ¡qué caramba!

—¡Bah! ¡El señor conde aprecia mucho al señor Moreau! —dijo el criado—. Pero

si queréis que os dé un buen consejo, debo deciros que es mejor que cada cual procure por sí mismo. Bastante tenemos con nuestros propios asuntos. Haced lo que se os pide, y tanto más, cuanto que no hay que engañar a Su Señoría. Además, hay que decirlo todo, el conde es generoso. Si le hacéis así —dijo el criado mostrando la uña de uno de sus dedos—, os lo devuelve así —añadió estirando el brazo.

Esta atinada reflexión y sobre todo la imagen que la acompañaba, tuvieron como efecto, proviniendo de un hombre tan bien situado como el segundo ayuda de cámara del conde de Sérisy, el enfriar el celo de Pierrotin por el administrador de las tierras de Presles.

—Bueno, adiós, señor Pierrotin —dijo el criado.

Una ojeada rápida sobre la vida del conde de Sérisy y sobre la de su mayordomo es aquí necesaria para comprender bien el pequeño drama que había de desarrollarse en el coche de Pierrotin.

El señor Hugret de Sérisy desciende en línea directa del famoso presidente Hugret, ennoblecido bajo Francisco I.

Esta familia *lleva partido de oro y de sable con una orla del uno al otro y dos losanges del uno al otro*, con: I, SEMPER MELIUS ERIS, divisa que, no menos que las dos aspas tomadas como soportes, demuestra la modestia de las familias burguesas de la época en que las Órdenes se mantenían en su sitio en el Estado, y la ingenuidad de nuestras antiguas costumbres por el retruécano de ERIS, que, combinado con la I del comienzo y la S final de *Melius*, representa el nombre (*Sérisy*) de las tierras erigidas en condado.

El padre del conde era Primer Presidente de un Parlamento antes de la Revolución. En cuanto a él, ya Consejero de Estado en el Gran Consejo, en 1787, a la edad de veintidós años, destacose por haber conseguido sacar buen partido de asuntos delicados. No emigró durante la Revolución, la pasó en sus tierras de Sérisy, cerca de Arpajon, donde el respeto que se profesaba a su padre le preservó de toda desgracia. Después de haber pasado unos años cuidando al presidente de Sérisy, al que perdió en 1794, fue elegido hacia esa época en el Consejo de los Quinientos, y aceptó estas funciones legislativas para distraer su dolor. El Dieciocho de Brumario, el señor de Sérisy fue, como todas las viejas familias parlamentarias, objeto de las coqueterías del Primer Cónsul, quien lo colocó en el Consejo de Estado y le dio una de las administraciones más desorganizadas para que la restableciese. El vástago de esta familia histórica convirtiose en uno de los engranajes más activos de la grande y magnífica organización debida a Napoleón. Así, el Consejero de Estado abandonó pronto su administración por un Ministerio. Creado conde y senador por el Emperador, tuvo sucesivamente el proconsulado de dos diferentes reinados. En 1806, a la edad de cuarenta años, el senador contrajo matrimonio con la hermana del marqués de Ronquerolles, viuda a los veinte años de edad de Gaubert, uno de los más ilustres generales republicanos, y su heredera. Esta boda, conveniente desde el punto de vista de nobleza, dobló la fortuna ya considerable del conde de Sérisy, que

convirtiose en el cuñado del marqués de Rouvre, nombrado conde y chambelán por el Emperador. En 1814, fatigado por el exceso de trabajo, el señor de Sérisy, cuya quebrantada salud requería reposo, renunció a todos los empleos, abandonó el gobierno al frente del cual le había puesto el Emperador, y vino a París, donde Napoleón, obligado por la evidencia, le hizo justicia. Este soberano infatigable, que no creía en la fatiga de los demás, tomó de momento como una defección la necesidad en que se encontraba el conde de Sérisy. Aunque el senador no hubiera caído en desgracia, pasó por haber tenido de qué quejarse con respecto a Napoleón. Así, cuando volvieron los Borbones, Luis XVIII, en quien el señor de Sérisy reconoció a su soberano legítimo, concedió al senador, que había llegado a ser par de Francia, una gran confianza, encargándole sus asuntos privados y nombrándole Ministro de Estado. El 20 de marzo, el señor de Sérisy no fue a Gante, previno a Napoleón de que permanecía fiel a la Casa de Borbón, no aceptó la dignidad de par durante los Cien Días, y pasó este reinado tan breve en sus tierras de Sérisy. Después de la segunda caída del Emperador, volvió a ser naturalmente miembro del Consejo Privado, fue nombrado Vicepresidente del Consejo de Estado y liquidador, por cuenta de Francia, en la regulación de las indemnizaciones exigidas por las potencias extranjeras. Sin fasto personal, incluso sin ambición, poseía una gran influencia en los asuntos públicos. Nada importante se hacía en política sin que fuese consultado; pero nunca iba a la Corte y se mostraba poco en sus propios salones. Esta noble existencia, dedicada ante todo al trabajo, había acabado por convertirse en un trabajo continuo. El conde se levantaba a partir de las cuatro de la mañana en todas las épocas del año, trabajaba hasta mediodía, ocupábase en sus asuntos de par de Francia o de Vicepresidente del Consejo de Estado, y se acostaba a las nueve. Para recompensarle por tantos trabajos, el rey lo había nombrado caballero de sus Órdenes. El señor de Sérisy era desde hacía mucho tiempo Gran Cruz de la Legión de Honor; poseía la orden del Toisón de Oro, la de San Andrés de Rusia, la del Águila de Prusia, en fin, casi todas las órdenes de Europa. No había nadie más sencillo ni más útil que él en el mundo político. Se comprende que los honores, el ruido del favor, los éxitos del mundo le fueran indiferentes a un hombre de tal temple. Pero nadie, salvo los sacerdotes, llegan a semejante vida sin graves motivos. Esta conducta enigmática tenía su razón, una razón cruel.

Enamorado de su mujer antes de casarse con ella, esta pasión había resistido en el conde a todos los infortunios íntimos de su matrimonio con una viuda, siempre dueña de sí misma antes como después de su segunda unión, y que gozaba tanto más de su libertad cuanto que el señor de Sérisy tenía para ella la indulgencia de una madre hacia un niño mimado. Sus constantes trabajos le servían de escudo contra ciertas penas del corazón sepultadas con el cuidado que saben tomar los hombres políticos para tales secretos. Por otra parte, comprendía hasta qué punto sus celos habrían sido ridículos a los ojos del mundo, que apenas habría admitido una pasión conyugal en un viejo administrador. ¿Cómo, desde los primeros días de su boda, quedó tan fascinado

por su mujer? ¿Cómo pudo al principio sufrir sin vengarse? ¿Cómo no se atrevió a vengarse? ¿Cómo dejó que transcurriera el tiempo, engañado por la esperanza? ¿Por qué medios una mujer joven, linda e inteligente había podido de tal modo esclavizarlo? La respuesta a todas estas preguntas exigiría una larga historia que perjudicaría el tema de esta escena y que, si no los hombres, por lo menos las mujeres podrán entrever. Observemos, sin embargo, que los inmensos trabajos y las penas del conde habían contribuido por desgracia a privarle de las ventajas necesarias a un hombre para luchar contra peligrosas comparaciones. Así, la más horrible de las desgracias secretas del conde era la de haber dado razón a la repugnancia de su mujer hacia una enfermedad debida únicamente a sus excesos de trabajo. Bueno, e incluso excelente para con la condesa, la dejaba en completa libertad; ella recibía a todo París, iba al campo, volvía, absolutamente como si hubiera sido viuda; él velaba por su fortuna y procuraba su lujo, como habría podido hacerlo un mayordomo. La condesa tenía por su marido la mayor estima, incluso le gustaba su modo de pensar; sabía hacerlo feliz por medio de su aprobación; así, hacía lo que quería de aquel pobre hombre yendo a charlar una hora con él. Como los grandes señores de antaño, el conde protegía de tal modo a su mujer, que atentar a su consideración habría sido una injuria imperdonable para él. El mundo admiraba mucho aquel carácter, y la condesa de Sérisy se sentía inmensamente deudora para con su marido. Cualquiera otra mujer, aunque hubiera pertenecido a una familia tan distinguida como la de los Ronquerolles, habría podido considerarse perdida para siempre. La condesa era muy ingrata, pero era una ingrata simpática. De vez en cuando ponía bálsamo en las heridas del conde.

Expliquemos ahora la razón del súbito viaje y del incógnito del ministro de Estado.

Un rico colono de Beaumont-sur-Oise, llamado Léger, explotaba una finca cuyas partes formaban todas ellas un enclavado en las tierras del conde, y que echaba a perder su magnífica propiedad de Presles. Esta finca pertenecía a un habitante de Beaumont-sur-Oise, llamado Margueron. El arrendamiento hecho a Léger en 1799, momento en que los progresos de la agricultura no podían preverse, estaba a punto de terminar, y el propietario rehusó los ofrecimientos de Léger concernientes a un nuevo arrendamiento. Desde hacía algún tiempo, el señor de Sérisy, que deseaba librarse de las molestias que ocasionan los enclavados, había concebido la esperanza de comprar esa finca al enterarse de que toda la ambición del señor Margueron consistía en hacer nombrar a su hijo único, a la sazón simple cobrador, recaudador particular de Hacienda en Senlis. Moreau señalaba a su amo un peligroso adversario en la persona del tío Léger. El colono, que sabía cuán cara podía venderle esta finca al conde, era capaz de dar por ella una suma suficientemente elevada de dinero para sobrepasar la ventaja que la entrega directa ofrecería a Margueron hijo. Dos días antes, el conde, apremiado a concluir el trato, había llamado a su notario, Alejandro Crottat, y a Derville, su procurador, para examinar las circunstancias de este negocio. Aunque

Derville y Crottat pusieran en duda el celo del mayordomo, una carta inquietante del cual había provocado tal consulta, el conde defendió a Moreau, quien, dijo, le servía fielmente desde hacía diecisiete años. «Bien —había contestado Derville—, aconsejo a Vuestra Señoría que vaya personalmente a Presles e invite a comer a ese Margueron. Crottat enviará allá a su primer pasante con un acta de venta preparada, dejando en blanco las páginas o las líneas necesarias para las designaciones de terreno o para los títulos. En fin, que Vuestra Excelencia se provea necesariamente de una parte del precio en un bono sobre la Banca y no olvide el nombramiento del hijo para la recaudación de Beaumont. Si no os dais prisa, la finca se escapará de vuestras manos. Ignoráis, señor conde, los ardidés de los campesinos. Entre un campesino y un diplomático, el diplomático lleva las de perder». Crottat apoyó esta opinión, que, según la confianza del criado a Pierrotin, el par de Francia había sin duda adoptado. El día antes, el conde había enviado por la diligencia de Beaumont unas palabras a Moreau para decirle que invitase a comer a Margueron, con objeto de poner fin al asunto de los Molineaux. Antes de este asunto, el conde había dado la orden de restaurar los apartamentos de Presles, y, desde hacía un año, el señor Grindot, arquitecto de moda, efectuaba allá un viaje a la semana. Ahora bien, al realizar su adquisición, el señor de Sérisy quería examinar al propio tiempo los trabajos y el efecto del nuevo mobiliario. Pensaba dar una sorpresa a su mujer al llevarla a Presles, y ponía su amor propio en la restauración de este castillo. ¿Qué había sucedido para que el conde, que el día antes iba de un modo ostensible a Presles, quisiera trasladarse allá de incógnito en el coche de Pierrotin?

Al llegar a este punto, se hacen indispensables algunas palabras acerca de la vida del administrador.

Moreau, administrador de las tierras de Presles, era hijo de un procurador de provincia, que durante la Revolución había llegado a ser procurador-síndico de Versalles. En calidad de tal, Moreau padre había casi salvado los bienes y la vida de los señores de Sérisy, padre e hijo. Este ciudadano Moreau pertenecía al partido Danton; Robespierre, implacable en sus odios, lo persiguió, acabó por descubrirlo y lo hizo morir en Versalles. Moreau hijo, heredero de las ideas y de las amistades de su padre, tomó parte en una de las conjuras contra el Primer Consul en su advenimiento al poder. En aquella época, el señor de Sérisy, ansioso de pagar su deuda de gratitud, hizo huir a tiempo a Moreau, que fue condenado a muerte; luego pidió su indulto en 1804, lo obtuvo, ofreciéndole de momento un puesto en sus oficinas, y definitivamente lo tomó en calidad de secretario dándole la dirección de sus asuntos privados. Algún tiempo después de la boda de su protector, Moreau enamoróse de una doncella de la condesa y se casó con ella. Para evitar las contrariedades de la falsa posición en que lo colocaba este desenlace, del que se encontraba más de un ejemplo en la corte imperial, solicitó la administración de las tierras de Presles, donde su mujer podría desenvolverse como una gran dama, y, por ser una comarca pequeña, ni el uno ni el otro sentirían herido su amor propio. El conde necesitaba en Presles a un hombre de

confianza, porque su mujer prefería habitar en las tierras de Sérisy, que sólo se encuentran a unas cinco leguas de París. Desde hacía tres o cuatro años, Moreau poseía la llave de sus negocios, era inteligente; porque, antes de la Revolución, había estudiado las trampas legales en la escuela de su padre; el señor de Sérisy le dijo entonces: «No haréis fortuna, os habéis roto el cuello, pero seréis feliz, porque yo me encargo de vuestra felicidad». En efecto, el conde dio mil escudos como sueldo fijo a Moreau, y el alojamiento en un lindo pabellón en el extremo de las dependencias; además le concedió determinada cantidad de leña en las talas de bosque para su calefacción, de avena, de paja y de heno para dos caballos, y derechos sobre los censos en especie. Un subprefecto no gana tanto. Durante los ocho primeros años de su gestión, el intendente administró Presles concienzudamente; se interesó en ello. El conde, al ir a examinar sus tierras, decidir las adquisiciones o aprobar los trabajos, impresionado por la lealtad de Moreau, le testimonió su satisfacción con generosas gratificaciones. Pero cuando Moreau se vio padre de una niña, su tercer vástago, se hallaba tan bien establecido en Presles, que ya no tuvo en cuenta las ventajas exorbitantes que le había concedido el señor de Sérisy. Así, hacia el año 1816, el administrador, que hasta entonces había hecho todo cuanto quería en Presles, aceptó de un comerciante de madera una suma de veinticinco mil francos para hacerle concluir, con aumento, por otra parte, un arrendamiento de explotación de los bosques que dependían de las tierras de Presles, por doce años. Moreau hizo el siguiente razonamiento: era padre de familia, el conde le debía esta suma por diez años, que pronto se cumplirían, de administración; además, siendo ya legítimo poseedor de sesenta mil francos de economías, si añadía esta suma, podría comprar una finca de ciento veinte mil francos en el territorio de la Champaña, distrito situado por encima de l'Isle-Adam, sobre la margen derecha del Oise. Los acontecimientos políticos impidieron al conde y a la gente del país observar esta inversión efectuada en nombre de la señora Moreau, que pasó por haber heredado de una anciana tía, en su región, en Saint-Lô. Tan pronto como el administrador hubo probado el fruto delicioso de la propiedad, su conducta siguió siendo la más honrada del mundo en apariencia; pero no perdió una sola ocasión de aumentar su fortuna clandestina, y el interés de sus tres hijos le sirvió de emoliente para apagar los ardores de su probidad; sin embargo, hay que hacerle justicia en el sentido de que, si aceptó gratificaciones, si procuró su propio provecho en las ventas, si llevó sus derechos hasta el abuso, en los términos del Código seguía siendo un hombre honrado, y ninguna prueba habría podido justificar una acusación contra él. Según la jurisprudencia de las cocineras menos sisadoras de París, repartía entre el conde y él los beneficios debidos a su inteligencia y habilidad. Este modo de redondear su fortuna era un caso de conciencia, esto es todo. Activo, con un gran conocimiento de los intereses del conde, Moreau espiaba con tanta mayor atención las ocasiones de procurar buenas adquisiciones, cuanto que obtenía siempre grandes beneficios. Las tierras de Presles reportaban setenta y dos mil francos. Así, a diez leguas a la redonda, decía la gente;

«El señor de Sérisy tiene en Moreau un segundo yo». Como hombre prudente que era, Moreau inscribía, desde el año 1817, todos los años sus beneficios y ganancias en el libro de la Deuda pública, redondeando su pelota en el mayor secreto. Había rehusado ciertos negocios diciendo que no tenía dinero, y sabía hacer tan bien el pobre cerca del conde, que había obtenido dos becas para sus hijos en el Colegio Enrique IV. En este momento, Moreau poseía cien mil francos de capital invertidos en el Tercio Consolidado, que se había convertido en el cinco por ciento y que ascendía desde aquella época a ochenta francos. Aquellos ciento veinte mil francos desconocidos y su finca de Champaña aumentada con adquisiciones, constituíanle una fortuna de unos doscientos ochenta mil francos, que daban dieciséis mil francos de renta.

Tal era la situación del administrador en el momento en que el conde quiso comprar la finca de los Molineaux, cuya posesión era indispensable para su tranquilidad. Esta finca constaba de noventa y seis parcelas de tierra que bordeaban las tierras de Presles y a menudo estaban enclavadas como casillas en un juego de damas, sin contar los setos medianeros y los fosos de separación en donde se suscitaban las más enojosas discusiones a propósito de un árbol que había de cortarse, cuando era discutible la propiedad del mismo. Cualquiera otra persona que no hubiera sido un ministro de Estado habría tenido veinte procesos al año por culpa de los Molineaux. El tío Léger sólo quería comprar la finca para revenderla al conde. Con objeto de llegar con mayor seguridad a ganar los treinta o cuarenta mil francos, objeto de sus deseos, el granjero había tratado, desde hacía tiempo, de entenderse con Moreau. Impulsado por las circunstancias, tres días antes de aquel sábado crítico, en medio de los campos, el tío Léger había manifestado claramente al administrador que éste podía hacer que el conde de Sérisy invirtiese dinero en tierras al dos por ciento neto, es decir, aparentar, como siempre, que servía a su amo, obteniendo un beneficio secreto de cuarenta mil francos que él le ofreció. «A fe mía —había dicho por la noche el administrador a su esposa al acostarse—, si saco del asunto de los Molineaux cincuenta mil francos, porque es seguro que el señor me dará diez mil, nos retiraremos a l'Isle-Adam, al pabellón de Nogent». Este pabellón es una encantadora propiedad construida en otro tiempo por el príncipe de Conti para una dama, y en la que todos los detalles de buen gusto habían sido prodigados. «Me encantaría —habíale contestado su mujer—. El holandés que se ha establecido allí lo ha restaurado muy bien, y nos lo dejará por treinta mil francos, porque se ve obligado a volver a las Indias. — Estaremos a dos pasos de Champaña, había dicho Moreau. Tengo la esperanza de comprar por cien mil francos la granja y el molino de Mours. De este modo tendríamos diez mil libras de renta en tierras, una de las más deliciosas viviendas del valle, a dos pasos de nuestras propiedades, y nos quedarían unas seis mil libras de renta en el libro de la Deuda pública—. ¿Pero por qué no solicitar la plaza de Juez de paz en l'Isle-Adam? Así tendríamos influencia y mil quinientos francos más. —¡Oh! ya lo había pensado». En tales disposiciones, al enterarse de que

su amo quería venir a Presles, a la vez que le ordenaba que invitase a Margueron a comer el sábado, Moreau habíase apresurado a enviar un propio que entregó una carta al primer ayudante de cámara del conde a una hora demasiado avanzada para que el señor de Sérisy pudiera tener conocimiento de ella; pero Agustín la dejó encima del escritorio, según, su costumbre en tal caso. En esta carta, Moreau le rogaba al conde que no se molestase y confiara en su celo. Ahora bien, según él, Margueron no quería vender en bloque, y hablaba de dividir los Moulineaux en noventa y seis parcelas; era preciso hacerle abandonar esta idea, y quizás, decía el administrador, llegar a tomar un testafarro.

Todo el mundo tiene sus enemigos. Ahora bien, el administrador y su mujer habían contrariado, en Presles, a un oficial retirado, llamado señor de Reybert, y a su esposa. Al aumentar las discusiones, las relaciones se agriaron extraordinariamente. El señor de Reybert no respiraba más que venganza, quería hacer perder a Moreau su puesto y llegar a ser su sucesor. Estas dos ideas son gemelas. Así, la conducta del administrador, espiada durante dos años, ya no tenía secretos para los Reybert. Al mismo tiempo que Moreau enviaba su propio al conde de Sérisy, Reybert enviaba su mujer a París. La señora de Reybert pidió con tanta insistencia hablar con el conde, que, despedida a las nueve de la noche, momento en que el conde se acostaba, fue recibida a la mañana siguiente, a las siete, en casa de Su Señoría. «Señor, había dicho la mujer al Ministro de Estado, somos incapaces, mi marido y yo, de escribir cartas anónimas. Soy la señora de Reybert, mi apellido de soltera es Corroy. Mi marido sólo tiene seiscientos francos de retiro y vivimos en Presles, donde vuestro administrador nos hace vejación sobre vejación, aunque seamos personas como Dios manda. El señor de Reybert, que no es ningún intrigante, ni mucho menos, se retiró, en calidad de capitán de artillería, en 1816, después de haber servido durante veinte años, ¡siempre lejos del Emperador, señor conde! Y ya sabéis cuán difícilmente prosperaban los militares que no se encontraban bajo los ojos del dueño; sin contar con que la probidad, la franqueza del señor de Reybert desagradaban a sus jefes. Mi marido, desde hace tres años, no ha cesado de estudiar a vuestro intendente con el propósito de hacerle perder el puesto. Ya veis que somos francos. Moreau nos ha convertido en enemigos suyos, y nosotros lo hemos vigilado. Vengo, pues, a deciros, que se os engaña en el asunto de los Moulineaux. Quieren robaros cien mil francos que se repartirán entre el notario, Léger y Moreau. Habéis dicho que invitaran a Margueron, pensáis ir mañana a Presles; pero Margueron se fingirá enfermo, y Léger cuenta con tanta seguridad con que habrá de tener la granja, que ya ha venido a París a realizar sus valores. Si os hemos informado, si queréis un administrador honrado, tomaréis a mi marido; aunque noble, os servirá como sirvió al Estado. Vuestro intendente tiene una fortuna de doscientos cincuenta mil francos, no es, pues, necesario compadecerle». El conde había dado fríamente las gracias a la señora de Reybert, porque despreciaba la delación; pero, recordando todas las sospechas de Derville, sintiose interiormente agitado; de pronto vio la carta de su intendente y la

leyó; y en las protestas de abnegación, en los respetuosos reproches que recibía a propósito de la desconfianza que suponía aquel deseo de tratar el asunto por sí mismo, había adivinado la verdad sobre Moreau. «¡La corrupción ha venido con la fortuna, como siempre!», se dijo. El conde había hecho entonces a la señora de Reybert algunas preguntas, más que con el fin de obtener detalles para tener tiempo de observarla, y escribió a su notario unas palabras diciéndole que no enviara a su primer pasante a Presles, sino que acudiera él personalmente a comer. «Si el señor conde, había dicho finalmente la señora de Reybert, me ha juzgado desfavorablemente acerca del paso que me he permitido dar sin que supiera nada el señor de Reybert, debe ahora estar convencido de que hemos obtenido estos datos sobre su intendente de la manera más natural: la conciencia más escrupulosa no podría hallar reparo alguno». La señora de Reybert, nacida Corroy, manteníase erguida como una percha. Había ofrecido a las miradas escrutadoras del conde un rostro horadado como una criba por la varicela, unos ojos ardientes y claros, unos rizos rubios aplastados sobre una frente preocupada, un vestido blanco con topos verdes, zapatos de piel. El conde había reconocido en ella a la mujer del capitán pobre, a una puritana abonada al *Courrier français*, ardiente de virtud, pero sensible al bienestar de un cargo, y habiéndolo codiciado. «Habéis dicho seiscientos francos de retiro, había contestado el conde, contestándose a sí mismo en lugar de responder a lo que acababa de contarle la señora de Reybert. —Sí, señor conde. —¿Es Corroy vuestro apellido de soltera? —Sí, señor, una familia noble de la región de Messin, la de mi marido. —¿En qué regimiento servía el señor de Reybert? —En el 7.º regimiento de artillería. —Bien» había contestado el conde escribiendo el número del regimiento. Había pensado poder dar la administración de sus tierras a un antiguo oficial, de quien obtendría en el ministerio de la Guerra los informes más exactos. «Señora, había dicho tirando del cordón de la campanilla para llamar a su ayuda de cámara, volved a Presles con mi notario, que encontrará el medio de ir a comer, y a quien os he recomendado; aquí tenéis su dirección. Yo voy personalmente en secreto a Presles, y haré que le digan al señor de Reybert que vaya a hablar conmigo...». Así, la noticia del viaje del señor de Sérisy en el coche público y la recomendación de guardar silencio acerca del conde, no alarmaron equivocadamente al recadero, el cual presentía el peligro que amenazaba a uno de sus mejores clientes.

Al salir del café del Échiquier, Pierrotin vio a la puerta del León de Plata a la mujer y al joven en quienes su perspicacia le había hecho reconocer a unos clientes; puesto que la mujer, con el rostro inquieto, lo buscaba evidentemente. Esta señora, con un vestido de seda negra reteñida y zapatos de piel cabra, tenía en la mano un cesto de paja y un paraguas azul. Aparentaba unos cuarenta años de edad, y en otro tiempo había sido bella, pero sus ojos azules, desprovistos de la llama que pone en ellos la felicidad, indicaban que hacía tiempo que había renunciado al mundo. Tanto su modo de vestir como su aspecto revelaban una madre completamente consagrada al hogar y al hijo. El sombrero que llevaba databa de más de tres años. El chal estaba

sujeto por una aguja rota, convertida en alfiler por medio de una bola de lacre. La desconocida aguardaba impaciente a Pierrotin para recomendarle aquel hijo, que sin duda viajaba solo por primera vez, y al que había acompañado hasta el coche, tanto por desconfianza como por amor maternal. Esta madre estaba completada en cierto modo por su hijo; asimismo, sin la madre, no cabía comprender del todo al hijo. Si la madre se condenaba a dejar ver unos guantes zurcidos, el hijo llevaba una levita de color oliva cuyas mangas algo cortas anunciaban que aún crecería, como los adultos de dieciocho a diecinueve años. El pantalón azul, remendado por la madre, ofrecía a las miradas un fondo nuevo, cuando la levita tenía la mala ocurrencia de abrirse por detrás.

—No atormentes de este modo tus guantes —estaba diciendo cuando apareció Pierrotin—. Vos sois el conductor... ¡Ah!, ¿pero sois vos, Pierrotin? —repuso dejando a su hijo por un momento y llevándose al recadero unos pasos más allá.

—¿Van bien las cosas, señora Clapart? —respondió el recadero, cuyo rostro tuvo una expresión a la vez de respeto y de familiaridad.

—Sí, Pierrotin. Cuidad de mi Oscar, va solo por primera vez.

—¡Oh!, ¿va solo a la casa del señor Moreau?... —exclamó el recadero para saber si el muchacho iba realmente allá.

—Sí —respondió la madre.

—¿Ya lo quiere la señora Moreau? —dijo Pierrotin.

—¡Ay! —dijo la madre—, no todo serán rosas para él, pobre hijo mío; pero su porvenir exige imperiosamente este viaje.

Esta respuesta sorprendió a Pierrotin, que dudaba en confiar sus temores sobre el administrador a la señora Clapart, de la misma manera que ella no se atrevía a perjudicar a su hijo haciendo a Pierrotin ciertas recomendaciones que hubiesen transformado al conductor en mentor. Durante esta deliberación mutua, que se tradujo en algunas frases sobre el tiempo, sobre la carrera, sobre las estaciones del viaje, no resulta superfluo explicar qué lazos unían a la señora Pierrotin con la señora Clapart y autorizaban las palabras confidenciales que ellos acababan de cambiar. A menudo, es decir, tres o cuatro veces al mes, Pierrotin encontraba en La Cave, a su paso cuando iba a París, al administrador, que hacía una seña a un hortelano, al ver llegar el coche. El hortelano ayudaba entonces a Pierrotin a cargar una o dos cestas de fruta o legumbres según la estación, de pollos, huevos, mantequilla, caza. El intendente abonaba siempre la comisión a Pierrotin, dándole el dinero necesario para pagar los derechos en la Barrera, si el envío contenía cosas sujetas al fielato. Estas cestas, estos paquetes, nunca llevaban una dirección escrita. La primera vez, que había servido por todas, el administrador indicó de viva voz el domicilio de la señora Clapart al discreto recadero, rogándole que nunca confiara a otros aquel precioso mensaje. Pierrotin, imaginando un lío entre alguna muchacha encantadora y el intendente, fue a la calle de la Cerisaie, 7, en el barrio del Arsenal, donde había visto a la señora Clapart que acabamos de presentaros, en lugar de la linda y joven criatura que él esperaba

encontrar. Los recaderos por el hecho de serlo, son llamados a penetrar en muchas casas y en muchos secretos; pero habiendo querido el azar social, esta especie de subprovidencia, que carecieran de educación y de capacidad de observación, se deduce que no son peligrosos. Sin embargo, después de unos meses, Pierrotin no sabía cómo explicarse las relaciones entre la señora Clapart y el señor Moreau, sobre lo que le fue permitido entrever en el hogar de la calle de la Cerisaie. Aunque los alquileres no fueran elevados en esa época en el barrio del Arsenal, la señora Clapart vivía en el tercer piso, al fondo de un patio, en una casa que en otro tiempo fue el hotel de un gran señor, en la época en que la alta aristocracia del reino residía en el antiguo emplazamiento del palacio de Tournelles y del hotel Saint-Paul. Hacia el fin del siglo XVI, las grandes familias se repartieron estos vastos espacios, en otro tiempo ocupados por los jardines del palacio de nuestros reyes, como lo indican los nombres de las calles de la Cerisaie, Beautreillis, Lions, etc. Este apartamento, cuyas piezas estaban todas revestidas de madera, constaban de tres habitaciones, un comedor, un salón y un dormitorio. En la parte superior se encontraba una cocina y el cuarto de Oscar. Frente a la puerta de entrada veíase la puerta de una habitación practicada en cada piso en una especie de edificio que contenía también la caja de una escalera de madera y que formaba una torre cuadrada construida con piedras grandes. Esta habitación era la que Moreau utilizaba cuando iba a París. Pierrotin había visto en la primera pieza, donde dejaba las cestas, seis sillas de nogal con el asiento de paja, una mesa y un bufete; en las ventanas, unos visillos rojos. Más tarde, cuando entró en el salón, vio unos viejos muebles de la época del Imperio. Por otra parte, en este salón sólo se encontraba el mobiliario exigido por el propietario para responder del alquiler. Pierrotin juzgó el dormitorio a base del salón y del comedor. El entarimado, que nunca se enceraba, era de un tono gris como los entarimados de los pensionados. Cuando el recadero sorprendió al señor y a la señora Clapart a la mesa, vio que los platos, los vasos, las más pequeñas cosas revelaban una espantosa penuria; usaban cubiertos de plata, pero las fuentes, la sopera, desportillados y arreglados como la vajilla de la gente más pobre, inspiraban lástima. El señor Clapart, con una mala levita y unas feas zapatillas, teniendo siempre cabalgando sobre la nariz unas gafas verdes, mostraba, al quitarse una horrible gorra de cinco años de edad, un cráneo puntiagudo de lo alto del cual caían unos filamentos sucios a los que un poeta habría rehusado el nombre de cabellos. Este hombre, de cara pálida, parecía tímido y debía ser tiránico. En este triste apartamento, situado al norte, sin otra vista más que la de una viña y un pozo, la señora Clapart asumía aires de reina y caminaba como una mujer que no sabe ir a pie. A menudo, al darle las gracias a Pierrotin, le dirigía miradas que hubieran conmovido a un observador; de vez en cuando, le deslizaba en la mano monedas de doce sueldos. Su voz era encantadora. Pierrotin no conocía aquel Oscar, debido a que el niño iba al colegio y no lo había encontrado nunca en la casa.

He aquí la triste historia que Pierrotin no habría jamás adivinado, ni siquiera pidiendo, como hacía desde algún tiempo, informes a la portera; ya que esta mujer no

sabía nada, a no ser que los Clapart pagaban doscientos cincuenta francos de alquiler, no tenían más que una mujer de limpieza para unas horas por la mañana, que la señora lavaba a veces la ropa ella misma.

No existe, o más bien existe raras veces, un criminal que sea completamente criminal. Por ello también es difícil encontrar una falta completa de honradez. Puede uno aprovecharse de su amo, pero aunque se constituya un capital por medios más o menos lícitos, hay pocos hombres que más que por curiosidad, por amor propio, como contraste, no se permitan algunas buenas acciones. Aunque no fuera por casualidad, todo hombre ha tenido su momento de hacer bien; lo llama su error, no lo repite; pero ofrece su sacrificio al Bien, como el más torpe lo ofrece a las Gracias, una o dos veces en la vida. Si las faltas de Moreau pueden disculparse, ¿no será acaso por su perseverancia en socorrer a una pobre mujer de cuyos encantos se había enorgullecido en otro tiempo y en cuya casa estuvo escondido durante sus momentos de peligro? Esta mujer, célebre bajo el Directorio por sus relaciones con uno de los cinco reyes del momento, casó, debido a esta todopoderosa protección, con un abastecedor que ganó millones, y al que Napoleón arruinó en el año 1802. Este hombre, llamado Husson, volvióse loco al pasar súbitamente de la opulencia a la miseria, y se arrojó al Sena, dejando embarazada a la hermosa señora Husson. Moreau, relacionado muy íntimamente con la señora Husson, fue entonces condenado a muerte; no pudo, pues, casarse con la viuda del abastecedor, y fue obligado, incluso, a abandonar Francia por algún tiempo. A la edad de veintidós años, la señora Husson, que se hallaba en la miseria, contrajo matrimonio con un empleado llamado Clapart, joven de veintisiete años, el cual, como suele decirse, prometía. ¡Dios guarde a las mujeres de los hombres guapos que prometen! En esta época los empleados convertíanse pronto en personas considerables, porque el Emperador andaba en busca de talentos. Pero Clapart, dotado de una belleza vulgar, no poseía inteligencia alguna. Creyendo muy rica a la señora Husson, había fingido una gran pasión por ella; fue una carga para la pobre mujer, sin satisfacer, ni en el presente ni en el futuro, las necesidades que ella se había creado en los días de opulencia. Clapart desempeñaba bastante mal en la Oficina de Hacienda un cargo cuyo sueldo no era superior a los mil ochocientos francos. Cuando Moreau, al entrar al servicio del conde de Sérisy, se enteró de la horrible situación en que se encontraba la señora Husson, pudo, antes de casarse, colocarla como primera camarera de la SEÑORA, la madre del Emperador. A pesar de esta poderosa protección, Clapart no consiguió nunca prosperar, pues su nulidad se manifestaba en seguida. Arruinada en 1815 por la caída del Emperador, la brillante Aspasia del Directorio quedó sin otros recursos que un puesto de mil doscientos francos de sueldo para Clapart, debido al crédito del conde de Sérisy, en las Oficinas de París. Moreau, el único protector de esta mujer, a la que él había conocido con varios millones, obtuvo para Oscar Husson una de las medias becas de la ciudad de París en el colegio Enrique IV, y enviaba, por medio de Pierrotin, a la calle de la Cerisaie, todo lo que puede ofrecerse decentemente a un

hogar en apuros. Oscar constituía todo el porvenir, toda la vida de su madre. Como único defecto, sólo podía reprocharse a esta pobre mujer el exagerado amor que profesaba a este niño, la oveja negra del padraastro. Desgraciadamente, Oscar estaba dotado de una dosis de estupidez que la madre no sospechaba, a pesar de las sátiras de Clapart. Esta estupidez, o para hablar con más exactitud, esta fatuidad, inquietaba de tal modo al intendente, que había pedido a la señora Clapart que le enviara aquel joven por un mes, con objeto de estudiarlo y adivinar a qué carrera debían destinarlo. Moreau tenía la intención de presentar un día a Oscar al conde como su sucesor. Pero para dar exactamente al Diablo y a Dios lo que les corresponde, quizá no estaría de más explicar las causas del estúpido amor propio de Oscar, haciendo observar que había nacido en la casa de la SEÑORA, madre del Emperador. Durante su primera infancia, sus ojos fueron deslumbrados por los esplendores imperiales. Su flexible imaginación debió conservar las huellas de aquellos cuadros maravillosos, guardar una imagen de aquella época dorada y de las fiestas, con la esperanza de volverlo a encontrar. La jactancia natural en los colegiales, poseídos todos ellos del deseo de eclipsar unos a otros, apoyada en estos recuerdos de infancia, habíase desarrollado de un modo excesivo. Quizá también la madre recordaba en el hogar con una complacencia algo excesiva los días en que fue una de las reinas del París dictatorial. En fin, Oscar, que acababa de terminar sus clases, quizás había tenido que rechazar en el colegio las humillaciones que los alumnos que pagan infligen constantemente a los becarios, cuando los becarios no saben infundirles cierto respeto por medio de una fuerza física superior. Esta mezcla de antiguo esplendor extinguido, de belleza pasada, de cariño que acepta la miseria, de esperanza en aquel hijo, de ceguera maternal, de padecimientos heroicamente soportados, hacía de esta madre una de aquellas sublimes figuras que, en París, solicitan la atención del observador.

Incapaz de adivinar el profundo afecto de Moreau por esta mujer, ni el de esta mujer por su protegido de 1797, que se había convertido en su único amigo, Pierrotin no quiso comunicar la sospecha que cruzaba por su mente con relación al peligro que corría Moreau. El terrible «Bastante trabajo tenemos en ocuparnos de nosotros mismos» del ayuda de cámara volvió a la memoria del recadero, así como el sentimiento de obediencia a los que él consideraba superiores. Por otra parte, en aquel momento, ¡Pierrotin sentía en la cabeza tantas puntas como piezas de cien sueldos hay en mil francos! Un viaje de siete leguas se dibujaba sin duda como un viaje muy largo en la imaginación de aquella pobre madre, que, en su vida elegante, raras veces había pasado las Barreras; porque estas palabras: «¡Bien, señora!, ¡sí, señora!» repetidas por Pierrotin, declaraban en forma harto evidente que el recadero deseaba sustraerse a recomendaciones demasiado inútiles.

—Colocaréis los paquetes de modo que no se mojen, en caso de que lloviese.

—Tengo una lona en el coche —dijo Pierrotin—. Por lo demás, ya veis, señora, con qué cuidado los cargan.

—Oscar, no te quedes más de quince días, por mucho que insistan —dijo la

señora Clapart dirigiéndose de nuevo a su hijo—. Por más que hagas, no podrás agradar a la señora Moreau; por otra parte, debes estar en casa para fines de septiembre. Ya sabes que hemos de ir a Belleville, a ver a tu tío Cardot.

—Sí, mamá.

—Sobre todo —le dijo en voz baja—, no hagas nunca comentarios sobre el servicio doméstico... Recuerda en todo momento que la señora Moreau había sido camarera de...

—Sí, mamá.

Oscar, como todos los jóvenes con excesivo amor propio, parecía contrariado de verse así amonestado en el umbral del hotel del León de Plata.

—Bueno, adiós, mamá; vamos a partir, ya han enganchado el caballo.

La madre, olvidando que se encontraba en pleno barrio de San Dionisio, besó a su hijo, y le dijo, sacando un panecillo de su cesta:

—Toma, ¡ya ibas a olvidarte de tu panecillo con chocolate! Hijo mío, te lo repito, no tomes nada en las posadas, en ellas hacen pagar las cosas diez veces más de lo que valen.

Oscar habría querido ver a su madre bien lejos, cuando ella le metió el pan y el chocolate en el bolsillo. Esta escena tenía dos testigos, dos jóvenes algo mayores que Oscar, mejor vestidos que éste, que habían venido sin sus madres, y cuya actitud y modo de comportarse revelaban aquella completa independencia que constituye el objeto de todos los deseos de un niño que aún se encuentra bajo el yugo inmediato de su madre. Aquellos dos jóvenes representaron entonces para Oscar el mundo entero.

—Dice *mamá* —exclamó riendo uno de los dos desconocidos.

Estas palabras llegaron al oído de Oscar y determinaron un:

—¡Adiós, madre! —lanzado en un terrible movimiento de impaciencia.

¿Lo confesaremos? la señora Clapart hablaba un poco demasiado alto y parecía poner a los transeúntes al corriente de su cariño.

—¿Qué te ocurre, Oscar? —preguntóle, herida, aquella pobre madre—. No sé cómo eres —repuso con aire severo, creyéndose capaz (error de todas las madres que miman a sus hijos) de imponerle respeto—. Escúchame, Oscar —dijo recobrando en seguida el acento tierno de su voz—, tienes la costumbre de hablar, de decir todo lo que sabes y todo lo que no sabes, y esto por fanfarronería, por un tonto amor propio; te lo repito, procura tener la lengua bien sujeta. Todavía no has progresado mucho en la vida, tesoro mío, para juzgar a las personas con las que vas a encontrarte, y no hay nada más peligroso que conversar en los coches públicos. Por otra parte, en las diligencias, las personas formales guardan silencio.

Los dos jóvenes, que sin duda habían ido al interior del establecimiento, dejaron oír de nuevo bajo la puerta cochera el ruido de los talones de sus botas; quizás habían oído estas advertencias, por ello, para desembarazarse de su madre, Oscar recurrió a un medio heroico, que demuestra hasta qué punto el amor propio estimula la inteligencia.

—Mamá —dijo—, aquí hay corriente de aire y puedes resfriarte; además, yo voy a subir al coche.

El niño había tocado una fibra sensible, porque su madre lo abrazó, lo besó como si hubiera de emprender un largo viaje, y lo condujo hasta el cabriolé, con los ojos húmedos de lágrimas.

—No te olvides de dar cinco francos a los criados —le dijo—. Escíbeme por lo menos tres veces durante esos quince días. Pórtate bien y piensa en todas mis recomendaciones. Llevas suficientes prendas interiores para que no tengas que dar nada a lavar. En fin, recuerda siempre la bondad del señor Moreau, haz caso de él como de un buen padre, y sigue sus consejos.

Al subir al cabriolé, Oscar dejó ver sus medias azules por un efecto del pantalón, que subió bruscamente, y el fondo nuevo de su pantalón por el juego de su levita al abrirse. Así, la sonrisa de los dos jóvenes, a quienes no pasó inadvertida la señal de una honorable mediocridad, causaron una nueva herida en el amor propio del muchacho.

—Colócate al fondo —le dijo su madre, mirándolo con cariño y sonriéndole con amor.

¡Oh!, ¡cuánto lamentó Oscar que las desgracias y las penas hubiesen alterado la belleza de su madre, que la miseria y los cuidados le impidiesen ir bien arreglada! Uno de los dos jóvenes, el que llevaba botas y espuelas, dio al otro un golpe con el codo para indicarle a la madre de Oscar, y el otro retorcióse el bigote con un gesto que quería decir: ¡Bonita facha!

—¿Cómo desembarazarme de mi madre? —dijose Oscar, que adoptó un aire preocupado.

—¿Qué te ocurre? —preguntóle la señora Clapart.

Oscar fingió no haber oído, ¡el pequeño monstruo! Quizás en estas circunstancias, la señora Clapart careciese de tacto. ¡Pero los sentimientos absolutos encierran tanto egoísmo!

—Jorge, ¿te gustan los niños en un viaje? —preguntó el joven a su amigo.

—Sí, si son destetados, si se llaman Oscar y si llevan chocolate, querido Amaury.

Estas dos frases fueron cambiadas a media voz para dejar a Oscar la libertad de oír o de no oír; su actitud iba a indicar al viajero la medida de lo que podía intentar contra el niño para divertirse durante el viaje. Oscar no quiso haber oído. Miraba a su alrededor para saber si su madre, que le resultaba molesta como una pesadilla, se encontraba aún allí, porque se sabía demasiado amado por ella para verse abandonado tan pronto. No sólo comparaba el modo de vestir de su compañero de viaje con el suyo, sino que comprendía además que la escasa elegancia de su madre constituía objeto de burla para los dos jóvenes.

—Ojalá se marchasen —se dijo.

¡Ay! Amaury acababa de decirle a Jorge, dando un ligero golpe de bastón a la rueda del cabriolé:

—¿Y vas a confiar tu porvenir a esta frágil barquichuela?

—¡Es preciso! —dijo Jorge con aire fatal.

Oscar dio un suspiro al observar el modo con que el joven llevaba el sombrero como para mostrar una magnífica cabellera rubia y rizada; mientras que él, por orden de su padrastro, llevaba sus negros cabellos como un cepillo sobre la frente y cortos como los de los soldados. El vanidoso niño ostentaba una cara redonda y mofletuda, animada por los colores de una brillante salud, mientras que el rostro de su compañero de viaje era largo, fino y pálido. Aquel joven tenía amplia la frente y lucía un hermoso chaleco. Al admirar su pantalón gris, muy ceñido, una levita con alamares, parecíale a Oscar que aquel misterioso desconocido, dotado de tantas ventajas, abusaba para con él de su superioridad, de la misma manera que una mujer fea se siente herida por la sola presencia de una mujer hermosa. El ruido del tacón de las botas que el desconocido hacía sonar en exceso para el gusto de Oscar, resonaba en el corazón de éste de un modo desagradable. En fin, Oscar se sentía tan incómodo en su vestido confeccionado tal vez en casa y cortado con tela vieja de su padrastro, como cómodo se sentía aquel envidiado muchacho en el suyo. «Ese muchacho debe llevar algunos francos en el bolsillo», pensó Oscar. El joven se volvió y Oscar pudo ver una cadena de oro alrededor de su cuello, en el extremo de la cual pendía sin duda un reloj de oro. Aquel desconocido adquirió entonces a los ojos de Oscar las proporciones de un personaje.

Criado en la calle de la Cerisaie desde el año 1815, Oscar no había tenido otros puntos de comparación, desde los días de su pubertad, que el pobre hogar de su madre. Educado con severidad según el consejo de Moreau, no se elevaba por entonces más allá del teatro del Ambigu-Comique, donde sus ojos no advertían mucha elegancia, si es que en realidad la atención que un niño presta al melodrama le permite examinar la sala. Su padrastro llevaba aún, según la moda del Imperio, el reloj en el bolsillo del pantalón, y dejaba pender sobre su vientre una gran cadena de oro, terminada en unos dijes heteróclitos, una llave de cabeza redonda con un paisaje. Oscar, que consideraba este viejo lujo como un *nec plus ultra*, quedó asombrado ante aquella revelación de una elegancia superior y negligente. Aquel joven mostraba abusivamente unos guantes cuidados, y parecía querer deslumbrar a Oscar agitando con gracia un elegante bastón con puño de oro. Oscar llegaba a aquella parte de la adolescencia en que pequeñas cosas causan grandes alegrías y grandes pesares, en que se prefiere una desgracia a un vestido ridículo, en que el amor propio, al no tener como base los grandes intereses de la vida, se fija en frivolidades, en el modo de vestir, en el deseo de parecer hombre. Uno se cree entonces superior, y la jactancia es tanto más exorbitante cuanto que se ejercita en insignificancias; pero si se tiene celos de un necio elegantemente vestido, se entusiasma también uno por el talento, admira al hombre de genio. Estos defectos, cuando carecen de raíces en el corazón, revelan la exuberancia de la savia, el lujo de la imaginación. Que un muchacho de diecinueve años, hijo único, que ha vivido con severidad en la casa paterna a causa de la

indigencia impuesta a un empleado que cobra mil doscientos francos de sueldo, pero adorado, y por el cual la madre se impone duras privaciones, se maravilla de un hombre de veintidós años, envidia su polonesa de alamares con forro de seda, el chaleco de cachemira y la corbata de mal gusto, ¿no se trata acaso de pecadillos cometidos en todos los niveles de la sociedad, por el inferior que tiene celos del superior? Incluso el hombre de talento obedece a esta pasión primaria. Pero Oscar pasó del pecadillo a la falta, sintiose humillado, cobró rencor a su compañero de viaje, y elevose en su corazón un secreto deseo de demostrarle que valía tanto como él. Los dos muchachos se paseaban de la puerta a las cuerdas, de las cuerdas a la puerta, yendo hasta la calle; y cuando se volvían, siempre miraban a Oscar, acurrucado en su rincón. Oscar, persuadido de que las burlas de los dos jóvenes se referían a él, afectó la más profunda indiferencia. Se puso a tararear el estribillo de una canción puesta entonces de moda por los liberales, y que decía: *La culpa es de Voltaire, la culpa es de Rousseau*. Esta actitud hizo que sin duda lo tomaran por un pequeño pasante de procurador.

—Fíjate, quizás actúa en los coros de la Ópera —dijo Amaury.

Exasperado, el pobre Oscar pegó un respingo, levantó el respaldo y dijo a Pierrotin.

—¿Cuándo partimos?

—En seguida —respondió el recadero, que tenía el látigo en la mano y miraba hacia la calle de Enghien.

En aquel momento, la escena viose animada por la llegada de un joven acompañado de un verdadero granujilla que se adelantaron seguidos de un mozo de cuerda que arrastraba una carretilla. El joven fue a hablar confidencialmente con Pierrotin, el cual meneó la cabeza y se puso a gritar a su mozo. El mozo acudió para ayudar a descargar la carretilla, que contenía, además de dos maletas, unos cubos, brochas, cajas de formas extrañas, una infinidad de paquetes y utensilios, que el más joven de los dos nuevos viajeros, montado en la imperial, colocaba allí con tanta rapidez, que el pobre Oscar, sonriendo a su madre, situada entonces al otro lado de la calle, no vio ninguno de estos utensilios que le habrían podido revelar la profesión de aquellos nuevos compañeros de viaje. El aprendiz, de unos dieciséis años de edad, llevaba una blusa gris, con un cinturón de cuero. Su gorra, puesta de través sobre su cabeza, anunciaba un carácter risueño, así como el pintoresco desorden de sus cabellos castaños rizados, esparcidos sobre los hombros. Su corbata de tafetán negro dibujaba una línea del mismo color sobre un cuello muy blanco, y hacía resaltar aun la vivacidad de sus ojos grises. La animación de su rostro moreno, sonrosado, la forma de sus labios gruesos, sus orejas separadas, su nariz respingona, todos los detalles de su fisionomía revelaban el espíritu burlón de Fígaro, la despreocupación de la adolescencia; al igual que la vivacidad de sus gestos, su mirada burlona indicaba una inteligencia ya desarrollada por la práctica de una profesión abrazada en época temprana. Este niño, hecho hombre por el Arte o por la Vocación, parecía indiferente

a la cuestión del vestir, porque miraba sus botas sin alustrar como si se burlase de ellas, y su pantalón de sencillo dril, buscando manchas en él, más que para hacerlas desaparecer, que ver el efecto de ellas.

—¡Estoy hecho una facha! —dijo sacudiéndose y dirigiéndose a su compañero.

La mirada de éste revelaba una autoridad sobre este adepto, en el que unos ojos avezados habrían reconocido al alegre alumno de pintura.

—¡Vamos, Mistigris! —dijo el joven, dándole el apodo que sin duda se le había impuesto en el estudio.

Este viajero era un joven delgado y pálido, de cabellos negros, muy abundantes, y en un desorden fantástico; pero aquella exuberante cabellera parecía necesaria a su enorme cabeza cuya vasta frente anunciaba una inteligencia precoz. El rostro atormentado, demasiado original para ser feo, aparecía hundido, como si aquel hombre singular padeciese, o una enfermedad crónica, o privaciones impuestas por la miseria, que es una terrible enfermedad crónica, o penas demasiado recientes para ser olvidadas. Su vestido, casi igual al de Mistigris, guardando las debidas proporciones, consistía en una mala levita raída, pero limpia, muy cepillada, de color verde, y que apenas dejaba ver, alrededor del cuello, un pañuelo rojo. Un pantalón negro, tan usado como la levita, flotaba alrededor de sus flacas piernas. En fin, unas botas sucias de barro indicaban que venía a pie y de lejos. Con mirada rápida, este artista abarcó las profundidades del hotel del León de Plata, las cuadras, las puertas y ventanas, los detalles, y miró a Mistigris, que le había imitado con una ojeada irónica.

—¡Muy lindo! —dijo Mistigris.

—Sí, es muy lindo —repitió el desconocido.

—Todavía hemos llegado demasiado pronto —dijo Mistigris—. ¿No podríamos comer algo? Mi estómago es como la naturaleza, tiene horror al vacío.

—¿Podemos ir a tomar una taza de café? —preguntó el joven con voz suave a Pierrotin.

—No tardéis mucho —dijo Pierrotin.

—Bueno, tenemos un cuarto de hora —respondió Mistigris, revelando así el genio de observación que es innato en los alumnos de pintura de París.

Estos dos viajeros desaparecieron. Entonces dieron las nueve en la cocina del hotel. Jorge consideró justo y razonable interrogar a Pierrotin.

—¡Eh! amigo mío, cuando se dispone de un zueco como éste —dijo golpeando con su bastón la rueda del coche—, por lo menos ha de procurar ser puntual. ¡Qué diablo! uno no se mete ahí dentro por placer, sino que ha de tener asuntos endiabladamente urgentes. Además, ese rocín, al que llamáis «Colorado», no os recuperará el tiempo perdido.

—Vamos a enganchar a «Cervatilla» mientras estos dos viajeros toman su taza de café —respondió Perrotin—. Ve, pues, a ver si el tío Léger quiere venir con nosotros —dijo dirigiéndose a su empleado.

—¿Dónde está ese tío Léger? —dijo Jorge.

—Ahí enfrente, en el número 50, no ha encontrado sitio en el coche de Beaumont —dijo Perrotin a su mozo, sin responder a Jorge y desapareciendo para ir en busca de «Cervatilla».

Jorge, a quien su amigo estrechó la mano, montó en el coche, lanzando antes en su interior con aire de importancia una gran cartera que colocó bajo el cojín. Fue a ocupar el rincón opuesto al de Oscar.

—Ese tío Léger me inquieta —dijo.

—No pueden quitarnos los asientos, yo tengo el número uno —respondió Oscar.

—Y yo el dos —añadió Jorge.

Al mismo tiempo que Pierrotin comparecía con «Cervatilla», el mozo apareció remolcando un hombre grueso que por lo menos debía pesar ciento veinte kilos. El tío Léger pertenecía al género de granjero barrigudo, de espalda cuadrada, cabello empolvado, y vestido con una levita de tela azul. Sus polainas blancas, que le subían hasta por encima de la rodilla, apretaban alrededor de la pierna unos pantalones de pana. En la mano llevaba un pequeño bastón rojizo y seco, reluciente, atado alrededor del puño por un cordón de cuero.

—¿Sois el tío Léger? —dijo muy serio Jorge cuando el granjero trató de subir al coche.

—Para serviros —contestó el campesino mostrando una cara parecida a la de Luis XVIII, de mejillas colgantes y rubicundas, en las que destacaba una nariz que en cualquier otra cara habría parecido enorme. Sus ojos risueños estaban apretados por unos rebordes de grasa—. Vamos, ayúdame, muchacho —dijo a Pierrotin.

El campesino fue levantado por el mozo y por el recadero al grito de:

—¡Aúpa! —proferido por Jorge.

—¡Oh! no voy lejos, no voy más que hasta La Cave —dijo el granjero respondiendo a una broma con otra.

En Francia, todo el mundo entiende la broma.

—Colocaos al fondo —le dijo Pierrotin—, vais a ser seis.

—¿Y vuestro otro caballo? —preguntó Jorge— ¿es tan fantástico como un *tercer* caballo de posta?

—Mirad —dijo Pierrotin indicando con un gesto la pequeña yegua que había comparecido sola.

—¿A ese insecto le llamáis caballo? —dijo Jorge.

—Es bueno el caballito —puntualizó el granjero—. Salud, señores. ¿Qué, Pierrotin, vamos a partir?

—Tengo dos viajeros que están tomando café —respondió el recadero.

El pintor y su aprendiz subieron entonces al coche.

—¡Vámonos! —fue el grito general que se dejó oír.

—Vamos —dijo Pierrotin al mozo, que quitó las piedras con que estaban trabadas las ruedas.

El recadero cogió la brida de «Colorado», y emitió un grito gutural que indicaba a

los dos animales que reunieran sus fuerzas, y aunque muy entumecidos, arrastraron el coche que Pierrotin colocó delante de la puerta del León de Plata. Después de esta maniobra puramente preparatoria, miró hacia la calle de Enghien y desapareció dejando su coche bajo el cuidado del mozo.

—Bueno, ¿vuestro patrón está sujeto a tales accesos? —preguntóle Mistigris al mozo.

—Ha ido a la cuadra a buscar avena —respondió el auvernés, que conocía todos los ardidés usados para impedir que los viajeros se impacientasen.

Pierrotin regresó acompañado del conde de Sérisy, que había llegado por la calle del Échiquier, y con el que sin duda había sostenido unos minutos de conversación.

—Tío Léger, ¿queréis ceder vuestro asiento al señor conde? El peso de mi coche quedaría repartido de un modo más uniforme.

—Y nosotros no partiremos hasta dentro de una hora, si continuáis así —dijo Jorge—. Será preciso quitar esta barra infernal que tanto trabajo nos ha costado colocar, y todo el mundo deberá apearse para un viajero que ha llegado el último. Cada cual tiene derecho al sitio que ha reservado, ¿cuál es el de caballero? Vamos, ¿es que no tenéis una hoja, un registro? ¿Cuál es el sitio del señor conde? ¿Conde de qué?

—Señor conde... —dijo Pierrotin visiblemente desconcertado— estaréis muy incómodo.

Era evidente que el señor de Sérisy fue tomado por todos los viajeros por un burgués llamado Conde de apellido ^[3].

—No molestéis a nadie —díjole el conde a Pierrotin—, me colocaré cerca de vos, en la parte delantera.

—Vamos, Mistigris —dijo el joven al alumno de pintura—, acuérdate del respeto que le debes a la vejez, de modo que, cede tu sitio al caballero.

Mistigris abrió la puerta delantera del cabriolé y saltó al suelo con la rapidez de una rana que se lanza al agua.

—Vos no podéis ser un conejo, agosto anciano —le dijo al señor de Sérisy.

—Mistigris, el arte es el amigo de hombre —respondióle su maestro.

—Gracias, caballero —dijo el conde al maestro de Mistigris, que de este modo convirtióse en su vecino.

Y el hombre de Estado lanzó hacia el fondo del coche una ojeada sagaz que contrarió a Oscar y a Jorge.

—Llevamos una hora y cuarto de retraso —dijo Oscar.

—Cuando se quiere ser dueño de un coche, se reservan todos los asientos —comentó Jorge.

Seguro ya de su incógnito, el conde de Sérisy no contestó nada a estas observaciones, y adoptó el aire de un burgués bonachón.

—Si hubierais llegado tarde, ¿no os habría gustado que os esperasen? —dijo el granjero a los dos jóvenes.

Pierrotin miraba hacia la puerta de San Dionisio, teniendo en la mano el látigo, y dudaba en subir a la dura banqueta en que se hallaba sentado Mistigris.

—Si esperáis a alguien —dijo entonces el conde—, entonces yo no soy el último.

—Apruebo este razonamiento —dijo Mistigris.

Jorge y Oscar se echaron a reír con insolencia.

—Ese viejo no es fuerte —dijo Jorge a Oscar, a quien esta apariencia de amistad con Jorge encantó.

Cuando Pierrotin estuvo sentado a la derecha, en su sitio, inclinose para mirar hacia atrás, sin poder encontrar en la muchedumbre a los dos viajeros que le faltaban para que su coche estuviera completo.

—¡Demonio!, dos viajeros más no me vendrían mal.

—Yo no he pagado, voy a bajar —dijo Jorge asustado.

—¿Y qué esperas, Pierrotin? —preguntó el tío Léger.

Pierrotin lanzó cierto ¡hi! en el que «Colorado» y «Cervatilla» reconocían una resolución definitiva, y los dos caballos se lanzaron hacia la cuesta del barrio con paso acelerado que pronto habría de volverse lento.

El conde tenía una cara totalmente colorada, pero de un rojo ardiente en el que se destacaban unas porciones inflamadas y que su cabellera completamente blanca ponía de relieve. A otros que no hubieran sido aquellos dos jóvenes, aquel color habría revelado la inflamación constante de la sangre producida por un trabajo agotador. Estas imperfecciones perjudicaban de tal modo el aire noble del conde, que se requería un examen atento para encontrar en sus ojos la perspicacia del magistrado, la profundidad del político y la ciencia del legislador. El rostro era redondo, la nariz chata. El sombrero ocultaba la gracia y la belleza de la frente. En fin, había algo con que hacer reír a aquella juventud despreocupada en el extraño contraste de unos cabellos de un blanco plateado con gruesas cejas, tupidas, negras. El conde, vestido con una larga levita azul, abotonada militarmente hasta arriba de todo, llevaba una corbata blanca alrededor del cuello, algodón en las orejas, y un cuello de camisa bastante ancho que dibujaba sobre cada mejilla un cuadrado blanco. Su pantalón negro envolvía sus botas, cuya punta apenas era visible. Sus manos quedaban escondidas bajo unos guantes de ante. Ciertamente, para unos jóvenes como aquéllos, de aquella clase, nada había en aquel hombre que revelase que se trataba de un par de Francia, uno de los hombres más útiles al país. El tío Léger no había visto nunca al conde, que, por su parte, no lo conocía a él más que de nombre. Si el conde, al subir, lanzó la mirada perspicaz que había sorprendido a Oscar y a Jorge, era porque buscaba al pasante de su notario para recomendarle el más profundo silencio, en el caso de que, como él, se hubiera visto obligado a tomar el coche de Pierrotin; pero tranquilizado por el aire de Oscar, del tío Léger y sobre todo por el aspecto casi militar, por el bigote y los gestos de caballero de industria que distinguían a Jorge, pensó que su misiva había llegado oportunamente a las manos del señor Alejandro Crottat.

—Tío Léger —dijo Pierrotin al llegar a la abrupta cuesta del barrio de San Dionisio, en la calle de la Fidelidad—, vamos a bajar, ¿no?

—Yo también me apeo —dijo el conde—, hay que disminuir el esfuerzo de vuestros caballos.

—¡Ah!, si empezamos así —exclamó Jorge—, haremos catorce leguas en quince días.

—¿Es culpa mía? —dijo Pierrotin—, un caballero quiere bajar.

—Diez luses para ti, si guardas fielmente el secreto que te he pedido —dijo en voz baja el conde cogiendo a Pierrotin del brazo.

—¡Oh!, mis mil francos —dijose Pierrotin, después de hacer al señor de Sérisy un guiño que significaba: ¡contad conmigo!

Oscar y Jorge se quedaron en el coche.

—Escuchad, Pierrotin —exclamó Jorge, cuando, después de la cuesta, los viajeros estuvieron de nuevo en sus respectivos asientos—; si no habéis de ir mejor de como habéis ido hasta ahora, decídmelo, pago el viaje y tomó una jaca en San Dionisio, porque tengo asuntos importantes que con el retraso quedarían comprometidos.

—¡Oh!, todo irá bien —repuso el tío Léger—. Y por otra parte, la carretera no es ancha.

—Nunca me he retrasado más de media hora —dijo Pierrotin.

—Todos los viajeros son iguales —dijo Jorge.

—Tranquilizaos —dijo el tío Léger—. Llegaremos bien a La Chapelle antes del mediodía.

La Chapelle es el pueblo contiguo a la Barrera de San Dionisio.

Todos los que han viajado saben que las personas, reunidas por el azar en un coche, no se ponen inmediatamente en relación unas con otras; y a menos que concurren circunstancias excepcionales, sólo conversan después de haber hecho un poco de camino. Este período de silencio se aprovecha tanto para un examen recíproco como para tomar posesión del asiento. Las almas tienen la misma necesidad que el cuerpo de ponerse en equilibrio. Cuando cada cual cree haber descubierto la verdadera edad, la profesión, el carácter de sus compañeros, el más hablador empieza entonces a charlar, y la conversación se desarrolla, a partir de aquel momento, con un entusiasmo tanto mayor cuanto que todos han sentido la necesidad de ofrecer amenidad al viaje. Las cosas ocurren así en los coches franceses. En las otras naciones las costumbres son muy distintas. Los ingleses cifran su orgullo en no abrir la boca; el alemán está triste cuando viaja; los italianos son demasiado prudentes para hablar; los españoles apenas tienen diligencias, y los rusos carecen de carreteras. Por consiguiente, la gente sólo se divierte en los pesados coches de Francia, en este país tan hablador, tan indiscreto, en el que todo el mundo siente el prurito de reír y de mostrar su ingenio, en el que la burla lo anima todo, desde las miserias de las clases bajas hasta los graves intereses de los burgueses. Por otra parte, la Policía refrena

poco la lengua y la Tribuna ha puesto de moda la discusión. Cuando un joven de veintidós años, como el que se escondía bajo el nombre de Jorge, posee ingenio, se ve excesivamente inclinado a abusar del mismo, sobre todo en la situación presente. Ante todo, Jorge decretó en seguida que él mismo era el ser superior en aquella reunión. Vio un comerciante de segundo orden en el conde, al que tomó por un cuchillero, un alfeñique en el muchacho andrajoso que iba acompañado de Mistigris, un pequeño necio en Oscar, y en el grueso campesino un excelente tipo para ser engañado.

Después de haber tomado así sus medidas, decidió divertirse a expensas de sus compañeros de viaje.

«Veamos —se dijo mientras el *coucou* de Pierrotin bajaba de La Chapelle para lanzarse hacia la llanura de San Dionisio—, ¿me haré pasar por Étienne o por Béranger?... No, esos estúpidos tienen el aspecto de no conocer ni al uno ni al otro. ¿Carbonaro?... ¡Diablo!, corro el peligro de que me apuñalen. ¿Y si fuera yo hijo del mariscal Ney?... ¡Bah!, ¿qué les diría?, ¿la ejecución de mi padre? Pero esto no sería divertido. ¿Y si volviera del Champ-d'Asile?... Quizá me tomarían por espía y desconfiarían de mí. Mejor es que sea un príncipe ruso disfrazado. Voy a hacerles tragar estupendos detalles sobre el emperador Alejandro... ¿Y si pretendiera ser Cousin, profesor de filosofía?... ¡Oh, cómo podría tomarles el pelo! No, el alfeñique de cabello revuelto tiene el aire de haberse paseado por las aulas de la Sorbona. Imito muy bien a los ingleses. Podría hacerme pasar por lord Byron, que viaja de incógnito... ¿Y si simulara ser el hijo del verdugo? He aquí una idea estupenda para que me hicieran sitio a la hora del desayuno. ¡Bueno, quizás haya mandado las tropas de Alí, el bajá de Janina!...».

Durante este monólogo el coche rodaba en las olas de polvo que se levantan sin cesar de esta carretera tan transitada.

—¡Cuánto polvo! —dijo Mistigris.

—En Oriente... —dijo Jorge, queriendo iniciar una historia.

—¿El señor viene de Oriente? —dijo Mistigris con aire irónico—. Veo que no estáis tostado por el sol.

—¡Oh!, es que salgo de la cama, después de una enfermedad de tres meses, cuyo germen era, según dicen los médicos, una peste.

—¡Habéis tenido la peste! —exclamó el conde con un gesto de espanto—. ¡Pierrotin, parad!

—Es una peste de esas que uno dice: ¡Peste! —exclamó el pintor.

—¿De modo que el caballero estuvo en Oriente?

—Sí, señor; primero en Egipto y luego en Grecia, al servicio de Alí, bajá de Janina, con quien tuve una riña terrible. No pueden resistirse aquellos climas. Además, las emociones de todo género que ofrece la vida oriental me han desbaratado el hígado.

—¡Ah! ¿Habéis servido? —dijo el grueso granjero—. Entonces, ¿qué edad

tenéis?

—Tengo veintinueve años —repuso Jorge, a quien todos los viajeros se quedaron mirando—. A los dieciocho años partí como simple soldado para la famosa campaña de 1813; pero no vi más que el combate de Hanau y obtuve el grado de sargento primero. En Francia, en Montereau, fui nombrado subteniente y luego condecorado por... ¿no hay por aquí espías?, por el Emperador.

—¿Habéis sido condecorado —dijo Oscar—, y no lleváis la cruz?

—¿Cuál es el hombre que lleva sus condecoraciones cuando va de viaje? Ved, señor —dijo Jorge dirigiéndose al conde de Sérisy—, apuesto todo lo que queráis...

—Apostar todo lo que uno quiera es en Francia una manera de no apostar nada —dijo el pintor a Mistigris.

—Apuesto todo lo que queráis —repuso Jorge con afectación— a que el caballero está cubierto de condecoraciones.

—Tengo —respondió riendo el conde de Sérisy— la de la Gran Cruz de la Legión de Honor, la de San Andrés de Rusia, la del Águila de Prusia, la de la Anunciata de Cerdeña y la del Toisón de Oro.

—¿Y con todo eso viaja en *coucou*? —dijo Mistigris.

—¿A mí con ésas? —dijo Jorge a Oscar al oído—. ¿No os lo decía? —repuso en voz alta—. Yo no me avergüenzo de decirlo, pero yo adoro al Emperador...

—Yo le he servido —dijo el conde.

—¡Qué hombre! ¿Verdad? —exclamó Jorge.

—Un hombre al que debo mucho —respondió el conde con un aire estúpido muy bien fingido.

—¿Vuestras cruces?... —dijo Mistigris.

—¡Y cuánto le gustaba tomar rapé! —dijo el señor de Sérisy.

—Tomaba rapé y fumaba —repuso Jorge—. Lo vi fumando, y de qué manera, en Waterloo, cuando el mariscal Soult lo cogió y lo arrojó al interior de su coche, en el momento en que él había empuñado un fusil y se disponía a cargar contra los ingleses...

—¿Estuvisteis en Waterloo? —dijo Oscar arqueando las cejas.

—Sí, joven, he hecho la campaña de 1815. Yo era capitán en Mont-Saint-Jean, y me retiré al Loira cuando nos licenciaron. A fe mía, que Francia me hastiaba y no pude permanecer en ella. Me marché con dos o tres sujetos Selves, Besson y otros, que en estos momentos se encuentran en Egipto, al servicio del bajá Mohammed. ¡Vaya tío! El que en otro tiempo fue simple mercader de tabaco, ahora está a punto de convertirse en príncipe soberano. Ya lo habéis visto en el cuadro de Horacio Vernet, la matanza de los mamelucos. ¡Qué guapo mozo! Yo no he querido abandonar la religión de mis padres y abrazar el islamismo, principalmente porque la abjuración exige una operación quirúrgica que no me interesa en modo alguno. Además, nadie aprecia a un renegado. ¡Ah! Si me hubiesen ofrecido cien mil francos de renta, quizá... ¡pero ni aún así! El bajá ordenó que me dieran mil *thalaris* de gratificación...

—¿Qué es eso? —dijo Oscar, que escuchaba con toda atención a Jorge.

—¡Bah!, no es mucho. El *thalaris* es, como quien dice, una moneda de cien sueldos. Y a fe mía que no he ganado la renta de los vicios que he contraído en ese país, si es que se trata de un país. Ahora no puedo pasar sin fumar el narguilé dos veces al día, y es muy caro...

—¿Y cómo es Egipto? —preguntó el señor de Sérisy.

—Egipto es todo arena —respondió Jorge sin inmutarse—. No hay más verde que el valle del Nilo. Trazad una línea verde sobre una hoja de papel amarillo, y ya tenéis Egipto. Por ejemplo, los egipcios, los fellahs, tienen sobre nosotros una ventaja, y es que carecen de gendarmes.

—¡Oh!, aunque recorrieseis todo Egipto no encontraríais ni uno.

—Supongo que hay muchos egipcios —dijo Mistigris.

—No tantos como creéis —repuso Jorge—. Hay muchos más abisinios, vechabitas, beduinos, coptos... En fin, todos esos animales son tan poco divertidos que me consideré muy dichoso de poder embarcar en las islas Jónicas pólvora y municiones para Alí de Tebelen. ¿Sabéis? Los ingleses venden pólvora y municiones a todo el mundo, a los turcos, a los griegos, al diablo, si el diablo tuviese dinero. Así, de Zante habíamos de ir por la costa de Grecia, bordeando. Tal como me veis, mi nombre de Jorge es conocidísimo en aquellos países. Soy el nieto de aquel famoso Czerni-Jorge que hizo la guerra a la Sublime Puerta, y que, desgraciadamente, en lugar de hundirla, se hundió a sí mismo. Su hijo fue a refugiarse en la casa del cónsul francés de Esmirna y vino a morir a París en 1792, dejando a mi madre embarazada de mí, su séptimo hijo. Nuestros tesoros fueron robados por uno de los amigos de mi abuelo, de suerte que quedamos arruinados. Mi madre, que vivía del producto de sus diamantes vendidos uno tras otro, contrajo matrimonio en 1799 con el señor Yung, mi padrastro, un abastecedor. Pero mi madre murió, yo me peleé con mi padrastro, que, dicho sea entre nosotros, es un cretino; todavía vive, pero no nos vemos. Ese chino nos dejó a los siete sin decirnos: ¿eres perro?, ¿eres lobo? He ahí, pues, como yo, lleno de desesperación, partí en 1813 como simple soldado... No podríais imaginar con qué alegría aquel viejo Alí de Tebelen recibió al nieto de Czerni-Jorge. Aquí yo me hago llamar simplemente Jorge. El bajá me dio un serrallo...

—¿Tenéis un serrallo? —dijo Oscar.

—¿Es que eráis un bajá? —preguntó Mistigris.

—Solamente el sultán puede nombrarlos —repuso Jorge— y mi amigo Tebelen, porque éramos amigos como Borbones, se sublevó contra el Padischa. Ya sabéis, o quizá no lo sepáis, que el verdadero nombre del Gran Señor es Padischa, y no Gran Turco o Sultán. No creáis que sea una gran cosa un serrallo. Es como tener un rebaño de cabras. Aquellas mujeres son unas bestias, y prefiero mil veces las grisetas de la Chaumière, en Mont-Parnasse.

—Está más cerca —dijo el conde de Sérisy.

—Las mujeres del serrallo no saben una palabra de francés, y la lengua es

indispensable para entenderse. Allí me dio cinco mujeres legítimas y diez esclavas. En Janina, esto es como si nada. En Oriente, ¿sabéis?, poseer mujeres es algo muy vulgar, se las tiene como aquí tenemos a Voltaire o a Rousseau. Pero ¿quién abre alguna vez su Voltaire o su Rousseau? Nadie. Y sin embargo, es de buen tono tener celos. Se cose a una mujer dentro de un saco y se la arroja al agua por una simple sospecha, según un artículo de su código.

—¿Habéis arrojado a alguna? —preguntó el colono.

—Vamos, ¿yo?, ¿un francés? Yo las he amado.

Diciendo esto Jorge se retorció el bigote y adoptó un aire soñador. Entraban entonces en San Dionisio, donde Pierrotin se detuvo ante la puerta del posadero que vende las célebres *talmouses*^[4], y donde todos los viajeros se apean.

Intrigado por las apariencias de verdad mezclada con las bromas de Jorge, el conde volvió a montar rápidamente en el coche, miró bajo el cojín la cartera que Pierrotin le dijera que había sido dejada por aquel personaje enigmático, y leyó en letras doradas: «Señor Crottat, notario». En seguida el conde se permitió abrir la cartera, temiendo con razón que el tío Léger tuviera la misma curiosidad; sacó el acta que se refería a la granja de los Molineaux, la dobló, se la metió en el bolsillo lateral de su levita y volvió a examinar a los viajeros.

«Ese Jorge es simplemente el segundo pasante de Crottat. Tendrá que felicitar a su patrón que debía enviarme su primer pasante», se dijo.

Por el aire respetuoso del tío Léger y de Oscar comprendió Jorge que tenía en ellos a dos fervientes admiradores; adoptó una actitud de gran señor, les pagó unas *talmouses* y un vaso de vino de Alicante, así como a Mistigris y a su amo, aprovechando esta generosidad para preguntarles cómo se llamaban.

—Oh, señor —dijo el patrón de Mistigris—, yo no estoy dotado de un nombre ilustre como el vuestro. Yo no vengo de Asia...

En aquel momento el conde, que se había apresurado a entrar de nuevo en la cocina del mesonero, con objeto de que nadie sospechase del descubrimiento que acababa de efectuar, pudo escuchar el final de esta respuesta.

—... Soy sencillamente un pobre pintor que viene de Roma, donde estuve a expensas del gobierno, después de haber ganado el gran premio, hace cinco años. Me llamo Schinner...

—¡Eh, burgués! ¿Se os puede ofrecer un vaso de Alicante y unas *talmouses*? —dijo Jorge al conde.

—Gracias —contestó el conde—, yo nunca salgo sin haber tomado mi taza de café con leche.

—¿Y no tomáis nada entre vuestras comidas? —dijo Jorge—. Después de haber fanfarroneado hace un momento con sus cruces, lo creía más fuerte de lo que es —dijo en voz baja al pintor—; pero ya veremos lo que hay de verdad en las condecoraciones de ese fabricante de candelas. Vamos, valiente —dijo a Oscar, apurad ese vaso y veréis cómo os hace salir bigote.

Oscar quiso hacerse el hombre, bebió el segundo vaso y comió tres *talmouses*.

—Buen vino —dijo el tío Léger haciendo chasquear la lengua contra el paladar.

—Es tan bueno —dijo Jorge— porque viene de Bercy. Yo he estado en Alicante y, ¿sabéis?, el vino de ese país tanto como mi brazo se parece a un molino de viento. Nuestros vinos artificiales son mucho mejores que los naturales. Vamos, Pierrotin, ¿un vaso? ¡Oh!, es una lástima que vuestros caballos no puedan tomar vino, porque así iríamos mejor.

—Oh, no os preocupéis, ya tengo un caballo gris^[5] —dijo Pierrotin señalando a «Cervatilla».

Al oír este vulgar juego de palabras, a Oscar parecióle Pierrotin un sujeto prodigioso.

—¡En marcha!

Estas palabras de Pierrotin resonaron en medio de un restallar del látigo, cuando los viajeros ya se hallaban acomodados en el coche.

Entonces eran las once. El tiempo, que estaba un poco cubierto, se despejó, el viento ahuyentó las nubes, el azul del éter brilló en algunos lugares; así, cuando el coche de Pierrotin empezó a correr por la pequeña cinta de carretera que separa San Dionisio de Pierrefitte, el sol había terminado de beber los últimos y sutiles vapores, cuyo velo diáfano envolvía los paisajes de este célebre arrabal.

—Bien, ¿y por qué dejasteis a vuestro amigo el bajá? —preguntóle a Jorge el tío Léger.

—Era un sujeto muy singular —respondió Jorge con aire de misterio—. ¡Figuraos que me da el mando de su caballería!... Muy bien.

—¡Ah!, por eso lleva espuelas —pensó el pobre Oscar.

—En mi época, Alí de Tebelen había de desembarazarse de Chosrew-Pachá. Aquí le llamáis Chaureff, pero su nombre en turco se pronuncia Cossereu. Ya debisteis leer en los periódicos que el viejo Alí sentole las costuras a Chosrew, y fuertemente. Pues bien, sin mí, Alí de Tebelen habría quedado frito algunos días antes. Yo estaba en el ala derecha y he aquí que veo a Chosrew que va a hundir nuestro centro... ¡Oh! Rígido y con un bello movimiento al estilo de Murat. ¡Bueno! Yo hago entonces una carga a fondo y corto en dos la columna de Chosrew, que había rebasado el centro y permanecía al descubierto. Ya comprendéis... Vamos, después de todo esto, Alí me besó...

—¿Se hace eso en Oriente? —preguntó el conde de Sérisy en tono burlón.

—Sí, señor —dijo el pintor—, eso se hace en todas partes.

—¡Alí me dio yataganes, fusiles y sables!... tantos como quise —prosiguió Jorge—. Al regresar a su capital, aquel trapisondista me hizo proposiciones que no me convenían en modo alguno. Esos orientales son muy singulares, cuando tienen una idea... Alí quería que fuese su favorito, su heredero. Yo empezaba a estar cansado de aquella vida, ya que, después de todo, Alí de Tebelen estaba en rebelión contra la Puerta, y yo creí conveniente tomarla, la puerta. Pero debo hacer justicia al señor de

Tebelen, que me colmó de presentes: diamantes, diez mil *thalaris*, mil piezas de oro, una hermosa griega como compañera, un simpático muchacho en calidad de criado y un caballo árabe. Alí, bajá de Janina, es un hombre incomprendido, ¿sabéis? Le haría falta un historiador. Sólo en Oriente pueden encontrarse esas almas de bronce, que durante veinte años hacen todo lo posible por vengar una ofensa. Poseía la más hermosa barba blanca que pueda verse jamás, un rostro de facciones duras, severas...

—Pero ¿qué habéis hecho de vuestros tesoros? —dijo el tío Léger.

—¡Ah! Esa gente no tiene libro de la Deuda pública ni Banco de Francia; me llevé, pues, el dinero en una tartana griega. Tal como me veis, estuve a punto de ser empalado en Esmirna. Sí, a fe mía, pude salvarme gracias al señor de Rivière, el embajador, que se encontraba allí, puesto que me tomaban por un cómplice de Alí-Pachá. He salvado la cabeza, pero los diez mil *thalaris*, las mil monedas de oro, ¡oh!, todo fue consumido por el tesoro del Capitán-Pachá. Mi posición era tanto más difícil cuanto que ese Capitán-Pachá no era otro que Chosrew. Ese sujeto había obtenido dicho puesto, que equivalía al de gran almirante en Francia.

—Pero se hallaba en la caballería, según parece —dijo el tío Léger, que seguía con atención el relato de Jorge.

—¡Oh! ¡Cómo se ve que el Oriente es poco conocido en el departamento de Sena y Oise! —exclamó Jorge—. Señor, he ahí los turcos: vos sois granjero, el Padischah os nombra mariscal; si no desempeñáis bien vuestras funciones, peor para vos, ya que os cortan la cabeza; es su modo de destituir a los funcionarios. Un jardinero pasa a ser prefecto y un primer ministro vuelve a ser labrador. Los otomanos no conocen las leyes del ascenso ni de la jerarquía. De oficial de caballería, Chosrew había pasado a ser marino. El Padischah Mahmoud le había encargado que capturase a Alí por mar, y en efecto, se apoderó de él, pero ayudado por los ingleses, que se llevaron la mejor parte, ¡los bribones! Echaron mano de los tesoros. Ese Chosrew, que no había olvidado la lección de equitación que yo le diera me reconoció. Ya comprenderéis que yo estaba perdido, si no hubiera tenido la idea de hacer valer mi calidad de francés y de trovador cerca del señor de Rivière. El embajador pidió mi libertad. Los turcos tienen ese buen rasgo de carácter, que os cortan la cabeza como si tal cosa o son indiferentes a todo. El cónsul de Francia, un hombre muy simpático, amigo de Chosrew, ordenó que se me devolvieran dos mil *thalaris*; así, su nombre, lo tengo grabado en mi corazón...

—¿Cómo se llama? —preguntó el señor de Sérisy.

El señor de Sérisy dejó ver en su rostro algunas señales de sorpresa cuando Jorge le dijo efectivamente el nombre de uno de nuestros cónsules generales más notables que se hallaban a la sazón en Esmirna.

—Asistí, dicho sea entre paréntesis, a la ejecución del comandante de Esmirna, al que el Padischa había mandado ejecutar. Una de las cosas más curiosas que jamás he visto, aunque he visto muchas de ellas. Os la referiré en seguida, desayunando. De Esmirna pasé a España, al enterarme de que allí se estaba haciendo una revolución.

¡Oh!, me fui derecho a encontrar a Mina, quien me tomó como ayudante de campo y me dio el grado de coronel. Me batí por la causa constitucional que va a sucumbir, porque dentro de unos días vamos a entrar en España.

—¿Y vos sois oficial francés? —dijo severamente el conde de Sérisy—. ¿Ya contáis con la discreción de los que os escuchan?

—Pero es que aquí no hay espías —dijo Jorge.

—Entonces, coronel Jorge —dijo el conde—, no tenéis en cuenta que en estos momentos se está juzgando en la Corte de los Pares una conspiración que hace muy severo al gobierno con respecto a los militares que atentan contra Francia con las armas, que labran intrigas en el extranjero con la intención de derribar a nuestros soberanos legítimos...

Ante esta terrible observación, el pintor se sonrojó hasta las orejas y miró a Mistigris, que pareció consternado.

—¿Y bien? —dijo el tío Léger—. ¿Qué ocurrió después?

—Si, por ejemplo, yo fuese magistrado, ¿no sería acaso mi deber —dijo el conde— mandar arrestar al ayudante de campo de Mina por los gendarmes de la brigada de Pierrefitte y asignar como testigos a todos los viajeros que se encuentran en el coche?

Estas frases cortaron tanto más la palabra en la boca de Jorge, cuanto que llegaban ante la brigada de gendarmería, cuya bandera blanca ondeaba, dicho sea en términos clásicos, a merced del céfiro.

—Poseéis demasiadas condecoraciones para permitirnos semejante cobardía —dijo Oscar.

—Vamos a pellizcarlo de nuevo —añadió Jorge al oído de Oscar.

—Coronel —exclamó Léger, a quien las palabras del conde de Sérisy tenían angustiado y que quería cambiar de tema—, en los países donde habéis estado, ¿cómo cultiva esa gente? ¿Cómo efectúan la rotación de cultivos?

—Pues... poseen un modo de cultivar que os parecerá curioso. No cultivan en absoluto; he ahí su modo de cultivar. Los turcos, los griegos, toda esa gente come cebollas o arroz... Recogen el opio de sus adormideras, que les reporta grandes ingresos; y además tienen tabaco, que crece espontáneamente, ¡el famoso Lattaqui!, y también los dátiles, mucho azúcar, que crece sin cultivo. Es un país lleno de recursos y de comercio. Hacen muchas alfombras en Esmirna, y no son caras.

—Pero —dijo Léger—, si las alfombras son de lana, ésta sólo puede proceder de los carneros, y para tener carneros tiene que haber prados, granjas, un cultivo... Por otra parte, siento la más profunda aversión hacia las estadísticas.

—¿Y los impuestos? —dijo el tío Léger.

—¡Ah, los impuestos son pesados! Se lo quitan casi todo y les dejan una pequeña parte. Impresionado por las ventajas de este sistema, el bajá de Egipto estaba organizando su administración cuando yo lo dejé.

—Pero, cómo... —dijo el tío Léger, que ya no comprendía nada.

—¿Cómo?... —repuso Jorge—. Hay agentes que cogen las cosechas, dejando a

los fellahs lo preciso para vivir. Así, en ese sistema, nada de burocracia, que es la plaga de Francia... ¡Ah! ¡He ahí!...

—¿Pero en virtud de qué? —dijo el granjero.

—Es un país de despotismo, he ahí todo. No sabéis la bella definición dada por Montesquieu del despotismo: «Como el salvaje, corta el árbol por el pie para tener los frutos...».

—Y ahí quieren llevarnos —dijo Mistigris.

—Y a eso llegaremos —exclamó el conde de Sérisy—. Así, aquellos que tienen tierras harán bien en venderlas.

—Pero —repuso el conde—, ya no lleváis la condecoración de la Legión de Honor que obtuvisteis en 1819. ¿Es que es eso la moda general?

Mistigris y el pseudo Schinner se sonrojaron hasta las orejas.

—¡Oh! En mi caso es diferente —repuso Schinner—. No quisiera que me reconociesen. No me traicionéis, señor. Crean que soy un pintorcillo sin importancia, paso por ser un decorador. Voy a un castillo donde no debo despertar sospecha alguna.

—¡Ah! —exclamó el conde—. ¿Una aventura, una intriga?... ¡Oh, qué suerte tenéis de ser joven!...

Oscar, que sufría lo indecible por no ser nada y por no tener nada que decir, miraba al coronel Czerni-Jorge, al gran pintor Schinner, y trataba de metamorfosearse en algo. Pero ¿qué podía ser un muchacho de diecinueve años de edad, al que enviaban a pasar quince días al campo, a la casa del administrador de Presles? El vino de Alicante se le subía a la cabeza y el amor propio hacía hervir la sangre en las venas; así, cuando el famoso Schinner dejó adivinar la aventura novelesca, cuya felicidad debía ser tan grande como el peligro, clavó en él sus ojos centelleantes de rabia y envidia.

—¡Ah! —dijo el conde con aire crédulo—. Es preciso amar mucho a una mujer para hacerle tales sacrificios...

—¿Qué sacrificios? —dijo Mistigris.

—¿Acaso ignoráis, amiguito, que un techo pintado por un maestro tan grande se cubre de oro? —repuso el conde—. ¿Sabéis? Si la Lista civil os paga treinta mil francos por los de dos salas del Louvre —añadió mirando a Schinner—, para un burgués, como nos llamáis en vuestros estudios, un techo bien vale veinte mil francos; ahora bien, apenas se le darán dos mil a un decorador oscuro.

—La pérdida de dinero no importa —respondió Mistigris—. ¡Pensad que se tratará ciertamente de una obra maestra y que no hay que firmarla para no comprometer a *ella*!

—¡Ah! ¡Yo devolvería de buena gana todas mis cruces a los soberanos de Europa para ser amado como lo es un joven a quien el amor inspira tales sacrificios! —exclamó el señor de Sérisy.

—¡Ah! Ahí está —dijo Mistigris—. ¡Uno es joven, uno es amado! Uno tiene las

mujeres que quiere.

—¿Y qué dice a todo esto la señora Schinner? —dijo el conde—. Porque vos os casasteis por amor con la hermosa Adelaida de Rouville, la protegida del anciano almirante de Kergarouët, que hizo que obtuvieseis vuestros techos en el Louvre por medio de su sobrino, el conde de Fontaine.

—¿Es que un gran pintor se ha casado alguna vez hallándose de viaje? —observó Mistigris.

—¿Ésa es, pues, la moral de los estudios?... —exclamó ingenuamente el conde de Sérisy.

—¿Es mejor, por ventura, la moral de las cortes en las que vos obtuvisteis vuestras condecoraciones? —dijo Schinner, que cobró su sangre fría momentáneamente perdida por el conocimiento que el conde demostraba poseer de los encargos hechos a Schinner.

—Creo no haber pedido ni una sola de ellas —respondió el conde—, y creo haberlas ganado todas lealmente.

El señor de Sérisy no quiso traicionarse y adoptó un aire candoroso mirando el valle de Groslay, que se descubre cuando se toma, en la Patte-d'Oie, el camino de Saint-Brice y dejando a la derecha el de Chantilly.

—¿Es Roma una ciudad tan bella como se pretende? —preguntóle Jorge al gran pintor.

—Roma sólo es bella para los que aman, hace falta tener una pasión para complacerse en ella; pero, como ciudad, prefiero Venecia, aunque he estado a punto de ser asesinado en ella.

De vez en cuando, Pierrotin cambiaba con el conde de Sérisy unas miradas singulares, que hubieran inquietado a las personas que tuvieran más experiencia que aquellos cinco viajeros.

—¡Lores, bajáes, techos de treinta mil francos! ¡Vamos! —exclamó el recadero de l'Isle-Adam—. Entonces, ¡hoy estoy llevando a unos soberanos! ¡Qué propinas!

—Sin contar que las plazas están pagadas —comentó Mistigris.

—Esto es a propósito para mí —repuso Pierrotin—; porque, tío Léger, vos sabéis lo de mi hermoso coche nuevo por el que he entregado dos mil francos de paga y señal... Pues bien, esos granujas de carroceros, a quienes mañana he de entregar dos mil quinientos francos, no han querido aceptar a cuenta una cantidad de mil quinientos francos y recibir de mí una letra de mil francos a dos meses... Esos sujetos lo quieren todo. Ser tan duro con un hombre establecido desde hace ocho años, con un padre de familia, y ponerle en peligro de perderlo todo, dinero y coche, si no encuentro un miserable billete de mil francos. ¡Arre, «Cervatilla»!

—No tenéis más que encontrar ochocientos francos —respondió el conde viendo en esta queja dirigida al tío Léger una especie de letra de cambio contra él.

—Es cierto —dijo Pierrotin—. ¡Arre, arre, «Colorado»!

—Debéis haber visto hermosos techos en Venecia —repuso el conde dirigiéndose

a Schinner.

—Yo estaba demasiado enamorado para reparar en lo que entonces me parecía que no era más que fruslerías —respondió Schinner—. Sin embargo, debería estar bien curado del amor, porque precisamente en los Estados Venecianos, en Dalmacia, he recibido una cruel lección.

—¿Es posible? —preguntó Jorge—. Conozco la Dalmacia.

—Bien, si habéis estado allá, debéis saber que en el fondo del Adriático abundan los viejos piratas, corsarios retirados de los negocios, cuando no han sido ahorcados, los...

—Los Uscoques, en fin —dijo Jorge.

Al oír la palabra adecuada, el conde, a quien Napoleón había enviado en otro tiempo a las Provincias Ilíricas, volvió la cabeza, tan sorprendido se quedó por ello.

—Es en esa ciudad en la que se hace el marrasquino —dijo Schinner, como si buscara un nombre.

—¡Zara! —dijo Jorge—. He estado allí; se encuentra en la costa.

—Eso es —dijo el pintor—. Yo iba allá para admirar el país, porque adoro el paisaje. Veinte veces he sentido el deseo de hacer paisaje, que nadie, según yo, comprende, a no ser Mistigris, que algún día continuará la obra de Hobbema, Ruysdaël, Claude Lorrain, Poussin y otros.

—Pero —exclamó el conde—, aunque no continuara más que la obra de uno solo de éstos, ya sería suficiente.

—Si seguís interrumpiendo, caballero —dijo Oscar—, no nos enteraremos de nada.

—No es de buena educación el cortar la palabra —dijo sentenciosamente Mistigris—. Pero todos nosotros hemos hecho lo mismo, y perderíamos mucho si no sembrásemos el discurso con pequeños comentarios. De modo que, continuad, simpático anciano.

—Me habían contado muchas maravillas de la Dalmacia —repuso Schinner—. Voy allá, pues, dejando a Mistigris en Venecia, en la fonda.

—En la *locanda* —repuso Mistigris.

—Zara es, como se dice, algo mezquino...

—Sí —dijo Jorge—, pero está fortificada.

—¡Diantre! —dijo Schinner—. Las fortificaciones desempeñan un gran papel en mi aventura. En Zara hay muchos boticarios, yo me alojo en casa de uno de ellos. En los países extranjeros, todo el mundo tiene como principal oficio el de alquilar habitaciones amuebladas, el otro es secundario. Por la noche, me asomo al balcón, después de haberme mudado de ropa blanca. Ahora bien, en el balcón de enfrente veo una mujer. ¡Oh, qué mujer! ¡Una griega! Con esto queda dicho todo. La criatura más hermosa de la ciudad: unos ojos rasgados como almendras, unos párpados que se cierran cual celosías y unas pestañas como pinceles; un rostro ovalado como para volver loco a Rafael; una tez de delicioso colorido..., unas manos... ¡Oh!...

—Que no eran de mantequilla, como las de la pintura de la escuela de David —dijo Mistigris.

—¡Eh! Siempre nos habláis de pintura —exclamó Jorge.

—Como os iba diciendo —prosiguió Schinner—, heme ahí abrasado por la pasión. Pregunto a mi Diafoirus, y él me dice que esa vecina se llama Zena. Me mudo de ropa blanca. Para casarse con Zena, el marido, viejo infame, ha dado trescientos mil francos a los padres. Tan célebre era la belleza de esa joven, realmente la más hermosa de toda la Dalmacia, la Iliria, el Adriático, etc. En ese país, uno compra la mujer, y sin ver...

—Yo no iré allá —dijo el tío Léger.

—Hay noches en las que mi sueño está iluminado por los ojos de Zena —repuso Schinner—. Su marido tenía sesenta y siete años. Pero era celoso, no como un tigre, porque dicen que los tigres son celosos como un dálmata, y mi hombre era peor que un dálmata: valía por tres dálmatas y medio. Era un uscoque, un tricoque, un archicoque en un bicoque. Después de haber sido corsario, quizá pirata, ese hombre se burlaba de matar un cristiano como yo de escupir en el suelo —añadió Schinner—. Por otra parte, el viejo imbécil era riquísimo, millonario. Y feo como un pirata, al que no sé qué bajá le había cortado las orejas y le había dejado un ojo no sé dónde... El uscoque se servía lindamente del que le quedaba, y os ruego que me creáis cuando os diga que tenía un ojo en todas partes. «Nunca, me dijo el pequeño Diafoirus, deja a su mujer a sol ni a sombra». «Si ella pudiera necesitar vuestros servicios —le respondí —, yo os sustituiría disfrazado; es un ardid que siempre tiene éxito en nuestras piezas de teatro». Sería prolijo describiros la época más deliciosa de mi vida, a saber, los tres días que pasé asomado a mi ventana, cambiando miradas con Zena y mudando de prendas interiores todas las mañanas. Ello era tanto más incitante, cuanto que los menores movimientos eran significativos y peligrosos. En fin, Zena consideró, sin duda, que un extranjero, un francés, un artista, era el único hombre del mundo capaz de alegrarle la vida en medio de los abismos que la rodeaban; y como ella aborrecía a su horrible pirata, correspondía a mis miradas con otras miradas capaces de elevar a un hombre al séptimo cielo. Yo llegaba ya a la altura de Don Quijote. ¡Me exalto, me exalto! En fin, exclamé: Bien, el viejo me matará, pero yo iré. Por la noche, después de haberme puesto mi ropa interior más perfumada, cruzo la calle y entro...

—¿En la casa? —dice Oscar.

—¿En la casa? —repite Jorge.

—En la casa —repitió también Schinner.

—Sois muy atrevido —exclamó el tío Léger—. Yo no habría ido...

—Vos no habríais podido pasar por la puerta —respondió Schinner—. Yo entro, pues —prosiguió—, y encuentro dos manos que me cogen las mías. No digo nada, porque esas manos, suaves como una piel de cebolla, me recomendaban silencio. Me soplan al oído en veneciano: «¡Está durmiendo!». Luego, cuando estamos seguros de que nadie puede encontrarnos, vamos los dos, Zena y yo, hacia las murallas, a pasear,

acompañados de una vieja dueña, fea como un portero viejo y que no nos quitaba el ojo de encima, sin que yo pudiera persuadir a la señora pirata de que abandonara esa absurda compañía. Al día siguiente, por la tarde, otra vez lo mismo; yo quería que despidiese a la vieja, pero Zena se resiste. Como mi amada hablaba griego y yo veneciano, no podíamos entendernos; por lo cual nos peleamos y nos separamos. Yo me dije mientras me mudaba de ropa interior: Por supuesto que la próxima vez no habrá ninguna vieja, y nos las arreglaremos cada cual en nuestra lengua materna... Bueno, la vieja me ha salvado. Hacía tan buen tiempo, que para no despertar sospechas, me fui a pasear, en cuanto nos hubimos reconciliado. Después de haber paseado un rato a lo largo de las murallas, vengo tranquilamente con las manos en los bolsillos, y veo la calle atestada de gente. ¡Una multitud! ¡Bah! Como para una ejecución. Esta muchedumbre se precipita hacia mí. Me cogen y me llevan a la policía. ¡No, no sabéis qué cosa es pasar por asesino a los ojos de un populacho desenfrenado, que os arroja piedras, que da alaridos contra vosotros en una calle principal de una pequeña ciudad, que os persigue con gritos de muerte!... ¡Ah! Todos los ojos son como otras tantas llamas, todas las bocas son una injuria, y estas antorchas de odio fulguran en medio de los espantosos gritos de: «¡Muera, muera el asesino!».

—¿De modo que gritaban en francés, esos dálmatas? —preguntóle el conde a Schinner—. Pues estáis contando esta escena como si acabaseis de vivirla ayer mismo.

Schinner quedose desconcertado.

—La revuelta habla en todas partes el mismo lenguaje —repuso el profundo político que era Mistigris.

—En fin —repuso Schinner—, cuando me encuentro en el Palacio de Justicia de la ciudad y en presencia de los magistrados del país, me entero de que el maldito corsario ha sido envenenado por Zena. Yo habría querido poder mudarme de ropa interior. Palabra de honor, yo no sabía nada de todo ese melodrama. Al parecer, la griega mezcló opio (¡hay tantas adormideras por allí, como dice el señor!) al grog del pirata, con objeto de robar un pequeño instante de libertad para irse a pasear, y el día antes, la desventurada se equivocó de dosis. La inmensa fortuna del condenado pirata ocasionaba toda la desgracia de mi Zena; pero ella explicó tan ingenuamente todas las cosas, que yo, de momento, a base de la declaración de la vieja, quedé libre de culpa, con una orden del alcalde y del comisario de policía austríaco de ir a Roma. Zena, que dejó que los herederos y la justicia se apoderasen de una gran parte de los bienes del uscoque, salió, según me dijeron, con dos años de reclusión en un convento, en el que aún ahora se encuentra. Iré a pintar su retrato, porque dentro de unos años todo quedará olvidado. He aquí las tonterías que se cometen a la edad de dieciocho años.

—Y a mí me dejasteis sin un céntimo en la *locanda* de Venecia —dijo Mistigris—. Fui de Venecia a Roma, pintando retratos a cinco francos la pieza, que no me pagaban, para encontraros.

—Ya podéis imaginaros los pensamientos que cruzaban por mi mente en una prisión dalmata, arrojado a ella sin protección, teniendo que responder a unos austríacos de Dalmacia, y amenazado con perder la cabeza por haberme paseado dos veces con una mujer obstinada en conservar la portera a su lado —dijo Schinner.

—¿Cómo os ocurrió tal cosa? —preguntó ingenuamente Oscar.

—¿Por qué no habría de ocurrirle al caballero, puesto que ya había sucedido una vez durante la ocupación francesa, en Iliria, a uno de nuestros más guapos oficiales de artillería? —dijo irónicamente el conde.

—¿Y habéis creído al artillero? —dijo también irónicamente Mistigris al conde.

—¿Y eso es todo? —preguntó Oscar.

—Bien —dijo Mistigris—. No puede deciros que le cortaron la cabeza.

—Caballero, ¿hay granjas en ese país? —preguntó el tío Léger—. ¿Cómo se cultivan los campos?

—Se cultiva el marrasquino —dijo Mistigris—. Una planta que llega a la altura de la boca y produce el licor de ese nombre.

—¡Ah! —dijo el tío Léger.

—Solamente me he quedado tres días en la ciudad y quince en la cárcel. No vi nada, ni siquiera los campos donde se cosecha el marrasquino —respondió Schinner.

—Se están burlando de vos —dijo Jorge al tío Léger—. El marrasquino viene en unas cajas.

El coche de Pierrotin bajaba entonces una de las vertientes del valle de Saint-Brice, para llegar a la posada situada en aquel lugar, donde se detenía cosa de una hora para que descansaran los caballos, comieran avena y pudiera abrevarles. Era entonces aproximadamente la una y media.

—¡Ah, es el tío Léger! —exclamó el posadero, en el momento en que el coche estuvo delante de la puerta—. ¿Desayunáis?

—Una vez todos los días —respondió el gordo granjero—. Vamos a tomar un bocado.

—Preparadnos algo para desayunar —dijo Jorge sosteniendo el bastón como si fuese una espada, en una forma caballeresca que excitó la admiración de Oscar.

Oscar se consumió de rabia al ver a aquel despreocupado aventurero sacar del bolsillo un estuche de paja, del que extrajo un cigarro rubio, que fumó en el umbral de la puerta mientras esperaba el desayuno.

—¿Fumáis? —dijo Jorge a Oscar.

—A veces —respondió el ex colegial, abombando su pequeño pecho y adoptando un aire de suficiencia.

Jorge presentó el estuche abierto a Oscar y a Schinner.

—¡Caramba! —dijo el gran pintor—. ¡Cigarros de seis sueldos!

—He aquí el resto de lo que he traído de España —dijo el aventurero—. ¿Desayunáis?

—No —dijo el artista—, me están esperando en el castillo. Además, ya he

tomado algo al partir.

—¿Y vos? —preguntó Jorge a Oscar.

—Ya he desayunado —dijo Oscar.

Oscar habría dado diez años de su vida por no verse en aquel apuro. Estornudaba, tosía, escupía y acogía el humo con muecas mal disimuladas.

—No sabéis fumar, ¿verdad? —le dijo Schinner.

Schinner, con el rostro inmóvil, aspiró el humo de su cigarro y lo devolvió por la nariz sin la más mínima contracción. Repitió la operación, guardó el humo en la garganta, quitose el cigarro de la boca y sopló con elegancia el humo.

—Así se hace, joven —dijo el gran pintor.

—Así se hace, joven, otro procedimiento —dijo Jorge imitando a Schinner, pero tragando todo el humo sin devolverlo.

—Y mis padres que creen haberme dado una buena educación —pensó el pobre Oscar, tratando de fumar con elegancia.

Experimentó tan fuertes náuseas, que se dejó arrebatar de buena gana el cigarro por Mistigris, que le dijo, fumándolo con placer evidente:

—¿No tenéis ninguna enfermedad contagiosa?

Oscar habría querido ser bastante fuerte para pegar un puñetazo a Mistigris.

—¡Cómo! —dijo señalando al coronel Jorge—. Ocho francos de vino de Alicante y talmusas, cuarenta sueldos de cigarros y ahora el desayuno, que va a costarle...

—Por lo menos diez francos —respondió Mistigris.

—¡Ah! Tío Léger, tomaremos una botella de vino de Burdeos —dijo entonces Jorge al granjero.

—¡Su desayuno va a costarle veinte francos! —exclamó Oscar—. Así, ahora ya serán treinta francos y pico.

Matado por el sentimiento de su inferioridad, Oscar se sentó en el guardacantón y perdióse en unos sueños que no le permitieron ver que su pantalón, debido a su posición, mostraba el punto de unión de la parte alta de unas medias viejas con un pie completamente nuevo, obra maestra de su madre.

—Somos hermanos a medias —dijo Mistigris levantando un poco el pantalón para mostrar un efecto del mismo género.

Esta broma hizo sonreír al señor de Sérisy, que permanecía con los brazos cruzados bajo la puerta cochera, detrás de los viajeros. Por muy locos que fueran aquellos jóvenes, el sesudo hombre de Estado envidiaba sus defectos, le gustaban sus jactancias, admiraba la vivacidad de sus ocurrencias.

—Bien, tendréis los Molineaux porque habéis ido a buscar escudos a París —decíale al tío Léger el posadero, que acababa de enseñarle en sus cuabras una jaca para vender—. Será muy divertido que le toméis el pelo a un par de Francia, a un ministro de Estado, al conde de Sérisy.

El viejo administrador no dejó traslucir nada en su rostro y volvióse para examinar al granjero.

—Está listo —respondió en voz baja el tío Léger al posadero.

—Mejor, me gusta ver a los nobles metidos en un aprieto... Y si necesitaseis una veintena de miles de francos, yo os los prestaría; pero, Francisco, el conductor de la Touchard de las seis, acaba de decirme que el señor Margueron estaba invitado por el conde de Sérisy a comer hoy mismo en Presles.

—Es el proyecto de Su Excelencia, pero nosotros también tenemos nuestros ardides —respondió el tío Léger.

—¡El conde colocará al hijo del señor Margueron, y vos no tenéis un cargo que ofrecer! —dijo el posadero al granjero.

—No, pero si el conde tiene a su favor a los ministros, yo tengo al rey Luis XVIII —dijo el tío Léger al oído del posadero—, y cuarenta mil de sus retratos dados al bueno del señor Moreau me permitirán comprar los Molineaux por doscientos sesenta mil francos antes que el señor de Sérisy, que estará muy satisfecho al comprar de nuevo la granja por trescientos sesenta mil francos, en lugar de ver que adjudican las parcelas de tierra una tras una.

—No está mal —dijo el posadero.

—¿Está bien arreglado el asunto? —preguntó el granjero.

—Después de todo —dijo el posadero—, para él la granja vale esto.

—Los Molineaux reportan hoy seis mil francos netos a su amo, y renovaré el arriendo a siete mil quinientos francos por dieciocho años. Así, es una inversión a más del dos y medio. Al señor conde no se le hará ningún robo. Para no perjudicar al señor Moreau, éste me propondrá como colono al conde, fingirá que procura por los intereses de su señor al encontrarle casi un tres por ciento de su dinero y un inquilino que pague bien...

—¿Qué obtendrá, en total, el tío Moreau?

—¡Hombre! Si el conde le da diez mil francos, tendrá de este negocio cincuenta mil francos; pero se los habrá ganado bien.

—Por otra parte, después de todo, el conde saca un buen partido de Presles. ¡Es tan rico! —dijo el posadero—. Yo nunca lo he visto.

—Ni yo tampoco —dijo el tío Léger—, pero acabará por vivir allí, de lo contrario no gastaría doscientos mil francos en restaurar el interior. Es un verdadero palacio real.

—Bueno —dijo el posadero—, ya era hora de que Moreau hiciera su agosto.

—Sí, porque una vez estén allí los dueños —dijo Léger— no pondrán sus ojos en los bolsillos.

El conde no perdía una sola palabra de esta conversación, sostenida en voz baja.

«Ya tengo, pues, aquí, las pruebas que iba a buscar allá —pensó mirando al grueso granjero, que volvía a entrar en la cocina—. A lo mejor sólo es un simple proyecto. Quizá Moreau no ha aceptado nada». Tanto le repugnaba aún creer que su administrador fuera capaz de participar en semejante conspiración.

Pierrotin vino a dar de beber a sus caballos. El conde creía que el conductor iba a

desayunar con el posadero y el colono, y lo que acababa de oír le hizo temer una indiscreción.

«Toda esa gente está entre sí de acuerdo contra nosotros —pensó—. Lo mejor es desbaratarles los planes».

—Pierrotin —dijo en voz baja al recadero, acercándose a él—. Te he prometido diez luises para que me guardases el secreto; pero si quieres seguir ocultando mi nombre (y yo sabré si no lo has pronunciado, ni hecho la menor señal que pueda revelarlo hasta esta tarde, sea quien sea, en cualquier parte, incluso en l'Isle-Adam), yo te daré mañana por la mañana, cuando pases, los mil francos para acabar de pagar tu nuevo coche. Así, para mayor seguridad —dijo el conde dando un golpecito en el hombro de Pierrotin, que se había puesto pálido de placer—, no desayunes; quédate junto a tus caballos.

—¡Os comprendo muy bien, señor conde! ¿Todo ello guarda relación con el tío Léger, no es cierto?

—Es con relación a todo el mundo —respondió el conde.

—Vamos —dijo Pierrotin entreabriendo la puerta de la cocina—. Llevamos retraso. Oíd, tío Léger, sabéis que hay que subir la cuesta; yo no tengo apetito; iré despacio y me alcanzaréis fácilmente. Os sentará bien caminar un poco.

—¿Estará enojado Pierrotin? —dijo el posadero—. ¿Es que no quieres venir a desayunar con nosotros? El coronel paga vino de cincuenta sueldos y una botella de Champaña.

—No puedo. Tengo un pescado que debe entregarse en Stors a las tres, para un banquete, y no se puede jugar con estas cosas.

—Bueno —dijo el tío Léger al posadero—, engancha a tu cabriolé ese caballo que quieres venderme, harás que alcancemos a Pierrotin, desayunaremos tranquilamente y yo juzgaré acerca del caballo. Cabremos tres en tu vieja carraca.

Con gran satisfacción de parte del conde, Pierrotin fue a embridar él mismo de nuevo a sus caballos. Schinner y Mistigris habían comenzado a caminar. Apenas Pierrotin, que hizo montar a los dos artistas, en mitad del camino de Saint-Brice a Poncelles, llegaba a una eminencia de la carretera, desde la cual se distingue Écouen, el campanario de Mesnil y los bosques que rodean todo un paisaje encantador, cuando el galope de un caballo que arrastraba todo un cabriolé con gran ruido de chatarra, anunció la llegada del tío Léger y del compañero de Mina, que se reintegraron al coche. Jorge, que no había cesado de hablar de la hermosura de la posadera de Saint-Brice con el tío Léger, exclamó:

—¿No está mal el paisaje, verdad, gran pintor?

—No debe sorprenderos, vos que habéis visto el Oriente y España.

—¡Y que todavía tengo dos cigarros! Si no molesta a nadie, ¿queréis terminarlos, Schinner? Porque el jovencito ha tenido suficiente con unas chupadas.

El tío Léger y el conde guardaron un silencio que pasó por ser una aprobación, y por ello los dos habladores callaron.

Oscar, irritado al oírse llamar hombrecito, dijo, mientras los dos jóvenes encendían sus cigarros:

—Si no he sido ayudante de campo de Mina, señor, si no he ido a Oriente, es posible que vaya algún día. La carrera a que mi familia me destina me ahorrará, así lo espero, la molestia de tener que viajar en *coucou*, cuando tenga vuestra edad. Después de haber sido un personaje, una vez en mi cargo, permaneceré en él...

—*Et caetera punctum!* —dijo Mistigris imitando la voz de gallito ronco que hacía aún más ridículo el discurso de Oscar, ya que el pobre niño se encontraba en el momento en que sale la barba, cuando la voz va asumiendo su carácter.

—¡A fe mía —dijo Schinner— que los caballos no podrán caminar con tanto «carga»!

—Vuestra familia, jovencito, piensa lanzaros a una carrera. ¿A cuál? —dijo muy serio Jorge.

—La de la diplomacia —respondió Oscar.

Tres carcajadas salieron como cohetes de la boca de Mistigris, del gran pintor y del tío Léger. El conde, por su parte, no pudo por menos de sonreír. Jorge conservó su sangre fría.

—No veo que haya en todo ello motivo de risa —dijo el coronel—, sólo que, jovencito —añadió dirigiéndose a Oscar, me parece que vuestra respetable madre no se encuentra en estos momentos en una posición social muy adecuada, que digamos, para una embajadora... Llevaba un cesto muy digno de estima y un agujero en los zapatos.

—¡Mi madre, caballero... —dijo Oscar con un movimiento de indignación—, para que lo sepáis, era camarera de palacio!...

—¡Caramba! —exclamó el conde interrumpiendo a Oscar.

Una mirada de Jorge reprimió las ganas de reír que se apoderó de todos. Hizo comprender de este modo al pintor y a Mistigris cuán necesario era administrar bien a Oscar para explotar aquella mina de diversión.

—Me felicito por haber viajado, sin duda, con tres hombres que son o serán famosos: un pintor ya ilustre —dijo el conde—, un futuro general y un joven diplomático que algún día devolverá Bélgica a Francia.

Después de haber cometido el crimen odioso de renegar de su madre, Oscar, furioso al adivinar cuánto se burlaban de él sus compañeros de viaje, decidió vencer su incredulidad a toda costa.

—No es oro todo lo que reluce —dijo lanzando chispas por los ojos.

—Vos iréis muy lejos, muchacho —dijo Jorge—, porque vuestra madre os ha dado provisiones como para un viaje de ultramar: galletas, chocolate...

—Sí, caballero —dijo Oscar—, una comida especial, porque mi estómago es demasiado delicado para digerir la bazofia de las fondas.

—Sois muy fino; sin duda debéis tener como preceptor a algún profesor célebre, el señor Andrieux de la Academia francesa, o al señor Royer-Collard —dijo

Schinner.

—Mi preceptor es el abate Loraux, hoy día vicario de San Sulpicio —repuso Oscar acordándose del nombre del confesor del colegio.

—Habéis hecho muy bien al haceros educar particularmente —dijo Mistigris—. Pero pensáis algún día recompensar a vuestro abate, ¿no es cierto?

—Por supuesto, algún día será obispo —dijo Oscar.

—Por el crédito de vuestra familia —repuso muy serio Jorge.

—Quizá contribuiremos nosotros a ello, porque el abate Frayssinous viene a menudo a casa.

—¡Ah! ¿Conocéis al abate Frayssinous? —preguntó el conde.

—Debe algunos favores a mi padre —respondió Oscar.

—¿Y vais, sin duda, a vuestras tierras? —dijo Jorge.

—No, señor; pero puedo decir que voy al castillo de Presles, a la casa del conde de Sérisy.

—¡Diantre! ¡Vais a Presles! —exclamó Schinner, volviéndose rojo como la grana.

—¿Conocéis a Su Señoría el conde de Sérisy? —inquirió Jorge.

El tío Léger volvióse para mirar a Oscar, y con aire estupefacto exclamó:

—¿El señor de Sérisy se encuentra acaso en Presles?

—Así parece, puesto que voy allá —respondió Oscar.

—¿Y habéis visto a menudo al conde? —preguntó el señor de Sérisy a Oscar.

—De la misma manera que os veo a vos —respondió Oscar—. Soy compañero de su hijo, que tiene aproximadamente la misma edad que yo, diecinueve años, y montamos juntos a caballo casi todos los días.

—A fe mía —dijo el conde a Oscar—, que estoy encantado de encontrar a un joven que pueda hablar con ese personaje. Tengo necesidad de su protección en un asunto bastante grave, y en el que no le costaría gran cosa ayudarme. Se trata de una reclamación cerca del gobierno americano. Me gustaría mucho tener algunos informes sobre el carácter del señor de Sérisy.

—¡Oh! Si queréis conseguir lo que deseáis —respondió Oscar asumiendo un aire malicioso—, no os dirijáis a él, sino a su mujer. Está locamente enamorado de ella, nadie mejor que yo sabe hasta qué extremo, y su mujer no puede aguantarle.

—¿Y por qué? —dijo Jorge.

—El conde tiene unas enfermedades en la piel que lo hacen muy feo, y que el doctor Alibert se esfuerza en vano por curar. Así, el señor de Sérisy daría la mitad de su inmensa fortuna por tener mi pecho —dijo Oscar abriendo su camisa y mostrando unas carnes tiernas como las de un niño—. Vive solo, retirado en su hotel. Por lo tanto es muy difícil llegar hasta él. Ante todo se levanta muy temprano, trabaja de las tres a las ocho; a partir de las ocho hace sus curas: baños de azufre o de vapor. Lo cuecen metido en una especie de caja de hierro, porque aún espera curarse.

—Si es tan amigo del rey, ¿por qué no se hace tocar por éste? —preguntó Jorge.

—El conde ha prometido treinta mil francos a un célebre médico escocés que lo

está tratando en estos momentos —prosiguió Oscar.

—Entonces, no podría censurársele a su mujer el que... —dijo Schinner, que no terminó la frase.

—Lo creo —dijo Oscar—. Ese hombre está tan achacoso, tan viejo, que le echaríais ochenta años de edad. Está seco como un pergamino, y para desgracia suya es consciente de la situación en que se encuentra... Además, adora a su mujer y no se atreve a regañarla. Representa con ella unas escenas como para morir de risa, exactamente como Arnolfo en la comedia de Molière.

El conde, aterrado, miraba a Pierrotin, el cual, viéndole impasible, imaginó que el hijo de la señora Clapart estaba diciendo calumnias.

—Así, caballero, si queréis tener éxito, debéis ver al marqués d'Aiglemont —dijo Oscar al conde—. Si tenéis de vuestra parte a ese viejo adorador de la señora, habréis conquistado a la vez a la mujer y al marido.

—¡Ah! —dijo el pintor—. ¿Habéis visto desnudo al conde es que sois su ayuda de cámara?

—¿Su ayuda de cámara? —exclamó Oscar.

—Hombre, esas cosas sobre los amigos no se dicen en un coche público —repuso Mistigris.

—Sabed, gran pintor —replicó Jorge sentenciosamente—, que no puede decirse nada malo de las personas desconocidas, y el pequeño acaba de demostrarnos que se sabe su Sérisy de memoria. Si nos hubiera hablado únicamente de la señora, habría podido creerse que estaba en buenas relaciones con...

—¡Ni una palabra más sobre la condesa de Sérisy, jóvenes! —exclamó el conde—. Soy amigo de su hermano, el marqués de Ronquerolles, y el que pusiera en duda el honor de la condesa tendría que responderme de sus palabras.

—Tiene razón —exclamó el pintor—, no hay que hablar mal de las mujeres.

—¡Dios, el Honor y las Damas! Ya he visto este melodrama —dijo Mistigris.

—Si no conozco a Mina, conozco al Guardasellos —dijo el conde mirando a Jorge—. Si no llevo mis condecoraciones —añadió mirando al pintor— puedo impedir que les sean concedidas a quienes no las merecen. En fin, conozco a tanta gente, que conozco al señor Grindot, el arquitecto de Presles... Deteneos, Pierrotin, que voy a apearne un instante.

Pierrotin llevó sus caballos hasta el extremo de la aldea de Moisselles, donde se encuentra un mesón en el que los viajeros hacen parada. Este trecho del camino se hizo en medio de un profundo silencio.

—¿Adónde va ese pequeño? —preguntó el conde, llevando a Pierrotin al patio de la posada.

—A la casa de vuestro administrador. Es el hijo de una pobre señora que vive en la calle de la Cerisaie, y a la que a menudo llevo fruta, caza, aves, una tal señora Husson.

—¿Quién es ese señor? —díjole el tío Léger a Pierrotin, cuando el conde se hubo

separado del recadero.

—A fe mía, que no sé nada —respondió Pierrotin—. Lo llevo por primera vez; pero podría ser algo así como el príncipe al que pertenece el castillo de Maffliers. Acaba de decirme que lo deje por el camino, porque no va a l'Isle-Adam.

—Pierrotin cree que es el burgués de Maffliers —dijo Jorge al tío Léger al volver a montar en el coche.

En aquel momento, los tres jóvenes, perplejos como ladrones sorprendidos en flagrante delito, no se atrevían a mirarse unos a otros, y parecían preocupados por las consecuencias de sus mentiras.

—Ya veis que conozco al conde —les dijo Oscar.

—Es posible; pero nunca seréis embajador —respondió Jorge—. Cuando se quiere hablar en los coches públicos, es preciso procurar, como yo, hablar sin decir nada.

El conde volvió entonces a ocupar su asiento y Pierrotin guardó el más absoluto silencio.

—Bueno, amigos míos —dijo el conde, cuando llegaron al bosque Carreau—, estamos mudos como si nos condujesen al cadalso.

—Hace un día muy bueno —dijo Jorge.

—¿Qué es aquello? —dijo Oscar señalando el castillo de Franconville.

—¡Cómo! —exclamó el conde—. ¿Vos que decís que vais tan a menudo a Presles y no conocéis Franconville?

—El señor conoce las personas y no los castillos —dijo Mistigris.

—Los aprendices de diplomáticos pueden muy bien tener distracciones —exclamó Jorge.

—¿Os acordáis de mi nombre? —respondió furioso Oscar—. Me llamo Oscar Husson, y dentro de diez años seré célebre.

Después de decir estas palabras jactanciosas, Oscar se acurrucó en un rincón.

—¿Husson de qué? —dijo Mistigris.

—Una gran familia —respondió el conde—. Los Husson de la Cerisaie; el señor nació en las gradas del trono imperial.

Oscar enrojeció entonces hasta la raíz de los cabellos y viose asaltado por una viva inquietud. El coche iba a bajar la rápida cuesta de La Cava, al final de la cual se encuentra, en un angosto valle, una vez pasado el gran bosque de San Martín, el magnífico castillo de Presles.

—Señores —dijo el conde—, os deseo mucha suerte en vuestras hermosas carreras. Procurad entenderos con el rey de Francia, señor coronel; los Czerny-Jorge no deben desdeñar a los Borbones. Nada tengo que pronosticaros a vos, señor Schinner; para vos, la gloria ya ha llegado y la habéis conquistado noblemente con admirables trabajos; pero sois tan de temer, que yo, que estoy casado, no me atrevería a ofreceros ninguno en mi casa. En cuanto al señor Husson, no tiene ninguna necesidad de protección; posee los secretos de los hombres de Estado; puede hacerlos

temblar. En cuanto al señor Léger, que va a desplumar al conde de Sérisy, sólo me resta rogarle que vaya allá bien decidido.

—Dejadme ahí, Pierrotin; vendréis a recogerme mañana —añadió el conde, que se apeó, abandonando a sus compañeros de ruta a su confusión.

—¡Oh! Es el conde que ha alquilado Franconville —dijo el tío Léger—. Sin duda va allá.

—Si otra vez me ocurre —dijo el falso Schinner— murmurar de alguien cuando voy en coche, me batiré conmigo mismo. También es tuya la culpa, Mistigris —añadió, dando a su aprendiz un golpecito en la gorra.

—¡Pobre de mí, que no he hecho más que seguiros a Venecia! —respondió Mistigris.

—Sabéis —dijo Jorge a su vecino Oscar— que si por casualidad se hubiera tratado del conde de Sérisy, yo no habría querido encontrarme en vuestra piel, aunque no esté enferma.

Oscar, acordándose de las recomendaciones que le había hecho su madre, palideció.

—Ya habéis llegado, caballeros —dijo Pierrotin, parando el coche junto a una hermosa verja.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntaron a la vez el pintor, Oscar y Jorge.

—¡Cómo! ¿Es que no vais todos al castillo de Presles? —dijo Pierrotin.

—¡Vaya con el amigo! —dijo Jorge recobrando su aplomo—. Yo voy a la granja de los Moulineaux —añadió, no queriendo que sus compañeros supieran que iba al castillo.

—Bueno, ¿entonces vais a mi casa? —dijo el tío Léger.

—¿Qué decís?

—Yo soy el colono de los Moulineaux. ¿Qué queréis, pues, de nosotros, coronel?

—Probar vuestra mantequilla —respondió Jorge cogiendo su cartera.

—Pierrotin —dijo Oscar—, llevad mis cosas a la casa del administrador. Voy directamente al castillo.

Dicho esto, Oscar echó por un sendero, sin saber adónde iba.

—¡Eh, señor embajador! —le gritó el tío Léger—. Por ahí iréis al bosque. Si queréis entrar en el castillo pasad por la puertecita.

Obligado a entrar, Oscar se perdió en el gran patio del castillo. Mientras el tío Léger examinaba a Oscar, Jorge, a quien la calidad de colono de los Moulineaux asumida por el gordo campesino había fulminado, huyó tan rápidamente que, en el preciso momento en que el hombre, intrigado, buscó a su coronel, ya no lo encontró. Al llamar Pierrotin, abrióse la verja y el recadero entró ufano para dejar en la portería los mil utensilios del gran pintor Schinner. Oscar quedose perplejo al ver a Mistigris y al artista, testigos de sus fanfarronadas, instalados en el castillo. En diez minutos, Pierrotin hubo terminado de descargar los paquetes del pintor, las cosas de Oscar Husson y la linda maleta de cuero que confió misteriosamente a la mujer del

conserje; luego volvió sobre sus pasos, haciendo restallar el látigo, y tomó de nuevo el camino del bosque de l'Isle-Adam, conservando en su rostro el aire socarrón de un campesino que calcula beneficios. Nada faltaba a su felicidad; al día siguiente tendría sus mil francos.

Oscar, apesadumbrado, pensaba qué sería de sus dos compañeros de ruta, cuando de pronto vio al señor Moreau que salía de la gran sala llamada de las guardias, en lo alto de la escalinata. Vestido con una gran levita azul que le caía sobre los talones, y con unos pantalones de cuero amarillento, el administrador tenía un látigo en la mano.

—Bien, muchacho, ¿ya estás aquí? ¿Cómo está tu mamá? —dijo cogiendo la mano de Oscar—. Buenos días, señores. Sin duda sois los pintores que el señor Grindot, el arquitecto, nos anunciaba —dijo al pintor y a Mistigris.

Silbó dos veces, valiéndose para ello del extremo del látigo. Vino el conserje.

—Acompañad a esos señores a las habitaciones 14 y 15. La señora Moreau os dará las llaves. Id con ellos para mostrarles el camino, encended fuego si hace falta esta noche y subidles sus efectos. Tengo la orden, caballeros —dijo dirigiéndose a los artistas—, de parte del conde, de ofreceros mi mesa. Comemos a las cinco, como en París. Si sois cazadores podréis divertirnos mucho, porque tengo un permiso de Aguas y Bosques; así, aquí se caza en doce mil arapendes de bosque, sin contar nuestra finca.

Oscar, el pintor y Mistigris, tan avergonzados los unos como los otros, cambiaron una mirada.

El pequeño Husson siguió al administrador, que lo llevó con paso rápido por el parque.

—Jaime —dijo a uno de sus hijos—, ve a avisar a tu madre de la llegada del pequeño Husson y dile que tengo que ir un instante a los Moulineaux.

De unos cincuenta años de edad, el administrador, hombre de estatura mediana y moreno, parecía muy severo. Su rostro bilioso, al que las costumbres del campo habían impreso colores violentos, hacía suponer, a primera vista, un carácter distinto al que poseía en realidad. Todo contribuía a este engaño. Sus cabellos eran entrecanos. Sus ojos azules y una gran nariz encorvada, le conferían un aire tanto más siniestro cuanto que sus ojos estaban bastante cerca de la nariz; pero sus grandes labios, el contorno de su rostro, la expresión de su semblante habrían ofrecido a un observador indicios de bondad. Lleno de decisión, con un modo de hablar brusco, impresionaba enormemente a Oscar por la fuerza de una penetración inspirada en el afecto que le profesaba. Acostumbrado por su madre a considerar muy grande al administrador, Oscar se sintió siempre pequeño en presencia de Moreau; pero al encontrarse en Presles, experimentó un movimiento de inquietud, como si hubiera de llegarle algún mal de parte de aquel paternal amigo, su único protector.

—Bien, Oscar, no pareces muy contento de estar aquí. Sin embargo, vas a divertirme; aprenderás a montar a caballo, a disparar el fusil, a cazar.

—No sé nada de todo eso —dijo ingenuamente Oscar.

—Pero yo te he llamado para enseñártelo.

—Mamá me ha dicho que no me quedase más de quince días, a causa de la señora Moreau...

—¡Ah, ya veremos! —respondió Moreau casi ofendido por el hecho de que Oscar pusiera en duda su poder conyugal.

El hijo menor de Moreau, niño de quince años, muy listo, se presentó.

—Mira —díjole su padre—, lleva a ese compañero a tu madre.

Y el administrador se fue rápidamente por el camino más corto a la casa del guarda, situada entre el parque y el bosque.

El pabellón dado como vivienda por el conde a su administrador había sido construido, unos años antes de la Revolución, por el contratista de las famosas tierras de Cassan, donde Bergeret, granjero general de colosal fortuna y que se hizo tan célebre, por su lujo, como los Bodard, los París, los Bouret, hizo jardines, construyó cartujas, pabellones chinos y otras ruinosas magnificencias.

Este pabellón, situado en medio de un gran jardín, uno de cuyos muros era medianero con el patio de las dependencias del castillo de Presles, tenía en otro tiempo su entrada en la calle mayor del pueblo. Después de haber comprado esta propiedad, el señor de Sérisy padre no tuvo más que mandar derribar el muro y condenar la puerta que daba al pueblo, para realizar la unión de aquel pabellón con sus dependencias. Al suprimir otro muro, aumentó su parque con todos los jardines que había adquirido el contratista. Este pabellón, construido con piedra de talla, se compone en la planta baja de un hermoso salón que comunicaba con un dormitorio y de un comedor acompañado de su sala de billar. Estos dos apartamentos paralelos están separados por una escalera delante de la cual una especie de peristilo, que sirve de antesala, tiene como decoración la puerta del salón y la del comedor, una frente a otra, las tres adornadas. La cocina se encuentra bajo el comedor, ya que se sube a ese pabellón por una escalinata de diez peldaños.

Al trasladar su habitación al primer piso, la señora Moreau había podido transformar en gabinete el antiguo dormitorio. El salón y este gabinete, ricamente amueblados con los bellos objetos escogidos en el viejo mobiliario del castillo, no habrían sido indignos del hotel de una mujer de moda. Tapizado de damasco azul y blanco, que en otro tiempo era la tela de un gran lecho de honor, este salón, cuyos muebles de vieja madera dorada estaban revestidos de la misma tela, ofrecía a la vista unos cortinajes muy holgados, forrados de tafetán blanco. Unos cuadros, unos bellos muebles modernos y hermosas lámparas, además de una antigua araña de cristales tallados, daban a esta pieza un aspecto grandioso. La alfombra era una antigua alfombra de Persia. El gabinete, enteramente moderno y del gusto de la señora Moreau, recordaba la forma de una tienda con sus cordones gruesos de seda azul sobre un fondo gris de lino. El clásico diván se encontraba allí con sus almohadones y sus cojines de los pies. El comedor y la sala de billar estaban amueblados en caoba.

Alrededor de su pabellón, la mujer del administrador había mandado construir un parterre cuidadosamente cultivado que se unía con el parque. Unos macizos de árboles exóticos ocultaban la vista de las dependencias. Para facilitar la entrada a su casa a las personas que iban a visitarla, la mujer del administrador había sustituido por una verja la antigua puerta condenada.

La dependencia en la que su cargo colocaba a los Moreau, quedaba, pues, hábilmente disimulada; y parecían gente rica que administraba por gusto la propiedad de un amigo, tanto más cuanto que ni el conde ni la condesa iban a humillar sus pretensiones; además, las concesiones hechas por el señor de Sérisy les permitían vivir en esta abundancia, el lujo del campo. Así, la leche, los huevos, la volatería, la caza, la fruta, el forraje, las flores, la leña, las legumbres, eran producidos en abundancia, por lo que el administrador y su mujer no tenían que comprar más que la carne de la carnicería, los vinos y los artículos coloniales exigidos por su vida principesca. La mujer encargada del corral amasaba el pan. En fin, desde hacía algunos años, Moreau pagaba a su carnicero con cerdos de su corral, guardando lo necesario para su consumo. Un día, la condesa, siempre muy bondadosa para con su antigua doncella, le dio, quizá como recuerdo, una pequeña calesa de viaje pasada de moda, que Moreau hizo repintar y en la que éste paseaba a su mujer, valiéndose de dos buenos caballos, por otro lado útiles para las faenas del parque. Además de estos caballos, el administrador tenía uno para montar. Trabajaba en el parque y cultivaba bastante terreno para alimentar a sus caballos y a sus criados; agavillaba allí trescientos millares de heno excelente y sólo contaba un centenar, valiéndose de un permiso que el conde le había concedido en una forma vaga. En lugar de consumirlo todo, vendía la mitad. Mantenía ampliamente su corral, su palomar, sus vacas, a expensas del parque; pero el estiércol de su cuadra servía a los jardineros del castillo. Cada uno de estos pequeños hurtos llevaba consigo su justificación. La señora era servida por la hija de uno de los jardineros, que era sucesivamente su doncella y su cocinera. Una muchacha del corral, encargada de la lechería, ayudaba igualmente en las tareas del hogar. Moreau había tomado a su servicio un soldado jubilado llamado Brochon, para vendar los caballos y realizar las tareas más rudas.

En Nerville, en Chauvry, en Beaumont, en Maffliers, en Prérailles, en Nointel, en todo lugar era recibida la hermosa administradora en casa de las personas que no conocían, o fingían no conocer, su primera condición. Por otra parte, Moreau prestaba servicios. Dispuso de su dueño para cosas que carecen de importancia en París, pero que son muy útiles en el campo. Después de haber hecho nombrar al juez de paz de Beaumont y el de l'Isle-Adam, aquel mismo año había impedido que fuera destituido un guarda general de bosques y obtenido la cruz de la Legión de Honor para el aposentador jefe de Beaumont. Así, nunca se hacía una fiesta sin que se invitara al señor y a la señora Moreau. El cura y el alcalde de Presles iban todas las noches a la casa de los Moreau a jugar. Resulta difícil no ser una persona amable y querida, después de haberse rodeado de tales comodidades.

Mujer linda y caprichosa como todas las camareras de gran dama que, una vez casadas, imitan a sus señoras, la administradora imponía en su región las nuevas modas; llevaba borceguíes muy caros y sólo iba a pie cuando hacía buen tiempo. Aunque su marido no le concediera más que quinientos francos para la *toilette*, esta suma es enorme en el campo, sobre todo cuando es bien empleada; así la administradora, rubia, lozana y hermosa, de unos treinta y seis años de edad, seguía siendo grácil y esbelta a pesar de sus tres hijos, representaba aún el papel de muchacha y se daba aires de princesa. Cuando la veían pasar en su calesa en dirección a Beaumont, si un forastero preguntaba: «¿Quién es?» la señora Moreau se ponía furiosa, si un hombre de la comarca contestaba: «Es la mujer del administrador de Presles». Le gustaba que la tomaran por la dueña del castillo. En los pueblos, complacía en proteger a la gente, como habría hecho una gran dama. La influencia de su marido sobre el conde, demostrada con tantas pruebas, impedía que la gente de las villas se burlase de la señora Moreau, que, a los ojos de los campesinos, parecía un personaje. Estela, pues así se llamaba, por otra parte, no intervenía en los asuntos de la administración, de la misma manera que una esposa de agente de cambio no interviene en los asuntos de la Bolsa; incluso dejaba a su marido las preocupaciones relativas al hogar, a la fortuna. Confiando *en sus medios*, distaba mucho de sospechar que aquella encantadora existencia, que duraba desde hacía diecisiete años, pudiera verse algún día amenazada; sin embargo, al enterarse de la decisión del conde concerniente a la restauración del magnífico castillo de Presles, había sentido atacada en todos sus goces, y había persuadido a su marido para que se entendiese con Léger, a fin de poder retirarse a l'Isle-Adam. Habría sufrido demasiado al hallarse en una dependencia casi doméstica con respecto a su antigua señora, que se habría burlado de ella al verla establecida en el pabellón como si imitase la existencia de una dama importante.

El motivo de la profunda enemistad que reinaba entre los Reybert y los Moreau procedía de una ofensa infligida por la señora de Reybert a la señora Moreau, a consecuencia de una primera ironía que se había permitido la señora del administrador cuando llegaron los Reybert, con objeto de no dejar que fuera cercenada su supremacía por una mujer cuyo apellido de soltera era de Corroy. La señora de Reybert recordó, o quizá reveló a toda la comarca, la primera condición de la señora Moreau. La palabra *¡camarera!* voló de boca en boca. Los envidiosos que los Moreau tenían sin duda en Beaumont, en l'Isle-Adam, en Mafíliers, en Champagne, en Nerville, en Chauvry, en Baillet, en Moisselles criticaron de un modo tan excelente, que más de una chispa de aquel incendio cayó sobre el hogar de los Moreau. Desde hacía cuatro años, los Reybert, excomulgados por la hermosa administradora, veíanse objeto de tanta animadversión de parte de los adeptos de Moreau, que su posición en el país no hubiera sido soportable sin la idea de venganza que les había sostenido hasta aquel día.

Los Moreau, que estaban en muy buenas relaciones con Grindot, el arquitecto,

habían sido prevenidos por éste de la próxima llegada de un pintor encargado de dar fin a las pinturas de adorno del castillo, cuyas telas principales acababan de ser ejecutadas por Schinner. El gran pintor había recomendado para los encuadres, arabescos y otros trabajos secundarios, al viajero que iba acompañado de Mistigris. Así, desde hacía dos días, la señora Moreau se hallaba en pie de guerra. Un artista que había de ser su comensal durante algunas semanas requería gastos. Schinner y su mujer habían tenido su apartamento en el castillo, donde, según las órdenes del conde, fueron tratados como Su Señoría misma. Grindot, comensal de los Moreau, testimoniaba tanto respeto al gran artista, que ni el administrador ni su esposa se habían atrevido a familiarizarse con Schinner. Por otra parte, los particulares más nobles y más ricos de los alrededores, habían agasajado a porfía al pintor y a su mujer, disputándose los. Así, muy satisfecha de tomarse en cierto modo el desquite, la señora Moreau prometíase agasajar al artista que estaba esperando, y presentarlo como de talento igual al de Schinner.

Aunque el día antes y el anterior se había puesto sendos vestidos hermosísimos, la bella administradora graduó demasiado sus recursos para no haberse reservado el vestido más elegante de todos, no dudando de que el artista iría a comer a su casa el sábado. Así, pues, se calzó unos borceguíes de piel bronceada y unas medias de hilo de Escocia. Un vestido rosa de mil rayas, un cinturón rosa con hebilla de oro ricamente cincelada, una crucecita de oro al cuello y unos brazaletes de terciopelo en los brazos (la señora de Sérisy tenía hermosos brazos y gustaba de exhibirlos) daban a la señora Moreau el aspecto de una elegante parisiense. Llevaba un magnífico sombrero de paja de Italia, adornado con un ramillete de rosas comprado en casa de Nattier, bajo las alas del cual brillaban los bucles de sus hermosos cabellos rubios. Después de haber encargado la comida más exquisita, habíase ido a pasear de forma que se encontrara delante del arriate de flores en el patio del castillo, como una gran dama. Sostenía por encima de su cabeza una deliciosa sombrilla rosa, con forro de seda blanca a franjas. Al ver a Pierrotin, que entregaba a la portera del castillo los extraños paquetes de Mistigris, sin que apareciera aún ningún viajero, Estela se marchó contrariada con el disgusto de haber hecho otra vez una *toilette* inútil. Semejante a la mayoría de las personas que se endomingan, sentíase incapaz de otra ocupación que la de haraganear en su salón en espera del coche de Beaumont, que pasaba una hora después del de Pierrotin, aunque no partiera de París más que a la una de la tarde, y volvió a entrar en su casa mientras los dos artistas estaban arreglándose. El joven pintor y Mistigris quedaron, en efecto, tan impresionados por las alabanzas que de la hermosa señora Moreau les hizo el jardinero, a quien pidieron informes, que uno y otro sintieron la necesidad de acicalarse hasta el máximo para presentarse al pabellón del administrador, adonde les llevó Jaime Moreau, el mayor de los hijos, un muchacho vestido a la inglesa, que vivía durante las vacaciones como pez en el agua en aquellas tierras en las que su madre reinaba como soberana absoluta.

—Mamá —dijo—, he aquí a los dos artistas enviados por el señor Schinner.

La señora Moreau, sorprendida muy agradablemente, se levantó, hizo que su hijo adelantara unas sillas y desplegó todos sus encantos.

—Mamá, el pequeño Husson está con mi padre —añadió el niño al oído de su madre, voy a buscarlo...

—No te des prisa, divertíos juntos —dijo la madre.

Estas palabras *no te des prisa*, hicieron comprender a los dos artistas la poca importancia que tenía su compañero de viaje; pero aparecían también en ellas los sentimientos de una madrastra para con su hijastro. En efecto, la señora Moreau, que, al cabo de diecisiete años de matrimonio, no podía ignorar el afecto que sentía el administrador por la señora Clapart y el pequeño Husson, odiaba a la madre y al hijo de un modo tan pronunciado, que se comprenderá por qué el administrador no se había atrevido aún a llamar a Oscar a Presles.

—Mi marido y yo tenemos el encargo —dijo a los dos artistas— de haceros los honores del castillo. Nos gustan mucho las artes, y sobre todo los artistas —añadió con coquetería—, y os suplico que os consideréis aquí como en vuestra casa. En el campo es preciso gozar de entera libertad, sin la cual todo resulta insípido. Ya hemos tenido en casa al señor Schinner...

Mistigris miró maliciosamente a su compañero.

—¿Lo conocéis, sin duda? —dijo Estela después de una pausa.

—¿Quién no lo conoce, señora? —respondió el pintor.

—Todo el mundo lo conoce —añadió Mistigris.

—El señor Grindot me ha dicho vuestro nombre —dijo la señora Moreau—, pero yo...

—José Bridau —respondió el pintor, excesivamente ocupado en saber con qué clase de mujer tenía que habérselas.

Mistigris empezaba a rebelarse interiormente contra el tono protector de la hermosa administradora, pero esperaba, lo mismo que Bridau, algún gesto, alguna palabra que lo iluminase, una de estas palabras que aquellos crueles observadores de los ridículos, pasto para sus lápices, captan con tanta presteza. Y ante todo, las manos y los pies grandes de Estela, hija de unos aldeanos de los alrededores de Saint-Lô, llamaron la atención de los dos artistas; luego, una o dos locuciones de camarera, unos giros en el hablar que desmentían la elegancia de su *toilette*, hicieron que el pintor y su discípulo reconociesen en seguida su presa; y con una sola mirada que cambiaron, convinieron ambos en tomar a Estela en serio, con objeto de pasar agradablemente el tiempo de su estancia allí.

—¿Os gustan las artes, quizá vos misma las cultiváis con éxito, no es cierto? —dijo José Bridau.

—No. Sin haber sido descuidada, mi educación ha sido puramente comercial; pero poseo un sentimiento tan profundo y tan delicado de las artes, que el señor Schinner me pedía siempre que fuera a darle mi opinión, cada vez que había terminado de pintar un trozo.

—De la misma manera que Molière consultaba a Laforêt —dijo Mistigris.

Sin saber que Laforêt fuese una sirvienta, la señora Moreou respondió con una actitud halagada que revelaba que, en su ignorancia, aceptaba aquellas palabras como un cumplido.

—¿Cómo no os ofreció comeros a vos? —dijo Bridau—. A los pintores les gustan mucho las personas guapas.

—¿Que queréis decir con esas palabras? —dijo la señora Moreau en cuyo rostro se pintó la cólera de una reina ofendida.

—En términos de estudio de pintor, se dice comer una cabeza el tomar un croquis de ella —dijo Mistigris con aire insinuante—, y nosotros no pedimos más que comer cabezas hermosas. De ahí la frase: «¡Es linda como para comerla!».

—Ignoraba el origen de esa expresión —respondió la señora Moreau, dirigiendo a Mistigris una mirada llena de dulzura.

—Mi discípulo, el señor León de Lora, revela grandes disposiciones para el retrato. Se consideraría muy dichoso, *bella dama*, de ofrecer un recuerdo de nuestro paso por aquí pintando vuestra encantadora cabeza.

José Bridau hizo una seña a Mistigris, como para decirle:

—Vamos, ¡aprovéchate! No está mal, esa mujer.

Al advertir esta mirada, León de Lora se deslizó hacia el canapé, al lado de Estela y le cogió una mano que ella se dejó coger.

—¡Oh! si para dar una sorpresa a *vuestro esposo*, señora, quisierais concederme algunas sesiones en secreto, trataría de superarme a mí mismo. ¡Sois tan hermosa, tan lozana, tan encantadora!... ¡Un hombre sin talento se convertiría en un genio si os tuviera por modelo! Encontraría en vuestros ojos tanta...

—Después pintaremos a vuestros hijos en los arabescos —dijo José

interrumpiendo a Mistigris.

—Preferiría tenerlos en mi salón; pero sería indiscreto —añadió mirando a Bridau con coquetería.

—La belleza, señora, es una soberana que los pintores adoran, y que tiene muchos derechos sobre ellos.

—Son muy simpáticos —pensó la señora Moreau, y luego dijo en voz alta—: ¿Os gusta pasear en calesa, por la tarde, después de comer, por los bosques?...

—¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!, ¡oh! —exclamó Mistigris a cada circunstancia y en tonos extáticos—. Presles debe ser el paraíso terrenal.

—Con una Eva, una mujer rubia, joven y encantadora —añadió Bridau.

En el momento en que la señora Moreau se deleitaba con estos halagos y planeaba en el séptimo cielo, la hicieron bajar inmediatamente, tal como con la cuerda se hace bajar rápidamente la cometa.

—¡Señora! —exclamó su doncella entrando como una bala.

—Rosalía, ¿qué es lo que puede autorizaros a entrar sin que se os llame?

Rosalía no hizo caso de estas palabras, y dijo al oído de su señora:

—El señor conde está en el castillo.

—¿Acaso pregunta por mí? —repuso la administradora.

—No, señora. Pero... pide su baúl y la llave de su apartamento.

—Que se lo den —dijo la señora Moreau con un gesto de humor para disimular su preocupación.

—Mamá, ¡aquí está Oscar Husson! —exclamó el más joven de sus hijos trayendo a Oscar que, rojo como una amapola, no se atrevió a dar un paso, al encontrar a los dos pintores vistiendo sus mejores galas.

—Ya estás por fin aquí, mi pequeño Oscar —dijo Estela—. Espero que irás a vestirme —añadió, después de haberlo examinado de pies a cabeza del modo más despectivo—. Creo que tu madre no te ha acostumbrado a comer en compañía, viendo tu facha.

—¡Oh! —dijo el cruel Mistigris— un futuro diplomático debe cuidar mejor de su aspecto personal.

—¿Un futuro diplomático? —exclamó la señora Moreau.

Al oír esto, al pobre Oscar se le llenaron los ojos de lágrimas mirando sucesivamente a José y a León.

—Se trata de una broma hecha durante el viaje —respondió José, que por compasión quiso ayudar a Oscar a salir de aquel mal paso.

—El pequeño ha querido reír con nosotros —dijo el cruel Mistigris—, y ahora está haciendo el ridículo.

—Señora —dijo Rosalía volviendo a la puerta de su salón—, Su Excelencia ordena una comida para ocho personas y quiere que se sirva a las seis. ¿Qué hacer?

Durante la conversación de Estela con su doncella, los dos artistas y Oscar cambiaron unas miradas en las que se pintaron horribles aprensiones.

—¿Su Excelencia?, ¿quién? —dijo José Bridau.

—Pues el señor conde de Sérisy —respondió el pequeño Moreau.

—¿Se hallaba, por casualidad, en el *coucou*? —dijo León de Lora.

—¡Oh! —dijo Oscar—, el conde de Sérisy no puede viajar más que en un coche de cuatro caballos.

—¿Cómo ha llegado el señor conde de Sérisy? —preguntóle el pintor a la señora Moreau cuando ella volvió a sentarse, bastante mortificada.

—No sé nada —dijo—, no me explico la llegada de Su Señoría, ni lo que viene a hacer aquí. ¡Y Moreau está ausente!

—Su Excelencia ruega al señor Schinner que pase al castillo —dijo un jardinero dirigiéndose a José—, y le ruega también que le conceda el placer de comer con él, así como al señor Mistigris.

—¡Estamos listos! —dijo riendo el aprendiz—. Aquel que habíamos tomado por un burgués en el coche de Pierrotin era el conde.

Oscar transformose casi en estatua de sal; porque, ante esta revelación, sintió su garganta más salada que el mar.

—Y vos que le habéis hablado de los adoradores de su mujer y de su enfermedad secreta —dijo Mistigris a Oscar.

—¿Qué queréis decir? —exclamó la esposa del administrador, mirando a los dos artistas, que se marcharon riéndose de la cara que ponía Oscar.

Oscar permaneció mudo, fulminado, estupefacto, sin oír nada, aunque la señora Moreau lo interrogase y lo sacudiese violentamente por el brazo que le había cogido y que apretaba con fuerza; pero viose obligada a dejar a Oscar en su salón sin haber obtenido respuesta, ya que Rosalía la llamó de nuevo para que le diera ropa blanca, vajilla de plata, y para que atendiera ella misma a la ejecución de las órdenes múltiples que daba el conde. Los criados, los jardineros, el conserje y su mujer, todo el mundo iba y venía en una confusión fácil de concebir. El dueño había caído en su casa como un rayo. Desde lo alto de La Cave, el conde había llegado, en efecto, por un sendero que él conocía, la casa de su guardabosque y llegó a ella mucho antes que Moreau. El guarda quedó estupefacto al ver al verdadero dueño.

—¿Está ahí Moreau, puesto que veo su caballo? —preguntó el señor de Sérisy.

—No, señor, pero como debe ir a los Mouligneaux antes de comer, ha dejado su caballo aquí mientras él se iba a dar algunas órdenes al castillo.

El guarda ignoraba el alcance de esta respuesta, que, en las circunstancias presentes, a los ojos de un hombre perspicaz, equivalía a una certeza.

—Si quieres conservar tu empleo —díjole el conde a su guarda—, debes ir a galope a Beaumont en ese caballo y entregarás al señor Margueron la carta que voy a escribir.

El conde entró en el pabellón, escribió unas palabras, dobló el papel de modo que fuera imposible desplegarlo sin que se advirtiera, y lo entregó a su guarda, tan pronto como lo vio a caballo.

—Ni una palabra a nadie —le dijo—. En cuanto a vos, señora —añadió dirigiéndose a la mujer del guarda, si Moreau se extraña al no encontrar el caballo, le diréis que lo he cogido yo.

Y el conde se lanzó hacia su parque, cuya verja le fue abierta tan pronto como hizo un gesto. Por muy bregado que un hombre sea a los lances de la política, a sus emociones, a sus desengaños, el alma de un hombre lo suficientemente fuerte para amar todavía a la edad en que se encontraba el conde, resulta siempre joven para la traición. Tanto le costaba al señor de Sérisy verse engañado por Moreau, que en Sain-Brice lo creyó menos el colaborador de Léger y del notario que arrastrado por ellos. Así, en el umbral de la posada, durante la conversación que sostuvo el tío Léger con el posadero, pensaba aún perdonar a su administrador, después de haberle dado una fuerte reprimenda. ¡Cosa extraña! La felonía de su hombre de confianza no le ocupaba la mente más que como un episodio, desde el momento en que Oscar había revelado las gloriosas debilidades del trabajador intrépido, del administrador napoleónico. Unos secretos tan bien guardados no podían haber sido traicionados más que por Moreau, que sin duda se había burlado de su bienhechor con la antigua camarera de la señora de Sérisy o con la antigua Aspasia del Directorio. Por el camino, aquel par de Francia, aquel ministro había llorado como llora un muchacho. ¡Había llorado sus últimas lágrimas! Todos los sentimientos humanos le fueron atacados a la vez, tan intensamente que aquel hombre siempre sereno caminaba por su parque como una fiera herida.

Cuando Moreau preguntó por su caballo y la mujer del guarda le contestó:

—El señor conde acaba de llevárselo.

—¿El señor conde? —exclamó.

—Sí, el señor conde de Sérisy, nuestro dueño —dijo la mujer—. Quizás esté en el castillo —añadió para desembarazarse del administrador, el cual, no comprendiendo nada de lo que ocurría, regresó al castillo a toda prisa.

Moreau volvió pronto sobre sus pasos para interrogar a la mujer del guarda, porque acababa de descubrir que había algo grave en la llegada secreta y en el modo extraño como se comportaba su dueño. La mujer del guarda, asustada al verse como apresada entre el conde y el administrador, había cerrado el pabellón y se refugió en él, resuelta a no abrir a nadie más que a su marido. Moreau, cada vez más inquieto, fue corriendo a la portería, donde enterose de que el conde estaba vistiéndose. Rosalía, a la que el administrador encontró, le dijo:

—Hay siete personas invitadas a comer con Su Señoría...

Moreau se dirigió hacia su pabellón y vio entonces a su moza de corral disputando con un apuesto joven.

—El señor conde ha dicho el ayudante de campo de Mina, un coronel —exclamó la pobre muchacha.

—Yo no soy coronel —respondía Jorge.

—Bien, ¿os llamáis Jorge?

—¿Qué ocurre? —dijo el administrador interviniendo.

—Señor, me llamo Jorge Marest, soy hijo de un rico quincallero al por mayor de la calle Saint-Martin, y vengo por un asunto a la casa del señor conde de Sérisy, de parte del señor Crottat, notario, de quien soy segundo pasante.

—Y yo le repito al señor que el señor conde acaba de decirme: «Va a presentarse un coronel llamado Czerni-Jorge, ayudante de campo de Mina, que ha llegado en el coche de Pierrotin; si pregunta por mí, hacerlo pasar a la sala de espera».

—No hay que jugar con Su Señoría —dijo el administrador—, id señor. Pero ¿cómo ha podido Su Señoría venir sin haberme avisado de su llegada? ¿Cómo ha podido saber el señor conde que vos habías venido en el coche de Pierrotin?

—Evidentemente —dijo el pasante—, el conde es el viajero que, sin la amabilidad de un joven, iba a viajar como conejo en el coche de Pierrotin.

—¿Cómo conejo, en el coche de Pierrotin?... —exclamaron el administrador y la moza de corral.

—Estoy seguro, precisamente debido a lo que me dijo esa muchacha —repuso Jorge Marest.

—Y ¿cómo? —preguntó Moreau.

—Para engañar a los viajeros —dijo el pasante—, les he contado una sarta de embustes sobre Egipto, Grecia y España. Yo llevaba espuelas y me he hecho pasar por coronel de caballería, una historia realmente muy divertida.

—Veamos —dijo Moreau—. ¿Cómo es el viajero que, según vos, sería el señor conde?

—Pues —dijo Jorge—, tiene la cara como un ladrillo, los cabellos completamente blancos y las cejas negras.

—¡Es él!

—¡Estoy perdido! —dijo Jorge Marest.

—¿Por qué?

—Porque me he burlado de sus condecoraciones.

—¡Bah! es buen muchacho, le habréis divertido. Venid en seguida al castillo —dijo Moreau—, yo subo a ver a Su Señoría. ¿Dónde os ha dejado, pues, el señor conde?

—En lo alto de la montaña.

—Yo no comprendo nada —exclamó Moreau.

—Después de todo, aunque le he tomado un poco el pelo, no le he ofendido —dijose el pasante.

—¿Y para qué venís? —preguntó el administrador.

—Traigo preparado el contrato de venta de la granja de los Moulineaux.

—¡Dios mío! —exclamó el administrador— sigo sin comprender nada.

Moreau sintió que su corazón palpitaba con violencia, cuando, después de haber dado dos golpes a la puerta de su señor, oyó decir:

—¿Sois vos, señor Moreau?

—Sí, señor.

—Entrad.

El conde se había puesto un pantalón blanco y botas finas, un chaleco y un traje negro sobre el cual brillaba, a la derecha la placa de la Gran Cruz de la Legión de Honor; a la izquierda, pendía de un ojal el Toisón de Oro al extremo de una cadena de oro. El cordón azul destacaba intensamente sobre el chaleco. Él mismo se había peinado, y sin duda se arregló de tal forma para hacer a Margueron los honores de Presles, y quizá para deslumbrar a aquel hombre con los prestigios de la grandeza.

—Bien, señor —dijo el conde permaneciendo sentado y dejando a Moreau de pie—, ¿no podemos llegar a un acuerdo con Margueron?

—En este momento, vendería su granja demasiado cara.

—¿Pero, por qué no vendrá? —dijo el conde fingiendo estar distraído.

—Está enfermo, señor...

—¿Estáis seguro?

—He ido...

—Señor —dijo el conde asumiendo un aire tan severo que resultó terrible—, ¿qué le haríais a un hombre de confianza que os viera curar una enfermedad que vos quisierais tener secreta, si fuera a reírse de ella en casa de una golfa?

—Lo moleería a golpes.

—¿Y si, además de ello, vierais que abusa de vuestra confianza y os roba?

—Trataría de sorprenderlo y lo enviaría a galeras.

—Escuchad, *señor* Moreau. Sin duda habéis hablado de mis enfermedades en casa de la señora Clapart, y os habéis reído en casa de ella, con ella, de mi amor por la condesa de Sérisy, porque el pequeño Husson instruí a de un sinfín de circunstancias relativas a mi vida a los viajeros de un coche público, esta mañana, en mi presencia, ¡y Dios sabe en qué lenguaje! Se atrevía a calumniar a mi mujer. En fin, me he enterado por la propia boca del tío Léger, que volvía de París en el coche de Pierrotin, del plan fraguado por el notario de Beaumont, por vos y por él, concerniente a los Moulineaux. Si habéis ido a la casa del señor Margueron, ha sido para decirle que se fingiera enfermo; está tan poco enfermo, que lo espero a comer, y va a venir. Bien, señor, os perdonaría el que tuvieseis doscientos cincuenta mil francos de fortuna, ganados en diecisiete años... Comprendo eso. Si cada vez me hubieseis pedido lo que me cogíais, o lo que se os ofrecía, yo os lo habría dado: sois padre de familia. Habéis sido, en vuestra falta de delicadeza, mejor que otro, creo. Pero vos que sabéis lo que he hecho por el país, por Francia, vos que me habéis visto pasar centenares de noches para el Emperador, o trabajando dieciocho horas al día durante trimestres enteros, vos que sabéis cuánto amo a la señora de Sérisy, haber chismorreado sobre esto delante de un niño, haber entregado mis secretos, mis sentimientos a la risa de una señora Husson...

—Señor...

—Es imperdonable. Herir a un hombre en sus intereses, no es nada; ¿pero atacarle

en su corazón?... ¡Oh!, ¡no sabéis lo que habéis hecho! —El conde hundió la cabeza entre las manos y permaneció un instante en silencio—. Os dejo lo que tenéis —prosiguió— y os olvidaré. Por dignidad, para mí, para vuestro propio honor, nos separaremos decentemente, porque me acuerdo en este momento de lo que vuestro padre ha hecho para el mío. Ya os entenderéis con el señor de Reybert, que os sucederá. Permaneced tranquilo, como yo. No os ofrezcáis como espectáculo a los tontos. Sobre todo, nada de embrollos. Si ya no tenéis mi confianza, tratad de conservar el decoro de las personas ricas. En cuanto a ese pequeño impertinente que ha estado a punto de matarme, ¡que no pase la noche en Presles! Llevadlo a la posada, no respondería de mi cólera, si lo viera.

—Yo no merecía tanta clemencia, señor —dijo Moreau con los ojos llenos de lágrimas. Sí, si de haber carecido totalmente de escrúpulos, ahora tendría quinientos mil francos; por otra parte, os propongo daros cuenta detallada de mi fortuna. Pero permitidme que os diga, señor, que al hablar de vos con la señora Clapart, no fue nunca riéndome de vos, al contrario, lo hice para deplorar vuestro estado, y para preguntarle si conocía algunos remedios desconocidos de los médicos y que practican la gente del pueblo... He hablado de vuestros sentimientos delante del niño cuando éste dormía (nos estaba escuchando, por lo visto), pero fue siempre en términos llenos de afecto y de respeto. La desgracia quiere que las indiscreciones se castiguen como crímenes. Pero al aceptar las consecuencias de vuestra justa cólera, sabed, por lo menos cómo han sucedido las cosas. ¡Ah! fue de corazón a corazón que hablé de vos con la señora Clapart. En fin, podéis interrogar a mi mujer, nunca hemos hablado entre nosotros de esas cosas...

—Basta —dijo el conde cuya convicción era completa—, ya no somos niños, todo es irrevocable. Id a poner en orden vuestros asuntos y los míos. Podéis quedaros en el pabellón hasta el mes de octubre. El señor y la señora de Reybert se alojarán en el castillo; sobre todo, tratad de vivir con ellos como personas normales, que se odian, pero que guardan las apariencias.

El conde y Moreau descendieron, Moreau blanco como los cabellos del conde, el conde tranquilo y digno.

Durante esta escena, el coche de Beaumont que parte de París a la una, habíase detenido junto a la verja y descendía el señor Crottat, quien, según la orden dada por el conde, aguardaba en el salón, donde encontró a su pasante, muy apesadumbrado, en compañía de los dos pintores. El señor de Reybert, hombre de cincuenta años de edad y cara de pocos amigos, había venido acompañado del viejo Margueron y del notario de Beaumont, que llevaba en las manos un legajo de actas y títulos. Cuando todas estas personas vieron aparecer al conde con su traje de hombre de Estado, Jorge Marest tuvo un ligero movimiento de cólera, José Bridau se estremeció; pero Mistigris, que llevaba el traje de los domingos y que, por otra parte, no tenía nada que reprocharse, dijo en voz bastante alta:

—¡Bueno, así está muchísimo mejor!

—¡Pequeño mocoso! —dijo el conde arrastrándole por la oreja hacia sí—, vos y yo formamos la decoración. ¿Habéis reconocido vuestra obra, querido Schinner? —añadió el conde mostrando el techo al artista.

—Señor —respondió el artista—, hice mal al arrogarme, por jactancia, un apellido célebre; pero esto me obliga a realizar para vos, esta jornada, bellos trabajos y a dar lustre al apellido de José Bridau.

—Vos me habéis defendido —dijo vivamente el conde— y espero que me concederéis el placer de comer conmigo, así como vuestro ingenioso Mistigris.

—Vuestra Señoría no sabe a lo que se expone —dijo el desvergonzado alumno de pintura.

—¡Bridau! —exclamó el ministro— ¿acaso sois pariente de uno de los más entusiastas colaboradores del Imperio, un Jefe de División que sucumbió víctima de su celo?

—Su hijo, señor —respondió José inclinándose.

—Sed bien venido en esta casa —dijo el conde tomando la mano del pintor entre las suyas—, yo conocí a vuestro padre, y vos podéis contar conmigo como con un... tío de América —añadió el señor de Sérisy sonriendo—. Pero sois demasiado joven para tener discípulos, ¿de quién es, pues, Mistigris?

—De mi amigo Schinner, que me lo ha prestado —respondió José—. Mistigris se llama León de Lora. Señor, si os acordáis de mi padre, dignaos pensar en aquel de sus hijos que se halla acusado de complot contra el Estado y citado ante la Corte de los pares...

—¡Ah!, es verdad —dijo el conde—, pensaré con ello, creedlo. En cuanto al príncipe Czerni-Jorge, el amigo de Alí Pachá, el ayuda de campo de Mina —dijo el conde dirigiéndose hacia Jorge.

—¿Ése?... mi segundo pasante —exclamó Crottat.

—Estáis en un error, señor Crottat —dijo el conde con aire severo—. Un pasante que quiere un día llegar a ser notario, no deja documentos importantes en las diligencias a merced de los viajeros. ¡Un pasante que quiere ser notario no gasta veinte francos entre París y Moisselles! Un pasante que quiere ser notario no se expone a ser detenido como tráfuga...

—Señor —dijo Jorge Marest—, yo he podido divertirme engañando a unos burgueses durante un viaje; pero...

—Dejad que hable Su Excelencia —le dijo su patrón dándole un codazo en el costado.

—Un notario debe tener desde joven discreción, prudencia, tacto, y no confundir un ministro de Estado con un fabricante de bujías...

—Admito mis faltas, pero no he dejado mis actas a la merced de... —dijo Jorge.

—En este momento estáis cometiendo la falta de dar un mentís a un ministro de Estado, a un par de Francia, a un gentilhombre, a un anciano, a un cliente. Buscad vuestro proyecto de venta.

El pasante miró en sus papeles de la cartera.

—No pongáis en desorden vuestros papeles —dijo el ministro de Estado sacando el acta de su bolsillo; ahí tenéis lo que buscáis.

Crottat dio vuelta tres veces al documento en sus manos, tan sorprendido se había quedado de haberlo recibido de manos de su noble cliente.

—¿Cómo, señor?... —dijo finalmente el notario a Jorge.

—Si yo no lo hubiese cogido —repuso el conde—, el tío Léger, que no es tan tonto como creéis, según sus preguntas sobre agricultura, ya que os demostraba que hay que pensar siempre en el propio oficio, el tío Léger habría podido apoderarse de este papel y adivinar mi proyecto... Me daréis el placer de comer conmigo, pero con la condición de que nos acabéis de servir las memorias de algún cliente que sin duda habéis leído delante del público.

—Señores —dijo el conde al notario de Beaumont, a Crottat, a los señores Margueron y de Reybert—, pasemos al otro lado, no nos sentemos a la mesa sin haber concluido este asunto.

—Es un buen muchacho —dijo León de Lora a Jorge Marest.

—Sí, pero mi patrón no lo es, y me dirá que vaya a tomar el pelo a otra parte.

—Bueno, ya os gusta viajar —dijo Bridau.

—¿Qué le va a ocurrir al pequeño? —exclamó León de Lora.

—Es un imbécil —dijo Jorge—, de no haber sido por él, el conde se habría divertido. Pero lo mismo da, y si alguna vez he de hablar en un coche...

Mientras el señor Margueron y el conde de Sérisy trataban de sus asuntos, asistidos por sus respectivos notarios y en presencia del señor de Reybert, el ex administrador había ido con paso lento a su pabellón. Entró en éste sin ver nada y sentose en el canapé del salón, donde el pequeño Husson se había acomodado en un rincón, lejos de su vista, porque la cara lívida del protector de su madre lo asustó.

—Bueno, amigo mío —dijo Estela, entrando bastante fatigada por todas las cosas que acababa de hacer—, ¿qué te ocurre?

—Querida, estamos perdidos, y perdidos sin remedio. Ya no soy administrador de Presles. Ya no tengo la confianza del conde.

—¿Y cómo ha sido eso?

—El tío Léger, que se hallaba en el coche de Pierrotin, le ha puesto al corriente del asunto de los Moulineaux; pero no ha sido eso lo que me ha enajenado su protección...

—¿Ah, no?

—Oscar ha hablado mal de la condesa y ha revelado las enfermedades del señor...

—¿Oscar?... —exclamó la señora Moreau—. Has sido castigado, cariño, por donde pecaste. ¿Valía la pena alimentar a esa serpiente en tu seno?... Cuántas veces te dije...

—¡Basta! —dijo Moreau con voz alterada.

En aquel momento, Estela y su marido descubrieron a Oscar acurrucado en un rincón. Moreau se arrojó hacia la desdichada criatura como un milano sobre su presa, lo agarró por el cuello de su pequeña levita y lo llevó junto a una ventana.

—Habla, ¿qué le dijiste al señor en el coche? ¿Qué demonio te desató la lengua, tú que permaneces como un estúpido cada vez que te hago una pregunta? ¿Qué era lo que te proponías? —díjole el administrador con espantosa violencia.

Demasiado desconcertado para poder llorar, Oscar guardó silencio permaneciendo inmóvil como una estatua.

—Ven a pedirle perdón a Su Excelencia —dijo Moreau.

Oscar desplomose como una masa inerte y cayó al suelo.

—¿Quieres venir? —dijo Moreau, cuya cólera se encendió al máximo.

—¡No!, ¡no!, ¡por favor! —exclamó Oscar, que no quiso someterse a un suplicio que para él era peor que la muerte.

Moreau cogió entonces a Oscar por el vestido, lo arrastró como un cadáver a través de los pasillos que el niño llenó con sus gritos, con sus sollozos; lo arrastró por la escalinata; y con un brazo animado por la rabia, lo arrojó dentro del salón a los pies del conde, que acababa de dar fin a la adquisición de los Moulineaux y que entonces se dirigía al comedor con todos sus acompañantes.

—¡De rodillas! ¡De rodillas! ¡Desgraciado! ¡Pídele perdón al que te ha dado el pan del alma al conseguir para ti una beca en el colegio! —gritaba Moreau.

Oscar, con el rostro en el suelo, tenía la boca llena de espuma, sin decir una palabra. Todos los espectadores temblaban. Moreau, que ya no podía dominarse, presentaba un rostro inyectado en sangre.

—Ese joven no es más que vanidad —dijo el conde después de haber esperado en vano las excusas de Oscar—. Un orgulloso se humilla, porque en ciertas humillaciones hay grandeza. Temo que no hagáis nunca nada de ese muchacho.

Y el ministro de Estado se alejó. Moreau volvió a coger a Oscar y se lo llevó. Mientras enganchaban los caballos a la calesa, escribió la siguiente carta a la señora Clapart:

Querida mía: Oscar acaba de arruinarme. Durante su viaje en el coche de Pierrotin, esta mañana, habló de las ligerezas de la señora condesa a Su Excelencia en persona, porque el conde viajaba de incógnito, y le ha dicho a él mismo sus secretos sobre la terrible enfermedad que ha contraído pasando tantas noches de trabajo en sus diversas funciones. Después de haberme destituido, el conde me ha ordenado que no dejase dormir a Oscar en Presles, y que lo despidiese. Así, para obedecerle, en este momento hago enganchar mis caballos a la calesa de mi mujer, y Brochon, mi mozo de cuadra, va a devolveros ese pequeño miserable. Nos encontramos, mi mujer y yo, en una desolación que podéis fácilmente concebir, pero que renuncio a describiros. Dentro de unos días iré a veros, porque es preciso que tome una decisión. Tengo tres hijos, debo

pensar en el porvenir, y no sé todavía lo que he de hacer, aunque tengo la intención de demostrarle al conde lo que valen diecisiete años de la vida de un hombre como yo. Dueño de doscientos mil francos, quiero llegar a poseer una fortuna que me permita algún día ser igual que Su Excelencia. En este momento me siento capaz de levantar montañas, de vencer dificultades insuperables. ¿Qué mejor palanca que una escena de tales humillaciones?... ¿Qué sangre tiene Oscar en las venas?, no puedo en modo alguno hablaros bien de él, se está comportando como un estúpido; en el momento en que os escribo, todavía no ha podido pronunciar una palabra, ni contestar a las preguntas de mi mujer o más... ¿Va a volverse imbécil o lo es ya? Amiga mía, ¿es que antes de partir no le distéis ningún consejo? ¡Cuántas desgracias no me hubieseis evitado, si lo hubierais acompañado como yo os había pedido! Si Estela os daba miedo, habríais podido quedaros en Moisselles. En fin, ya está dicho todo. Adiós, hasta pronto.

Vuestro servidor y amigo,
Moreau.

A las ocho de la tarde, la señora Clapart, que había regresado de un pequeño paseo con su marido, se hallaba haciendo unas medias de invierno para Oscar, a la luz de una sola bujía. El señor Clapart esperaba a uno de sus amigos, llamado Poiret, que a veces iba a jugar con él su partida de dominó, porque nunca se atrevía a pasar la velada en un café. A pesar de la prudencia que le venía impuesta por la mediocridad de su fortuna, Clapart no habría podido responder con moderación ante los artículos de consumo y en presencia de los contertulios, cuyas burlas le habrían mortificado.

—Temo que Poiret haya venido —decía Clapart a su mujer.

—Pero, amigo mío, la portera nos lo habría dicho —respondió la señora Clapart.

—Quizá lo haya olvidado.

—¿Por qué quieres que lo olvide?

—No sería la primera vez que olvidase algo para nosotros, porque Dios sabe cómo trata a las personas que no tienen coche.

—En fin —dijo la pobre mujer para cambiar de tema y tratar de evitar las frases mordaces de Clapart—, Oscar se encuentra ahora en Presles, estará muy contento en esa hermosa finca, en ese bello parque...

—Sí, esperad que salga algo bueno de todo ello, ya veréis como hace una de las tuyas.

—¿No acabaréis alguna vez de guardar rencor a esa pobre criatura? ¿Qué es lo que os ha hecho? Dios mío, si algún día llegamos a disfrutar de buena posición, quizá se lo deberemos a él, porque tiene buen corazón...

—Cuando ese muchacho triunfe en el mundo, ya hará tiempo que nosotros estaremos convertidos en gelatina —exclamó Clapart—. ¡Habrá cambiado mucho! Veo que no conocéis a nuestro hijo, es fanfarrón, mentiroso, perezoso, es incapaz...

—Si fuerais a buscar al señor Poiret... —dijo la pobre madre, afligida por esta diatriba que ella misma se había atraído.

—¡Un niño que nunca ha obtenido premios en las clases! —exclamó Clapart.

A los ojos de los burgueses, obtener premios en las clases constituye la certeza de un hermoso porvenir para un niño.

—¿Acaso los obtuvisteis vos? —díjole su mujer—. En cambio, Oscar ha obtenido el cuarto accésit en filosofía.

Estas palabras impusieron silencio en Clapart por un instante.

—Además, la señora Moreau debe quererle como si nada, ¿sabéis?... Ella tratará de indisponer a su marido con él... ¿Que Oscar va a llegar un día a ser administrador de Presles?... para ello hace falta conocer la agricultura, la agrimensura...

—Ya lo aprenderá.

—¿Él? Apuesto cualquier cosa a que no podría estar empleado ni una semana sin que cometiera una torpeza suficientemente grande para que el conde de Sérisy lo despidiese.

—Dios mío, ¿cómo podéis ser tan pesimista sobre el futuro de una pobre criatura llena de buenas cualidades, de una dulzura de ángel incapaz de causar daño a nadie?

En aquel momento, el restallar de un látigo de un postillón, el ruido de una calesa al trote, el piafar de dos caballos que se detuvieron a la puerta cochera de la casa habían revolucionando la calle de la Cerisaie. Clapart, que oyó abrir todas las ventanas, se asomó.

—Os traen a Oscar por la posta —exclamó con un aire en el que su satisfacción se ocultaba bajo una verdadera inquietud.

—¡Oh! Dios mío, ¿qué le habrá ocurrido? —le dijo la pobre madre con un temblor que la sacudió como una hoja de árbol es sacudida por el viento de otoño.

Brochon subía la escalera seguido de Oscar y de Poiret,

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido? —repitió la madre dirigiéndose al mozo de cuadra.

—No lo sé, pero el señor Moreau ya no es administrador de Presles, se dice que vuestro hijo es la causa de ello y Su Señoría ha dado la orden para que os lo envíen. Por otra parte, he aquí la carta de ese pobre señor Moreau, que ha cambiado de tal modo, que da miedo...

—Clapart, dos vasos de vino para el postillón y para el señor —dijo la madre, que fue a echarse a un sillón, donde leyó la carta fatal—. Oscar —dijo arrastrándose hacia su cama— ¿es que quieres matar a tu madre?... ¡Después de todo lo que te había dicho esta mañana!

La señora Clapart se desmayó.

Oscar permanecía en pie, como un estúpido. La señora Clapart volvió en sí al oírle a su marido que decía a Oscar sacudiéndolo por el brazo:

—¿Contestarás?

—Id a acostaros, señor —dijo la señora Clapart a su hijo—, y dejadlo tranquilo,

señor Clapart, no lo volváis loco, porque ha cambiado tanto, que me da miedo.

Oscar no oyó la frase de su madre. Había ido a acostarse tan pronto como se lo ordenaron.

Todos aquellos que se acuerden de su adolescencia, no se asombrarán al saber que, después de una jornada tan llena de emociones y acontecimientos, Oscar durmiera el sueño de los justos, a pesar de la enormidad de sus faltas. Al día siguiente, no encontró la naturaleza tan cambiada como había creído y, sorprendiose al comprobar que tenía hambre, él que el día antes se consideraba indigno de vivir. Sólo había sufrido moralmente. A esa edad, las impresiones morales se suceden con demasiada rapidez para que la una no debilite a la otra, por muy profundamente grabada que esté la primera. Así, el sistema de los castigos corporales, aunque algunos filántropos lo hayan impugnado mucho en los últimos tiempos, es necesario en ciertos casos para los niños; y por otra parte, es natural, ya que la naturaleza no procede de otro modo, y se sirve del dolor para imprimir un recuerdo duradero de sus enseñanzas. Si, a la vergüenza desgraciadamente pasajera, que había sentido Oscar el día antes, el administrador hubiera añadido una pena aflictiva, quizá la lección habría sido completa. El discernimiento con que deben emplearse las correcciones es el mayor argumento contra ellas; ya que la naturaleza no se equivoca nunca, mientras que el preceptor debe errar a menudo.

La señora Clapart había procurado que su marido saliera de su casa, para poder encontrarse a solas con su hijo aquella mañana. Se hallaba en un estado que daba lástima. Sus ojos irritados por las lágrimas, su rostro cansado por una noche sin sueño, su voz debilitada, todo en ella reclamaba piedad, mostrando un excesivo dolor que no habría podido soportar por segunda vez. Al ver entrar a Oscar, le hizo una seña para que se sentase a su lado y le evocó en tono dulce, pero vehemente, los favores que habían recibido del administrador de Presles. Le dijo a Oscar que, desde hacía seis años, principalmente vivía de las ingeniosas caridades de Moreau. El cargo del señor Clapart, debido al conde de Sérisy, así como la media beca con ayuda de la cual había terminado Oscar su educación, cesarían tarde o temprano. Clapart no podía aspirar a un retiro, porque no contaba con suficientes años de servicio al Tesoro ni a la Ciudad. El día en que el señor Clapart ya no tuviera su empleo, ¿qué sería de todos ellos?

—«Yo —dijo—, aunque tuviese que ponerme a cuidar enfermos o emplearme como ama de llaves en una casa importante, sabría ganarme el pan y mantener al señor Clapart. Pero tú, ¿qué será de ti? Careces de fortuna, y debes hacerte una, porque es imprescindible para poder vivir. No existen más que cuatro carreras para vosotros, los jóvenes: el comercio, la administración, las profesiones privilegiadas y el servicio militar. Toda clase de comercio requiere capital, y nosotros no podemos dártelo, porque no lo tenemos. A falta de capital, un joven aporta su buena voluntad y su inteligencia; pero el comercio requiere una gran discreción, y tu conducta de ayer no permite esperar que triunfes en el comercio. Para entrar en una administración

pública, hay que contar con protecciones, y tú te has enajenado el único protector que teníamos, y el más influyente de todos. Por otra parte, suponiendo que tú estuvieras dotado de las facultades extraordinarias con ayuda de las cuales un joven asciende rápidamente, sea en el comercio, sea en la administración, ¿dónde encontrar el dinero necesario para vivir y vestirse durante el tiempo que uno emplea en aprender su profesión?». Llegada a este punto, la madre se entregó, como todas las mujeres, a verbosas lamentaciones: ¿cómo viviría, privada de los recursos en especie que Moreau, gracias a la administración de Presles, podía enviarle? Oscar había dado al traste con la forma de su protector. Después del comercio y de la administración, carreras a las que su hijo no podía pensar, porque ella no podía mantenerle, venían las profesiones privilegiadas del notariado, de la abogacía. Pero hacía falta estudiar leyes, estudiar durante tres años, y pagar sumas considerables para las matrículas, para los exámenes, para las tesis y los diplomas; el exceso de aspirantes obligaba a destacar por medio de un talento superior; en fin, siempre aparecía la cuestión de la manutención de Oscar.

—Oscar —dijo la señora Clapart finalmente—, yo había puesto en ti todo mi orgullo y toda mi vida. Al aceptar una vejez desgraciada, descansaba mi vista en ti, y te veía abrazar una hermosa carrera y triunfar en ella. Esta esperanza me ha dado valor para devorar las privaciones que había sufrido desde hace seis años para sostenerte en el colegio, donde nos costabas de siete a ochocientos francos al año, a pesar de la media beca. Ahora que mi esperanza se desvanece, ¡tu suerte me espanta! ¿Qué vas a hacer? Tú no estás bastante fuerte en matemáticas para ingresar en las Escuelas Especiales, y, por otra parte, ¿dónde encontraría los tres mil francos de pensión que se requieren? ¡Ya ves cómo es la vida, hijo mío! Tienes diecisiete años, eres fuerte, alístate como soldado, será el único medio de ganarte la vida...

Oscar no sabía aún nada de la vida. Como todos los niños a quienes se ha procurado ocultar las miserias del hogar, ignoraba la necesidad de hacer fortuna; la palabra *Comercio* no le aportaba idea alguna, y la palabra *Administración* no le decía gran cosa, porque advertía los resultados de la misma; escuchaba, pues, con aire sumiso, que esperaba resultara contrito, las advertencias de su madre, pero éstas se perdían en el vacío. Sin embargo, la idea de ser soldado, y las lágrimas que caían de los ojos de su madre, hicieron llorar a aquel niño. Tan pronto como la señora Clapart vio las mejillas de Oscar surcadas por las lágrimas, encontrose sin fuerzas; y como todas las madres en semejantes casos, buscó la peroración que pone fin a todas estas crisis en las que ellas sufren a la vez sus propios dolores y los de sus hijos.

—Vamos, Oscar, *prométeme* que serás discreto en lo sucesivo, que no hablarás a tontas y a locas, que reprimirás tu amor propio, que, etc., etc.

Oscar prometió todo lo que su madre le pidió que le prometiese, y después de haberlo atraído suavemente hacia ella, la señora Clapart acabó abrazándolo para consolarlo de que hubiera sido regañado.

—Ahora —le dijo—, escucharás a tu madre, seguirás sus consejos, porque una

madre no puede dar más que buenos consejos a su hijo. Iremos a la casa de tu tío Cardot. Allí se encuentra nuestra última esperanza. Cardot le debe mucho a tu padre, el cual, al concederle la mano de su hermana, la señorita Husson, con una dote enorme para aquella época, le permitió hacer una gran fortuna con la seda. Me parece que te colocará en casa del señor Camusot, su sucesor y yerno, en la calle Bourdonnais... Pero tu tío Cardot, ¿sabes? tiene cuatro hijos. Ha dado su establecimiento del Capullo de Oro a su hija mayor, la señora Camusot. Si bien Camusot tiene millones, también tiene cuatro hijos de dos matrimonios distintos, y apenas sabe que existimos. Cardot ha casado a Mariana, su segunda hija, con el señor Protez, de la casa Protez y Chiffreville. El Despacho de su hijo mayor, el notario, ha costado cuatrocientos mil francos, y acaba de asociar a José Cardot, su hijo segundo, a la droguería Matifat. Tu tío Cardot, a quien yo veo cuatro veces al año, tendrá, pues, buenas razones para no ocuparse de ti. Nunca ha venido a visitarme aquí; mientras que bien sabía hacerlo en el palacio de la Señora madre, para obtener los abastecimientos de las Altezas imperiales, del Emperador y de los grandes de su corte. ¡Ahora los Camusot se las dan de ultras! Camusot ha casado al hijo de su primera mujer con la hija de un ujier del gabinete del rey. En fin, el Capullo de Oro tiene su clientela en la Corte de los Borbones como antes la tuvo en la Corte del emperador. Mañana iremos, de todos modos, a la casa de tu tío Cardot, espero que sabrás comportarte como es debido; porque, te repito que se trata de nuestra última esperanza.

El señor Juan Jerónimo Severino Cardot era viudo desde hacía seis años de su mujer, la señorita Husson, a quien el proveedor, en la época de su esplendor, había dado en dote cien mil francos. Cardot, primer dependiente del Capullo de Oro, una de las casas más antiguas de París, había comprado este establecimiento en 1793, en el momento en que sus dueños estaban arruinados, y el dinero de la dote de la señorita Husson le había permitido hacer una fortuna casi colosal en diez años. Para establecer bien a sus hijos, había tenido la ingeniosa idea de poner en vitalicio una suma de trescientos mil francos sobre la cabeza de su mujer y sobre la suya, lo cual le producía treinta mil libras de renta. En cuanto a su capital, lo había distribuido en tres dotes de cuatrocientos mil francos cada una para sus hijos. El Capullo de Oro, dote de su hija mayor, fue aceptado por Camusot por esta suma. El buen hombre, casi septuagenario, podía, pues, gastar y gastaba sus treinta mil francos anuales sin perjudicar los intereses de sus hijos, todos magníficamente situados, y cuyas muestras de afecto no estaban por lo tanto oscurecidas por ningún pensamiento de egoísmo. El tío Cardot vivía, en Belleville, en una de las primeras casas situadas encima de la Courtille. Ocupaba, en un primer piso desde el que se divisaba el valle del Sena, un apartamento de mil francos, que miraba hacia el sur y que gozaba de un gran jardín; no se preocupaba ni poco ni mucho de los otros tres o cuatro inquilinos alojados en aquella vasta casa de campo. Seguro, merced a un prolongado alquiler, de terminar allí sus días, vivía bastante mezquinamente, atendido por su vieja cocinera y por la

antigua camarera de la difunta señora Cardot, que esperaban recibir cada una seiscientos francos de renta a su muerte, y que, por consiguiente, no le robaban. Aquellas dos mujeres cuidaban de su dueño de un modo extraordinariamente solícito y se interesaban tanto por él entre otras razones porque no había nadie que fuera menos quisquilloso. El apartamento, amueblado por la señora Cardot, permanecía en el mismo estado desde hacía seis años, y el anciano se alegraba de ello; no gastaba en total ni mil escudos al año, porque comía en París cinco veces a la semana, y todas las noches volvía a casa a medianoche en un coche de alquiler cuyo establecimiento se hallaba en la barrera de la Courtille. La cocinera apenas si tenía que ocuparse más que del desayuno. El buen hombre desayunaba a las once, luego se vestía, se perfumaba y se iba a París. De ordinario, los burgueses avisan cuando comen fuera de casa, el tío Cardot, en cambio, avisaba cuando comía en casa. Aquel vejete, gordo, fresco, fuerte, iba siempre muy acicalado, siempre llevaba medias de seda negra, chaleco de piqué blanco, camisa resplandeciente, guantes de seda morada, hebillas de oro en los zapatos y en el pantalón. Su rostro destacaba por unas cejas espesas como matorrales, bajo las cuales centelleaban unos ojos grises, y por una nariz cuadrada, grande y larga que le daba el aspecto de un viejo prebendado. El tío Cardot pertenecía a esa raza de Gerontes que desaparecen día tras día y que poblaban las novelas y las comedias del siglo XVIII. El tío Cardot acompañaba en coche a las mujeres que se hallaban sin protector; poníase a su disposición, según su expresión, con modales caballerescos. Bajo un aspecto tranquilo, bajo su nevada frente, ocultaba una vejez únicamente entregada al placer. Entre hombres, profesaba abiertamente el epicureísmo y se permitía bromas bastante fuertes. No le había parecido mal que su yerno Camusot hiciera la corte a la encantadora actriz Coralia, porque él mismo era en secreto el Mecenaz de la señorita Florentina, primera bailarina del teatro de la Gaîté. Pero de esta vida y de estas opiniones no dejaba transparentar nada en su casa, ni en su conducta exterior. El tío Cardot, grave y cortés, pasaba por ser casi frío, tanto le importaba el decoro, y una devota lo habría tildado de hipócrita. Ese digno señor era enemigo acérrimo de los curas, formaba parte de aquel gran rebaño de necios abonados al *Constitutionnel*, y se preocupaba mucho de los *rechazos de sepulturas*. Adoraba a Voltaire, aunque sus preferencias fuesen para Piron, Vadé, Collé. Naturalmente, admiraba a Béranger, a quien llamaba ingeniosamente *el gran sacerdote de la religión de Lisette*. Aquel viejo prudente no había hablado nunca de sus rentas vitalicias a sus hijos, quienes, viéndolo vivir mezquinamente, pensaban todos que se había despojado de su fortuna para ellos, y redoblaban sus cuidados y su ternura. Así, a veces les decía a sus hijos: «No perdáis vuestra fortuna, porque no tengo nada que dejaros». Camusot, al que encontraba un gran parecido con él mismo, era el único que estaba en el secreto de las treinta mil libras de renta vitalicia. Camusot aprobaba la filosofía de aquel anciano, que, después de haber hecho la felicidad de sus hijos y haber cumplido tan notablemente sus deberes, bien podía acabar alegremente sus días.

—Ves, amigo mío —decíale el antiguo dueño del Capullo de Oro, yo podría volver a casarme, ¿verdad? Una mujer joven me habría dado hijos... Sí, los habría tenido, estaba en la edad en que siempre es posible tenerlos... Pues, bien, Florentina no me cuesta más cara que una esposa, no me aburre, no me dará hijos y nunca devorará vuestra fortuna.

Camusot proclamaba en el caso del tío Cardot el sentido más exquisito de la familia; lo consideraba como un suegro perfecto.

—Sabe conciliar —decía— el interés de sus hijos con los placeres que es muy natural disfrutar en la vejez, después de haber soportado todas las contrariedades del comercio.

Ni los Cardot, ni los Camusot, ni los Protez sospechaban la existencia de su tía la señora Clapart. Las relaciones de familia hallábanse limitadas al envío de participaciones en caso de fallecimiento o de boda, y en tarjetas el día de Año Nuevo. La orgullosa señora Clapart no cedía en sus sentimientos más que en interés de Oscar, y ante su amistad por Moreau, la única persona que le había permanecido fiel en la desgracia. No molestaba al viejo Cardot con su presencia, pero se había aferrado a él como una esperanza, iba a verlo una vez cada tres meses, le hablaba de Oscar Husson, el sobrino de la difunta señora Cardot, y se lo llevaba tres veces durante las vacaciones. A cada visita, el anciano lo había invitado a comer al Cadran-Bleu, lo había llevado por la tarde a la Gaîté, y lo había acompañado de nuevo a la calle de la Cerisaie. Una vez, después de haberle comprado un traje completo, le había dado el cubierto de plata que le era necesario en el colegio. La madre de Oscar procuraba demostrar al anciano que su sobrino le quería mucho, le hablaba siempre de aquel cubierto y de aquel vestido del que sólo le quedaba el chaleco. Pero estas pequeñas delicadezas perjudicaban más a Oscar de lo que servían cerca de un viejo zorro como el tío Cardot. El tío Cardot nunca había amado mucho a su difunta, mujer alta, seca, pelirroja; por otra parte, conocía las circunstancias del matrimonio del difunto Husson con la madre de Oscar; y sin desdeñarla en modo alguno, no ignoraba que el joven Oscar era un hijo póstumo; así, su propio sobrino le parecía completamente extraño a los Cardot. No previniendo la desgracia, la madre de Oscar no había remediado aquellas deficiencias en las relaciones entre Oscar y su tío, inspirando al comerciante la amistad hacia su sobrino desde que éste era un niño. Semejante a todas las madres que se concentran en el sentimiento de su maternidad, la señora Clapart no se ponía en el lugar del tío Cardot. Creía que éste había de interesarse extraordinariamente por un niño tan hermoso y que, después de todo, llevaba el apellido de la difunta señora Cardot.

—Señor, es la madre de Oscar, vuestro sobrino —dijo la camarera al señor Cardot, que se paseaba en su jardín, aguardando el desayuno, después de haber sido afeitado y empolvado por su peluquero.

—Buenos días, bella dama —dijo el viejo comerciante en sedas saludando a la señora Clapart y arrebujiándose en su bata de piqué blanco. Veo que vuestro picaruelo

está creciendo mucho —añadió cogiendo a Oscar por una de sus orejas.

—Ha terminado sus clases, ha lamentado mucho que su querido tío no asistiera a la distribución de los premios de Enrique IV, porque ha sido mencionado. El apellido Husson, que llevará dignamente, cabe esperar, ha sido proclamado...

—¡Diablo! ¡Diablo! —dijo el vejete deteniéndose.

La señora Clapart, Oscar y él se paseaban por una terraza delante de los naranjos, mirtos y granados.

—¿Y qué ha obtenido?

—El cuarto accésit de filosofía —respondió muy ufana la madre.

—¡Oh!, el muchacho tiene que caminar mucho para poder recobrar el tiempo perdido —exclamó el tío Cardot—, porque terminar por un accésit... no es un Perú, que digamos. ¿Vais a desayunar conmigo?

—Estamos a vuestras órdenes —respondió la señora Clapart—. ¡Ah! mi buen señor Cardot, ¡qué satisfacción para los padres y las madres cuando sus hijos empiezan bien en la vida! Bajo este aspecto, como bajo todos los otros, por supuesto, sois uno de los padres más excelentes que conozco... Regentado por vuestro virtuoso yerno y vuestra amable hija, el Capullo de Oro ha seguido siendo el primer establecimiento de París; he ahí a vuestro hijo mayor, desde hace diez años al frente de la más hermosa notaría de la capital y bien casado. Vuestro hijo menor acaba de aliarse con la más rica droguería. En fin, tenéis nietas encantadoras. Os habéis convertido en jefe de cuatro grandes familias... Déjanos, Oscar, ve a ver el jardín, sin tocar las flores.

—Pero si tiene dieciocho años —dijo el tío Cardot, sonriendo ante esta recomendación que empujaba a Oscar.

—¡Ay! sí, mi buen señor Cardot, y después de haberlo traído hasta aquí, sano de mente y de cuerpo, después de haberlo sacrificado todo para darle una educación, sería muy duro no verlo en el camino de la fortuna.

—Pero ese señor Moreau, mediante el cual habéis obtenido su media beca en el colegio de Enrique IV, le impulsará en un buen camino —dijo el tío Cardot con una hipocresía disimulada bajo una capa de bondad.

—El señor Moreau puede morir —respondió la señora Clapart—, y además, se ha enemistado sin posible reconciliación con el conde de Sérisy, su patrón.

—¡Diablo! ¡Diablo!... Escuchad, señora, ya os veo venir...

—No, señor —dijo la madre de Oscar interrumpiendo bruscamente al anciano, quien, por consideración a una *bella dama*, contuvo el movimiento de humor que se experimenta al verse interrumpido—. ¡Ah! no sabéis nada de las angustias de una madre que, desde hace siete años, se ve obligada a gastar para su hijo una suma de seiscientos francos al año sobre los mil ochocientos francos de sueldo de su marido... Sí, señor, he aquí toda nuestra fortuna. Así, ¿qué puedo hacer para mi Oscar? El señor Clapart aborrece de tal modo a este pobre niño, que me es imposible tenerlo en la casa. Una pobre mujer, sola en el mundo, ¿no debería, en tales circunstancias, venir a

consultar al único pariente que su hijo tiene bajo el cielo?

—Tenéis razón —respondió el tío Cardot—. No me habíais dicho nada de todo esto...

—¡Ah, señor! —repuso con orgullo la señora Clapart—. Vos sois el único a quien confiaría hasta dónde llega mi miseria. Todo es culpa mía, tengo un marido cuya incapacidad sobrepasa todo lo creíble. ¡Oh, soy muy desgraciada!...

—Oíd, señora —repuso gravemente el vejete—, no lloréis. Experimento un terrible malestar al ver llorar a una bella dama... Después de todo, vuestro hijo se llama Husson, y si mi querida difunta viviese, haría algo para el apellido de su padre y de su hermano...

—Ella amaba mucho a su hermano —exclamó la madre de Oscar.

—Pero toda mi fortuna ha sido repartida entre mis hijos, que ya no tienen nada que esperar de mí —prosiguió diciendo el viejo—. Les repartí los dos millones que tenía porque quise verlos felices y con toda su fortuna en vida mía. Yo sólo me he reservado unas rentas vitalicias; y a mi edad, uno conserva sus costumbres... ¿Sabéis lo que habéis de hacer con ese muchacho? —dijo llamando a Oscar y cogiéndolo del brazo—. Haced que estudie Derecho, yo pagaré las matrículas y los gastos de la tesis; colocadlo en casa de un procurador, que aprenda el oficio del chanchullo; si se aplica, si se distingue, si yo sigo viviendo, mis hijos y yo le ayudaremos. Por lo tanto, desde ahora no tenéis más que alimentarlo y vestirlo. Así aprenderá a vivir. Yo salí de Lyon con dos dobles luises que me había dado mi abuela, llegué a pie a París, y ahí me tenéis. Aunque no coma mucho, pensad que el ayuno conserva la salud. Juventud, discreción, probidad, trabajo, y uno llega adonde quiere. Se encuentra una gran satisfacción en ganar uno mismo su fortuna; y cuando se han conservado los dientes, uno se la come como quiere en la vejez. Acuérdate de mis palabras: probidad, trabajo y discreción.

—¿Oyes, Oscar? —dijo la madre—. Tu tío te resume en tres palabras todo lo que yo te he dicho, y tú deberías grabarlas en letras de fuego en tu memoria...

—Ya lo he hecho —respondió Oscar.

—Bien, dale entonces las gracias a tu tío. ¿No has oído que se encarga de tu porvenir? Puedes llegar a ser procurador en París.

—Ignora la grandeza de sus destinos —respondió el vejete viendo el aire estupefacto de Oscar—; acaba de salir del colegio. Escucha, yo no soy muy hablador —continuó diciendo el tío—. Acuérdate que a tu edad la probidad no se consigue más que sabiendo resistir a las tentaciones, y en una gran ciudad como París se encuentran tentaciones a cada paso. Vive con tu madre en una buhardilla; ve directamente a tu Escuela, de allí regresa a tu despacho; trabaja en éste por la tarde y por la mañana, estudia en casa de tu madre, llega a ser segundo pasante a los veintidós años de edad; a los veinticuatro, primero; sé prudente y llegarás a triunfar en la vida. Bien, si la profesión te desagradase podrías entrar en casa de mi hijo el notario y llegar a ser su sucesor... Así, trabajo, paciencia, discreción, probidad. He ahí los jalones que debes

recorrer.

—Y quiera Dios que vivieseis otros treinta años para ver a vuestro quinto hijo realizar todo lo que esperamos de él —exclamó la señora Clapart tomando la mano del tío Cardot y estrechándosela con un gesto digno de su juventud.

—Vamos a desayunar —repuso el buen anciano, conduciendo a Oscar por una oreja.

Durante el desayuno, el tío Cardot observó a su sobrino sin que pareciese que lo hacía, y se dio cuenta de que el muchacho no sabía nada de la vida.

—Enviádmelo de vez en cuando —le dijo a la señora Clapart al despedirla, señalándole a Oscar—. Yo os lo formaré.

Esta visita calmó la inquietud de la pobre mujer, que no esperaba tal éxito.

Durante quince días salió con Oscar para pasearlo. Lo vigiló casi tiránicamente, y así llegaron al final del mes de octubre. Oscar vio entrar al temible administrador, que sorprendió a la pobre familia de la calle de la Cerisaie desayunándose con un arenque y lechuga y una taza de leche para postre.

—Nos hemos establecido en París y no vivimos aquí como en Presles —dijo Moreau, que de este modo quería anunciar a la señora Clapart el cambio introducido en sus relaciones por la falta de Oscar—. Pero estaré aquí poco tiempo. Me he asociado con el tío Léger y con el tío Margueron de Beaumont. Somos negociantes en fincas y hemos comenzado por comprar las tierras de Persan. Soy el director de esta sociedad, que ha reunido un millón, pues yo he tomado prestado sobre mis bienes. Cuando encuentro un negocio, el tío Léger y yo lo examinamos. Mis socios tienen cada uno una cuarta parte y yo la mitad en los beneficios, porque yo me doy todo el trabajo. Así siempre estaré de viaje. Mi mujer vive en París, en el barrio de Roule, muy modestamente. Cuando hayamos realizado algunos negocios, cuando ya no arriesguemos más que beneficios, si estamos contentos de Oscar, quizá lo emplearemos.

—Vamos, amigo mío. Quizá el desastre debido a la ligereza de mi pobre hijo será la causa de una brillante fortuna para vos; ya que, realmente, hubierais enterrado vuestros medios y vuestra energía en Presles...

Luego la señora Clapart refirió su visita al tío Cardot, para indicar a Moreau que ella y su hijo quizá ya no le serían una carga.

—Tiene razón ese hombre —dijo el ex administrador—. Hay que mantener a Oscar en ese camino con mano dura y ciertamente llegará a ser notario o procurador. Pero que no se aparte del sendero trazado. ¡Ah! Me han hablado de un procurador que acaba de adquirir un despacho sin clientela. Se trata de un joven, duro como una barra de hierro, muy diligente, de una terrible actividad; se llama Desroches. Voy a ofrecerle todos nuestros asuntos con la condición de que me amoneste a Oscar; le propondré que lo tome en su casa mediante novecientos francos. Yo le daré trescientos. Así vuestro hijo sólo os costará seiscientos francos, y voy a recomendarle bien al señor prior. Si el niño quiere llegar a hacerse un hombre, lo será bajo esa

fórmula; porque de ahí saldrá notario, abogado o procurador.

—Vamos, Oscar. Dale, pues, las gracias a ese buen señor Moreau y no te quedes ahí como un pasmarote. No todos los jóvenes que hacen tonterías tienen la suerte de encontrar amigos que se interesen por ellos después de haber recibido disgustos de ellos...

—La mejor manera de que hagas las paces conmigo —dijo Moreau, estrechando la mano de Oscar—, es trabajar con mucha aplicación y portarte bien...

Diez días después, Oscar fue presentado por el ex administrador al señor Desroches, procurador, recientemente establecido en la calle de Béthisy, en un vasto apartamento al fondo de un patio estrecho, y de un precio relativamente módico. Desroches, joven de veintiséis años, educado férreamente por un padre de una excesiva severidad, nacido de padres pobres, habíase visto en las condiciones en que se encontraba Oscar; se interesó, pues, por él, pero como podía interesarse por cualquiera, con las apariencias de dureza que le caracterizaba. El aspecto de ese joven flaco, de ojos penetrantes y de vivacidad sombría, aterró al pobre Oscar.

—Aquí se trabaja de día y de noche —dijo el procurador desde el fondo de su sillón y detrás de una larga mesa en la que los papeles estaban amontonados—. Señor Moreau, no os lo mataremos, pero será preciso que camine a nuestro paso. ¡Señor Godeschal! —gritó.

Aunque fuera domingo, el primer pasante se presentó, pluma en mano.

—Señor Godeschal, aquí tenéis al aprendiz de quien os he hablado, y por quien el señor Moreau se toma el más vivo interés; comerá con nosotros y ocupará la pequeña buhardilla al lado de vuestra habitación; vos le mediréis el tiempo necesario para ir de aquí a la Escuela de Derecho y volver, de modo que no tenga cinco minutos que perder; procuraréis que aprenda el Código y esté fuerte en sus estudios, es decir, que cuando termine sus trabajos de la oficina le daréis autores para que lea; en fin, deberá encontrarse bajo vuestra dirección inmediata, y yo vigilaré. Quieren hacer de él lo que vos os habéis hecho a vos mismo: un hábil primer pasante, para el día en que preste su juramento de abogado. Id con Godeschal, amiguito; él os mostrará dónde habéis de vivir... ¿Veis a Godeschal?... —añadió Desroches dirigiéndose a Moreau—. Es un muchacho que, como yo, no tiene nada. Todos mis pasantes son hombres que sólo cuentan con sus diez dedos para ganarse la vida. Así, tanto mis cinco pasantes como yo trabajamos tanto como otros doce. Dentro de diez años tendré la mejor clientela de París. Aquí uno se apasiona por los asuntos y por los clientes. Y esto empieza a saberse. He tomado a Godeschal a mi colega Derville. No era más que segundo pasante; pero nos conocimos en este gran despacho. En mi casa, Godeschal cobra mil francos, tiene mesa y alojamiento. Es un muchacho que vale. ¡Es infatigable! ¡Me gusta ese muchacho! Ha sabido vivir con seiscientos francos, como yo, cuando era pasante. Lo que yo quiero sobre todo es una probidad sin tacha; y cuando se la practica así en la indigencia, se es hombre. A la menor falta de esta clase, un pasante saldrá de mi despacho.

—Vamos, el muchacho se encuentra en una buena escuela —dijo Moreau.

Durante dos años enteros, Oscar vivió en la calle de Béthisy, en casa de Desroches. Bajo esta vigilancia, a la vez meticulosa y hábil, fue mantenido en sus horas y en sus trabajos, con tal rigidez, que su vida en medio de París parecíase a la de un monje.

A las cinco de la mañana, en cualquier época del año, Godeschal se despertaba. Bajaba con Oscar al despacho, a fin de ahorrar lumbre en invierno, y siempre encontraban al patrón levantado, trabajando. Oscar hacía recados para el despacho y preparaba sus lecciones para la Escuela. Godeschal, y a menudo el patrón, indicaba a su alumno los autores a consultar y las dificultades a vencer. Oscar no dejaba un artículo del Código hasta después de haber profundizado en él y satisfecho sucesivamente a su patrón y a Godeschal, que le hacían sufrir exámenes preparatorios más serios y largos que los de la Escuela de Derecho. Cuando regresaba de las clases, en las que permanecía poco tiempo, volvía a ocupar su puesto en el despacho, trabajaba en él, a veces iba al Palacio de Justicia..., en fin, estaba bajo la férula del terrible Godeschal hasta la hora de comer. La comida, la del patrón, por otra parte, consistía en un gran plato de carne, un plato de legumbres y una ensalada. Los postres se componían de un trozo de queso de Gruyère. Después de comer, Godeschal y Oscar volvían al despacho y trabajaban en él hasta que anoecía. Una vez al mes, Oscar iba a desayunar en casa de su tío Cardot, y pasaba los domingos en casa de su madre. De vez en cuando, Moreau, cuando iba al despacho para sus asuntos, llevaba a Oscar a comer al Palais-Royal y lo obsequiaba llevándolo a ver algún espectáculo. Godeschal y Desroches se habían burlado tanto de sus veleidades de elegancia, que ya no pensaba en su «toilette».

—Un buen pasante —le decía Godeschal— debe tener dos trajes negros (uno nuevo y otro viejo), un pantalón negro, medias negras y zapatos. Las botas cuestan demasiado caras. Se tienen botas cuando se es procurador. Un pasante no debe gastar en total más de setecientos francos. Se llevan fuertes camisas de tela burda. ¡Ah! Cuando se parte de cero para llegar a la fortuna, hay que saber reducirse a lo necesario. ¿Veis al señor Desroches? Ha hecho lo que nosotros, y ved que ha llegado.

Godeschal predicaba con el ejemplo. Si profesaba los principios más estrictos sobre el honor, sobre la discreción, sobre la probidad, los practicaba sin jactancia, tal como respiraba, como caminaba. Era el funcionamiento natural de su alma, de la misma manera que el andar y la respiración son el funcionamiento de los órganos. Dieciocho meses después de haberse instalado Oscar en su casa, el segundo pasante tuvo, por segunda vez, un error en la cuenta de la caja pequeña. Godeschal le dijo delante de todo el despacho:

—Querido Gaudet, marchaos de aquí por vuestro propio impulso para que no se diga que el patrón os ha despedido. Sois distraído o poco exacto, y el más ligero de esos defectos no vale aquí nada. El patrón no se enterará de nada. Esto es todo cuanto puedo hacer por un compañero.

A los veinte años de edad, Oscar trabajaba como tercer pasante en el despacho del señor Desroches. Si aún no ganaba nada, fue alimentado, alojado, porque realizaba el trabajo de un segundo pasante. Desroches tenía ocupados a dos primeros pasantes y el segundo tenía un trabajo excesivo. Al llegar al fin de su segundo curso de Derecho, Oscar sabía ya más que muchos licenciados. Godeschal y Desroches estaban contentos de él. Sólo que, a pesar de haberse vuelto casi razonable, mostraba una propensión al placer y unas ganas de brillar que se veían reprimidas por la severa disciplina y el afán continuo de esta vida. El negociante en fincas, satisfecho de los progresos del pasante, relajó su vigor. Cuando en el mes de julio de 1825 Oscar pasó sus últimos exámenes de bolas blancas, Moreau le dio con qué vestirse elegantemente. La señora Clapart, satisfecha y orgullosa de su hijo, preparaba un magnífico equipo para el futuro licenciado, para el futuro segundo pasante. En las familias pobres, los regalos tienen siempre la oportunidad de ser algo útil. Al reanudarse las clases, en el mes de noviembre, Oscar Husson tuvo la habitación del segundo pasante, al que al fin sustituyó, y también ochocientos francos de sueldo, la mesa y el alojamiento. Así, el tío Cardot, que fue en secreto a informarse acerca de su sobrino cerca de Desroches, prometió a la señora Clapart ayudar a Oscar para que instalara un despacho, si continuaba portándose como entonces.

A pesar de tan prometedoras apariencias, Oscar Husson se entregaba a rudos combates en su fuero interno. Quería por momentos abandonar una vida que tan directamente contrariaba sus gustos y su carácter. Los condenados a trabajos forzados parecíanle más felices que él. Asfixiado por el collar de aquel régimen férreo, sentía ganas de huir, comparándose en las calles con algunos jóvenes bien vestidos. Arrastrado a menudo por movimientos de locura hacia las mujeres, se resignaba, pero cayendo en un profundo hastío de la vida. Sostenido por el ejemplo de Godeschal, era arrastrado más que impulsado por sí mismo a permanecer en tan rudo sendero. Godeschal, que observaba a Oscar, tenía por principio no exponer a su pupilo a las seducciones del mundo. Lo más frecuente era que el pasante estuviera sin dinero o poseyera tan poco que no podía entregarse a exceso alguno. En este último año, el bueno de Godeschal había hecho algunas salidas con Oscar para divertirse juntos, cinco o seis veces, pagando él los gastos, porque comprendía que era preciso aflojar la cuerda a aquel joven cabrito atado. Estas travesuras, como las llamaba el severo primer pasante, ayudaron a Oscar a soportar la existencia; porque se divertía poco en casa de su tío Cardot y todavía menos en casa de su madre, que vivía aún con mayor austeridad que Desroches. Moreau no podía, como Godeschal, familiarizarse con Oscar, y quizá aquel sincero protector del joven Husson se valía de Godeschal para iniciar al pobre niño en los misterios de la vida. Oscar, que se había vuelto discreto, había acabado por comprender, al contacto con los negocios, el alcance de la falta cometida durante su fatal viaje en *coucou*; pero la masa de sus caprichos reprimidos, la locura de la juventud podían aún arrastrarlo. Sin embargo, a medida que iba conociendo el mundo y sus leyes, su razón iba formándose, y con tal que Godeschal

no lo perdiera de vista, Moreau prometíase llevar a buen término al hijo de la señora Clapart.

—¿Cómo va? —preguntó el tratante en fincas cuando regresó de un viaje que lo había tenido unos meses alejado de París.

—Siempre con un exceso de vanidad —respondió Godeschal—. Le dais buenos vestidos y buena ropa blanca, y mi barbilindo va los domingos a las Tullerías en busca de aventuras. ¿Qué queréis? Es joven. Me atormenta para que le presente a mi hermana, la actriz, en cuya casa vería actrices elegantes, gente que come su fortuna... Me temo que no ha nacido para procurador. Sin embargo, habla bastante bien, podría ser abogado, defendería causas bien preparadas...

En el mes de noviembre de 1825, en el momento en que Oscar Husson se disponía a sostener su tesis para la Licenciatura, entró en casa de Desroches un nuevo pasante para llenar el vacío producido por el ascenso de Oscar.

Este cuarto pasante, llamado Federico Marest, estaba destinado a la magistratura, y terminaba su tercer curso de Derecho. Era, según los informes obtenidos por la policía del despacho, un guapo mozo de veintitrés años de edad, enriquecido con una docena de miles de libras de renta por la muerte de un tío soltero, e hijo de cierta señora Marest, viuda de un rico comerciante en madera. El futuro sustituto, animado del loable deseo de saber su oficio en los más mínimos detalles, colocábase en casa de Desroches con la intención de estudiar la práctica forense y ser capaz de ocupar el puesto de primer pasante en el plazo de dos años. Pensaba efectuar su período de preparación como abogado en París, a fin de ser apto para ejercer las funciones del cargo que no se le negaría a un joven rico. Verse, a los treinta años, fiscal del rey en un tribunal cualquiera, constituía toda su ambición. Aunque este Federico Marest fuera primo hermano de Jorge Marest, como el embaucador del viaje a Presles no había dicho su verdadero apellido más que a Moreau, el joven Husson sólo lo conocía por el nombre de Jorge; el de Federico Marest no podía recordarle nada.

—Señores —dijo Godeschal durante el desayuno, dirigiéndose a todos los pasantes—, os anuncio la llegada de un nuevo compañero; y como es riquísimo, espero que le haremos pagar una buena bienvenida...

—¡Adelante el libro! —dijo Oscar mirando al pequeño pasante—, y debemos estar serios.

El pequeño pasante trepó como una ardilla a lo largo de los estantes para coger un registro colocado en la última tabla para que quedara lleno de polvo.

—¡Ya está bien lleno de polvo! —dijo el pequeño pasante mostrando un libro.

Expliquemos qué broma perpetua engendraba entonces ese libro en la mayor parte de los despachos de aquellos tiempos. En la vida de los pasantes se trabaja tanto, que se ama el placer con un ardor derivado de su escasez; pero sobre todo se saborea en él con deleite una burla. Ello es lo que hasta cierto punto explica la conducta de Jorge Marest en el coche de Pierrotin. El pasante más huraño siente siempre la necesidad de gastar una broma. El instinto con que se inicia y desarrolla

una burla y una broma entre pasantes es algo maravilloso y sólo igualado entre los pintores. El Estudio y el Despacho son, en este aspecto, superiores a los comediantes. Al fundar su despacho, Desroches iniciaba en cierto modo una nueva dinastía. Esta fundación interrumpió la sucesión de las costumbres relativas a la bienvenida. Así, llegado a un apartamento en el que nunca se habían garabateado papeles timbrados, Desroches había puesto en él mesas nuevas, carpetas blancas con bordes azules, todo nuevo. Su despacho fue integrado por pasantes tomados de otros, sin vínculos que los uniesen, y por decirlo así, asombrados de verse reunidos. Godeschal, que había hecho sus primeras armas en casa del señor Derville, no era pasante que se dejara perder la preciosa tradición de la bienvenida. La bienvenida es un desayuno que todo neófito debe pagar a los antiguos pasantes del despacho en el que entra a trabajar. Ahora bien, cuando Oscar llegó al despacho, una tarde de invierno en que el trabajo fue acabado pronto, en el momento en que los pasantes se calentaban antes de marcharse, Godeschal trató de confeccionar un supuesto registro de la última antigüedad, salvado de las borrascas de la Revolución, procedente del procurador del Châtelet Bordin, predecesor indirecto de Sauvagnest, el procurador a quien Desroches confiaba sus asuntos. Empezaron por buscar en el establecimiento de un comerciante de papeles viejos algún registro de papel con la marca del siglo XVIII, debidamente encuadernado en pergamino, sobre el cual se leyera una sentencia del Gran Consejo. Después de haber encontrado este libro, lo arrastraron por el polvo, por la estufa, por la chimenea, por la cocina; incluso le dejaron en lo que los pasantes llaman la *habitación de las deliberaciones*, y le dieron artificialmente una vetustez que habría despertado la envidia de los anticuarios. Una vez transformado el libro de este modo, veamos algunas citas que mostrarán al más obtuso el uso al que el despacho de Desroches destinaba esta recopilación, cuyas sesenta primeras páginas abundaban en falsos procesos verbales. En la primera hoja se leía:

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. En el día de hoy, fiesta de nuestra señora Santa Genoveva, patrona de París, bajo la invocación de la cual se han puesto, desde el año 1525, los pasantes de este despacho, nosotros los abajo firmantes, pasantes y pequeños pasantes del despacho del señor Jerónimo Sebastián Bordin, sucesor del difunto Guerbet, que en vida fue procurador en el Châtelet, hemos reconocido la necesidad en que nos encontrábamos de sustituir el registro y los archivos de instalaciones de los pasantes de este glorioso despacho, miembro distinguido del reino de la Bazoche, el cual registro se ha visto lleno a consecuencia de las actas de nuestros queridos y bienamados predecesores, y hemos requerido al Guarda de los Archivos del Palacio para que lo juntara a los de los otros Despachos, y hemos ido todos a misa a la parroquia de San Severino, para solemnizar la inauguración de nuestro nuevo registro.

En fe de lo cual todos hemos firmado: Malin, oficial mayor; Grevin, segundo

pasante; Atanasio Feret, pasante; Jaime Huet, pasante; Régnault de Saint-Jean-d'Angély, pasante; Bedeau, pequeño pasante. En el año 1787 de nuestro Señor.

Después de oída la misa nos hemos trasladado a la Courtille, donde, a escote, hemos hecho un gran desayuno que no ha terminado hasta las siete de la mañana.

Este escrito estaba admirablemente redactado. Un experto habría jurado que esta escritura pertenecía al siglo XVIII. Seguían veintisiete procesos verbales de recepciones, y la última se refería al año fatal de 1792. Tras una laguna de catorce años, el registro comenzaba, en 1806, con el nombramiento de Bordin como procurador cerca del tribunal de primera instancia del Sena. Y he aquí la glosa que señalaba la reconstitución del reino de la Bazoche y otros lugares:

Dios, en su clemencia, ha querido que, a pesar de las horribles tempestades que se desencadenaron sobre Francia, convertida en un gran imperio, se hayan conservado los preciosos archivos del muy célebre Despacho del señor Bordin; y nosotros, los abajo firmantes, pasantes del muy digno, muy virtuoso señor Bordin, no dudamos en atribuir esta inaudita conservación, cuánto tantos títulos, cartas, privilegios se han perdido, a la protección de santa Genoveva, patrona de este Despacho, y también al culto que el último de los procuradores excelentes ha rendido a todo lo relativo a los antiguos usos y costumbres. En la incertidumbre por saber cuál es la parte de santa Genoveva y cuál la del señor Bordin en este milagro, hemos decidido dirigirnos a San Esteban del Monte, para oír una misa que se celebrará en el altar de esa santa Pastora, que nos envía tantas ovejas para trasquilar, e invitar a desayunar a nuestro patrón, esperando que pague los gastos.

Han firmado: Oignard, primer pasante; Poidevin, segundo pasante; Proust, pasante; Brignolet, pasante; Derville, pasante; Agustín Coret, pequeño pasante.

En el Despacho, 10 de noviembre de 1806.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, los pasantes que suscriben consignan aquí su gratitud para con su excelente patrón, que les ha obsequiado en casa del señor Rolland, restaurador, calle de Hasard, con vinos exquisitos de tres comarcas, de Burdeos, de Champaña y de Borgoña, con manjares especialmente succulentos, desde las cuatro de la tarde hasta las siete y media. Ha habido café, helado, licores en abundancia. Pero la presencia del patrón no ha permitido cantar laudes en cantos clericales. Ningún pasante ha rebasado los límites de una amable alegría, porque el digno, respetable y generoso patrón había prometido llevar a sus pasantes a ver a Taima en *Britannicus*, en el Teatro Francés. ¡Viva el señor Bordin!... ¡Que Dios esparza sus favores sobre su testa venerable! ¡Que pueda vender caro un despacho tan glorioso! ¡Que el cliente rico acuda a él siempre que él lo desee! ¡Ojalá se lo imitaran nuestros futuros patronos! ¡Que sea amigo de los pasantes, incluso cuando haya dejado de existir!

Seguían treinta y tres procesos verbales de recepciones de pasantes, los cuales se distinguían por escrituras y tintas diversas, por frases, por firmas y por elogios de la buena comida y de los vinos que parecían demostrar que el proceso verbal se redactaba y se firmaba *inter pocula*.

En fin, con fecha del mes de junio de 1822, época de la prestación de juramento de Desroches, se encontraba esta prosa constitucional:

El que suscribe, Francisco Claudio María Godeschal, llamado por el señor Desroches para cumplir las difíciles funciones de primer pasante en un Despacho en el que la clientela estaba por crear, habiéndose enterado por medio del señor Derville, de cuya casa sale el abajo firmante, de la existencia de los famosos archivos architriclino-bazoquienses, que son célebres en el Palacio de Justicia, ha rogado a nuestro clemente patrón que los pidiera a su predecesor, porque importaba volver a encontrar ese documento que llevaba la fecha del año 1786, que se relaciona con otros archivos depositados en el Palacio, cuya existencia nos ha sido certificada por los señores Terrase y Duclos, archiveros, y con ayuda de los cuales nos remontamos al año 1525, encontrando sobre las costumbres y la cocina de los pasantes indicaciones históricas del más alto valor.

Habiendo satisfecho esta petición, el Despacho ha sido puesto hoy en posesión de estos testimonios del culto que nuestros predecesores han rendido constantemente a la *diva* botella y a la buena comida.

En consecuencia, para edificación de nuestros sucesores y para renovar la cadena de los tiempos y de las copas, el abajo firmante ha invitado a los señores Doublet, segundo pasante; a Vassals, tercer pasante; a Hérisson y Grandemain, pasantes, y Dumet, pequeño pasante, a desayunar el próximo domingo en el *Caballo Rojo*, en el muelle de San Bernardo, donde celebraremos la conquista de este libro que contiene la carta de nuestras comilonas.

Este domingo, 27 de junio, se han bebido doce botellas de diferentes vinos, que han sido encontrados exquisitos. Han resultado notables dos melones, los pasteles al *jus romanum*, un filete de buey, exquisitos champiñónibus. La señorita Marieta, ilustre hermana del primer pasante y Primera Figura de la Academia real de música y danza, habiendo puesto a la disposición del Despacho butacas para la función de esta noche, se ha levantado acta de esta generosidad. Además, se ha decidido que los pasantes se trasladarán todos juntos a la casa de esa noble señorita para darle las gracias y declararle que en su primer proceso, si el diablo le manda alguno, no habrá de pagar más que los gastos, de lo cual levantamos acta.

Godeschal ha sido proclamado la flor de la Bazoche y sobre todo buen muchacho.

Había manchas de vino y borrones de tinta. Para que el lector pueda comprender

bien el sello de verdad que habían sabido dar a este registro, bastará con transcribir el proceso verbal de la pretendida recepción de Oscar:

Hoy lunes, 25 de noviembre de 1822, después de una sesión celebrada ayer en la calle de la Cerisaie, barrio del Arsenal, en casa de la señora Clapart, madre del aspirante bazoquiense, Oscar Husson, los que firmamos declaramos que la comida de recepción ha sobrepasado lo que esperábamos. Se componía de rábanos negros y de color de rosa, pepinillos, anchovas, mantequilla y aceitunas como entremeses, un suculento potaje de arroz que da fe de una solicitud maternal, porque en él hemos reconocido un delicioso sabor a gallina; y por confesión del recipiendario nos hemos enterado de que, en efecto, un suculento plato de menudillos, preparado por la solicitud de la señora Clapart había sido juiciosamente añadido al potaje hecho a domicilio, con los cuidados que sólo se toman en los hogares.

Item, el estofado rodeado de un mar de gelatina, debida a la madre del susodicho.

Item, una lengua de buey con tomate.

Item, una compota de pichones, con un sabor como para hacer creer que los ángeles habían presidido su preparación.

Item, una gran fuente de macarrones.

Item, un postre compuesto de once platos delicados, entre los cuales, a pesar del estado de embriaguez en que nos habían puesto dieciséis botellas de vinos exquisitos, hemos distinguido especialmente una compota de melocotón de una delicadeza augusta y admirable.

Los vinos del Rosellón y los de la costa del Ródano han eclipsado completamente los de Champaña y de Borgoña. Una botella de marrasquino y una de kirsch, a pesar del exquisito café, han acabado de sumirnos en un éxtasis enológico tal, que uno de nosotros, el señor Hérisson, se ha encontrado en el bosque de Bolonia creyendo encontrarse aún en el bulevar del Temple; y que Jacquinaut, el pequeño pasante, de catorce años de edad, se ha dirigido a ciudadanas de cincuenta y siete años de edad tomándolas por mujeres fáciles, de lo cual levantamos acta.

Hay en los estatutos de nuestra orden una ley severamente observada, cual es la de dejar que los aspirantes a los privilegios de la Bazoche midan las magnificencias de su bienvenida con arreglo a su fortuna, porque es de pública notoriedad que nadie se entrega con rentas a Thémis, y que todo pasante es mantenido por su padre y madre. Por lo tanto, comprobamos con los mayores elogios la conducta de la señora Clapart, viuda en primeras nupcias del señor Husson, padre del impetrante, y digamos que es digna de los hurras que han sido proferidos a los postres, y todos hemos firmado.

Tres pasantes habían sido ya incluidos en esta ceremonia y tres recepciones auténticas se hallaban ya consignadas en este registro imponente.

El día de la llegada de cada neófito al despacho, el pequeño pasante había sacado los archivos architriclino-bazoquienses, y los pasantes gozaban del espectáculo que ofrecía la fisonomía del recién llegado mientras examinaba estas páginas burlescas. *Inter pocula*, cada recipiendario había aprendido el secreto de esta farsa bazoquiense, y esta revelación les inspiró, como era de esperar, el deseo de vengarse con los futuros pasantes.

Cada cual puede imaginar ahora la cara que pondrían los cuatro pasantes y el pequeño pasante a estas palabras de Oscar, convertido a su vez en mistificador:

—¡Adelante con el libro!

Diez minutos después de esta exclamación, un apuesto joven se presentó, preguntó por el señor Desroches y sin vacilar dio su nombre a Godeschal.

—Me llamo Federico Marest —dijo— y vengo para ocupar aquí el puesto de tercer pasante.

—Señor Husson —dijo Godeschal a Oscar—, indicadle al señor su sitio y ponedlo al corriente de las costumbres de nuestro trabajo.

Al día siguiente, el pasante encontró el libro encima de su mesa; pero, después de haber recorrido las primeras páginas, se echó a reír, no invitó al despacho y volvió a dejar el libro ante sí.

—Caballeros —dijo en el momento de irse, hacia las cinco—, tengo un primo que es primer pasante de notario en casa del señor Leopoldo Hannequin. Le consultaré sobre lo que debo hacer para mi bienvenida.

—Esto va mal —exclamó Godeschal—. No tiene aspecto de novicio ese futuro magistrado.

Al día siguiente, a las dos de la tarde, Oscar vio entrar y reconoció al primer pasante de Hannequin, a Jorge Marest.

—¡Vaya, ahí tenemos al amigo de Alí-Pachá! —exclamó.

—Y aquí está el señor embajador —respondió Jorge recordando a Oscar.

—¿De modo que os conocéis? —preguntó Godeschal a Jorge.

—¡Ya lo creo! —dijo Jorge—. Hemos hecho tonterías juntos, y hace de ello más de dos años... Sí, salí de casa del señor Crottat para entrar en la de Hannequin, precisamente a causa de ese asunto...

—¿De qué asunto? —inquirió Godeschal.

—¡Oh, nada! —respondió Jorge al ver que Oscar le hacía una seña—. Quisimos tomarle el pelo a un par de Francia y fue él quien nos dio a nosotros un revolcón... ¡Ah! De modo que queréis darle un sablazo a mi primo...

—Nosotros no damos sablazos a nadie —dijo Oscar con dignidad—. He aquí nuestra carta.

Y presentó el famoso registro en el que se encontraba una sentencia de exclusión formulada contra un refractario que había sido obligado, por tacañería, a abandonar el

despacho en 1788.

—Yo creo que se trata de un timo —repuso Jorge señalando los burlescos archivos—. Pero mi primo y yo somos ricos. Os ofreceremos una fiesta como no habréis visto otra y que estimulará vuestra imaginación para el proceso verbal. Hasta mañana domingo, en el Rocher de Cancale, a las dos. Después os llevaré a pasar la tarde en casa de la señora marquesa de Las Florentinas y Cabirols, donde jugaremos y donde encontraréis un ramillete de mujeres elegantes. Así, señores de la Primera Instancia —continuó con empaque notarial—, espero que sabréis aguantar el vino como los señores de la Regencia...

—¡Hurra! —gritó el despacho como un solo hombre—. ¡Bravo!... *Very well!*... *Vivat!*... ¡Viva los Marest!...

—Bueno, ¿qué ocurre? —preguntó el patrón saliendo del gabinete—. ¡Ah! ¿Estás ahí, Jorge? —le dijo al primer pasante—. Adivino que vienes a corromper a mis pasantes. —Y volvió a entrar en su gabinete llamando a él a Oscar—. Toma, ahí tienes quinientos francos —le dijo abriendo su caja—. Ve al Palacio y retira de la Escribanía de las Expediciones el juicio de Vandenesse contra Vandenesse. Es preciso requerirle esta tarde, si es posible. He prometido veinte francos a Simón. Aguarda el juicio si no está a punto. No te dejes engañar, ya que Derville es capaz, en interés de su cliente, de ponernos palos en las ruedas. El conde Félix de Vandenesse es más poderoso que su hermano el embajador, nuestro cliente. Así, procura tener los ojos bien abiertos y a la menor dificultad ven a verme.

Oscar partió con la intención de distinguirse en esta pequeña escaramuza, el primer asunto que se presentaba desde que él se hallaba trabajando en el despacho.

Cuando Jorge y Oscar se hubieron marchado, Godeschal habló a su nuevo pasante de la broma que encerraba, según él, aquella marquesa de Las Florentinas y Cabirols. Pero Federico, con una sangre fría y una seriedad propias de un Fiscal General, continuó la burla de su primo; por su modo de contestar y por sus maneras convenció a todo el Despacho de que la marquesa de Las Florentinas era la viuda de un Grande de España, a quien su primo hacía la corte. Nacida en Méjico e hija de una criolla, aquella joven y rica viuda distinguíase por la ligereza que caracterizaba a las mujeres nacidas en aquellos climas.

—¡Le gusta reír, beber y cantar como a nosotros! —dijo en voz baja, citando la famosa canción de Béranger—. Jorge —añadió— es muy rico, ha heredado de su padre, que era viudo, dieciocho mil libras de renta, y con los doce mil francos que nuestro tío acaba de dejarnos a cada uno, tiene treinta mil francos al año. Así, ha pagado sus deudas y abandona el Notariado. Espera ser marqués de Las Florentinas, porque la joven viuda es marquesa y tiene derecho a dar sus títulos a su marido.

Si los pasantes quedaron sumamente indecisos en lo que se refiere a la condesa, la doble perspectiva de un desayuno en el *Rocher de Cancale* y de aquella fiesta les inspiró una alegría excesiva.

Esta condesa de Las Florentinas y Cabirols era, lisa y llanamente, la señorita

Águeda Florentina Cabirolle, primera bailarina del teatro de la Gaîté, amiga íntima del tío Cardot. Un año después de la pérdida muy reparable de la difunta señora Cardot, el feliz negociante encontró a Florentina cuando ésta salía de la clase de Coulon. Deslumbrado por la belleza de aquella flor coreográfica (Florentina contaba entonces trece años de edad), el comerciante retirado la siguió hasta la calle Pastourelle, donde tuvo el placer de enterarse de que aquel futuro ornato del «ballet» debía la existencia a una simple portera. Al cabo de quince días, la madre y la hija, establecidas en la calle de Crussol, conocieron allí un modesto bienestar. Fue, pues, a este protector de las artes, según la frase consagrada, que el Teatro debió aquel joven talento. Su generoso mecenas volvió entonces casi locas de alegría a aquellas dos criaturas al ofrecerles un mobiliario de caoba, cortinajes, alfombras y una cocina con todo lo necesario; permitioles tomar una asistenta y les dio doscientos cincuenta francos mensuales. El tío Cardot pareció entonces ser un ángel y fue tratado como debía serlo un bienhechor. Para la pasión del buen hombre, aquello fue *la edad de oro*.

Durante tres años, el tío Cardot tuvo la alta política de mantener a la señorita Cabirolle y a su madre en aquel pequeño apartamento, a dos pasos del teatro; luego, por amor a la coreografía, dio por maestro a su protegida a Vestris. Así, hacia el año 1820, tuvo la dicha de ver bailar a Florentina por primera vez en el «ballet» de un melodrama arrevistado, titulado *Las ruinas de Babilonia*. Florentina contaba a la sazón dieciséis primaveras. Algún tiempo después de este debut, el tío Cardot se había convertido ya en un *viejo avaro* para su protegida, pero como tuvo la delicadeza de comprender que una bailarina del Teatro de la Gaîté tenía que guardar cierto rango, y como aumentó su ayuda mensual a quinientos francos, si no volvió a convertirse en un ángel fue por lo menos *un amigo para toda la vida*, un segundo padre. Fue *la edad de plata*.

De 1820 a 1823, Florentina adquirió toda la experiencia de que deben gozar las bailarinas de diecinueve a veinte años. Sus amigas fueron las ilustres Marieta y Tulia, dos primeras bailarinas de la ópera; Florina, luego la pobre Coralia, tan prematuramente arrebatada a las artes, al amor y a Camusot. Como el tío Cardot, por su parte, había adquirido cinco años más, cayó en la indulgencia de aquella semipaternidad que conciben los ancianos para los jóvenes talentos que han fomentado, y cuyos éxitos vienen a ser los suyos. El tío Cardot encontrose, pues, bajo un yugo semiconyugal y de una forma irresistible. Fue *la edad de bronce*.

Durante los cinco años de la edad de oro y de la edad de plata, Cardot ahorró noventa mil francos. Aquel anciano, lleno de experiencia, había previsto que, cuando él llegara a la edad de setenta años, Florentina sería mayor de edad; quizá debutaría en la Ópera, sin duda querría exhibir el lujo de una Primera Bailarina. Unos días antes de la fiesta en cuestión, el tío Cardot había gastado cuarenta y cinco mil francos con objeto de situar en cierto nivel a Florentina, para la cual había vuelto a tomar el apartamento en el que la malograda Coralia hiciera la felicidad de Camusot. En París

hay apartamentos y casas, lo mismo que calles, que parecen predestinados. Enriquecida con una magnífica vajilla de plata, la primera bailarina del Teatro de la Gaîté daba grandes banquetes, gastaba trescientos francos mensuales en su «toilette», no salía más que en coche, tenía doncella, cocina y lacayo. En fin, ambicionaba debutar en la Ópera. El Capullo de Oro hizo entonces homenaje a su antiguo jefe con sus productos más espléndidos para complacer a la señorita Cabirolle, llamada Florentina, de la misma manera que tres años antes había colmado los deseos de Coralia, aunque siempre a escondidas de la hija del tío Cardot, porque el padre y el yerno se entendían a las mil maravillas para guardar el decoro en el seno de la familia. La señora Camusot no sabía nada de las disipaciones de su marido ni de las costumbres de su padre. Ahora bien, la magnificencia que brillaba en la calle de Vendôme, en casa de la señorita Florentina, habría satisfecho a las comparsas más ambiciosas. Después de haber sido el amo durante siete años, Cardot sentíase arrastrado por un remolcador de un poder de capricho ilimitado. ¡Pero el desdichado viejo amaba!... Florentina había de cerrarle los ojos, él pensaba legarle un centenar de miles de francos. ¡*La edad de hierro* había comenzado!

Jorge Marest, rico de treinta mil libras de renta, guapo mozo, cortejaba a Florentina. Todas las bailarinas tienen la pretensión, de amar como las aman sus protectores, de tener un joven que las lleve a pasear y les organice locas excursiones al campo. Aunque desinteresado, el capricho de una Primera Bailarina es siempre una pasión que cuesta algunas bagatelas al *feliz mortal* elegido. Se trata de las comidas en los restaurantes, los palcos en los espectáculos, los coches para ir a los alrededores de París y para regresar, vinos exquisitos consumidos a profusión, porque las bailarinas viven como vivían en otro tiempo los atletas. Jorge se divertía como se divierten los jóvenes que pasan de la disciplina paternal a la independencia, y la muerte de su tío, al doblar casi su fortuna, cambiaba sus ideas. Mientras sólo tuvo las dieciocho mil libras de renta que le dejaron sus padres, su intención fue ser notario; pero según las palabras de su primo a los pasantes de Desroches, hacía falta ser estúpido para comenzar un empleo con la fortuna que se tiene cuando se deja. Ahora bien, el primer pasante celebraba su primer día de libertad con aquel desayuno que al mismo tiempo servía para pagar la bien venida de su primo. Más juicioso que Jorge, Federico se empeñaba en seguir la carrera de Fiscal. Un joven guapo e inteligente como Jorge bien podía casarse con una rica criolla, de la misma manera que el marqués de Las Florentinas y Cabirollos había podido, según dijo Federico a sus futuros compañeros, en su edad avanzada, tomar por esposa a una joven mucho más bella que noble. Los pasantes del despacho de Desroches, salidos todos ellos de familias pobres, sin haber frecuentado jamás el gran mundo, vistieron sus mejores galas, bastante impacientes todos ellos por ver a la marquesa mejicana de Las Florentinas y Cabirollos.

—¡Qué suerte! —dijo Oscar a Godeschal, al levantarse por la mañana—, ¡que haya encargado un traje, un pantalón, un chaleco nuevo, un par de botas, y que mi buena madre me haya hecho un nuevo equipo para mi promoción al grado de

segundo pasante! Tengo seis camisas con chorrera y de hermosa tela además de la docena que ella me ha dado... ¡Vamos a exhibirnos! ¡Ah! si uno de nosotros pudiera raptarle la marquesa a ese Jorge Marest...

—¡Buena ocupación para un pasante del Despacho del señor Desroches! —exclamó Godeschal—. No llegarás nunca a domar tu vanidad.

—¡Ah, señor! —dijo la señora Clapart, que venía a traerle a su hijo unas corbatas y oyó las palabras de Godeschal a su hijo—, quiera Dios que mi Oscar siga vuestros buenos consejos. Es lo que le digo constantemente: ¡Imita al señor Godeschal, escucha sus consejos!

—Ya lo hace, señora —respondió el primer pasante—; pero no harían falta muchas torpezas como la de ayer para enajenarse las simpatías del patrón. El patrón no concibe que uno no tenga éxito en lo que hace. Como primer asunto, confía a vuestro hijo la tarea de ir a buscar la expedición de un juicio en un asunto de sucesión en el que dos grandes señores, dos hermanos, pleitean uno contra el otro, y Oscar se ha dejado engañar... El patrón estaba furioso. Menos mal que he podido reparar esta tontería yendo esta mañana, después de las seis, a encontrar al oficial de escribanía, quien me ha prometido que me dará el juicio mañana a las siete y media.

—¡Ah! ¡Godeschal! —exclamó Oscar dirigiéndose a su primer pasante y estrechándole la mano— sois un verdadero amigo.

—¡Ah, señor! —dijo la señora Clapart— una madre puede considerarse muy dichosa de saber que su hijo tiene un amigo como vos, y podéis contar con una gratitud que sólo se acabará cuando acabe mi vida. Oscar, desconfía de ese Jorge Marest, que ya fue la causa de tu primera desgracia en la vida.

—¿Cómo fue? —preguntó Godeschal.

La madre, demasiado confiada, explicó brevemente al primer pasante la aventura que le había ocurrido a su pobre Oscar en el coche de Pierrotin.

—Estoy seguro de que ese bribón nos ha preparado alguna jugarreta —dijo Godeschal— para esta tarde. Yo no iré a la casa de la condesa de Las Florentinas, mi hermana me necesita para las estipulaciones de un nuevo contrato, os dejaré, pues, a la hora de los postres; pero, Oscar, vigila bien. Quizás os hagan jugar, no conviene que el Despacho de Desroches retroceda. Toma, jugarás para nosotros dos, he aquí cien francos —dijo el buen muchacho dando esta suma a Oscar, cuya bolsa iba a ser vaciada por el zapatero y el sastre—. Sé prudente, no juegues más allá de nuestros cien francos, no te dejes embriagar ni por el juego ni por las libaciones. Un segundo pasante tiene ya su importancia, no debe jugar bajo palabra ni rebasar el límite en nada. Desde que uno es segundo pasante, hay que pensar en llegar a ser procurador. Así, no beber ni jugar en demasía, conservar un término medio, he ahí la regla de tu conducta. Sobre todo no olvides regresar a casa a medianoche, porque mañana debes estar en el Palacio a las siete para tomar aquel juicio. No está prohibido divertirse, pero los negocios ante todo.

—¿Oyes bien, Oscar? —dijo la señora Clapart—. Ya ves cómo el señor

Godeschal es indulgente, y cómo sabe conciliar los placeres de la juventud con las obligaciones de su cargo.

La señora Clapart, al ver venir al sastre y al zapatero que preguntaban por Oscar, quedose a solas un instante con el primer pasante para devolverle los cien francos que acababa de entregarle.

—¡Ah, señor! —le dijo— las bendiciones de una madre os seguirán dondequiera que vayáis en todas vuestras empresas.

La madre tuvo entonces la suprema dicha de ver a su hijo bien vestido. Le traía un reloj de oro comprado con sus economías, para recompensarle por su comportamiento.

—Dentro de ocho días vas a entrar en quintas —le dijo—, y como hacía falta prever el caso de que sacases mal número, he ido a ver a tu tío Cardot. Está muy contento de ti. Encantado de saber que eres segundo pasante a los veinte años y, por tus éxitos en el examen en la Escuela de Derecho, ha prometido el dinero necesario para comprarte un sustituto. ¿No experimentas cierta satisfacción al ver cómo es recompensada una buena conducta? Si sufres privaciones, piensa en la suerte de poder, dentro de cinco años, tener un despacho. En fin, piensa, ratoncito mío, cuán feliz haces a tu madre...

El rostro de Oscar, algo demacrado por el estudio, había asumido una fisionomía a la que el hábito de los asuntos judiciales imprimía una expresión llena de gravedad. Había cesado de crecer, y le había brotado la barba. En fin, la adolescencia dejaba paso a la virilidad. La madre no pudo por menos de admirar a su hijo y lo abrazó tiernamente diciéndole:

—Diviértete, pero acuérdate de los avisos de ese buen señor Godeschal. ¡Ah, toma, me olvidaba!, aquí tienes el regalo de nuestro amigo Moreau, una linda cartera.

—Me hace mucha falta, porque el patrón me ha entregado quinientos francos para retirar ese maldito juicio Vandenesse contra Vandenesse, y que no quiero dejar en mi cuarto.

—¿Vas a guardarlos encima? —dijo la madre, asustada—. ¿Y si perdieras una suma como ésa? ¿No sería mejor que la confiases al señor Godeschal?

—¿Godeschal? —exclamó Oscar, a quien le pareció excelente la idea.

Godeschal, como todos los pasantes en domingo, trabajaba de diez a dos, y ya se había marchado.

Cuando su madre se hubo alejado, Oscar fue a pasear por los bulevares, aguardando la hora del desayuno. ¡Cómo no pasear con aquel hermoso traje que llevaba con una satisfacción y orgullo que recordarán todos los jóvenes que se han visto en apuros económicos en el comienzo de la vida! un lindo chaleco de cachemira con fondo azul, un pantalón de casimir negro, un traje negro de buen corte y un bastón con puño de plata sobredorada comprada con sus ahorros ocasionaban una alegría harto natural en aquel pobre joven que se acordaba de cómo iba vestido el día del viaje a Presles, pensando en el efecto que Jorge le había causado en aquella

ocasión. Oscar tenía en perspectiva una jornada de delicias, y por la tarde había de ver por vez primera el bello mundo. ¿Lo confesaremos?, en un pasante sediento de placeres, y que desde hacía algún tiempo ansiaba divertirse, los sentidos desenfrenados podían hacerle olvidar las prudentes recomendaciones de Godeschal y de su madre. Además de las recomendaciones de aquella mañana, Oscar sentía en su interior un movimiento de aversión hacia Jorge, sentíase humillado ante aquel testigo de la escena del salón de Presles, cuando Moreau lo arrojó a los pies del conde de Sérisy. El Orden Moral tiene sus leyes, éstas son implacables, y uno se ve siempre castigado por haberlas infringido. Sobre todo hay una a la que incluso el animal obedece sin discusión, y siempre. Es aquella que nos ordena huir de cualquiera que nos perjudicó una vez, con o sin intención, voluntaria o involuntariamente. La criatura de la que hemos recibido daño o disgusto, nos será siempre funesta. Sea cual fuere su categoría, sea cual fuere el grado de afecto por el que nos pertenezca, es preciso romper con ella, porque nos ha sido enviada por nuestro genio maligno. Aunque el sentimiento cristiano se oponga a esta conducta, la obediencia a esta ley terrible es esencialmente social y conservadora. La hija de Jacobo II, que se sentó en el trono de su padre, debió de infligirle más de una herida antes de su usurpación. Judas había dado ciertamente algún golpe asesino a Jesús antes de traicionarlo. Hay en nosotros una vista interior, los ojos del alma, que presiente las catástrofes, y la repugnancia que experimentamos hacia ese ser fatal es el resultado de esta previsión; si la religión nos ordena vencerla, nos queda la desconfianza, cuya voz debe ser incesantemente escuchada. ¿Podía Oscar, a los veinte años de edad, tener tanta prudencia? ¡Ay! cuando, a las dos y media entró Oscar en el salón del Rocher de Cancalle donde se encontraban tres invitados, además de los pasantes, a saber: un viejo capitán de dragones llamado Giroudeau; Finot, periodista que podía hacer que Florentina debutase en la Ópera; du Bruel, autor amigo de Tulia, una de las rivales de Marieta en la Ópera, el segundo pasante sintió que su secreta hostilidad se desvanecía a los primeros apretones de manos, en los primeros impulsos de una charla entre jóvenes, ante una mesa de doce cubiertos espléndidamente servida. Por otra parte, Jorge estuvo muy simpático con Oscar.

—Veo que seguís la diplomacia privada —le dijo—, porque, ¿qué diferencia hay entre un embajador y un procurador?, únicamente la que separa una nación de un individuo. ¡Los embajadores son los procuradores de los pueblos! Si puedo seros útil, venid a verme.

—A fe mía —dijo Oscar—, hoy ya puedo confesároslo, vos habéis sido la causa de una gran desgracia para mí...

—¡Bah! —dijo Jorge, después de haber escuchado el relato de las tribulaciones del pasante—; pero si fue el señor de Sérisy el que se portó mal. ¿Su mujer?... no quisiera yo tener una como ella. Y por más que el conde sea Ministro de Estado, par de Francia, yo no quisiera estar dentro de su piel roja. Es un hombre vulgar, y yo me burlo de él ahora mismo.

Oscar experimentó un verdadero placer ante las bromas de Jorge sobre el conde de Sérisy, porque ellas disminuían, en cierto modo, la gravedad de su falta; y abundó en la intención odiosa del ex pasante de notario, que se divertía augurando a la Nobleza las desgracias que la Burguesía soñaba entonces y que el año 1830 había de realizar. A las tres y media, comenzaron a comer. Los postres no aparecieron hasta las ocho, cada servicio exigió dos horas. Sólo los pasantes pueden comer así. Los estómagos de dieciocho a veinte años son, para la Medicina, hechos inexplicables. Los vinos fueron dignos de Borrel, que en esa época sustituía al ilustre Balaine, creador del primero de los restaurantes parisienses por la delicadeza y la perfección de la cocina, es decir, del mundo entero.

Redactaron el proceso verbal de este festín de Baltasar en el momento de los postres, comenzando por: *inter pocula aurea restauranti, qui vulgo dicitur Rupes Cancali*. Después de este comienzo, cada cual puede imaginar la hermosa página que fue añadida a aquel Libro de Oro de los almuerzos bazoquienses.

Godeschal desapareció después de haber firmado, dejando que los once comensales, estimulados por el antiguo capitán de la Guardia Imperial, se entregasen a los vinos, a los brindis y a los licores de unos postres cuyas pirámides de fruta y de golosinas parecían los obeliscos de Tebas. A las diez y media, el pequeño pasante del despacho se hallaba en un estado que no le permitía permanecer allí por más tiempo, por lo que Jorge lo metió en un *fiacre*, dio la dirección de la madre y pagó la carrera. Los diez comensales, todos ellos ebrios como Pitt y Dundas, hablaron entonces de ir a pie, por los bulevares, en vista del buen tiempo que hacía, a la casa de la marquesa de Las Florentinas y Cabirols, donde, hacia la medianoche, habían de encontrar la más brillante sociedad. Todos deseaban respirar a pleno pulmón; pero, excepto Jorge, Giroudeau, Du Bruel y Finot, acostumbrados a las orgías parisienses, nadie podía caminar. Jorge mandó buscar tres calesas en casa de uno que alquilaba coches, y paseó a sus compañeros durante una hora por los bulevares exteriores, desde Montmartre hasta la barrera del Trono. Regresaron por Bercy, los muelles y los bulevares, hasta la calle de Vendôme.

Los pasantes revoloteaban aún por el cielo poblado de fantasía, donde conduce la embriaguez a los jóvenes, cuando su anfitrión los introdujo en medio de los salones de Florentina. Allí centelleaban princesas de teatro, que, sin duda advertidas de la broma de Federico, divertíanse en imitar a las mujeres decentes. Estaban tomando helados. Las bujías encendidas hacían brillar los candelabros. Los lacayos de Tulia, de la señora del Val-Noble y de Florina, todos de librea, servían golosinas en bandejas de plata. Las colgaduras, obras maestras de la industria lyonesa, eran magníficas. Las flores de las alfombras semejaban un parterre. Las más preciosas chucherías deslumbraban los ojos. En el primer momento y en el estado en que Jorge los había puesto, los pasantes y sobre todo Oscar creyeron en la marquesa de Las Florentinas y Cabirols. El oro relucía en cuatro mesas de juego colocadas en el dormitorio. En el salón, las mujeres estaban entregadas al juego de la veintiuna,

dirigido por Nathan, el famoso autor. Después de haber ido errantes y casi dormidos por los sombríos bulevares exteriores, los pasantes se despertaban, pues, en un verdadero palacio de Armida. Oscar, presentado por Jorge a la pretendida marquesa, permaneció estupefacto, sin reconocer a la bailarina de la Gaîté en aquella mujer aristocráticamente escotada, adornada con profusión de encajes, parecida casi a una viñeta de Keepsake, y que lo recibió con gracia sin precedentes en el recuerdo o en la imaginación de un pasante que vivía con tanta austeridad. Después de haber admirado todas las riquezas de aquel apartamento, las hermosas mujeres que en él pululaban, y que habían competido todas ellas entre sí en elegancia para aquella fiesta, Oscar fue tomado de la mano y conducido por Florentina a la mesa de la veintiuna.

—Venid, que os presentaré a la bella marquesa de Anglade, una de mis amigas...

Y condujo al pobre Oscar hacia la linda Fanny Beaupré, que desde hacía dos años sustituía a la malograda Coralia en el corazón de Camusot. Aquella joven actriz acababa de labrarse una reputación en un papel de marquesa de un melodrama de la Porte-Saint-Martin, titulado: *La familia de Anglada* un éxito de la época.

—Querida —dijo Florentina—, te presento a un muchacho muy simpático al que puedes asociar a tu juego.

—¡Ah, magnífico! —respondió con encantadora sonrisa la actriz mirando a Oscar—, estaba perdiendo. Iremos a medios, ¿verdad?

—Señora marquesa, estoy a vuestras órdenes —dijo Oscar sentándose al lado de la bella actriz.

—Poned dinero —dijo—, yo lo jugaré, ¡y vos me traeréis suerte! Mirad, he ahí mis últimos cien francos...

Y la falsa marquesa sacó de una bolsa, adornada con diamantes, cinco piezas de oro. Oscar sacó sus cien francos en piezas de cien sueldos, avergonzado de mezclar innobles escudos con monedas de oro. En diez veces, la actriz perdió los doscientos francos.

—¡Qué lástima! —exclamó— ahora voy a tener yo la banca. ¿Seguimos juntos, verdad? —preguntó a Oscar.

Fanny Beaupré se había puesto en pie, y el joven pasante, que como ella veíase convertido en objeto de la atención de toda la mesa, no se atrevió a retirarse diciendo que en su bolsa se alojaba el diablo. Oscar encontrose sin voz, y su lengua, que se había vuelto espesa y pesada, permaneció pegada a su paladar.

—Préstame quinientos francos —dijo la actriz a la bailarina.

Florentina le dio quinientos francos que fue a pedir a Jorge, que acababa de pasar ocho veces al juego del *écarté*.

—Nathan ha ganado mil doscientos francos —dijo la actriz al pasante—, los banqueros siguen ganando, no nos dejemos vencer —le dijo al oído.

Las personas de corazón, imaginación y apasionamiento comprenderán cómo el pobre Oscar abrió su cartera y sacó el billete de quinientos francos. Miraba a Nathan, el famoso autor, que se puso con Florina a jugar fuerte contra la banca.

—Vamos, pequeño —le gritó Fanny Beaupré haciendo a Oscar una seña para que recogiera los doscientos francos que Florina y Nathan habían apuntado.

La actriz no ahorra las bromas y las burlas a los que perdían. Animaba el juego con cuchufletas que a Oscar le parecían muy singulares; pero la alegría ahogó estas reflexiones, porque las dos primeras vueltas produjeron una ganancia de dos mil francos. Oscar sentía deseos de fingir una indisposición y de marcharse dejando allí a su compañera, pero el *honor* lo retenía clavado. Otras tres vueltas se llevaron los beneficios. Oscar sintió un sudor frío en la espalda y la embriaguez desapareció por completo. Las dos últimas vueltas se llevaron todo el dinero que habían puesto en común, Oscar tuvo sed y apuró, seguidos, tres vasos de ponche helado. La actriz llevó al pobre pasante al dormitorio, diciéndole al oído frases banales. Pero entonces el sentimiento de su falta abrumó de tal modo a Oscar, a quien la cara de Desroches se le apareció como en sueños, que fue a sentarse en una magnífica otomana, en un rincón oscuro; se puso un pañuelo ante los ojos; lloraba. Florentina se dio cuenta de aquella actitud del dolor que posee un carácter de sinceridad y que había de impresionar a la cómica, la cual corrió hacia Oscar, le separó las manos del rostro, vio las lágrimas y llevóselo a un gabinete.

—¿Qué te ocurre, pequeño? —le preguntó.

Al oír esta voz, este acento, Oscar, que reconoció una bondad maternal en aquella muchacha, respondió:

—He perdido quinientos francos que mi patrón me había entregado para retirar mañana un juicio, y no tengo más remedio que arrojarme al agua, estoy deshonorado...

—¿Es que sois tonto? —le dijo Florentina— quedaos ahí, voy a traeros mil francos, trataréis de recobrarlo todo; pero no arriesguéis más de quinientos francos, con objeto de conservar el dinero de vuestro patrón. Jorge juega muy bien al *écarté* apostad para él...

En la cruel situación en que Oscar se encontraba, aceptó la proposición de la dueña de la casa.

—¡Ah! —se dijo— sólo las marquesas son capaces de rasgos como ése... Bella, noble y riquísima, ¡qué suerte tiene ese Jorge!

Recibió de Florentina los mil francos en oro y fue a apostar para su mixtificador. Jorge había pasado ya cuatro veces, cuando Oscar fue a sentarse a su lado. Los jugadores vieron llegar a aquel nuevo apostador con agrado, porque todos, con el instinto de los jugadores, se alinearon al lado de Giroudeau, el viejo oficial del Imperio.

—Caballeros —dijo Jorge—, seréis castigados por vuestra defección, me siento en vena, ¡vamos, Oscar, vamos a hundirlos!

Jorge y su compañero perdieron cinco partidas seguidas. Después de haber disipado sus mil francos, Oscar, a quien el furor del juego hizo presa de él, quiso tomar las cartas. Por un azar bastante frecuente en los que juegan por primera vez ganó; pero Jorge le hizo perder la cabeza con sus consejos; le decía que echase unas

cartas y a veces se las arrebatava de las manos, de suerte que la lucha de aquellas dos voluntades, de aquellas dos inspiraciones, perjudicaba al juego mismo. Así, hacia las tres de la madrugada, después de reveses de fortuna y de ganancias inesperadas, bebiendo constantemente ponche, Oscar llegó a no tener más que cien francos. Levantose con la cabeza pesada, dio unos pasos y cayó en un sofá del gabinete, con los ojos cerrados por un sueño de plomo.

—Marieta —decía Fanny Beaupré a la hermana de Godeschal, que había llegado a las dos de la madrugada—, ¿quieres comer aquí mañana? mi Camusot estará presente con el tío Cardot, y los vemos rabiarse...

—¡Cómo! —exclamó Florentina—. Pero si mi viejo chico no me ha avisado...

—Pues mañana deberá hacerlo —repuso Fanny Beaupré—. Bien está que el pobre hombre estrene su apartamento.

—¡Que el diablo se lo lleve a él y a sus orgías! —exclamó Florencia—. Él y su yerno son peores que los magistrados o que los directores de teatro. Después de todo, se come muy bien aquí, Marieta —díjole a la Primera Actriz de la Ópera—, Cardot encarga siempre la minuta en casa de Chevet, ven con tu duque de Maufrigneuse, reiremos mucho, y los haremos bailar como payasos.

Al oír pronunciar los nombres de Cardot y de Camusot, Oscar hizo un esfuerzo para vencer el sueño; pero sólo pudo balbucear una palabra que no fue oída, y volvió a caer sobre el cojín de seda.

—Toma, tienes provisiones para la noche —dijo Fanny Beaupré a Florentina, riendo.

—¡Oh, pobre muchacho!, está ebrio de ponche y de desesperación, es el segundo pasante del estudio en el que trabaja tu hermano —dijo Florentina a Marieta—, ha perdido el dinero que su patrón le ha entregado para los asuntos del estudio. Quería matarse, yo le he prestado mil francos que esos bandidos de Finot y de Giroudeau le han ganado. ¡Pobre inocente!

—Pero hay que despertarle —dijo Marieta—, mi hermano no bromea, ni su patrón tampoco.

—¡Oh!, despiértalo, si puedes, y llévatelo —dijo Florentina, volviendo a sus salones para despedir a los que se iban.

Pusiéronse a bailar bailes de los que llaman de carácter, y cuando amaneció Florentina se acostó, fatigada, olvidándose de Oscar, en quien nadie pensaba, pero que dormía con el más profundo de los sueños.

Hacia las once de la mañana, una voz terrible despertó al pasante, que al reconocer a su tío Cardot creyó salir del apuro fingiendo que dormía y teniendo el rostro apretado contra los hermosos cojines de terciopelo amarillo en los que había pasado la noche.

—Realmente, mi pequeña Florentina —decía el respetable anciano—, no es prudente ni delicado, ¿has estado bailando ayer aquí en *las Ruinas*, has pasado la noche en una orgía? Esto equivale a perder tu lozanía, sin tener en cuenta, por otra

parte, que constituye una ingratitud al inaugurar estos magníficos apartamentos sin mí, con unos extraños ¡y sin saberlo yo!... ¿Quién sabe lo que habrá sucedido?

—¡Viejo monstruo! —exclamó Florentina—, ¿acaso no tenéis una llave para entrar a cualquier hora y en todo momento en mi casa? El baile ha terminado a las cinco y media, ¡y tenéis la crueldad de despertarme a las once!...

—A las once y media, Titina —hízole observar humildemente Cardot—, me he levantado temprano para encargarme a Chevet una comida de arzobispo... Han echado a perder tus alfombras, ¿a qué clase de gente has recibido?...

—No deberíais quejaros de ello, porque Fanny Beaupré me ha dicho que veníais con Camusot, y para complaceros he invitado a Tulia, a du Bruel, Marieta, al duque de Maufrigneuse, a Florina y a Nathan. Así, tendréis a las cinco criaturas más hermosas que hayáis visto jamás a la luz de las candilejas, y os danzarán a paso de Céfiro.

—¡Pero equivale a suicidarse el llevar semejante vida! —exclamó el tío Cardot—. ¡Y cuántos vasos rotos! ¡Qué pillaje!, la antesala hace temblar...

En aquel momento, el simpático vejete quedose estupefacto, y fascinado como un pájaro atraído por un reptil. Advertía el contorno de un cuerpo joven vestido de negro.

—¡Ah, señorita Cabirolle!... —dijo al fin.

—¿Bueno, qué? —preguntó la joven.

La mirada de la bailarina siguió la dirección de la del tío Cardot; y cuando hubo reconocido al segundo pasante, soltó una sonora carcajada. Cogió del brazo a Oscar y luego volvió a reír estrepitosamente al ver las caras contritas del tío y del sobrino.

—¿Vos aquí, sobrino?...

—¡Ah!, ¿es vuestro sobrino? —exclamó Florentina, volviendo a reír—. Vos no me habíais hablado nunca de ese sobrino. Entonces, ¿Marieta no se os llevó de aquí? —dijo a Oscar, que permaneció petrificado—. ¿Qué va a ser de ese pobre muchacho?

—Lo que él quiera —repuso secamente el tío Cardot, que dirigióse hacia la puerta, dispuesto a marcharse.

—Un instante, tío Cardot, vais a sacar a vuestro sobrino de un mal paso en el que se encuentra por culpa mía, porque se ha jugado el dinero de su patrón, quinientos francos, que ha perdido, además de mil francos que yo le he dado para recuperar lo perdido.

—Desdichado, ¿has perdido mil quinientos francos en el juego? ¡A tu edad!

—¡Ah!, querido tío —exclamó el pobre Oscar, a quien estas palabras sumieron en el fondo del horror de su posición, y que se arrojó de rodillas delante de su tío, con las manos juntas—. Es mediodía, estoy perdido, deshonorado... ¡El señor Desroches no tendrá compasión! Se trata de un asunto importante en el que ha puesto su amor propio. ¡Esta mañana yo tenía que ir a la escribanía del tribunal a buscar el juicio Vandenesse contra Vandenesse! ¿Qué ha ocurrido?... ¿Qué va a ser de mí?... ¡Salvadme, por la memoria de mi padre y de mi tía!... Venid conmigo a casa del

señor Desroches, explicádselo, hallad pretextos...

Estas frases eran proferidas a través de lágrimas y sollozos que habrían conmovido a la esfinge del desierto de Luksor.

—Bien viejo bribón —exclamó la bailarina, que lloraba—, ¿dejaréis que quede deshonrado vuestro sobrino, el hijo del hombre al que debéis vuestra fortuna, puesto que se llama Oscar Husson?, ¡salvadlo, o Titina reniega de vos para siempre!

—¿Pero cómo se encuentra aquí? —preguntó el viejo.

—¡Ah!, para que haya podido olvidar la hora de ir a buscar el juicio de que habla, ¿no comprendéis que ha debido estar borracho, que se ha caído allí, rendido por el sueño y la fatiga? Jorge y su primo Federico obsequiaron ayer a los pasantes de Desroches en el Rocher de Cancale.

El tío Cardot miraba a la bailarina, vacilando.

—Vamos, pues, viejo mono, ¿acaso no lo habría escondido mejor, si hubiera ocurrido otra cosa? —exclamó la joven.

—Toma, ahí tienes quinientos francos, ¡imbécil! —dijo Cardot a su sobrino—, ¡es lo último que recibes de mí! Ve a entendértelas con tu patrón, si puedes. Yo devolveré los mil francos a la señorita que te los ha prestado, pero no quiero volver a oír hablar de ti.

Oscar huyó sin querer escuchar nada más; pero, una vez en la calle, no supo dónde ir.

El azar que pierde a las personas y el azar que las salva hicieron esfuerzos iguales para y contra Oscar durante aquella terrible mañana; pero había de sucumbir ante un patrón que no quería soltar un asunto una vez lo había iniciado. Al volver a su casa, Marieta, asustada por lo que podía ocurrirle al pupilo de su hermano, había escrito a Godeschal unas palabras y añadió a la carta un billete de quinientos francos, previniendo a su hermano de la embriaguez y de las desdichas que le había sobrevenido a Oscar. Aquella buena muchacha se durmió recomendando a su camarera que fuera a llevar aquel paquetito a la casa de Desroches antes de las siete. Por su parte, Godeschal, al levantarse a las seis, no encontró a Oscar. Cogió quinientos francos de sus ahorros, y corrió a la escribanía del tribunal a buscar el juicio, con objeto de presentar la significación de la firma a Desroches antes de las ocho. Desroches, que siempre se levantaba a las cuatro, entró en su despacho a las siete. La camarera de Marieta, al no encontrar al hermano de su dueña en la buhardilla, bajó al despacho, y fue recibida en él por Desroches, al que naturalmente entregó el paquete.

—¿Es un asunto del despacho? —preguntóle el patrón— yo soy el señor Desroches.

—Vedlo vos mismo, señor —repuso la doncella.

Desroches abrió la carta y la leyó. Al ver un billete de quinientos francos, volvió a entrar en su gabinete, furioso contra su segundo pasante. A las siete y media oyó a Godeschal, que dictaba la significación del juicio al primer pasante, y unos instantes

más tarde, el bueno de Godeschal entró triunfante en el gabinete de su patrón.

—¿Es Oscar Husson quien ha ido esta mañana a la casa de Simón? —preguntó Desroches.

—Sí, señor —respondió Godeschal.

—¿Quién le ha dado, pues, el dinero? —dijo el procurador.

—Vos —dijo Godeschal—, el sábado.

—Por lo visto, llueven billetes de quinientos francos —exclamó Desroches—. Tomad, Godeschal, vos sois un buen muchacho, pero el pequeño Husson no merece tanta generosidad. Odio a los imbéciles, pero aún odio más a las personas que cometen errores a pesar de los cuidados paternales de que se les rodea.

Dicho esto, entregó a Godeschal la carta de Marieta y el billete de quinientos francos que ella le enviaba.

—Ya me disculparéis por haberla abierto —repuso—. La doncella de vuestra hermana me ha dicho que era un asunto del despacho. Vais a despedir a Oscar.

—¿Acaso me ha hecho algún mal ese pobre desdichado? —dijo Godeschal—. Ese bribonazo de Jorge Marest es su ángel malo, es preciso que huya de él como de la peste; porque no sé lo que va a ocurrirle en un tercer encuentro.

—¿Cómo es eso? —inquirió Desroches.

Godeschal le contó en forma resumida la burla del viaje a Prestes.

—¡Ah! —dijo el procurador—, en su día, José Bridau me habló de este asunto, y es a ese encuentro al que hemos debido el favor del conde de Sérisy para su señor hermano.

En aquel momento se presentó Moreau, porque había para él un asunto importante en aquella sucesión hereditaria de Vandenesse. El marqués quería vender en detalle las tierras de Vandenesse, y el conde su hermano se oponía a ello. El negociante en fincas tuvo que aguantar, pues, el primer chaparrón de las justas quejas, de las siniestras profecías que Desroches fulminó contra su ex segundo pasante, y resultó de ello en el ánimo del más ardiente protector de aquel desdichado niño la opinión de que la vanidad de Oscar era incorregible.

—Haced de él un abogado —dijo Desroches—, no le hace falta más que aprobar su tesis; en ese oficio, sus defectos se convertirán quizás en cualidades, porque el amor propio da elocuencia a la mitad de los abogados.

En aquel momento, Clapart había caído enfermo, y era atendido por su mujer, labor penosa, deber sin recompensa alguna. El empleado atormentaba a aquella pobre criatura, que hasta entonces ignoraba los atroces aburrimientos y las pullas venenosas que se permite, en el ocio de toda una jornada, un hombre medio imbécil y al que la miseria volvía furioso. Complaciéndose en hundir una punta acerada en el rincón sensible de aquel corazón de madre, había en cierto modo adivinado las aprensiones que el porvenir, la conducta y los defectos de Oscar inspiraban a aquella pobre mujer. En efecto, cuando una madre ha recibido de su hijo un asalto parecido al del asunto de Presles, siempre se encuentra en continuas congojas. Y por el modo como su

mujer alababa a Oscar cada vez que éste obtenía un éxito, Clapart reconocía el alcance de las inquietudes secretas de la madre, y las suscitaba por cualquier motivo.

—En fin, Oscar va mejor de lo que yo esperaba; ya me lo figuraba, su viaje a Presles no era más que una inconsecuencia de su juventud. ¿Cuáles son los jóvenes que no cometen errores? ¡Pobre niño!, soporta heroicamente privaciones que no habría conocido si su pobre padre hubiese vivido. ¡Quiera Dios que sepa refrenar sus pasiones!, etc.

Ahora bien, mientras tantas catástrofes se sucedían en la calle de Vendôme y en la calle de Béthisy, Clapart, sentado junto a la lumbre, arrebuñado en una mala bata, miraba a su mujer, ocupada en hacer, en la chimenea del dormitorio, el caldo, la tisana para Clapart y el almuerzo para ella.

—¡Dios mío, quisiera saber cómo ha terminado la jornada de ayer! Oscar había de comer en el Rocher-de-Cancale y por la tarde ir a casa de una marquesa...

—¡Oh!, tranquilizaos, tarde o temprano se descubrirá lo que haya de verdad en todo ello —le dijo su marido—. ¿Acaso creéis en esa marquesa? Vamos, un joven que tiene sentidos, después de todo, y gustos refinados, como Oscar, encuentra marquesas por todas partes, a precio de oro. Alguna mañana os caerá en los brazos cargado de deudas...

—¡Ya no sabéis qué inventar para desesperarme! —exclamó la señora Clapart—. Os quejabais de que mi hijo comiera vuestros sueldos y nunca os ha costado nada. He aquí que hace dos años ya no tenéis ningún pretexto para hablar mal de Oscar, ahora que ya es segundo pasante, su tío y el señor Moreau proveen a todo, por otra parte, tiene ochocientos francos de sueldo. Si en nuestra vejez llegamos a comer pan, se lo deberemos a ese pobre niño. En realidad, sois muy injusto...

—Me llamáis injusto porque veo las cosas con claridad —respondió secamente el enfermo.

En aquel momento, llamaron fuertemente a la puerta. La señora Clapart corrió a abrir la puerta, y permaneció en la primera pieza con Moreau, que acababa de suavizar el golpe que la nueva ligereza de Oscar habría de asestar a su pobre madre.

—¡Cómo! ¿Ha perdido el dinero del despacho? —exclamó la señora Clapart.

—¿No os lo decía yo? —exclamó Clapart, que apareció como un espectro a la puerta del salón donde le había atraído la curiosidad.

—Pero ¿qué vamos a hacer de él? —preguntó la señora Clapart, a quien el dolor volvió insensible a este nuevo dardo de su marido.

—Si llevase mi apellido —respondió Moreau—, lo vería tranquilamente entrar en quintas; y si sacase un mal número, no sería yo quien le pagase un hombre para que lo sustituyera. He aquí la segunda vez que vuestro hijo comete tonterías por vanidad. Bien, la vanidad le inspirará acciones brillantes, que le recompensarán en su carrera. Por otra parte, seis años de servicio militar le meterán plomo en la cabeza; y como sólo le falta aprobar la tesis, no será tan desgraciado que se encuentre abogado a los veintiséis años, si quiere continuar con el oficio de las leyes, después de haber

pagado, como se dice, el tributo de sangre. Esta vez, por lo menos, habrá sido castigado severamente, habrá adquirido experiencia y contraído la costumbre de la subordinación. Antes de haber hecho su preparación para el Palacio de Justicia, habrá hecho su preparación para la vida.

—Si tal es vuestra sentencia para un hijo —dijo la señora Clapart—, veo que el corazón de un padre no se parece en nada al de una madre. ¿Soldado, mi pobre Oscar?...

—¿Acaso preferís verlo arrojarse de cabeza al Sena, después de haber cometido una acción deshonrosa? Ya no puede ser procurador, ¿lo encontráis bastante prudente para que sea abogado?... En espera de la edad de la razón, ¿qué será de él? un mal sujeto; por lo menos la disciplina os lo conservará...

—¿No puede entrar en otro despacho?, su tío Cardot le pagará seguramente al que le sustituya en el servicio militar, Oscar le dedicará su tesis.

En aquel momento, el ruido de un coche de alquiler, en el cual había todo el mobiliario de Oscar, anunció la llegada del desgraciado muchacho, que no tardó en aparecer.

—¡Ah! ¿Ya estás ahí, buena pieza? —exclamó Clapart.

Oscar besó a su madre y tendió al señor Moreau una mano que éste se negó a estrechar. Oscar respondió a este desprecio con una mirada a la que el reproche confirió un atrevimiento que nadie sospechaba en él.

—Escuchad, señor Clapart —dijo el niño, convertido en hombre—, vos estáis fastidiando endiabladamente a mi pobre madre, y tenéis el derecho de hacerlo; ella es, para desgracia suya, vuestra mujer. ¡Pero yo, ya es distinto! Dentro de unos meses, seré mayor de edad; ahora bien, vos no tenéis ningún derecho sobre mí, aunque fuese menor. ¡Nunca se os ha pedido nada! Gracias al señor aquí presente, no os he costado ni un centavo, no tengo, pues, que agradeceros nada; con que, dejadme tranquilo.

Clapart, al oír estas palabras, fue a sentarse de nuevo en su poltrona, junto al fuego. El razonamiento del segundo pasante y la rabia interior del joven de veinte años que acababa de recibir una lección de su amigo Godeschal, impusieron silencio para siempre a la imbecilidad del enfermo.

—Un apasionamiento al que vos hubieseis sucumbido igual que yo cuando teníais mi edad —dijo Oscar a Moreau—, me ha hecho cometer una falta que a Desroches le parece grave, cuando en realidad no es más que un pecadillo. Siento mucho más el haber tomado a Florentina de la Gaîté por una marquesa y a unas actrices por mujeres como es debido, que haber perdido mil quinientos francos en medio de una pequeña juerga en la que todos, incluso Godeschal, se sentían como el pez en el agua. Esta vez, por lo menos, no he perjudicado a nadie más que a mí mismo. Ya me he corregido. Si queréis ayudarme, señor Moreau, os juro que los seis años, durante los cuales debo permanecer pasante, transcurrirán sin que...

—¡Alto ahí! —dijo Moreau— tengo tres hijos, y no puedo comprometerme a nada...

—Bien, bien —dijo a su hijo la señora Clapart lanzando una mirada de reproche a Moreau—, tu tío Cardot...

—Ya no hay ningún tío Cardot —respondió Oscar, que refirió la escena de la calle de Vendôme.

La señora Clapart, que sintió que las piernas le flaqueaban, fue a caer en una silla, como herida por un rayo.

—¡Todas las desgracias vienen juntas!... —dijo, y se desmayó.

Moreau cogió a la pobre madre en sus brazos y la llevó a la cama del dormitorio. Oscar permaneció inmóvil, como fulminado.

—No te queda más remedio que hacerte soldado —dijo el agente de fincas volviendo al lado de Oscar—. Me parece que ese imbécil de Clapart sólo tiene unos meses de vida, tu madre se quedará sin un céntimo de renta, ¿no debo reservar para ella el poco dinero de que puedo disponer? He aquí lo que me era imposible decirte delante de tu madre. Como soldado, tú comerás tu pan, y reflexionarás sobre la vida de los muchachos que carecen de fortuna.

—Puedo sacar un buen número —dijo Oscar.

—¿Y después? Tu madre ha cumplido muy bien con sus obligaciones de madre para contigo: te ha dado educación, te había puesto en el buen camino, acabas de salir de él, ¿qué podrías intentar? Sin dinero, no se puede hacer nada, hoy lo sabes ya muy bien; y no eres hombre como para ponerte la blusa del peón o del obrero. Por otra parte, tu madre te quiere, ¿y vas a matarla? Ella se moriría de pena al ver que habías caído tan bajo.

Oscar se sentó y no pudo contener las lágrimas, que cayeron en abundancia. Hoy comprendía este lenguaje, tan incomprensible para él en el momento de su primera falta.

—¡Las personas que carecen de fortuna deben ser perfectas! —dijo Moreau sin sospechar la profundidad de esta cruel sentencia.

—Mi suerte no quedará mucho tiempo indecisa —respondió Oscar—. El sorteo será pasado mañana. Antes de aquel día habré resuelto mi porvenir.

Moreau, desolado a pesar de su grave continente, abandonó el hogar de la calle de la Cerisaie lleno de desesperación. Tres días después, Oscar sacó el número veintisiete. En el interés de aquel pobre muchacho, el antiguo administrador Presles tuvo el valor suficiente para pedir al señor conde de Sérisy su protección para que Oscar fuera llamado a la caballería. Ahora bien, habiendo sido clasificado el hijo del Ministro de Estado entre los últimos al salir de la Escuela Politécnica, había entrado por recomendación como subteniente en el regimiento de caballería del duque de Maufrigneuse. Oscar tuvo, pues, dentro de su desgracia, la pequeña dicha de ser, bajo la recomendación del conde de Sérisy, incorporado a aquel buen regimiento con la promesa que sería ascendido a aposentador al cabo de un año. Así el azar puso al ex pasante a las órdenes del hijo del señor de Sérisy.

Después de haber estado languideciendo por espacio de algunos días, tanto le

afectaron estas desgracias, la señora Clapart dejase devorar por ciertos remordimientos que se adueñan de las madres cuya conducta fue en otro tiempo ligera y que en su vejez se inclinan al arrepentimiento. Considerose como una criatura maldita. Atribuyó las miserias de su segundo matrimonio y las desgracias de su hijo a una venganza de Dios, que le hacía expiar las faltas y los placeres de su juventud. Esta opinión llegó pronto a ser certidumbre para ella. La pobre madre fue a confesar, por vez primera desde hacía cuarenta años, con el vicario de San Pablo, el abate Gaudron, quien la arrojó a las prácticas de la devoción. Pero es que un alma tan maltratada y tan amorosa como la de la señora Clapart había de volverse sencillamente piadosa. La antigua Aspasia del Directorio quiso expiar sus pecados para atraer las bendiciones de Dios sobre la cabeza de su pobre Oscar, por lo que consagrose pronto a los ejercicios y a las obras de la piedad más viva y sincera. Creyó haber llamado la atención del Cielo, después de haber logrado salvar al señor Clapart, quien, gracias a sus cuidados, vivió para atormentarla; pero ella quiso ver, en las tiranías de aquel espíritu débil, unas pruebas infligidas por la mano que acaricia castigando. Oscar, por otra parte, se portó de un modo tan excelente, que en 1830 era aposentador en la compañía del vizconde de Sérisy, lo cual le daba el grado de subteniente en la Línea, al pertenecer al regimiento del duque de Maufrigneuse a la Guardia Real. Oscar Husson contaba entonces veinticinco años. Como la Guardia Real tenía siempre guarnición en París o en un radio de treinta leguas alrededor de la capital, iba a ver a su madre de vez en cuando, y le confiaba sus dolores, porque era lo suficientemente inteligente como para comprender que jamás llegaría a ser oficial. En esa época, los grados en la caballería eran conferidos casi exclusivamente a los hijos menores de las familias nobles, y las personas que carecían de partícula en su apellido avanzaban con dificultad. Toda la ambición de Oscar consistía en abandonar la Guardia y ser nombrado subteniente en un regimiento de caballería de la Línea. En el mes de febrero de 1830, la señora Clapart obtuvo por mediación del abate Gaudron, convertido en cura párroco de San Pablo, la protección de la señora Delfina, y Oscar fue ascendido a subteniente.

Aunque exteriormente el ambicioso Oscar parecía ser excesivamente adicto a los Borbones, en el fondo de su corazón el antiguo pasante era liberal. Esta defección, que tuvo gran importancia por el momento en que se operó, valióle a Oscar la atención pública. En la exaltación del triunfo, en el mes de agosto, Oscar, nombrado teniente, obtuvo la cruz de la Legión de Honor, y logró ser agregado como ayudante de campo de La Fayette, quien hizo que se le concediese el grado de capitán en 1832. Cuando destituyeron al amante de la mejor de las repúblicas de su mando de jefe de las guardias nacionales del reino, Oscar Husson, cuya adhesión a la nueva dinastía rayaba en el fanatismo, fue nombrado jefe de escuadra en un regimiento enviado a África, cuando la primera expedición emprendida por el príncipe real. El vizconde de Sérisy era a la sazón teniente coronel de aquel regimiento. En el asunto de la Macta, donde fue preciso ceder el campo a los árabes, el señor de Sérisy quedó herido debajo

de su caballo muerto. Oscar dijo entonces a su escuadra:

—Señores, ya sé que equivale a ir a la muerte, pero no debemos abandonar a nuestro coronel...

Fue el primero en arrojarle contra los árabes, y sus hombres, electrizados, lo siguieron. Los árabes, en el primer momento de asombro que les causó aquel retorno ofensivo y furioso, permitieron a Oscar que se apoderase del vizconde, al que tomó en su caballo, huyendo a galope tendido, aunque en esta operación, realizada en medio de una horrible refriega, hubiera recibido dos golpes de yatagán en el brazo izquierdo. La hermosa conducta de Oscar fue recompensada con la cruz oficial de la Legión de Honor y con el ascenso al grado de teniente coronel. Prodigó los más solícitos cuidados al vizconde de Sérisy, al que su madre fue a buscar y que murió, como es sabido, en Toulon, a consecuencia de las heridas. La condesa de Sérisy no separó a su hijo de aquel que, después de haberlo arrancado del poder de los árabes, lo cuidaba aún con tanta abnegación. Oscar estaba tan gravemente herido, que la amputación del brazo derecho fue considerada necesaria por el cirujano que la condesa trajo para su hijo. El conde de Sérisy perdonó, pues, a Oscar sus tonterías del viaje a Presles, y se consideró como su deudor, cuando hubo enterrado a aquel hijo en la capilla del castillo de Sérisy.

Mucho tiempo después del asunto de la Macta, una señora anciana vestida de negro, dando el brazo a un joven de treinta y cuatro años, y en el que los transeúntes podían reconocer a un oficial retirado tanto más cuanto que tenía un brazo menos y lucía en su ojal la roseta de la Legión de Honor, se hallaba de pie, a las ocho de la mañana, en el mes de mayo, bajo la puerta cochera del hotel del León de Plata, en la calle del barrio de San Dionisio, aguardando sin duda la partida de una diligencia. Ciertamente, Pierrotin, el empresario de los servicios del valle del Oise, y que servía este valle pasando por Saint-Leu-Taverny y l'Isle-Adam hasta Beaumont, había de reconocer difícilmente en aquel oficial de tez bronceada al pequeño Oscar Husson a quien en otro tiempo había llevado a Presles. La señora Clapart, que al fin se había quedado viuda, eran tan difícil de identificar como su hijo. Clapart, una de las víctimas del atentado de Fieschi, fue más útil a su mujer con su muerte que con su vida entera. Naturalmente, el desocupado, el ocioso paseante Clapart había acampado en *su* bulevar del Temple para contemplar a *su* legión durante el desfile. La pobre devota había sido, pues, incorporada, por mil quinientos francos de pensión vitalicia, a los beneficios de la ley que se promulgó para favorecer a las víctimas de aquella máquina infernal.

El coche, al que iban enganchados cuatro caballos grises que habrían hecho honor a las Mensajerías Reales, estaba dividido en cupé, interior, rotonda e imperial. Parecíase completamente a las diligencias llamadas Góndolas que actualmente compiten en la carretera de Versalles, con los dos ferrocarriles. *La Golondrina del Oise*, a la vez sólida y ligera, bien pintada y bien conservada, forrada de hermosa tela azul, provista de visillos de dibujos árabes y cojines de tafilete encarnado, tenía

cabida para diecinueve pasajeros. Pierrotin, aunque contaba cincuenta y seis años de edad, había cambiado poco. Siempre con su blusa, bajo la cual llevaba un traje negro, fumaba su pipa, mientras vigilaba a dos mozos de librea que cargaban numerosos paquetes en la espaciosa imperial de su coche.

—¿Están reservados vuestros asientos? —preguntó a la señora Clapart y a Oscar examinándolos como un hombre que le pide recuerdos su memoria.

—Sí, dos asientos interiores a nombre de Belle-Jambe, mi criado —respondió Oscar— debió reservarlos ayer por la tarde cuando se marchó.

—¡Ah!, el caballero es el nuevo recaudador de Beaumont —dijo Pierrotin—, vais a sustituir al sobrino del señor Margueron...

—Sí —dijo Oscar, apretando el brazo de su madre, que se disponía a hablar.

A su vez, el oficial quería permanecer desconocido durante algún tiempo.

En aquel momento, Oscar se estremeció al oír la voz de Jorge Marest, que gritó desde la calle...

—¿Pierrotin, tenéis todavía una plaza?

—Me parece que bien podríais llamarme señor Pierrotin, sin que tuvierais que hacer un gran sacrificio —respondió vivamente el empresario de los servicios del valle del Oise.

De no haber sido por la voz, Oscar no habría podido reconocer al bromista que ya por dos veces le había resultado funesto. Jorge, casi calvo, no conservaba más que tres o cuatro mechones de cabellos encima de las orejas, cuidadosamente arreglados para disimular lo más posible la desnudez de su cráneo. Una gordura mal distribuida, un vientre piriforme alteraban las proporciones en otro tiempo tan elegantes del ex guapo mozo. Convertido en un ser casi innoble en su aspecto, Jorge anunciaba grandes desastres en amor y una vida de disipaciones continua. Los ojos habían perdido aquel brillo, aquella vivacidad de la juventud que las costumbres prudentes o estudiosas tienen el poder de conservar. Jorge iba bastante mal vestido y peor calzado. En fin, Jorge se mostraba, incluso por la mañana, con un traje corriente, en vez de llevar una levita, diagnóstico de su verdadera miseria. Aquel traje, que debía contar ya con mucha experiencia, había pasado, como su dueño, de la opulencia que antaño representara, a un trabajo cotidiano. Las costuras del paño negro ofrecían líneas blanquecinas, el cuello estaba grasiento, la usura había cortado los extremos de la manga en forma de dientes de lobo. Y Jorge aún se atrevía a llamar la atención por medio de unos guantes amarillos, un poco sucios, realmente, sobre uno de los cuales destacábase en negro una sortija. Alrededor de su corbata, pasada a través de un aro de oro pretencioso, enroscábase una cadena de seda que figuraba unos cabellos y en la que sin duda tenía suspendido un reloj. Su sombrero, aunque llevado con cierta elegancia, revelaba más que todos estos síntomas la miseria del hombre que no puede dar dieciséis francos a su sombrerero, cuando se ve obligado a vivir al día. El antiguo amante de Florentina agitaba un bastón de puño de plata sobredorada cincelado, pero horriblemente abollado. El pantalón azul, el chaleco de tela llamada escocesa, la

corbata de seda azul celeste y la camisa de calicó con rayas rosas, expresaban en medio de tantas ruinas tal deseo de *aparentar*, que este contraste no sólo constituía un espectáculo, sino también una enseñanza.

—¿Será ese Jorge... —dijose a sí mismo Oscar— un hombre al que conocí rico de treinta mil libras de renta?

—¿El señor de Pierrotin tiene aún un asiento en el cupé? —dijo irónicamente Jorge.

—No, mi cupé está reservado para un par de Francia, el yerno del señor Moreau, el señor de Canalis, su mujer y su suegra. No me queda más que un asiento interior.

—¡Demonio!, parece como si bajo todos los gobiernos los pares de Francia viajasen en los coches de Pierrotin. Voy a tomar el asiento interior —dijo Jorge, que recordaba la aventura del señor de Sérisy.

Lanzó a Oscar y a su madre una mirada escrutadora y no reconoció ni al hijo ni a la madre. Oscar tenía la piel bronceada por el sol de África, su bigote era excesivamente poblado y muy anchas sus patillas; su rostro y sus rasgos pronunciados armonizaban muy bien con su apostura militar. La roseta de oficial, el brazo de menos, la severidad de su indumentaria, todo habría despistado los recuerdos de Jorge, si éste hubiera guardado algún recuerdo de su antigua víctima. En cuanto a la señora Clapart, a quien Jorge apenas había visto en otro tiempo, diez años consagrados a los ejercicios de la piedad más austera habíanla transformado por completo. Nadie habría imaginado que aquella especie de Hermana Gris ocultara a una de las Aspacias de 1797.

Un enorme anciano, vestido con sencillez pero con elegancia, y en quien Oscar reconoció al tío Léger, llegó con paso tardo y pesado; saludó familiarmente a Pierrotin, el cual pareció tributarle el respeto debido, en todos los países, a los millonarios.

—¡Cómo! ¿No reconocéis al coronel Jorge, el amigo de Alí-Pachá? Hicimos un día el viaje juntos, con el conde de Sérisy, que iba de incógnito.

Una de las tonterías más habituales de las personas venidas a menos es la de querer reconocer a las personas y querer ser reconocidas por éstas.

—Habéis cambiado mucho —respondió el viejo negociante en fincas, convertido en dos veces millonario.

—Todo cambia —dijo Jorge—. Ved si la posada del León de Plata y si el coche de Pierrotin se parecen a lo que eran hace catorce años.

—Pierrotin tiene ahora él solo las Mensajerías del valle del Oise, y hace correr hermosos coches —respondió el señor Léger—. Es un burgués de Beaumont, donde tiene un hotel en el que paran las diligencias, una mujer y una hija hábiles e inteligentes...

Un anciano de unos setenta años de edad bajó del hotel y fue a reunirse con los viajeros que aguardaban el momento de montar en el coche.

—Vamos, pues, señor Reybert —dijo Léger—, no estamos esperando más que a

vuestro gran hombre.

—Allí lo tenéis —dijo el administrador del conde de Sérisy mostrando a José Bridau.

Ni Jorge ni Oscar pudieron reconocer al ilustre pintor, porque presentaba aquel rostro estragado tan famoso y su actitud revelaba la despreocupación que es consecuencia del éxito. Su levita gris estaba adornada con una cinta de la Legión de Honor. Su modo de vestir, excesivamente rebuscado, indicaba una invitación a una fiesta campestre.

En aquel momento, un empleado, con una hoja en la mano, salió de un despacho construido en la antigua cocina del León de Plata y fue a colocarse delante del cupé vacío.

—¡El señor y la señora de Canalis, tres asientos! —gritó. Pasó al interior y nombró sucesivamente—: Señor Belle-Jambe, dos asientos. Señor de Reybert, tres asientos. Señor... ¿vuestro nombre? —preguntó a Jorge.

—Jorge Marest —respondió en voz baja el hombre fracasado.

El empleado dirigióse hacia la rotonda en la que se encontraban agrupadas unas nodrizas, gente del campo y pequeños tenderos, que se despedían unos de otros; después viajeros, el empleado llamó por sus nombres a cuatro jóvenes que subieron a la banqueta de la imperial y dijo: «¡Adelante!» por toda orden de partida. Pierrotin se colocó al lado de su conductor, un joven de blusa, el cual, por su parte, gritó: «¡Arre!» a sus caballos.

El coche, arrastrado por los cuatro caballos, subió al trote la cuesta del barrio de San Dionisio; pero al llegar más arriba de San Lorenzo, corrió ligero hasta llegar a San Dionisio en cuarenta minutos. No se detuvieron en la posada de las *talmouses*, y tomaron, a la izquierda de San Dionisio, la carretera del valle de Montmorency.

Fue al llegar allá que Jorge rompió el silencio que los viajeros habían guardado hasta entonces, observándose los unos a los otros.

—Se va un poco mejor que hace quince años —dijo sacando un reloj de plata—, no es verdad, ¿tío Léger?

—Generalmente, la gente tiene la condescendencia de llamarme señor Léger —respondió el millonario.

—Pero, si es nuestro bromista de mi primer viaje a Presles —exclamó José Bridau—. Bien, ¿habéis hecho nuevas campañas en Asia, en África, en América? —dijo el gran pintor.

—¡Demonio! he hecho la Revolución de Julio, y ya es suficiente, porque me ha arruinado...

—¡Ah!, habéis hecho la Revolución de Julio —dijo el pintor—. No me extraña, porque nunca había creído que se hubiera hecho sola, como decían.

—El mundo es un pañuelo —dijo el señor Léger mirando al señor de Reybert—. Fijaos, tío Reybert, ahí tenéis al pasante de notario al que sin duda debéis vos la administración de los bienes de la casa de Sérisy...

—Nos falta Mistigris, ahora ilustre bajo el nombre de León de Lora, y aquel jovencito que fue lo bastante imbécil para hablar al conde de las enfermedades de piel de las que acabó curándose, y de su mujer, a la que acabó abandonando para morir en paz —dijo José Bridau.

—También falta el señor conde —dijo Reybert.

—¡Oh! yo creo —dijo con melancolía José Bridau— que el último viaje que hará será el de Presles a l'Isle-Adam para asistir a la ceremonia de mi boda.

—Todavía se pasea en coche en su parque —respondió el viejo Reybert.

—¿Viene su mujer a verlo con frecuencia? —inquirió Léger.

—Una vez al mes —dijo Reybert—. Sigue gustándole vivir en París, ha casado, en el mes de septiembre pasado, a su sobrina, la señorita Du Rouvre, en la cual había concentrado todo su afecto, con un joven polaco muy rico, el conde de Laginski.

—¿Y quién heredará los bienes del señor de Sérisy? —inquirió la señora Clapart.

—Su mujer, que lo enterrará —respondió Jorge—. La condesa está aún muy bien para ser una mujer de cincuenta y cuatro años, sigue siendo tan elegante; y vista a distancia, todavía inspira ilusión...

—Todavía continuará mucho tiempo inspirándoos ilusión —dijo entonces Léger, que parecía querer vengarse de su bromista.

—Yo la respeto —respondió Jorge al tío Léger—. Pero, a propósito, ¿qué se ha hecho de aquel administrador a quien en su día despidieron?

—¿Moreau? ¡Pero si es diputado por el Oise! —contestó Léger.

—¡Ah! ¡Es el famoso *centrista*! ¡Moreau del Oise! —dijo Jorge.

—Sí —repuso Léger—, el *señor* Moreau del Oise. Ha trabajado un poco más que vos en la Revolución de Julio y ha acabado por comprar las magníficas tierras de Pointel, entre Presles y Beaumont.

—¡Oh!, comparadas con las que administraba, junto a su antiguo dueño, son de muy mal gusto —dijo Jorge.

—No habléis tan alto —dijo el señor de Reybert—, porque la señora Moreau y su hija, la baronesa de Canalis están, como su yerno, el ex ministro, en el cupé.

—¿Qué dote le ha dado para que se casase con nuestro gran orador?

—Algo así como dos millones —dijo el tío Léger.

—Tenía mucha afición a los millones —dijo Jorge sonriendo y en voz baja—, empezaba a hacer su pelota en Presles...

—No digáis nada más sobre el señor Moreau —dijo vivamente Oscar—. Me parece que deberíais haber aprendido a callaros en los coches públicos.

José Bridau miró al oficial manco durante unos segundos y exclamó:

—El caballero no es embajador, pero su roseta nos dice que ha andado un largo camino, y noblemente, porque mi hermano y el general Giroudeau os han citado a menudo en sus relatos...

—¿Oscar Husson? —exclamó Jorge—. ¡A fe mía! De no haber sido por la voz, no os habría reconocido.

—¡Ah!, ¿es el caballero que tan valientemente arrancó al vizconde Julio de Sérisy del poder de los árabes —inquirió Reybert— y a quien el Señor conde ha hecho que se le concediese la recaudación de Beaumont en espera de la de Pontoise?...

—Sí, señor —respondió Oscar.

—Bien —repuso el gran pintor—, me concederéis el honor de asistir a mi boda en l'Isle-Adam.

—¿Con quién vais a casaros? —inquirió Oscar.

—Con la señorita Léger —contestó el pintor—, la nieta del señor de Reybert. Es una boda que el señor conde de Sérisy ha tenido a bien preparar para mí, ya le debía mucho en calidad de artista; y antes de morir, ha querido ocuparse de mi fortuna, en la que yo no pensaba...

—Entonces, el tío Léger se ha casado... —dijo Jorge.

—Con mi hija —respondió el señor de Reybert—, y sin dote.

—¿Han tenido hijos?

—Una hija. Ya es mucho para un hombre que se ha encontrado viudo y sin hijos —repuso el tío Léger—. Al igual que Moreau, mi socio, tendré por yerno a un hombre célebre.

—Y —dijo Jorge asumiendo un aire casi respetuoso con el tío Léger—, ¿seguís viviendo en l'Isle-Adam?

—Sí, he comprado Cassan.

—Bien, me alegro de haber escogido este día para *hacer* el valle del Oise —dijo Jorge—. Podéis serme útiles, caballeros.

—¿En qué? —dijo el tío Léger.

—Pues, veréis —dijo Jorge—. Estoy empleado en la Esperanza, una Compañía que acaba de organizarse y cuyos estatutos van a ser aprobados por el rey. Esta institución da al cabo de diez años dotes a las jóvenes, rentas vitalicias a los ancianos, paga la educación de los hijos; se encarga, en fin, de la fortuna de todo el mundo...

—Lo creo —dijo el tío Léger sonriendo—. En una palabra, que sois agente de seguros.

—No, señor. Soy inspector general, encargado de establecer a los corresponsales y a los agentes de la Compañía en toda Francia, y opero en espera de que los agentes sean elegidos, porque es una cosa tan delicada como difícil encontrar personas honradas...

—Pero ¿cómo habéis perdido vuestras treinta mil libras de renta? —dijo Oscar a Jorge.

—De la misma manera que vos habéis perdido vuestro brazo —respondió secamente el antiguo pasante de notario al antiguo pasante de procurador.

—¿Entonces, habéis hecho alguna acción gloriosa con vuestra fortuna? —dijo Oscar con una ironía mezclada con acritud.

—¡Diablo! Desgraciadamente he hecho muchas acciones... tengo para dar y vender.

Habían llegado a Saint-Leu-Taverny, donde todos los viajeros se apearon mientras se hacía el relevo de los caballos. Oscar admiró la ligereza con que Pierrotin desenganchaba las voleas del coche mientras su conductor deshacía los mansos.

—Ese pobre Pierrotin —pensó—, no ha progresado mucho, como yo, en la vida. Jorge ha caído en la miseria. Todos los demás, gracias a la Especulación y al Talento, han hecho fortuna... ¿Vamos a almorzar ahí, Pierrotin? —dijo en voz alta Oscar, dando un golpecito en el hombro del recadero.

—Yo no soy el conductor —dijo Pierrotin.

—¿Qué sois, entonces? —inquirió el coronel Husson.

—El empresario —respondió Pierrotin.

—Vamos, no os enfadéis con unos antiguos conocidos —dijo Oscar mostrándole a su madre y sin abandonar su aire protector. ¿No reconocéis a la señora Clapart?

En el momento en que Oscar presentaba su madre a Pierrotin, la señora Moreau de la Oise, habiendo descendido del cupé, miró desdeñosamente a Oscar y a su madre, al oír pronunciar aquel nombre.

—¡A fe mía, señora, que jamás os habría reconocido, ni a vos, caballero! Parece que pica el sol, en África, ¿no es cierto?...

La especie de piedad que Pierrotin inspiraba a Oscar fue la última falta que la vanidad hizo cometer al protagonista de esta escena, y fue todavía castigado por ella, pero de una forma bastante dulce. Veamos cómo.

Dos meses después de haberse instalado en Beaumont-sur-Oise, Oscar hacía la corte a la señorita Georgette Pierrotin, cuya dote era de ciento cincuenta mil francos, y contrajo matrimonio con la hija del empresario de las Mensajerías a fines del invierno de 1838.

La aventura del viaje a Presles había dado discreción a Oscar, la velada pasada en casa de Florentina reforzó su honradez, las penalidades de la carrera militar habíanle enseñado lo que era la jerarquía social y la obediencia a la suerte. Habiéndose convertido en un hombre prudente y capacitado, fue dichoso. Antes de morir, el conde de Sérisy obtuvo para Oscar la recaudación de Pontoise. La protección del señor Moreau de l'Oise, la de la condesa de Sérisy y del señor barón de Canalis, que, tarde o temprano, volverá a ser ministro, aseguran una Recaudación General al señor Husson, en quien la familia Camusot reconoce ahora un pariente.

Oscar es un hombre corriente, amable, sin pretensiones, modesto, manteniéndose siempre, como su gobierno, en un justo término medio. No excita ni envidia ni desdén. Es, en suma, el tipo del burgués moderno.

París, febrero de 1842.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] Hay aquí un juego de palabras intraducible. *Mignon* equivale a *menino*. (*N. del T.*).

<<

[2] Antiguos coches de punto. (*N. del T.*) <<

[3] *Monsieur Lecomte, en vez de monsieur le comte. (N. del T.)*. <<

[4] Especie de pastel de hojaldre. (*N. del T.*). <<

[5] *Gris*, en francés, significa ‘gris’ y también ‘borracho’. (N. del T.) <<